

POR QUÉ EL LIBERALISMO FUNCIONA

**CÓMO LOS VERDADEROS
VALORES LIBERALES
CREAN UN MUNDO MÁS LIBRE,
IGUALITARIO Y PRÓSPERO
PARA TODOS**

DEIRDRE NANSEN MCCLOSKEY

TRADUCCIÓN DE
RAMÓN GONZÁLEZ FÉRRIZ Y MARTA VALDIVIESO

DEUSTO

Sinopsis

Las personas nos enfrentamos a dos grandes amenazas, afirma Deirdre N. McCloskey, una de las economistas y pensadoras actuales más osadas e inteligentes: la tiranía y la pobreza. Ambas constriñen el florecimiento del ser humano, el desarrollo de su creatividad y de todo el potencial que ofrece la libertad. Son, además, las dos formas que utilizan los estados para limitar la autonomía de sus ciudadanos y ponerlos a su servicio.

Para vencer esas dos amenazas, y superar las fuerzas que, consciente o inadvertidamente, las impulsan, es el momento de retomar los valores liberales verdaderos, el corpus de ideas que, a partir del siglo XVIII, permitió que los humanos se liberaran progresivamente de las tradicionales cadenas del atraso y el sometimiento. Poco a poco, gracias a esas ideas y a su aplicación en la tecnología, el gobierno y los negocios, se consiguió una prosperidad sin precedentes no solo en el ámbito económico, también en el científico y el cultural.

Con su característico sentido del humor, su vasta cultura y su profunda comprensión de los valores humanos, McCloskey desgrana la manera en que el liberalismo conduce a la verdadera igualdad, defiende que es una filosofía optimista que depende de la retórica y aborrece la coerción, y sostiene que no puede prosperar sin una base ética.

POR QUÉ EL LIBERALISMO FUNCIONA

**Cómo los verdaderos valores liberales crean un mundo más
libre, igualitario y próspero para todos**

Deirdre Nansen McCloskey

Traducción de Ramón González Férriz y Marta Valdivieso

Prefacio

Cuando hayas acabado este libro, espero haberte convencido de la necesidad de un nuevo, y viejo, liberalismo. La palabra de marras no debe interpretarse como el «liberalismo» estadounidense, la política dirigida por abogados, penosamente antiliberal, caracterizada por una planificación, regulación y coerción física gubernamentales cada vez mayores. Se refiere, en cambio, al «liberalismo» en el resto del mundo, uno impulsado por la economía, el «plan liberal», como escribió el viejo Adam Smith en 1776, «de igualdad [social], libertad [económica] y justicia [legal]», con un gobierno modesto y contenido que ayude realmente a los pobres. ¹ El verdadero liberalismo moderno. ²

Sostengo que es deseable la continuidad de un liberalismo concebido en el siglo XVIII (así soy yo, original y a la última), una idea que se implementó lentamente a partir de 1776, con muchas dudas y giros en falso. Alrededor de 2005 empecé a darme cuenta de que la «retórica» liberal explica muchos de los rasgos positivos del mundo moderno en comparación con los anteriores regímenes iliberales —el éxito económico del mundo moderno, sus excelentes artes y ciencias, su amabilidad, su tolerancia, su inclusividad, su cosmopolitismo y, en especial, la masiva liberación que experimenta un número cada vez mayor de personas de violentas jerarquías antiguas y modernas—. Progresistas, conservadores y populistas replican que el liberalismo y su retórica también explican numerosos males, como que todo se reduzca al dinero y a los mercados, la pérdida de la comunidad y de Dios, o la desgracia de la inmigración de quienes no son blancos ni cristianos. Pero se equivocan. ³

Recientemente, de Filipinas a la Federación de Rusia, de Hungría a Estados Unidos, populistas brutales y alarmistas han atacado el liberalismo. Es preocupante. Y, sin embargo, durante siglo y medio progresistas y conservadores moderados, y no tan moderados, han negado la relevancia del liberalismo para la buena sociedad, en un cuestionamiento más prolongado y constante. Es momento de alzar la voz.

Éste es un libro optimista, que se cuela entre la melancolía agorera que siempre parece dominar un mercado predispuesto. Académicos bienintencionados y columnistas de opinión expresan el pesimismo de manera ingenua, incluso con orgullo. Pero luego se apropian de él los tiranos con malas intenciones, para mangonear a las personas. Primero, aterrorizan por completo a la gente. Que vienen los terroristas. Incluso mis buenos amigos bienintencionados —los socialistas lentos y los conservadores moderados— invocan el pesimismo sobre la economía, el medioambiente o la grandeza

de la nación, con consecuencias similares. Observemos la política estadounidense después del 11 de septiembre o durante el mandato de Trump o remontémonos a la política británica de los disturbios de Gordon o a la época de la Revolución francesa. El terrorismo utiliza algo más que armas, bombas y guillotinas.

La cuestión es que te conviertas al «verdadero liberalismo humano» que, de todas formas, es muy probable que ya albergues en ti. El liberalismo moderno. En *realidad* no estás a favor de dominar a las personas con un complejo industrial-carcelario o con regulaciones que les impidan ganarse la vida haciendo trenzas, con daños colaterales de ataques con drones o separando a niños pequeños de sus madres en la frontera del sur de Estados Unidos, ¿verdad? Apuesto que no. Como dijo alguien: haz a los demás lo que te gustaría que te hicieran a ti.

También intento seguir otra vieja regla del liberalismo, una versión intelectual de la Regla de Oro que en 1983 articuló Amélie Oksenberg Rorty —escuchar, escuchar de verdad, tus preguntas y objeciones—. ⁴ El libro incluye, pues, entrevistas de periodistas y de otros escépticos sinceros, que en ocasiones plantean objeciones bienintencionadas, aunque con frecuencia iliberales, a una sociedad libre.

El hecho de que, en origen, estos ensayos se dirigieran a distintas audiencias deja un rastro de repetición, que espero que no sea demasiado molesto. He intentado mantener el ritmo a pesar de la reiteración. Y algunas de las repeticiones son positivas, cosas que debes saber —sobre todo que, de acuerdo con el consenso científico en la historia de la economía, desde 1800 el muy denostado «capitalismo» ha aumentado los ingresos per cápita reales de los más pobres no un 10 o un ciento por ciento, sino más de un 3.000 por ciento—. Comida barata. Pisos grandes. Alfabetización. Antibióticos. Aviones. La píldora. Educación universitaria. El aumento supone multiplicar por un factor de *treinta*. Es decir, 30 menos la base original y miserable de 1,0; eso dividido por la base es 29/1, que luego se multiplica por 100 para expresarlo como porcentaje —o un incremento del 2.900 por ciento con respecto a la base, no tan lejos de 3.000—. Continuaré diciéndolo, y seguiré deslumbrándote con mis habilidades aritméticas, hasta que lo hayas interiorizado. Es el hecho más importante del mundo moderno, aunque se suela ignorar. La mayoría de la gente, de acuerdo con un cuestionario real, cree que desde los viejos tiempos la capacidad real de la gente pobre para comprar bienes y servicios ha aumentado tal vez un ciento por ciento, como mucho un 200 por ciento, se ha doblado o triplicado. Está muy equivocada. ⁵ El aumento ha sido mucho, mucho mayor. Si somos capaces de entenderlo, esta apreciación transformará por completo nuestra política. Por ejemplo, el hecho del gran enriquecimiento es un elemento crucial para mostrar que el verdadero liberalismo humano, la versión moderna que defiendo aquí, es, en todos los sentidos, bueno y enriquecedor.

El gran enriquecimiento no significa, por supuesto, que no quede nada por hacer para ayudar a los pobres; sobre todo acabar con las numerosas y monstruosas medidas que, aunque son políticamente populares, en realidad les perjudican en todo el mundo. Pero significa que es tramposo atacar, como hacen muchas teorías políticas, un «capitalismo» que ha hecho más que nadie por ayudar a los pobres. El gran enriquecimiento no significa que se deban desdeñar pequeños elementos de otros sistemas —una pizca de socialismo para proyectos públicos valiosos, una taza de caridad cristiana con los pobres, una cucharada de aliento para las cooperativas de trabajadores, como los despachos de abogados y las empresas de contabilidad—. Significa que sustituir «el sistema» en su totalidad sería desastroso para los pobres, como se demostró en la Unión Soviética a partir de 1917, en Venezuela a partir de 1999 y una y otra vez entre ambos casos.

Este libro no fue escrito de principio a fin, a diferencia de mi trilogía histórico-económica que respalda muchas de las afirmaciones factuales que hago aquí. Para que la lectura consecutiva sea más fluida he dispuesto el conjunto de manera que tenga un argumento moderadamente coherente, cuyo esqueleto se puede percibir leyendo el índice con detenimiento. La parte tercera es una investigación detallada sobre la principal preocupación iliberal de nuestro tiempo, el supuesto aumento de la desigualdad, para mostrar que las investigaciones detalladas son posibles y que arrojan resultados favorables al liberalismo. La parte cuarta aborda con menos detalle otras preocupaciones iliberales. En parte, el emocionante drama del presente libro consiste en ver enumeradas las ideas liberales, bastante obvias, que he diseminado en ensayos publicados en una serie de periódicos y revistas durante las últimas décadas, filtradas por mi mente de economista, de pensamiento lento. El filtrado se produjo a partir de mis cincuenta y pocos años, durante un periodo de mi vida loco, desordenado, en el que cambié de género, me convertí en cristiana progresista y me embarqué en la explicación de la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones, observando las luces del siglo XVIII.

Con la salvedad de la primera parte, larga y de carácter introductorio, que ha circulado un poco en una versión más corta titulada «Manifiesto para un Nuevo Liberalismo americano», la mayoría de los ensayos son «ocasionales», es decir, ocasionados por una u otra invitación a despotricar. La variedad de las audiencias a las que me pidieron que me dirigiera hace que la prosa no tenga un tono uniforme, aunque la he corregido aquí y allá para lograr cierta uniformidad. He incluido un par de mis artículos académicos más generosos en defensa de los fundamentos de una sociedad libre, de *Las virtudes burguesas. Ética para la era del comercio* (Fondo de Cultura Económica, 2015), el primer volumen de la trilogía sobre la época burguesa que abarca su historia, economía y literatura. He escrito bastante para *The Wall Street Journal*, *The New York Times* y el

Financial Times , pero la mayoría de las piezas periodísticas que aparecen aquí proceden de la revista *Reason* , porque *Reason* es la principal voz del liberalismo verdadero en Estados Unidos. Debes saberlo, y suscribirte. Haz lo correcto y razonable.

En otras palabras, cada capítulo tiene una pequeña línea argumental propia y a menudo su propio estilo, sobre filosofía política, derechos de los homosexuales, historia de la economía, políticas económicas o Thomas Piketty. Al principio de cada uno hay una o dos frases que dan contexto. Las notas y la bibliografía proporcionan las fuentes de las citas y el apoyo de muchos de los hechos e ideas. Cuando en el texto se hace una afirmación sin una referencia, en general se puede asumir que se menciona en otro lugar del libro o que considero que la afirmación es obvia por sí misma, u obvia a la luz del conocimiento económico e histórico actual. El libro no es un volumen académico, pero intenta honestamente mantener un estándar serio a la hora de explicar la verdad, a partir de hechos reales e ideas coherentes. Bueno..., ya lo juzgarás.

Si hay equivocaciones, culparé a las personas que me han asesorado. Las muy desgraciadas deberían haber corregido mis errores. Pero, ya en serio... le agradezco al profesor Jason Briggerman sus brillantes consejos editoriales. Mis editores de Yale, Seth Ditchik de contrataciones y Karen Olson de producción, así como los correctores Kelley Blewster y Brian Ostrander de Westchester Publishing Services, me dieron más consejos, la mayoría de los cuales seguí. De modo que gracias a sus buenas ideas me llevo un mérito inmerecido. Katherine Mangu-Ward, directora de mi querida revista *Reason* , desempeñó un papel similar en muchos de los ensayos, aunque la mayoría son una revisión de la versión publicada originalmente. El blog de mi amigo el economista liberal Donald Boudreaux, *Café Hayek* , me ha proporcionado muchas pistas para un pensamiento liberal verdadero, que claramente he robado. En la trilogía sobre la época burguesa, di las gracias con más detalle a un número vergonzosamente grande de personas con las que he contado para que, poco a poco, mi producción científica haya sido acertada y para, después, tomar consciencia de mi liberalismo verdadero y moderno.

Te insto a reconsiderar tus ideas políticas, como hice yo, escuchando, escuchando de verdad, nuevos hechos e ideas, o reconsiderando los viejos. Normalmente, tener la mente abierta es un buen plan. El economista y verdadero liberal Bryan Caplan se pregunta: «¿Quién se ha ganado un enemigo contradiciendo a alguien sobre lo que cree que le pasa a su coche?». Pero hacer enemigos es algo habitual en nuestros debates políticos, como los que tratan el aborto, el salario mínimo o el proteccionismo comercial. Caplan prosigue: «Para cuestiones prácticas [como reparar un coche] el procedimiento estándar consiste en conseguir pruebas antes de formarse una opinión firme, ajustar tu seguridad a la calidad y la cantidad de tus pruebas, y mostrarse abierto a las críticas. En

cuestiones políticas [como si debemos ser de izquierdas, de derechas o liberales], nos saltamos estas salvaguardas procedimentales de manera rutinaria». ⁶

Quiero que te sientas menos satisfecho contigo mismo en tu progresismo, tu conservadurismo o incluso en tu relajado centrismo —una identidad política, la que sea, adquirida alrededor de los veinte años y que después nunca se cuestiona seriamente—. Quiero que te des cuenta de que las opiniones convencionales dependen por completo de volver el monopolio de la coerción gubernamental contra tus buenos vecinos, y después contra ti. Con bastante frecuencia —rescatando una palabra útil, una de las favoritas del ensayista y conversador del siglo XVIII Samuel Johnson— las opiniones convencionales son mera «palabrería», es decir, afirmaciones éticas que se repiten rutinariamente pero no se examinan y que, a menudo, están equivocadas o son perjudiciales. Johnson diría: «Mi querido amigo, ¡libera tu mente de palabrería!». Buen consejo.

Quiero que abrasces la retórica moderna liberal, las palabras amables, el intercambio pacífico, la tolerancia del otro y que veas sus consecuencias positivas. Quiero que dudes de tu certeza de que el problema es el «capitalismo» o la Ilustración; o que la libertad puede «llevarse demasiado lejos», que odiar a otras personas es una sana diversión; o que los programas gubernamentales de guerra, socialismo, expropiación, protección, subsidio, regulación, estímulo y prohibición son normalmente ejercicios inocentes de nuestros sabios padres y madres en el gobierno para mejorar las vidas de todos nosotros.

Con una mente abierta y un corazón generoso, queridos amigos, creo que os inclinaréis por un verdadero liberalismo humano. Bienvenidos, pues, a una sociedad que se mantiene unida gracias a la persuasión con palabras amables entre adultos libres, en lugar de a la coerción ejercida sobre esclavos y niños.

Primera parte

Deberías convertirte en un verdadero liberal humano 1

Los liberales modernos recomiendan ambas Reglas de Oro, es decir, la igualdad de oportunidades de Adam Smith

En este libro defiendo una versión moderna y humana de lo que con frecuencia se llama «libertarismo». No es de derechas, reaccionario, ni se trata de una temible criatura pagada con dinero turbio. Se sitúa en una postura intermedia —recientemente, un lugar peligroso para estar—, es tolerante, optimista y respetuoso. Es verdaderamente liberal, es decir, antiestatista y se opone al impulso de la gente de mangonear a los demás. No es «Yo tengo lo mío» o «Seamos crueles». Tampoco es «Soy del gobierno y estoy aquí para ayudarte, si es necesario utilizando la fuerza de las armas». Es «Respeto tu dignidad y estoy dispuesto a escuchar, a escuchar de verdad, y a ayudarte cuando quieras, con tus condiciones». Cuando la gente lo entiende, a la mayoría le gusta. Pruébalo.

Depende de la ética y se nutre de ella. La ética tiene tres niveles: lo bueno para uno mismo, lo bueno para los demás y lo bueno para el propósito trascendente de la vida. ¹ Lo bueno para uno mismo es la prudencia gracias a la cual te cultivas, aprendes a tocar el violoncelo, por ejemplo, o practicas la meditación centrante. El sacrificio no es virtuoso de manera automática. (¿Cuántas madres abnegadas hacen falta para cambiar una bombilla? Ninguna: me quedaré aquí, a oscuras.)

Para el propósito trascendente, lo adecuado es la fe, la esperanza y el amor que permiten buscar una respuesta a la pregunta: «¿Y qué?». La familia, la ciencia, el arte, el club de fútbol o Dios dan las respuestas que persiguen los humanos.

El nivel del medio es la atención al bien de los demás. Un sabio judío de finales del siglo I a. C., Hilel de Babilonia, lo dijo de forma negativa pero reflexiva: «No hagas a los demás lo que *no* querías que te hicieran a ti». Es masculino, un liberalismo de tíos, un evangelio de justicia, básicamente el llamado «axioma de no agresión», tal como lo articularon los libertarios cuando a partir de la década de 1950 la palabra *libertario* se redirigió hacia un liberalismo (entonces) de derechas. Matt Kibbe lo dice bien en el título de su superventas de 2014, *Don't Hurt People and Don't Take Their Stuff: A*

Libertarian Manifesto (No hagas daño a la gente y no te quedes sus cosas: un manifiesto libertario). ²

Por otro lado, Jesús de Nazaret, el sabio judío de principios del siglo I a. C., lo dijo en términos positivos: «Haz a los demás lo que querías que te hicieran a ti». Es liberalismo de chicas, un evangelio de amor, que nos impone la responsabilidad ética de hacer más que pasar por el otro lado. Sé un buen samaritano. Sé amable.

A la hora de tratar a los demás, el libertarismo humano tiene en consideración ambas Reglas de Oro. La primera corrige el entrometido y coercitivo mangoneo a los demás. La otra corrige un egoísmo inhumano que destruye el alma. Juntas conforman la ética respecto al otro del liberalismo moderno. Lo que no necesitamos es la versión reaccionaria, la vieja parodia de la Regla de Oro, a saber, «Quienes tienen el oro, mandan». Tampoco deberíamos guiarnos por un jugador de fútbol americano de Florida justo antes del partido entre el Florida y el Florida State: «Yo sigo la Biblia: “házselo a los demás antes de que ellos te lo hagan a ti”». No es pacífica ni agradable.

Observa que, en ambas formulaciones, la Regla de Oro es radicalmente igualitaria. En las religiones abrahámicas debes tratar a *cualquier* alma humana de la manera en que te gustaría ser tratado. Debes honrar a tu único Dios y respetar su día santo, pero el resto de los diez mandamientos tienen que ver con tratar a los demás humanos como te gustaría que te trataran a ti, en asuntos como decir la verdad o el adulterio. Por el contrario, en el teísmo de los hindúes o en la religión cívica de los confucianos debes tratar al brahmán o al emperador como almas superiores. Un intocable, un campesino, una mujer o un hijo menor no esperan recibir un trato igual y recíproco. Por supuesto, no fue hasta las sociedades burguesas de la Europa de finales del siglo XVIII cuando alguien que no fuera uno de los primeros cristianos radicales o un difunto santo musulmán pensó en desarrollar en una gran sociedad el igualitarismo abrahámico, la teoría que considera amablemente al otro. Hasta Tom Paine o Adam Smith, una duquesa todavía era una duquesa, un sultán un sultán, y el rey Herodes era el Grande.

En la mayor parte del mundo, la palabra *libertarismo* significa simplemente «liberalismo», como la utiliza el presidente de Francia elegido en 2017, el centrista, desregulador y contrario a la «democracia iliberal», Emmanuel Macron, sin «neo» delante. ³ Usaré la palabra de marras en ese sentido. Pero servirán tanto «libertarismo» como «liberal» si se entiende que ambas siguen las verdaderas Reglas de Oro a la manera moderna. El santificado Tom Palmer, de la liberal Red Atlas, está en lo cierto. «La probabilidad de que actúes como un libertario es casi del ciento por ciento. No pegas a otras personas cuando te desagrada su comportamiento. No les coges sus cosas. No les mientes y engañas para que permitan que te lleves sus cosas, ni les das

indicaciones equivocadas a propósito que hagan que su coche caiga por un puente... Eres una persona civilizada. Felicidades. Has interiorizado los principios básicos del libertarismo». ⁴ Y del verdadero liberalismo.

El economista estadounidense Daniel Klein llama «liberalismo 1.0» a la tradición de trescientos años que él y yo elogiamos, la versión negativa de la Regla de Oro de Hilel de Babilonia, el no pegarás de Kibbe y Palmer. ⁵ Tomando el libro de C. S. Lewis sobre los compromisos mínimos de la fe, *Mero cristianismo* (1952), Daniel también lo llama «mero liberalismo». Yo voy un poco más allá, en línea con la versión de Jesús de Nazaret, hasta el liberalismo 2.0. Tal vez el 1.5. Eamonn Butler, del Instituto Adam Smith de Londres, ha escrito dos libros breves y espléndidos, *Liberalismo clásico: un manual básico* (2015) y *An Introduction to Capitalism* (Una introducción al capitalismo) (2018). Me habría gustado que Eamonn dejara fuera el «clásico» y hubiera abandonado la engañosa palabra *capitalismo*. David Boaz, del liberal Instituto Cato de Washington, escribió una lúcida guía, *Liberalismo: una aproximación* (1997), reformulado en 2015 como *The Libertarian Mind* (La mente libertaria). Me habría gustado que David lo hubiera titulado *The Modern Liberal Mind* (La mente libertaria moderna).

En Reino Unido lo llaman «liberalismo del Libro Naranja». Para los estadounidenses, un resumen desesperado: el liberalismo humano 2.0 es maduro en política comercial y discurso cívico, como en el mundo previo a Trump; tolerante en políticas sociales como después de Obama; responsable en déficits federales como después de Clinton; democrático en derechos civiles como después de Lyndon B. Johnson; anterior a McKinley en política exterior no intervencionista, y previo a Lincoln, e incluso a Jackson, en política económica no intervencionista. Las complicaciones son necesarias. El economista Arnold Kling señala que la política identitaria de la izquierda y el trumpismo de la derecha significan que ya no basta con decir que en Estados Unidos los verdaderos liberales son tradicionalmente demócratas en derechos sociales y tradicionalmente republicanos en derechos económicos. ⁶

El bendito Adam Smith recomendó en 1776 «el plan liberal de igualdad, libertad y justicia». ⁷ En la tríada de Smith lo primero es el deseo de igualdad en la posición social, de la que él era partidario. A diferencia de la actitud del club de campo; a diferencia del orgullo de algunos hombres que dicen seguir a Adam Smith, y en contra de las suposiciones sobre Smith de un izquierdista, que en realidad no ha leído entera una página suya con atención, Smith era un igualitario. Ningún hombre vale más que otro. ⁸

Lo segundo que Smith deseaba en su plan liberal —libertad igualitaria— es que tuvieras el derecho económico, igual al de cualquier otra persona, de abrir una tienda de comestibles o desarrollar una ocupación. En especial las ocupaciones. Smith estaba

indignado por las licencias, los pasaportes y demás restricciones que impedían que un trabajador utilizara sus capacidades de manera inofensiva o, de hecho, de manera útil. Le habría horrorizado, por ejemplo, la regla impuesta actualmente en Oregón, bajo amenaza de multa, de no poder publicar comentarios sobre asuntos de ingeniería, como los tiempos de los semáforos, sin tener la debida licencia de ingeniero concedida por el gobierno, aunque en realidad tengas la formación de ingeniero. ⁹

Smith el liberal consideraba su tercer deseo, la justicia, otra igualdad, la de ser igual a cualquier otra persona ante los poderes del gobierno y ante los tribunales si otras personas los utilizan contra ti. Smith estaba preocupado por lo que los filósofos llaman la justicia «conmutativa» —la justicia en los procedimientos para obtener cosas, y la protección de esas cosas y de la propia persona—. Se diferencia de la justicia «distributiva», es decir, de cómo una vez obtenidas, las cosas y la persona se «distribuyen», por así decirlo (la propia palabra *distribuir* es una metáfora iliberal, porque se piensa que la distribución se consigue mediante la coerción, no a través de un acuerdo conmutativo y voluntario; no es un pacto sino una obligación). Con un lenguaje moderno, Klein, Boaz y otros liberales resumen la justicia conmutativa de Smith como el justo procedimiento de «no meterse [sin consentimiento, el derecho a decir que no] en las cosas de los demás», o con las personas. ¹⁰ La justicia debería constreñirnos a todos por igual.

La idea central del liberalismo, como se ve, es la igualdad —se derive ésta de los iguales derechos naturales de cada uno, de las reflexiones un tanto contradictorias de los utilitaristas, de la analogía con el intercambio entre iguales que encarna el contractualismo, de la igualdad implícita en una comunidad de conservadores católicos o de comunitaristas de izquierdas, de las consecuencias de la igualdad para la supervivencia de las sociedades o, lo que me parece mejor, del modesto «igualitarismo analítico» tan característico del pensamiento social del siglo XVIII en Escocia—. En 2008, Sandra Peart y David Levy, economistas e historiadores del pensamiento, clasificaron y analizaron el igualitarismo analítico con numerosos ejemplos. ¹¹ Un defecto del famoso libro liberal de Friedrich Hayek, *Los fundamentos de la libertad*, de 1960, es que basa la libertad en razones consecuenciales como la productividad económica o la supervivencia de la comunidad. De igual manera, Jeffrey Myron, economista de Harvard y del liberal Instituto Cato de Washington, articula con gran habilidad un libertarismo «consecuencialista», lo cual significa que a menudo se demuestra que, en términos de producción, la libertad logra una mayor utilidad que la esclavitud. La guerra contra la droga, por ejemplo, tuvo efectos negativos en los ingresos de Estados Unidos, por no hablar de los de Colombia o de México. El problema es que ese razonamiento utilitario también puede justificar las peores tiranías, como habitualmente exigen los tiranos. Parece mejor justificar la vida humana libre mediante una dignidad

natural, igual y analíticamente modesta que todos deberíamos aprender en la edad adulta; tenerla y reconocérsela a los demás, independientemente del resultado. ¹² Esa igualdad es lo que poco a poco, en la balsa, Huck Finn descubrió de Jim, por quien después estuvo dispuesto a sufrir el fuego del infierno.

De modo que recupero la palabra *liberal* , que sólo en Estados Unidos se utiliza de manera extraña para designar a un «estatista de izquierdas» (en América Latina han sido los conservadores y sus parientes, no los socialistas y sus parientes, quienes han robado la palabra *liberal* para designar a los «estadistas de derechas»). Recientemente, los «liberales» estadounidenses se han asustado ante esta palabra y ahora se llaman a sí mismos «progresistas». Que se queden la palabra *progresista* (suponiendo que no les preocupe verse asociados con los excesos del progresismo estadounidense, como las esterilizaciones obligatorias).

Nosotros, los verdaderos liberales modernos, podremos quedarnos con la vieja y buena palabra.

El liberalismo tuvo unos inicios difíciles

En el siglo XVIII la idea liberal incipiente era que toda persona, independientemente de su edad, género, etnia o posición social debía tener los mismos derechos. A la mayoría de la gente esa idea de igualdad le resultaba impactante. Por lo que respecta al género, por ejemplo, era algo inconcebible incluso para los hermanos fundadores. En siglos previos de agricultura y de su jerarquía correspondiente, dominada por los «bandidos estacionarios» al mando, la igualdad liberal se consideraba, de hecho, absurda y peligrosa. La justicia consistía en tratar a un duque como un duque y a un labrador como un labrador, con el distinto respeto que en justicia se le debía a cada uno —pero sin duda no con *igualdad*—. Hacías una reverencia ante el duque. Y no asesinabas a un labrador, a menos que te provocara.

En 1381, el sacerdote lolardo John Ball fue destripado y descuartizado por preguntar: «Cuando Adán cavaba y Eva tejía, ¿quién era entonces el caballero?». En 1685 Richard Rumbold, un nivelador inglés condenado al patíbulo durante el reinado de Jaime II, declaró —sin duda, para diversión de una muchedumbre preparada para reírse de él—: «Estoy seguro de que Dios no ha marcado a ningún hombre como superior a otro, pues ninguno llega a este mundo con una silla de montar a la espalda, ni ninguno con botas y espuelas para cabalgarle». ¹ En 1685, esa noción igualitaria se consideraba una locura, excepto para unos cuantos tipos raros como los cuáqueros, que daban la mano en lugar de hacer reverencias, genuflexiones o quitarse el sombrero, y que incluso permitían a las mujeres, entre todas las prácticas absurdas, testificar en la reunión con el Espíritu Santo. En el noroeste de Europa, alrededor de un siglo después de Rumbold, la idea de que ningún hombre nacía con una marca de Dios que le hacía superior a otro empezaba a convertirse en un lugar común, en todo caso entre los radicales adelantados y algunos viejos *whigs*.

Smith y sus aliados de vanguardia del largo siglo XVIII, desde John Locke y Voltaire a Thomas Paine y Mary Wollstonecraft, defendieron un nuevo igualitarismo voluntarista. Eran, en una palabra, liberales.

Y se dedicaron a persuadir, no a imponer. Prefirieron las palabras amables, no las armas. Bueno, tal vez *algunas* armas, en las batallas del Boyne, Saratoga y Valmy, para ayudar a conseguir una libertad igual para todos los ciudadanos libres varones, adultos

y ricos; en especial los que abrazaban las ideas políticas y religiosas aceptadas. A fin de cuentas, estamos hablando del largo siglo XVIII, cuando el liberalismo era joven. Pero cuando los nuevos liberales escuchaban la palabra *armas*, principalmente echaban mano de su retórica. Lo hicieron incluso en cuestiones de política exterior. El hermano fundador al que no le han dedicado un musical hip hop, James Wilson, escribió en 1791 que «tal vez puede no ser habitual, pero sin duda es justo, decir que las naciones deben amarse unas a otras». ² Una realpolitik dura en política exterior, implementada con bombas y armas, no es liberal.

Espero convencerte de que ese liberalismo es la mejor versión de ser un humano inclusivo, democrático, pluralista y persuasible, como lo ha sido el mejor ideal teórico de, por ejemplo, un estadounidense desde 1776. En todas partes el ideal liberal sólo se ha cumplido de manera muy gradual, y no de manera perfecta. Siempre ha recibido contestación, con frecuencia violenta. El socialista revolucionario o el teócrata revolucionario quiere subvertir el liberalismo y establecer ahora un paraíso en la tierra, pero intimidando, encarcelando o asesinando primero a quienes recelan, poniendo al mando a hombres seleccionados del partido o la guardia revolucionaria que está al mando. Y quienes son unos simples matones, como Putin, Orbán o Mugabe, de la misma manera, consideran a los liberales sus principales enemigos. Los fascistas nativistas de tendencia más teórica también se oponen de manera iliberal a que los inmigrantes se desplacen en busca de una oportunidad económica, vuestros cansados, vuestros pobres, [...] los miserables rechazados de vuestra abarrotada costa. Y los árboles del Sur de Estados Unidos, en apoyo a la subordinación, daban frutos extraños. ³

Por el contrario, el poeta afroamericano Langston Hughes cantó en 1935: «Oh, dejad que América sea América otra vez / La tierra que nunca ha sido aún / Y que sin embargo debe ser / la tierra donde *todo* hombre es libre». ⁴ Libre para moverse, para inventar, para persuadir, para ofrecer un dólar, sin ningún amo al mando. El resultado del cumplimiento parcial e imperfecto de la democracia liberal ha sido una lenta pero finalmente espectacular orientación mundial hacia el florecimiento, en la que cada vez menos gente se encuentra atemorizada y mangoneada sin su consentimiento o un contrato voluntarios.

En su irregular desarrollo, ese liberalismo —del latín *liber*, que durante mucho tiempo los antiguos propietarios de esclavos consideraron como «poseer el estatus social y legal de un hombre libre (en oposición al esclavo)», y luego *libertas* como «el estatus civil de un hombre libre, libertad»— llevó a la teoría de una sociedad consistente *por entero*, si bien idealmente, de gente libre. ⁵ Nada de esclavos. Igualdad de estatus. Nada de mangonear. Palabras amables. Persuasivas. Retórica. Voluntaria. Mínimamente violenta. Humana. Tolerante. Sin racismo. Sin imperialismo. Sin impuestos

innecesarios. Sin que los hombres dominen a las mujeres. Sin sofás en los que abusar de actrices. Sin pegar a los niños. Sin meterse en las cosas de los demás o con las personas. El gobierno, dijo el sociólogo alemán Max Weber en 1919, puede con justicia reclamar «el monopolio de la coacción/constricción/fuerza/violencia física legítima» («*das Monopol legitimen physischen Zwanges* »). ⁶ El liberalismo recomienda que el monopolio se utilice con cautela. Recomendaba la libertad máxima para perseguir tu proyecto, si ese proyecto no utiliza tu coacción física, o la del gobierno, para interferir en los proyectos de los demás. Es una visión noble, apropiada para hombres y mujeres libres.

Sin embargo, por desgracia, a finales del siglo XIX en Francia y Alemania, e incluso en la esfera liberal original anglo-nederlandesa, una clerecía de artistas, periodistas y profesores empezó a despotricar contra este liberalismo tan magníficamente amable y productivo, y contra sus portadores burgueses (la palabra *clerecía* , que usaré con frecuencia, es la manera en que Samuel Taylor Coleridge y yo nos referimos a la *intelligentsia* , los periodistas, ministros, profesores, novelistas y el resto de la tribu de garabateadores). Gustave Flaubert escribió a George Sand en 1867: «*Axiome: la haine du bourgeois est le commencement de la vertu* », es decir, es un axioma que el odio al hombre burgués es el inicio de la virtud. ⁷ Más o menos al mismo tiempo, en Sudamérica algunos «positivistas» seguidores de Comte abogaban por una ingeniería social racionalista, mezclada sin duda con una versión conservadora del liberalismo. ⁸ El gran enriquecimiento que hemos experimentado desde 1800 no llegó con la suficiente rapidez, apuntaban las quejas de los antiliberales. Era un proyecto de nuestros comerciales y vulgares padres. No eran nuestros patrones racionales preconcebidos quienes lo gobernaban. El dinero turbio estaba tras él. Utilicemos el monopolio gubernamental de la coerción legítima para mejorar la situación de los pobres, o para glorificar a la nación. Quitémosle a Pedro para darle competencias a Pablo, o para comprarle tanques y aviones de guerra. Y, después, viceversa.

Cuando, en 1942, el economista austriaco-estadounidense Joseph Schumpeter (1883-1950) escribió *Capitalismo, socialismo y democracia* , la mayor parte de la clerecía esperaba que prevaleciera un socialismo integral. Lo creía incluso el propio Schumpeter, un entusiasta liberal defensor de una civilización que respetara a las empresas. Y durante mucho tiempo la mayor parte de la clerecía celebró esa expectativa. En 1919, el periodista estadounidense Lincoln Steffens declaró tras volver de la naciente Unión Soviética: «He visto el futuro y funciona». ⁹ Como muy tarde en 1910, como he dicho, los «nuevos liberales» en Reino Unido y los «nuevos progresistas» en Estados Unidos ya habían redefinido la palabra *liberalismo* , por los que nos aseguraron que eran los mejores motivos, para que significara lo contrario, un socialismo lento. Concibo «socialismo» en un sentido amplio, para referirme a la propuesta de utilizar los poderes de coerción del gobierno para lograr fines sociales, en oposición a los individuales, lo

que va, más allá de las garantías minimalistas del liberalismo, desde una pequeña redistribución coercitiva hasta una planificación central inmensamente coercitiva (los diversos alzamientos soviéticos y espartaquistas posteriores a la Primera Guerra Mundial en Baviera, en Alemania en general, el norte de Italia, Rusia, Hungría, Bulgaria y otros lugares fueron un socialismo de tipo *rápido* , es decir, comunismo, fascismo y nacionalsocialismo).

Entiéndase que no estoy diciendo que el gobierno no deba tener ningún papel. Digo que en el último siglo hemos creído que normalmente es una buena idea hacer que ese papel sea cada vez más grande. ¿Cómo llamar a una economía en la que la proporción del gasto gubernamental ha ido de una sola cifra a grandes cifras dobles y a un sistema de gobierno en el que los políticos compiten por hacer esa cifra cada vez más grande? Propongo que se llame socialismo de doble dígito (no del ciento por ciento, como ves) y es necesario reducir su alcance. El socialismo lento y parcial de Franklin Delano Roosevelt en 1933 y el de Clement Attlee en 1945 se suponía que debían mejorar la situación del hombre trabajador mediante la lenta coacción de la ley, con el respaldo del monopolio de la coerción del gobierno, expropiando lentamente a la real economía. No se pensaba en la gente de negocios como la portadora de novedades de los propietarios de insumos y de los compradores de sus productos, sino como quienes extraían para sí toneladas de oro en la trastienda. El oro podía ser incautado incesantemente en beneficio de los trabajadores mediante la mejora incesante de las condiciones. La jornada de ocho horas. Las vacaciones pagadas. La atención sanitaria. Desde luego la suma de los salarios en metálico y las buenas condiciones de trabajo, afirman nuestros amigos los socialistas lentos, no se determina en función de la productividad económica sino del resultado de la lucha por quién se queda con ese oro.

El *New Deal* en Estados Unidos y el socialismo de la cláusula iv en Reino Unido no recomendaban la violencia sanguinaria alentada por los socialistas de extrema izquierda y extrema derecha con prisa. Pero los hermosos fines eran bastante parecidos, como lo eran algunos de los medios, como la incautación de capital sin compensación o su equivalente en impuestos. Dos años después de la revolución bolchevique, el estudioso del derecho británico A. V. Dicey escribió con desaprobación que la «revolución no es la más merecedora de respeto porque se lleva a cabo no mediante la violencia, sino bajo la apariencia atractiva pero engañosa de que los impuestos se gravan para satisfacer las necesidades financieras del Estado». ¹⁰

A la izquierda, nuestros amigos (escuchad, Jack, Arjo, Nancy) harían bien en reflexionar sobre el tono autoritario de la socialdemocracia europea hacia 1900, del progresismo estadounidense hacia 1910, del «alto liberalismo» estadounidense hacia 1960, y de la socialdemocracia estadounidense de Bernie y el socialismo británico de línea dura de

Jeremy de alrededor de 2019. Nuestros amigos de la derecha también deberían reflexionar sobre el tono autoritario de su conservadurismo o republicanismo, cuya expresión más extrema es la manera en que Trump ha capturado el viejo partido republicano.

Os pido únicamente que reflexionéis.

Los liberales modernos no son conservadores ni estatistas

Los liberales modernos no se hallan en ningún lugar concreto del convencional espectro unidimensional derecha-izquierda de la coerción gubernamental. El espectro abarca desde la política de guerras imperiales violentamente impuesta por la derecha conservadora hasta la política de guerra de clases violentamente impuesta por la izquierda «liberal» estadounidense. A lo largo del espectro la cuestión es simplemente en qué dirección se aplica la coerción masiva y ni los derechistas ni los izquierdistas se detienen a cuestionar su carácter masivo. El viento sopla hacia la izquierda, se cree que dijo Olof Palme, el primer ministro socialista de Suecia. Zarpemos. En cualquier punto del espectro el gobierno ejerce la coacción respaldado por la policía. Hoy en día, esas políticas se adentran de una manera inusualmente profunda en la vida de las personas. Ser gobernado en un régimen así supone ser controlado, mangoneado, gravado, reclutado, redistribuido, cuestionado, provocado, coaccionado, golpeado, vigilado, supervisado, inspeccionado, juzgado, impulsado, prohibido, autorizado, regulado, expropiado, sometido a propaganda, empujado, gaseado, atacado con táser, disparado, encarcelado y ejecutado. Sí, en ocasiones también beneficiado. Pero ¿a costa de quién en cuanto a coacción y corrupción?

El verdadero liberal, por el contrario, se halla en una segunda dimensión, la cúspide de un triángulo donde no hay políticas, por así decirlo. Es decir, nosotros, los liberales 1.0 o 2.0, no somos conservadores ni socialistas. El economista y filósofo político liberal Hayek sostuvo en *Por qué no soy conservador* que tanto los conservadores como los socialistas creen, como la mayoría de los abogados, soldados y burócratas, que el «orden [es]... el resultado de una atención continua ejercida por la autoridad». ¹ En una palabra, defienden el estatismo. El extravagante crecimiento moderno de la ley como legislación, a diferencia de la noción más antigua de la ley como las costumbres buenas o malas aprendidas por nuestra comunidad, encarna esa creencia. ² Ambos extremos del espectro convencional de la coerción gubernamental masiva, y también el punto medio, proseguía Hayek, «carecen de fe en las fuerzas de ajuste espontáneas».

Muchos escritores y políticos convencionalmente clasificados como de derechas o de izquierdas en realidad forman parte de los verdaderos liberales encaramados a la cúspide del triángulo. En Estados Unidos, estoy pensando en David Brooks, George Will, Andrew Sullivan o Jonah Goldberg (algunos de los cuales, por cierto, han hecho

en alguna ocasión comentarios amables sobre mi trabajo, como Goldberg 2018; caballeros brillantes y de buen gusto todos ellos). Hoy en día es más difícil encontrar verdaderos liberales en la «izquierda» estadounidense, sobre todo entre la clerecía; pero pienso al menos en el cómico y comentarista Bill Maher, quizá el *Democratic Freedom Caucus* y algunos políticos como el senador Cory Booker. Lo que tienen en común es la preocupación por un gobierno entrometido y coercitivo.

El economista liberal moderno Donald Boudreaux escribe que «muchas gente cree que nosotros, los seres humanos, si no tenemos un poder soberano que nos dirija somos o bien una masa informe inerte, incapaz de conseguir nada, o bien bárbaros tontos y brutales destinados únicamente a robar, violar, saquear y matarse mutuamente hasta y a menos que un poder soberano nos restrinja y dirija nuestras energías hacia senderos más productivos». ³ Ésa es la razón por la que los estatistas de izquierda o derecha piensan que necesitan coerción masiva, para obligar a los bárbaros y los tarugos a organizarse.

Hace mucho tiempo esa imagen pudo tener cierta verosimilitud, al menos en las mentes de quienes la pintaban, por ejemplo, para justificar que la esclavitud ayudaba a los de piel oscura a hacer algo útil, o para mantener a los indonesios como aprendices de los neerlandeses durante un siglo o dos más. Cuando los irlandeses eran analfabetos y los italianos supersticiosos, parecía que un Estado autoritario tenía sentido. Yo no lo creo, pero al menos se puede entender por qué las autoridades favorecían una imagen de masas informes inertes o bárbaros brutales. Pero esas teorías parecen mucho menos verosímiles en una época en la que los irlandeses y los estadounidenses de origen irlandés tienen uno de los mayores niveles educativos del mundo y los italianos, a pesar de que hace poco hayan votado de manera extraña, no son ni mucho menos bárbaros y supersticiosos. En otras palabras, el liberalismo moderno encaja en un mundo moderno con un capital humano elevado mejor que el viejo modelo derechista de campesinos zoquetes debidamente liderados por la aristocracia o el viejo modelo izquierdista de proletarios brutos debidamente liderados por el partido. Si alguna vez hubo un momento para dejar libre a la gente, y permitirle tener una oportunidad, es ahora, cuando está tan evidentemente preparada para una autonomía liberal. Podría decirse que ayer fue el tiempo de la aristocracia o el Estado. Ahora es el tiempo del liberalismo.

El conservador/reaccionario cree que las costumbres sociales, aunque sean longevas, son terriblemente frágiles ante los irritantes cambios que vemos a diario, como la decreciente creencia religiosa o la llegada del matrimonio gay. Y, en el otro lado del espectro, el progresista/socialista cree que nada les sucederá a las malas costumbres a menos que haga una ley para cambiarlas. Está seguro de conocer el futuro que traerán las leyes. Quiero decir, en la ley se afirma que, por ejemplo, puede subirse el sueldo de

los pobres simplemente aprobando un salario mínimo. Quince dólares. Veinte. Caray, ¿por qué no cien?

«El [verdadero] liberal —en cambio, escribió Hayek— acepta los cambios sin aprensión, aunque no sepa cómo se llevará a cabo la necesaria adaptación.» ⁴ En 1960 nadie previó internet. En 1900 nadie previó que los coches podrían cruzarse con seguridad a toda velocidad a unos pocos centímetros de distancia en carreteras de dos carriles a una velocidad sumada de casi 200 kilómetros por hora. En 1800 casi nadie previó el «gran enriquecimiento» (que según han descubierto los historiadores económicos, como ya he señalado, asciende a un 3.000 por ciento per cápita). En 1700 casi nadie previó el liberalismo. Pero, como la evolución en los animales, el arte, el lenguaje o la ciencia, se produjeron las adaptaciones necesarias, con poca o ninguna mano visible en la extracción o la gobernanza.

Fueron las personas quienes lo hicieron, no los gobiernos. El premio Nobel Vernon Smith expresó esta cuestión así: «Los primeros “proveedores de la ley” no hacían la ley que “proveían”; estudiaban las tradiciones sociales y las reglas informales y les daban voz, como la ley natural, o de Dios. El abogado sir Edward Coke, dentro de la tradición legal consuetudinaria británica, defendió en el siglo XVII normas sociales en las que la ley tenía mayor autoridad que el rey... Los derechos de propiedad de las minas se definieron, establecieron y defendieron mediante las armas de los miembros de los clubes de propietarios de minas, cuyas reglas se convirtieron después en parte de la ley pública de minería». ⁵ Donald Boudreaux, al comentar el pasaje de Smith, escribe: «Ningún mito es tan responsable de tal perjuicio... [como el] que proclama que el orden social debe diseñarse... Y ningún ejemplo particular de este mito es peor que el que insiste en que la ley —las reglas que gobiernan las interacciones humanas— es y sólo puede ser producto del Estado». ⁶

Un conservador admira esa evolución espontánea hasta un par de décadas antes del presente, pero le enfada y teme la reciente o, que Dios nos ayude, la evolución futura. La adopción de niños por parejas gays, por ejemplo. Puaj. Un socialdemócrata, en cambio, no admira muchas de las evoluciones ocurridas hasta el presente y confía en que puede planear un futuro mejor obligándote a renunciar a tus cosas y tu libertad — por tu propio bienestar, querido—. Las políticas industriales, por ejemplo. La persona verdaderamente liberal, por el contrario, admira algunas evoluciones antiguas —el derecho común inglés, por ejemplo, aunque no su doctrina esclavizadora de *femme couverte*— y mira con alegre confianza un futuro de evoluciones no impuestas llevadas a cabo por adultos liberados, aunque limitados de manera constitucional y sobre todo ética, sean cuales sean esas evoluciones.

En el fondo, entonces, un verdadero liberal y una minoría de liberales dentro de los republicanos y los demócratas, los *tories* y los laboristas, creen que, en la medida de lo posible, nadie debe mangonear a las personas, vigilarlas con una pistola o el puño para obligarles a cumplir su voluntad. Se trata de una convicción ética. El liberal moderno, he señalado, aborrece las jerarquías en las que los hombres dominan a las mujeres, los dueños a los esclavos, los políticos a los ciudadanos. El gran filósofo liberal estadounidense David Schmitz sostiene que el «derecho a decir que no» de cada persona es vital, «la piedra angular de la cooperación entre personas dueñas de sí mismas». ⁷ Dicho por Bartleby el escribiente en el cuento de Melville de 1853, «Preferiría no hacerlo». ⁸ Como hombre libre no esclavo, él podía decir que no, independientemente de si era bueno para él. Era un adulto, y como adulto había que respetar sus preferencias, aunque no darle un trabajo pagado.

El liberal inglés del siglo XIX Herbert Spencer señaló en 1891, cuando esas ideas liberales fueron atacadas por la izquierda (durante mucho tiempo habían sido atacadas por la derecha), que la única alternativa al contrato, el acuerdo o el libre albedrío es la coerción de estatus superior y el mangoneo: «En cuanto se descarta el régimen del contrato, se adopta necesariamente el régimen del estatus. En cuanto se abandona la cooperación voluntaria, debe sustituirla la cooperación obligatoria. Debe existir alguna clase de organización laboral; y si no es eso lo que surge mediante acuerdo bajo la libre competencia, deberá ser impuesto por la autoridad». ⁹ H. L. Mencken, periodista, lexicógrafo y liberal 1.0 estadounidense, escribió en 1922: «El gobierno ideal de todos los hombres reflexivos, de Aristóteles a Herbert Spencer, es aquel que deja al individuo en paz —uno que a duras penas se distingue de la inexistencia de gobierno—». ¹⁰ «Las funciones clave del sistema legal —escribe el teórico del derecho y liberal Richard Epstein— pueden resumirse bien en cuatro palabras: agresión no, intercambio sí.» ¹¹ Como dice Boaz al principio de *The Libertarian Mind* (La mente libertaria): «En cierto sentido, siempre ha habido dos, y sólo dos, filosofías políticas: libertad y poder». ¹²

Boudreaux señala que, hoy en día, «se cree que el benéfico poder soberano debe ser “el Pueblo”, normalmente en forma de mayorías democráticas». ¹³ El filósofo Jason Brennan y el economista Bryan Caplan, como tantos otros que se remontan a Burke, Hobbes y Platón, señalan que es habitual que *il popolo* tome pésimas decisiones sobre la gobernación. ¹⁴ Bueno, si es así, será mejor que hagamos que las decisiones tengan una ambición modesta y estén constreñidas por una constitución y por *stare decisis* y, en particular, por la ideología liberal y la ética liberal. Esto es, deberíamos adoptar la política de hacer medidas políticas lo menos coercitivas posibles: libertad, no poder.

El economista liberal Klein llama la atención sobre la distinción que hizo Adam Smith entre los sentimientos pasivos y activos. ¹⁵ Una emoción es pasiva, una pasión es activa.

Una emoción surge en un primer momento, irreflexivo, y a veces basta éticamente. Vemos a un niño a punto de caer en un pozo. Cualquiera, incluso un gorila, se siente impelido a intervenir. ¹⁶ Pero esas emociones pasivas —lo que los economistas ortodoxos llaman, de una extraña manera, «maximizar la utilidad»— no son suficientes para hacernos plenamente humanos. A fin de cuentas, la hierba maximiza su utilidad, de manera irreflexiva, pasiva, buscando la luz y los nutrientes. También lo hacen las palomas. En cambio, la acción *humana*, por utilizar el término económico «austriaco», no es solamente reactiva a las limitaciones y las funciones de la utilidad, sino activa y creativa, el ejercicio de una voluntad libre y creativa y (algunos de nosotros pensamos) dada por Dios que puede decir sí o no.

Smith señaló en 1759 que contemplar la exterminación masiva de los chinos nos causaría menos dolor emocional, del tipo inmediato, irreflexivo y maximizador de la utilidad, que la pérdida de un meñique. Pero en una ocasión como ésa la emoción pasiva es, tras la reflexión, «tan sórdida y egoísta» que no puede satisfacer la opinión ética que tenemos de nosotros mismos. A su manera igualitaria y liberal, Smith llama la atención sobre la «verdadera pequeñez de nosotros mismos... y la tergiversación natural del amor por uno mismo». ¹⁷ Ciertamente, la reflexión sobria sobre los hechos y el razonamiento es dolorosa para nuestros pequeños yoes. Pero en la vida humana es necesario algo que vaya más allá de la reacción, el impulso y la maximización de la utilidad. El sendero noble y generoso de decidir preocuparse más de la masa de chinos que del propio meñique requiere una pasión activa, en este caso una pasión por la justicia. En la práctica conllevará una acción humana, como por ejemplo la humildad constante del científico ante los hechos.

Pero espera. Klein saca la conclusión liberal contra el espectro coercitivo de izquierda a derecha: «La gubernamentalización de los asuntos sociales nos arroja a la posición pasiva. Eso es lo que el [verdadero] liberalismo comprende». Necesitamos, creemos Smith, Klein y yo, salir por completo del espectro y entrar en el lugar noble, generoso, reflexivo y no coercitivo de una cúspide apropiada para los adultos libres. Necesitamos ser científicos de la ética humana en la misma medida que de la filosofía natural. Necesitamos rechazar apasionadamente el irreflexivo meñiquismo del gobierno masivo, un gobierno que nos invita a ser cerdos emocionales motivados sólo por un egoísmo pasivo, pseudocientíficos que gruñen mientras escarban buscando una carrera en lugar de la verdad, con ganaderos gubernamentales que nos alimentan mayormente con bazofia.

Los filósofos liberales Tomasi y Brennan se llaman a sí mismos «liberales neoclásicos» y colaboran con una animada web creada por el filósofo Matt Zwolinski, Bleeding Heart Libertarian. ¹⁸ «Bleeding Heart» se refiere a la burla conservadora contra los

izquierdistas sensibleros y, de hecho, contra la piedad cristiana por nuestro salvador en la cruz y sus heridas. Nosotros, los liberales modernos, decimos que todos deberíamos tener corazón —no corazones de piedra sino sangrantes (*bleeding* , en inglés), por compasión de las vidas mortales.

Es decir, que los liberales *humanos* y modernos 2.0 creemos que la gente debería ayudar y proteger a otras personas cuando pueda. A diferencia de la convicción de la izquierda de que los liberales clásicos están a favor de echar a los pobres de la carretera para contribuir a algún loco plan de darwinismo social, nosotros queremos que los pobres prosperen. En serio. Y los liberales clásicos y modernos hemos acumulado una enorme cantidad de pruebas de que las políticas de la izquierda y de la derecha *no* permiten que los pobres prosperen. Los liberales nos preocupamos. Haz a los demás, decimos. Ayuda a la gente en una inundación. Da de comer a los pobres en el sótano de la iglesia. Deja que los jóvenes del West Side de Chicago consigan trabajos de verdad, con ingresos, al margen del tráfico de drogas —mientras las políticas de los socialistas lentos y de los conservadores moderados no se lo permiten—. Deja que los pobres y los perseguidos entren en Estados Unidos, Reino Unido o Alemania. Detén la masacre en Ruanda, mediante la coerción si es necesario (cosa que no hizo el presidente Clinton en 1994). Protege a los varones musulmanes adultos de Srebrenica, de acuerdo con el deber jurado de los soldados honorables, mediante la coerción si es necesario (cosa que no hizo la brigada holandesa en 1995).

Es decir, nosotros, los liberales humanos, no estamos en contra de la gente pobre, algo de lo que los izquierdistas nos suelen acusar sin tomarse demasiadas molestias de comprobarlo. (Dicen: «¿Por qué deberíamos *escuchar* las maldades del Instituto Koch o de la Sociedad Mont Pelerin?». En consecuencia, Nancy McLean y Phil Mirowski no se dan cuenta de que el Instituto y la Sociedad se oponen con firmeza a las ayudas y beneficios a las empresas, al imperialismo estadounidense, al sistema penitenciario y a las leyes contra las drogas.) Los liberales humanos no somos mezquinos, ni carecemos de compasión. Tampoco somos estrictamente pacifistas, dispuestos a rendirnos ante una invasión de Canadá o un ciberataque ruso.

Pero creemos que para lograr esas cosas buenas, como una ayuda eficaz para los pobres y seguridad eficaz para la nación, el gobierno no debería recurrir irresponsablemente a la coerción en el interior del país o más allá de sus fronteras. La gente no debería recurrir al maltrato a los demás como primera opción, sea para objetivos de izquierdas o de derechas, corriendo el riesgo de infantilizar de manera permanente a los pobres o de convertirse en la policía inútil del mundo. La gente debería depender sobre todo de los acuerdos voluntarios entre adultos, como la mejora comercialmente probada, los tratados pacíficos de libre comercio, los acuerdos de autoprotección, la conversación

civil, una caridad conmovedora o el don de la gracia, con la dignidad de los votos de la mayoría limitada estrictamente por la dignidad de las libertades civiles de la minoría. Por encima de todo, la gente debería respetar a los demás respetando su libertad a decir que no.

Los liberales son demócratas y los mercados son democráticos

El liberalismo verdadero y moderno es democráticamente inclusivo y satisface en la práctica social y económica el igualitarismo de las religiones abrahámicas. A mediados del siglo XIX, John Stuart Mill y Alexis de Tocqueville fueron los primeros liberales de un joven movimiento que sintió la necesidad de asumir la existencia de una democracia política profunda y se preocupó de eso. Mucho más tarde, la pionera de la teoría de la gestión de la década de 1920, Mary Parker Follett, que acuñó el término «*win-win*» (una situación en la que todos ganan), definió la democracia no solamente como el voto de la mayoría —y, después de la votación, un cierto abuso de quienes pierden— sino como un programa verdaderamente liberal para el descubrimiento de soluciones *win-win*. ¹

La democracia liberal, repito, con frecuencia toma malas decisiones colectivas. Así es la vida. En respuesta, Jason Brennan propone la extraña sugerencia de un gobierno regido exclusivamente por los bien informados, con títulos universitarios y Hayek la extraña sugerencia de restricciones de edad para el voto. Pero, probablemente, ni siquiera esas medidas antidemocráticas darían pie a unas elecciones mucho mejores —además de que acabarían con la dignidad humana para todos que es la creencia central del liberalismo que ambos defienden—. Sus propuestas sacrifican su verdadero liberalismo por la fantasía utilitaria de que la gente lista o vieja sabe lo que hay que hacer. El liberal Stephen Davies sostiene de manera convincente que aunque la gente lista cree que lo sabe todo, de hecho la sabiduría de las masas o de las manos invisibles a menudo funciona mejor. ² El listo, el viejo y el bien informado, a fin de cuentas, llevaron a Estados Unidos a invadir Irak y Vietnam, a encarcelar japoestadounidenses, a esterilizar a los pobres y a justificar la esclavitud. El problema central es que cualquier gobierno esclaviza, bien sea poco o mucho, lo que quiere decir que somete a la gente mediante la coerción. Ése es, después de todo, el trabajo que se le atribuye. Poner a gente lista a cargo de ese trabajo no siempre va a ser una buena idea. Es mejor tener a gente que respete tu autonomía, como hacen los negocios comerciales al tratar de convencerte con palabras amables de que es un *win-win* que compres sus zapatos, sus barcos o su lacre. Menos gobierno y más negocios.

La regla privada del *win-win* tiene usos públicos. Recomendará adecuadamente cerrar una empresa que no sea rentable, para abrir una empresa que gane más para la

comunidad de lo que cuesta. Como se ha aceptado en la alta teoría socialista a partir de la década de 1930, un planificador central omnisciente haría exactamente lo mismo al cerrar una empresa no rentable. Ludwig von Mises fue el primero en decirlo, en 1920, y participó durante muchos años en un fiero debate con los teóricos del socialismo de la planificación central. Al final, los dos lados se pusieron más o menos de acuerdo en el plano teórico. El socialismo ideal, concluyeron, imita el comercio ideal. Oskar Lange, un economista socialista e importante funcionario comunista, declaró que «una estatua del profesor Mises debería ocupar un lugar honorable en la sala principal del Ministerio de la Socialización o el Consejo de Planificación Central del Estado socialista» por el papel que había desempeñado en aclarar ese punto.³ Es decir, que el planificador pretendería la misma mejora económica para la comunidad —con el coste extra, bajo el socialismo, de que literalmente se abuse de la gente por orden del Consejo de Planificación Central, en lugar de dejar que esa gente reaccione a los precios establecidos mediante interacciones humanas voluntarias, como en el arte o el lenguaje—. ⁴ La discusión teórica asumió que la distribución posterior a la producción podría ajustarse de cualquier manera deseada mediante grandes transferencias de un único pago procedentes del valor excedente o los beneficios que bien el gobierno o las empresas privadas hubieran ganado. Era una locura, pero ambas partes teorizaron así. Estaban intentado separar las cuestiones de la producción de las cuestiones de la distribución.

En otras palabras, en una economía liberal los precios establecidos por la oferta y la demanda lograrían la misma reasignación deseable que recomendaría un planificador económico omnisciente de una utopía socialista, aunque sin el puño socialista de gulags y gobierno. El desayuno de gachas de avena con arándanos del Perfectionist's Café, en la Terminal 2 del aeropuerto de Heathrow, cuesta 5,5 libras. El precio envía una señal al viajero de que si se lo compra y se lo come está tomando de algún otro lugar de la economía otros bienes y servicios por valor de 5,5 libras. Escoge pagar el precio si su placer al comerlo excede el precio. Por lo tanto, obtiene una especie de beneficio, que los economistas llaman «excedente del consumidor» (en ningún caso son sólo los productores quienes obtienen un beneficio, en contra de lo que afirmaban los viejos marxistas, porque no tenían el beneficio de la economía de 1870). Podemos reconocer que la asignación por medio de los precios no alcanza el nirvana. Pero la afirmación liberal, muy verosímil, es que los precios negociados en los mercados son mejores a la hora de inducir el excedente del consumidor para todos nosotros que el sistema mediante el cual los planificadores centrales los ordenan bajo la amenaza de coerción: unos planificadores que no pueden saber cuánto está dispuesto a pagar el viajero que está en Heathrow esa gélida mañana.

La implicación práctica de esas disquisiciones es que la queja de los populistas y de muchos izquierdistas de buen corazón según la cual, por ejemplo, los agricultores

húngaros o los mineros del carbón de West Virginia están perdiendo frente a algo llamado «neoliberalismo», está desencaminada. Los agricultores y los mineros salen perdiendo, sí, pero debido a la mejora económica hacia la que todos queremos avanzar. El problema no es el neoliberalismo sino el progreso, ya sea dirigido por el sistema de precios o por el comisario político (y acabo de explicar por qué la dirección sería la misma). De lo que se quejan es del cambio y, en este caso, de un cambio deseable. Si la agricultura húngara ya no es una buena idea, o no lo es la minería en Virginia Occidental, entonces deberían interrumpirse, independientemente de las ideas políticas que defendamos —«capitalistas» o socialistas— si asumimos que queremos la mejora, para beneficiar a los más pobres. Tal vez queramos ayudar a los agricultores o los mineros de alguna manera generosa; de acuerdo, aunque tales cambios son tan generalizados en una sociedad en progreso que el impulso generoso de hacerlo es, de hecho, irrealizable si pretendemos atender a toda persona perjudicada por el mismo. Hay demasiadas, porque nadie es una isla, dependiente sólo de sí mismo, cada uno es una pieza del continente, una parte del total. Pero mantener a la gente en trabajos no rentables es, en todo caso, una mala manera de proceder. Los beneficios son una señal de valor general.

Un sistema de precios liberal hace lo máximo posible para que podamos alcanzar nuestros fines en este valle de lágrimas. Es el medio más simple de cooperación social, que surge de manera espontánea en todas las comunidades humanas, desde las cavernas hasta el presente. Como el lenguaje, no necesita ser impuesto o diseñado. Y como el lenguaje, no hay una alternativa sencilla disponible. Las propuestas del siglo XVII en adelante de producir lenguajes artificiales que eliminaran el incómodo desorden de los lenguajes naturales encarnan el mismo utopismo que la planificación central. No resulta sorprendente descubrir que Francis Bacon propuso la planificación central tanto del lenguaje como de la ciencia. Los precios sin coerción, al igual que los idiomas, tienen la función latente de persuadir, tentar, sugerir, sin que ninguna persona disponga, empuje, amenace, azote con planificadores y policías. Como dijo el bendito Adam Smith: «Ofrecer un penique, que en apariencia para nosotros tiene un significado tan llano y sencillo, es en realidad ofrecer un argumento para convencer a alguien para que haga esto y aquello, puesto que es en su interés». ⁵ El comprador gana y gana también el vendedor. Es un *win-win*, lo mejor de la democracia.

Para distinguir sus (y mis) ideas del extraño uso estadounidense de la palabra *liberal*, John Tomasi llama a la alianza del liberalismo verdadero, clásico o moderno, con la democracia moderna el liberalismo del hombre común. ⁶ No es el falso «liberalismo» recomendado por una clerecía izquierdista o derechista con título universitario que quiere meterte a la fuerza en unos patrones específicos de resultados, precios e ingresos

que ha imaginado. No es, pues, el iliberalismo de izquierdas o derechas de servilismo cómodo u obediente hacia un gobierno o una iglesia dirigidos por nuestros amos. Nuestros amos no nos dejarán decir que no. *¡Ven aquí! ¡Buen perro!*

El liberalismo moderno del hombre común de Tomasi recuerda a un poema de Walt Whitman, que cantaba hace mucho tiempo a la persona democrática y liberal: «De todos los matices y castas soy, de todo rango y religión, / granjero, mecánico, artista, caballero, marinero, cuáquero, / preso, chulo, pendenciero, abogado, médico, cura. / Resisto cualquier cosa mejor que mi propia diversidad... / Soy inmenso, contengo multitudes». ⁷ Esa gente ordinaria, que se descubrió gracias a prudentes experimentos durante el siglo XIX y sobre todo el XX, contiene, de hecho, multitudes, sin demasiada ayuda de un gobierno dedicado principalmente a servir a pudientes intereses particulares, restringir la inmigración, imponer la segregación racial o dar trabajos a una nueva aristocracia de captadores de botines y licenciados universitarios. Es decir, descubrimos mediante la experimentación que los neerlandeses, los británicos y los estadounidenses corrientes, y después mucha otra gente, suizos, irlandeses y mexicanos, cuando el gobierno los deja a su aire, ciertamente contienen multitud de habilidades para el autogobierno y para el progreso económico y espiritual, antes desaprovechado. Ahora podían empujar un perchero por Maxwell Street. Podían vigilar desde la ventana del bloque de pisos a los niños que jugaban al béisbol en la calle. Podían conseguir un trabajo mejor en los ferrocarriles. Podían pasar de la planta de producción a consejero delegado de Whirlpool. ⁸ Podían inventar los limpiaparabrisas intermitentes. ⁹ Podían tener un camión de comida. ¹⁰ Podían migrar de Italia para llevar a cabo la primera reacción nuclear controlada antes de que lo hicieran los alemanes.

Como la libertad no supervisada en las artes y las ciencias, o en la música y el periodismo, también en la economía esa libertad moderna no supervisada hizo maravillas. Las viejas jerarquías empezaron a retroceder, aunque a veces fueron sustituidas por nuevas jerarquías gubernamentales de expertos y cuadros de partido. Por encima de todo, la gente ordinaria, cuando se liberaba, se arriesgaba y mostraba que no era tan ordinaria. En la década de 1790, Haydn, tras abandonar décadas de subordinación con librea en la casa aristocrática de los Esterházy, realizó dos largas visitas a Londres, donde vendió música a la creciente burguesía local y se hizo rico ofreciendo sus mejoras probadas comercialmente, sus innovaciones. Le gustó, y también le gustaba a su audiencia, que le pagaba. El hijo de un carretero y una cocinera contenía multitudes.

Habitualmente, los conservadores y progresistas, los *tories* de derechas y los laboristas de izquierdas infravaloran las habilidades de la gente corriente. Nuestros amigos, tanto en la derecha como en la izquierda, quieren utilizar el poder del gobierno para juzgar a

la gente u orientarla. Si los jueces y los orientadores son economistas de tendencia iliberal, creen que la economía ordinaria de la oferta y la demanda y la psicología ordinaria del sentido común están inundadas por decenas de terribles imperfecciones que obstruyen gravemente el bien social, que el economista puede discernir con muchísima más precisión que los simples consumidores y la gente de negocios. ¹¹ Los conservadores y los progresistas, en otras palabras, consideran que las personas corrientes son bárbaros o tarugos, como niños indisciplinados o ignorantes, que deben ser gobernados de manera estricta.

Los liberales modernos no lo vemos así.

Los liberales detestan la coerción

El liberalismo es la libertad respecto a la coerción física ejercida por otros humanos y, en particular, la libertad respecto a la coerción ejercida por amos, gobiernos o gánsteres, o gánsteres gubernamentales autoritarios. El gran liberal Robert Higgs escribe que el liberal «nunca debería conceder la superioridad moral a quienes insisten en interferir de manera coercitiva en la libertad: la carga de la prueba siempre debería recaer en quienes tratan de imponer la coerción a gente inocente».¹

Pero sí, lo admito: *cierta* imposición mediante la coerción gubernamental es necesaria. No todas las leyes son malas. Tampoco lo son todos los impuestos. De acuerdo. Pero tal vez luego podamos pasar a la cuestión de exactamente *cuánta* ley, *cuántos* impuestos, *cuánta* coerción. Un gobierno grande y moderno, que se lleva entre un tercio y la mitad del producto nacional para sus fines, depende demasiado de la coerción —gravar con impuestos a sus ciudadanos, bombardear extranjeros, encarcelar a fumadores de hierba, proteger las ocupaciones preferidas y a los accionistas de Whirlpool, incautar propiedades mediante la expropiación para proyectos privados, irrumpir en casas y despachos al amanecer para imponer las peores leyes fiscales—. Un gobierno pequeño y no moderno también depende de eso.

Cualquier gobierno tiende a hacerlo a causa del tentador monopolio de la coerción, que a fin de cuentas es el camino más directo para obtener resultados. La coerción no requiere un cansino diálogo, como en los tribunales en los que los centroamericanos piden un asilo garantizado en la ley estadounidense bajo la Convención del Refugiado de 1951 y su Protocolo de 1967. El economista Yoram Barzel llega a llamar al gobierno de un Estado de derecho «el encargado de hacer uso de la violencia».² Es más fácil *obligar* directamente a la gente a que deje de contaminar que, por ejemplo, *cobrarles* por hacerlo, estableciendo derechos de propiedad sobre el aire limpio y dejando que la ley de contrato y de responsabilidad civil sostenida en un tribunal haga el resto, o que *convencer* a la gente mediante un debate en la prensa libre, alentando la responsabilidad individual y empresarial en materia medioambiental. Es mucho más fácil mandar a la policía a multar y encarcelar personas que razonar con ellas. En tiempos del bendito Adam Smith, la palabra con la que designaba la política era «policía».³ Así es. Política, policía. Es el impulso del abogado, del legislador, del tirano y de algunos economistas.

En cambio, como señala el economista de tipo liberal, el mercado de bienes, al igual que los mercados (a menudo sin precio) del arte, la ciencia y las ideas se basa en la persuasión y las palabras amables. Una cuarta parte íntegra de los ingresos procedentes del trabajo se ganan mediante palabras amables en el trabajo, y todo el ingreso nacional privado, por supuesto, mediante ofertas expresadas en dinero, una forma aún más penetrante de palabras amables. ⁴ En una sociedad no esclavista, el jefe tiene que trabajar sobre todo con la persuasión y recurrir rara vez a la disciplina de mercado; nunca a la coerción física de manera legal. «John, ¿puedes hacerte cargo hoy del taladro de columna número 10? Harry está enfermo.» «Claro, jefe.» O una más distante oferta de dinero: «Toma, tres dólares». «Gracias, señora. Aquí está su *macchiato* descafeinado con caramelo grande.» O: «Déjame hacer un cuadro chorreando colores en un gran lienzo y mira si te gusta». «¡Uau! ¡Un cuadro del fallecido Jackson Pollock! Sería un placer darte 32.645.000 dólares por él.» ⁵ O: «La libertad es la teoría del liberalismo». «Ah, me lo quedo.» Palabras amables. No hay abuso. Es un beneficio mutuo, una suma positiva, un *win-win*.

A un liberal, por decirlo de otro modo, no le gusta nada, pero nada, el a veces necesario monopolio de la coerción, aunque se ejerza para ayudar a una mayoría democrática. Aunque está dispuesto a admitir que un poco de coerción es necesaria para lograr algunos fines limitados del gobierno, el liberal es un amigo ardoroso del orden no gubernamental y voluntario del arte, el mercado, la ciencia o el periodismo —el comercio, la invención y la persuasión—. No le gusta la política necesariamente violenta y llena de policías del orden feudal, del orden burocrático o del orden militar-industrial. Como dijo el economista británico nacido en Hungría P. T. Bauer, durante las décadas de 1950 y 1960 (una voz solitaria y contraria, por ejemplo, a la ayuda extranjera a regímenes incompetentes o asesinos), deberíamos rehuir «políticas o medidas que es probable que aumenten el poder de un hombre sobre otro; es decir, aumenten el control de grupos o individuos sobre sus congéneres». ⁶ Estaba recomendando una libertad definida como ausencia de la interferencia humana violenta.

El orden iliberal de un gran gobierno está repleto de órdenes procedentes de la jerarquía, en lo alto de la cual se encaraman nuestros amos, justificados por miles de leyes aprobadas en cada sesión legislativa y por un número asombroso de subregulaciones elaboradas anualmente por la burocracia. La economista y liberal Veronique de Rugy, una estudiosa seria de estos asuntos, escribe que «los estadounidenses estarían horrorizados si supieran cuánto poder tienen miles de burócratas no electos empleados en las agencias federales». ⁷ El liberal humano, en cambio, pertenece, como declaró Hayek, al «partido de la vida, el partido que favorece el crecimiento libre y la evolución espontánea», contra los varios partidos de derecha e

izquierda que desean «imponer al mundo un patrón racional preconcebido [mediante la coerción]». ⁸

Los liberales, bien del tipo básico 1.0 o más tendentes a un liberalismo humano 2.0, queremos una sociedad que se base sobre todo en la muy malinterpretada palabra *retórica*. El retórico romano Quintiliano citó a Catón el Viejo al definir su perfección como un «hombre honesto que sabe hablar bien». ⁹ El liberalismo tiene que ver enormemente con esa retórica; el descubrimiento, como dijo Aristóteles, de los medios disponibles de persuasión (no violenta) en cada caso, cómo emplear «palabras amables». ¹⁰ El latín *suadeo*, «yo persuado», tiene la misma raíz indoeuropea que el inglés *sweet* (dulce, utilizado en la expresión «*sweet talk* » traducida aquí como «palabras amables»). La ética, la bondad y las Reglas de Oro dan pie a la dulzura.

El estudio del arte de la retórica, después de ser durante dos milenios la base de la educación occidental y de tener expresiones semejantes en buena parte de oriente y el sur, acabó siendo despreciado por los intelectuales europeos del siglo XVII como Bacon, Descartes, Hobbes y Spinoza, que se consideraban a sí mismos duros, realistas y lógicos. Embrujados por Euclides, estaban seguros de que podían distinguir «la verdad» independiente del simple discurso humano hábil. ¹¹ Desde entonces, la retórica ha tenido mala reputación —como si hubiera otro camino hacia la verdad al margen de humanos honrados que dialogan con habilidad—. De hecho, durante el siglo XIX la conversación hábil en las matemáticas avanzadas hizo que proliferara la geometría, desautorizando totalmente al viejo Euclides y la sencilla unidad de la «verdad». Gödel dio un paso más: se nos hizo regresar a la conversación liberal de la humanidad, como siempre hacemos al final. No hay punto de Arquímedes.

La retórica es, de hecho, una práctica establecida desde antiguo, desde los abogados sicilianos de principios del siglo V a. C. hasta nuestra sociedad libre. Sólo tenemos dos maneras de iniciar el cambio en el comportamiento de los demás: la amenaza violenta o las palabras amables. Las palabras amables suelen ser mejores. No siempre es así, y no es recomendable para Al Capone o Stalin, pero suele funcionar mejor con adultos libres educados para seguir a Hilel y a Jesús, bien autocultivados y con un buen propósito trascendente. Las amables palabras retóricas, por ejemplo, son lo que estoy haciendo ahora para ti. *Para* ti, no *a* ti. Es un regalo, no una imposición. Me alegro de que lo aprecies.

El primer trabajo pagado de Adam Smith fue enseñar retórica a niños escoceses de catorce años; él mantuvo la creencia de que «todo el mundo practica la oratoria ante los demás a lo largo de toda su vida». ¹² Una sociedad liberal practica la oratoria —limitada, como señaló Smith, por el espectador imparcial, la propia conciencia, el sentimiento

activo, la pasión ética, la persona que llevamos dentro y, en última instancia, Dios—. La alternativa es la coerción física aplicada a los demás para favorecer el dominio. Los patriotas de la Revolución americana estaban muy dispuestos a cubrir de alquitrán y plumas a los lealistas. ¹³ Estos líderes patrióticos que llamamos los Padres Fundadores asumieron que, hombres como ellos, en lo alto de la jerarquía social de una sociedad agrícola, seguirían mandando, seguirían siendo los elegantes caballeros que gobernarían a los simples plebeyos, como los amos a sus esclavos. ¹⁴ En el siglo XVIII, los hombres que gobernaban solían pegar a sus esclavos, mujeres, hijos, aprendices, sirvientes, soldados y marineros. Luego, las evoluciones liberales posteriores a 1776 quedaron cada vez más en sus manos, hasta el movimiento #MeToo. ¹⁵

El liberalismo obtuvo buenos resultados entre 1776 y el presente

Durante dos siglos, este liberalismo humano —rebatido, como siempre, por los autoritarios de izquierdas y de derechas, ambos inspirados por Hegel, el antiliberal prototípico— en conjunto ha funcionado asombrosamente bien. ¹

Para empezar, produjo a gente cada vez más libre, un producto que los modernos consideramos un bien excelente en sí mismo. Si somos verdaderos liberales humanos, lo abrazamos con la mayor de las pasiones. Sucesivamente, a los esclavos, los votantes de clase baja, los inconformistas, las mujeres, los católicos, los judíos, los irlandeses, los sindicalistas, la gente de las colonias, los afroamericanos, los inmigrantes, los socialistas, los pacifistas, de nuevo las mujeres, los gays, la gente con discapacidad y, ante todo, los pobres de los que la mayoría de nosotros descendemos, se les ha permitido cada vez más desde 1776 perseguir proyectos que sean coherentes con la no utilización de la coerción física para interferir en los proyectos de los demás. Como dijo alguien, en el siglo XVIII los reyes tenían derechos y las mujeres no tenían ninguno. Ahora sucede al revés.

En el siglo XVIII se sustituyó gradualmente una jerarquía an

tigua basada en una justicia entre no iguales por una nueva teoría de la justicia basada en la igualdad. La sustitución alcanzó madurez filosófica en la década de 1970 gracias a dos libros de filósofos de Harvard. John Rawls declaró en *Teoría de la justicia* (1971) que la justicia era equidad, es decir, igualdad de resultados, como una pizza que el gobierno dividiera equitativamente mediante la coerción entre amigos o desconocidos. Robert Nozick contraatacó con *Anarquía, estado y utopía* (1974), declarando que la justicia era igual libertad, como permitir que los amigos, sin supervisión coercitiva del gobierno, dividan la pizza como mejor les parezca y después cambien una porción o dos por una cerveza extra —dejando que un desconocido que pasaba por allí también se sume—. Ambos hombres eran liberales, herederos de los modelos del siglo XVIII contra la jerarquía. Pero Rawls descendía de la tradición francesa y estatista de Rousseau y Helvétius, la que llevó, en el peor de los casos, a la estación de Finlandia y la Rusia de Lenin. Nozick descendía de la tradición escocesa y voluntarista de Hume y Smith, la que llevó, en el mejor de los casos, a la granja del Medio Oeste y la Nebraska de Willa Cather.

Y de manera bastante sorprendente, se produjo una consecuencia inesperada pero muy bienvenida; el liberalismo del siglo XIX, al alentar por primera vez que una gran masa de gente corriente tuviera una oportunidad, produjo una masiva explosión de mejoras económicas para la gente ordinaria. Los modernos y sobre todo los liberales tienen muy buena opinión del gran enriquecimiento, frente a la idea de elevar el servicio a reyes y dioses. La gente común contenía multitudes de regalos para todos, desde la cosechadora mecánica a la novela moderna.

¿Cómo de grande? ¿Cómo de buena? ¿Qué multitudes? El liberalismo dio pie, como he dicho (y seguiré diciendo hasta que lo consideres el acontecimiento más importante del mundo moderno) a un aumento del tres mil por ciento en los bienes y servicios para los más pobres. Escúchalo. Del liberalismo, calculan los historiadores de la economía (no hay debate científico sobre su magnitud aproximada, aunque sí sobre sus causas) salió una mejora del tres mil por ciento. El plan liberal dio voz y permiso para innovar a los Ben Franklin, los Isambard Kingdom Brunel, los Nikola Tesla, los Albert Einstein, las Coco Chanel y las Willa Cather, que de otro modo habrían permanecido silenciados y sin reconocimiento. Y dio permiso para intentarlo al trabajador ordinario, capaz en libertad de conseguir un nuevo trabajo; o al tendero corriente, capaz en libertad de abrir su propia tienda. El proceso liberador nos dio el vapor, el ferrocarril, las universidades, el acero, las alcantarillas, la lámina de vidrio, el mercado de futuros, la alfabetización universal, el agua corriente, la ciencia, el hormigón armado, el voto secreto, las bicicletas, los coches, la libertad de expresión, las cajas de cartón, los aviones, las lavadoras, el aire acondicionado, los antibióticos, la píldora, el transporte de contenedores, el libre comercio, los ordenadores y la nube. Y nos dio la menos famosa pero crucial multitud de «comidas gratis» preparadas por el trabajador alerta y el tendero liberado que persiguen sus pequeños proyectos en busca de beneficios y placer. A veces, inesperadamente, los proyectos pequeños se convirtieron en grandes proyectos, como la tienda de Whole Foods de John Mackey en Austin, Texas, que acabó abriendo 479 tiendas en Estados Unidos y Reino Unido, o el Walmart de Jim Walton en Bentonville, Arkansas, que acabó teniendo 11.718 establecimientos en todo el mundo. Nos ha dado también un aumento asombroso de la capacidad para buscar lo trascendente en el arte, la ciencia, Dios o el béisbol. ²

Se trató de un impresionante gran enriquecimiento, material y cultural, que fue mucho más allá de la Revolución industrial clásica de 1760-1860, que sólo había duplicado el ingreso per cápita. Esas revoluciones que logran duplicarlo, como la Revolución industrial, habían sido infrecuentes en la historia, pero no inéditas. Se produjo una, por ejemplo, durante el auge de la industrialización del norte de Italia en el Quattrocento. ³ Los bienes y servicios disponibles incluso para los más pobres aumentaron de manera espectacular en un mundo en el que las simples duplicaciones, aumentos de sólo el

ciento por ciento, habían sido poco frecuentes y temporales, como en la gloria comercial de la Grecia del siglo V o el vigor comercial de la dinastía Song. En los casos anteriores, las revoluciones industriales habían regresado con el tiempo a un ingreso real per cápita, a precios actuales, de unos dos o tres dólares al día, la condición humana. Incluso la domesticación de las plantas y los animales en nueve lugares del mundo, entre el 8000 a. C. y el 2000 a. C., no supuso un aumento permanente del ingreso per cápita —aunque las poblaciones mayores, que ahora eran sostenibles, tuvieron efectos benéficos en la fundación de la vida urbana y la alfabetización, de Mesopotamia a Mesoamérica—. Pero por razones maltusianas, en las economías agrícolas el ingreso per cápita siempre había regresado a dos o tres dólares diarios.

No lo hizo después de 1800, 1860 o 1973, ni ahora, y no va a hacerlo. Hurra.

Imagina vivir con dos o tres dólares al día. Mucha gente aún lo hace, aunque desde 1973 su número se ha desplomado. ⁴ La revolución verde posterior a la década de 1960 hizo que India fuera una exportadora de grano. En China, la liberalización posterior a 1978 modernizó sus ciudades. Y, como acabo de decir, después de 1800, 1973 o cualquier año reciente que escojas, no ha habido ningún indicio de reversión. En cada una de las alrededor de cuarenta recesiones que ha habido en Estados Unidos desde 1800, el ingreso per cápita real de la nación ha superado con rapidez, normalmente en dos o tres años, la cifra del *máximo anterior*. ⁵ Sin excepciones. Arriba, arriba.

Incluso si se incluyen los dos dólares diarios que todavía ganan algunas personas aplastadas por sus gobiernos iliberales, que ejercen los monopolios de la coerción, o por delincuentes, que ejercen los oligopolios de la coerción, durante los dos últimos siglos el ingreso real per cápita del mundo se ha multiplicado por un factor de diez —y por un factor de treinta en países como Hong Kong, Corea del Sur, Finlandia y Botsuana, que han aprovechado plenamente la oportunidad liberal—. El enriquecimiento material y cultural promete ahora extenderse a todo el mundo. ⁶ Aleluya.

Y el enriquecimiento ha sido enormemente igualador. Es un mito, aunque un mito persistente, que el gran enriquecimiento implica la búsqueda de la riqueza a expensas de la igualdad. Las sociedades verdaderamente desiguales han sido aquellas en las que gobernaban la tierra y la espada, o en tiempos recientes aquellas en las que una mafia violenta se ha hecho con el poder gubernamental, la Federación de Rusia con Putin, por ejemplo, o la Malasia de Najib Razak. Un sistema de mercado es, de hecho, igualitario y permite que la entrada reduzca los beneficios excesivos de la innovación, en beneficio de los más pobres, que obtienen agua corriente y luz eléctrica. Todo cambio tecnológico moderno, de los teléfonos a los ordenadores, ha suscitado el miedo a una «brecha

digital». Pero a causa de la entrada producida por el olor de los beneficios, nunca persiste. En el tercer acto, el pobre obtiene un *smartphone* barato. Siempre.

A partir de 1800, los más pobres han sido los mayores beneficiarios de la mejora comercialmente probada, cuya ideología era el liberalismo o, mejor dicho (en lugar del engañoso «capitalismo»), el «innovismo». El rico obtuvo algunas pulseras de diamantes adicionales. Es cierto. Mientras tanto, por primera vez los pobres tuvieron suficiente para comer. Hoy en día, en lugares como Japón o Estados Unidos los pobres ganan más, corregido por la inflación, de lo que, por ejemplo, ganaba el 10 por ciento más rico de hace dos siglos. Boudreaux defiende de manera verosímil que en Estados Unidos la mujer pobre media es más rica de lo que lo fue John D. Rockefeller. ^z Ahora ella tiene antibióticos, aire acondicionado y quinientos canales de telebasura, todo lo cual no estaba disponible para el pobre John D. Así mismo, Jane Austen (1775-1817) sin duda vivió desde el punto de vista material de manera más modesta y con una seguridad médica menor de lo que ahora lo hace el residente medio del este de Los Ángeles. Nuestra Jane murió a los cuarenta y un años de alguna enfermedad —la de Addison (la enfermedad del presidente Kennedy), la de Hodgkin, tuberculosis, no estamos seguros— que probablemente hoy en día se cure con facilidad, o al menos se pueda tratar. La igualdad de confort real para los pobres en forma de comida, vivienda, ropa, educación, sanidad, entretenimiento adecuado y la mayoría de los demás bienes y servicios importantes, han aumentado de manera constante, de máximo en máximo, desde 1800. Siguen haciéndolo. En países que experimentan plenamente el gran enriquecimiento, como Alemania, Japón y Singapur, el ingreso real medio a precios actuales (y con él, el mediano y las comodidades de los más pobres) ha aumentado de los tres dólares diarios de 1800 a más de 100 dólares diarios. ⁸

Como dijo Schumpeter en 1942, «la reina Isabel tenía medias de seda. El logro del capitalista [o el innovista] no suele consistir en proporcionar más medias de seda a las reinas sino en ponerlas al alcance de las chicas de las fábricas a cambio de una cantidad constantemente decreciente de esfuerzo... El proceso capitalista, no por coincidencia sino por virtud de su mecanismo, aumenta progresivamente el nivel de vida de las masas». ⁹ Ahora, el nivel de vida de las masas estadounidenses es cuatro veces más alto que a principios de la década de 1940, cuando el ingreso per cápita real estadounidense era de media el que ahora tiene Brasil. Los estadounidenses corrientes ahora tienen lavadoras, antidepresivos, vuelos baratos, un dormitorio para cada hijo y educación superior al alcance de muchos. A principios de la década de 1940 no era así. A principios de la década de 1840, esas cosas eran inconcebibles.

Recientemente, en China e India un nuevo liberalismo económico ha enriquecido a los pobres de una manera espectacular. China e India aún son de media muy pobres,

comparados con los estándares europeos, pero espera una o dos generaciones. En este siglo, más adelante —y más pronto si conservadores y socialistas abandonan sus planes iliberales para mangonear a la gente—, en el planeta todo el mundo será rico, como lo son los estadounidenses o los finlandeses. Los museos y las salas de conciertos se llenarán, proliferarán las universidades, se abrirá una vida plena para los más pobres. El liberalismo moderno nos enriquecerá a todos.

Pero después de 1848 el liberalismo se debilitó

Como ya he dicho, con *liberalismo* no me refiero a la palabra tal como se usa en Estados Unidos, como socialdemocracia o, más valientemente, socialismo democrático, en el que al gobierno se le asignan unos poderes cada vez más amplios para mangonear a la gente, y en el que la gente se tiene que quedar para siempre en un trabajo equivocado, bajo un imaginario «contrato social» incoherente con la libertad y la prosperidad. ¹ El uso de *liberty*, derivado del francés y en especial de su sinónimo anglosajón, *freedom* entre los socialdemócratas —la mayoría de mis amigos, en realidad— me parece confuso. (Por cierto, me referiré con frecuencia, como ya he hecho, a «mis amigos» de la izquierda, la derecha o el centro. Con esto no pretendo burlarme o ser condescendiente. De verdad tengo muchos amigos en la izquierda, la derecha y el centro. Los quiero y respeto sus opiniones, a pesar de lo equivocadas que están con tanta frecuencia. Estoy dispuesta a ayudarlos a descubrir el verdadero liberalismo. De nada.)

La definición clásica de libertad (*liberty* / *freedom*) es la condición de estar libre de la intromisión física de otros seres humanos. Significa, como he dicho, no ser un esclavo. Significa no ser mangoneado bajo la amenaza de coerción física. Significa que te dejen abrir un camión de comida o mudarte a Birmingham. La implementación de la libertad (*liberty* / *freedom*), como dijo Robert Hayden, el laureado poeta estadounidense en la década de 1970, ha sido «la manera en que hemos viajado del “no se puede” al “se puede”». ² Como dijo Mill en 1859, al impedir la esclavitud la cuestión es «la naturaleza y los límites del poder que la sociedad puede ejercer legítimamente sobre el individuo», como los subsidios gubernamentales que exige un sindicato, que se extraen de otros para mantener abiertas las minas de carbón no rentables, o el propietario de esclavos que exige un poder concedido socialmente para poder devolver a latigazos a Silas al «no se puede». ³

Sin embargo, después de un siglo en el que el liberalismo se articuló cada vez de manera más plena, el liberalismo nuevo, o social, de T. H. Green en la década de 1880, y más tarde de Leonard Hobhouse, empezó a girar lentamente hacia la socialdemocracia en la Inglaterra liberal, seguido después de 1890 por los progresistas de Estados Unidos y precedido por unos pocos socialistas continentales desde 1848. La naturaleza y los límites del poder ejercido por la sociedad sobre el propietario de minas individual o el

trabajador se ampliaron mucho. La coerción ampliada del gobierno se justificó con la afirmación de que en la lucha entre el capital y la mano de obra, los pobres estaban igualmente sometidos a una coerción y era necesario lo que John Kenneth Galbraith llamó mucho más tarde un «poder compensatorio». En Gran Bretaña, el estudioso del derecho Dicey observó en 1919 que «la principal corriente de la opinión legislativa desde principios del siglo xx se ha encaminado de manera vehemente hacia el colectivismo». ⁴ La visión liberal, de Smith a Bastiat, de una sociedad de gente libre que llega a acuerdos mutuos se sustituyó por una visión socialista, de Marx a Mao, de una sociedad de clases atrapada en el conflicto. Mientras los economistas desarrollaban una teoría de los salarios basada en la productividad, los políticos desarrollaron una teoría basada en el poder.

¿Por qué se produjo este giro iliberal? En 1919 Dicey da algunas razones, pero reconoce que sus raíces son previas. Tal vez la causa fue la caída de la servidumbre y la esclavitud literales, un triunfo liberal que tuvo lugar en el Imperio británico, en Rusia, en Estados Unidos y finalmente en Brasil, un triunfo que por analogía hizo que la clerecía virase hacia ausencias de contrato y consentimiento individual menos dramáticas. Cada caso de pobreza se redefinió entonces como esclavitud, «esclavitud salarial». Hagamos con la esclavitud salarial lo que hicimos con la esclavitud real: aprobar una ley coercitiva.

Tal vez, también, los logros evidentes de las ciencias físicas (y mucho más tarde, las biológicas) inspiraron un programa al mismo tiempo celoso de la física y satisfecho de sí mismo para aplicar la ciencia a la sociedad manipulando a la gente. Quizá después de 1867 la nueva pátina de democracia en Gran Bretaña, Prusia y Suiza, y antes en Francia y las Américas, convenció a los nuevos liberales de que había llegado realmente la época de la voluntad general. Votamos al gobierno, dijeron, de modo que ¿cómo va a ser tiránico? Ésa fue la lógica política del plebiscito francés de 1850 que estableció a Napoleón III como emperador, así como sus recientes engendros en Rusia y Turquía. En Suiza se ha utilizado durante siglos de una manera más cordial en los *Landsgemeinde*, una democracia directa análoga a las asambleas vecinales de Nueva Inglaterra. Apela a lo que el liberal francés Benjamin Constant llamó en 1819 la libertad «antigua», la libertad (*freedom*) asignada (sólo) a los ciudadanos varones libres para participar en la polis, incluso si después la polis anula el consentimiento y el contrato individual con reclutamientos, impuestos y castigos coercitivos, incluso para los ciudadanos varones libres. ⁵ O lo tomas o lo dejas.

Tal vez los nacionalismos y los imperialismos, de éxito reciente, predispusieron a los liberales a mangonear a los demás —por su propio bien, ya sabes—. La élite ya utilizaba al gobierno para manipular a las morenas razas inferiores, de modo que ¿por qué no

ampliar eso al propio país? En Gran Bretaña los primeros misioneros protestantes predicaban a los que no iban a la iglesia en las grandes ciudades industriales de la misma manera que hacían con los infieles en el extranjero. Y, de todos modos, las clases altas y medias altas ya estaban muy acostumbradas a acercarse a los pobres para ayudarlos, según el modelo de la vieja flor y nata de lady Bountiful, o la versión burguesa del siglo XIX, para reformarlos, según el nuevo modelo de la comandante Bárbara y el Ejército de Salvación.

Tal vez un cristianismo protestante, más tarde cuestionado, se redireccionó hacia objetivos laicos. La agitación contraria a la esclavitud había sido uno de esos redireccionamientos. Mis ojos han visto la gloria de la llegada del Señor. Más avanzado el siglo XIX, un porcentaje sorprendentemente elevado de progresistas estadounidenses, como Woodrow Wilson, fueron los hijos de ministros protestantes.⁶ De un modo similar, en Inglaterra T. H. Green y Leonard Hobhouse fueron hijos de pastores anglicanos. Quizá, al menos en Estados Unidos, la teología del posmileniarismo proporcionó a los protestantes estadounidenses un programa para establecer el cielo en la tierra.⁷ (Los católicos, los judíos y los protestantes europeos eran más realistas.)

Tal vez el desarrollo de los periódicos independientes, consecuencia de la invención del papel barato y la prensa rotativa de vapor, capaz de hacer enormes tiradas y por lo tanto de tener anuncios rentables, amplificó la demanda de estatismo. El liberal clásico Herbert Spencer señaló ya en 1853 dos de las principales plantillas de las noticias modernas, que aún hoy se utilizan mucho: «Coge un periódico y probablemente encontrarás un artículo que denuncie la corrupción, negligencia o mala gestión de algún departamento del Estado. Echa un vistazo a la siguiente columna y no es improbable que encuentres propuestas para ampliar la supervisión del Estado».⁸ Quizá también la mayor presencia de la fotografía en los periódicos, como se había empezado a hacer en la cobertura de la guerra y aún hace la cobertura televisiva de las hambrunas y los refugiados, hizo que la gente caritativa fuera claramente consciente de cómo vivía la otra mitad. Los miles de fotografías de Lewis Hine de principios del siglo XX, como la famosa en la que aparece una niña pequeña manejando su máquina en la fábrica de algodón de Whitnel, en Carolina del Norte, pusieron en duda la presunción del contrato libre.

O tal vez los hijos de los nuevos liberales, liberados del trabajo por asistir a Oxford y Yale, se estaban rebelando contra sus padres, que habían amasado su fortuna gracias al vulgar comercio. En la novela de Henry James *Los embajadores*, de 1903, nunca se revela cuál es la vulgaridad que desde Connecticut financiaba el ocio de los expatriados estadounidenses en Europa. Quizá, quizá. En realidad, las causas del giro iliberal a

finales del siglo XIX de quienes se definían a sí mismos como liberales son misteriosas. Pero el giro tuvo lugar.

El resultado fue que alrededor de 1900 incluso en la anglosfera liberal la izquierda había añadido la «libertad» (*freedom*) de ser liberado (por así decirlo) de toda restricción, como por ejemplo estar liberado de la ley de la gravedad, de la ley de la escasez, de las consecuencias no pretendidas y, en particular, estar liberados de la ley de contabilidad social —la ley, bien sea liberal o socialista, de que si una empresa no es rentable debe cerrarse, en beneficio de todos—. La «libertad» adicional parecía un siguiente paso verosímil, como he dicho, después de que terminara la esclavitud literal. Podemos hacer el mundo de nuevo, creían los nuevos «liberales», con su confianza científica, derogando las viejas e irritantes reglas y colocando en su lugar una nueva ley de planificación, protección y obligación gubernamental. Si alguien podía volar como Superman, sería «libre» como un pájaro. Hagámoslo. Si alguien podía mejorar la raza esterilizando a la tercera generación de imbéciles, o encarcelando a 1.000 homosexuales británicos al año, estaríamos «libres» de defectos. Hagámoslo. Si alguien podía beneficiarse de la tercera de las cuatro «libertades» que Roosevelt enumeró en su discurso de 1941, sería adecuadamente rico quitándoselo a los demás. ² Hagámoslo. La «libertad» (*freedom*), sostenían los nuevos liberales, es lo mismo que ser adecuadamente rico, puro o poderoso, aspiraciones, decían, que el gobierno puede reglamentar con facilidad y justicia. Hagámoslo.

En el alto liberalismo, por decirlo de otro modo, la libertad (*liberty*) igual e individual que tengo para llegar a un acuerdo voluntario contigo se amplió a una «libertad» (*freedom /liberty*) mía, nueva y socializada, para hacerme con tus bienes, a través del monopolio de la coerción del gobierno, para darme a mí o a un grupo al que favorezco una serie de libertades (*freedoms*) «positivas». Debo tener la libertad (*freedom /liberty*) de la necesidad, por ejemplo, independientemente de los bienes que te ofrezca. «Todo hombre es un rey», dijo Huey Long en Luisiana en 1934 y su método era tanto el del mal rey Juan como el de su enemigo Robin Hood, característico del orden feudal y más tarde del orden socialista, fascista o del Estado de bienestar, basado en una teoría de suma cero, ganar o perder. «Es necesario reducir las grandes fortunas —dijo Huey— para que podamos esparcir la riqueza y que sea compartida por todas las personas.» ¹⁰ Reduzcamos mediante la coerción las ganancias legítimas que una persona ha conseguido gracias al comercio y el progreso para dar dinero a otro votante de Huey y todo irá bien.

Con el alto liberalismo, como en la jerarquía feudal, el capitalismo de amiguetes, el nacionalismo fascista, la reacción conservadora o cualesquiera regímenes iliberales, debo tener especialmente la libertad (*liberty*) para regular tu comportamiento, mediante

el monopolio de la coerción del gobierno, de maneras que sean beneficiosas para mí o para quien yo designe. Debo tener, por ejemplo, la libertad para impedir que entres en mi actividad comercial y que la policía te lo impida por la fuerza. Mis clientes se beneficiarían de esa entrada, pero yo puedo impedirla, gracias a Dios. Por ejemplo, debo tener la libertad para impedir que Juan Valdez venga a mi país a comerciar pacíficamente conmigo mediante una ley que el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas garantizará por la fuerza. La entrada de Juan beneficiaría a mis conciudadanos, pero no me gusta la gente como él y con la ayuda del gobierno puedo detenerle. Y así sucesivamente, por medio de la ley y la regulación. «Nosotros» debemos tener la libertad para imponer aranceles a las importaciones y así impedir que compres donde quieras. «Nosotros» debemos tener la libertad para impedir que los médicos extranjeros practiquen libremente en Estados Unidos o, ya puestos, para impedir que cualquiera que quiera ejercer como médico lo haga. «Nosotros» debemos tener la libertad para librar una ofensiva bélica por el rey y el país, o una guerra para acabar con todas las guerras, financiada con tus bienes y tu cuerpo, que son expropiados con ese fin. Es un «nosotros» socializado.

Así es, pues, el mal definido «liberalismo» en estos últimos tiempos en algunos lugares de la anglosfera. Boaz cita la ocurrencia de Schumpeter sobre el robo de la palabra *liberal* : «Como un piropo supremo, aunque no intencionado, los enemigos del sistema de la empresa privada han pensado que sería inteligente apropiarse de su marca». ¹¹ La apropiación no fue «mera» retórica. Ilustra la falta de seriedad de la manera en que hablamos unos con otros. El historiador Kevin Schultz ha escrito una biografía dual de esa extraña pareja, William Buckley el conservador (1925-2008) y Norman Mailer el radical (1923-2007), *Buckley and Mailer: The Difficult Friendship That Shaped the Sixties* (Buckley y Mailer: la difícil amistad que conformó los años sesenta) (2015). Schultz documenta cómo ambos hombres se rebelaron contra el alto liberalismo de las décadas de 1950 y 1960. Pero la jerarquía del alto liberalismo ha vencido políticamente, con bastante aprobación por parte de la jerarquía conservadora. Ha expulsado los proyectos antiguos y adultos propios de la gente libre; por ejemplo, las familias como escuelas éticas, la autoprovisión para la vejez, una póliza de seguro sindical para el desempleo o una prudente cautela respecto a los conflictos extranjeros. Mailer y Buckley, cada uno a su extravagante manera, buscaron el discurso civil en una sociedad amante de la libertad. Fracasaron.

Al final, la disputa izquierda-derecha ha producido los dogmatismos de la izquierda y la derecha que oímos a diario, incluso entre personas que, por lo demás, son adultas y benevolentes. La izquierda teme y desprecia a los ricos, por ejemplo a los banqueros. La derecha teme y desprecia a los pobres, por ejemplo a los inmigrantes hispanos. Y el

centro cree cuentos de hadas de ambas partes, en particular los cuentos que dicen que los gobiernos son omnicompetentes y que la elección libre privada tiene muchísimos defectos. Se puede oír de izquierdistas amables como el economista Joseph Stiglitz comentarios que se pueden resumir como: «Si hay *algún* efecto secundario, entonces el gobierno de Estados Unidos o de Gran Bretaña debería intervenir con sus poderes policiales para impedirlo». O se puede oír de derechistas no tan elegantes como el politólogo Paul Wolfowitz comentarios que se pueden resumir como: «Si hay personas malas en el mundo, entonces el gobierno de Estados Unidos, con la ayuda británica, debería bombardearlas». Cuando alguien preguntó a Michael Bloomberg, el brillante hombre de negocios y alcalde de Nueva York durante tres mandatos, qué pensaba sobre legalizar la marihuana, esgrimió el dogma sin ninguna prueba de que la marihuana es una droga de iniciación. ¹² Cuando alguien preguntó a Lindsay Graham, el brillante y veterano senador de Carolina del Sur, qué pensaba sobre las acciones excesivas de Estados Unidos en el exterior, esgrimió el dogma sin ninguna prueba de que si no luchamos contra ellos en Siria, tendremos que luchar contra ellos en Charleston. ¹³

Los socialistas lentos, los «liberales» altos o progresistas de finales del siglo XIX y principios del XX como Lloyd George y Woodrow Wilson y después también sus supuestos enemigos, los conservadores burkeanos como, recientemente, Boris Johnson y Lindsey Graham, ocuparon lo que creyeron que era una posición ética superior. Ésta permitía ampliar la coerción mediante la violencia gubernamental. A partir de alrededor de 1900, los nuevos liberales y los progresistas han declarado —uniéndose en esto a los conservadores a partir de Thomas Carlyle, que mucho tiempo atrás había hecho la misma declaración—: «Nuestros motivos para ampliar el alcance de la coerción gubernamental son puros y paternalistas. Nuestra política de coerción física está diseñada para ayudar a los pobres, que son patéticos, infantiles e ingobernables, y a las mujeres y las minorías, absolutamente incapaces de cuidarse solas o de comportarse. Dejar los asuntos de los ciudadanos en sus manos y sus pacíficos mercados sería muy peligroso, a diferencia de nuestras adorables propuestas para coaccionar aquí y en el extranjero. Vosotros, los llamados liberales modernos 2.0, criticáis nuestras espléndidas medidas políticas. Nosotros, los progresistas, llegamos a la conclusión de que debéis odiar a los pobres, las mujeres y las minorías (o en realidad a todos los ciudadanos corrientes), y debéis amar sólo a los ricos, y sabemos que estáis corrompidos para hablar con tanto odio porque recibís dinero de los Koch. Y nosotros, los conservadores, llegamos asimismo a la conclusión de que no amáis lo suficiente a nuestro rey y a nuestro país, una tierra de esperanza y de gloria, el hogar de los valientes y la tierra de los libres. Nosotros, los progresistas y los conservadores, nos unimos en el grito: “¡Vergüenza! ¡Vergüenza!” ¿Por qué deberíamos escuchar a gente tan malvada?».

La esencia del verdadero liberalismo humano es, por el contrario, un gobierno pequeño, honesto y eficaz para su alcance modesto, con una mano tendida a los pobres. Sobre todo, deja a la gente en paz para que persiga voluntariamente sus proyectos no violentos, *laissez-faire* , *laissez-passer* . Pero no ignora a los desfavorecidos, ni los desprecia, ni los manipula con jueces o consejos, ni se niega altivamente a ayudarlos, con un desdén típico de club de campo de «tengo lo que es mío, perdedores». El liberalismo humano no es atomista ni egoísta, a diferencia de lo que creen los altos liberales —y como a veces algunos confundidos que se definen como libertarios dicen a su manera pueril, como si se lo creyeran y no hubieran sido educados por sus madres—. El verdadero liberalismo humano supone, por el contrario, una economía, un sistema de gobierno y una sociedad de igual dignidad.

El «nuevo liberalismo» era iliberal

El nuevo liberal/estadista/progresista creía en una teoría muy particular de la economía. Ha creído hasta el presente que la economía es ante todo *fácil* de administrar y que, por lo tanto, la acción intencionada llevada a cabo por gente lista sin experiencia empresarial produce, con bastante facilidad, los resultados deseados. No cree que el conocimiento de lo que debemos hacer y de cómo hacerlo esté distribuido localmente entre la gente y sólo sea accesible mediante mercados no regulados. La gente, piensa, en realidad consigue una vivienda mejor y una jornada de ocho horas gracias a los planes y las obligaciones del gobierno, como la ley Wagner, que favorece a los excelentes sindicatos industriales, los controles de alquiler que aportan una vivienda maravillosamente barata o un gobierno emprendedor que tiene ideas brillantes. ¹ John R. Commons (1862-1945), de la Universidad de Wisconsin, fue el sabio estadounidense de ese estatismo, descrito con detalle en el extraordinario poema épico del 2018 del poeta irlandés Micheal O'Siadhail, cuyo segundo cuarteto, de manera aún más extraordinaria, canta certeramente, se crea o no, a la economía y a su historia intelectual. Dice O'Siadhail (se pronuncia «oh'shil», por cierto) del profesor Commons: «Empírico, purgaste la dura / y dorada época con leyes laborales / y compensaciones, escogiste ponerte del lado / de los planes para practicar el control de precios; también viste el proteccionismo / como la atadura a un comercio demasiado libre». ²

La mejora, dice el estadista, sobre todo si es abogado laboralista o un historiador del trabajo inspirado por *commons*, tiene poco o nada que ver con acuerdos privados en el comercio, guiados por los beneficios obtenidos tanto por los productores como por los consumidores, lo que luego lleva a una clase trabajadora cada vez más enriquecida, que con este producto marginal mayor puede hacer algo mejor que vivir en casas sin calefacción central o de trabajar doce horas al día sin descanso. «No seáis tontos — replica el estadista ante el verdadero relato liberal del enriquecimiento—. Nosotros, los nuevos liberales y los socialistas continentales, entendimos en el siglo XIX que la “intencionalidad” [por utilizar una de las palabras predilectas de la teología pública del nuevo liberal] es crucial para la creación de una sociedad justa, que puede imponerse fácilmente por ley mediante la lucha política. Tras las luchas intencionales con los piquetes y los votos intencionales en el Parlamento, al fin se logró una sociedad justa y rica. Tu mítica mano invisible no tuvo nada que ver en eso.» La sociedad justa y rica no se produjo, dicen, gracias al enriquecimiento procedente del comercio creativo y la

innovación, que permitió mejorar nuestra situación desde el mercado de los agricultores al concesionario de coches, sino gracias a los corazones puros y las regulaciones coercitivas. En la década de 1950 los jóvenes partidarios del *New Deal* que pretendían justificar un gobierno más activo —entre ellos Arthur Schlesinger Jr. y mi padre, Robert Green McCloskey— echaron la vista atrás en busca de precedentes, como los de la época de Jackson y Henry Clay y sus espléndidas e impuestas «mejoras internas». ³ Sus discípulos aún lo hacen. ⁴ Así logramos, han seguido diciendo, una nueva libertad (*freedom*).

Aparte de los problemas factuales y económicos que tiene esta historia izquierdista de los frutos de la intencionalidad en la economía, el problema filosófico es que ya tenemos palabras para esas «libertades» (*freedoms*) —a saber, un confort adecuado, una gran riqueza, un poder considerable, unas capacidades físicas inusuales, calefacción central, subsidios procedentes de impuestos—. Utilizar la palabra *libertad* para referirse a estas otras cosas buenas, como hace el vocabulario de «capacidades» del economista Amartya Sen y de la filósofa Martha Nussbaum, complica la cuestión. ⁵ Las capacidades son buenas. Deberíamos trabajar para asegurarnos de que en el planeta todo el mundo las tiene, sobre todo dejando que una economía libre enriquezca a la gente común, como ha hecho de manera regular. Adam Smith declaró, cuando una economía naciente desplazaba la atención de la gloria del rey hacia el florecimiento del pueblo, que «ninguna sociedad puede ser floreciente y feliz si la mayor parte de sus miembros es pobre y miserable». ⁶ Ésa es la parte humana del liberalismo humano, expresada en su objetivo de un mayor ingreso real per cápita y un mayor florecimiento de las personas, especialmente las pobres. Pero desarrollar esas cosas buenas no es en sí mismo «libertad», a menos que queramos meter en una sola palabra todas las cosas buenas que hay en el mundo. ⁷

Por decirlo de otro modo, Smith y yo sostenemos de manera enfática que el desarrollo es la *consecuencia* de la libertad (*freedom*), el plan evidente y simple de la libertad (*liberty*) natural. Pero el desarrollo —al contrario que el título de uno de los libros de Amartya Sen— no es *lo mismo* que la libertad (*freedom*). Una causa no es lo mismo que su consecuencia. Nadie negará que es bueno desarrollarse hasta ser adecuadamente rico. En 1937 Beatrice Kaufman aconsejó a un amigo: «He sido pobre y he sido rica. ¡Ser rica es mejor!». ⁸ Sí. Pero seguimos necesitando una palabra para una libertad de la constricción física de los demás, diferenciada. En términos políticos la constricción se llama «tiranía» (del griego *tyrannos* , «amo»), siendo su opuesto la libertad (*liberty/freedom*). Tenemos que estar atentos frente a la tiranía y a sus consecuencias sobre la pobreza. Y más allá del dinero y la pobreza, debemos tener cuidado con las consecuencias de la falta de libertad (*unfreedom*) tiránica cuando impide el florecimiento humano. La tiranía es nociva para el alma humana. Ahora, tanto como en 1776 o 1789,

tenemos que observar con cuidado la tiranía del rey, el marido, el esclavista, el jefe, el anciano de la aldea, el burócrata, el policía. Mantente alerta.

Mis amigos los socialdemócratas parecen creer que en Estocolmo y Boston ya no hay un problema de tiranía como tal, porque nos hemos deshecho de los zares y de los maltratadores de mujeres. A fin de cuentas, votamos al alcalde que nos mangonea (la libertad [*freedom*] «antigua» de nuevo), nos cobra impuestos con el puño de la coerción para beneficiar a otras personas, como los buenos partidarios del alcalde, independientemente de si éstos, de acuerdo con sus habilidades, hacen algo por el resto de nosotros. Reina la voluntad general, que era la extraña solución de Rousseau al problema de mantener la libertad (*liberty*), aún dando poder al gobierno para regular la propiedad.⁹ De modo que aplastemos la palabra *libertad* (*freedom*). Recordaré amablemente a mis amigos que la Federación de Rusia se ha hecho con un nuevo zar y Turquía con un nuevo sultán, votados por la *volonté générale* para que ocupen sus tronos. E incluso en Estocolmo y Boston, adorables como son esos lugares, es un error creer que se acabó el maltrato a las mujeres, que los impuestos son del todo inofensivos y que los políticos carecen por completo de tendencias tiránicas.

Por decirlo aún de otra manera, entre los socialdemócratas, la palabra *libertad* (*freedom*) ha acabado significando simplemente, en la jerga de los economistas, «tener una restricción presupuestaria alejada del punto de partida», es decir, ser rico. Queremos esas capacidades, dije. Y por supuesto, a corto plazo Paul puede obtener con facilidad una restricción presupuestaria cogiendo el dinero de Peter, o logrando que lo hagan Huey Long o Amartya Sen. Pero tengamos en mente el largo plazo. Ser libre, en el sentido original y diferenciado de estar libre de constricciones violentas procedentes de tiranos grandes o pequeños, de hecho, ha dado pie con frecuencia, después de un tiempo de mejoras comercialmente probadas fomentadas por la libertad (*liberty*), a restricciones presupuestarias alejadas del punto de partida, con toda la sociedad enriquecida y no sólo Paul a expensas de Peter. Los nuevos liberales o los viejos conservadores nunca han creído en una suma positiva como ésta. A largo plazo, entonan, todos muertos. Mientras tanto, los ingresos caen del cielo como el maná, dicen, sin incentivos o costes de oportunidad y deberían distribuirse de acuerdo con nuestras necesidades, o como en los viejos tiempos entregarse al señor para su castillo.

Recuperar la palabra *libertad*, bien sea la germánica/anglosajona *freedom* o la latina/francesa *liberty*, de las manos de los socialdemócratas o los socialistas democráticos hostiles al comercio o de los conservadores y los reaccionarios hostiles a la igualdad no es una «mera» cuestión de definición, que deba dejarse de lado en las conversaciones serias por insignificante. Si queremos evitar la esclavitud, necesitamos una palabra para la no esclavitud, o eso suponíamos todos antes de que Rousseau-

Green-Sen-Nussbaum nos dijeran que la voluntad general discernida por la polis *es* la libertad (*freedom*).

Si la palabra *libertad* (*freedom*) adquiere el sentido utilitario de Rousseau-Green-Sen-Nussbaum para significar «ingresos», entonces cualquier coerción particular del gobierno puede ser, a fin de cuentas, algo bueno, siempre y cuando la ganancia sea mayor que el dolor. Y los socialdemócratas o sus correligionarios, los puros socialistas, creen que una gran parte del así llamado dolor contemplado debería darse por descontado en la justicia (social), como un irritante e intrascendente deseo de los adultos corrientes por la dignidad de la autonomía. En Estados Unidos, los «empujadores», como se llaman a sí mismos, por ejemplo Cass Sunstein, Richard Thaler y Robert Frank, quieren utilizar la economía conductista para privar a la gente de autonomía, por su propio bien, para manipularlos y dirigirlos a una curva de mayor utilidad —en lugar de alertarlos o educarlos y después dejar que escojan ellos mismos—. Al cuerno la libertad (*liberty*).

En 1881, T. H. Green habló de la libertad (*liberty*) «debidamente entendida» —la expresión habitual en el siglo XIX, como ha observado Tom Palmer, cuando se produjo el cambio de la libertad como ausencia de la constricción humana a la libertad como ausencia de cualquier constricción—. ¹⁰ Se convierte así en lo que tú, en opinión de la clerecía, «querías» hacer, lo que, a la manera de Platón, tu yo más verdadero y elevado ordenaría. T. H. Green proseguía: «No nos referimos simplemente a la ausencia de la restricción de la compulsión [humana]... Nos referimos a un poder o capacidad positivos para hacer... todo aquello que merezca ser hecho» según las luces de la clerecía. ¹¹ En 2018 la izquierda británica, en honor al bicentenario de Marx, declaró que los gobiernos locales británicos deberían construir más vivienda pública y alquilarla por un precio favorable a gente favorecida. Es decir, que el gobierno no debía prestar atención al deseo tonto, capitalista y antiigualitario de la clase trabajadora de ser propietaria de su casa. Tenían que vivir, en cambio, como una mascota, algo que ellos «querrían».

Declaraciones así, bienintencionadas o no, son la manera en que la socialdemocracia, con pequeños pasos, se dirige desde una sociedad liberal basada en la responsabilidad y el autocultivo, con una red de seguridad que no complica la situación, a la aceptación de una coerción y una ingeniería económica gubernamentales que se amplían, en la que una clerecía coercitiva maneja una economía de esclavos obedientes. No es una conspiración, entiéndase, sino la consecuencia natural de la ampliación del derecho al voto y el deseo de seguridad en lugar de libertad (*liberty*). Se nos convierte en esclavos, hijos y mascotas seguros, gente que no es libre. El estado de New Hampshire tiene en las matrículas de sus coches el lema «Vivir libre o morir». En 1974, un conductor que

quería vivir libre decidió por razones religiosas y políticas que no le gustaba el lema y cubrió el de su matrícula con cinta adhesiva. Fue detenido y pasó quince días en la cárcel. ¹² Como un animal de compañía. ¡Perro *malo* !

En resumen, la mujer «liberal» nueva, alta o progresista, se la llame como se la llame, junto a su esposo el conservador jerárquico irritado por el pobre engreído, defiende un régimen en el que se mangonea a la gente, como ejemplifica la prohibición del alcohol en Estados Unidos, y más tarde de las drogas (como era predecible, T. H. Green estuvo a favor de la prohibición del alcohol de alta graduación). Tal como se implementó en el siglo XX, su régimen progresista, por no hablar del régimen reaccionario de su esposo mezclado con el suyo, tenía poco de acuerdo voluntario y mucho de retórica iliberal coercitiva, con desdén por el pobre patético o irritante, una economía de suma cero y no demasiada búsqueda de un *win-win* entre adultos responsables a cargo de sus propias elecciones.

El fallecido economista liberal Leland Yeager sostuvo que «el enfoque basado en fuertes principios de la política económica reconoce que la tarea del legislador *no* es [utilizar la coerción gubernamental ejercida por expertos de la planificación para] maximizar el bienestar social, tal como sea concebido, y *no* es lograr patrones específicos de producción, precios e ingresos. Su compromiso, en cambio, es con un marco de instituciones y reglas dentro de los cuales la gente pueda cooperar de manera efectiva para perseguir sus propios fines diversos». ¹³ Diversidad. A mí me gusta tejer, a ti te gustan las maquetas de trenes. Dejemos que la gente tenga las dos cosas.

Es decir, la libertad (*freedom /liberty*), empíricamente hablando, a menudo produce un *win-win*. Observa el resultado a largo plazo de la abolición de la esclavitud. Por el contrario, la tiranía, empíricamente hablando, a menudo produce una suma cero o negativa. No siempre. No es una cuestión de pura razón, *der reinen Vernunft*, sino una cuestión de historia documentada. ¹⁴ Es lo que en esencia ha mostrado la historia del verdadero liberalismo, con pocas excepciones, como lo ha hecho la historia opuesta del verdadero socialismo, en Alemania Oriental frente a la Occidental, por ejemplo, o en Corea del Norte frente a la del Sur, o recientemente en Venezuela frente a Colombia.

Y más allá de cuestiones de restricciones presupuestarias y de dinero —en esto, repito, contradigo con respeto a mis amigos socialistas y conservadores—, la libertad (*freedom /liberty*), entendida como la condición de no ser coaccionado, tiene en general como resultado el florecimiento del resto de los humanos, la cultura y el autocultivo. De nuevo, no tiene que ser así por pura lógica, sea ésta presentada por la izquierda o por la derecha. Tal vez en el extremo, una bota pateando un rostro humano para siempre produciría, por ejemplo, un arte genial. Pero en los hechos históricos es el liberalismo el

que ha producido un florecimiento no económico más amplio. El socialismo o la reacción no lo han hecho. Toma la literatura fascista italiana o la pintura realista socialista rusa. Las sociedades liberales son muy creativas y razonablemente virtuosas. Las sociedades socialistas o reaccionarias, que están muy reguladas o en el extremo usan las botas para patear, son asfixiantes, y van desde ser simplemente algo aburrido a algo muy desagradable. ¹⁵

Después de 1945, por ejemplo, la colonia de Hong Kong se liberó de buena parte de la coerción ejercida por los planificadores. Tenía una economía más o menos *laissez-faire* (aunque como colonia de la Corona británica no tenía ninguna clase de derecho político, ninguna libertad (*freedom*) antigua, pero tenía el derecho consuetudinario inglés, una ventaja para la libertad [*freedom*] moderna e individual). A pesar de la enorme inmigración procedente del continente, en dos generaciones pasó de un nivel de pobreza como el de Somalia a unos ingresos per cápita apenas inferiores a los de Estados Unidos. Por el contrario, reitero, los viejos y repetidos experimentos para, en cuestiones económicas, convertir a los humanos en clientes, mascotas o esclavos del gobierno, sujetos a órdenes de la policía o los planificadores, sin derecho a decir que no, han dado pie de manera regular a rectas de balance que se quedan en el cero original, como en la China de Mao o la Venezuela de Maduro o, de hecho, en la aldea corporativa cerrada de la nostalgia conservadora. ¹⁶ Y las grandes eras artísticas, como la Grecia del siglo v, la Italia del siglo xv o los años cincuenta en Estados Unidos se construyeron sobre el comercio, que producía libertad (*freedom*) para intercambiar, para innovar, para pensar, para hablar y producía todas las demás libertades y todos los demás florecimientos para cada vez más gente.

El resultado del nuevo iliberalismo fueron gobiernos muy grandes

En 1913 el gasto total del conjunto de todos los niveles del gobierno estadounidense — local, estatal y federal— fue, de acuerdo con el historiador económico Robert Higgs, de alrededor del 7,5 por ciento del PIB. ¹ Por lo tanto, las escandalosas corrupciones de muchos gobiernos de aquella época —por ejemplo, el de Chicago o el de Boston— no eran demasiado importantes para la economía en general. Pero en 1996, en Estados Unidos, el porcentaje del gasto gubernamental total de todos los niveles había aumentado hasta el 32 por ciento, y el gobierno regulaba cada vez una parte mayor del resto, por medio de lo que Higgs llama el «alcance» creciente del gobierno. La cifra es aún más alta en la mayoría de los demás países ricos. En Estados Unidos el alcance del gobierno se contuvo un poco en las décadas de 1970 y 1980 con la desregulación, como en el caso de las líneas aéreas; en el Reino Unido, gracias al breve flirteo de Margaret Thatcher con el verdadero liberalismo y en Suecia después de la crisis de la década de 1990. Pero después volvió la regulación, por lo general en respuesta a presiones democráticas como las que parodiamos en Chicago como lema de la ciudad, «*Ubi meus?*», «¿Dónde está lo mío?». Todos los niveles del gobierno se volvieron cada vez más reguladores. Thatcher en el Reino Unido, por ejemplo, centralizó la educación hasta los doce años.

La prevalencia del gran gobierno surge en parte de la creencia de que el mercado y la competencia son por naturaleza muy imperfectos —de lo cual los economistas han recopilado sorprendentemente pocas pruebas, aunque muchos de ellos se aferran con pasión a esta idea—. ² La creencia en la imperfección se concretó en la economía del siglo xx en la ampliación del alcance de «políticas» impuestas para contrarrestar estas supuestamente importantes imperfecciones (una importancia, repito, sin documentar), como diseñar repercusiones económicas, monopolios naturales y todo lo demás. A nivel federal, la Agencia de Protección Ambiental, la Administración de Alimentos y Medicamentos, la Comisión Federal de Comercio, la Comisión Federal de Comunicaciones o el Consejo Federal de la Privacidad son esas ideas institucionalizadas.

La creencia en las imperfecciones del mercado se ha unido a la creencia de que el gobierno, que por supuesto carece de imperfecciones cuando trabajan para él los mismos economistas que afirman que los mercados son notoriamente imperfectos,

puede por sí mismo contrarrestar con facilidad las imperfecciones (la mayoría de las cuales, diría un liberal, ha causado el propio gobierno). El lema de la «reforma fácil» está en el nuevo liberalismo. Traed a los economistas, dicen los antiliberales, y traed a los abogados y también a los políticos. Es sabido que son perfectamente sabios e incorruptibles.

El resultado en Francia, por ejemplo, es que la participación del gobierno en el gasto nacional es del 55 por ciento. En Francia, los monopolios y las regulaciones proliferaron de manera ininterrumpida hasta Macron. Jean Tirole, el premio Nobel de Economía más reciente de ese noble país (2016), señaló con sarcasmo que los franceses «tal vez desconfíen más del mercado y la competencia que cualquier otra nacionalidad» y, en consecuencia, confían más entrañablemente en *l'État*.³ En París, la composición del pan se regula de manera estricta desde la Edad Media y los alquileres han estado congelados desde la Primera Guerra Mundial. En 1999, otro economista francés provocó un escándalo nacional al mencionar simplemente el sentido común de la llamada teoría de la elección pública (*Public choice theory*), que en Estados Unidos inició el economista verdaderamente liberal James Buchanan, Nobel en 1986 —a saber, que los políticos y los funcionarios económicos y legales pueden en ocasiones, después de todo, tener en cuenta sus propios intereses, intereses que a veces correlacionan de manera imperfecta con el bien público—. Sólo en ocasiones, eh. Como dijeron Geoffrey Brennan y James Buchanan: «En todos los casos prácticamente relevantes, los gobiernos —o, de manera más precisa, los individuos que participan en el proceso gubernamental— tienen el poder de coaccionar. Ejercen un poder genuinamente discrecional y es empíricamente razonable y analíticamente necesario asumir que por encima de determinado rango explotarán ese poder para sus propios fines, cualesquiera que sean éstos». ⁴ Tal vez sus fines alcancen el interés público. Pero apuesto a que no. Y, dicen los economistas de la elección pública, los políticos y los funcionarios económicos y legales pueden, en realidad, no saber, ni siquiera de manera aproximada, qué hacer en beneficio del bien público. La clerecía francesa se escandalizó por la simple mención de esa idea loca, liberal y anglosajona.

El aumento del alcance gubernamental, incluso más allá de la proliferación de planes de economistas que se ofrecen como expertos ingenieros económicos, ha tenido lugar, por supuesto, con el apoyo popular. Expresa una tiranía de la mayoría, que ha perseguido a la democracia desde los griegos. «Dejad que el gobierno —gritan los ganadores de las últimas elecciones, la mayoría de los votantes en, por ejemplo, Hungría o Turquía en 2018— elabore programas para ayudar a la gente simpática, como nosotros. Y en cualquier caso dejadnos regular estrictamente a los demás, esa gente que no lo es» —gente de color, por ejemplo, o kurdos, judíos, inmigrantes de camino a la frontera alemana o texana, laicos, habitantes urbanos o nuevos actores que compiten con los

monopolios privilegiados de médicos, abogados y agricultores de algodón—. «Todo eso garantizará nuestra seguridad y riquezas aquí, en los barrios residenciales o el campo, que por suerte está muy sobrerrepresentado. Estamos enfadados y aterrorizados», y lo llevarán a cabo políticos populistas del estilo de Orbán y Trump, que hacen sonar alarmas falsas sobre los inmigrantes, los judíos y los musulmanes. «Mantenednos seguros con un gobierno grande y muy armado», imponiendo una guerra contra las drogas negras o una guerra contra los inmigrantes hispanos o sirios. «Reguladnos incluso a nosotros, porque reconocemos que somos miedosos, como niños, buaaa. Para impedir que los restaurantes nos envenenen, por ejemplo, no os fiéis de la prensa que da noticias falsas y el poder judicial despreciablemente elitista», y de la consecuente e imperfecta protección frente a los daños y los fraudes. «Apartad a todos éstos, y por si acaso asesinad a los periodistas y deponed a los jueces, porque son enemigos de la nación. En su lugar, nombrad a un inspector que cuente con poderes policiales» y el favor de la élite gobernante, para que se pase por el restaurante una vez al año, con la mano extendida para recoger un soborno, acción que inmunizará a los restaurantes que de verdad están envenenando ante las acusaciones futuras. En resumen, estemos seguros y seamos pobres en lugar de ser libres y ricos, dependientes en lugar de autónomos, niños en lugar de adultos. La gente lo exige. A muchos no les importa ser esclavos. Los liberales los instamos a liberarse.

Eso es simétrico, a izquierda y derecha, porque tanto los demócratas como los republicanos, los laboristas y los *tories*, quieren que el gobierno sea muy, muy grande, sin respeto por la libre elección, y que siga la opinión mayoritaria muy, muy de cerca, sin respeto a las minorías. Nosotros, los verdaderos liberales modernos, nos plantamos ante ambos, nos oponemos a la tiranía de la mayoría de los dos lados del espectro habitual. Hip, hip, hurra por Smith, Wollstonecraft, Thoreau, Bastiat, Mill y sus descendientes.

Por el contrario, si eres de izquierdas o de derechas, demócrata o republicano, un laborista rojo o un *tory* azul, consideras que el gobierno es un instrumento para hacer las gloriosas cosas públicas que quiere la buena gente, como la presa Hoover, el Sistema de Parques Nacionales o las cárceles de su majestad. Es probable que no estés de acuerdo con la definición de Weber según la cual el gobierno es el monopolio de la coerción. Sin duda no estarás de acuerdo con la definición de Tolstói, de 1857, del gobierno como «una conspiración diseñada no sólo para explotar, sino por encima de todo para corromper a sus ciudadanos». ⁵ Y te opondrás de manera vehemente a la noción, más reciente pero similar, del economista anarcocapitalista Murray Rothbard (1926-1995) del gobierno como «el grupo criminal más grande de la sociedad». ⁶ Murray solía decir que el gobierno es una banda de ladrones en cuyas garras hemos caído. Will

Rogers solía dar gracias a Dios por no recibir el gobierno por el que pagamos. Te opondrás en especial a ese cinismo si estás entre la minoría de la población mundial que vive bajo gobiernos tolerablemente honestos, un ciudadano de Gotemburgo, Suecia o quizá de Saint Paul, Minnesota. Sin duda te quejarás de que estas referencias a la «coerción», la «corrupción» y la «criminalidad» como base del gobierno son exageradas.

Por desgracia, en términos generales, no lo son. Pocas personas habrían puesto en duda esas definiciones cínicas antes del auge, a finales el siglo XIX, de un nacionalsocialismo optimista inspirado por Rousseau y Hegel, que afirmaban que los gobiernos son bastante agradables y expresan por fortuna la voluntad general, que a fin de cuentas también es sin duda la tuya —los actores peligrosamente desagradables son las empresas multinacionales y otras instituciones de intercambio voluntario, o las minorías que, de manera irritante, se oponen a una voluntad general que impone de manera justa las leyes de Jim Crow y la persecución de los gays—. En 1853 Herbert Spencer preguntó: «¿Cuál será la comunidad más sana; aquella en la que los agentes que llevan a cabo mal sus funciones sufren de inmediato la retirada del patrocinio público o aquella en la que sólo se puede hacer sufrir a esos agentes mediante un aparato de reuniones, peticiones, cabinas de votación, divisiones parlamentarias, consejos de ministros y documentos burocráticos? ¿No es una esperanza absurda y utópica que los hombres se comporten mejor cuando el correctivo es remoto e incierto que cuando está a la vuelta de la esquina y es inevitable? Sin embargo, ésta es la esperanza que alberga inconscientemente la mayoría de los intrigantes políticos». ⁷

En la misma medida, un socialista, sea o no democrático, cree a pies juntillas que el problema no es ese gobierno, sino la propiedad privada y rentable (amenazada a diario por la retirada del patrocinio público). Ésa es la razón por la que siempre identificamos a las organizaciones como «sin ánimo de lucro» cuando queremos elogiarlas, con lo que implicamos que el ánimo de lucro es inherentemente corruptor —como si ninguna organización sin ánimo de lucro hubiera permitido jamás que un sacerdote irlandés abusara sexualmente de un niño o hubiera llevado a un empleado de Oxfam a solicitar favores sexuales a sus clientes—. Si el socialista no es al mismo tiempo un adorable anarquista, como el príncipe Peter Kropotkin (1842-1928), acudirá de manera natural al gobierno para arreglar las cosas, como la herramienta más evidente contra las malvadas nociones de beneficio y propiedad. Tengamos una dictadura del proletariado. Tengamos «mercados radicales» que arranquen de raíz el derecho a decir que no, que conviertan a todo el mundo en un esclavo de la voluntad de los demás, para lograr un paraíso utilitario. ⁸ Sin duda el gobierno o la voluntad de los demás pueden gestionar mi vida y mis bienes mejor que yo. Mill señaló en 1859 que durante el auge del autogobierno en los días posteriores a 1848, mucha gente había llegado a creer que el poder de los gobernantes «no era sino el poder de la propia nación, concentrado en una

forma conveniente para su ejercicio». ⁹ Ya tenemos, decían, un gobierno perfecto del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, la voluntad general. Mill no creía que funcionara así, no de manera fiable, no todavía. Ni tampoco, ya puestos, lo creía Lincoln. Mejor el derecho a decir que no.

Para probar tu creencia de que el gobierno es tu propia (buena) voluntad generalizada, y para probar en particular tu escepticismo acerca de la centralidad de la coerción en el gobierno, sugiero llevar a cabo un experimento el 15 de abril, el de no pagar el impuesto sobre la renta en Estados Unidos —tal vez haciendo de manera voluntaria algunas donaciones en proporción estricta a la parte del presupuesto del gobierno que consideres efectiva y ética—. Independientemente de si en el espectro convencional tiendes hacia la izquierda o hacia la derecha, tendrás en mente muchos elementos corruptores a los que *no* donar. El nuevo avión de combate que no funciona. El subsidio empresarial que sí.

Después, intenta resistirte a la detención. Luego intenta escapar de la cárcel. Más tarde, intenta resistirte a una nueva detención. Después de la liberación, si es que se produce, advertirás el contraste con el ámbito del comercio o la persuasión, en el que no hay políticas ni policías. Intenta comprar un iPhone en lugar de un Samsung. No pasa nada. Intenta no estar de acuerdo con McCloskey. Lo mismo. Observarás una acusada diferencia con respecto a tu experiencia con la entidad que posee el monopolio de la coerción, incluso en Gotemburgo o Saint Paul.

Los gobiernos honestos y competentes son infrecuentes

Los economistas están extrañamente obsesionados con ofrecernos al resto su consejo utilitario sobre las medidas políticas, un consejo que por lo habitual ignora la libertad. Dan por sentado que tienen el derecho y la obligación de decirte lo que tienes que hacer y aliarse con el monopolio de la coerción para obligarte a hacerlo. Así se maximiza la utilidad, piensan. El contraste con los estudiosos de otras ciencias sociales, como la sociología, la antropología o incluso la mayor parte de la politología es acusado. Naturalmente, para que una medida política tenga efecto, sea o no el deseado, tiene que ser implementada. Si hay resistencia debe implementarse por medio de la coerción física, ejercida de manera legítima por la policía (la «*fuera* policial», las «*fuera*s militares»). Todo consejo de los economistas que no sea la eliminación de medidas políticas previas requiere que la gente sea mangoneada o, en el mejor de los casos, engañada.

Los impuestos, por ejemplo, aunque hayamos votado por ellos, no son voluntarios —si tenemos en cuenta que cualquier persona racional querría estar exenta, si además pudiera hacer que fuera así sin vergüenza ni penalización—. La trampa es que los impuestos se votan de manera bastante separada de los gastos que permiten, lo que da a todo el mundo la impresión, como dijo Bastiat en una ocasión, de que puede vivir a expensas de los demás. Tampoco son voluntarias otras leyes, muchas de las cuales estaríamos de acuerdo en que son deseables, como las leyes a favor de la vacunación o contra la violencia y el fraude de carácter privado o, por ende, contra la violencia y el fraude de carácter público. Si un mal ciudadano o un mal político pudieran robar con impunidad, lo harían. A fin de cuentas, son malos. Mejor utilizar a la policía para impedirse. No hay nada escandaloso en ello. Un monopolio como ése, si estamos de acuerdo en su legitimidad y aceptamos su autoridad, no es evidentemente maligno. No preferiríamos que hubiera *oligopolios* de coerción física compitiendo entre sí, mafiosos que van por ahí presionando a los tenderos, las empresas de construcción y los agricultores que cultivan limoneros, una guerra de todos contra todos.

Y, por supuesto, necesitamos que la policía se encargue de los numerosos mafiosos, ladrones, asesinos, timadores, violadores, extorsionadores, políticos amorales y otros usuarios privados o públicos de la violencia y el fraude. Como dijo en 1689 el fundador liberal John Locke, inglés influido por los neerlandeses: «La depravación de la

humanidad [es] tal que [algunos] han preferido apoderarse injuriosamente de los frutos del trabajo de otros hombres antes que tomarse la molestia de proveérselos ellos mismos». ¹ Y necesitamos ejércitos para impedir la invasión de, por ejemplo, los aterradores canadienses o los espantosos franceses o para impedir la llegada de misiles procedentes de Rusia o Corea del Norte. Y necesitamos un FBI o un MI5 que desbaraten los torpes intentos de influir en las elecciones nacionales o envenenar a la gente en el parque. Cuando los guardianes hacen guardia con integridad, como ocurre por lo general en los países razonablemente liberales y bien gestionados, la policía, los soldados, los fiscales, los jueces y los carceleros hacen un trabajo noble. Ninguna objeción a eso tampoco. Se enfrentan a diario con la depravación de la humanidad. Gracias a Dios que hacen su trabajo sucio y peligroso para protegernos de los depravados. Gracias por vuestro servicio. Servir y proteger. *Semper fi* . Vivan los guardianes.

Ahora bien, *quis custodiet ipsos custodes?* ¿Quién vigila a los guardianes? Nosotros. Tenemos que vigilarlos de cerca, con un aparato de reuniones, peticiones, cabinas de votación, divisiones parlamentarias, consejos de ministros y documentos burocráticos, incluso en los países liberales y bien gestionados. A fin de cuentas, los guardianes van armados.

Y en general, en el mundo, hay muchos guardianes excepcionalmente malos, que asesinan a periodistas y los desmembran, por ejemplo, o celebran elecciones fraudulentas en las que el gobierno en el poder consigue el 95 por ciento de los votos. Los países «liberales y bien gestionados», en los que el monopolio de la coerción se ejerce con una justicia y una competencia razonables, bajo la guardia apropiada de los guardianes, son extremadamente raros en la experiencia humana. Antes de 1800 hubo un puñado de ellos, alguna vez, dondequiera, a escala local. Hoy en día, observa los 176 países del mundo clasificados en el índice de percepción de la corrupción de 2016 de Transparencia Internacional, que van de Dinamarca y Nueva Zelanda, que encabezan la lista, a Zimbabue y Corea del Norte que la cierran. Supongamos que aceptamos, con generosidad, que alrededor de los treinta primeros son razonablemente honestos — merecedores, por ejemplo, de nuevas inyecciones de dinero de los contribuyentes y, en todo caso, merecedores de cierto grado de confianza en sus políticos y guardianes —. ² En 2016, Portugal fue el caso marginal de los 30, en el puesto 29. Italia, en cambio, aunque en muchos sentidos sea liberal o ciertamente anarquista, se clasificó en el puesto 60 de los 176, justo por debajo de Rumania, que es muy corrupto, y de Cuba, que es muy iliberal, y justo por encima de Arabia Saudí, que es ambas cosas. A pesar de los muchos jueces, fiscales y policías italianos que son íntegros, ningún italiano sensato (de los cuales parece haber pocos) quiere darle más poder al gobierno actual.

El presidente de la liberal España (en el puesto 41) decidió construir un tren de alta velocidad carísimo desde Madrid a su pequeña ciudad natal. ³ Eso no habría sucedido en Dinamarca o Nueva Zelanda, aunque en algunos estados de Estados Unidos tienen lugar corrupciones similares. Por ejemplo, en mi propio estado, el de Illinois, la ubicación del tercer aeropuerto de Chicago se escogió de manera corrupta. En el estado donde crecí, Massachusetts, el Big Dig de Boston enterró una autopista e hizo más ricos a los amigos ricos de los políticos (aquí me centro sólo en la corrupción interesada y dejo de lado la incompetencia económica sin una venalidad notable, como un ferrocarril de alta velocidad a medio construir entre San Francisco y Los Ángeles). El conjunto de Estados Unidos ocupa el puesto 18. Pero algunos de los estados y las ciudades que lo constituyen ocuparían un puesto muy inferior. En esos lugares, los políticos y los guardianes carecen por completo de integridad o competencia como, por ejemplo, el gobierno municipal de Chicago, que encubrió la tortura y asesinato de afroamericanos a manos de la policía. ⁴

Preguntémonos, pues: ¿qué porcentaje de la población mundial estaba gobernada en 2016 por los mejores gobiernos, si consideramos los países como un todo y seguimos el estándar poco estricto de «mejor que Portugal», como Japón (20.º) o Francia (23.º)? ¿Cuál es actualmente el porcentaje de gobiernos honestos y competentes sobre el total? Respuesta: el 10 por ciento. Es decir, en 2016 un 90 por ciento de la población mundial sufrió a gobiernos que todas las partes están de acuerdo en considerar vergonzosamente corruptos e incompetentes, en esencia iliberales y bastante peores que el de Portugal.

Pero la izquierda y la derecha del espectro habitual, a diferencia de los liberales modernos encaramados encima de ellas, quieren dar a esos gobiernos —entre ellos, también las peores partes de Estados Unidos y del Reino Unido (10.º)— más dinero y más poderes de coerción. Por ejemplo, tanto en Estados Unidos como en el Reino Unido, el gobierno, con un considerable apoyo popular, quiere deportar a inmigrantes respetuosos con la ley y que trabajan duro en respuesta a una noción económica sin credibilidad científica, y que en cualquier caso carece de ética, según la cual los inmigrantes quitan el trabajo a los nativos, o una noción sin credibilidad sociológica, también carente de ética, según la cual sus hijos nunca llegan a ser verdaderos estadounidenses o británicos. Los italianos —quienes, teniendo en cuenta la duradera depravación e incompetencia de sus amos, deberían ser al menos *liberali* , cuando no *anarchisti* — votan regularmente para que permanezcan en el poder gobiernos que gastan sus impuestos de manera aún más descuidada, roban dinero público de manera aún más descarada y mangonean a la gente con un entusiasmo aún mayor. De ahí la elección en Italia, en 2018, de los populistas neofascistas.

Mis amigos los estadistas imaginan, con su ingenuidad tan del siglo XX, que el gobierno tiene la capacidad de «regular» los mercados con justicia y eficiencia. Hace poco, por ejemplo, en Italia se propuso introducir licencias gubernamentales estrictas, impuestas por la policía, a los hombres que literalmente tienen el bienestar de la nación en sus experimentadas manos, los pizzeros. La primera pregunta que un periodista moderno hace acerca de cualquier nueva industria o cualquier nueva desgracia es: ¿dónde está la regulación gubernamental del negocio y de la entrada en él? ¿Dónde estaba nuestra madre el gobierno? Se presupone que una economía moderna y compleja necesitará, y además puede conseguir (y de hecho debería tener), una regulación compleja, impuesta desde arriba, lo que nos protegerá de los malos actores.

En junio de 2018 David Brooks, un verdadero liberal humano, elaboró la respuesta a esos sentimientos de esta manera: «Los proyectos de ingeniería social estatista causan sufrimientos horribles porque en la mente de los estadistas la regla abstracta es más importante que el ser humano que tienen ante ellos. [De ahí que los trumpianos gritaran: “Nosotros hacemos cumplir la ley”, mientras violaban llamativamente las leyes estadounidenses sobre refugiados, el *habeas corpus* y la dignidad humana.] La persona debe ser aplastada en nombre de la abstracción. Eso es justo lo que están haciendo las políticas migratorias de Trump. Las familias son separadas y se deja a los niños llorando junto a las verjas construidas por funcionarios del gobierno que siguen ciegamente una regulación». ⁵ Toda la razón, David.

Regulador, regúlate a ti mismo. Un juez italiano retirado, que a principios de la década de 1990 había luchado con valentía contra la mafia en la operación anticorrupción Manos Limpias, subrayó ante cuatro mil personas con curiosidad por el liberalismo en Porto Alegre, Brasil, en abril de 2018, que incluso el gobierno increíblemente incompetente de Italia necesitaba sobre todo y en primer lugar atender la urgente tarea de... regular el monopolio *privado*. ⁶ De los pizzeros, por ejemplo. Pero más del 90 por ciento de la gente del mundo vive bajo gobiernos que, como el de Italia, ejercen con venalidad y torpeza el monopolio *maestro*, el monopolio gubernamental de la coerción legítima. El gobierno, como han descubierto los economistas, es la fuente de todos los monopolios privados gravemente opresivos, como los de los taxis, la electricidad, la radiodifusión o, en el pasado, los teléfonos. ⁷ Si se elimina la entrada, los clientes no tienen a donde ir. El gobierno, pagado por los monopolistas en posesión, está a cargo de la entrada. Hmm. Al dispensar y apoyar estos monopolios, los gobiernos que se presentan como «reguladores» no han regulado sus propias corrupciones. *Custodes, custodite ipsos*: guardianes, guardaos a vosotros mismos. Parece como mínimo extraño que el juez italiano suponga que los reguladores gubernamentales —en Italia, nada menos— tengan la capacidad de protegernos de los monopolios privados que ellos mismos han creado. Como escribió James Madison en *El federalista*: «Al organizar un

gobierno que ha de ser administrado por hombres para los hombres, la gran dificultad estriba en esto: primero hay que capacitar al gobierno para mandar sobre los gobernados; y luego obligarlo a que se regule a sí mismo». ⁸

En la misma sesión de Porto Alegre un profesor italiano liberal moderno de filosofía política que daba clases en Brasil señaló que una sociedad con un gobierno mínimo y una empresa privada consecuentemente amplia no tendría corrupción pública, porque no habría regulador con poderes policiales que corromper. (Aquí hablo sólo de corrupción, dejo de lado la cuestión de si en general los mercados son buenos en otros aspectos.) Un alcance limitado del monopolio de la coerción, señaló el profesor, implica un alcance limitado a la hora de desviar la coerción hacia el beneficio privado, que es lo que significa la corrupción pública. En cambio, una sociedad con una empresa privada mínima y un gobierno inmenso constaría casi por completo de corrupciones, es decir, la desviación del poder adquisitivo hacia un grupo favorecido mediante la fuerza física (*physischen Zwanges*) —porque así es, por definición, como se asigna todo en un régimen como éste—. Así es, en teoría, Corea del Norte. (Pero incluso en Corea del Norte existe un mercado negro que se ha ampliado recientemente, lo cual socava algunas de las reasignaciones de su inestable gobierno adicto a la coerción.) ⁹

La cuestión es que en un mercado, sea negro o blanco, ambas partes tienen que ponerse de acuerdo para llegar a un acuerdo. Los mercados pueden no alcanzar el nirvana, como ya he reconocido (ya he dicho que, por el momento, estoy dejando esa cuestión de lado). Pero al menos en las actividades gobernadas por los mercados no puede utilizarse el monopolio de la coerción para desplazar los recursos de una persona a otra, sin consenso mutuo, porque las actividades de mercado *son* por consenso mutuo.

Pero la derecha sostiene con aprobación, y la izquierda con desaprobación, que los acuerdos mutuos *son* violentos, que una relación laboral es como una relación amo-esclavo. No es así. Se puede ejercer la salida, por miserable que sean las opciones. No figuran ni la voz ni la lealtad. ¹⁰ Una persona pobre puede salir de un trabajo miserablemente mal pagado y aceptar otro un poco menos miserable. Pero no puede hacerlo si el trabajo le es asignado por un gobierno que tiene el monopolio maestro, imponiendo un *gulag* de esclavos. Los reclutados pueden desertar, pero luego el gobierno los castiga físicamente por hacerlo. El aparcerero, en cambio, puede desplazarse al norte y el terrateniente no puede traérselo de vuelta de Chicago como si fuera un esclavo fugitivo. Un mercado es un recurso, por tanto, para elecciones no violentas y no coaccionadas físicamente. Incluso un consumidor que se enfrenta a un monopolista puede escoger decir que no. Negarse a comprar los bienes que ofrece un monopolista patrocinado por el gobierno, como un teléfono en los viejos tiempos, bien podía ser muy incómodo para el comprador. Pero al menos *puede* rechazar la oferta. Apañárselas sin

teléfono. Ir a una cabina. No coger el taxi monopolizado. Caminar. Una oferta que literalmente *no* puedes rechazar bajo la amenaza de cárcel o la muerte, como pagar impuestos o hacer el servicio militar, conlleva monopolio con músculo, es decir, una coerción como la de la mafia o como la del gobierno.

Buchanan lo dijo así: «La economía que se organiza según los principios de mercado minimiza de manera eficaz el número de decisiones económicas que deben tomarse políticamente, es decir, mediante cierta agencia que actúa en nombre de la unidad colectiva». ¹¹ (O al menos idealmente «actúa en nombre».) Si hacemos tratos voluntarios, en cambio, no tenemos que recurrir al gobierno, a su policía y a su músculo para ejercitar decisiones directas. Buchanan prosiguió: «En términos prácticos, podemos decir que una economía organizada según los principios de mercado minimiza el tamaño y la importancia de la burocracia política». El mercado minimiza la prevalencia de los (pocos, esperamos) funcionarios que se aprovecharían de su posición para obtener injustas ganancias personales, o para el partido. Frena a quienes manipulan transacciones involuntarias respaldados por la amenaza de la coerción, «el largo brazo de la ley», como decimos. En India los mercados, sin duda, tienen «imperfecciones». Pero todo el mundo está de acuerdo en que su gobierno (clasificado en 2016 en el puesto 79, por debajo incluso de Italia) tiene más. En India, entre 2006 y 2012 los reguladores del mercado del licor obtuvieron grandes sobornos por permitir que Jim Beam vendiera allí su whisky. ¹² Fue así a pesar de que India, desde 1991, ha ido dejando cada vez más decisiones en manos del mercado, muchas más de las que dejó con sus gobiernos socialistas entre 1948 y 1991. ¹³ Esto ha sido bueno para que los indios pobres escapen del largo brazo de la licencia Raj.

En otras palabras, el monopolio violento aunque legítimo de Weber —cuando se aplica a un programa expansivo de medidas políticas diseñadas para juzgar a los bárbaros o para empujar a los tarugos— tiene peligros. Tiene peligros incluso en los pocos países, y en su mayoría pequeños, que están bien gestionados, y tiene muchos más en los numerosos y con frecuencia populosos países que están mal gestionados.

El historiador Thomas Babington Macaulay despotricó en 1830 contra el protosocialismo de Robert Southey. Southey sugería que «las calamidades que surgen de la concentración de riqueza en las manos de unos pocos capitalistas debe remediarse concentrándola en las manos de un gran capitalista, que no tenga un motivo concebible para utilizarla mejor que los demás capitalistas, el Estado que todo lo devora». ¹⁴ En 1917 Lenin ideó la visión de la izquierda de la transición hacia el comunismo: «Este control será realmente universal, general, del pueblo entero, y nadie podrá rehuirlo, pues “no habrá escapatoria posible”. Toda la sociedad será una sola oficina y una sola fábrica, con un trabajo igual y un salario igual». ¹⁵ Lo que ni Southey ni Lenin

comprendieron fue una de las pocas enseñanzas de verdad originales de Adam Smith —con frecuencia se le ha acusado, con cierta justicia, de haber sacado sus ideas del pequeño grupo de liberales franceses—. Smith enseñó que dejar que la gente tenga algún lugar al que ir, en lugar de convertirla en sierva del Estado que todo lo devora o de un solo esclavista que todo lo devora, permite a la persona trabajadora ascender. Si puedes salir, no necesitas hacer uso de la voz en un piquete o de la lealtad al partido. Métete el trabajo por donde te quepa.

La propia palabra *libertad*, tanto en la retórica de la izquierda como en la de la derecha, ha vuelto a su significado medieval y coercitivo, en el plural, *libertades* —«una libertad», como «la libertad de la ciudad de Londres», un privilegio especial y distintivo para esta o aquella persona o grupo, impuesta a cualquiera que se atreva a reclamarla para sí sin el gracioso permiso del gobierno de Londres—. El historiador económico John Wallis señala que algunos países liberales pasaron en el siglo XIX de la ley personal a la ley general. Dejaron atrás, por ejemplo, los cercamientos de los campos abiertos o la constitución de empresas mediante acciones especiales únicas de la legislatura a una ley general sobre los cercamientos (en 1801, y sobre todo en 1836, en el Reino Unido) o una ley general de constituciones (en Estados Unidos ya en 1795, en Carolina del Norte). ¹⁶ El reino de lo específico y personal frente a las libertades generales se ve por ejemplo en la protección, en extremo desigual, que el gobierno impone a las empresas de neumáticos en Ohio, en la relajada persecución de las drogas en los barrios residenciales blancos o en la prohibición de las escuelas privadas para que nadie reciba una educación mejor.

Eso contradice la principal crítica liberal de las viejas «libertades» que, se cree comúnmente, articuló Thomas Paine, que da a cualquier otro ser humano la oportunidad y el derecho que reclama para sí (en realidad es del «Gran Agnóstico», Robert G. Ingersoll [1833-1899]). ¹⁷ Independientemente de quién la articulara, es de nuevo la Regla de Oro. La fórmula de pseudo-Paine funciona para las libertades «negativas» —el derecho a decir no— pero no para las llamadas libertades positivas —el «derecho» a coger de los demás en beneficio de otros demás—. Si todo el mundo reclamara esas libertades positivas, todos se empobrecerían tras coger, coger y coger. Mira los gobiernos extractivos como el de Zimbabue, o cualquier guerra de todos (o de quienes están al mando) contra todos.

El socialismo lento del alto liberalismo, alentado por el fascismo lento del nacionalismo, ha recomendado durante mucho tiempo (y al final lo ha conseguido), que el gobierno gaste un porcentaje asombrosamente elevado de los ingresos nacionales, obtenido mediante impuestos coercitivos. La proporción es a menudo mayor que en las tiranías más horripilantes del pasado. El socialismo lento también ha logrado, como acabo de señalar, unos estándares medievales de «libertades» que regulan las cosas del

individuo, impuestos por los expertos a un número de personas cada vez mayor, una intervención gubernamental mayor en esta o aquella negociación salarial, una mayor esterilización eugenésica de indeseables, una «protección» económica mayor ofrecida a este o aquel grupo favorecido, un número mayor de licencias impuestas por la policía a esta o aquella ocupación, una mayor inspección electrónica de los residentes, más obstrucciones a la movilidad de la mano de obra, más empujoncitos a los indisciplinados pobres, más nacionalizaciones de los medios de producción, más ejércitos ignorantes enfrentándose de noche. En la práctica, ese gobierno grande ha resultado grotescamente no igualitario y ha dado pie al crecimiento estancado de la década de 1970 en el Reino Unido o a la torpe vigilancia del mundo que Estados Unidos ha ejercido desde 1945. El lema del socialismo lento es «Soy del gobierno y estoy aquí para ayudarte... entrometiéndome en los asuntos de alguien... tal vez en los tuyos». O: «No le cobres impuestos, no me cobres impuestos: cóbraselos al hombre que está detrás del árbol». Los lemas del fascismo lento son más de lo mismo. Estatismo, en ambos casos.

Cualquiera que no esté hechizado por la propuesta de Rousseau, Lenin y Mussolini de que una voluntad general discernida por el partido es un triunfo, o incluso por las versiones más amables de Green, Hobhouse y los dos Roosevelts, reconocerá que el poder de coaccionar tiene peligros. El gran liberal (según la definición estadounidense) Lionel Trilling escribió en 1948 que «debemos ser conscientes de los peligros que se hallan en nuestros deseos más generosos», porque «una vez hemos hecho a nuestros congéneres el objeto de nuestro interés ilustrado, luego pasamos a convertirlos en objeto de nuestra compasión, después de nuestra sabiduría y al final de nuestra coerción». ¹⁸ Cualquier madre conoce los peligros. Y cuando ella ama al amado por el bien del propio amado, los resiste.

Deirdre se convirtió en una liberal moderna muy, muy lentamente

Los progresistas y los conservadores legaron amablemente la palabra *libertario*, una reorientación de la palabra que se volvió común en la década de 1960, para hacer referencia a los meros liberales que, en oposición a una época estatista, permanecieron leales a Smith, John Stuart Mill, Tocqueville, Bastiat, lord Acton y Macaulay. Estos meros liberales fueron gente como los economistas Hayek (1899-1992), Milton Friedman (1912-2006), James Buchanan (1919-2013) a lo largo de su vida adulta, el filósofo Robert Nozick (1938-2002) al inicio de su mediana edad y la historiadora de economía Deirdre Nansen McCloskey (1942-) en su madurez. El padre de Deirdre (1915-1969), he señalado, fue un eminente politólogo, un demócrata partidario del *New Deal* que viró hacia la derecha. Ella recuerda con claridad cómo alrededor de 1960 él utilizaba el término «libertario» con desdén. Durante mucho tiempo eso impidió que Deirdre se tomara en serio el liberalismo humano.

Al final lo hizo. Es una historia que comparten decenas de miles de miembros de la clerecía de izquierdas del siglo xx en Europa y sus descendientes, que se pasaron en vida del socialismo al liberalismo 1.0 o 2.0. Algunos incluso se volvieron conservadores. Muy pocos hicieron el recorrido inverso. (Dejo que seas tú quien saque la moraleja.) Como dice el viejo chiste, quien a los dieciséis años no es socialista no tiene corazón. Quien a los veintiséis años sigue siendo socialista no tiene cerebro. Yo pasé por los pelos.

Como le ocurre durante un tiempo a tantos adolescentes de clase media alta, a los dieciséis o los diecisiete años yo estaba cautivada por la visión socialista de la justicia como reparto equitativo, un socialismo a lo Joan Baez, con canciones obreras. Soñé que vi a Joe Hill. Quería ayudar a los pobres y a los desfavorecidos —ése sigue siendo mi único objetivo político, como lo es para todos los que somos liberales modernos, que queremos ayudar *de verdad*, en lugar de quedarnos señalando virtuosamente cuán superior consideramos nuestra compasión—. Por lo tanto, me especialicé en economía y me convertí en una keynesiana normal y corriente. Estaba haciendo de mis congéneres el objeto de mi compasión, después de mi recién adquirida sabiduría, al final de mi coerción.

Uno de los tres compañeros de dormitorio en la universidad, durante el periodo 1961-1964, un brillante ingeniero eléctrico que más tarde se convirtió en profesor de fisiología en la Universidad Estatal de Nueva York en Buffalo, solía leer *La acción humana* (1949) del liberal Ludwig Mises cuando descansaba de estudiar ecuaciones diferenciales de segundo grado. Recuerdo a David recostándose peligrosamente hacia atrás en su silla giratoria, con los pies encima de la mesa, fumando cigarrillos Gauloises sin filtro, con los discursos de Castro desde Cuba sintonizados en la onda corta, a bajo volumen para que fueran un rumor de fondo, con la vieja edición de Yale Press, con el lomo oscuro, del libro de Mises apoyado sobre las rodillas. El otro compañero de habitación y yo, ambos demócratas izquierdistas, ambos estudiantes de economía a la manera del Harvard College con el libro de texto keynesiano de Paul Samuelson en aquellos días felices, nos burlábamos de las ideas económicas no ortodoxas, voluntaristas y «conservadoras» del ingeniero. Derek y yo éramos partidarios, en cambio, de una coerción motivada por la compasión como la de Keynes, Samuelson y Stiglitz. Pero mientras leía a Mises durante los descansos del trabajo, nuestro David aprendió más de la economía en una sociedad libre que nosotros dos asistiendo a centenares de horas de clase sobre Keynes y el socialismo lento.

Un par de años después, en 1964, al empezar los estudios de posgrado, todavía en Harvard, intenté unirme a los otros autodefinidos economistas de élite de Washington como ingeniera *social*, para «afinar» la economía, como decíamos. En ese momento, sólo un puñado de programas de posgrado en economía, como los de la Universidad de California en Los Ángeles, la Universidad de Washington, la Universidad de Virginia y sobre todo la Universidad de Chicago, ponían en duda el socialismo lento y la teoría utilitaria de la especialización, que hasta el presente mantiene un control férreo del pensamiento económico. ¹ Pero cuando llevaba un año o dos en los estudios de posgrado en Harvard empecé a percatarme de lo que decía el núcleo de la economía — *La acción humana* de Mises y su liberalismo 1.0—. El núcleo negaba la premisa de la ingeniería social utilitaria, de izquierdas y de derechas, la premisa de que un ingeniero social (como, una vez más, dijo el bendito de Smith) «puede disponer los distintos miembros de una gran sociedad con tanta facilidad como la mano dispone las distintas piezas sobre un tablero de ajedrez». ² A mediados y finales de la década de 1960 la muestra de ingeniería social más destacada y visible, la invasión estadounidense de Vietnam, no parecía estar saliendo como se planeó. Cuando en 1968 conseguí mi primer trabajo académico, irónicamente en el mismo Departamento de Economía de la Universidad de Chicago contrario a la Ivy League, empezaba a tener sentido una versión del liberalismo humano contraria a la ingeniería social coercitiva.

La economía de Chicago era entonces conocida en Harvard por ser «conservadora». (Los de la izquierda no distinguíamos a los liberales 1.0 o 2.0 de los conservadores. La

izquierda sigue sin hacerlo. Venga, gente: tomaos un *poco* en serio la teoría política.) En mi último año en la universidad, en otoño de 1963, siendo aún una izquierdista vagamente keynesiana, ni siquiera había considerado postularme para entrar en el gran y distinguido programa de economía de Chicago, que entonces se encontraba al inicio de sus veinte años de reinado como el departamento de economía más creativo del mundo. ¿Por qué escuchar a esa gente malvada? Mis ensayos universitarios sobre economía eran acusaciones a la Escuela de Chicago por su falta de compasión y por su interpretación equivocada y estúpida de la teoría de la competencia monopolística elaborada por mi profesor de microeconomía en Harvard, Edward Chamberlain.

Pero doce años después de haber desdeñado el Departamento de Economía de la Universidad de Chicago, y siendo entonces titular en ese mismo lugar, me convertí en su directora de estudios de posgrado. Un libro de texto sobre microeconomía que escribí en 1982 al modo de Chicago —después de percibir en 1980 que el Departamento de Economía de Chicago no me valoraba tanto como yo creía merecer y de sacudir el polvo del lugar de mis sandalias y trasladarme a la Universidad de Iowa (¡vamos, halcones!)— contiene un capítulo que muestra que la competencia monopolística se contradice a sí misma. Como dicen los neerlandeses: «*Van het concert des levens krijgt niemand een program* » (en el concierto de la vida a nadie le dan el programa). A mí me lo vas a contar.

A finales de la década de 1960 y principios de la de 1970, es decir, con alrededor de treinta años, me había convertido del todo en una economista de la Escuela de Chicago, y sigo siéndolo en los usos del análisis de la oferta y la demanda. Como guía básica para el florecimiento liberal de la gente común en economías de mercado como las de Dinamarca, Japón o Estados Unidos, los argumentos de la oferta y la demanda nunca han sido revocados científicamente como aproximaciones empíricas, a pesar de lo que hayas podido oír decir a Paul Krugman o Robert Reich. ³ Mi primer artículo importante sobre historia de la economía, titulado «¿Fracasó la Gran Bretaña victoriana?» (1970), fue un primer rechazo desde el «lado de la oferta» de la utilización de la economía keynesiana de políticas de gestión de la demanda para el largo plazo. Quizá a Krugman le gustaría echarle un vistazo. Otro artículo de unos años más tarde, «Nuevas perspectivas sobre la vieja ley de los pobres» (1973), distinguía los efectos distorsionadores de intervenir en la negociación salarial de los efectos de otorgar a los pobres un subsidio en efectivo respaldado por impuestos para llevarlos a un nivel respetable. Quizá a Reich le gustaría echarle un vistazo. El subsidio en forma de dinero, a diferencia de las numerosas intervenciones desacertadas en la negociación salarial que han tenido lugar desde la llegada del nuevo liberalismo, es lo que los economistas de izquierdas y de derechas llaman desde la década de 1950 un «impuesto negativo sobre la renta» u hoy en día «crédito sobre el impuesto de la renta ganada», como los nueve

dólares al mes que el gobierno indio propuso en 2016 para sustituir sus cientos de subsidios corruptos y complicados. ⁴ El impuesto negativo sobre la renta, como por ejemplo Oportunidades en México y la Bolsa Família en Brasil, se ha adoptado en Sudamérica de manera generalizada, con resultados bastante buenos. ⁵ Es liberalismo 1.0 hecho «cristiano» (o hindú o sensibilero o humano) mediante una opción preferente para los pobres.

Los argumentos para no convertirse en liberal son débiles

Los argumentos habituales contra el verdadero liberalismo moderno, como fui percatándome a partir de la década de 1960, son sorprendentemente débiles. Por ejemplo, no es cierto, como sostienen los sinceros y amigables socialistas lentos y como ya he señalado, que los impuestos, el gasto y la regulación que llevan a cabo los grandes gobiernos sean inocuos porque a fin de cuentas «nosotros» los votamos y en cualquier caso «proporcionan servicios a cambio». En respuesta, el liberal moderno preguntará amablemente al alto liberal: ¿has votado cada una de las 81.640 páginas de nuevas regulaciones promulgadas por el gobierno federal durante 2016? ¿O las 70.000 páginas del Código de Impuestos Internos? ¿Saben tus representantes en el Congreso o en la Casa Blanca, aunque sea de manera aproximada, qué decían? ¿Entienden ellos o entiendes tú, adecuadamente, las consecuencias económicas, comparadas con lo que los abogados y los lobistas habrán afirmado que eran los fines con los que se «diseñaron» los impuestos y las regulaciones? El diseño está bien para los vestidos, los muebles y los coches —y esos diseños comerciales, a fin de cuentas, se enfrentan a la saludable prueba de que la gente pague por ellos de manera directa y, por lo tanto, al menos los valore al precio que tienen, que en justicia paga voluntariamente—. Sin embargo, si los diseños son gubernamentales la gente no puede valorarlos de uno en uno. Cada dos años, más o menos, pueden votar el menú completo. Acuérdate de Spencer y la cocina de reuniones, peticiones, cabinas de votación, divisiones parlamentarias, consejos de ministros y documentos burocráticos. ¿Quieres de veras el menú exacto de precio fijo de parques nacionales, licencias gubernamentales, escuelas locales, construcción corrupta de carreteras y política exterior agresiva que ofrece ahora el gobierno? ¿O preferirías pedir a la carta, con un precio más barato y mayor calidad?

Otra objeción débil al *laissez-faire*, presente incluso en algunas teorías liberales verdaderas, es la noción de que el gobierno se compone de reyes filósofos éticos (en los que por lo tanto se puede confiar para que dirijan bondadosamente el gobierno), que nos proporcionan con gran sabiduría lo que ellos escogen a cambio de nuestros impuestos —los impuestos extraídos amable, dulce y democráticamente—. Cuando Margaret Hamburg, la responsable de la Administración de Alimentos y Medicamentos de Estados Unidos (FDA), se retiró en 2015, la radio pública nacional, la NPR, la presentó como la persona que había regulado la quinta parte de la economía estadounidense. ¹ La estadística es sorprendente, pero precisa. ² Alimentos.

Medicamentos. ¿Era la señora Hamburg la Mujer Maravilla, una reina filósofa absolutamente ética y sabia? Parece improbable, aunque estoy segura de que es encantadora. Así pues, el tratamiento para las primeras fases del cáncer que funciona en Berlín, Alemania, puede no estar disponible para ti en Houston, Texas, porque el tratamiento aún está a la espera de un resultado certificado por la FDA que afirme que el medicamento, el procedimiento o el aparato médico tiene «eficacia», probada de manera poco ética mediante experimentos «patrón oro» de doble ciego guiados por pruebas de significación estadística carentes de sentido, y que va mucho más allá del cometido original de la FDA de probar simplemente la seguridad, no una eficacia imprecisa (una eficacia, además, que normalmente se modifica en la clínica según los descubrimientos que hacen los médicos que prueban el medicamento o el aparato con un uso que no se corresponde con lo aprobado). ³ Este último fue el caso del Rogaine (minoxidil), en principio un medicamento para el corazón restringido por la FDA, ahora un tratamiento sin receta para la calvicie masculina —«sin receta» porque los políticos respondieron a los hombres de mediana edad que exigieron que estuviera disponible de manera fácil y barata, a pesar de la FDA—. Pero nada de medicamentos para el cáncer de las mujeres.

La suposición de que el gobierno está en manos de reyes y reinas filósofos es claramente ingenua, y eso es lo que afirma la noción de la economía de la elección pública de Buchanan. Los peligros de la Constitución estadounidense, desde las Leyes de Extranjería y Sedición de 1798 al trumpismo, ilustran bien esta ingenuidad. Sabio o no, el gobernador, quienquiera que sea, tiene un incentivo débil para mostrarse prudente y ser cuidadoso con el dinero de los demás, o con las vidas de los demás. Se encuentra aislado por elecciones infrecuentes y por el poder y el prestigio de los inmensos gobiernos modernos. Como dijo Higgs en un comentario en Facebook del 28 de octubre de 2018: «Piensa en personas que son libres de mentir sin repercusiones negativas porque, en primer lugar, nadie espera que los miembros de su grupo digan la verdad como norma y, en segundo, nadie les puede hacer rendir cuentas... Reconoces, supongo, que estoy describiendo a los típicos políticos y funcionarios del gobierno».

John Locke opinaba que «el único y angosto sendero que lleva al cielo no es mejor conocido por el magistrado que por las personas particulares y por lo tanto yo no puedo tomar como guía segura a quien probablemente sea tan ignorante como yo acerca de cuál es ese sendero y que, con toda seguridad, está menos interesado en mi salvación que yo mismo». ⁴ Pero a Margaret Hamburg, de la FDA, le llena de orgullo su «programa» para gastarse tu dinero para coaccionarte, y también le llena de orgullo su poder para imponer mediante la violencia sus decisiones, que afectan a una quinta parte de la economía estadounidense. El poder, podría decirse, suele corromper.

Trilling escribió en 1948 que el peligro es que «quienes somos liberales y progresistas [o, de hecho, burkeanos y conservadores] sabemos que los pobres son nuestros iguales en todos los sentidos excepto en el de ser iguales a nosotros». ⁵ El «nosotros» se refiere a los gobernantes naturales, graduados en la Universidad de Columbia de Nueva York, el Trinity College de Dublín o el Sciences Po de París. Después de 2016, los votantes de Trump detectaron y castigaron esa arrogancia de la élite, y en todo el mundo lo hicieron los populistas, del Reino Unido a Brasil. Los altos liberales y los conservadores suponen que los pobres y el resto no son competentes para gestionar sus propios asuntos. Por lo tanto, nosotros, la clerecía —un regimiento al que Boaz llama «intelectuales de corte» reunidos en el Distrito de Columbia, mientras otro animado regimiento de eurócratas está instalado en Bruselas—, se supone que debemos guiar a los pobres y a los ciudadanos. La clerecía camina orgullosa por las refulgentes cortes de Washington o Bruselas, por Springfield, Illinois o el Ayuntamiento de Chicago. ⁶ «Lo haremos mucho mejor —se dicen unos a otros— de lo que pueden hacerlo por sí mismo los pobres o los meros ciudadanos en sus patéticas casas y mercados.»

Como escribió Paine en el año del nacimiento liberal de 1776, «el gobierno, incluso en el mejor estado, no es más que un mal necesario; en su peor estado, es uno intolerable». ⁷ Mejor que el poder para coaccionar siga siendo modesto. En 1849, en la primera maduración del liberalismo 1.0, Henry David Thoreau declaró: «Acepto con entusiasmo el lema, “El mejor gobierno es el que gobierna menos”; y me gustaría ver cómo se hace efectivo de la manera más rápida y sistemática». ⁸ En ese mismo año, en el lejano Turín, un economista liberal italiano, Francesco Ferrara, escribió que «los impuestos son la gran fuente de todo lo que un gobierno corrupto puede tramar en detrimento de la gente. Los impuestos mantienen al espía, alientan la división, dictan el contenido de los periódicos». ⁹ En 1792, incluso en una Gran Bretaña casi liberal, el gobierno poseía en secreto más de la mitad de los periódicos. ¹⁰ Como Boudreaux escribió recientemente: «La única manera segura de mantener el dinero al margen de la política es mantener la política al margen del dinero». ¹¹ Un gobierno pequeño. La pegatina del parachoques de mi pequeño coche Smart dice: «Separación de la economía y el gobierno».

A los liberales modernos se nos acusa de ser poco caritativos, de ignorar a los pobres y de querer que los ricos sean perezosamente ricos. No es así. Observa lo que hacen en realidad los liberales 1.0 y 2.0. Y, en todo caso, la acusación de la izquierda se basa en una teoría psicológica poco convincente. Ésta supone que hay toda una clase de pensadores políticos que afirma de manera engañosa que su principal preocupación son los pobres, pero en secreto quiere hacer que los ricos sean más ricos gracias a las rentas. Pero ¿por qué iba a desear alguien ese resultado? ¿Cuál sería el motivo para desear que Liliane Bettencourt tenga más yates? ¿Pagos corruptos de las grandes empresas? ¿Becas

concedidas por un multimillonario liberal humano? ¿Una asociación rentable con un profesor liberal constitucional? ¿El privilegio de entrar en la Sociedad Mont Pelerin, todo con tal de empobrecer a los pobres y enriquecer a los ricos?

Si la psicología funciona así, como una versión simplona de un valor económico y social, consideremos el pago del gobierno a los maestros de las escuelas y las universidades públicas, las becas de George Soros, el afable socialista lento, o la rentable alianza con los izquierdistas duros Naomi Klein, Jane Mayer o Nancy MacLean. Según esa teoría psicológica, todas esas asociaciones serían corruptoras.

Pero sin duda no lo son. En lugar de inventarse oscuras conspiraciones planteadas como una teoría adolescente y marxistoide de por qué la gente dice lo que dice, escuchemos, escuchemos la verdad, los argumentos de nuestros supuestos enemigos, y consideremos su lógica y sus pruebas. Nancy MacLean, una historiadora de la Universidad de Duke no lo hace. Se niega a responder a las críticas de su libro, celebrado por la izquierda, que ataca al economista liberal James Buchanan. Ha anunciado que no hablará con nadie que reciba dinero de la familia Koch o, añade, con cualquiera de cualquier universidad que lo haga. Su propia universidad ha recibido ese dinero. Tal vez sea porque se prohíbe hablar consigo misma por lo que su libro es asombrosamente ignorante.

Es evidente que cierta corriente de conservadores y los hermanos liberales más que las hermanas liberales, exhibe esa falta de empatía con los desfavorecidos. Forma parte de un patrón más amplio de amor propio. Steve Chapman, un columnista liberal moderno del *Chicago Tribune*, señala que «la crítica habitual a los libertarios es que tienen una obsesión egoísta con sus propios derechos y no reparan en cómo el ejercicio de esos derechos daña a los demás», como el efecto mortal de los niños no vacunados de sarampión en los niños cuyo sistema inmune es vulnerable. ¹² El amor propio exclusivo, repito, muestra paralelismos con el club de campo. Y en la izquierda el paralelismo es su actitud paternalista hacia los despreciables pobres. Nada de esto es juicioso ni honorable. La espantosa defensa de William Buckley, en la década de 1960, de la tiranía dirigida a los afroamericanos pobres, fue una versión de esto.

Pero la falta de preocupación por los menos afortunados de nuestros hermanos no es ni mucho menos intrínseca al liberalismo moderno. Al contrario. El doctor Adam Smith era muy proclive a los actos de caridad secretos, y no hacía sonar una trompeta delante de él. John D. Rockefeller, un creyente baptista, dio una parte sustancial de sus ingresos a la caridad desde sus inicios en Cleveland. Andrew Carnegie lo donó todo a su muerte. La falta de preocupación desinteresada hacia los demás no está en absoluto incluida en

el verdadero liberalismo humano, en el libertarismo cristiano, en el libertarismo neoclásico o en el liberalismo moderno 2.0 sensiblero.

Muchos profesores conservadores, comunitaristas, verdes o social católicos creen que el liberalismo implica en general una retirada de la sociedad. El libro *¿Por qué ha fracasado el liberalismo?* (2018), de Patrick Deneen, es un ejemplo reciente, pero el género tiene una historia larga e incluso tediosa, desde *Lo que el dinero no puede comprar* (2012), de Michael Sandel, hasta los originales de la izquierda y la derecha, como la elocuencia de Marx sobre el valor dinero o la de Carlyle sobre la ciencia lúgubre (lúgubre, debe saberse, porque los economistas políticos liberales como John Stuart Mill, amigo de Carlyle, se oponían de manera irritante al sistema suavemente medieval de esclavitud del Imperio británico, que Carlyle apoyó elocuente y no lúgubremente). ¹³ El liberalismo, entona Deneen, implica «la relajación de los vínculos sociales» (vínculos como la esclavitud en el Imperio británico), «una lógica implacable de transacciones impersonales» (tan distinta de las transacciones de píos israelitas que venden madera a los egipcios, por ejemplo) y la proposición de que «los seres humanos son, por naturaleza, criaturas no relacionales, aisladas y autónomas» (como, por ejemplo, en la exploración no relacional de las relaciones humanas en la novela burguesa y liberal inglesa desde 1700). ¹⁴

Ayn Rand tuvo un efecto negativo en esto, con su doctrina masculinista de egoísmo y los héroes uniformemente masculinos, implacables y absortos en sí mismos de sus novelas iliberales-que-simulan-ser-liberales, siempre populares entre los estudiantes universitarios de primero. Sobre todo hombres. Durante su campaña para la nominación presidencial republicana de 2016, el senador *Rand* Paul obtuvo desproporcionadamente menos votos de mujeres que de hombres. Pero sus políticas para detener la guerra contra la droga que afectaba a las familias negras e hispanas y para reducir la llegada de bolsas con cadáveres de chavales de los Apalaches que libraban guerras lejanas, como la mayoría de sus propuestas, eran las más favorables para las familias de todos los candidatos, incluidas (en sus efectos reales, en comparación con los efectos «diseñados») las propuestas del francamente socialista Bernie Sanders. Por lo que respecta a la caridad, y aparte de sus equivocadas ideas sobre la vacunación obligatoria contra el sarampión, el doctor Paul aporta a menudo su conocimiento como cirujano ocular en operaciones que salvan la vista a la gente en los países pobres. Una se pregunta qué hacen el senador Sanders o su aliado el socialista lento Thomas Piketty en ese sentido. Pido al doctor/senador Paul, por el bien de nuestro compartido liberalismo moderno, que se deshaga del engañoso «Rand» y que se cambie el nombre de pila por, por ejemplo, el de «Adam».

Podemos y debemos liberalizar

Incluso en este momento tan tardío, es práctico reducir un poco el tamaño y el poder del gobierno, dejando que la gente libre lo intente (como dicen con espíritu deportivo los británicos). La reducción se puede conseguir por partes, se alcance o no finalmente el ideal de Paine, de Thoreau o de Ferrarite. No tenemos que llegar hasta lo que Jeffrey Myron llama «la tierra libertaria», lo cual sería unos Estados Unidos de la década de 1890 pero sin los Pinkerton matando sindicalistas y con las mujeres con derecho al voto. Tampoco tenemos que implementar una versión de la década de 1790 sin esclavitud, y también con derecho al voto para las mujeres —sin un gran ejército, ni Administración de Alimentos y Medicamentos o Comisión Federal de Comunicaciones, ni enormes intervenciones estatales y locales en la economía—. A Jeff y a mí nos gustaría esos mundos, es cierto. Pero te rogamos que te calmes y que no te quedes con la duda de si esas utopías son alcanzables en una democracia moderna. Piensa, no obstante, en qué podemos hacer para que la economía y la sociedad sean más ricas y más justas.

Pensemos, por ejemplo, en otro débil argumento contra el *laissez-faire*. Nuestros amigos de mentalidad coercitiva se equivocan al pensar que cuanto más complicada es una economía, más atención regulatoria necesita de los gobernantes. Es la manera en que un abogado entiende cómo funciona la economía. El profesor de derecho Eric Posner, al defender la enorme delegación de poderes a agencias federales como la Comisión Federal de Comercio o la Administración de Alimentos y Medicamentos, afirma que la «regulación detallada... es necesaria para mantener en marcha una economía moderna».

¹ Al contrario. Asimismo, una persona que mantenía correspondencia con Boudreaux se quejó de que dar el consejo «Que se encargue el mercado» es simplista y pollyanesco. Boudreaux respondió: «Más bien al contrario. Que el mercado se encargue de los asuntos es permitir que todas las mentes creativas que estén dispuestas pongan sus esfuerzos y recursos a disposición de la búsqueda para corregir cualquier problema que exista, y es utilizar la más efectiva y fiable de las pruebas —la competencia del mercado— para juzgar y supervisar los esfuerzos. Lo que *es* simplista y pollyanesco es decir “que lo gestione el gobierno”». ² Que se encarguen los reyes filósofos extremadamente éticos. Que Margaret Hamburg controle una quinta parte de la economía estadounidense.

Una economía complicada excede con mucho la capacidad de un grupo de intelectos humanos, incluso si su tamaño es el de un gobierno, para controlarla en detalle. Gracias a su intelecto, una persona controla su vida de manera adecuada, o su pequeño hogar o tal vez incluso su gran empresa —aunque cualquier adulto sabe que incluso las sociedades pequeñas son difíciles de planificar en detalle y ofrecen infinitas sorpresas—. No te dan un programa. Pero controlar con gran detalle desde el capitolio los billones de planes que cambian a diario de los 330 millones de individuos que forman parte de la economía estadounidense, y mucho menos desarrollar estructuras nacionales en el extranjero, es una tarea absurda y produce el efecto contrario a «una gran actividad», porque, como de nuevo dijo Smith, «en el gran tablero de ajedrez de la sociedad humana, cada pieza tiene un principio de movimiento propio». ³ Los principios de movimiento son idiosincrásicos. La gente está motivada, en distintas proporciones, por la prudencia, la templanza, la valentía, la justicia, la fe, la esperanza y el amor, además de los vicios correspondientes. Por medio de esos principios de movimiento, tú y yo perseguimos nuestros proyectos infinitamente diversos, haciendo punto y maquetas de trenes. Ese tipo de plan liberal encaja bien en una sociedad en la que las personas son libres e iguales; incluso, a los graduados de Columbia/Trinity College/Sciences Po de la clerecía.

¿Qué hacer, pues, para contener el poder de coerción? Las propuestas prácticas son legión, porque ahora las políticas iliberales son legión, como lo fueron también durante el feudalismo que derrocaron los liberales del siglo XVIII. Ciertamente, hace falta una idea para matar otra idea. La mayoría de las teorías de intereses creados implican, como señalan los economistas Wayne Leighton y Edward López, que la creación (o «investidura», en inglés) de esos intereses es irreversible (como sin duda debía serlo para los monjes medievales «investidos», es decir, vestidos ceremonialmente por primera vez con sus túnicas oficiales). ⁴ Gordon Tullock, el cofundador de la teoría de la elección pública, señaló en 1975 que los regalos a gente favorecida —como las restricciones de entrada para tener un taxi, el pastoreo de bajo coste en tierras gubernamentales, la deducción de las hipotecas sobre la vivienda de los impuestos personales y los cientos de otros favores y donaciones impuestos mediante el monopolio de la coerción, como la protección pública del capital esclavo en los Estados Unidos previos a la guerra de Secesión— se capitalizaban al precio de los activos a los que estaban vinculados. ⁵ Quien compra de segunda mano «medallones» o licencias de taxi, ranchos en el oeste, casas privadas o esclavos estadounidenses no obtiene beneficios superiores a los normales. Los esclavos no eran «mano de obra barata», como se dice con frecuencia. Los propietarios sureños de esclavos habían pagado por la productividad futura esperada de los esclavos, capitalizada en el precio y en consecuencia no ganaban nada por encima de lo normal.

Pero cada favor, donación y protección de los intereses creados cambia artificialmente la dirección del capital y de la mano de obra, y da lugar a un exceso de inversión en, por ejemplo, casas hipotecadas, un exceso de inversión en corrupción para conseguir y mantener restricciones de entrada como, por ejemplo, la posesión de una licencia de taxi o un exceso de inversión en una guerra para proteger la esclavitud. Por supuesto, cualquier propuesta para eliminar la deducción de los intereses de la hipoteca o dejar que Uber y Lyft compitan libremente con los taxis con licencia provoca tormentas políticas. O una guerra como la de Secesión. Mientras tanto, la pérdida social derivada de la mala asignación de la inversión durará tanto como lo haga la protección. Hoy en día, la deducción de los intereses de la hipoteca desperdicia, por sí sola, el 1 por ciento del PIB cada año. ⁶ No son necesarias muchas inversiones para que se produzca un estancamiento de la economía.

Pero parece injusto, aunque globalmente eficiente en términos utilitarios, imponer una pérdida de capital a gente que ha comprado de manera inocente viviendas o medallones de taxi. Era injusto, decían los propietarios de esclavos, imponer una pérdida de capital a quienes habían comprado esclavos. (Sin embargo, tampoco aceptarían la emancipación compensada.) E independientemente de si es justa o no, según Tullock la retirada de la regulación raramente se produce. Las tormentas políticas crean una «trampa de las ganancias transitorias». Estamos atrapados. La teoría de historia política propuesta por Douglass North, John Wallis y Barry Weingast en 2009 tiene la misma estructura. ⁷ ¿Cómo sale una sociedad de un equilibrio de intereses creados si los intereses creados, a diferencia de los argumentos honestos y la ideología liberal, son la única manera en la que opera la política? En una viñeta de Dilbert, el jefe de Dilbert dice: «La historia se repite». Dilbert pregunta inocentemente: «Entonces, ¿cómo puede suceder algo nuevo?». ⁸ Hasta 1800, a fin de cuentas, el liberalismo y el crecimiento económico se habían visto rechazados, ahogados y privados en favor del interés de las élites captadoras de rentas. Entonces sucedió algo nuevo.

Pero en ocasiones las políticas proteccionistas cambian, a veces de manera sorprendentemente rápida. Los cambios pueden darnos la esperanza de que la historia no está atrapada, que no estamos condenados a un futuro, por citar de nuevo el final de 1984, en el que una bota del gobierno aplasta un rostro humano para siempre. Leighton y López ponen como ejemplo la desregulación de muchos sectores importantes de la economía estadounidense, que se inició en la década de 1970 con el presidente Carter y continuó con el presidente Reagan. En 1977, dos años después de que el artículo de Tullock mostrara por qué ese cambio era imposible, excepto quizá a largo plazo, «las industrias plenamente reguladas constituían el 17 por ciento del PIB. Pero en 1988 ese porcentaje había caído al 6,6 por ciento». ⁹ Leighton y López señalan con frialdad que «la desregulación fue una sorpresa para algunos, en especial para los teóricos de la

elección pública». A veces el monje cuelga su hábito y se casa. Lutero lo hizo. Y su mujer había sido monja.

En las teorías del equilibrio, con su oposición materialista al discurso, las ideas, el libre albedrío, la retórica, la acción humana y la ideología como fuerzas históricas, parece que falta algo. En 1775 el equilibrio era el mercantilismo. En 1875, tras el auge de la ideología liberal, el mercantilismo y la regulación feudal habían retrocedido, en todo caso en Gran Bretaña y los países de nueva implantación, e incluso en Francia. En 1975, la ideología del mercantilismo y la regulación feudal había regresado, acompañadas de los intereses creados. Entonces fue rápidamente derrocada por una ideología liberal. Ahora ha retrocedido de nuevo. ¿A qué se deben esos cambios, sean para bien o para mal?

North, Wallis y Weingast quieren ser considerados duros materialistas, pero cuando buscan explicaciones para la «transición adecuada» hacia las «sociedades de acceso abierto» liberales, acaban naturalmente hablando de un cambio retórico. Dos páginas cruciales de su libro de 2009 hablan de «la transformación en el pensamiento», «una nueva comprensión», «el lenguaje de los derechos» y «el compromiso con el acceso abierto». ¹⁰ En una palabra, ideología. Buchanan, el teórico de la elección pública, señaló en una ocasión lo importante que era la ideología: «Desde la guerra al comercio o al amor... el acuerdo sobre las reglas según las cuales debemos vivir, unos con otros, dentro y fuera del país, está, por supuesto, conformado por la investigación y el conocimiento científicos. Pero, fundamentalmente, el problema no tiene que ver con implicar las aplicaciones tecnológicas de los descubrimientos científicos, y parece una locura tratarlo como tal, es decir, como un problema de ingeniería». ¹¹ Es la ideología lo que cambia.

Es decir, aunque North, Wallis y Weingast parecen creer que tienen una explicación materialista, conformada por la investigación y el conocimiento científicos, del auge liberal de las «organizaciones políticas y económicas de acceso abierto», de hecho su explicación de por qué durante un tiempo Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos se inclinaron por el acceso abierto, tiene que ver con las ideas. ¹² No es un problema de ingeniería. Las ideas cambian por las palabras amables o desagradables en la misma medida que por los intereses materiales. Lo que sucedió en realidad fue que alrededor de 1800 se produjo un cambio ideológico, ético y retórico hacia el liberalismo, y de nuevo este cambio se produjo con el presidente designado por Carter para el Consejo Aeronáutico Civil en la década de 1970. Aplicó la economía técnica a las aerolíneas reguladas, pero bajo los auspicios de una nueva ideología. Y después llegaron los numerosos desreguladores liberales modernos de Reagan.

Es decir, la ideología del liberalismo ha ganado en ocasiones a las ideologías de mangonear a la gente. Podemos hacerlo de nuevo. Eliminar las siete mil unidades de gobierno corrupto en Illinois. Cargarse los grandes programas de bienestar corporativo, federales, estatales y locales, como proponen tantos multimillonarios liberales, contra sus propios intereses económicos. La cruel ley Jones, que protege el transporte marítimo en Estados Unidos, es un buen ejemplo. El Banco de Importación y Exportación, otro. Higgs describió el banco como «otro invento para transferir la riqueza de los políticamente débiles y sin contactos a los políticamente fuertes y conectados, mientras se santifica la transferencia con mantras que son patrañas económicas». ¹³

Para avanzar hacia el liberalismo hay que cerrar los programas agrícolas que permiten a los granjeros con altos ingresos como mi tío abuelo Oliver de Watseka, Illinois, cosechar el gobierno, como dice él, en lugar de la tierra. Vender activos públicos como carreteras, puentes y aparcamientos callejeros, cuyo precio en la era de los transpondedores electrónicos puede calcularlo mejor la empresa privada. Cerrar el imperio americano. Dar la bienvenida a los inmigrantes. Abandonar la guerra contra las drogas. Renunciar al derecho de expropiación de los promotores y a la confiscación civil y los vehículos blindados personales de los departamentos de policía. Implementar la noción de «subsidiariedad» de la enseñanza católica social, situando responsabilidades gubernamentales modestas, aunque existentes y esenciales, como la recogida de basuras o la protección contra los incendios en el nivel más bajo de gobierno que permita manejar esas tareas de manera adecuada. Luego, externalizar a empresas con ánimo de lucro la recogida de basuras y la protección contra los incendios. Después, a través de la transparencia y el periodismo, vigilar la externalización con tanta atención como se vigila al gobierno.

Para financiar el sistema educativo de educación primaria y secundaria, y sobre todo la educación preescolar, y la educación hasta octavo grado —socialmente deseable pero con frecuencia inalcanzable para los pobres—, demos vales a las familias para que los canjeen en escuelas privadas, como hace Suecia desde la década de 1990 y ha hecho la parroquia de Orleans en Luisiana con las familias pobres desde 2008. Para lograr ese sistema educativo universal hasta el duodécimo u octavo grado y seleccionar algunos de los demás objetivos nobles que, por lo demás, son imposibles de financiar de manera privada, como los impuestos al carbono contra el calentamiento global o el armamento defensivo en una guerra de supervivencia, sin duda hay que cobrar impuestos y regular a las personas como tú y como yo, no sólo al hombre que está detrás del árbol. Pero eliminemos el inquisitorial impuesto sobre la renta y su regulación, y sustituyámoslos por un impuesto sobre el consumo personal que se pueda declarar en un formulario de una página, como hace tiempo que proponen economistas como Robert Hall y Arthur Laffer. Aún mejor, apliquemos sólo un impuesto sobre el valor añadido igualmente

sencillo a los propietarios de las empresas para reducir, si no para eliminar, la actual profundidad de la inquisición. Eliminemos por completo el llamado impuesto sobre sociedades, porque es una doble imposición y porque después de muchas décadas de investigación honesta, los economistas, en términos científicos, no han llegado a un consenso sobre qué gente acaba pagándolo. (La vieja pegatina para el parachoques de la década de 1970, «Cobrad impuestos a las empresas, no a la gente», si lo piensas, no tiene mucho sentido.) Demos a la persona pobre dinero en metálico en caso de emergencias y discapacidades, que proceda de esos impuestos modestos de gente como tú y como yo. Dejemos de preguntar si se lo gasta en bebida o en ropa para sus hijos. Dejemos a ella y a su familia en paz. Dejemos de mangonear a la gente.

El gobierno, por supuesto, «tiene un papel» —como suelen responderme indignados ante esas propuestas mis amigos progresistas y conservadores, de manera predecible e incesante—. George Romney, el fabricante de coches y republicano convencional de la década de 1950, en oposición al liberal 1.0 y conservador Barry Goldwater en 1964, declaró: «Los mercados no *aparecen* espontáneamente», debe haber «*algún* papel para el gobierno». ¹⁴ Bueno, sí, por supuesto, el gobierno tiene «*algún* papel», aunque al contrario de la afirmación de Romney, la mayoría de los mercados sí «aparecen espontáneamente», porque a la gente le parecen mutuamente beneficiosos, con o sin la intervención gubernamental. Los mercados aparecen espontáneamente, por citar dos casos extremos, dentro de las cárceles y en los campos de prisioneros de guerra, sin ninguna intervención gubernamental que haga cumplir los tratos acordados. Los mercados aparecieron espontáneamente entre los aborígenes australianos antes del contacto, cuando compraban sus bumeranes a grupos con mejores habilidades que se encontraban a cientos de kilómetros de distancia. ¹⁵

En cualquier caso, sólo durante un breve periodo, a los quince años o así, si es que te interesa, me consideré una «anarquista» literal (que no significa propiamente «nihilista que pone bombas» sino *an-archos*, «sin gobernante» en griego). El gobierno tiene un papel esencial en las guerras de supervivencia, por ejemplo, en las que un objetivo único, como el de repeler a los invasores canadienses, es justo lo que se necesita, y puede lograrse durante ese tiempo con una coerción justificada aunque con frecuencia excesiva. Luego, después de la victoria, podemos esperar deshacernos de la coerción derivada del papel ampliado del gobierno, sin demasiada esperanza, en realidad, como ha mostrado Higgs. ¹⁶

Y sí, sin duda, tengamos un gobierno, uno pequeño, para protegernos de la violencia y el fraude de nuestros compatriotas estadounidenses aunque, por supuesto, los acuerdos privados como las cerraduras en las puertas, los proveedores con una excelente reputación y la competencia en los mercados, en la mayoría de los casos, consiguen las

protecciones mucho mejor y con una escala económica mucho mayor, por decirlo cuantitativamente, de lo que lo hace el supuesto apoyo «definitivo» de los tribunales, la policía y los inspectores del gobierno. El Tribunal de la Cancillería inglés no es más «definitivo» que los acuerdos privados para la transmisión de una propiedad, o la entrada privada con guardias que la protege. En Londres, en el siglo XVIII, una persona rica contrataba a guardias armados si tenía la intención de caminar por la ciudad. El estudioso del derecho Tom W. Bell argumenta en profundidad que la mayoría de los países tienen subgobiernos privados en los que, en muchos aspectos, no se administra el mandato de la ley del gobierno y una ley privada se expande con rapidez. ¹⁷ Protégenos, rezamos, sobre todo del propio gobierno, de su costumbre de suspender el derecho al *habeas corpus*, de reducir el derecho a votar, de espiar a líderes de los derechos civiles, de imponer normas en el dormitorio y el baño y de apalear a sus ciudadanos insolentes.

Parad la «protección», por ejemplo

Los gobiernos afirman que protegen, cuando se portan bien y, por ejemplo, no internan a los japoestadounidenses. Pero el gobierno debería dejar de dar «protección» *económica*, como la que proporcionó el presidente Trump contra el nefasto complot de los chinos y los mexicanos para vendernos a precios bajos corbatas muy largas para hombres y componentes muy buenos para coches. Mejor separemos la economía del gobierno.

Porque, además, en realidad eso no es «protección». Es privilegio. Como en las prácticas mafiosas, a menudo la «protección» gubernamental se corrompe para favorecer a los ricos. Es un impuesto a las empresas que ofrecen bienes y servicios baratos para la gente pobre. Viola la igual libertad de las personas —estadounidenses, extranjeras o no mafiosas— para competir, sin coerción física, ofreciendo buenos acuerdos a los consumidores estadounidenses. Esos impuestos, por supuesto, son el objetivo de la mafia, extraer una renta de dinero para la protección haciéndote una oferta que no puedes rechazar. Y es el objetivo, también, del Ayuntamiento de Chicago, fomentado por sobornos bien asignados... perdón... donaciones de campaña para impedir, mediante ordenanzas, que Ikea o Walmart, que venden a los pobres, se instalen en la ciudad. La extorsión, los favores y la captura de rentas que llevan a cabo las élites, que ejercen el monopolio de la coerción, frenan la mejora, impidiendo que la gente con nuevas ideas compita por nuestras compras voluntarias. En casos extremos, esto frena en seco el crecimiento económico, como sucedió durante el asfixiante milenio de pobreza previo a 1800, y antes del liberalismo de acceso abierto.

¿Querías «protección» gubernamental frente a ideas nuevas en la música, la ciencia o la cocina? Probablemente no. ¿Serías partidario de siempre «comprar estadounidense» cuando se trata de especias o de innovaciones médicas? No. Supón que crees que un embargo contra naciones malvadas antiestadounidenses como Irán o Corea del Norte es una buena idea. Entonces, ¿por qué quieres que el gobierno estadounidense imponga un embargo autoinfligido a los propios estadounidenses (más comúnmente conocido como «protección» mediante aranceles)? Los aranceles no protegen. Cogen y favorecen. Son impuestos que el gobierno impone a ciertos ciudadanos para favorecer a otros ciudadanos más poderosos. ¹

Y si de verdad crees que favorecer a algunos estadounidenses y comprar exclusivamente a estadounidenses es una buena idea, una que debe imponerse mediante aranceles y penas de cárcel, ¿por qué no, mejor aún, comprar illinoisiano o chicagüense o incluso de Printer's Row? De esa manera tu barrio se enriquecería. O ya puestos, ¿por qué no hacer tú mismo todo lo que quieres en casa, alcanzando así la verdadera autosuficiencia y logrando muchos «empleos»? Cultiva tu propio trigo. Haz tu propio acordeón. Inventa tu propia teoría económica. Bravo.

Nuestros amigos derechistas o izquierdistas, o en todo caso estatistas, replicarán irritados, aludiendo por ejemplo a la interferencia rusa en las elecciones a través de Facebook: «¿Acaso Facebook puede regularse a sí misma para favorecer el interés público? Obviamente no», dicen. Suponen que ningún negocio ha actuado nunca en favor del interés público. El beneficio es una señal de pecado. Traed, pues, a los expertos y a su policía de Washington o Whitehall. ¿Acaso en Estados Unidos a Whirlpool le va mal en el negocio de las lavadoras? Muy bien, convence al gobierno para que levante barreras arancelarias contra la competencia de extranjeros como LG y Samsung.

La mayoría de la gente en una época iliberal aprueba esa «protección de los puestos de trabajo estadounidenses». No se da cuenta de que la protección coge de Peter para pagar a Paul, y luego de Paul para pagar a Peter. Un arancel sobre las lavadoras puede proteger a un millar de estadounidenses de una competencia dolorosa, a costa de eliminar su incentivo para mejorar y de distorsionar el patrón de inversión. Pero perjudica directamente a otros cien mil estadounidenses con unos precios más altos y una calidad inferior, en una magnitud que reduce de manera sustancial la prosperidad nacional neta. Ha sucedido siempre que se ha intentado. Consulta la Argentina populista, de 1946 al presente. O los experimentos de Trump en 2018.

El economista Maximiliano Dvorkin, del Banco de la Reserva Federal de San Luis, estimó que entre el 2000 y el 2007 Estados Unidos perdió, debido a la competencia con China, alrededor de 800.000 puestos de trabajo (una parte pequeña, por cierto, de los puestos de trabajo «perdidos» debido a lo que todos estamos de acuerdo en que es un cambio tecnológico deseable, como la desaparición de los videoclubes y la miríada de otros trabajos desplazados o que se han quedado obsoletos; durante esos mismos siete años éstos fueron decenas de millones, no 0,8 millones). Pero de acuerdo con Dvorkin, el comercio con China supuso la aparición, según el mismo cálculo, de un número similar de *otros* trabajos, con un efecto neto sobre los puestos de trabajo de cero (lo mismo puede decirse, a una escala mucho mayor, del llamado desempleo tecnológico). Y como resultado de los precios más bajos debidos a esa reasignación y competencia en el comercio con China, «los consumidores estadounidenses obtuvieron una ganancia

media de 260 dólares adicionales para gastar cada año durante el resto de sus vidas». ² Expresado como una suma de capital descontado en el presente, el libre comercio con China fue como si cada consumidor recibiera un único cheque por valor de unos 5.000 dólares. Está bastante bien.

¿Temes, en cambio, tanto a la empresa multinacional —que intenta de manera perversa convencerte con buenas palabras de que compres sus zapatillas— que intentas crear un monopolio socialista general, apoyado por las armas, para que te impida hacerte con cualquier zapatilla que no haya fabricado o regulado el gobierno? ¿Esperas que esa regulación reforzada sea menos corrupta que el dinero oscuro de las multinacionales?

Contemplemos la posibilidad de que estés equivocado. Observa el tercio del mundo que el comunismo gobernó en el pasado, la historia reciente de Venezuela o la penosa historia del Egipto moderno y su economía dirigida por el ejército. Como escribió en 1928 el liberal italiano, y antifascista, Benedetto Croce: «El liberalismo ético aborrece la regulación autoritaria del proceso económico [tanto desde la izquierda como desde la derecha, desde el socialismo o el fascismo], porque la considera una humillación de las facultades inventivas del hombre». ³ Para proteger el monopolio del servicio postal estadounidense, en diciembre, inspectores vestidos con gabardina solían ir por ahí para coaccionar a los niños pequeños que distribuían tarjetas de Navidad gratuitamente por los buzones del barrio. En Kentucky ahora es ley, como lo fue en Illinois y en muchos otros estados, que para abrir una nueva empresa de traslados de muebles —dos hombres y una furgoneta, digamos— tienes que obtener permiso de... espera... las empresas de mudanzas ya existentes. ⁴ George Will señaló, después de maldecir los «certificados de necesidad» como los que requería la ley de las empresas de mudanzas (también las máquinas que hacen resonancias magnéticas en los hospitales, los concesionarios de coches, etcétera, etcétera), que «el creciente Estado administrativo, intrusivo e intervencionista —es decir, el gobierno moderno— que no reconoce los límites de su competencia o jurisdicción es inevitablemente un defensor de los afianzados y, por lo tanto, un mecanismo para transferir riqueza hacia arriba». ⁵ Ni que lo digas, George.

Y, por supuesto, puede ser mucho peor. Los regímenes comunista, fascista y nacionalsocialista, de 1917, 1922 y 1933, todos ellos versiones del socialismo inspiradas por el nacionalismo, dejaron más de cien millones de muertos en su búsqueda de la racionalidad planificadora y el honor nacional. Tal vez no te apetezca ser socialista, rápido o lento. ⁶ Mira la historia.

De nuevo, como he señalado, la teoría agradable, aunque culpablemente ingenua, es que los implementadores del socialismo lento son sabios, reyes y filósofos éticos. La

teoría se idea en las pizarras de Cambridge, New Haven o Princeton, y, sin las adorables matemáticas, en las campañas electorales que recorren todo el país. Pero la protección económica/el favoritismo tal y como se implementa con frecuencia perjudica a los indefensos más de lo que los ayuda. Y siempre favorece a los pocos protegidos, que son fáciles de ver en el escenario, que son favorecidos antes que las multitudes heridas que quedan fuera del escenario. Protege *este* empleo, aunque cada año en Estados Unidos desaparece hasta el 14 por ciento de los puestos de trabajo, como debe ser en una economía dinámica que enriquece a los pobres. ^z En el 2000 más de cien mil personas trabajaban en videoclubes. Ahora, como he señalado, nadie lo hace excepto unas pocas almas resistentes y nostálgicas. A finales de la década de 1940, sólo en AT&T trabajaban cientos de miles de operadores telefónicos manuales. En la década de 1950 miles de ascensoristas perdieron sus trabajos porque los pasajeros apretaban los botones mientras escuchaban dulces mensajes grabados que anunciaban las plantas y, en muchos ascensores de hoteles, por si eso fuera poco, podían poner programas de televisión irritantes. Los mecanógrafos han desaparecido de las oficinas —los abogados o sus asistentes escriben los informes directamente en el ordenador—. Y el mayor ejemplo, que además es global, es la agricultura. En 1810, alrededor del 80 por ciento de los estadounidenses vivía o trabajaba en granjas; ahora es el 1 por ciento y sigue cayendo. ⁸ Pero los senadores de los estados agrícolas exigen protección, como leyes para hacer gasolina con maíz y para proteger el azúcar al doble del precio por el que podría obtenerse importándolo de Brasil. El pequeño grupo favorecido habrá hecho una bonita donación al bienestar del congresista, o en todo caso le habrá dado su voto. Así compramos tanques y aviones militares inútiles para detener la inminente invasión canadiense, contruidos con partes fabricadas en todos los distritos congresuales; así se obtienen votos para todos los congresistas en sus cargos.

La protección arancelaria, por ejemplo, que aumenta los beneficios y los sueldos en el acero hecho en Estados Unidos, por supuesto perjudicará al mismo tiempo, fuera del escenario, a los consumidores de acero estadounidenses. Obviamente. Lo hizo en 2018, perjudicando a los fabricantes de miles de productos que contienen acero, de coches a tornillos. Para eso estaba diseñada y —de manera excepcional en el caso de las políticas «diseñadas»— es lo que en realidad consiguió, un embargo autoinfligido, como ya he dicho. (Pasemos por alto en silencio el daño infligido a los extranjeros que quieren vendernos petróleo y componentes de automóvil a los precios que acordemos. Pero ¿desde cuándo no se aconseja éticamente una preocupación cosmopolita por los extranjeros? ¿Y qué clase de nacionalismo infantil piensa que perjudicar a los canadienses o a los mexicanos es bueno para los estadounidenses?)

También he dicho, y lo seguiré diciendo hasta que lo interiorices, que a menudo en términos económicos ese daño impuesto fuera del escenario a los estadounidenses *no*

protegidos es mucho mayor que el favor concedido sobre el escenario a los pocos estadounidenses protegidos. En 2017, el gobierno estadounidense acordó con los productores de azúcar mexicanos restringir las importaciones de azúcar mexicano. El acuerdo mantuvo el precio del azúcar en Estados Unidos al alto precio estadounidense protegido durante tanto tiempo. ⁹ Pero los puestos de trabajo salvados en la producción estadounidense de azúcar gracias al alto precio impuesto mediante la restricción fueron una pequeña fracción de los trabajos destruidos en la producción que utiliza el azúcar. Hace mucho que en Chicago los productores de caramelos empezaron a cerrar o a trasladarse a México. Cuando se trata de proteger el cultivo de azúcar, los cuatro senadores de Florida y Luisiana, estados productores de caña de azúcar, se muestran muy, muy interesados, y los seis de Texas, Hawái y Dakota del Norte (productora de azúcar de remolacha) también expresan una opinión contundente sobre el asunto. Sorprendente, ¿verdad?

Cuando a principios de la década de 1980 el gobierno estadounidense impuso cuotas a los automóviles japoneses, el coste adicional anual para los consumidores de coches estadounidenses fue más elevado, en una ratio de diez a uno, que la suma de los sueldos anuales que se habían protegido en Detroit. ¹⁰ Los beneficiarios netos fueron los sindicalistas de la United Auto Workers, acostumbrados a recibir una parte del beneficio monopolístico extraído a los estadounidenses que compraban sus coches a las empresas solitarias y protegidas por aranceles llamadas las Tres Grandes y Media (GM, Ford, Chrysler y American). Los otros beneficiarios fueron, por supuesto, los accionistas de las Tres Grandes y Media y, de manera menos obvia, la Toyota Motor Company del remoto Japón, a la que se le permitió capturar aún más de su propio beneficio monopolístico mediante la restricción de su oferta en Estados Unidos, lo que aumentó el precio estadounidense de los sólidos Toyotas por encima de su precio mundial, sin ni siquiera proporcionar un beneficio al Tesoro estadounidense que (a diferencia de la cuota) un arancel sí habría aportado. Brillante.

De igual manera, el Acuerdo Multifibras 1974-2004 intentó impedir que los países pobres suministraran a los países más ricos textiles y ropa. El economista Douglas Irwin señala que en Estados Unidos «el coste [anual] para el consumidor de la protección por puesto de trabajo salvado [en la industria textil y de la confección estadounidense], que medía la pérdida total para los consumidores dividida por el número de puestos de trabajo salvados en la industria protegida, fue de más de 100.000 dólares, en industrias en las que el trabajador medio ganaba tal vez 12.000 dólares al año». ¹¹ Eso es 8,3 a 1.

Una protección aún peor, que la izquierda sigue considerando sagrada, es el ataque global a los buscadores jóvenes o no cualificados de trabajo, mediante protecciones/privilegios laborales para los viejos y los cualificados. La protección de

ciertos puestos de trabajo en regímenes socialistas lentos ha creado en Grecia, Sudáfrica y los barrios pobres de Estados Unidos una clase peligrosamente grande de jóvenes desempleados. ¹² Una cuarta parte de los franceses de menos de veinticinco años que no estudian están desempleados, y el resto tienen sobre todo contratos temporales mensuales, porque en Francia los trabajos fijos de los viejos están muy protegidos. ¹³ En estos sistemas, en primer lugar a los empleadores les aterra contratar, porque no pueden despedir a un trabajador que roba de la caja, insulta a los clientes o en general es improductivo. Y en Francia, incluso los trabajadores honestos y productivos se aferran aterrorizados al trabajo equivocado porque es improbable que si lo dejan consigan el adecuado. El desempleo causado por la protección es aún mayor en Grecia. En Sudáfrica es espantoso.

En Estados Unidos la protección de los puestos de trabajo ha provocado que los guetos requieran, en todo caso en opinión de los conservadores, ocupación armada. El South Side y el West Side de Chicago deberían ser colmenas de actividad industrial, que emplearan con sueldos iniciales bajos a los jóvenes desempleados que ahora están en las esquinas y se unen a las bandas para imponer monopolios locales de distribución de droga. En Chicago, las intervenciones en la negociación salarial, como la imposición gubernamental de un salario mínimo, las intervenciones en la ubicación de las actividades económicas, como la zonificación, las intervenciones en los ingresos procedentes de las empresas, como los impuestos, las licencias y las regulaciones, y las intervenciones en el consumo, como la propia guerra contra la droga, convierten esos lugares en desiertos económicos. Sin fábricas, sin tiendas de alimentación, sin ingresos no coercitivos. ¿La palabra en común? La «intervención» arbitraria de nuestros sabios e incorruptibles amos públicos. ¿Qué pasaría si, como en Shenzhen, en China, el South Side y el West Side de Chicago fueran declarados «zonas francas»? Como Shenzhen, en el pasado una aldea de pescadores, ahora una enorme metrópoli, prosperarían enormemente.

Y dejad de cavar en el estatismo

El proverbio dice que si te encuentras en un agujero, primero dejes de cavar.

Estamos hablando de un liberalismo *humano*. Sin duda, ayudar a la gente durante una crisis o sacarla de alguna situación desventajosa grave, como una discapacidad social, económica, física o mental, dándole ayuda en forma de dinero para gastar en los mercados libres, es un papel justo para el gobierno. Aún más justo, porque no implica ninguna clase de coerción, es que la gente, por sí misma, done ayuda eficaz de manera voluntaria. Dar a los pobres de la parroquia de Orleans los vales para escuelas privadas. Dar dinero a los muy pobres de Chicago para que alquilen una vivienda de manera privada. Alquilar cien habitaciones de hotel en Chicago para quienes no tenían casa durante el terrible frío de febrero de 2019. Dar tus derechos de autor de *El capital en el siglo XXI* a una organización benéfica eficiente.

Pero, te lo ruego, no *ofertes* educación, vivienda o, ya puestos, libros sobre la desigualdad directamente desde el gobierno, porque la propiedad gubernamental de los medios de producción, el socialismo pleno, suele ser una mala manera de producir cualquier cosa excepto, por ejemplo, la defensa nacional (e incluso la defensa nacional se suele llevar a cabo mal y de manera corrupta, por ejemplo en muchas naciones que como Egipto y Bielorrusia utilizan al ejército para esclavizar a sus ciudadanos). La provisión gubernamental convierte a los pobres en siervos del gobierno, o de los buenos amigos del gobierno, el sindicato de maestros de las escuelas públicas y los burócratas en la autoridad de vivienda pública. La provisión privada da a la gente más opciones, más oportunidades de salida y hace que la oferta responda a la demanda. El economista liberal 1.0 Ben Rogge señaló que «el libre mercado protege la integridad de los individuos al proporcionarles una serie de alternativas descentralizadas en lugar de una oportunidad centralizada». ¹ En 2009, los suecos, que los estadounidenses creen que son socialistas, abandonaron el monopolio de las farmacias propiedad del gobierno, que estaba gestionado por él, y cualquier sueco adulto puede decirte que eran arrogantes e ineficientes en un grado exasperante.

En general, deja que la gente cree por sí misma una economía en crecimiento, como ha hecho espectacularmente bien entre 1800 y el presente, cuando el liberalismo inspiró a las masas para concebir mejoras, abrir nuevas empresas y cambiar a un nuevo trabajo.

El impresionante gran enriquecimiento que desde 1800 supuso un aumento total del 3.000 por ciento en los salarios reales per cápita —que ya he señalado que fue sobre todo importante para los más pobres— no sucedió a causa de los impuestos, los empujones, los juicios, la protección, la regulación, el subsidio, la prohibición, la sindicalización, el reclutamiento y la esclavización llevada a cabo por políticos, organizadores, burócratas y matones armados con un monopolio de la coerción. En su mayor parte, tuvo lugar a pesar de ellos, gracias a unas personas cada vez más libres. En la historia, las infrecuentes buenas acciones de los gobiernos consistieron en aprobar leyes liberales para liberar a la gente, como las leyes de derechos civiles de 1866 y 1964 —aunque aprobadas en los breves interludios entre la esclavitud gubernamental, la reesclavización o el maltrato de la gente, en el caso Dred Scott, en el de Plessy contra Ferguson, las redadas de Palmer, los perros de Bull Connor y la deportación de los soñadores—. Como dice Boudreaux, cuando comenta la afirmación de que el Estado se dedica en esencia a las buenas acciones: «Un Estado lo bastante poderoso para impedirte que discrimines, por ejemplo, a los católicos [en el sector privado, voluntariamente] es lo bastante poderoso para obligarte a discriminar a los judíos [en el sector público, involuntariamente]». ²

El enriquecimiento y la liberación asociada, pues, no surgieron principalmente del gobierno, más allá de su modesto papel en la prevención parcial de la violencia y el fraude y en los pocos casos de genuina defensa de una agresión extranjera, como la en buena medida fracasada guerra de 1812-1814 y la muy exitosa guerra del Pacífico de 1941-1945. Pero, curiosamente, desde alrededor de 1848 los economistas han construido su reputación científica proponiendo sobre todo esta o aquella «imperfección en el mercado» progubernamental. Los economistas distinguieron más de cien imperfecciones de esa clase. Monopolio natural. Efectos colaterales. Consumidores ignorantes. Y han sostenido una y otra vez que un gobierno brillante de reyes filósofos, asesorados por esos mismos economistas, puede proporcionar soluciones simples a las imperfecciones imaginadas en la pizarra. Antimonopolio. La Administración de Alimentos y Medicamentos. La política industrial. La captura gubernamental de los ferrocarriles y las compañías energéticas.

Sin embargo, los economistas no aportaron evidencias científicas de que las imperfecciones dañaran mucho al conjunto de la economía en su loca carrera por aumentar los ingresos per cápita un 3.000 por ciento usando medios liberales. ³ El hecho más importante de la historia económica moderna, que tuvo lugar al mismo tiempo que los economistas se lamentaban «cuando la suerte es perra y me señalan / ... y lloro en soledad como un proscrito» ⁴ por las horribles imperfecciones del mercado, fue que los mercados horriblemente distorsionados e imperfectos estaban provocando un gran

enriquecimiento de miles por ciento para los más pobres. En una expresión yiddish: «¡Deberíamos tener esas imperfecciones!».

Por ejemplo, la elección gubernamental de los ganadores de la economía mediante una «política industrial» se «diseña» para reparar las asombrosas imperfecciones de las previsiones de los inversores privados, tan evidente para algunos profesores de economía que no se molestan en medir si la imperfección es realmente grande o si la política industrial de veras funciona. Charles Schultze, presidente del Consejo de Asesores Económicos durante la presidencia de Jimmy Carter en la Casa Blanca, sostenía que «la realidad no cuadra con ninguna de las cuatro premisas en las que se basan los defensores de la política industrial. Estados Unidos no se está desindustrializando. Japón no debe su éxito industrial a su política industrial. El gobierno no es capaz de diseñar una estructura industrial “ganadora”. Por último, en el sistema político estadounidense no es posible seleccionar y escoger entre empresas y regiones individuales de la manera decisiva y motivada por la eficiencia que imaginan los partidarios de la política industrial». ⁵

Por lo tanto, la política industrial, de hecho, casi nunca funciona para nuestro bien común, aunque casi siempre funciona para el bien de los industriales con *lobbies* en K Street. ¿Por qué, nos dice un sobrio sentido común, esa elección de ganadores iba a funcionar para la mayoría de nosotros? ¿Por qué un alto funcionario del gobierno, estipulando incluso que dispone de modelos económicos maravillosos y es del todo ético, y extremadamente brillante aunque se haya graduado hace muy poco en la Universidad de Harvard, sabe mejor lo que sería buena idea para fabricar, comprar y vender que algún paleta ignorante en el mercado que se enfrenta a los precios que indican el valor que la gente ordinaria asigna a los bienes y servicios, que se enfrenta al verdadero coste de oportunidad en su producción y que quiebra si escoge mal? ¿Por qué iba a ser una buena idea subsidiar la energía eólica antes de demostrar que el gasto extra que supone mejora nuestra situación, deducidos los costes de oportunidad como el elevado coste de su fabricación y del montaje de los molinos, o ya puestos, el asesinato masivo de aves migratorias? Como concluyó el economista liberal moderno Don Lavoie a partir de un detallado estudio de 1985 sobre la planificación y la política industrial del gobierno: «Cualquier intento de un solo actor de virar una economía constituye un caso de un ciego liderando a los que ven». ⁶

La arrogancia de la planificación industrial es una historia antigua. Un ejemplo fue el mercantilismo paneuropeo, el «sistema comercial» que Adam Smith tanto despreciaba (es gracioso que Smith, como su padre, terminara su carrera como uno de sus funcionarios). En Suecia, fueron reclutas militares quienes construyeron el canal de Göta entre 1810 y 1832, antes de que Suecia se volviera liberal. ⁷ Fue un proyecto muy

mal diseñado, inmensamente caro en costes reales, que redujo el ingreso neto sueco y con el tiempo se acabó usando para navegar por placer. En Estados Unidos durante el siglo XIX y más tarde, las «mejoras internas» financiadas por el gobierno fueron en su mayor parte ideas pésimas —como los canales de Pensilvania e Indiana que se iniciaron en la década de 1830, contruidos como los de Suecia en vísperas de la aparición del ferrocarril, lo cual hizo que la mayoría de los canales no fueran social y privadamente rentables, siendo el más largo el de Wabash y Erie, construido con un gran coste entre 1832 y 1853—. ⁸ Y, por supuesto, las mejoras internas, como los ferrocarriles transcontinentales muy subvencionados por las concesiones de tierras federales, se corrompieron para favorecer a unos pocos y ricos. ⁹ En Estados Unidos, los aranceles, impuestos por un gobierno federal que al principio de su historia carecía de otras fuentes de ingresos, se convirtieron enseguida en materia de confrontación política. ¹⁰ La Administración Obama concedió un «crédito» de 535 millones de dólares para subsidiar los paneles solares fabricados en Estados Unidos por Solyndra, que rápidamente los chinos vendieron más baratos. Entonces Trump protegió al resto. ¹¹ Ambos partidos políticos lo hacen. Un verdadero partido liberal humano no lo haría.

El problema real es la pobreza fruto de la tiranía, no la desigualdad «capitalista»

El economista Mark Perry señaló en septiembre de 2018 que «los datos del censo publicados hoy muestran una ganancia continuada para los estadounidenses de clase media y pocas evidencias de una creciente desigualdad de ingresos». ¹ Pero en cualquier caso, no deberías preocuparte en absoluto por la desigualdad si es fruto de una mejora inteligente. Hacer desaparecer los beneficios con impuestos es destruir su papel señalizador. Mata la eficiencia y, lo que es más importante, la mejora. La objeción a esos impuestos no tiene que ver con los incentivos al esfuerzo, como asumen los socialistas lentos cuando se burlan de los beneficios de la mejora comercialmente probada. Tiene que ver con decidir dónde debería invertirse, una señal del precio y el beneficio en las economías de mercado que ha demostrado ser mucho más barata que las ineficiencias de la planificación central. ²

Y la desigualdad derivada de las mejoras inteligentes se disipa al cabo de unos pocos años gracias a la entrada de imitaciones. Mientras tanto, obtenemos las mejoras para siempre. La imitación de la cadena de montaje de Henry Ford o el teléfono inteligente de Steve Jobs expanden los beneficios a todos nosotros, con rapidez, con precios más bajos, una calidad mayor y mejoras frenéticas y continuas. La mejora comercialmente probada es, por lo tanto, igualadora. Ese resultado de la entrada no es hipotético. Ha sido la historia económica del mundo desde el principio, cuando no la han bloqueado, como sucedió de manera habitual hasta 1800, los monopolios apoyados por el supermonopolio de la coerción gubernamental y ahora, de nuevo y de manera creciente, el alto liberalismo tardío. El premio Nobel de Economía (2018) William Nordhaus estima que desde la Segunda Guerra Mundial en Estados Unidos los inventores se han quedado sólo un 2 por ciento del valor social de la mejora que producen. ³ Mira tu ordenador. O Walmart. El 2 por ciento del beneficio social derivado del temprano dominio de Walmart de los códigos de barras y las compras a gran escala —grandes mejoras comparadas con los modelos de compra al por menor más antiguos y peores— dejó mucho dinero a los hijos de Sam y Bud Walton. Pero los demás nos quedamos con el 98 por ciento.

Las fortunas locales de hace un siglo se construían gracias a la banca local y los grandes almacenes locales. En Estados Unidos (aunque no en el Reino Unido o en Canadá), los

bancos estuvieron protegidos hasta muy entrado el siglo XX por regulaciones estatales que impedían las redes de sucursales. En cambio, los grandes almacenes, relativamente desregulados, enseguida se imitaron y mejoraron mucho. Y, en todo caso, desde el principio los beneficios de los grandes almacenes locales se vieron afectados por el rápido descenso del coste del transporte, que permitía a la gente comprar en otros lugares. Conduce hasta Grand Rapids o las tiendas de descuento de la Ruta 80. Las tiendas de venta por correspondencia Sears Roebuck y Montgomery Ward compitieron con las tiendas físicas y con los grandes almacenes locales enviando pedidos a bajo precio por correo mediante la red de ferrocarriles. Podías comprar una casa entera en Sears y mandarla por ferrocarril a tu pueblo para que los obreros locales la ensamblaran. Amazon está haciendo lo mismo un siglo después (excepto lo de las casas enteras: pero espera, ahora puedes comprar coches online y los entrega una máquina expendedora) utilizando servicios postales que desafían el monopolio del gobierno, como United Parcel. El porcentaje de United States Steel en las ventas nacionales de todas las empresas estadounidenses de acero alcanzó su nivel más alto, dos tercios, el día en que se fundó en 1901. El porcentaje ha caído de manera continua desde entonces, cuando entraron en el sector Bethlehem y otras empresas. ⁴ Echa un vistazo a las treinta empresas del Promedio Industrial Dow Jones. Sólo cinco de las treinta son anteriores a la década de 1970. Las otras veinticinco han sido sustituidas por «industriales» como Visa, Verizon y Coca-Cola. En 2018 General Electric, en el índice desde 1896, salió para dejar su lugar a la farmacéutica Walgreen Boots. Las «industrias» van y vienen.

El mero paso de las generaciones humanas hace que las cosas también vayan y vengan. ¿De cuántos Carnegie ricos has oído hablar? Es posible que Andrew hiciera fabulosamente ricos a su hija y los cuatro hijos de ésta y después a los hijos de éstos, o incluso a sus primos escoceses, hasta más allá de la cuarta generación. Pero no lo hizo. En su lugar construyó la biblioteca de Wakefield, Massachusetts, en la que con alrededor de quince años empecé a leer los clásicos izquierdistas. Si quieres ver cómo funciona la disipación de la riqueza en las familias, mira la entrada de la Wikipedia de «familia Vanderbilt», que explica que el viejo Cornelius (1794-1877), el hombre más rico de Estados Unidos en la época, tuvo trece hijos (pobre señora Sophia Johnson Vanderbilt, la madre de todos ellos). Su tataranieta, Gloria Vanderbilt (nacida en 1924), tuvo que labrarse su propia fortuna a la antigua usanza, ofreciendo bienes y servicios por los que la gente estuviera dispuesta a pagar. Su hijo, Anderson Cooper, también lo hace en la CNN.

Pero sin duda debes preocuparte por la desigualdad cuando ésta es el resultado de utilizar el gobierno para conseguir protección para los grupos favorecidos. Esto es para lo que se suele utilizar un gran gobierno, al que merece la pena capturar para conseguir protección, en detrimento de la gran mayoría de sus ciudadanos. Nosotros, los liberales

humanos, estamos de acuerdo con los socialistas lentos en la perversidad de la desigualdad causada por esta captura de rentas, es decir, la utilización de los poderes del gobierno para extraer favores rentables para, por ejemplo, las grandes empresas petrolíferas. Pero los liberales modernos nos sorprendemos después cuando nuestros amigos los socialistas lentos defienden..., bueno..., dar aún más poderes de extracción respaldados por la coerción al mismo gobierno. Pon al zorro a cargo de las gallinas, gritan. Seguro que el señor Zorro es un funcionario bueno y honesto.

Las profesiones con protección gubernamental, como la Asociación Médica de Estados Unidos, y las regulaciones del gobierno en los códigos edificatorios que favorecen a los fontaneros, protegen a los pudientes, que a su vez financian a los políticos que imponen las profesiones y las regulaciones asociadas. Elegante, ¿verdad? Pensemos ahora en cuántos Huey, Earl y Long han dominado la política de Luisiana desde la década de 1920. Mira también la Wikipedia para eso. El poder político heredado aliado con la corrupción es antiguo. En la tardía República de Roma los candidatos políticos acostumbraban comprar votos y, de todos modos, los ricos de Roma tenían más poder en el sistema de votación. ⁵ No es nuevo que los políticos, la gente de negocios y los multimillonarios compren el Congreso para obtener una protección especial y trampeen el sistema de votación. Mark Twain dijo: «Es probable que se pueda demostrar mediante hechos y cifras que no existe ninguna clase criminal claramente nativa de Estados Unidos excepto el Congreso». ⁶ Mejor mantenerlo bajo libertad vigilada.

El gran reto al que se enfrenta la humanidad *no* es el terrorismo, la desigualdad, el crimen, el crecimiento de la población, el cambio climático, la productividad decreciente, las drogas recreativas, la degradación de los valores familiares o cualquier nuevo pesimismo que se le ocurra a nuestros amigos de la izquierda o la derecha, sobre el cual escribirán editoriales urgentes y libros aterradores, hasta que capte su atención el siguiente «reto» que justifique una coerción gubernamental mayor. Por el amor de Dios, dicen, ¡deberíamos *hacer* algo! Hagámoslo con el gobierno, dicen, el único que puede representar nuestros intereses.

Desde siempre, los mayores retos han sido la pobreza, a partir de las cavernas, y la tiranía, a partir de la agricultura, que tienen su causa y efecto en la coerción gubernamental que no permite que la gente corriente se escape para intentarlo. El uso de la palabra *liberal* es un juego del lenguaje, pero no por eso es casual: ⁷ permitir o no permitir que la gente tenga esa oportunidad. Si eliminas la pobreza por medio del crecimiento económico liberal, como están haciendo China e India, y como hicieron según los estándares de su época los pioneros del liberalismo en la República de los Países Bajos en el siglo XVII, obtendrás cierta igualdad en el confort real, la educación de los ingenieros para protegernos de los efectos de la subida del nivel del mar provocada

por el calentamiento global y la educación de todos nosotros para una vida próspera. Si eliminas la tiranía y la sustituyes por el liberalismo 2.0, obtendrás un aumento de la libertad para los esclavos, las mujeres y las personas con discapacidades, y aún más frutos del gran enriquecimiento, en la medida en que cada vez más gente se libere para buscar mejoras comercialmente probadas o subvencionar la compañía de ópera local. Obtendrás un enriquecimiento cultural asombroso, el fin del terrorismo, la caída de los tiranos y riqueza para todos nosotros.

¿Cómo lo sé? Porque sucedió en el noroeste de Europa de manera gradual a partir del siglo XVII, un proceso que se aceleró después de 1800. Y a pesar del reciente descenso a la tiranía populista en algunos países, ahora está sucediendo a un ritmo apresurado en grandes partes del globo. Las zonas económicas especiales de China enriquecen a las personas (al mismo tiempo las zonas de economía más planificada, que ahora Xi está favoreciendo, las empobrecen). Puede ocurrir pronto en cualquier lugar. Los ingresos per cápita reales del mundo, más o menos corregidos por inflación y paridad de poder adquisitivo, crecieron de 1990 a 2016 alrededor de un 2 por ciento anual. A esas tasas (y más aún a la tasa actual del 7 por ciento de India y lo que en el pasado fue un 10 y ahora es un 5 por ciento en China), los ingresos per cápita se duplicarán cada treinta y seis años. Y se duplicarán con mayor rapidez en todo el mundo si se introduce en el cálculo para mejorar la calidad de los bienes y servicios, una tasa mejor que el habitual índice de precios. En tres generaciones al 2 por ciento, incluso medidos de manera convencional los ingresos reales se cuadruplicarán, sacando a los pobres de su miseria.

Por el contrario, si continúan las diversas versiones de monarquía anticuada o el socialismo rápido o lento, con sus políticas que bloquean la mejora al proteger a las clases favorecidas, en particular a los ricos, el partido o los primos, el mal rey Juan o Robin Hood —en sus peores formas un socialismo militar o una tiranía tribal, e incluso en las mejores una regulación asfixiante para los nuevos medicamentos contra el cáncer—, lo que obtienes es la agotadora rutina de la tiranía y la pobreza humanas, con su inherente aplastamiento del espíritu humano. La agenda del liberalismo moderno, que se opone a la tiranía y la pobreza, es lograr el florecimiento humano de la manera en que siempre se ha hecho. Dadle una oportunidad a mi gente. Dejad que la gente corriente lo intente. Dejad de mangonear a la gente.

Soy consciente de que muchas de las cuestiones que los liberales modernos proponemos te resultarán difíciles de tragar. Nuestros amigos progresistas te han dicho que necesitamos tener docenas de miles de medidas políticas, programas y regulaciones o el cielo se nos caerá encima. Y nuestros amigos conservadores te han dicho que, de todas formas, tenemos que ocupar y gobernar por las armas, con un coste inmenso, a todo tipo de comunidades de gente pobre, entre ellas las razas inferiores al este y al oeste del

canal de Suez, desde las cerca de ochocientas bases militares estadounidenses que hay en el mundo. Puedes considerar chocante las propuestas contrarias de dejar que la gente sea completamente libre para florecer en una economía liberal —una locura de derechas, dirás, que enriquece a los ricos, como imaginas que pretende Charles Koch; o una locura de izquierdas, que lleva al caos, como imaginarás que pretende George Soros—. Dirás desde la izquierda que el liberalismo ha permitido que aumente el monopolio. (No lo ha hecho. Lo ha hecho el iliberalismo, cuando los reguladores de los taxis y las empresas energéticas se salieron con la suya, aunque el monopolio, de hecho, se ha reducido radicalmente desde 1800 a causa de la libertad de movimiento y el libre comercio, el ferrocarril, el teléfono e internet.) ⁸ Dirás desde la derecha que el liberalismo ha permitido que aumente el terrorismo. (No lo ha hecho. Lo ha hecho el iliberalismo, aunque, de hecho, el terrorismo en Occidente ha *descendido* de manera acusada en las últimas décadas.) ⁹ Si no puedes pensar en ningún argumento basado en hechos contra el verdadero liberalismo humano, afirmarás de todos modos con una sonrisa desdeñosa que aun así es irrealizable, que su tiempo ha pasado, que está anticuado, que es del siglo XIX, un loro azul noruego añorando los fiordos, un loro muerto. ¹⁰ No lo es. El socialismo nacional iliberal que hoy en día practican la mayoría de los gobiernos es irrealizable y anticuado, un loro completamente muerto, que ha pasado a mejor vida.

Pero le debéis la seriedad de vuestras ideas políticas, mis queridos amigos, la escucha y la consideración. Limpia tu mente de palabrería. Lavoie señaló «la imposibilidad de refutar una teoría sin intentar primero ver el mundo a través de sus lentes». ¹¹ Probad también las lentes.

No estamos condenados por los nuevos retos. Pero tenemos que evitar dispararnos en el pie, como hicimos en 1914, 1917 y 1933. Ese disparo es una posibilidad clara, porque ya lo hemos hecho antes, por medio del tradicionalismo, el nacionalismo, el socialismo y el nacionalsocialismo tradicional. Si esquivamos la bala política, sin embargo, podremos alegrarnos durante cincuenta o cien años del enriquecimiento de los pobres que permite el verdadero liberalismo humano, una liberación permanente de los miserables y una explosión cultural sin comparación de las artes, las ciencias, los oficios y el entretenimiento.

Bienvenido al futuro liberal. Si podemos mantenerlo.

El liberalismo humano es ético

Este artículo empezó en 2016 como un comentario en la web de la revista Reason, reason.com, sobre el ensayo «Argumentos a favor del “libertarismo virtuoso” frente al libertinismo», de William Ruger y Jason Sorens

«Libertarismo virtuoso» es una buena frase y una buena idea, propuesta por los economistas políticos William Ruger y Jason Sorens. Yo lo llamaría «liberalismo virtuoso» y durante algunas décadas me he ido dirigiendo hacia él lentamente, como por ejemplo en el primer volumen, *Las virtudes burguesas* (2006), de la trilogía sobre la época burguesa (2006, 2010, 2016). Es la diferencia entre el libertarismo 1.0 de la Escuela de Chicago, que se opone de manera implacable a cualquier reflexión ética de cualquier tipo; y la ingeniería social 1.0 de la Escuela de Harvard, que está irreflexivamente vinculada al utilitarismo; y en oposición a ambas, el liberalismo humano 2.0 que Adam Smith y yo defendemos.

Como antigua economista pura de la Escuela de Chicago 1.0, comprendo y admiro, y aún utilizo, la llamada economía positiva de la oferta y la demanda, con el marginalismo. Como licenciada y doctora por Harvard, también puedo apreciar los usos del análisis de coste/beneficio, con las cadenas de suministro y las funciones de producción. Pero una liberal humana no duda en encarar las cuestiones éticas necesarias para la economía, y hacerlo de una manera seria. Algunos filósofos, he señalado, han llamado al resultado «libertarismo sensiblero». Yo lo llamé «maternal» o «cristiano» (o judío, hindú, islámico o budista) o «verdadero liberalismo sororal», o como hago finalmente aquí, verdadero liberalismo humano y moderno. Sigue la idea de Smith de «permitir que cada hombre [o mujer, querido Adam] persiguiera su propio interés a su manera, según la norma liberal».

Es *humano* porque reconoce, como hacían Smith y Mill, una responsabilidad hacia los pobres (ése es el lado sororal o humano), pero advierte que convertirlos en siervos del gobierno y de sus gobernadores de clase media no es una buena manera de cumplir esa responsabilidad (ése es el lado fraternal o de amor duro —pero no necesariamente *in* humano, como ha sido, por ejemplo, la política de Trump y Sessions con los hijos de los migrantes hispanos—). Hace tiempo, en una conferencia en Barbados a la que asistieron muchos cientos de autodenominados libertarios —piensa en ello— comenté ante un

hombre, para expresar un deber sagrado que todos reconocíamos, que «por supuesto debemos ayudar a los pobres». Respondió al instante —fue como recibir un puñetazo en el estómago—: «Sólo si ellos me ayudan a mí». No sé. Limpiarle el retrete. En caso contrario, al asilo para pobres. «¿No hay cárceles?», preguntó Scrooge. El libertarismo del hombre de Barbados era fraternal o paternal. Steve Chapman advirtió de que en el libertarismo hay una «obsesión egoísta con los propios derechos». Espabila chico, o lárgate.

Pero hay una versión disponible que es maternal, o de hermana mayor, o como digo yo, humana, en la que a los niños se les enseña en casa, en la universidad y en el trabajo a ser humanos éticos tanto en las partes comerciales como en las no comerciales de su vida. Nosotros, los liberales sororales y humanos nos damos cuenta de que la mejor manera de ayudar a los pobres es que dejen de ser pobres, no perjudicarlos con guerras contra la droga («Espabila, chico no blanco, o acaba en la cárcel»), ni subordinarlos a la oficina de asistencia social, ni convertirlos en clientes de los políticos dándoles ocupaciones en el gobierno que no son trabajos u obligarlos a obtener una licencia emitida por el gobierno para hacer trenzas en el pelo.

A fin de cuentas, la presente *no* pobreza de la mayoría de los estadounidenses y los europeos, y ahora de muchos otros —su asombrosa prosperidad en comparación con los estándares históricos o internacionales—, casi nunca ha procedido principalmente de la redistribución, la regulación, los sindicatos u otras obligaciones, sino de una economía dinámica de gente lo bastante libre como para coger su trabajo y mandarlo a tomar viento. Después de 1800, el liberalismo clásico liberó en parte a Europa, sus ramificaciones y sus imitadores, de la idiota supervisión que empobrecía a la gente pobre. Por ejemplo, a partir de la Primera Guerra Mundial, los estadounidenses negros cogieron sus trabajos como aparceros en un sur dominado por el Ku Klux Klan, los mandaron a tomar viento y se trasladaron en masa hacia el norte, a Chicago y Nueva York. En consecuencia, con millones de esos motines en todo el mundo para negarse a ser mangoneados, los más pobres entre los pobres trabajaron para el gran enriquecimiento y se beneficiaron de él.

En una economía moderna y rica se puede tener mala suerte —el huracán Katrina, por ejemplo, aunque los endeble diques contruidos por el Cuerpo de Ingenieros del Ejército no fueron exactamente una cuestión de mala suerte—. En esos casos, tú y yo debemos pagar impuestos para ayudar a los perjudicados. Pero observa que en el huracán Katrina en realidad fueron las empresas privadas, como Walmart y Home Depot, las que más ayudaron a la gente. ¹ Las agencias del gobierno, desde el Departamento de Policía de Nueva Orleans hasta Brownie haciendo un gran trabajo en la Agencia Federal para la Gestión de Emergencias, fracasaron de una manera

vergonzosa. El Departamento de Policía de Nueva Orleans tiene una medalla especial que lleva el policía que durante la crisis *no* violó gravemente el juramento de su cargo y abandonó la ciudad. ²

En una economía como la nuestra, que ha alcanzado, en comparación con los estándares históricos e internacionales, unos niveles asombrosamente altos de acceso real a bienes y servicios incluso para los relativamente pobres, una buena parte de la miseria relativa de los pobres procede de malas políticas del gobierno, como, repito una vez más, la guerra contra la droga y sus encarcelamientos masivos que quiebran las vidas de los negros y los chicanos más pobres (los cuales, de hecho, consumen menos drogas que sus conciudadanos angloblancos) o los controles del alquiler y los códigos edificatorios que hacen que la gente muy pobre sea incapaz de tener una vivienda. La carencia de hogar se debe en parte a la intervención gubernamental en el mercado de la vivienda. ³

Y buena parte del resto de la miseria procede de las «malas elecciones», como dice la gente. Es otra razón, además de la justicia natural, por la que las medidas políticas no deben convertir a las personas en siervos, porque la servidumbre de una ayuda social demasiado larga conduce a nuevas malas elecciones, a una desmoralización literal. Como dice el filósofo conservador británico Roger Scruton: «El gobierno de arriba abajo engendra individuos irresponsables y la confiscación de la sociedad civil por parte del gobierno lleva a un rechazo generalizado entre los ciudadanos a actuar por sí mismos». ⁴ Siempre ha inducido a los ciudadanos a ser pasivos. Es la razón por la que los romanos ricos que gobernaban ofrecían pan y circo a los pobres de Roma y después de Constantinopla. Cuando alrededor de 1800 en el noroeste de Europa esa jerarquía que convertía a los pobres en siervos empezó a relajarse un poco, explotó el ingenio. Las políticas gubernamentales deberían dejar que la gente sea adulta y responsable, que viva en paz, siempre que no utilice la violencia o el fraude para dañar a los demás. Pero entonces, también, ayudar. No teatrillo. Ayuda de verdad.

Es probable que ese liberalismo humano sea lo que quieren la mayoría de los estadounidenses, incluso el día de las elecciones. Pero no hay muchas opciones disponibles. La clerecía progresista quiere interferir en los asuntos económicos y laborales, y la clerecía conservadora quiere interferir en los asuntos del dormitorio y del exterior. Creo que están simplemente confundidos, simplemente engañados por falsas peticiones para «ayudar a los pobres» (cuando la mayoría de los gastos no militares del gobierno, bien sean compras o redistribuciones, se destinan a la clase media y sus proyectos) o para «proteger la nación» (cuando la mayoría de los gastos militares se destinan a bases remotas y a otro grupo de personas de clase media y sus proyectos). Si los progresistas y los conservadores dejaran de pensar así, estoy convencida de que dejarían de interferir en la vida de adultos libres que no cometen actos violentos ni

fraude. Seguro. El liberalismo humano combina mercados libres con identidad libre. Es la manera adulta, evitar aplastar a la gente desde arriba.

Los liberales modernos queremos que se permita abrir una peluquería sin una licencia profesional o un taller de reparación de máquinas de coser sin una licencia empresarial. En Estados Unidos, hoy en día, alrededor de mil ocupaciones requieren la licencia de un gobierno u otro. Es decir, las ocupaciones están monopolizadas, impidiendo que la gente desfavorecida ofrezca bienes o servicios más baratos o mejores que los tuyos. Normalmente, la mejor manera de evitar los bienes y servicios malos es, como he dicho, mediante la precaución adulta, mediante la competencia en el mercado, mediante la ley de derecho civil y mediante una prensa libre que los ponga en evidencia. Las regulaciones suponen, en cambio, una preselección de fontaneros y médicos favorecidos por el gobierno. Las regulaciones suelen justificarse por la «seguridad». En la práctica, rara vez mantienen seguros a los menos favorecidos, o en buena medida a nadie que no sea quienes ya tienen una licencia. Siempre monopolizan. Siempre aumentan los precios a los que se enfrentan los más pobres. Piensa en las largas patentes y los aún más largos derechos de autor, y en Jim Crow. Recientemente, las regulaciones han empeorado, asemejándose cada vez más a las prácticas propias de los gremios medievales. En la década de 1920, alrededor del 5 por ciento de la población trabajaba en empleos que requerían licencia. Ahora es casi un tercio. Jim Crow impedía que los barberos negros le cortaran el pelo a la gente blanca.

En 1790 los derechos de autor duraban 28 años, durante la vida del autor, y 14 años después de su muerte. A partir de 1998 y la Ley de Protección de Mickey Mouse, duran 70 años después de la muerte si el autor es único, y en el caso de una obra con múltiples autores 120 años después de la primera fecha de los derechos de autor. El problema especial de la propiedad intelectual es que no tiene coste de oportunidad y, por lo tanto, en términos de eficiencia económica su precio debería ser cero. Si tú lees *Hamlet*, yo no soy menos capaz de leerlo, considerando que todavía no hay nadie a quien se desincentiva a escribir la obra poniéndole un precio de cero. Si utilizas la patente de un medicamento o un derecho de autor según la Mickey Mouse, yo no soy menos capaz de utilizarlos, asumiendo de nuevo que en 70 o 120 años no haya nadie aquí que esté desincentivando que se produzcan cosas tan buenas. La propiedad ordinaria es, por el contrario, exclusiva en cada escala temporal —si una persona la utiliza, no puede hacerlo otra—. La propiedad ordinaria, pues, debería tener el precio de su valor en otros usos. Puedes entender por qué muchos economistas liberales modernos consideran la reclamación actual de la protección de la propiedad intelectual una estafa patrocinada por el gobierno para enriquecer a quienes ya son ricos, entre ellos los abogados que se enriquecen al extender esa «propiedad». ¡Qué vergüenza!

También en el dormitorio los liberales modernos queremos que puedas hacer lo que quieras mientras no causes daño, y que te cases con quien quieras o entres en el baño del género que quieras. Durante un siglo, entre la década de 1880 y la de 1980, en el norte de Europa y sus ramificaciones como Estados Unidos, el gobierno ejerció sus poderes policiales en todos los niveles para interferir violentamente en las relaciones íntimas consensuadas entre adultos. Véase la película *Descifrando Enigma*.⁵ En Francia, Italia y Sudamérica, en cambio, la homosexualidad nunca fue ilegal. Qué juiciosos, los latinos.

El liberalismo humano puede ser la base para un nuevo partido, que reúna a los destruidos republicanos y los deprimidos demócratas. Llamémosle el Partido de la Democracia Liberal, recuperando la palabra de marras de nuestros amigos progresistas. Como dijo un cascarrabias clarividente de hace un siglo, H. L. Mencken, periodista de Baltimore, en 1926: «Lo que la democracia necesita sobre todo es un partido que separe lo bueno que hay teóricamente en ella de los males que la asedian en la práctica, y que después trate de erigir ese bien en un sistema factible. Lo que necesita por encima de todo es un partido de la libertad».⁶

Tal vez ese partido podría destetar a nuestros conciudadanos del plan conservador del siglo XIX basado en la subordinación de la clase trabajadora, adoptado más tarde por los nuevos liberales y los fabianos en Gran Bretaña y los progresistas en Estados Unidos, y después por los demócratas del *New Deal* y los laboristas de la cláusula cuatro. Ahora es el estado del bienestar el que lo encarna en todo el mundo. Como dijo su creador, el conservador conde Bismarck de Prusia y del Imperio germánico, en un discurso de 1899: «Lo consideraré una gran ventaja cuando tengamos 700.000 pequeños pensionistas [entonces casi toda la población pobre masculina mayor de sesenta años en el Imperio germánico] que obtengan sus anualidades del Estado, sobre todo si pertenecen a esas clases que de otro modo no tienen mucho que perder en un alzamiento», por ejemplo, un alzamiento contra la monarquía, a favor de los socialdemócratas o en contra de los planes de Bismarck para una paz en Europa liderada por los alemanes.⁷

No va a ser fácil ese destete, porque el estado del bienestar surgió de manera bastante inevitable del voto de las masas —introducido en 1867 en Prusia por Bismarck, ese mismo año en el Reino Unido por Disraeli, otro conservador, en 1848 en Francia y décadas antes en Estados Unidos—, como por ejemplo en la elección del populista Andrew Jackson en 1828. Generó males que acosan a la democracia en términos prácticos. El periodista estadounidense Walter Lippmann, como es sabido, declaró en 1914, en mi opinión correctamente: «Crear un nivel de vida mínimo por debajo del cual no pueda caer ningún ser humano es el deber más elemental del Estado democrático».⁸

Pero ¿cómo «crearlo»? ¿Mediante un liberalismo humano que en la práctica ha funcionado increíblemente bien para los pobres del mundo o mediante un socialismo regulatorio que en la práctica les ha fallado una y otra vez?

El socialismo, la regulación, los impuestos, las licencias, la coerción, mangonear a la gente, son cosas fáciles de entender y son fáciles de vender con una retórica populista a los peor informados del electorado democrático. Esos sistemas de coerción son más rápidos que dejar que la gente llegue a acuerdos entre sí o dejar que se persuadan mutuamente. La coerción es la propuesta del abogado para la gobernanza, no la del economista. Aprueba una ley hoy que *requiera* esto y aquello. Eso resolverá el problema, y ya. Ten un *programa* que favorezca a los agricultores de origen europeo en el sudeste de los jóvenes Estados Unidos y elimina violentamente a los cheroquis, los choctaws y otros, y deja que un Tribunal Supremo con reparos proteja, si puede, a los nativos estadounidenses. Como Mencken dijo con sarcasmo en otra ocasión: «La democracia es la teoría de que la gente común sabe lo que quiere y merece recibirlo bien y fuerte». ⁹ O consultemos al liberal francés Frédéric Bastiat en el turbulento año de 1848: «El gobierno es la gran ficción según la cual *todo el mundo* se empeña en vivir a costa de los demás», como en Venezuela, Argentina o la Francia revolucionaria. ¹⁰

Desde la década de 1930 la gente se ha acostumbrado a la idea de que todas las desgracias son culpa del gobierno por no mangonear a la gente lo suficiente. Es el marco retórico estándar para la exclusiva periodística de cualquier desgracia. «En esta desafortunada ocasión, ¿dónde estaba nuestro solícito padre, el gobierno?» La Administración de Alimentos y Medicamentos, con su efecto posterior de impedir la mejora de los medicamentos, surgió de *La jungla* de Upton Sinclair (1906) y su exclusiva sobre la carne contaminada. ¹¹ Obsérvese lo que pasa en la epidemia de opioides —más propuestas para más prohibiciones impuestas por la Administración para el Control de Drogas, con mayor poder de coerción—. (Bueno, quizá no esta vez: a fin de cuentas, en este caso los adictos son blancos y muchos pertenecen a la clase media. Nosotros.)

¿Libertarismo *virtuoso* ? ¿Liberalismo *humano* ? Sí. Una sociedad floreciente, incluso sus partes económicas, necesita ética. Es lo que aprendí escribiendo durante la década del 2000 los tres tomos de la época burguesa. Me di cuenta lentamente, en contra de mi formación económica y de la microeconomía de la Escuela de Chicago, de que los incentivos en forma de dinero están bien, pero no son suficientes. El llamado neoinstitucionalismo en la economía, por el contrario, es un refrito de las absurdas políticas de incentivos de los fabianos británicos o los progresistas estadounidenses, que infantiliza a los adultos. También lo hacen la economía «conductista» y sus políticas asociadas de «empujoncitos» gubernamentales. ¹² Un simpático conocido mío, Robert

Frank, de Cornell, trata de tranquilizarme diciéndome que la política de dar empujoncitos es «libertarismo paternalista». Venga ya, Bob.

Un gobierno intrusivo no puede proveer la base ética para una sociedad floreciente, dicen Ruger y Sorens, y yo estoy de acuerdo. Cuando gobiernos como el de la República Democrática de Alemania del Este, o instituciones parecidas a gobiernos como la Iglesia católica de Irlanda, han intentado enseñar ética, han fracasado ética y prácticamente. La coerción progresista para contribuir a un futuro brillante, o la coerción conservadora en honor de un pasado glorioso, han arruinado desde 1789 literalmente miles de millones de vidas. Las consecuencias de la lealtad a la revolución, al rey y al país han sido espantosas. Incluso las sociedades nominalmente liberales, como la estadounidense, la británica o la de Sudáfrica después del *apartheid* tienden a descomponerse cuando dejan el juicio ético al gobierno. Equivale a dejar de lado la ética, porque la ética tiene que ver con disposiciones libres, no reglas impuestas mediante la coerción. El libre albedrío en la ética es uno de los principios que hay detrás de la separación entre Iglesia y Estado.

Pero cuando la gente oye la palabra *ética* piensa en «sermón» y reacciona como lo hacen los ateos. Su reacción procede de una noción infantil de la teoría ética, como «positivo/normativo» en la enseñanza de economía o el catecismo de Baltimore y las monjas que lo enseñan. (Y, por cierto, los nuevos ateos como Richard Dawkins también tienen una noción infantil de la teología, como la tenía su enemigo Jerry Falwell.) Sólo les pediría a mis colegas economistas que se pongan serios y se comporten como adultos en lo que respecta a la teoría ética y la práctica ética. (Y también en lo que respecta a la teología; un amigo mío liberal moderno me dijo que cuando habló con Richard Dawkins el tipo no tenía ni idea de lo que significaba «ley natural» en el sentido de Tomás de Aquino. ¿Por qué leer a Tomás de Aquino cuando tienes cómodamente a Falwell a mano?)

En el programa de ética adulta, ni Kant ni Bentham ni Locke son una guía satisfactoria. Lo que funciona es la teoría antigua, mundial y basada en el sentido común de las «virtudes éticas». Es la que Adam Smith defendía, a saber, reflexionar sobre un puñado de virtudes elementales con nombre, sobre cada virtud y su vicio correspondiente, apoyándose en una biblioteca de libros. (Cierto, en contra de la costumbre del profesor Dawkins, tienes que leer los libros. Es irritante.) En el caso de Smith esas virtudes eran cuatro y media: la prudencia, la templanza, la justicia y, con aprobación menor, la cuarta virtud pagana y clásica, el coraje, y después la mitad laica del amor cristiano.

En el caso de santo Tomás de Aquino, y en el del inmenso estudio de psicología positiva *Character Strengths and Virtues: A Handbook and Classification* (Fuerza de carácter y virtudes: un manual y clasificación) (2004), editado por Christopher Peterson y Martin

E. P. Seligman, las principales virtudes son siete. Las siete elementales de Occidente empiezan con las cuatro «cardinales» o «paganas» clásicas: el coraje, la prudencia, la templanza y la justicia. Luego añaden otras tres, las virtudes «teológicas» o «cristianas»: la fe, la esperanza y el amor —es decir, las virtudes de tener un proyecto acerca del futuro, de tener una identidad sobre el pasado, y de imbuir al futuro, el pasado y el presente de trascendencia, como el béisbol, América, la ciencia o Dios—. La lista occidental tiene un paralelismo con cualquier tradición ética, de Confucio al *Mahabharata* y los cuentos de coyotes de los nativos estadounidenses. Esas virtudes son «elementales» en el sentido estricto, minuciosamente argumentado por Tomás de Aquino, de que todas las demás virtudes se conforman a partir de ellas, como moléculas de elementos físicos. La honestidad, por ejemplo, es justicia y coraje en el habla, con un punto de templanza.

Las historias abren un reino ético y una economía funcional. El Partido de la Democracia Liberal (Sororal Humano Real) tendría que fomentar, como propone Fred Smith del Competitive Enterprise Institute, las novelas, los poemas, el rock, las películas, la música country que hicieran algo más que atacar otra vez a los malvados burgueses —la clase que, en realidad, nos ha enriquecido a todos—. Como dijo en 2017 el gran economista polaco liberal Leszek Balcerowicz: «Deberíamos dedicar más atención a la influencia de los grupos de presión *ideológica* cuyos miembros obtienen beneficios psicológicos. Los ataques contemporáneos contra la libertad económica gozan de mucho apoyo y legitimidad gracias a la orientación estatista de la economía mayoritaria, por no mencionar las demás ciencias sociales». ¹³

Por decirlo de otro modo, la teoría que rija el liberalismo humano debería ser, como dicen el economista Bart Wilson y el Nobel de Economía Vernon Smith, la «humanomía», que es la economía de incentivos más las historias humanas, ambas cosas buscadas con sofisticación. ¹⁴ La humanomía no renuncia a la ciencia. Al contrario, ofrece la mejor explicación científica de cómo nos hicimos ricos, desde 1800 hasta el presente, y de cómo pronto lo hará el mundo entero, y nos da, también, una razón para ser buenos.

Segunda parte

El liberalismo humano enriquece a la gente 18

La libertad y la dignidad explican el mundo moderno

Una pequeña sátira de un panfleto con muchos otros autores liberales editado por el estimable Tom G. Palmer, The Morality of Capitalism (La moralidad del capitalismo) (2001). El panfleto ha sido traducido a docenas de idiomas. Tom es un misionero apasionado y efectivo del liberalismo en todo el mundo. Su libro Realizing Freedom: Libertarian Theory, History, and Practice (Alcanzar la libertad: teoría, historia y práctica libertarias) (2009) es una biblia del movimiento.

Un cambio en la manera en que la gente honraba los mercados y la innovación provocó la Revolución industrial —y, lo que es más significativo, un gran enriquecimiento posterior y, después, el mundo moderno—. En la vieja sabiduría convencional, en cambio, no hay lugar para actitudes desafiantes, ni lugar para el pensamiento liberal. El viejo relato materialista dice que la Revolución industrial (momento en el que deja de pensar) tiene su origen en causas materiales, en la inversión o el robo, en mayores tasas de ahorro o el imperialismo. Lo has oído: «Europa es rica debido a sus imperios»; «Estados Unidos se construyó sobre las espaldas de los esclavos»; «China se está enriqueciendo gracias al comercio exterior».

Pero ¿y si el gran enriquecimiento, desde 1800 hasta el presente, lo desencadenó en realidad un cambio en la manera de pensar de la gente, en especial en la manera de pensar en los demás? ¿Y si suponemos que los motores de vapor y los ordenadores procedieron de una nueva consideración hacia los innovadores, no de apilar un ladrillo sobre otro o un africano muerto sobre otro?

Los economistas y los historiadores están empezando a reconocer el gran cambio que tuvo lugar alrededor de 1800 en la manera en que los occidentales pensaban en el comercio y la innovación, y ahora los chinos y los indios. La gente tuvo que empezar a aceptar la «destrucción creativa», la idea nueva que sustituye a la vieja. Sucede como en la música. Un grupo nuevo tiene una idea nueva en la música rock y sustituye a la vieja si hay suficientes personas que adoptan libremente la nueva. Si la música vieja se considera peor, la creatividad la «destruye». Del mismo modo, la luz eléctrica «destruyó» las lámparas de queroseno y los ordenadores «destruyeron» las máquinas de escribir. Para nuestro bien.

La historia correcta dice así: hasta que los neerlandeses (alrededor de 1600) o los ingleses (alrededor de 1700) cambiaron su manera de pensar, el honor sólo se conseguía de dos maneras, siendo un soldado o siendo un sacerdote, en el castillo o en la Iglesia. La gente que se limitaba a comprar y vender cosas para ganarse la vida, o que innovaba, era despreciada como pecadores tramposos, más o menos en todo el mundo, y especialmente en Europa. En el siglo XIII, un carcelero rechazó la petición de misericordia de un hombre rico: «Venga, maestro Arnaud Teisseire, ¡usted se ha regodeado en tanta opulencia!... ¿Cómo podría estar libre de pecado?». ¹

En 1800 los ingresos medios per cápita diarios en todo el planeta, he señalado, eran, en dinero actual, entre un dólar y cinco dólares. Digamos que una media de tres dólares. A veces dos. Imagina vivir en la actualidad en Río, Atenas o Johannesburgo con dos o tres dólares al día. (Algunas personas lo hacen, incluso ahora, pero incluso ahora son muy pocos en la mayoría de las ciudades.) Eso son tres cuartas partes de lo que cuesta un capuchino de Starbucks. Era y es espantoso.

Entonces algo cambió, primero en Holanda y después en Inglaterra. Las revoluciones y las reformas en Europa, de 1517 a 1789, dieron voz a la gente corriente frente a los sacerdotes y los aristócratas. Los europeos del noroeste y a largo plazo muchos otros acabaron admirando a emprendedores burgueses como Ben Franklin, Andrew Carnegie, Nikola Tesla y Bill Gates. La clase media empezó a considerarse algo bueno y se le empezó a permitir hacer el bien, y que le fuera bien. La gente adoptó el «innovismo» —una palabra más adecuada que la engañosa «capitalismo»— para describir lo que pasó desde alrededor de 1700 hasta el presente. La gente firmó el Pacto Burgués que desde entonces ha caracterizado a lugares que ahora son ricos como el Reino Unido, Suecia y Hong Kong: «Déjame innovar y ganar montones y montones de dinero a corto plazo, y a largo plazo *te* haré rico».

Y eso es lo que sucedió. A partir de 1700 con el pararrayos de Franklin y el motor de vapor de Watt, volviéndose loco a partir de 1800, y aún más loco a partir de 1900 y el 2000, Occidente, que durante siglos había ido por detrás de China y el Islam, se volvió asombrosamente innovador. Dale a la clase media —y a los trabajadores que ascienden a ella, y a los trabajadores independientemente de si ascienden o no— dignidad y libertad por primera vez en la historia de la humanidad y esto es lo que obtienes: el motor de vapor, el telar textil automático, la línea de montaje, la orquesta sinfónica, el ferrocarril, la corporación, el abolicionismo, la prensa de vapor, el papel barato, la alfabetización generalizada, el periódico moderno, el acero barato, la lámina de vidrio barata, la universidad moderna, el alcantarillado, el agua no contaminada, el hormigón armado, el movimiento de las mujeres, la luz eléctrica, el ascensor, el automóvil, el petróleo, las vacaciones en Yellowstone, los plásticos, un tercio de un millón de nuevos

libros en inglés cada año, el maíz híbrido, la penicilina, el aeroplano, el aire urbano limpio, los derechos civiles, la cirugía a corazón abierto y el ordenador. El resultado fue que, de manera excepcional en la historia, la gente corriente, y en especial los muy pobres, pasaron a estar mucho, mucho mejor. Eso lo pagó el Pacto Burgués. El 5 por ciento más pobre de los estadounidenses cuenta ahora con tantos aires acondicionados y automóviles como el 5 por ciento más rico de los sudasiáticos, aunque a los sudasiáticos también les va mejor.

Estamos viendo cómo tiene lugar el mismo cambio en India y China, que suponen un 40 por ciento de la población mundial. La gran historia económica de nuestro tiempo no es la recesión de 2007-2009, por desagradable que fuera. Ahora ha terminado. La gran historia es que los chinos en 1978 y luego los indios en 1991 empezaron a adoptar ideas liberales en sus economías, y dieron la bienvenida a la destrucción creativa. Y eso ni mucho menos ha terminado. Ahora sus bienes y servicios per cápita se cuadruplican con cada generación. En los numerosos lugares donde hace mucho tiempo se adoptaron la libertad y la dignidad burguesas, la persona media gana y consume más de 100 dólares diarios, frente a los tres dólares, en los mismos dólares de poder adquisitivo reciente, de los que todos venimos. Y la cifra no tiene plenamente en cuenta la mejora drástica de la calidad de muchas cosas, de la luz eléctrica a los antibióticos o las teorías económicas. En Japón, Noruega e Italia la situación material de la gente joven es, siendo conservadores en la estimación (es decir, sin todas las correcciones por calidad), alrededor de treinta veces mejor que la de sus tatara-tatara-tatarabuelos. Todos los demás saltos del mundo moderno —más democracia, la liberación de las mujeres, una esperanza de vida mayor, una mayor educación, mayor crecimiento espiritual, una explosión artística mayor— dependen del gran enriquecimiento.

El gran enriquecimiento fue tan grande, careció hasta tal punto de precedentes, que es imposible considerar que se debió a causas rutinarias, como el comercio, la explotación, la inversión o el imperialismo. La ciencia económica de carácter ortodoxo es buena explicando la rutina. Pero todas esas rutinas ya habían tenido lugar a una escala mayor en China y el Imperio otomano, en Roma y el sur de Asia. La esclavitud era común en Oriente Medio, el comercio era importante en India, la inversión en canales chinos y en carreteras romanas fue inmensa. Pero no tuvo lugar ningún gran enriquecimiento.

Algo debe de estar profundamente equivocado, pues, en las explicaciones habituales de carácter económico, material. Depender del materialismo económico para explicar el mundo moderno, sea el materialismo histórico de izquierdas o la economía ortodoxa de derechas, es un error.

Fueron las ideas de dignidad humana y de libertad las que supusieron la diferencia e hicieron que las invenciones y después las inversiones fueran rentables para los emprendedores y la nación. Como dice el historiador económico Joel Mokyr: «En todos los periodos el cambio económico depende, más de lo que piensa la mayoría de los economistas, de lo que cree la gente». ² Fueron las ideas, la «retórica», lo que dio origen a nuestro enriquecimiento, y con él a nuestra riqueza y libertades modernas.

China muestra lo que puede hacer el liberalismo económico

Columna para la revista Reason, 2017.

Déjame que te hable de mi primer viaje a la China «roja» en 2017, a Shanghái, y que sugiera un proyecto para ayudar a nuestros queridos amigos estatistas a superar sus lamentables errores. Escuchad, senadora Warren y profesor Stiglitz.

El carácter chino para «Shanghái» significa «en [cerca de] el mar». Pero la ciudad original está junto al río Huangpu, un afluente menor del imponente Yangtzé, a unos quince kilómetros tierra adentro, y en la actualidad allí no pueden atracar directamente los grandes barcos que cruzan el océano. No importa. Shanghái, a una altura de dos tercios en la costa de China, ha sido desde 1800 el lugar más abierto del país, forzado a abrirse por los gobiernos occidentales que establecieron «concesiones» en las que los europeos vivían y comerciaban, al margen de la ley china.

La noche después de llegar, tras instalarme en un moderno hotel situado enfrente de la Universidad de Fudan, algunos de mis alumnos me llevaron en un Uber, por un moderno sistema de autopistas repletas de coches último modelo, al Bund (pronúnciese «bond»). Es el nombre local original, de origen persa, del paseo junto a un tramo del río, en el que hace un siglo los europeos erigieron unos cincuenta edificios para bancos, empresas comerciales y aseguradoras, el corazón mismo del capitalismo precomunista en China. Son edificios bonitos, de estilo *Beaux Arts* o *art déco* de la década de 1920, que ahora se iluminan de noche. La reproducción de un viejo grabado que compré más tarde en una tienda de pósteres que vendía sobre todo viejos objetos del Partido Comunista muestra cómo era el Bund en la década de 1920, delante el río repleto de juncos de vela y detrás las calles repletas de *rickshaws*.

Pero lo que me dejó patidifusa en cuanto salí del coche estaba al otro lado del río, en el distrito de Pudong. Hace treinta años Pudong era tierra de labranza, pésimamente cultivada porque seguía colectivizada. Pero entonces los funcionarios locales del Partido Comunista decidieron parcelarla y dotarla de agua, alcantarillado y algunas carreteras. La década de 1980 y en especial la de 1990 fueron el principio de la elección local de una mejora comercialmente probada de iniciativa privada —innovismo— que

desde entonces ha multiplicado los ingresos reales de China por un factor de dieciséis. En aquel momento, a un famoso profesor de Hong Kong conocido mío no le costó mucho convencer a los funcionarios de que *no* construyeran en Pudong su propia versión del Bund financiada por el gobierno. Los persuadió de que dejaran que los promotores construyeran lo que quisieran con usufructos de noventa y nueve años, con financiación y beneficios de carácter privado, sin duda con algún que otro pequeño soborno. Los funcionarios del Partido Comunista estaban leyendo a Milton Friedman. Literalmente.

El resultado ha sido literalmente cientos de inmensos rascacielos modernos que empuñan a los orgullosos edificios europeos del Bund. Ahora los rascacielos, que se extienden varios kilómetros desde el río, tienen por lo general ochenta plantas de altura y están festoneados a lo largo del río con estridentes anuncios y logos corporativos, con el mismo encanto que Times Square o Piccadilly, pero mucho más gigantesco. Me asombró Pudong, y tuve que explicar a los estudiantes lo que significaba la palabra *rube*, «palurdo», en jerga estadounidense: una persona de campo asombrada de que en Kansas City todo sea moderno. En Shan-ghái yo era la palurda. Un colega de la universidad dijo que cuando llegó en 1981 como estudiante de primero había dos rascacielos modernos en la ciudad, el Sheraton y el Hilton. Ahora hay dos mil —bloques inmensos de apartamentos, edificios de oficinas y docenas de hoteles, pocos de los cuales tienen conexiones o financiación occidentales—. No es la inversión extranjera la que financió los edificios. Fueron proyectos chinos de principio a fin, y con rentabilidad privada.

Excepto la llamada Concesión Francesa, que parece un pedacito de París, Pudong y el resto de Shanghái no son bonitos, aunque el estándar arquitectónico sea elevado. Pero el conjunto es muy impresionante y está lleno de significado.

¿Cuál sería su significado? Éste: mira lo que puede construirse en dos generaciones breves si el gobierno se limita a hacer su modesto trabajo de manera competente y, por lo demás, deja a la gente en paz para que obtenga beneficios y enriquezca a la nación. Shanghái, y en particular el Bund, fueron el antiguo centro de la modernidad económica de la década de 1920, y aun así el chino corriente de la época tiraba del *rickshaw* para los europeos. Ahora, en treinta años, Shanghái, y en particular Pudong, se han convertido en el nuevo centro y en un par de generaciones el chino corriente será tan rico como los europeos.

Nuestra izquierda objetará: «Pero el enriquecimiento no es igualitario. Los promotores ricos son una vergüenza». Pero, al estilo John Rawls, incluso los pobres —de hecho, sobre todo los pobres— se han hecho asombrosamente más ricos. En Shanghái los

salarios son el doble de altos que en el interior de China, lo que ha inspirado la mayor migración de la historia humana: doscientos millones de personas se han trasladado de manera voluntaria, al estilo Robert Nozick, hacia la costa este para trabajar en fábricas y pasar a toda velocidad por la noche en motos eléctricas (por alguna razón, sin los faros encendidos). Mi amigo, el profesor de Hong Kong, un maestro de las virtudes del *laissez-faire*, dice que se dio cuenta de la magnitud de la valentía de los migrantes para mejorar la situación de sus familias cuando a medianoche, en una ciudad del continente, vio las chispas de un soldador en lo alto de un rascacielos en construcción, un hombre de Guizhou que trabajaba de noche para mejorar su situación y la de su familia. No era un esclavo. Trabajaba a cambio de un sueldo. No se trataba de una empresa gubernamental, que normalmente reduce los ingresos chinos, sino de un edificio de propiedad privada, que siempre los aumenta. No es la coacción gubernamental planeada, sino las partes liberales de China, lo que ha aumentado sus ingresos per cápita hasta los 30 dólares diarios desde el dólar diario maoísta.

Y en verdad es un pecado que nuestros amables izquierdistas se quejen así sobre la desigualdad de resultados, o que sugieran que es la tiranía del Partido Comunista quien hizo el trabajo, no la parte liberal que el gobierno permite generosamente. El crecimiento de los salarios reales hasta tasas de entre el 7 y el 12 por ciento anual que durante tres décadas provinieron de la empresa privada, y sólo se ralentizó debido a la persistencia de la empresa estatal y a proyectos locos como el tren de alta velocidad, debería por ética superar cualquier envidia relacionada con las fruslerías de los ricos. A fin de cuentas, la queja sobre la desigualdad resultante, que surge del impulso igualitario del socialismo europeo posterior a 1848, llevó a los desastres del comunismo mundial después de 1917, al mandato de Mao tras 1949 o ya puestos a los experimentos de socialismo nacional hasta el presente. Y el camino intermedio del estado del bienestar se está viniendo abajo lentamente. Lo que nos hizo ricos fue la libertad, no los útiles empujoncitos, las adorables políticas industriales y las maravillosas protecciones impuestas por el monopolio de la coerción del gobierno, como muestran en China las empresas gubernamentales enormemente improductivas.

John Mueller, de Ohio State, escribió en 1999 un buen libro titulado *Capitalism, Democracy, and Ralph's Pretty Good Grocery* (El capitalismo, la democracia y la tienda de comestibles bastante buena de Ralph). No es sorprendente que se te escape la pequeña broma del título. Está tomada de un programa bastante desconocido de Garrison Keillor en la radio pública estadounidense, la NPR, llamado «Prairie Home Companion». Keillor se ha inventado Lake Wobegon, en Minnesota, donde la tienda de comestibles bastante buena de Ralph se anuncia de una manera cómicamente modesta y escandinava («Si no puedes encontrarlo en la tienda de Ralph, es probable que no lo necesites»). Mueller estima que la mejora comercialmente probada y las elecciones de

verdad, como existen de manera imperfecta en Europa y sus ramificaciones, y ahora en India, y (al menos para las partes probadas comercialmente, sin elecciones) en China, son bastante buenas. La mejora comercialmente probada, apoyada por la ideología del innovismo liberal, es mejor de cómo se representa a menudo, y la democracia es más caótica de cómo se representa a menudo. Pero para ambas, dice Mueller, nos iría bien dejar el «bastante bien» en paz. Los «fallos» para alcanzar la perfección en, por ejemplo, el comportamiento del Congreso o la igualdad de la distribución del ingreso en Estados Unidos, calcula Mueller, probablemente no son lo bastante grandes para importar demasiado en el funcionamiento del sistema de gobierno o de la economía. Son lo bastante buenos para Lake Wobegon. Aventurarte a cruzar Wobegon, con la senadora Warren y el profesor Stiglitz en el asiento de atrás diciéndote por dónde tienes que ir, para comprar en su lugar en la «tienda de la perfección exacta», cuyo personal son abogados y teóricos económicos —especializados en imaginar fallos del sistema de gobierno o de la economía sin pararse a determinar, teniendo en cuenta la verdad científica, lo importantes que son para la nación los fallos—, lleva a consecuencias que no necesitamos.

Warren y Stiglitz y otros afables estadistas dirán de Shanghái que «lo hizo el gobierno». «Mirad —dirán—, las parcelaciones, el alcantarillado y la construcción de carreteras.» Su error es la falacia de la cadena de suministro en, por ejemplo, la afirmación falaz del historiador Sven Beckert de que la esclavitud fue necesaria para el algodón y el capitalismo, o la afirmación falaz de la economista Mariana Mazzucato de que si un científico recibió una beca de la Fundación Nacional para la Ciencia cuando era estudiante de licenciatura, entonces todos sus trabajos posteriores pueden atribuirse al gobierno. ¹ Como hace unos años un importante abogado, profesor y político expresó la afirmación de Warren-Stiglitz-Beckert-Mazzucato: «Vosotros no construisteis esto». Es una manera de pensar legal, no económica.

El economista señala que si en Pudong los promotores privados no hubieran recibido alcantarillas o carreteras del gobierno, los promotores las habrían construido sin su ayuda. A veces mejor. Un arquitecto de Chicago amigo mío que ha trabajado en proyectos así en China e India me dice que en realidad la autoconstrucción de las carreteras y las alcantarillas es algo normal en India, donde los gobiernos locales son corruptos e incompetentes. Pero en India el ingreso real per cápita de la gente pobre ha crecido a partir de 1991 casi tan rápido como en China, y recientemente aún más rápido.

Y, después de todo, en el pasado Shanghái tuvo un gobierno *muy* intervencionista, sin duda capaz de llevar a cabo la maravillosa planificación y la corrección de las imperfecciones de mercado con la que sueñan nuestros amigos de izquierdas. Pero el gobierno maoísta no logró nada parecido a los resultados que ha producido el

desarrollo privado en Pudong. Si la planificación es algo tan estupendo, el comunismo previo a 1978 habría sido un paraíso. Pero, de hecho, cuando el partido adoptó el liberalismo económico, y dejó de matar el crecimiento coartando los negocios, los ingresos reales de los más pobres empezaron a duplicarse cada siete o diez años. India tiene la misma historia a partir de 1991, después de 44 miserables años de socialismo e igualitarismo gandhiano, con unas tasas de crecimiento que dejaban de lado a los pobres, con las cuales se habrían necesitado siete décadas, no una, para duplicar el ingreso.

No todo lo que hizo el gobierno chino después de permitir de manera tentativa la mejora comercialmente probada en 1978 ha sido buena idea. Imagina: un gobierno sin un estudio de mercado llevando a cabo proyectos no rentables, que reducen los ingresos en lugar de aumentarlos. Increíble. El gobierno chino comete el mismo error que las políticas industriales, con «inversiones» gubernamentales en proyectos de «infraestructuras» que sobre todo glorifican a los políticos.

Por ejemplo, como he mencionado, el sistema chino de trenes de alta velocidad, en los que he viajado, es un glorioso proyecto gubernamental que ahora se extiende por todo el inmenso país, con todos los trenes elevados quince metros por encima de los viaductos. Asombroso. Glorioso. Pero ¿fue una buena idea? China que, a pesar de su éxito tiene un ingreso per cápita que sólo es una quinta o una cuarta parte del de Estados Unidos, tiene más trenes que van a 320 kilómetros por hora que los del resto del mundo sumados. Si el tren de alta velocidad medio construido entre San Francisco y Los Ángeles es una estupidez, como lo son proyectos similares propuestos por políticos que no entienden los costes y beneficios (titular real: «La senadora Elizabeth Warren apoya el ferrocarril de alta velocidad que conecta Springfield, Worcester y Boston»), está justificado que te preocupe que la financiación gubernamental de esos trenes y los fuertes subsidios para su funcionamiento en toda China, un país aún pobre, sea peor. ² Como el TGV en Francia, los trenes son estupendos para la gente rica y se subvencionan para beneficio suyo. Pero esa infraestructura (la palabra mágica) reduce los ingresos del resto de la nación.

Lo que mejoró la situación de China no fueron las gloriosas infraestructuras y sin duda tampoco las empresas gubernamentales chinas, horriblemente gestionadas, que ahora, bajo el mandato de Xi, se dedican a comprar empresas privadas, sino sus descomunales experimentos en mejoras comercialmente probadas en manos privadas. El Partido Comunista permitió la mejora, al comportarse moderadamente bien a partir de 1978 (para variar), en todo caso en cuestiones económicas privadas, y en comparación con los espantosos estándares de Mao.

Aquí, pues, está mi programa para nuestros amigos estadistas. (¿Daré un paso adelante algún verdadero liberal multimillonario como Charles Koch para pagar el programa?) Invitar a los estadistas más locuaces, uno a uno, a un viaje con todos los gastos pagados al Bund de Shanghái. Stiglitz. Robert Reich. Bernie Sanders. Que los turistas estadistas observen Pudong por la noche. Contadles cómo sucedió. Desarmad con paciencia su discurso sobre la desigualdad y la falacia de la cadena de suministro. Si no alucinan por lo que el *laissez-faire* hizo en China, es muy muy difícil que se sorprendan con algo. No creerán ni a sus ojos mentirosos.

Bien, que quienes sigan dudando vayan en paz. Pero publicitemos su testarudez. Aportemos fotografías. «Aquí está el profesor Stiglitz mirando Pudong y afirmando que se trata de un caso de asimetría informativa.» «Aquí está la senadora Warren en el Bund maravillándose ante lo que pueden lograr las 81.640 páginas anuales de nuevas regulaciones del Registro Federal.»

Pero predigo que la mayoría de los turistas subsidiados se convertirá al momento al verdadero liberalismo humano y moderno.

La mejora comercialmente probada salva a los pobres

Un pequeño ensayo de 2013 que apareció en Current History, una revista británica de historia popular. ¹

No debería decir al principio «capitalismo». La palabra debe ser retirada del pensamiento histórico y económico, porque confunde a la gente al hacerle creer que el mundo moderno, en el que la situación de los pobres es entre diez y cientos de veces mejor que la de sus antepasados, se inició gracias a la acumulación de *capital*. No fue así. La idea de un alto horno (una invención china) o de la anestesia (practicada en China durante 3.000 años), las gafas (ésta es europea) o el ordenador (totalmente occidental) atrajeron de inmediato la inversión. Las ideas, no la inversión pura, iniciaron el cambio económico. Es como un reloj mecánico. El engranaje es necesario, como lo son los derechos de propiedad, la paz civil y, sí, la inversión. Pero la fuerza motriz es el muelle, las ideas para la mejora que se prueban comercialmente. Una sociedad que siembra una cuarta parte de su grano, como sucedía en la Edad Media europea, tenía muchos ahorros para invertir. Pero no experimentó el gran enriquecimiento porque no contaba con las ideas que surgen de la gente libre. Las ideas, no los ahorros, lo lograron. El liberalismo, no el imperio.

Marx afirmó, adoptando la obsesión por la inversión de los economistas clásicos que criticaba: «¡Acumulad! ¡Acumulad! Eso es Moisés y los profetas». No. El maestro estaba equivocado, como lo han estado la mayoría de los economistas y sus lectores desde el bendito Adam Smith hasta el presente. El gran fundador de la sociología, Max Weber, por ejemplo, cometió el mismo error. Se figuró que la ética protestante alentaba el trabajo duro y los grandes ahorros, y puso como ejemplo a Benjamin Franklin. Weber no pilló el chiste sobre el padre Abraham y el penique ahorrado (pocos lo hacen, la verdad). El don especial de Franklin *no* era que trabajara duro —el trabajo duro, a fin de cuentas, es lo que hace el campesino que planta arroz a diario—. Su don era la innovación, a un ritmo frenético, que era por lo que se le respetaba y para lo que no necesitaba patentes: la estufa salamandra, las lentes bifocales, la batería, el alumbrado público, las estanterías para la clasificación del correo, el pararrayos, el catéter flexible, la armónica de cristal, un mapa de la corriente del Golfo y la teoría de la electricidad.

Lo que nos hizo ricos no fue la acumulación o la explotación, sino la innovación frankliniana; nuevas ideas para altos hornos, la anestesia, las gafas, los ordenadores, las universidades alemanas, el hormigón armado francés, las radios italianas, el radar británico y las líneas de montaje estadounidenses. Una nueva libertad política que permitía tener una oportunidad y un nuevo aliento social para aprovecharla, el innovismo, nos hizo ricos. En el siglo y medio previo a 1848 tuvo lugar una gran transformación, en lo que Tocqueville llamó los «hábitos de la mente» —o, con mayor exactitud, los hábitos de los *labios*—. La gente, sobre todo los estadounidenses, hacía tiempo que ya no se burlaba de la innovación del mercado y de las virtudes burguesas. Los estadounidenses, observó Tocqueville, estaban lejos de los tradicionales lugares de honor en la basílica de San Pedro, el palacio de Versalles o el ensangrentado suelo de la primera batalla de Breitenfeld.

Pero, espera, ¿virtudes *burguesas* ? Sí. La frase no habría sorprendido a un liberal anterior a 1848. *Los novios* de Alessandro Manzoni (cuya primera versión es de 1827; la segunda, de 1842), el *Guerra y paz* italiano, dedica el capítulo 12 a explicar las duras consecuencias de interferir en el mercado del grano, en especial durante una hambruna. *Laissez-faire* , *laissez-passer* . Podrías imprimir el capítulo para una clase de introducción a la economía.

Pero *después* de 1848 la clerecía de artistas e intelectuales recuperó el odio ante la innovación comercialmente probada y la oferta que durante mucho tiempo había caracterizado a la mayoría de las sociedades. Los confucianos, por ejemplo, ponen al mercader, al menos en teoría, por debajo del campesino y justo por encima de quienes recogen excrementos. Y ya sabes lo que Jesús de Nazaret opinaba de los camellos, las agujas y los ricos. En algunos círculos, el odio al comercio ha persistido hasta el presente. Flaubert escribió: «Llamo burgués a cualquiera que piense vilmente». ² En 1935, el gran historiador liberal neerlandés Johan Huizinga señaló que los comentarios contrarios al comercio se habían vuelto algo habitual entre la clerecía de artistas, intelectuales y otra gente *bien-pensant* . «En el siglo XIX , “burgués” se convirtió en el término más peyorativo de todos, en particular en las bocas de socialistas y artistas, y más tarde incluso de fascistas.» ³

Los *bourgeois* (que es el nombre francés y durante un tiempo la palabra inglesa habitual para designar al hombre urbano de clase media) fueron los innovadores dispuestos a someter sus ideas a la prueba democrática del mercado y a proveer de grano y hierro a París. La clerecía, por otro lado, sobre todo a partir de 1848, ha gritado: «¿No podemos hacerlo *mejor* ?». No, sólo si somos libres de imaginar estructuras inconsistentes, es decir, un mercado innovador en el que participan personas de talentos diversos, pero con resultados perfectamente igualitarios. En el siglo XIX la clerecía imaginó el

nacionalismo, el socialismo, el imperialismo y el racismo. Esas teorías dieron pie durante el siglo xx a la existencia real del socialismo, el nacionalismo, el imperialismo nacional-socialista-racista y de todas sus víctimas. A finales del siglo xx , la clerecía se dedicó a teorizar sobre el malvado consumismo y la decadencia medioambiental. Oh, oh. Estad atentos, queridos, a los nuevos resultados del siglo xxi .

De la novela *Madame Bovary* a la película *Wall Street* , la moda ha sido consentir el odio a la burguesía. Pero, irónicamente, justo cuando empezó el odio, la innovación y la oferta comercialmente probadas empezaron a dar unos resultados espectaculares en el noroeste de Europa. El innovismo liberal funcionó. Y más tarde, la gente corriente de lugares como Japón y Botsuana también experimentó el gran enriquecimiento, un aumento de los ingresos en términos reales de miles por ciento con respecto a la miseria de 1800. Por desgracia, la aceleración en los ingresos occidentales en el siglo xix llegó demasiado tarde para cortocircuitar las teorías socialistas, excepto en Estados Unidos, sobre los que, como es sabido, el historiador de la economía alemán Werner Sombart preguntó en 1906: «¿Por qué no hay socialismo en Estados Unidos?», y respondió: «Todas las utopías socialistas se quedaron en nada con la carne asada y el pastel de manzana». ⁴ La carne asada y el pastel de manzana pronto se volvieron habituales y ahora, como mostró con detalle el fallecido profesor de salud pública sueco Hans Rosling, están llegando hasta los más pobres.

Pero la utopía socialista sigue viva. Se continúa intentando, contra toda evidencia. Los jóvenes estadounidenses, seducidos por Bernie y Alexandria, dicen «intentemos el socialismo», como si la lamentable historia de 1917, 1933 y 1949 no hubiera tenido lugar. Y el socialismo ligero no ha funcionado tan bien, ni la redistribución mediante los sindicatos, la regulación, la expropiación a los expropiadores y otras campañas de la izquierda. La táctica bismarckiana adoptada por la derecha, consistente en introducir el estado del bienestar para robarle al socialismo su atractivo, *no* ha sido la manera en que los pobres han mejorado su situación. Imponer mediante una ley del Congreso la paga de diez horas por el trabajo de ocho, por ejemplo, sin duda aumentaba, en todo caso al principio, en un 25 por ciento los ingresos de la parte de la clase trabajadora. Increíble. Mediante una simple ley del Congreso, podemos enriquecernos. Parece una gran idea, aunque sólo se pueda emplear una vez, incluso si es un regalo de un vidente o un elfo. Pero un 25 por ciento una sola vez, a expensas de que los trabajadores menos productivos sean expulsados por completo del empleo, el empobrecimiento que la izquierda pasa por alto cuando insiste en un salario mínimo mayor, no es del mismo orden de magnitud que el gran enriquecimiento, desde 1800 hasta el presente —en algún punto entre el 1.000 y el 10.000 por ciento—. En 1900 la productividad de la economía era muy, muy baja, y en 1800 todavía menor. La única manera de que la mayoría de las personas, e incluso las más pobres, pudiera mejorar su situación era

haciendo la economía mucho, mucho más productiva. No hay un Santa Claus externo, ni videntes ni elfos, que puedan pagar unos salarios cada vez más altos. Como los que somos viejos aprendimos en la década de 1950 de la zarigüeya Pogo, de Walt Kelly, «hemos conocido al enemigo [o en este caso al amigo], y somos nosotros».

Sucedió. Una destrucción creativa radical acumuló ideas, como los ferrocarriles destruyendo creativamente el andar y los coches de caballos, la electricidad destruyendo creativamente la iluminación con queroseno y el lavado de la ropa a mano, las universidades destruyendo creativamente la ignorancia y el prejuicio. Para el gran enriquecimiento —en su tercer acto— se necesitaba primero el Pacto Burgués, una ideología innovista que dijera: «Déjame a mí, *une bourgeoisie*, innovar con una prueba de rentabilidad y en el tercer acto del drama social os haré a *todos* ricos». Y lo hizo.

Los Estados Unidos proburgueses y antisocialistas pusieron de manifiesto el resultado del siglo xx . El economista liberal Tyler Cowen resumió hace poco la evidencia científica sobre la cuestión:

A menudo olvidamos lo abrumadoramente positivos que han sido los efectos del crecimiento económico. El economista Russ Roberts señala que encuesta con frecuencia a periodistas sobre cuánto crecimiento económico se ha producido desde el año 1900. Según Russ, la respuesta habitual es que el nivel de vida ha aumentado alrededor de un 50 por ciento. En realidad, en Estados Unidos el nivel de vida se ha multiplicado por un factor de cinco o siete, haciendo una estimación conservadora, y probablemente es mucho mayor... En 1900, por ejemplo, casi la mitad de los hogares estadounidenses... tenía más de un ocupante por habitación y casi una cuarta parte... tenía más de 3,5 personas por dormitorio. Algo menos de una cuarta parte... de todos los hogares de Estados Unidos tenía agua corriente [la mayoría sólo fría], un 18 por ciento tenía nevera [es decir, «caja de hielo», literalmente] y un 12 por ciento tenía iluminación de gas o eléctrica [con una intensidad baja para los estándares modernos]. Hoy en día todas estas cifras alcanzan como mínimo el 99 por ciento. Entonces, sólo el 5 por ciento de los hogares tenía teléfono [con unas tarifas de larga distancia extremadamente caras] y ninguno tenía radio o televisión. La tasa de graduación en el instituto era de alrededor del 6 por ciento y la mayoría de los trabajos eran físicamente arduos y las tasas de incapacidad o incluso de muerte eran altas. A mediados del siglo XIX , un trabajador típico podía dedicar entre 2.800 y 3.300 horas anuales al trabajo; la estimación actual está más cerca de las 1.400 a 2.000 horas anuales. ³

Los casos espectaculares de China e India durante las últimas décadas, cuando han empezado a alcanzar esa opulencia, hacen mucho más fácil dar crédito al argumento histórico y sus causas liberales, desde los Países Bajos del siglo xvii hasta los Estados Unidos del siglo xx . Un cambio en la ideología —admirar a los burgueses en lugar de regularlos o ejecutarlos— ha permitido que China e India disparen el sustento para los pobres. Y el estallido es más amplio. La Gran Recesión de 2008 de la que todos continúan hablando no cambió ese hecho. El orden de magnitud del crecimiento del ingreso mundial per cápita es mayor que en cualquier momento anterior a 1800, o con pocas excepciones nacionales antes de 1900 o 1950. En países que en el pasado fueron miserablemente pobres, como Irlanda y Noruega, ahora la gente corriente tiene ingresos

per cápita algo por debajo y algo por encima de los de los gloriosos Estados Unidos de América.

Pero surgirá la pregunta: ¿qué ocurre con el efecto ético? ¿De qué le sirve el beneficio a un hombre, si gana el mundo entero y pierde su alma? Ciertamente. Pero Albert Hirschman, economista y temprano practicante de la humanomía, nos recordaba que el «dulce comercio» no es la peor corrupción del alma humana. ⁶ Ciertamente, Benjamin Franklin no era un santo. Tuvo esclavos, por ejemplo, sorprendentemente tarde, e ignoró y engañó a su mujer y desheredó a su hijo. Pero su riqueza no la obtuvo por medio del antiguo robo o la moderna coerción, como sin duda hicieron muchos aristócratas y algunos campesinos de su época, y como los estadistas desean que hagamos todos ahora. Hizo tratos. La gente con frecuencia se molesta con los comerciantes. Pero a fin de cuentas los prefieren antes que a los matones o los ladrones.

A un colega de Hirschman en el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, el politólogo Michael Walzer, le pidieron que respondiera a la pregunta: «¿Corroe el libre mercado el carácter moral?». Contestó: «Por supuesto que lo hace». Pero después añadió que de una manera u otra *cualquier* sistema social puede corroer una u otra virtud. Que la época burguesa haya tentado a los idiotas a declarar que la avaricia es buena «no es en sí mismo un argumento contra el libre mercado», escribe Walzer. «Piense en las maneras en que la política democrática también corroe el carácter moral. La competición por el poder político somete a la gente a una gran presión, para gritar mentiras en los mítines, para hacer promesas que no pueden mantener.» ⁷ Piensa en Trump y la profunda corrosión del Partido Republicano. O considera las maneras en que el socialismo somete a la gente a una gran presión para que peque de envidia, de avaricia patrocinada por el gobierno o de imprudencia medioambiental. Piensa en Stalin. O reflexiona sobre las formas en que las relaciones de reproducción social, supuestamente efectivas y altruistas, en Estados Unidos (cuando aún era una colonia británica antes de la supuesta revolución comercial de principios del siglo XIX) sometían a la gente a mucha presión para que obedeciera en todo a sus esposos y colgara a los revoltosos cuáqueros y anabaptistas. Piensa en los perseguidores de Hester Prynne. Es decir, cualquier sistema social, si no quiere desembocar en una guerra de todos contra todos, necesita que sus participantes interioricen la ética y repriman sus variados impulsos para pecar. El «capitalismo» no es distinto.

¿Cuál, podrías preguntar entonces, es el futuro del mal llamado «capitalismo»? Respuesta: el enriquecimiento del mundo, en todos los sentidos; un aumento de los ingresos desde los tres dólares diarios típicos de cualquier lugar en 1800 hasta los 130 dólares actuales en Estados Unidos, pero también el enriquecimiento espiritual que permiten la educación y el ocio de al menos 130 dólares al día, con una semana con la

mitad de horas laborales y una cuarta parte menos de trabajo a lo largo de una vida de educación y retiro para ganarlo. Y el espíritu no se ve perjudicado por intentar de lunes a viernes innovar y proveer ideas que mejoren la situación de los demás. Gracias al Señor por la ideología del innovismo, el Pacto Burgués, el gran enriquecimiento y la ruptura de la jerarquía debidos al liberalismo que los originó a todos.

Producir y consumir mucho no es poco ético

De Las virtudes burguesas (2006)

La clerecía de artistas, periodistas y profesores universitarios piensa que el gasto «capitalista» es simplemente horrible. En 1985, el historiador Daniel Horowitz sostuvo que desde la década de 1920 la clerecía estadounidense ha estado dominada por un «moralismo moderno» sobre el gasto. El moralismo tradicional del siglo XIX observaba con alarma de la clase media para abajo a los trabajadores e inmigrantes que bebían cerveza, obedecían a curas irlandeses y mostraban de otras formas su «pérdida de la virtud». Los moralistas tradicionales como el primer comisionado de trabajo de Estados Unidos, Carroll D. Wright, «no tenían reservas sobre la justicia y eficacia del sistema económico —sus dudas tenían que ver con los valores de los trabajadores y los inmigrantes, no con el valor del capitalismo—». Horowitz señala que, más tarde, los moralistas modernos posteriores a la década de 1920, al estilo de Veblen, Mencken y Sinclair Lewis, bajan la mirada, desde la clerecía, a la propia clase media. La clase media, por supuesto, hace funcionar la economía. Por lo tanto, «en el centro de la mayoría de las versiones del moralismo moderno hay una crítica, a veces radical y a veces antagonista, a la economía». ¹ Horowitz se muestra educado con sus compañeros de la clerecía —Veblen, Stuart Chase, los Lind, Galbraith, Riesman, Marcuse, Lasch y Daniel Bell— y no dice que sus preocupaciones eran simplemente erróneas. Pero observa que «denunciar a otras personas por su despilfarro y falta de cultura es una manera de reafirmar el propio compromiso». ²

El economista liberal italiano Sergio Ricossa (1927-2016) habló en 1986 de una «mentalidad señorial» de la clerecía, que considera las relaciones de mercado en esencia inmorales y zafias. Como explica el historiador de la economía Alberto Mingardi:

La mentalidad señorial caracteriza lo que Ricossa llama «perfeccionismo», que es una serie de doctrinas que «predican un reino en la tierra de perfección, sin el dominio del aspecto económico de la vida». Lo que un «perfeccionista» bien de la izquierda o de la derecha no puede soportar es a los innovadores que multiplican los bienes y servicios disponibles para todos los individuos y a la gente que decide autónomamente si les gusta o no... La mentalidad señorial considera a los consumidores irracionales... Los «imperfeccionistas», por otro lado, se contentan con que la gente común tenga una oportunidad. Consideran que «la perfección es indeseable, aun peor que imposible, y la economía es sólo uno de los aspectos de nuestra vida, no una parte de la demonología». ³

Compara la relajada visión que tiene el liberal moderno John Mueller de las imperfecciones del «capitalismo» y la democracia.

A la clerecía señorial y perfeccionista no le gusta el gasto del vulgo. Ni un pelo. Desde Veblen ha estado diciendo que muchos están en manos de un pequeño grupo de propagandistas. De modo que el gasto en Coca-Cola, barbacoas de gas y coches es el resultado de la persuasión oculta o, por utilizar una palabra que le gusta a la clerecía, la «manipulación». Para un economista, resulta desconcertante que en Estados Unidos se atribuya singularmente un poder gigantesco a los anuncios de treinta segundos de la televisión. Si la publicidad tuviera los poderes que le atribuye la clerecía estadounidense, entonces se podrían obtener fortunas ilimitadas con ella. Pero la publicidad supone menos del 2 por ciento del producto nacional, buena parte de ella es informativa y no controvertida —como rótulos de tiendas, páginas web o los anuncios en revistas profesionales destinadas a compradores muy sofisticados—. Cuando Vance Packard publicó su ataque contra la publicidad, *The Hidden Persuaders* (Los persuasores ocultos) (1957), pensó que perdería a sus amigos de Madison Avenue. Pero la mayoría estaban encantados. Un amigo le dijo algo así como: «Vance, antes de tu libro me resultaba difícil convencer a mis clientes de que la publicidad funcionaba. Ahora creen que es magia». ⁴

La hostilidad de la clerecía estadounidense hacia la publicidad también resulta desconcertante para un retórico. Es desconcertante por qué, en un país que oficialmente adora tanto la libertad de expresión, sus círculos intelectuales más elevados sienten tanta repulsión por la libertad de expresión *comercial*. Quizá la repulsión sea una simple ramificación de ese gran delta fluvial de la retórica antirretórica occidental que se remonta a Petrus Ramus y Francis Bacon hace cinco siglos. Pero la generación de la televisión, y ahora la generación del blog, es retóricamente sofisticada en lo referente a la libertad de expresión comercial y por lo tanto está inmunizada. Los niños pueden advertir la manipulación a los ocho años. A los dieciocho, es algo habitual en su sentido del humor, véase «Saturday Night Live».

Se supone que el consumo de masas carece de motivación, es bruto, idiota. Y, en cualquier caso, hay demasiado. El moralista moderno mira por encima del hombro a los consumidores. ¿Por qué compran tantas *cosas*? Los muy memos. El consumidor corriente no tiene ni un *solo* disco de música del siglo XVII de Musica Antiqua Köln. Hace *siglos* que no lee un libro de no ficción sobre el Pacto Burgués, si es que alguna vez ha leído alguno. Su casa está llena de basura de mal gusto. Y así. Uno se acuerda del desdén que alrededor de 1920 sentían literatos modernistas como D. H. Lawrence y Virginia Woolf por los desagradables y pequeños trabajadores que iban y venían por Londres. Un aire de vulgaridad rodea Waterloo Station y el Mall of America.

Pero nos hacemos a nosotros mismos por medio del consumo, como han observado desde hace mucho tiempo los antropólogos. Mary Douglas y Baron Isherwood lo dicen así: «Los bienes que se ocupan de necesidades físicas —la comida y la bebida— no tienen menor significado que la danza o la poesía. Pongamos fin a la generalizada y engañosa distinción entre bienes que sostienen la vida y la salud y otros que sirven a la mente y el corazón —los bienes espirituales—». ⁵ La demostración clásica es el artículo de Douglas sobre la estructura simbólica de la comida de la clase trabajadora en Inglaterra, pero en cierto sentido toda la antropología se dedica a eso. ⁶ Los bienes se encuentran en la frontera entre lo sagrado y lo profano. El antropólogo Richard Chalfen lo muestra con películas caseras e instantáneas. ⁷ O como dice el antropólogo Marshall Sahlins en el nuevo prefacio a su clásico de 1972, *Economía de la Edad de Piedra*, «la actividad económica... [es] la expresión, en un registro material, de los valores y las relaciones de una determinada forma de vida». ⁸

La cantidad de *cosas* estadounidenses que hay hoy en día es sin duda formidable. Un recurso fotográfico habitual es coger a una familia de Topeka, Kansas, y a una de Lagos, Nigeria, y pedirles que saquen el contenido de su casa a la acera, ante su puerta, y después que posen *en famille* y *en stuff*. El contraste es extraordinario. No es sorprendente que todos los pueblos de Estados Unidos cuenten con un vibrante negocio de trasteros del tamaño de un garaje, en los que puedes depositar las cosas que no te caben en casa.

Una causa de la acumulación en Estados Unidos es lo que podríamos llamar la «maldición del consumidor». Nuestras casas o trasteros están llenos de nuestro consumo *equivocado*, objetos que no resultaron tan maravillosos como pensábamos. Como dice el teólogo David Klemm, siguiendo a Heidegger, «entendemos las cosas en su *potencialidad* de ser». ⁹ Hombres, pensad en vuestros cachivaches; mujeres, en vuestra ropa. En Estados Unidos incluso los relativamente pobres tienen los armarios llenos de trastos.

Pero los armarios no están llenos porque seamos idiotas o pecadores. Los armarios se llenan porque producimos cantidades asombrosamente grandes de cosas. Al no ser omniscientes, de vez en cuando cometemos errores al consumir, al equivocarnos acerca del potencial para producir placer de un plumero electrostático de 250 dólares de Sharper Image. (Qué poder «manipulador» el de esa marca comercial, por cierto; y aun así quebró en 2008.) De modo que en ocasiones compramos cosas que al final no valen lo que cuestan. Cuando nos confundimos en sentido contrario no compramos, y esperamos a que los plumeros bajen de precio. Las muestras de optimismo se acumulan, porque no tiene sentido deshacerte de las cosas si tienes espacio, y los

estadounidenses tienen espacio, en el garaje de dos plazas si el ático está lleno, y después en el trastero de las afueras de la ciudad.

Los japoneses tienen un problema parecido, porque también son mucho más productivos que sus antepasados. Pero tienen una solución distinta para el consumo excesivo. El escritor Steve Bailey cuenta cómo amuebló su casa de Osaka cuando daba clases allí, recogiendo *gomi* , «basura doméstica de gran tamaño», que los japoneses dejan en la calle todos los meses para que se recoja. El mobiliario completo: «frigoríficos, quemadores de gas, un espejo de pie, un televisor en color, un reproductor de vídeo, sillas, una librería, una sofá esquinero y una preciosa mesa». ¹⁰ Los desvergonzados extranjeros, los *gaijin* , compiten con los recogedores de trastos japoneses, de bajo estatus, para llevarse esos montones de *gomi* . En Japón, explica Bailey, esto se debe al pequeño tamaño de las casas y al tabú sagrado de recibir o dar muebles de segunda mano.

Como he dicho, los estadounidenses y los japoneses tienen muchas cosas para acumular porque producen mucho. En contra del dicho de tu abuela, «cómete las espinacas: piensa en los niños que se mueren de hambre en China», consumir menos en los ricos Estados Unidos o Japón añadiría poco o nada a los bienes disponibles en China. Los países son ricos o pobres, tienen mucho que consumir o muy poco, principalmente porque trabajan bien o mal, no porque alguien de fuera esté aportando o sustrayendo de un fondo donado por Dios. Los bienes no caen de otro lugar, como el maná. Los fabricamos nosotros. Por supuesto.

Por lo tanto, tener mucho no es inmoral. Es la buena suerte de nacer en Estados Unidos, Japón o Dinamarca. La «suerte» consiste sobre todo en la ideología liberal moderna del innovismo combinada con unos tribunales razonablemente honestos, unos derechos de propiedad razonablemente seguros, unos gobiernos razonablemente no extractivos, unos sistemas educativos razonablemente eficientes y un tiempo razonablemente largo para que las ideas razonablemente buenas, y sobre todo las innovaciones, den sus frutos.

Dejemos, por todos los medios, que la buena suerte se propague convenciendo a la gente con un liberalismo moderno que lleva al gran enriquecimiento y a una vida plena.

Derrame inverso o derrame: la economía no funciona así

En ese caso, el argumento antikeynesiano procede de nuevo de Las virtudes burguesas, con una versión en White, ed., 2010. Pero llevo elaborando este argumento desde 1970, como han hecho muchos economistas formados originalmente en el keynesianismo que han acabado dudando de su relevancia para cualquier cosa que no sea un breve periodo de desempleo masivo. A los que dudan se les llama «economistas de la oferta». Yo los llamo «economistas con sentido común».

Cualquier no economista cree que el gran consumo, al menos, «mantiene la economía en marcha». El crítico del gasto reconocerá conscientemente que de alguna manera «la economía» se beneficia. La teóloga Ellen Charry, por poner un ejemplo entre miles, cree que la publicidad hace que la economía siga creciendo. ¹ Los no economistas creen que Dios ha diseñado tan mal el mundo que, por desgracia, son necesarias una falta de ahorro tendente a la locura y la avaricia para hacer que las ruedas del comercio sigan girando, «creando puestos de trabajo» o «haciendo circular el dinero». Piensan que la gente debe comprar, comprar, comprar; de lo contrario, el «capitalismo» se vendrá abajo y todos saldremos empobrecidos. Creen que la publicidad es necesaria para comprar, comprar, comprar, aunque corrompe. Creen que el «capitalismo» debe ser avaricioso, en el sentido de la prudencia sin las virtudes equilibradoras del amor, la justicia o la moderación, para seguir funcionando.

Es la supuesta paradoja del ahorro. El ahorro —una cosa buena en el cristianismo y casi sin duda en el budismo y los demás— parece capaz, paradójicamente, de empobrecernos. Haciendo el bien nos irá mal. Y si nos va bien, es probable que estemos condenados por los pecados de la avaricia y la codicia necesarios para que así sea. Escoged, pecadores: Dios o Mammón. Dorothy Sayers, que fue más que una escritora de novelas de misterio, aunque no una economista, se quejó en 1942 como cristiana de «la espantosa jaula para ardillas... en la que nos hemos estado retorciendo como locos en los últimos tres siglos [adviértase la errónea suposición de que el lujo es nuevo]... una sociedad en la que el consumo tiene que ser estimulado artificialmente para mantener en marcha la producción». ²

Esto no tiene ningún sentido económico. En la época de la Gran Depresión, en la década de 1930, muchos economistas, y sobre todo John Maynard Keynes, volvieron a esa manera de pensar propia de los no economistas, y en la reacción a la Gran Recesión de 2008 también oímos ecos de ella. La teoría tiene que ver con la afirmación de que la mejora se ha agotado, el llamado «estancamiento», otra fantasía de la década de 1930 recuperada después de 2008. Es la teoría del globo de la economía, según la cual la gente tiene que seguir soplando o el globo se deshinchará. Es una versión de la vieja afirmación de que el gasto en lujos al menos da empleo a los trabajadores. Así, Alexander Pope, en un poema de 1731 subtítulo «De la utilidad de las riquezas»: «Pero de ahí los pobres se visten, los hambrientos se alimentan; / La salud para él, y para sus hijos el pan / El trabajador soporta: lo que su duro corazón [el del hombre rico] deniega / Su caritativa vanidad provee». ³ «La providencia se justifica al dar riqueza para que se malgaste de esta manera —escribe Pope en el argumento del poema—, puesto que se dispersa hacia la parte pobre y laboriosa de la humanidad.»

A partir de la década de 1940 la mayoría de nosotros, los economistas burgueses, hemos recuperado el juicio. ⁴ La vieja teoría del globo ha estallado y con ella la paradoja de que el pecado es necesario para «mantener en marcha la producción» y la falsa paradoja de que la vanidad puede acabar siendo caritativa. Pervive en las críticas marxistas del tipo Adorno-Horkheimer, pero los economistas de centro ya no creen en ella, y no digamos ya los verdaderos liberales modernos.

A largo plazo, dice el economista liberal moderno, no le pasaría nada a la economía de mercado si moderáramos nuestros deseos y adoptáramos un estilo de vida austero, con un Volvo destartado, una pequeña casa con huerto y una módica cantidad de tofu y de vino a granel de la cooperativa. La teoría del globo suena verosímil si te centras en un experimento mental irrelevante, por ejemplo, que mañana, de repente, sin aviso, todos empezáramos a seguir a Jesús en lo que compramos. Esa conversión sin duda provocaría un *shock* en las ventas de Rolls-Royces y de vestidos de diseñador de 15.000 dólares. Sin embargo, observa el economista, en una economía cristiana las personas acabarían encontrando otro empleo, o escogerían disponer de un tiempo de ocio mayor, lo cual debería contarse como ingreso.

Ése es el experimento mental relevante: el largo plazo. En la nueva economía sin lujos, seguiría siendo algo bueno tener bombillas, carreteras pavimentadas y otros frutos del emprendimiento. En estos casos, más seguiría siendo mejor que menos. «En equilibrio» —una frase que en la economía burguesa suena de manera similar a «si Dios quiere» en las religiones abrahámicas—, la economía alentaría la especialización para satisfacer los deseos humanos básicamente de la misma manera que lo hace ahora. La gente compraría biblias en griego koiné y haría viajes inspiradores a Yosemite en lugar de

comprar novelas románticas de Harlequin o paquetes turísticos a Disney World. Pero seguiría valorando las imprentas de alta velocidad para los libros y los aviones para los viajes, y adquiriría más libros y más viajes debido al coste de oportunidad.

Los no economistas piensan que la economía tiene que ver con «mantener el dinero en circulación». Y por eso les impresiona tanto la afirmación del propietario de una franquicia deportiva local de que dedicar impuestos a un nuevo estadio «generará» ventas locales y «creará» nuevos puestos de trabajo. Para un no economista el vocabulario de generar y crear puestos de trabajo por medio de una conducta poco ahorradora parece duro, prudente y cuantitativo. No lo es. Es estúpido. Ningún economista cabal utilizaría esas frases. De hecho, puedes estar bastante seguro de que un supuesto economista que sale en la tele y habla de «generar» o «crear» puestos de trabajo es un farsante.

Incluso Adam Smith sostuvo en un momento dado que imaginar el placer de la riqueza nos persuade para que trabajemos. Ciertamente, la esperanza de que nuestra última compra nos proporcione la verdadera felicidad es una suposición bastante común en los tíos de Brookstone y las tías de la tienda de menaje de cocina. Smith señala que «lo que complace a los amantes de estos juguetes no es tanto la utilidad, como la aptitud de las máquinas que están equipadas para promoverla. Todos sus bolsillos están llenos de pequeños artefactos». ⁵ Con frecuencia, de hecho, se nos engaña para trabajar con el fin de conseguir esas «baratijas de frívola utilidad». Pero el error es pensar, como afirma Smith, que ese engaño es deseable: «Y está bien que la naturaleza se imponga sobre nosotros de esta manera. Es este engaño el que levanta y mantiene en movimiento continuo la industria de la humanidad». ⁶ Smith articula la paradoja del ahorro en una versión renovada. Homero asiente.

Esa falta de ahorro nos urge, de hecho, a «inventar y mejorar todas las ciencias y las artes» relevantes para el objeto de lujo concreto que deseamos. La parte correcta del argumento es la afirmación de David Hume de «deleitarse en el elogio» y la observación de Frank Knight, economista de Iowa y Chicago, de que la posesión no es un «interés final». Los impulsos sociales, incluso los dudosos, nos urgen a inventar y a mejorar, y a convertir «rudos bosques de la naturaleza en llanuras agradables y fértiles», una cita sin entrecomillar, advierte el editor de Smith, de Rousseau: «*Les vastes forêts se changèrent en des campagnes riantes* », aunque en Rousseau la conclusión sea muy distinta: «que debieron ser regadas con el sudor de los hombres, y donde la esclavitud y la miseria pronto germinaron y crecieron con los cultivos». ⁷ Smith dedicó su vida a refutar la conclusión de Rousseau.

Pero nada se obtiene mediante la industria pura. Es de nuevo la teoría del globo, la confusión del «movimiento continuo» con el movimiento *deseable*, dirigido justo *así*. El error central del keynesianismo es decir: «No te quedes ahí, *haz algo, cualquier cosa*». Promover el gasto de manera caótica en una economía no lo encauzará de manera productiva. Construir puentes como programa de empleo producirá puentes a ninguna parte. En sí mismo, no es bueno estar listo para trabajar levantando la Gran Muralla de China, inventando y mejorando la ciencia y el arte de la construcción de grandes murallas, cuando podrías continuar con tu vida dirigida, mejorando la ciencia y el arte de hacer casas y automóviles, universidades y museos.

El error de Smith es lo que entre los economistas de más edad se conoce como la falacia de «Tang», que no hace referencia a la dinastía china sino al horrible polvo de zumo de naranja de ese nombre, en cuya publicidad se decía que era fruto del programa espacial estadounidense. La falacia es pensar que nos habríamos perdido mejoras impagables como el Tang si hubiéramos dejado el dinero en manos de la gente corriente en lugar de tirarlo en el lanzamiento de naves espaciales a la Luna. Es el error económico central, junto con otros muchos de menor calado, del elogio de Mariana Mazzucato al «Estado emprendedor». «La creación de puestos de trabajo» mediante este o aquel proyecto no rentable —el Gran Belt en Dinamarca, que añade un glorioso puente a un túnel perfectamente adecuado que conecta la isla principal con el continente, o los muchos kilómetros de túnel subterráneo bajo «el corazón de Holanda» que albergan un tren de alta velocidad— no es el funcionamiento óptimo para una economía de mercado, sino más bien lo contrario. A fin de cuentas, las economías muy pobres tienen normalmente muchos puestos de trabajo. El desempleo no era el problema al que se enfrentaban los esclavos de las minas de plata del Ática o de las canteras de Siracusa. Nuestros líderes, como el Partido Comunista de China, con sus proyectos iliberales de trenes de alta velocidad y sus empresas no rentables propiedad del Estado, compran su poder y prestigio con nuestro dinero. «Crean puestos de trabajo» que no deberían haber existido y eso nos hace más pobres, no más ricos.

El neerlandés-inglés Bernard Mandeville, médico y poeta político de versos ligeros, articuló esta suposición errónea en 1705: «Un gran número atestaba la productiva colmena; / Pero ese gran número los hizo prosperar. / Millones esforzándose por satisfacer / El deseo y la vanidad de los demás... / Para que cada parte estuviera llena de vicio, / Aunque la masa entera un paraíso». ⁸ La afirmación de Mandeville dice que el vicio, la vanidad, la locura, la avaricia y la codicia son los muelles del reloj del crecimiento económico. La fuerza del pecado crea, sin pretenderlo, una sociedad rica y vital.

La percepción de Mandeville de las consecuencias no pretendidas fue importante. Pero la consecuencia particular que él imaginaba no tiene sentido. Sus ideas económicas estaban equivocadas, aunque desde entonces han sido reconfortantes para la escuela de ética política del efecto derrame y del yo primero. En su época le respondió un tal George Blewhitt, autor de un panfleto contra la edición de 1723 del libro de Mandeville. Mandeville había sostenido que la honestidad universal habría dejado sin trabajo a los cerrajeros y, por lo tanto, dañado la prosperidad. Mejor para la colmena ser deshonesto. Blewhitt respondió: «El cambio [a una forma de vida honesta] debe necesariamente considerarse *gradual* ; y entonces se verá de manera aún más clara que aparecerá una sucesión de nuevos oficios... a medida que los oficios que proveían contra la vileza se vuelvan inútiles y desaparezcan». ⁹ Exacto.

Adam Smith odiaba la aceptación del vicio de Mandeville. «El sistema del doctor Mandeville —escribió en 1759 Smith con evidente irritación—, que en una ocasión tanto ruido hizo en el mundo y que, sin embargo, tal vez, nunca dio ocasión a más vicio que el que habría habido sin él; al menos enseñó a ese vicio, que surgió de otras causas, a aparecer con más desfachatez y a manifestar la corrupción de sus motivos con una pródiga audacia que nunca se había oído antes.» ¹⁰ ¿A alguien esto le recuerda a Trump? Smith *no* dijo, nunca, que la avaricia fuera buena. Los hombres vinculados a Adam Smith tienen que leer un poco *La riqueza de las naciones* y sobre todo *La teoría de los sentimientos morales* en el tren de camino a Westport. Los cristianos y otros detractores del pecado de la avaricia tienen que dejar de darle la razón a los hombres de Westport. No hay paradoja del ahorro, no en un mundo debidamente cristiano, ni siquiera en el mundo expulsado del paraíso que por desgracia habitamos.

Son buenas noticias para la gente ética. No tenemos que aceptar la producción avariciosa, el consumismo vulgar, la obsesión indeseada por el trabajo o los gloriosos proyectos políticos debidos a cierta prudencia social más amplia a la que se supone que sirven: mantenernos trabajando. «Mantenernos trabajando.» ¿Alguna vez mientras llevabas a cabo actividades *privadas* , *domésticas* , como hacer la colada o plantar el jardín, has considerado que tu principal problema era *encontrar trabajos* a los que dedicarte? ¿No es el principal problema el contrario, la escasez de horas para hornear pan, arreglar el coche, jugar con los niños, cultivar las amistades o cantar las alabanzas a Dios? Si estás de acuerdo, entonces comprendes el gran principio económico según el cual, como dijo Adam Smith, «lo que es prudente en la conducta de una familia nunca será locura en la de un gran reino». ¹¹ Y comprenderás por qué *no* es prudencia económica «mantenernos a todos trabajando», gastando en lujos y trabajando, trabajando, trabajando.

La idea liberal, en resumen, creó el mundo moderno

En 2016 me entrevistaron para un artículo en The Indigo Era. ¹

The Indigo Era : Su reciente libro *Bourgeois Equality: How Ideas, Not Capital or Institutions, Enriched the World* (La igualdad burguesa: cómo las ideas, no el capital o las instituciones, enriquecieron el mundo) (2016) se centra en el papel de las ideas, en particular en cómo debemos centrarnos en la gente en lugar de en las innovaciones tecnológicas. ¿Por qué sitúa a la gente en el centro de su argumento?

MCCLOSKEY : No «en lugar de las innovaciones tecnológicas». Creo que está confundiendo —como hacen los no economistas (y algunos economistas despistados)— la «innovación» real, novedosa, con la mera sustitución de los hombres por máquinas que se inventaron hace mucho tiempo. Al contrario, pongo mucho énfasis en la innovación tecnológica, lo que llamo «mejora comercialmente probada», el resultado de la nueva ideología surgida del liberalismo alrededor de 1800, el «innovismo». Esto se diferencia de la acumulación pura, sin mejora, ladrillo sobre ladrillo, o las «buenas instituciones» sin mejora, como la ley consuetudinaria inglesa, instituciones que no cambiaron mucho en ese momento y con frecuencia fueron obstáculos para la innovación.

Lo que nos confunde sobre el capital, como los edificios o las instituciones, como los tribunales de justicia, es que son fáciles de ver. Tendemos a suponer, por lo tanto, que son lo que genera riqueza. Construir un castillo, abrir un tribunal de justicia. Problema solucionado. Pero tenemos que indagar más, preguntar qué idea inspiró un edificio y qué idea ética sostiene el tribunal de justicia. Las ideas son el muelle del reloj, el capital y las instituciones son el engranaje.

Pero sí, la gente. Es la gente, a fin de cuentas, la que concibe las mejoras a partir de su imaginación. El liberalismo prendió en su imaginación a partir de 1800, es decir, una nueva aunque imperfecta igualdad ante la ley y una nueva aunque imperfecta igualdad de dignidad en la sociedad. Para lograr una gran masa de mejoras comercialmente probadas, y el consecuente gran enriquecimiento, la Europa noroccidental de los siglos XVII y XVIII y posterior tuvo que desarrollar una masa de gente liberada, inspirada para innovar como nunca antes. Lo hizo.

The Indigo Era : Ha escrito sobre cómo la gente de las zonas más pobres del mundo con el tiempo será tan rica como la que vive en las más ricas. ¿Cómo sucederá eso? ¿Cuáles serán las fuerzas que lo harán posible?

MCCLOSKEY : Las fuerzas que harán posible que todo el mundo se haga rico son un interés propio moderado y una gobernanza moderada. Como dijo Adam Smith en 1755: «Poco más es necesario para llevar a un Estado al más alto nivel de opulencia desde el más bajo barbarismo que la paz, los impuestos sencillos y una administración de la justicia tolerable; todo lo demás será aportado por el curso natural de las cosas. Todos los gobiernos que desbaratan este curso natural, que fuerzan las cosas hacia otro canal, o que pretenden detener el progreso de la sociedad en un momento determinado, son antinaturales y para mantenerse se ven obligados a ser opresivos y tiránicos». ² Sin duda no existe una razón *racial* —como hemos comprendido después de la desautorización científica de la eugenesia— para seguir suponiendo que el África subsahariana, Sudamérica u Oriente Medio deben ser para siempre más pobres que Europa o la anglosfera.

The Indigo Era : ¿A qué se refiere con «ideas sobre la mejora»? ¿Cómo conformará eso la economía global del futuro?

MCCLOSKEY : En 1681, el centralizador francés Colbert preguntó a algunos hombres de negocios franceses qué podía hacer el gobierno por ellos. Respondieron: «*Laissez-nous faire* », dejadnos hacer, es decir, dejadnos en paz para que logremos lo que Smith llamaba «el curso natural de las cosas». Era una idea nueva, que se desarrolló en el liberalismo. A finales del siglo XIX , sin embargo, los oximorónicos nuevos liberales *no* querían, en buena medida, dejar a la gente en paz. Propusieron convertir a los ciudadanos en niños que serían cuidados por la gente sabia de la clerecía en el gobierno, armada con el monopolio de la coerción. Lo que mientras tanto sucedía en realidad en la economía, cuando unas medidas políticas opresivas y tiránicas no podían impedirlo, era la aplicación de la nueva y verdadera idea liberal, en especial a partir de 1800, cada vez a más países, la ideología de innovismo que hacía que la gente corriente fuera osada y, por lo tanto, fantásticamente creativa. Provocó una cascada de multitud de ideas para máquinas e instituciones.

Recientemente ha vuelto el pesimismo sobre el crecimiento, pero pronto se verá de nuevo que es falso, por sexta vez (o algo así) desde 1800. La multitud de mejoras comercialmente probadas fuera de la vieja Europa o la vieja anglosfera, como en Brasil, llevará a los más pobres de nosotros al más alto grado de opulencia.

The Indigo Era : ¿Cómo se aplicará la idea del «gran enriquecimiento» que ha mejorado nuestras vidas desde 1800 en los dos próximos siglos?

MCCLOSKEY : En el próximo siglo o, más probablemente, en los próximos cincuenta años si no lo fastidiamos con el nacionalismo y el socialismo, veremos cómo Sudamérica, África y el resto se unen al Pacto Burgués. Sostengo en mis libros que la nueva ideología del Pacto Burgués era: «Déjame obtener beneficios de una mejora comercialmente probada —apúntate al liberalismo y su innovismo— y *te* haré rico». El enriquecimiento provocará, y será provocado por, una explosión cultural que hará sombra a los logros del drama ateniense del siglo V, la poesía Tang y la pintura del Renacimiento.

The Indigo Era : ¿Cree que el cambio en el mundo se está acelerando? Si es así, ¿cree que la humanidad se beneficiará de este ritmo de cambio acelerado, y por qué?

MCCLOSKEY : Sí, el crecimiento sin duda se está acelerando. Tomemos el PIB per cápita mundial real, corregido por la inflación, una medida bastante buena de los bienes y servicios disponibles para los humanos. En las últimas décadas se ha disparado y (con baches debidos a las recesiones) crece al ritmo más rápido de la historia mundial. Contar con una casita decente, suficiente comida y una educación razonable para tus hijos —lo que Hans Rosling clasificó como el tercero de los cuatro niveles— es una mejora gigante con respecto a las miserias de 1800, de 1900, o incluso de 1960. ³ Estoy dispuesta a admitir que el PIB no lo es todo. Pero mofarse de él y limitar el crecimiento irresponsablemente en nombre de la redistribución, el ecologismo o el anticonsumismo, es condenar a los desdichados de la tierra a una desdicha perpetua. Sudamérica ha sufrido de esta manera desde 1950 y el reinado del nacionalismo económico de Raúl Prebisch, un economista que estaba muy equivocado. Dicha política satisface los egos de una orgullosa clerecía de teóricos que asesoran a los gobiernos, pero no es ética. Los desdichados necesitan urgentemente un PIB per cápita real treinta veces superior, que es lo que el gran enriquecimiento proporcionó a los antiguos desdichados de lugares que ahora son ricos.

The Indigo Era : Parece que la tecnología está concentrando la riqueza, o al menos la riqueza emprendedora, en manos de unos pocos individuos, en lugar de muchos. ¿Cómo sobrevivirá su gran enriquecimiento a esta tendencia?

MCCLOSKEY : La concentración de la riqueza no es una tendencia, al menos no de una manera que sea importante, a pesar de lo que haya oído. La «riqueza» tal como la definen los periódicos la forman acciones y bonos de papel, recibos de activos físicos como fábricas, tierra o máquinas. Pero su distribución, que incluso en la medida del

periódico era menos igualitaria en 1900 que hoy, y mucho menos igualitaria en 1800, no es la historia relevante. En los últimos ciento cincuenta años, el capital *humano* se ha convertido en una fuente de ingresos mucho más importante. Los ingresos son la suma de los retornos sobre el total del capital físico y *humano*. Por supuesto, el capital humano está distribuido mucho más igualitariamente que la propiedad de las fábricas o los barcos. Somos propietarios de nosotros mismos, incluso aunque seamos pobres en acciones y bonos. Centrarse en la riqueza financiera es, por lo tanto, engañoso.

Y el mundo consume a partir del ingreso. El consumo, a su vez, está distribuido de manera mucho más igualitaria que los ingresos, por no hablar de la riqueza financiera. Que tengas sesenta pares de pantalones en el armario es estupendo para ti, pero no es una mejora enorme con respecto a tener tres pares, lavables con detergentes recién inventados en las recién inventadas lavadoras de alquiler en una institución de la libre empresa recién inventada, la lavandería automática. (Rosling habló de la línea del lavado, el moderado ingreso per cápita de entre 50 y 70 dólares diarios a partir del cual las mujeres se liberan de lavar a mano la ropa.)

Y lo más importante, lo que se podría llamar consumo *básico* dentro del consumo total —la vivienda modesta, la comida y la educación para una vida humana digna— está distribuido de manera mucho más igualitaria que el consumo total, los ingresos, el capital o la riqueza financiera, incluso en los países que ahora son ricos, de lo que estaba en 1960, por no hablar de 1800. Es decir, la igualdad *importante* ha aumentado, en lugar de descender, incluso recientemente.

En 1960 teníamos que preocuparnos de los 4.000 millones de personas que estaban entre los más miserables, de un total de 5.000 millones en el planeta. Entonces habría sido estúpido preocuparse por cuántos relojes con joyas tenían los vulgares ricos. Pero ahora el grupo de los más miserables se ha reducido a 1.000 millones de personas de las más de 7.000 millones actuales. ⁴ Si se mide en términos éticamente relevantes —el consumo básico, en lugar de los irritantes excesos del 1 por ciento más rico—, el mundo es mucho más igualitario de lo que era. Los relojes con joyas siguen existiendo. Pero quitárselos a los ricos no solucionaría los problemas de los 1.000 millones de personas más miserables más de lo que lo habría hecho en 1960. La ayuda exterior, o colgar a los banqueros de las farolas, o imponer impuestos confiscatorios a los propietarios de relojes con joyas, no servirá. Las estadísticas muestran que la redistribución no funciona de manera permanente. El crecimiento económico sí.

Seguir charlando de la concentración de la riqueza financiera cuando no está teniendo lugar de forma mayoritaria (cuando lo hace de manera indeseable tiene más que ver con políticas de vivienda equivocadas o con grandes subsidios a la educación superior

gratuita que a las herencias), cuando se puede revertir gracias a una entrada empresarial (Uber, por ejemplo), y cuando no es la clase de desigualdad que realmente importa —que es el consumo básico para una vida digna—, es fomentar una envidia y una ira insaciables, como hacen Trump o Corbyn. Sembrar esa cizaña ha tenido consecuencias políticas en el populismo que ahora vemos en todo el mundo.

The Indigo Era : Los factores culturales que usted sostiene que están en el corazón del gran enriquecimiento parecen beneficiar a un número limitado de países a expensas de otros. Tienen más libertad y una mejor educación. ¿Cómo podrá competir el mundo en desarrollo con menos libertad, una mala gobernanza y una educación limitada?

MCCLOSKEY : La clave a la hora de enfrentarse a la pobreza no son exactamente los «factores culturales», sino las partes llamadas retórica e ideología. La mayoría de los economistas cree, de manera errónea, que la cultura viene dada y se fija a corto plazo e incluso a largo plazo. Pero la retórica, la ideología y las políticas pueden cambiar con rapidez. Si sigue estando mal gobernado —es decir, si la retórica no cambia—, al mundo en desarrollo no le irá bien. Si se gobierna bien de acuerdo con los modestos estándares articulados por Smith, crecerá con rapidez y obtendrá la educación que necesita. Innovismo.

La exigencia de una mayor educación, por cierto, a menudo es una excusa desesperada para no liberalizar la economía de manera directa y rápida. Lo he visto en Sudáfrica. A los negros les suele ir mal porque la ley laboral instaurada a partir de 1994 los excluye del empleo. Es una versión progresista del *apartheid* . La izquierda, entonces, no exige la relajación de unas leyes laborales incapacitantes que hacen que contratar a gente pobre no sea rentable, e incluso sea peligroso, sino que pide más educación, para hacer que valga la pena contratar a los pobres por el elevado salario mínimo. La política es cruel de principio a fin. Si las personas pobres tuvieran trabajo enseguida se ocuparían de la educación de sus hijos. Mientras tanto, podrían disponer de un consumo básico vendiendo comida en la calle o desempeñando un trabajo fijo en una fábrica. Lo hicieron en Singapur, Botsuana y Corea del Sur. Podrían hacerlo también en Sudáfrica, si los progresistas transigieran. La peor forma de gobierno es incapacitar la economía mangoneando a la gente con órdenes dictadas en Washington o Pretoria.

La incapacidad para «competir», sin embargo, no es la manera correcta de describir el problema. El comercio no es un partido de fútbol. El mundo no es un juego de suma cero. La prosperidad de Francia no perjudica a la de Chad. La palabra correcta es *pobreza* . China e India crecen a más del 7 por ciento anual per cápita. Brasil y Sudáfrica tienen suerte si llegan al 2 por ciento. ¿Por qué? Porque China e India han adoptado una teoría liberal de la política económica, una ideología de innovismo que genera

crecimiento; «liberal», en todo caso, según el estándar de sus regímenes previos de bajo crecimiento. Brasil y Sudáfrica se aferran a teorías iliberales, como la acumulación de capital por parte del gobierno, las exportaciones como crecimiento y la sustitución forzada de importaciones. Esos países rezagados podrían cambiar, rápidamente, si adoptaran el liberalismo y el innovismo verdaderos. ¿Cómo lo sé? Porque lo han hecho todos los países de éxito desde los Países Bajos en el siglo XVII . Todos.

The Indigo Era : ¿Nos equivocamos al adjudicar importancia al papel de las instituciones —como la ley y el gobierno— [en] el impulso del crecimiento y la provisión de una sólida infraestructura para el crecimiento económico? Si es así, ¿por qué?

MCCLOSKEY : Sí, es un error pensar en las instituciones como la clave de la prosperidad. Las buenas leyes y la honestidad son cosas estupendas. Pero normalmente son el resultado, no la causa, del crecimiento. En 1880 en Chicago la ejecución de las leyes era terrible y el nivel de corrupción asombroso, todas las leyes estaban en venta, además de todos los jueces y todos los policías. Y, sin embargo, Chicago era entonces la ciudad que más crecía del mundo, como Shanghái hoy en día.

Y en los numerosos países que carecen de un estándar escandinavo de rectitud en el gobierno «la ley y el gobierno» son en muchos casos opresivos y tiránicos. El neoinstitucionalismo —la ortodoxia preponderante hoy en día en el Banco Mundial, como he señalado— fracasa tan estrepitosamente como lo hizo la ortodoxia anterior, la que William Easterly llama «fundamentalismo del capital». ⁵ La fórmula actual del Banco Mundial de «añada nuevas instituciones legales y mezcle» no funciona mejor que su viejo «añada presas y carreteras y mezcle».

No necesitamos de buenas a primeras el gobierno perfecto. El gobierno perfecto es inalcanzable y, en todo caso, innecesario para una economía libre. No necesitamos más guardianes. Lo que necesitamos, y mucho, es libertad, que permita que cualquier persona persiga su propio interés a su manera, limitada por un pequeño gobierno que impida una parte de la violencia y el fraude pero deje la mayor parte de la prevención a los periódicos y los tribunales y, sobre todo, a la competencia en el mercado. Sin duda, el crecimiento no puede producirse en medio de una guerra civil. Pero aparte del establecimiento de la paz, unos impuestos sencillos y una administración de justicia tolerable, *no* necesitamos masas de policías y funcionarios vigilándonos. O robándonos.

The Indigo Era : ¿Cuáles son los factores más importantes que debemos tener en cuenta para que en el próximo siglo las economías de las ciudades y de los países sean fuertes, robustas y adaptables?

MCCLOSKEY : Como dijo en toda su obra Jane Jacobs, la teórica de las ciudades vibrantes, lo que *no* necesitamos son arquitectos arrogantes como Le Corbusier o funcionarios arbitrarios como Robert Moses que «planifiquen» nuestras ciudades. «La corrección pertinente —escribió en 1984— depende de alentar la creatividad en cualquier forma que aparezca en una ciudad dada en un momento dado. Es imposible saberlo por adelantado.» ⁶ Un lema para la vida.

The Indigo Era : ¿Cree que la economía tradicional ignora con demasiada ligereza la importancia de la cultura y las ideas? Si es así, ¿por qué?

MCCLOSKEY : Sí y no. Los economistas, asombrosamente, consignan la cultura al trasfondo, porque no quieren molestarse en leer las disciplinas humanistas necesarias para entenderla. Pero necesitan con urgencia aprender las ideas, la ideología, la retórica de una sociedad libre. El trasfondo, en teoría estático, puede en realidad cambiar con mucha rapidez y tener enormes efectos económicos —por ejemplo, el comunismo como idea en octubre de 1917—. O, de manera más alentadora, el liberalismo como idea en julio de 1776.

Los economistas identifican esas ideas cambiantes con la palabra *cultura* y luego declaran que ésta es inmutable, sin mirar las evidencias históricas. La teoría de los economistas, considerada con frialdad, es racista. En la década de 1960 solíamos pensar que, por ejemplo, India nunca podría ser rica, porque a fin de cuentas la mayoría de los indios eran hindúes. El economista Oliver Williamson, por ejemplo, sostiene que las normas cambian «en el orden de siglos». ⁷ Eso sería conveniente para el objetivo de Williamson de ignorar las normas en toda su obra, pero no tiene ningún sentido histórico. Las normas con frecuencia cambian de manera rápida y drástica, por ejemplo cuando los romanos se hicieron cristianos, o los alemanes del norte se volvieron protestantes o cuando, después de 1945, los alemanes de los sectores británico, francés y estadounidense se volvieron demócratas, de manera más intensa que muchos británicos, franceses y estadounidenses.

The Indigo Era : Ha puesto énfasis en la importancia de la libertad y en que «la gente liberada es ingeniosa». ¿Podría ampliar lo que esto significa para las generaciones de trabajadores futuras? ¿Cuáles son las constricciones actuales de las que deben liberarse las economías y las personas?

MCCLOSKEY : La gente necesita liberarse sobre todo de sus vigilantes —los burócratas, la policía, los políticos—. ¿Quién observa al mismísimo vigilante? Sí, soy una verdadera liberal *humana* y reconozco la responsabilidad de ayudar a los pobres. Pero la principal manera de ayudarlos es permitirles trabajar con autoestima para otros

por un beneficio pagado, como hacemos tú y yo —es decir, a las tasas de mercado que los vigilantes, básicamente, intentan impedir que operen—. Los vigilantes interfieren con las libertades naturales para favorecer a los sindicalistas, los miembros del partido y los burócratas urbanos frente a los campesinos, los vendedores callejeros y los trabajadores de las fábricas. Pensemos en el vendedor de fruta Mohamed Bouazizi de Túnez, que se prendió fuego, desesperado, debido a la persistente extorsión de la policía.

The Indigo Era : También ha puesto énfasis en la importancia de la igualdad —en el sentido de que cuando la gente tuvo igualdad ante la ley e igualdad de dignidad social, eso «hizo a la gente osada para buscar mejoras por su cuenta»—. ¿Ve un paralelismo con el siglo XXI, con el auge del trabajo de horario flexible, el trabajo autónomo y unos emprendedores que quieren tomar sus propias decisiones?

MCCLOSKEY : El trabajo autónomo surge con frecuencia de las restricciones en los términos en que puede emplearse a la gente. Los taxis de Uber son un buen ejemplo de ello, que debilita el absurdo monopolio de los taxis en todo el mundo, una ciudad tras otra. En Ámsterdam, por lo general un sitio honesto, durante muchos años los taxis estuvieron en manos de gente menos que honesta. En Estados Unidos, particularmente por ejemplo en Florida, hasta que en las elecciones de 2018 se concedió el derecho al voto, cualquier «exconvicto», ya fuera de la cárcel, condenado a menudo por algún pequeño menudeo de droga, no podía conseguir un trabajo remunerado. Se veía obligado al trabajo autónomo. Yo más bien reduciría las regulaciones crueles y corruptas en lugar de crear desde el principio incentivos para el trabajo autónomo. Pero dada la excesiva vigilancia, ese trabajo autónomo —en la economía informal, por ejemplo— es la única salida. De nuevo Mohamed Bouazizi. O Brasil.

The Indigo Era : Ha sugerido que los economistas y los historiadores no han logrado explicar el gran enriquecimiento y ha propuesto un giro hacia la «humanomía». ¿Podría ampliar lo que implicaría la humanomía y cómo el estudio de las palabras y el significado podría contribuir a una mejor economía global?

MCCLOSKEY : La economía funciona en un grado sorprendente con palabras amables —no órdenes, sino intentos de cambiar opiniones, persuasión, conversación amable—. A medida que la fabricación de cosas y la prestación de servicios, por suerte, se automaticen cada vez más y resulten más baratos, los humanos se dedicarán cada vez más al negocio de las buenas palabras, decidir qué hacer y cómo. Las buenas palabras ya suponen una *cuarta parte* del ingreso debido al trabajo en los países ricos, y está aumentando. «El estudio de las palabras y el significado» simplemente nos hace saber

más de la persuasión. Será mejor que sea así, de lo contrario los tiranos populistas nos persuadirán.

The Indigo Era : ¿Qué consejo daría a alguien que ahora está en la escuela sobre cómo debería empezar a construir su futuro?

MCCLOSKEY : Aprende a pensar. Refrena tu lectura de pensamiento convencional en *The New York Times* , sal de internet y ponte a leer libros serios. Lee, sin embargo, suponiendo correctamente que la mitad de lo que cree la mayoría de la gente, por ejemplo en *The New York Times* , está equivocado. No son «*fake news* », sino justo la clase de hipocresía y prejuicios que muestra el propio Trump, aunque suelen ser hipocresía y prejuicios progresistas en lugar de reaccionarios. Aprende una materia, como economía, literatura, matemática o filosofía, de manera profunda y crítica, para entender qué significa de veras «profundo» y «crítico». Pero después lee mucho, si es necesario de manera un tanto superficial, por ejemplo a los mejores divulgadores, como Matt Ridley, A. N. Wilson o John Horgan. Lee las mejores novelas —nunca los más vendidos del momento, que suelen ser basura, sino los viejos que han sobrevivido como Willa Cather, Jane Austen o León Tolstói—. Lee historia del mayor nivel académico que puedas soportar. Lee siempre con un bolígrafo en la mano y discute o muéstrate de acuerdo con el autor en los márgenes y las guardas. Te ayudará a mantenerte despierto, que es el principal problema que encara todo lector, permanecer despierto. Lee, lee, lee, escribe, escribe, escribe, habla, habla, habla y aprende así a pensar por ti mismo. ⁸ No te conviertas en seguidor de ninguna línea de partido, por tentadora que sea. La mayoría también son basura.

The Indigo Era : Usted dice que es optimista. ¿Es esto, cree, una posición intelectual o una actitud mental?

MCCLOSKEY : Es sobre todo una actitud mental —¡una no se cambia de género, como hice yo en 1995, a menos que sea optimista!—. Pero que sea una «mera» actitud no hace que sea una posición intelectual equivocada. Como escribió en 1830 el gran y optimista historiador y ensayista T. B. Macaulay: «¿En qué principio nos basamos para que, cuando tras nosotros únicamente observamos mejoras, no esperemos ante nosotros nada más que empeoramiento?». ⁹ ¿En qué principio, ciertamente, excepto un pesimismo que nunca pasa de moda, que una y otra vez desde 1800 ha demostrado estar equivocado?

Tercera parte

La nueva preocupación por la desigualdad está equivocada 24

La igualdad de resultados obligatoria es injusta e inhumana

El Financial Times y después The New York Times pidieron breves columnas sobre la desigualdad. Aquí doy una perspectiva nueva y más larga sobre el tema. No soy experta en la economía de la desigualdad, como puede verse en un error idiota que cometí en un punto de la explicación de la redistribución (está corregido). Pero hoy en día todos tenemos que tener una opinión sobre la desigualdad, que la gente suele mezclar con la injusticia y la pobreza, a pesar de que la supuesta desigualdad del «capitalismo» es una cuestión menor al lado del poder igualador del gran enriquecimiento. De modo que no aflojé. Bravo, Deidre.

En la novela de Anthony Trollope *Phineas Finn* (1867-1868), la dama liberal Glencora Palliser (apellidada de soltera, encantadoramente, M'Cluskie) declara: «Hacer a los hombres y las mujeres iguales. Asumo que ésa es la clave de nuestra teoría política», en oposición al placer que siente el conservador con el rango y el privilegio. Pero Joshua Monk, uno de los radicales de la novela, de la estirpe de los Cobden-Bright-Mill, ve la cuestión ética con más claridad y le responde: «Igualdad es una palabra fea, y asusta»; ciertamente, desde hacía mucho tiempo había asustado a la clase política británica, traumatizada por las salvajes declaraciones francesas de *égalité* y por el ejemplo del igualitarismo estadounidense (bueno..., igualitarismo estadounidense para los varones, heteros, blancos, anglos, de mediana edad, altos ingresos, no inmigrantes, no judíos y seguidores de las ramas principales del protestantismo). El objetivo del verdadero liberal, prosigue Monk, no debería ser la igualdad, sino «el deseo de todo hombre honesto... de ayudar en la mejora de quienes están por debajo de él». ¹ («Honesto» en ese momento también significaba «honorable».) Monk, un verdadero liberal humano, argumentaría que ese objetivo ético no debía alcanzarse mediante programas directos de redistribución, ni mediante la regulación, ni mediante sindicatos, sino mediante el libre mercado, los derechos para las mujeres y la educación financiada con impuestos, y en cualquier caso, por encima de todo, mediante los frutos económicos de una ideología liberal de innovismo.

Y eso pasó. Lo que llamo el gran enriquecimiento es el principal hallazgo científico de la historia económica. La gente más pobre en las economías desarrolladas y miles de millones en los países pobres han sido los mayores beneficiarios del crecimiento económico liberal. Los ricos se hicieron más ricos, cierto. Pero los pobres tienen

calefacción de gas, coches, vacunas contra la viruela, cañerías interiores, viajes baratos, derechos para las mujeres, baja mortalidad infantil, nutrición adecuada, cuerpos más altos, una esperanza de vida duplicada, escuelas para sus hijos, periódicos, un voto, la oportunidad de ir a la universidad y respeto. Nada remotamente parecido había sucedido jamás, ni en la gloria de Grecia, ni en la grandeza de Roma, ni en el Egipto antiguo, ni en la China medieval.

Pero recientemente habrás oído decir que nuestro mayor problema es la desigualdad, y que debemos hacer que todos los hombres y todas las mujeres sean iguales. Pero no, no deberíamos, al menos si lo que queremos es mejorar la situación de los pobres. En términos éticos, el verdadero liberal debería preocuparse sobre todo de si los pobres que viven entre nosotros están más cerca de tener lo suficiente para vivir con dignidad y participar en una democracia. Lo están haciendo. Incluso en países ya ricos, como el Reino Unido y Estados Unidos, recientemente los ingresos reales de los pobres han crecido; no se han estancado, como se oye a diario —si los ingresos se miden de manera correcta e incluyen mejor atención sanitaria, mejores condiciones de trabajo, más años de educación, más años de jubilación y, por encima de todo, la creciente calidad de los bienes y servicios, mejores coches y mejor medicina—. Reconozcamos que está creciendo a un ritmo más lento que en la década de 1950. Pero esa época de prosperidad creciente fue la de recuperación de los terribles reveses de la Gran Depresión y la guerra.

Por supuesto, desde un punto de vista ético es importante cómo los ricos han obtenido su riqueza, si ha sido robando o escogiendo el útero correcto (como dice el multimillonario Warren Buffet), o mediante intercambios voluntarios por cemento barato o viajes aéreos baratos que quienes ahora son ricos tuvieron el buen juicio de ofrecer a quienes antes eran pobres. ² Deberíamos perseguir el robo, aumentar los impuestos sobre el patrimonio y reintroducir los impuestos de sucesión. Pero deberíamos tener cuidado de no matar a la gallina de los huevos de oro que nos da mejores cristales, mejores neumáticos y mejores artilugios médicos.

Lo que desde un punto de vista ético *no* es importante son las subidas y bajadas históricas y rutinarias del coeficiente de Gini, una medida de la desigualdad, o los vulgares excesos del 1 por ciento, semejantes a los que se podían ver hace tres siglos en Versalles o hace treinta siglos en Egipto. No hay suficiente gente verdaderamente rica como para que expropiarlos sirva a otro propósito que no sea alimentar la envidia. Si tomáramos *todos* los activos de las 85 personas más ricas del planeta para hacer un fondo que donara cada año a la mitad más pobre, aumentaría su capacidad adquisitiva menos de 10 céntimos al día. ³ Oxfam calculó que los activos de las 85 personas más ricas del mundo en 2014 eran un total de 1,7 billones de dólares. (Por cierto, hay algo

disparatado en esta cifra de Oxfam, porque en el mundo los activos que dan intereses están en el orden de las decenas de billones, y si también incluimos los activos de capital humano están en el orden de cientos de billones. Pero sigamos con la cifra de Oxfam por ahora.) Si un fondo de ese tamaño obtuviera un sólido retorno del 7 por ciento anual, habría 119.000 millones de dólares al año, que sólo son 326 millones de dólares al día, para distribuir entre la mitad más pobre, 3.600 millones de personas, o 9 céntimos por persona.

Toda la ayuda extranjera a África, América Central y del Sur, por dar otro ejemplo de cómo la redistribución no consigue demasiado, queda empequeñecida por la cantidad que las naciones de esas zonas ganarían si en Europa o Estados Unidos la gente abandonara los aranceles y otras protecciones para su ya rica agricultura. ⁴ La manera de ayudar a los pobres, en resumen, es dejar que el gran enriquecimiento proceda mediante mejoras comercialmente probadas, como ha hecho de manera generalizada desde 1800 y, en especial, en los últimos cuarenta años. La caridad o la expropiación no son eficaces, sobre todo si tenemos en cuenta que la caridad en la ayuda extranjera o la expropiación mediante un golpe militar se han destinado a cuentas en bancos suizos, no a la subsistencia de los pobres. Un precio de mercado alto para el agricultor pobre, en cambio, va a parar a sus hijos. El comercio funciona mejor que el robo.

Los coeficientes de Gini no importan demasiado. El gran enriquecimiento sí.

En Estados Unidos la ira por la desigualdad económica dominó las elecciones presidenciales de 2016, y le sigue funcionando a los trumpianos-republicanos o a los políticos demócratas de izquierdas. Pero, si bien las polémicas sobre esta cuestión han florecido en todo el espectro político, la claridad no lo ha hecho.

Mira, por ejemplo, la Constitución del estado de Illinois, adoptada en 1970. Pretende «eliminar la pobreza y la desigualdad». ⁵ Suena bien. ¿Quién no querría eliminar la pobreza? Pero «¿y la desigualdad?». Eliminar la pobreza es obviamente bueno, y ya está sucediendo a escala global. El Banco Mundial señala que la medida en que los pobres disponen de lo básico para una vida digna es mayor que en cualquier otro momento de la historia, y por un amplio margen. Shanghái, que hace no mucho tiempo era un lugar mísero, ahora se parece a las partes más modernas de Estados Unidos, aunque tiene mejores carreteras y puentes. El ingreso real de India se está duplicando cada diez años. África subsahariana por fin está creciendo. Incluso en los países ya ricos los pobres mejoran su situación gracias a una comida mejor, una sanidad mejor y una vivienda mejor.

Lo que importa desde el punto de vista ético es que los pobres tengan la oportunidad de votar, de leer, de tener un techo sobre su cabeza y de recibir un trato igual por parte de la policía y de los tribunales. Implementar la Ley de Derecho al Voto es importante. Restringir la coerción policial es importante. Pero igualar la posesión de Rolex no. El filósofo de Princeton Harry Frankfurt lo dijo así: «La igualdad económica no es, en sí misma, de una particular importancia moral». ⁶ Deberíamos permitir que el gran enriquecimiento mejore las condiciones de los pobres, a la manera del liberal radical de Trollope, hasta un nivel que Frankfurt llamó «suficiente» —suficiente para que la gente funcione en una sociedad democrática y tenga una vida humana plena—. El filósofo de Harvard John Rawls articuló lo que llamó el principio de diferencia: si el acto de emprender de una persona rica hacía más próspera a la más pobre, entonces el ingreso más elevado del emprendedor rico estaba justificado. ⁷ Tiene mucho sentido ético. La igualdad no.

Las exhibiciones ostentosas de riqueza, es cierto, son vulgares e irritantes. Pero no son algo que un principio de política pública no envidioso deba tener en cuenta. La diferencia, incluyendo la diferencia económica, no es mala por sí misma. Ésa es la razón por la que intercambiamos bienes con California y con China o servicios con Oprah o sir Elton John, y la razón por la que las protestas políticas contra el comercio exterior son infantiles. Ésa es la razón por la que conversamos, y la razón por la que hoy es la gran era de la novela y las memorias. Es la razón por la que celebramos la diversidad, o deberíamos hacerlo.

Mi amigo el economista Laurence Iannaccone, en una carta que me escribió en 2018, estableció una serie de puntos sobre *por qué* creemos, estúpidamente, que la redistribución es fácil y deseable. Al igual que yo, no está de acuerdo con «la idea de que la desigualdad de riqueza procede de la explotación, y la noción de que los resultados iguales son “naturales”». Los planes de redistribución «se le ocurren más fácilmente a quienes han tenido menos experiencia o exposición a la verdadera creación de riqueza... En la izquierda muchos creen que la riqueza y los ingresos son como el maná [caído del cielo]». Iannaccone señala un libro de 2000 de Craig Gay *With Liberty and Justice for Whom?: The Recent Evangelical Debate over Capitalism* (¿Con libertad y justicia para quién?: El reciente debate evangélico sobre el capitalismo), que mostró que los cristianos evangélicos de izquierdas consideraban la riqueza algo dado, un maná, y «de ahí aplicaban sus principios cristianos/bíblicos sólo al problema de la distribución (estática), mientras que los evangélicos de derechas hacían hincapié en los incentivos para la creación continuada de riqueza, innovación, etcétera». ⁸

Pero si vamos a redistribuir ingresos, ¿por qué no redistribuir otras cosas? Parece lógico. Y sin embargo

apenas nadie apoya la redistribución de la producción doméstica más allá de los límites de la familia, o la redistribución de la producción de notas más allá de los límites del estudiante individual, o la redistribución de logros o ganancias en el deporte y el entretenimiento. Todo el mundo ve el vínculo entre los insumos y la producción en esas «fábricas». Y la gente *sigue* resistiéndose a la redistribución en esos contextos, incluso cuando se le señala que la producción doméstica, las notas y los logros deportivos dependen no sólo del esfuerzo sino también de dotaciones sanitarias, la fuerza, el cociente intelectual, el apoyo social, la educación, la discriminación, la suerte y cosas por el estilo. Al parecer, una vez entiendes cómo funciona de verdad un proceso de producción determinado, te sientes mucho menos inclinado a considerar injustos los resultados, incluso cuando esos resultados dependen manifiestamente de algo más que del simple esfuerzo.

Iannaccone añade a esa reflexión ética una explicación histórica de por qué la redistribución, al menos la de los ingresos, sigue pareciendo deseable en cualquier caso: «Lo difícil que se ha vuelto para casi cualquiera ver el vínculo entre su *propio* trabajo/insumo y sus ingresos/producción. Para empezar, en cualquier momento dado, una parte notablemente grande de la población no trabaja en absoluto... E incluso los hombres y las mujeres que trabajan “a tiempo completo” durante sus “mejores” años tienden a vivir de ahorros, jubilación y la seguridad social desde mediados de la década de los sesenta años en adelante». Y, prosigue: «Una consideración aún más importante es [que] incluso quienes trabajan... no pueden ver de verdad la relación entre lo que ellos *hacen* y lo que ganan. El vínculo estaba claro para los agricultores del siglo XIX y... para casi todo el mundo antes del siglo XIX. Pero el recorrido desde los insumos a la producción se volvió mucho más complejo incluso en la más sencilla de las fábricas del siglo XIX, y mucho más en las “fábricas” basadas en el conocimiento y el servicio de los siglos XX y XXI ... La mayoría de lo que hoy en día obtienes parece maná... [más incluso] si son tus padres o tu cónyuge quienes obtienen los ingresos».

No resulta sorprendente que en una economía moderna la gente tienda a favorecer la igualdad de resultados, en buena medida como lo hacían sus ancestros remotos en los grupos de cazadores recolectores. Pero debería reflexionar y reconocer el poder enriquecedor de una economía de especialización o de diversidad, y abandonar el igualitarismo redistributivo de la envidia.

Una objeción práctica a la focalización en la igualdad económica es que no podemos alcanzarla, no en una sociedad grande y no de una manera justa y sensata. Dividir una pizza entre amigos es fácil y justo, sí. Realmente podemos ver la relación entre lo que *hacemos* en realidad y lo que comemos. Pero la igualdad, más allá de lo básico en el consumo y los derechos políticos, no puede alcanzarse en una economía especializada y dinámica. Para empezar, cortar las cabezas que sobresalen implica coerción, por supuesto. Eso es lo que implica la retórica de la «distribución». Pero también, para alcanzar resultados juiciosos, tienes que saber exactamente qué cabezas cortar. Confiar en que un gobierno de personas que tienen sus propios intereses sabrá cómo

redistribuir los bienes y servicios de una manera ética y sensata es, en el mejor de los casos, ingenuo. En la mayoría de los gobiernos esa confianza no pasaría la prueba de la risa. Nigeria. Arabia Saudí.

El corte, por supuesto, reduce el tamaño de la muestra de cabezas —los «incentivos para la creación continuada de riqueza, innovación, etcétera» de los evangélicos de derechas—. No son exactamente incentivos personales, sino más bien una señalización. Tenemos que permitir que haya recompensas que le digan a la economía que aumente la actividad que da esas ganancias. Si un neurocirujano y un conductor de taxi ganan la misma cantidad, no tendremos suficientes neurocirujanos. Alguien que estudie para cirujano dirá: «¿Para qué voy a ir a la facultad de medicina? Puedo conducir un Uber. Menos molestias y el mismo sueldo». Un plan central completamente juicioso, sin duda, podría obligar a la gente adecuada a asumir los trabajos correctos. Pero esa solución, como muchos de los argumentos a favor de una igualdad coaccionada, es violenta y mágica. La magia se ha intentado poner en práctica, en la Rusia de Stalin y la China de Mao, con violencia a plena vista seguida de una economía sin precios de mercado y sin sueldos de mercado que manden sus señales.

Los humanos retienen una disposición genética a las porciones iguales que se remonta a nuestros lejanos ancestros, que se pasaron cientos de miles de años en sociedades igualitarias de caza y recolección. Y, de todos modos, como mamíferos compartimos de manera natural un socialismo sentimental, porque crecimos en familias llenas de amor, con mamá como planificadora central. En un hogar lleno de amor y tradicional, la política de compartir funciona bastante bien. Los adultos trabajan duro para proveer, pero a papá no le das más pizza sólo porque sea él quien ha trabajado para pagarla, a menos que esté sudando en la mina de carbón, no tumbado en las «“fábricas” basadas en el conocimiento y el servicio de los siglos XX y XXI ».

Pero, en una sociedad liberal, la mayoría de los adultos no recibe las cosas compartiendo. Los adultos libres las obtienen trabajando para producir bienes y servicios para otras personas, en una economía moderna, para desconocidos muy lejanos, intercambiándolos con ellos de manera voluntaria. Los adultos no las obtienen rebanando el maná caído de la madre naturaleza en un mundo de suma cero. Como señaló Smith: «Sólo un mendigo escoge depender básicamente de la benevolencia de sus conciudadanos. [Un niño o una persona seriamente discapacitada, habría reconocido Smith, no “escoge”.] Y ni siquiera un mendigo depende de ella por completo... Con el dinero que recibe de un hombre compra comida».⁹

Mediante la coerción gubernamental podríamos coger miles de millones de milmillonarios como Bill Gates y dárselos a los sin techo, logrando más igualdad de

ingresos, si no de notas, cociente intelectual o la suerte de la lotería. (Gates, de hecho, está donando su fortuna, lo cual habla bien de él.) A falta de la expropiación total, podemos unirnos todos para apoyar una red de seguridad, aunque manteniendo en el mínimo la coerción requerida para obtener los impuestos necesarios para eso. La educación hasta el duodécimo grado, o hasta octavo, por ejemplo, afirma el liberal moderno, debería pagarse mediante impuestos obtenidos de todos nosotros de manera coercitiva, aunque no deban ofrecerla directamente las escuelas públicas. Pero la mayoría de las demás cosas que suelen contarse como bienes que ofrece o paga nuestro buen gobierno serían mejores si se ofrecieran y pagaran de manera privada.

Es fácil confundirse acerca de esto último y creer que como en la actualidad el gobierno provee, por ejemplo, carreteras, debe ser siempre así. Es lo que he llamado «la falacia de la cadena de suministro». Las carreteras, por ejemplo, pueden ser de propiedad privada, como solían serlo en siglos pasados, y podrían serlo ahora fácilmente con vigilancia electrónica. Los hospitales podrían liberarse de las licencias monopolísticas, del mismo modo que podrían hacerlo los competidores de los médicos, como los enfermeros o los médicos extranjeros. Si la atención médica se proveyera a través de esos mercados, de la manera en que se hace con la mayor parte de los alimentos, en Estados Unidos el gasto en atención médica sería de alrededor de la mitad de lo que es ahora, a juzgar por los costes de los demás países. Etcétera. Es el camino hacia una sociedad de dignidad humana y prosperidad.

Y la redistribución, por supuesto, sólo funciona una vez. No puedes esperar que el rico expropiado vuelva a aparecer para que le den un segundo tajo. Exprópiame una vez, y es culpa tuya. Exprópiame dos, y la culpa es mía. En una sociedad libre el expropiado puede trasladarse a Irlanda, Suiza o las islas Caimán. Y los millonarios difícilmente pueden volver a ganar sus millones el año que viene si el gobierno se ha llevado la mayor parte de ellos. Los ricos invierten y aumentan la productividad de la economía para todos nosotros (y, sí, para sí mismos; pero la inversión pasa la prueba de Rawls). ¿Qué queremos, una pequeña extracción única a los ricos (aunque satisfaga la envidia y la ira) o una sociedad libre en la que se producen mejoras y que mejora mucho la situación de los pobres?

Es mejor que nos centremos directamente en lo que queremos de manera racional y podemos de veras lograr, que es la igualdad de dignidad social y la igualdad ante la ley, que conducen a una sustancial igualdad de resultado y, en todo caso, a una mejora radical de las condiciones de vida de los pobres.

Piketty está equivocado

El Institute of Economic Affairs, un think tank liberal con sede en Londres, me entrevistó sobre el asunto y publicó el resultado en su newsletter para institutos. ¹

IEA : *El capital en el siglo XXI*, de Thomas Piketty, es el libro que ahora mismo está sobre la mesa de centro de todos los progresistas. El libro ha sido diseccionado por un gran número de economistas. ¿Aguantan los argumentos de Piketty sobre el crecimiento de la desigualdad un escrutinio detallado?

MCCLOSKEY : No. Piketty es un economista serio. No es un mentiroso ni un loco. Pero incluso los economistas serios y que no están locos pueden equivocarse en su ciencia. Por ejemplo, los únicos países en los que Piketty detecta un aumento de la desigualdad *real, sustancial*, son el Reino Unido, Estados Unidos y Canadá. Los tres casos pueden explicarse por políticas gubernamentales que favorecieron de manera estúpida a los ricos, como dificultar absurdamente la construcción de nuevas viviendas en Londres, lo que aumenta el precio de la vivienda existente, que es propiedad de los ricos. El «capitalismo» no ha causado el desastre de la vivienda de Londres. Lo ha hecho un semisocialismo.

En el caso de los países que no experimentaron un aumento de la desigualdad, Piketty advierte sobre *el futuro*. Pero también ahí su argumento es incorrecto. Dice que la mejora comercialmente probada *siempre* hace que los ricos se hagan más ricos y que los pobres se queden atrás. ¿Pero por qué no en todos los lugares, en cualquier momento desde 1800, o ya puestos a partir de 1800 a. C.? No sucedió.

IEA : Una de sus críticas al trabajo de Piketty es que no tiene en cuenta el papel que el capital humano juega ahora en la economía. ¿Cómo afectará eso a las tendencias futuras de la desigualdad?

MCCLOSKEY : En la actualidad, la mayoría de los ingresos en un lugar como Gran Bretaña no procede del capital *físico* que calcula Piketty, ni de la propiedad que le preocupa. Procede, en cambio, del capital *humano* —tus habilidades, tu salud y tu educación—. ¿Por qué y cómo? Porque el innovismo, la mejora comercialmente probada, te ha convertido en un trabajador entre veinte y cien veces mejor que tus ancestros de 1800. Si eres veinte veces más rico que tu tata-tata-tata-tata-

tatarabuela, que a los ocho años trabajaba ordeñando vacas, puedes estudiar durante mucho más tiempo o recibir una formación más especializada. En 1800, la persona media se ganaba el pan trabajando con sus manos y su espalda. Ahora te lo ganas gracias a tu bien educado cerebro. Érase una vez, los jefes tenían todo el capital, que sobre todo se invertía en tierra, fábricas y máquinas. Ahora la mayoría del capital es humano y es propiedad del trabajador. Y el capital físico también es, en parte, propiedad de los trabajadores, en forma de fondos de pensiones y casas privadas. Y el capital público, como las carreteras, no es propiedad de ningún individuo, pero da beneficios. Es otra gran parte del capital del país, y Piketty también lo ignora. Tampoco tiene en cuenta el capital social, como las costumbres de quienes cumplen la ley. Su contabilización del «capital», en otras palabras, es radicalmente estrecha. La igualdad de confort verdadero seguirá aumentando, como lo ha hecho en los dos últimos siglos: cañerías interiores, televisión en color, una educación mejor, vacaciones en el extranjero, una mayor esperanza de vida.

IEA : Usted se ha hecho un nombre como historiadora de la economía. Si miramos los últimos doscientos años —y esto es importante porque Piketty basa sus predicciones del futuro en tendencias del pasado—, ¿qué ha sido más importante para promover un nivel de vida más alto entre los pobres: la redistribución o el crecimiento económico?

MCCLOSKEY : El crecimiento económico, de lejos, durante el gran enriquecimiento. ¿Cómo es de grande? Tal como lo han calculado recientemente algunos historiadores económicos, en términos reales por persona desde 1800, la riqueza es entre veinte y cien veces mayor. En otras palabras (haciendo un cálculo meticuloso de segundo de bachillerato), para la persona media, incluidos los muy pobres, el gran enriquecimiento supuso un aumento de entre el 1.900 y el 9.900 por ciento a partir de la base miserable de 1800. Nada mal.

IEA : ¿Podemos cuantificar los beneficios del crecimiento económico en comparación con la redistribución en el nivel de vida de los pobres?

MCCLOSKEY : Sí, y los resultados son asombrosos. La redistribución sólo puede coger una parte de la pizza y dársela a otra persona. Pensemos en una pizza que han hecho y dividido el señor Jefe y la señora Trabajadora. Si el señor Jefe empieza teniendo para comer, digamos, el 50 por ciento de la pizza, entonces quitársela y darle *toda* su porción a la señora Trabajadora aumentará la porción de pizza de ella un ciento por ciento. Está bien, si no te preocupa lo más mínimo la coerción aplicada sobre el señor Jefe, que inaugura la costumbre de la coerción redistributiva que suele metastatizar hasta que todos acabamos incluidos (véase todo régimen socialista de la historia). Vinieron a por el señor Jefe y no hice nada, porque yo no era jefe. Vinieron a por los judíos y yo no hice

nada, porque no era judío. Después vinieron a por mí. Y, por supuesto, la coerción distributiva contra el señor Jefe sólo puede tener lugar una vez, porque no puedes esperar que vuelva a aparecer para *hacer otra* pizza si perdió todas las ganancias de la primera. No es idiota.

Con todo, el ciento por ciento de esa única vez es algo bueno para la señora Trabajadora. Hurra. Pero en comparación con el 1.900, 3.000 o 10.000 por ciento que se produjo durante los dos siglos pasados, en los que se permitió que funcionara la mejora comercialmente probada, está claro que el ciento por ciento procedente de una redistribución incluso tan extrema como ésta es pequeño. Ciertamente, si hay una tercera persona implicada, el señor Pobre, que en un principio sólo tenía un 10 por ciento de la pizza, y éste obtiene toda la porción del señor Jefe, mejora mucho más en términos porcentuales. Pero sigue siendo una sola vez, empequeñecida por el gran enriquecimiento, que hace la pizza treinta o cien veces más grandes, y requiere que el redistribuidor dé todos los impuestos *sólo* a los pobres, una medida política con la que la clase media no estará de acuerdo. Nunca lo ha estado.

El verdadero hurra es por el gran enriquecimiento. Piketty y otros que comparten su ira contra la gente rica no reconocen que el innovismo, que inspira la mejora comercialmente probada, ha hecho extremadamente rico a *todo el mundo* en términos históricos. Veinte o treinta veces más rico. Él se centra en el consumo, con frecuencia estúpido, de yates y diamantes de la gente rica, y no observa que —en comparación con el mundo previo al liberalismo y su ideología económica de innovismo— el nivel real de verdadero confort es radicalmente más igual de lo que fue en el pasado. Una economía libre resulta ser una economía igualitaria en las cosas que importan. Dejemos que la gente coopere y compita liberalmente, y el resultado será una mejora sustancial y enorme para los pobres.

IEA : ¿Por qué, a lo largo de la mayor parte de la historia humana, la mayoría de la gente ha sido pobre?

MCCLOSKEY : Principalmente, porque la jerarquía intentó poner trabas a la mejora comercialmente probada, lo que significaba que el crecimiento de la población sobrepasaba cualquier mejora, por ejemplo, el hierro de China (siglo *x* a. C.) o los molinos del mundo árabe (siglo *x*). Todo tenía que ver con los «rendimientos decrecientes», como dicen los economistas. Cuando, en 1798, el clérigo y gran economista inglés Malthus explicaba por primera vez por qué el crecimiento de la población nos mantenía en la pobreza, los retornos decrecientes del crecimiento de la población *aún* nos mantenían en la pobreza, en una economía iliberal dirigida por terratenientes, gremios, espadachines y clérigos.

Ahora, otra persona en el planeta nos hace a los demás *más prósperos* , no menos, porque se le proporciona mucho más capital humano en su cerebro (el capital ignorado por Piketty). Inventó para nosotros nuevos dispositivos y nos da la oportunidad de comerciar con él. Por cierto, lo mismo puede decirse de los inmigrantes de cualquier tipo que, por ejemplo, van a Gran Bretaña. Puede demostrarse en un diagrama de la productividad marginal del trabajo que los inmigrantes son de manera inequívoca beneficiosos para la población nativa británica. Es bueno para la gente que haya más oportunidades para comerciar. Obviamente.

IEA : ¿Y qué facilitó la mejora del nivel de vida en los últimos 200 años?

MCCLOSKEY : La mejora comercialmente probada, el gran enriquecimiento, que fue causado a su vez por otra clase de igualdad, una nueva igualdad de derechos legales, dignidad social y sobre todo de aprobación social para abrir una freiduría o inventar el taladrado de columna, todo lo cual convirtió a cualquier Tom, Dick o Harriet en un mejorador. En una palabra, el innovismo. Ciertos extraños accidentes en la historia del noroeste de Europa durante los siglos inmediatamente precedentes, como la Reforma protestante después de 1517 y la guerra civil de Inglaterra durante la década de 1640, hicieron más osada a la gente del noroeste de Europa. Poco a poco, las revoluciones hicieron posible la idea loca y nueva de que todos deberíamos ser iguales ante la ley, en dignidad y a la hora de tener una oportunidad económica.

Junto a la igualdad liberal apareció otra idea de los igualadores de la guerra civil (eran en realidad partidarios del libre comercio), el Pacto Burgués. En el primer acto, deja que un burgués pruebe en el mercado una supuesta mejora como las mosquiteras, la corriente alterna, las cajas de cartón o el vestido corto negro. En una sociedad liberal el burgués inventivo acepta, con cierta irritación, que en el segundo acto habrá competidores imitando su éxito, bajarán el precio de las mosquiteras, la electricidad, las cajas y los vestidos. Lo acepta a menos que pueda impedirlo recurriendo al gobierno. Titular de *The New York Times* del 6 de agosto de 2018, con una historia similar en el *Chicago Tribune* del 31 de octubre de 2018: «Uber y el taxi se unen para oponerse a la entrada de más competidores». Sorpresa, sorpresa. Si le dejas tener una oportunidad en el primer acto y que se haga rico con su idea, en el tercer acto el Pacto Burgués dice que os hará ricos *a todos* . Y lo hace, un 1.900 por ciento si se calcula de manera convencional y hasta un 9.900 por ciento si incluimos en el cálculo la calidad muy mejorada de la lámina de vidrio, la atención médica o el análisis económico e histórico.

IEA : Dado esto, ¿pueden obras como las de Piketty dañar en serio la posición de los menos prósperos, cambiando actitudes para hacerlos más hostiles a los negocios, el comercio y la creación de riqueza?

MCCLOSKEY : Sí, y ésa es la razón por la que escribo mis libros. Crecimos en comunidades socialistas llamadas «familias», y es probable que a los diecisiete años o así pensáramos que el modelo podía aplicarse a una «familia» de 66 millones o 330 millones de personas. Yo lo hice. Y después nunca volvimos a esa idea de manera crítica, o basándonos en la evidencia histórica y acabamos a los 70 como barbudos socialistas que comen judías frías directamente de la lata, defienden la renacionalización de los ferrocarriles, admiran la Venezuela socialista y odian a la innovadora Israel. Yo no lo hice. El peligro es que cada nueva generación no sea consciente de lo bueno que ha sido el Pacto Burgués para los pobres, y se olvide de lo malos que fueron los pactos anteriores; el Pacto Bolchevique, por ejemplo, en el que el gobierno nacionaliza los ferrocarriles, las empresas eléctricas, los quiosqueros, los periódicos, tu empleo y todo lo demás. O el Pacto de la Brida, en el que unas regulaciones excesivas obran en contra de una mejora comercialmente probada «desbridada». Pregunto inocentemente: ¿cuándo ha sido una buena idea «embridar» a una persona como si fuera un caballo? La idea de Piketty es embridar a la mayoría de la gente para que algunas personas no se enriquezcan. Es un error.

El Pacto Burgués ha sido con diferencia la mejor manera de ayudar a los pobres, en Gran Bretaña, India y África. Y da lugar a una igualdad real.

Europa debería resistirse a las políticas igualitarias

Una publicación polaca, Wprost (Directo) me hizo una entrevista en 2015 sobre Piketty. Durante unos cuantos años todo el mundo habló del libro, aunque su tema era una distracción de nuestra tarea principal, que no es envidiar a los ricos sino enriquecer a los pobres.

Wprost : *El capital en el siglo XXI* se convirtió en una nueva biblia marxista para las élites intelectuales europeas, cada vez más preocupadas por la desigualdad. Independientemente de nuestras ideas sobre economía y política, ¿deberíamos estar preocupados?

MCCLOSKEY : No. Las propias estadísticas de Piketty muestran que, recientemente, la desigualdad sólo ha aumentado de manera notable en Estados Unidos, el Reino Unido y Canadá. No, por ejemplo, en Francia. Pero dice que *aumentará* , en todas partes, siempre, como tendencia en cualquier economía de mejora comercialmente probada. Está equivocado. La igualdad aumenta y desciende en largas oleadas. El punto clave es que *nunca aumenta o desciende mucho* . Por ejemplo, hace poco en Estados Unidos la proporción del trabajo en el ingreso nacional cayó. ¿Cuánto? Del 63 por ciento al 58 por ciento. Cinco puntos porcentuales. Poco para entrar en pánico. Y ahora el porcentaje ha vuelto a subir.

Pero si miras de cerca las estadísticas, además, te das cuenta de que una de las principales fuentes de desigualdad son los bajos ingresos de la gente *joven* . Cuando están desempleados sus ingresos son, por supuesto, cero. Eso *es* algo por lo que debemos preocuparnos en todo el mundo y especialmente en Europa. Pero el problema no tiene nada que ver con los malvados capitalistas. Tiene que ver con las malvadas personas corrientes de mediana edad que votan a gobiernos populistas para proteger sus puestos de trabajo mediante restricciones impuestas al mercado laboral que los nuevos igualitarios creen que son buenas. No lo son.

Wprost : Hay una discusión en curso en Estados Unidos y Europa sobre regulaciones especiales para limitar la disparidad entre las personas con altos ingresos que trabajan en el sistema financiero y los trabajadores comunes. ¿Lo ve como un pequeño pero saludable movimiento hacia la igualdad?

MCCLOSKEY : Creo que es estúpido que «comités de remuneración» corporativos den esas elevadas gratificaciones a sus buenos amigos. Es mala publicidad. Irrita a la gente sin que se produzca ninguna ganancia real en eficiencia. Socava la confianza que la gente tiene en la mejora comercialmente probada, el innovismo liberal. De modo que no me importaría que se produjeran algunos movimientos simbólicos para ponerlo en evidencia, como se ha hecho hace poco en Estados Unidos. Podemos, por ejemplo, requerir a las corporaciones que declaren la ratio entre el pago al consejero delegado y la media en la empresa. Ciertamente, hay problemas estadísticos de precisión en esas declaraciones. Pero, en términos nacionales, el efecto de los supersalarios de los grandes banqueros y de los consejeros delegados sobre la desigualdad es trivial —son pocos para que afecten mucho a las medias—. Y las enloquecidas cantidades de dinero que reciben, por ejemplo en Estados Unidos, no se las roban a los trabajadores, sino a los *accionistas*, supuestamente ¡otros ricos capitalistas!

La fuente de desigualdad más importante está entre los propios trabajadores —es decir, empleados que ganan un salario—, porque hay muchos. Si millones de personas muy cualificadas ganan salarios elevados, eso es importante para las cifras nacionales. Pero nadie sostiene que los trabajadores no se *ganen* sus ingresos. ¿Queremos de veras restringir las ganancias de personas que reciben esas ganancias porque sus clientes les pagan mucho voluntariamente? Un ejemplo un poco tonto —pero que ilustra el caso— es el salario de las estrellas de fútbol. ¿Crees que es una buena idea restringir los salarios de las estrellas polacas Robert Lewandowski o Zbigniew Boniek? La restricción no reduciría el precio de las entradas. De hecho, no haría más que aumentar los ingresos de los ricos propietarios de los equipos, o de los clubes gestionados por ricos. Cuando pagas mucho por ver jugar a Lewandowski y Boniek y ellos se hacen ricos, ¿te están estafando? No. Lo haces porque quieres y te encanta gritar «¡Gol, gol, gol!».

Wprost : ¿Qué le parece la publicación obligatoria de las diferencias salariales dentro de una empresa, entre quienes ganan más y quienes están en lo más bajo de la escala?

MCCLOSKEY : Sí, como he dicho, me parece inofensivo y una pequeña ayuda avergonzar a los idiotas de los comités de remuneración. Pero los accionistas, por lo general, ya reciben esa información y, sin embargo, siguen aprobando con grandes mayorías altas remuneraciones para sus consejeros delegados. Deben pensar que es bueno para el valor de sus acciones. Y los «problemas con las declaraciones» que he mencionado incluyen, por ejemplo, decidir qué salario «medio» tomar —para una empresa internacional como PKN Orlen; ¿la media debería incluir a sus trabajadores en la República Checa o sólo a los de Polonia?—. Es peor para, por ejemplo, Siemens.

Wprost : A Piketty le preocupa el capital: «El dinero tiende a reproducirse a sí mismo». Sostiene que los ricos pueden vivir de sus fortunas mejor de lo que cualquiera puede vivir de su trabajo. ¿Feudalismo financiero?

MCCLOSKEY : Siempre ha sido así, hay gente que vive de sus tierras, sus bonos o sus sinecuras gubernamentales. Pero era mucho *peor* antes del gran enriquecimiento. El «capitalismo» ha *mejorado* la igualdad. Preguntas por qué.

En primer lugar, porque en el verdadero feudalismo tener *tierra* en propiedad era mucho más estable y generaba una proporción mucho, mucho mayor del total de los ingresos. Piketty limita su atención a los auges y descensos menores de la desigualdad en la era «capitalista», y por lo tanto no reconoce esa cuestión. Las rentas de la tierra en Polonia antes de 1800 —y en realidad, como mínimo hasta 1900— eran *la mitad* del ingreso nacional. *La mitad* se destinaba a los grandes terratenientes verdaderamente ricos o a la nobleza menos rica, la *szlachta* . Lo mismo sucedía en Japón, por cierto, con los samuráis en lugar de la *szlachta* . Con el capitalismo, Polonia y Japón han tenido unos ingresos mucho más igualitarios que con el feudalismo. Y no tengo que contarle a vuestros lectores mayores que la Polonia comunista no era un paraíso de igualdad.

En segundo lugar, la mejora comercialmente probada, el innovismo, tal como la hemos experimentado en Europa desde 1800 —con interrupciones para llevar a cabo «emocionantes» experimentos nacionalistas y socialistas sugeridos por los intelectuales— también favorece la igualdad porque la «destrucción creativa» debilita las fortunas de los ricos de toda la vida.

Piketty minimiza la razón principal por la que somos mucho más prósperos que nuestros antepasados. La razón no es el carácter de la distribución, sino el ingenio fomentado por el hecho de dejar que la gente gestione sus granjas o sus fábricas como quiera, asumiendo el riesgo del fracaso y las recompensas del éxito. Todos estamos de acuerdo en que la destrucción creativa es buena en la ciencia, el arte, el periodismo y el fútbol, ¿verdad? ¿Por qué no también en la economía?

Y, en tercer lugar, Piketty está equivocado en la noción de que «el dinero se reproduce a sí mismo». Su argumento técnico es erróneo. Piénsalo de esta manera: si estuviera en lo correcto, *todo el ingreso nacional acabaría en manos de los rentistas* . Bueno, no es el caso. No hay límite lógico a la «lógica» de Piketty.

Wprost : En su libro *Las virtudes burguesas* (2006) habla de los valores liberales burgueses que enriquecieron a la humanidad y aportaron prosperidad. Pero, de

acuerdo con Piketty, estamos en peligro. La brecha entre ricos y pobres y esta actitud burguesa pueden conducirnos a guerras catastróficas.

MCCLOSKEY : ¿Guerras? Todavía no lo ha hecho. En contra de los cuentos de hadas leninistas sobre las guerras «capitalistas» o «imperialistas» que se libraban por los beneficios, el verdadero origen de las guerras —después de que en Europa dejaran de producirse para mantener la gloria de las clases altas o para matar a protestantes y católicos (pensemos en el gran diluvio, en Polonia en 1600)— han sido, como he mencionado, las desafortunadas ideas soñadas en el siglo XIX por la clerecía, esto es, el nacionalismo, el socialismo y el antisemitismo que hoy reviven en Polonia y como sorprendentemente hicieron en las elecciones húngaras de 2018. El partido de Hitler era el Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei. Mira las palabras. Los burgueses quieren paz y McDonald's, no *Blitzkrieg* y Auschwitz. Pregunto: ¿qué queréis los polacos?

Wprost : Escribió que el libro de Piketty es una oportunidad para «comprender la última preocupación de los izquierdistas acerca del capitalismo». Pero ¿no son esas preocupaciones tradicionales, que tienen casi doscientos años, algo que sigue atormentando a nuestra civilización y que la mayoría del tiempo se resuelve sólo mediante guerras y revoluciones?

MCCLOSKEY : Sí, las «preocupaciones» izquierdistas y derechistas han sido precisamente la causa de guerras, revoluciones y regulaciones improductivas, la mayoría desastrosas. Nos «preocupamos» por la escasez de recursos (una preocupación, por cierto, fruto de una economía excepcionalmente mala) de tal modo que conquistamos (los alemanes) Polonia o conquistamos (los japoneses) Manchuria. Nosotros (los estadounidenses y los europeos) nos «preocupamos» por los monopolios, de modo que acabamos reuniendo a todas las empresas bajo un monopolio gigante llamado gobierno, o introducimos reguladores antimonopolísticos que fueron de inmediato capturados por las industrias que se suponían que tenían que regular. Nos «preocupamos» (los estadounidenses) por el consumo desmedido europeo, por ejemplo de cerveza, de los trabajadores, de modo que aprobamos la ley seca, con los resultados conocidos. Tras no aprender de esos resultados, nos preocupamos (los angloamericanos blancos, de nuevo) de que los afroamericanos y los hispanos iban a violar a las mujeres blancas después de drogarse, de modo que introducimos la guerra contra la droga. Etcétera, etcétera. En el siglo XIX tal vez el único descubrimiento correcto de las ciencias sociales fue «dejad que la gente común gestione su vida económica como quiera y, en consecuencia, todo el mundo será mucho más próspero». Los otros descubrimientos sociales —la historia racial, por ejemplo, la eugenesia o las pruebas de significación estadística— resultaron estar equivocados y, por lo común, fueron desastrosos.

Wprost : Como la burguesía rica es tan influyente, y en cierto sentido es responsable de nuestra civilización, ¿no debería limitarse a sí misma, poner un límite a su propia riqueza?

MCCLOSKEY : No, porque la entrada de competidores en el mercado —la destrucción creativa— mantiene controlada a la rica burguesía. Ciertamente, puede influir en la política. Pero eso siempre ha sido así. Debemos trabajar contra el gobierno de los ricos, sobre todo defendiendo vigorosamente la libertad de expresión y la libertad de prensa, que están sufriendo un serio ataque hoy en día en Polonia. Si seguimos el camino de la Rusia de Putin, como quiere el partido Ley y Justicia, estamos condenados: los ricos se hacen con el poder y los poderosos se hacen, gracias al gobierno, aún más grotescamente ricos, suprimiendo la competencia.

El monopolio real no nace de la mejora comercialmente probada. El gobierno es quien lo causa, no quien lo impide. Adam Smith escribió en 1776: «Fundar un vasto imperio con el único objetivo de crear un pueblo de clientes puede parecer a primera vista un proyecto acertado sólo para una nación de tenderos. En realidad, es un proyecto totalmente incorrecto para una nación de tenderos, aunque extremadamente conveniente para una nación cuyo gobierno está *influido* por tenderos». ¹

Por otro lado, apruebo la caridad, tal como John D. Rockefeller la ejerció al principio y al final de su larga vida, y me irritan también los tontos excesos del consumo de los superricos. Aquí estoy de acuerdo con Piketty, que detesta a Liliane Bettencourt, la perezosa heredera de la fortuna L'Oréal. Su fundación «caritativa» está dotada con un *1,5 por ciento* de su enorme riqueza. Comparemos eso con la Carnegie Foundation, a la que el fabricante de acero estadounidense dotó con el ciento por ciento de la suya. El admirable «evangelio de la riqueza», como dijo Carnegie, se practica mucho menos en Europa que en Estados Unidos o Japón. Hay que imitar a Estados Unidos y Japón.

Pero entendamos que esa caridad no puede cambiar demasiado la distribución de los ingresos. Los números son reveladores. En Estados Unidos, la mayoría de la gente rica da al final una parte sustancial de su riqueza a organizaciones benéficas como las iglesias o las universidades. Pero el flujo anual de su generosidad, combinado con la considerable generosidad de gente mucho más pobre, sobre todo cuando los pobres acuden a la iglesia, asciende a un solo dígito, y muy bajo, como porcentaje del PIB. El 2 o 3 por ciento. La caridad voluntaria no puede cambiar radicalmente la condición de los pobres. El crecimiento puede y lo hace, literalmente, por miles por ciento.

Tampoco es la caridad involuntaria, canalizada por medio del gobierno, el camino a seguir. En los números se advierte que si expropiáramos a toda la gente rica, la gente

corriente sólo se beneficiaría un poco. En cambio, la gente común como tú y como yo se beneficia mucho de la destrucción creativa y del Pacto Burgués: «Déjame probar la mejora que propongo en un régimen de libre comercio, dentro y fuera de Polonia y déjame que me quede los beneficios que consiga (hasta que esos irritantes competidores se entrometan para acabar con la diversión) y a largo plazo —y no tan largo, como puedes ver en la historia reciente de Polonia— os haré ricos *a todos*, en comparación con lo que obtendríais bajo el Pacto Aristocrático, el Pacto Comunista o el Pacto de Ley y Justicia».

Wprost : En sus publicaciones ha dedicado bastante espacio a comentar la fuente de la riqueza. Pero ¿le importa realmente, por ejemplo, al polaco medio, cómo su jefe obtuvo sus millones, si nunca va a tener tal cantidad de dinero?

MCCLOSKEY : La mayoría de nosotros no vamos a ser Bill Gates. Pero tenemos que dejar que florezcan las personas como Bill Gates y también los pequeños emprendedores de tu vecindario, o de lo contrario todos seremos pobres. La envidia que hace que cortemos las cabezas que sobresalen nos deja pobres —aunque iguales—. Oí una fábula sobre eso por primera vez en la República Checa, pero supongo que tiene un equivalente en Polonia. Jesús y san Pedro viajan disfrazados, pidiendo a las familias comida y un refugio para la noche. Después de muchos rechazos, al fin una pareja de campesinos los acoge. A la mañana siguiente los viajeros revelan sus identidades, y Jesús dice: «Para recompensaros por vuestra caridad, recibiréis lo que queráis». El marido y la mujer consultan entre susurros un momento y el marido se vuelve hacia Jesús diciendo: «Nuestro vecino tiene una cabra, que le da leche a su familia...». Jesús le interrumpe: «¿Queréis una cabra para vosotros?». «No. Queremos que mates a la cabra del vecino.» La envidia es un pecado, que corrompe la comunidad y las almas. Y es un desastre económico que nos deja a todos sin cabras.

Considerar a los mejoradores comercialmente probados —los emprendedores, los destructores creativos— como héroes *es* el modelo correcto. Nos inspira. Si nuestros únicos héroes son reyes y políticos e incluso jugadores de fútbol, no honramos a la gente que, de hecho, mejora más nuestras economías. Y nuestro interés por intentar ser pequeños emprendedores (que en ocasiones también pueden hacerse grandes) disminuye.

Wprost : Cuando comparas la burguesía estadounidense y europea ves una gran diferencia. En Estados Unidos las fortunas se basan en nuevas tecnologías y en Europa en el viejo dinero, la herencia. ¿Afecta eso a una economía y a la igualdad?

MCCLOSKEY : No creo que tengas razón en ese contraste. Hay riqueza de las dos clases en los dos continentes, y las diferencias que la gente imagina que son grandes en realidad son bastante pequeñas. Considera Suecia, por ejemplo, que conozco porque he vivido y tengo muchos amigos allí, algunos de Polonia. La gente dice que Suecia es «socialista». Los viejos polacos saben que eso es una tontería porque han experimentado el socialismo real y pleno hasta 1989, y en esos tiempos malvados y empobrecidos iban a Suecia durante un mes o durante las vacaciones para ganar mucho dinero a la manera capitalista. Incluso hoy, la «socialista» Suecia es burguesa y «capitalista» y no mucho menos que Estados Unidos. Suecia permite la propiedad y los beneficios. Asigna la mayoría de los bienes mediante precios no regulados. El gobierno sueco, aunque entrometido si se compara con los estándares históricos —como la mayoría de los gobiernos hoy en día—, no posee muchos de los medios de producción. A diferencia de los socialistas estadounidenses, sean demócratas o republicanos, que intervinieron para salvar General Motors y Chrysler durante sus problemas posteriores a 2007, el gobierno sueco se negó a rescatar Saab Automobile (que luego esa misma General Motors vendió en 2010) cuando quebró. Los suecos tampoco pusieron ninguna objeción cuando los chinos compraron la quebrada Saab y la solvente Volvo. Todos los coches «suecos» son ahora chinos.

En Suecia la elección de la profesión es libre, aunque arrastra la carga, como en Estados Unidos y Polonia, de los cárteles de médicos y electricistas. Se honra el innovismo, aunque está muy regulado, como lo está en Estados Unidos y Polonia. La corrupción es baja, mucho más baja que en la mayoría de los estados de Estados Unidos o en Polonia, aunque con un nivel elevado de «transparencia» intrusiva del gobierno, que observa los asuntos privados. En Suecia la herencia no es un camino admirado hacia el estatus social, como sucede en Estados Unidos o Polonia. Como la mayoría de los estadounidenses, la mayoría de los suecos viven en grandes ciudades, aunque en sus largas vacaciones de verano huyan a sus cabañas de los bosques pintadas de rojo. Los suecos son honestos y burgueses. Y son, de acuerdo con medidas conservadoras, treinta veces más ricos de lo que fueron sus ancestros en un país que en 1800 era casi tan pobre como Rusia (que acababa de ser ampliada, compartiendo lo que quedaba de Polonia con Prusia).

Wprost : La burguesía polaca, o simplemente los polacos ricos, la mayoría de los cuales son millonarios de primera generación, se enfrenta a los mismos problemas —envidia, odio—. Se les pide que compartan y paguen más a sus trabajadores. Muy pocos polacos los admiran por lo que han hecho. Lo que ahora preocupa más bien a los polacos es por qué no hacen más por ellos.

MCCLOSKEY : Para encaramarse a lo más alto de la lista de los países ricos, Polonia tiene que cambiar su ideología con respecto al innovismo, la admiración liberal del progreso por medio del ingenio. Un cambio en la ideología, primero en Holanda y después en Gran Bretaña, y en particular en lo que se convirtió en Estados Unidos, es lo que causó el Gran Enriquecimiento —aumentos en el confort real a partir de 1800 que suponen una multiplicación por factores de diez, treinta o cien—. Primero la clerecía (Voltaire y Smith, por ejemplo) y después la gente corriente empezaron a *admirar* a la burguesía. El resultado fue el éxito del Pacto Burgués. Recuerda matar a la cabra.

Wprost : Cuando miramos a nuestro alrededor y escuchamos los debates intelectuales en los medios de comunicación o en las universidades, uno tiene la sensación de que las ideas de Piketty reflejan el estado de ánimo popular. ¿Está la sociedad occidental virando hacia el socialismo?

MCCLOSKEY : Siempre estamos virando hacia el socialismo y tenemos que ir en dirección contraria. El partido Ley y Justicia es socialismo de tintes fascistas. El problema es que la gente piensa en el gobierno de la manera en que los rusos pensaban en el zar. Se suponía que el «buen zar» era el padre de la nación y debía gestionar las cosas para que salieran bien. Los chinos tienen una tradición similar.

La gente cree que la «política» del gobierno (la palabra inglesa *policy* , con este sentido, se acuñó en el siglo XIX) es lo que hace rica a la gente. Las leyes del salario mínimo. La «protección» del trabajador y el comercio exterior. No es así. La mayoría de las intervenciones gubernamentales hacen que la persona media acabe peor, no mejor — recordemos a la gente común de mediana edad que vota, de hecho, para impedir que la gente joven consiga un trabajo—. Estamos colectivamente mejor gracias a nuestros propios esfuerzos y porque comerciamos con otra gente a la que se deja en paz para que se esfuerce por sí misma, no porque el zar, el emperador o el gobierno subvencionen nuestra actividad (mira la escandalosa política agraria común, que tiene su equivalente en Estados Unidos: se beneficia a los agricultores polacos, se perjudica a los africanos). Cuando somos colectivamente pobres es porque hemos votado a favor de malas políticas, o porque una banda de ladrones se ha quedado con el gobierno. Con frecuencia, ambas cosas.

Como escribió con lucidez en 1881 el sociólogo estadounidense William Graham Sumner (1840-1910): «Si una industria no es rentable, es una abominación industrial. Es desperdicio y destrucción. Cuanto más grande sea, más perjuicio causa. El fabricante protegido es obligado a afirmar, cuando pide protección, que su negocio no sería rentable sin ella... Por lo tanto pide a la legislatura que le dé poderes para cobrar

impuestos a sus conciudadanos, para obtener de ellos el capital que pretende gastar, y además un buen sueldo para sí mismo mientras lleva a cabo ese negocio». ²

La gente *cree* que los impuestos, los subsidios, las cuotas, los salarios mínimos, las licencias, la zonificación, la política industrial y todas las demás formas mediante las que los gobiernos restringen el Pacto Burgués te hacen rico. No te lo creas. No dejes que te engañen.

Piketty merece cierto elogio

En 2015 el Erasmus Journal for Philosophy and Economics me pidió que escribiera una breve reseña del libro de Piketty. Me dejé llevar y acabé con un ensayo de cincuenta páginas, que aquí está dividido en partes más pequeñas. La crítica a Piketty es un extenso ejemplo de cómo entrar en los detalles de un argumento a favor de la economía liberal. Un ejemplo de cómo profundizar, para mostrar lo que se puede hacer. No podemos contestar con la frase de una pegatina de parachoques: necesitamos lógica y evidencia.

Thomas Piketty escribió en 2013 un libro grande, de 577 páginas de texto en la traducción inglesa, 76 páginas de notas, 115 cuadros, tablas y gráficos, que han excitado a la izquierda de todo el mundo. «¡Es justo lo que decíamos!», gritan los izquierdistas. «¡El problema es el capitalismo y su inevitable tendencia a la desigualdad!» Publicado primero en francés, la edición en inglés fue publicada por Harvard University Press en 2014, recibió el elogio generalizado de columnistas como Paul Krugman y alcanzó los primeros puestos de la lista de libros más vendidos de *The New York Times*. A finales de 2014 salió una edición en alemán, y Piketty —que debe estar exhausto después de todo esto— trabajó horas extras para exponer sus ideas ante grandes audiencias alemanas. No sale bien en la tele, porque no tiene sentido del humor. Pero él sigue, y las ventas del libro se acumulan.

Hacía mucho tiempo (¿qué tal «nunca»?) que un tratado técnico sobre economía no tenía ese mercado. Una economista sólo puede aplaudir. Y una historiadora económica sólo puede mostrarse eufórica. La sensación que ha causado Piketty sin duda hará que muchos académicos jóvenes interesados por la economía dediquen sus vidas al estudio del pasado. Eso es bueno, porque la historia económica es una de las pocas ramas de la economía que es científicamente cuantitativa. En la historia económica, como en la economía experimental y algún otro campo, los economistas confrontan de veras las evidencias, a diferencia, por ejemplo, de gran parte de la macroeconomía, la economía de la organización industrial o la economía del comercio internacional, que hoy en día juegan con mundos alternativos y econometrías no concluyentes.

En cualquier ciencia toda evidencia debe hallarse en el pasado, y algunas de las pruebas más interesantes y científicamente relevantes se encuentran en un pasado más o menos remoto. Como dijo en 1922 el historiador de la economía británico John Clapham, un

poco a la manera de los economistas llamados «austriacos» (aunque él era un economista «marshalliano»; ambos eran partidarios del libre comercio): «El economista es, quiera o no, un historiador. El mundo ya se ha movido antes de que sus conclusiones estén maduras». ¹ Ciertamente, a los historiadores económicos también les suele interesar el pasado por sí mismo (a mí me sucede, por ejemplo) y no sólo como una forma de extrapolar al futuro, que es el objetivo de Piketty. Su libro, a fin de cuentas, es sobre el capital en el *siglo XXI*, que apenas acaba de empezar. Pero si vas a ser economista científico, geólogo científico, astrónomo o biólogo evolutivo, el pasado debería ser tu presente.

Piketty es un buen ejemplo de cómo hacerlo. No se lía, como hacen muchos economistas, con la única herramienta empírica que les enseñan en la universidad, es decir, el análisis de regresión múltiple a partir de los «datos» de otros (uno de los problemas es la propia palabra *datos*, que significa «cosas dadas»; los verdaderos científicos deberían tratar con *capta*, «cosas captadas»). Por lo tanto, no comete uno de los dos pecados de la economía moderna: el uso de «tests» sin sentido de significado estadístico (en ocasiones se refiere a relaciones «estadísticamente insignificantes» entre, por ejemplo, las tasas impositivas y las tasas de crecimiento, pero espero que no suponga que un coeficiente grande medido de manera imprecisa es «insignificante» por lo que respecta a la muestra sólo porque R. A. Fisher dijo en 1925 que lo era). Piketty construye o usa estadísticas de capital agregado y de desigualdad, y después las representa en una gráfica para estudiarlas, que es lo que los físicos, por ejemplo, hacen también cuando abordan sus experimentos y observaciones.

Tampoco comete el otro pecado, que es desperdiciar tiempo científico en teoremas de existencia. Los físicos, de nuevo, tampoco lo hacen. Si los economistas vamos a seguir envidiando a los físicos, al menos aprendamos de lo que hacen. Piketty se ajusta a los hechos y no se adentra, por ejemplo, en los mundos sin sentido de la teoría de juegos no cooperativos, que hace mucho los economistas experimentales echaron por tierra, como también han hecho las evidencias históricas de una inmensa cooperación humana. Tampoco recurre a equilibrios generales no computables, que nunca se han usado en la ciencia económica cuantitativa porque son una rama de la filosofía, y además una bastante estéril.

En esas dos cuestiones, *bravissimo*.

Su libro, además, está escrito de manera clara y nada pretenciosa, aunque algo huraña, e imagino que también es así en el original francés. Piketty merece ser elogiado por seguir la vieja regla, no tan popular hoy en día entre *les français*, según la cual «*ce qui n'est pas clair n'est pas français*» o «lo que no es claro no es francés». Yo puedo dar fe de la versión

inglesa. Ciertamente, es probable que el libro esté condenado a ser uno de esos libros que se compran más de lo que se leen. Los lectores de cierta edad tal vez recuerden el inmenso *Gödel, Escher, Bach: un eterno y grácil bucle* (1979), de Douglas Hofstadter, un libro admirado pero nunca leído que estuvo en muchas mesas de centro durante la década de 1980, y los lectores más jóvenes, *Una breve historia del tiempo* (1988), de Stephen Hawking. La empresa Kindle de Amazon registra la última página que has subrayado en un libro que te has bajado (no lo sabías, ¿verdad?). Utilizando eso, el matemático Jordan Ellenberg calcula que el lector medio de las 655 páginas de texto y notas al pie de *El capital en el siglo XXI* lo deja poco después de la página 26, donde deja de subrayar, más o menos al final de la introducción. Propone que el porcentaje que mide Kindle de un libro aparentemente leído, que en el pasado se llamó Índice Hawking (la mayoría de los lectores de *Una breve historia* dejaron de subrayarlo en el 6,6 por ciento del libro), se renombre como Índice Piketty (2,4 por ciento). ² Para ser justos con Piketty, un comprador de la edición en tapa dura, y no la de Kindle, es probablemente un lector más serio y llegará más lejos. Con todo, mantener la atención del lector medio de *The New York Times* durante poco más de 26 páginas de densos argumentos económicos, tras lo cual el libro ocupa un lugar privilegiado en la mesa de centro, da fe de la habilidad retórica de Piketty, que yo admiro. El libro siempre es interesante, sobre todo si te parecen interesantes los intrincados argumentos numéricos.

Es un libro documentado de manera honesta y profunda, si acaso un tanto tendenciosa. Nada que yo pueda decir —y diré algunas cosas duras, porque son ciertas e importantes y muestran con detalle parte de lo que está mal en el argumento antiliberal— pretende impugnar la integridad de Piketty o su esfuerzo científico. El libro es fruto de un gran esfuerzo colaborativo de la Paris School of Economics, que él fundó, asociada con algunas de las inteligencias más brillantes de la tecnoizquierda económica francesa. *Hélas*, mostraré que Piketty está gravemente equivocado en su ciencia y su ética social. Pero también lo están muchos economistas y calculadores, algunos de los cuales son mis amigos más queridos. El que esté libre del pecado de calcular mal su concepto central, de comprender mal un elemento clave de la economía o ignore por completo la cuestión ética, que tire la primera piedra.

Pero el pesimismo sobre las sociedades de mercado no está justificado científicamente

Más de la reseña de Piketty

Leer el libro de Piketty es una buena oportunidad para entender la última de las preocupaciones izquierdistas sobre el capitalismo y para probar su fortaleza económica y filosófica. La preocupación de Piketty acerca de que los ricos se hagan más ricos es, de hecho, «la última» de una larga lista que se remonta a Malthus, Ricardo y Marx. Desde los genios fundadores de la economía clásica, una mejora comercialmente probada (expresión preferible a «capitalismo», y su errónea implicación, dominante en Piketty, de que es la acumulación de capital, no la mejora, lo que nos ha hecho más prósperos) ha enriquecido enormemente a grandes partes de una humanidad cuya población es ahora siete veces mayor que en 1800. Es muy probable que más o menos en los próximos cincuenta años enriquezca a todo el mundo en el planeta. Mira China e India (y deja de decir: «Pero allí no *todo el mundo* se ha vuelto rico»); lo harán, como muestra la historia de Europa y, en todo caso, lo harán de acuerdo con el estándar éticamente relevante de las comodidades básicas denegadas a la mayoría de la gente en Inglaterra y en Francia antes de 1800, en China antes de su nuevo inicio en 1978 y en India antes del suyo en 1991). En sus preocupaciones, la izquierda olvida a menudo el suceso secular más importante desde la invención de la agricultura —el gran enriquecimiento de los dos últimos siglos—, y sigue preocupándose, como el pequeño perro que se preocupa por su hueso en el anuncio televisivo de Travelers Insurance, con una nueva versión cada media generación, aproximadamente.

He aquí una lista parcial de los preocupantes pesimismos, cada uno de los cuales tiene su momento de gloria desde el momento en que, como dijo el historiador del pensamiento económico Anthony Waterman, «el primer *Essay* de Malthus [1798] situó en el centro la escasez de tierra. Y así empezó una mutación, que duró un siglo, de la “economía política”, la ciencia optimista de la riqueza, a la “economía”, la ciencia pesimista de la escasez». ¹

A Malthus le preocupaba que proliferaran los trabajadores y a Ricardo le preocupaba que los propietarios de la tierra engulleran el producto nacional. A Marx le preocupaba, o celebraba, dependiendo de cómo se vea el materialismo histórico, que los propietarios

del capital hicieran al menos un valiente intento de engullirlo. Los economistas clásicos son los maestros de Piketty, y su teoría se describe —antes de la página 26— como la suma de Ricardo y Marx. Al último de los clásicos, John Stuart Mill, le preocupaba, o celebraba, dependiendo de cómo se vea la enfermiza rapidez de la vida moderna, que el estado estacionario estuviera a la vuelta de la esquina.

Entonces los economistas, muchos de izquierdas pero algunos de derechas, en una rápida sucesión desde 1880 hasta el presente —al mismo tiempo que un innovismo liberal hacía aumentar cada vez más los salarios—, empezaron a preocuparse de, por nombrar unos cuantos campos que escogieron para el pesi-mismo, «el capitalismo», la avaricia, la alienación, la impureza racial, la falta de poder de negociación de los trabajadores, las mujeres trabajadoras, el mal gusto en el consumo de los trabajadores, la inmigración de las razas inferiores, el monopolio, el desempleo, las finanzas frente a la ingeniería, la publicidad, los ciclos económicos, los retornos crecientes, las externalidades, el infraconsumo, la competición monopolística, la separación de la propiedad del control, la falta de planificación, el estancamiento de posguerra, las repercusiones de la inversión, el crecimiento de-sequilibrado, los mercados laborales duales, la insuficiencia de capital, la irracionalidad del campesino, las imperfecciones del mercado de capitales, la elección pública, los mercados ausentes, la asimetría informativa, la explotación del tercer mundo, la captura del regulador, los gorriones, las trampas de nivel bajo, las trampas de nivel medio, la dependencia del camino, la falta de competitividad, el consumismo, las externalidades del consumo, la irracionalidad, los descuentos hiperbólicos, el «demasiado grande para quebrar», la degradación medioambiental, el pago insuficiente a los trabajos de cuidados, como el de los ancianos, el exceso de pago a los consejeros delegados, el crecimiento lento y más.

Se pueden emparejar los últimos conceptos de la lista, y algunos de los primeros recuperados a la manera de Piketty o Krugman, con determinados premios Nobel conmemorativos de Economía. No los nombraré aquí (por cierto, todos hombres, en claro contraste con el método de Elinor Ostrom, Nobel en 2009), pero puedo revelar su fórmula: primero, descubre o redescubre una condición necesaria para la competencia *perfecta* o un mundo *perfecto* (en el caso de Piketty, por ejemplo, una igualdad más perfecta de ingresos, suponiendo sin una reflexión ética seria que la igualdad *es* la perfección). Luego, afirma sin pruebas (aquí Piketty lo hace mucho mejor de lo que es habitual) pero con la adecuada ornamentación matemática (por ejemplo, Jean Tirole, Nobel en 2014) que la condición puede darse de manera imperfecta o que el mundo puede no desarrollarse de una manera perfecta. La perfección aquí abajo, por supuesto, es improbable. No, imposible. Luego concluye con una floritura (aquí, sin embargo, Piketty cae en el bajo estándar científico habitual), que el «capitalismo» está condenado a menos que los expertos intervengan en el gobierno con un amable uso del monopolio

de la coerción, para implementar leyes antimonopolio contra los malhechores de gran riqueza, subsidios a industrias con retornos decrecientes, ayuda exterior a gobiernos perfectamente honestos, dinero para industrias obviamente inexpertas, empujoncitos para consumidores lamentablemente infantiles o, dice Piketty, un impuesto sobre el capital que provoca la desigualdad en todo el mundo.

Un rasgo de esta extraña historia de descubrimiento de errores y de las correcciones estadísticas propuestas es que el pensador económico rara vez considera necesario aportar pruebas de que la intervención gubernamental que él ha propuesto (casi siempre, como he dicho, es «él») funcionará como se supone que debe hacerlo. Y casi nunca considera necesario aportar pruebas de que la condición necesaria para la perfección imperfectamente alcanzada es lo bastante grande antes de la intervención como para haber reducido mucho el rendimiento de la economía en agregado. (Repito: Piketty supera el estándar habitual en este aspecto.)

El historiador económico John Clapham formuló esa queja en 1922, cuando los teóricos proponían, a partir de uno o dos diagramas, que el gobierno subsidiara industrias con retornos supuestamente crecientes. Los economistas no decían cómo llegaban al conocimiento de qué industrias presentaban rendimientos crecientes, o cómo obtener el subsidio, o cuánto ayudaría de verdad su consejo no cuantitativo a un gobierno imperfecto para acercarse a la sociedad perfecta. El silencio fue desalentador, escribió Clapham con aspereza, para «el estudioso de las cosas, no de las categorías». Continúa siendo así hoy, casi un siglo después. Reprendió al economista de Cambridge A. C. Pigou: uno estudia «*La economía del bienestar* y descubre que, en casi mil páginas, no hay ni una ilustración de qué industrias están en qué cajas [es decir, en qué categorías teóricas], aunque muchos argumentos empiezan, “cuando prevalecen las condiciones de retornos crecientes”, como si todo el mundo supiera cuándo sucede eso». Reprodujo, como un ventrílocuo, la respuesta del teórico que imagina sin entusiasmo cuantitativo «esas cajas económicas vacías», una respuesta ya oída, en la que la verosimilitud no mejora: «Si quienes conocen los hechos no pueden hacer los encajes, nosotros [los teóricos que encontramos graves errores en la economía] lo lamentamos. Pero nuestra doctrina mantendrá su lógica y, podemos añadir, su valor pedagógico. Y luego es que queda muy bonito en gráficos y ecuaciones».²

En ese historial de no comprobar el impacto que podría tener una supuesta imperfección a escala nacional hay una rara excepción, el libro de 1966 de los marxistas Paul Baran y Paul Sweezy, *El capitalismo monopolista*, que intentaba (y fracasaba honrosamente) medir el alcance global del monopolio en la economía estadounidense.³ Para la mayoría de las demás preocupaciones de la lista —como las externalidades que obviamente requieren la intervención del gobierno (como han declarado en sucesión

histórica Pigou, Samuelson y Stiglitz)— los economistas no han considerado que mereciera la pena dedicar su tiempo científico a mostrar que el mal funcionamiento importa mucho en agregado. Piketty al menos lo intenta (y fracasa honrosamente).

Y hablando de «valor pedagógico», el mero número de las «imperfecciones» que durante un breve tiempo están de moda, pero nunca se miden, ha llevado a los jóvenes economistas —que de manera ingenua suponen que sus mayores *deben* de haber encontrado algunos hechos que estén detrás de los bonitos gráficos y ecuaciones— a creer que la mejora comercialmente probada ha funcionado vergonzosamente mal, a pesar de que todos los instrumentos cuantitativos están de acuerdo en que ha funcionado espectacularmente bien a partir de 1800 o 1848.

Por el contrario, economistas liberales como Arnold Harberger y Gordon Tullock, que afirman que la economía funciona bastante bien, han llevado a cabo la investigación factual, o al menos han sugerido cómo hacerla. ⁴ La actuación de Pigou, Samuelson, Stiglitz y el resto de la izquierda (reconozcamos que en esos tres casos es una «izquierda» bastante moderada) sería como si un astrónomo propusiera, a partir de algunas asunciones cualitativas, que el hidrógeno del Sol se va a agotar muy, muy pronto, lo que requeriría una intervención urgente del imperio galáctico, pero no se molestara en descubrir mediante una observación seria y simulaciones cuantitativas cuándo sucedería más o menos ese triste acontecimiento. En general, en la teoría económica ha bastado con mostrar la simple dirección de una «imperfección» en una pizarra (los «teoremas cualitativos» de Paul Samuelson, tan nefastamente recomendados en su tesis doctoral de 1947, cuyo modesto título era *Fundamentos del análisis económico*) y después esperar la llamada telefónica de la Academia Sueca bien temprano una mañana de octubre.

Una empieza a sospechar que el típico izquierdista —la mayoría de las preocupaciones más solemnes proceden de la izquierda, lo cual es natural, aunque quizá no tan natural si te-nemos en cuenta los grandes réditos que el «capitalismo» ha supuesto para la clase trabajadora— empieza con la arraigada convicción de que la mejora comercialmente probada tiene serios defectos. La convicción se adquiere a los dieciséis años, cuando el protoizquierdista descubre la pobreza pero no tiene herramientas intelectuales para comprender de dónde procede. Yo seguí ese patrón, y por lo tanto me convertí durante un tiempo en socialista. Después el «buen socialdemócrata para toda la vida», como se describe a sí mismo (y como yo misma me describí durante un periodo), cuando se ha convertido en economista profesional, para justificar la ya muy arraigada convicción, mira a su alrededor en busca de una indicación *cualitativa* de que en algún mundo imaginado de categorías y no de cosas la convicción sería cierta, sin molestarse en hacerse con cifras relevantes de nuestro propio mundo (algo de lo cual, digo de nuevo,

no puede acusarse a nuestro Piketty). Es el utopismo del tipo de izquierdas de buen corazón el que dice: «Sin duda esta miserable sociedad, en la que algunas personas son más ricas y más poderosas que las demás, puede mejorarse mucho. ¡Podemos hacerlo *mucho* , mucho mejor!». El utopismo surge de la lógica de la teoría de las fases, concebida en el siglo XVIII como una herramienta con la que combatir la tradición y utilizada en *La riqueza de las naciones*, entre otros libros de menos valor. Sin duda la historia no ha terminado. *Excelsior!*

Cierto, la derecha también puede ser acusada de un cierto utopismo, con su propio aire adolescente, cuando afirma sin pruebas, como hacen algunos economistas del viejo modelo austriaco y como hacen algunos de la Escuela de Chicago que han perdido el gusto por llevar a cabo comprobaciones serias de sus verdades, que ya vivimos en el mejor de los mundos posibles. Pero reconociendo que hay mucha culpa que repartir en la economía por proponer una ciencia meramente filosófica y no seriamente cuantitativa, el rechazo izquierdista a cuantificar el sistema como un todo me parece más dominante y más peligroso.

Tengo un amigo marxista muy querido, y en extremo inteligente, que me dice: «¡Odio los mercados!». Y yo le respondo: «Pero, Jack, te encanta buscar antigüedades *en los mercados* ». «No me importa. ¡Odio los mercados!» En concreto, los seguidores de Marx se han preocupado, en orden, de que el típico trabajador europeo estuviera empobrecido en esos mercados, de lo cual tenían pocas pruebas, después de que estuviera alienado, de lo cual tenían pocas pruebas, después de que el trabajador de la típica periferia del tercer mundo estuviera explotado, de lo cual tenían pocas pruebas. Recientemente, los marxistas y el resto de la izquierda han empezado a preocuparse por el medioambiente, en lo que el historiador Eric Hobsbawm llamó con un cierto desagrado, natural en un viejo marxista, «un argumento mucho más de clase media». ⁵ El cambio climático global es un problema acuciante, pero las soluciones viables, como un impuesto al carbono, no son ni mucho menos marxianas. Las preocupaciones más generales de la izquierda sobre el medioambiente con frecuencia no están fundamentadas en pruebas y no hay propuestas marxistas sobre qué hacer, excepto que todos volvamos al lago de Walden y a la vida de 1845 o cometamos un suicidio en masa.

Hace mucho tiempo tuve una pesadilla. No soy muy proclive a ellas, y ésta fue muy intensa, la pesadilla de una economista, una economista samuelsoniana. ¿Y si *todas* las acciones tuvieran que llevarse a cabo de manera exactamente óptima? Maximizar la Utilidad sujeta a Constricciones. $\text{Max } U$. s. a. C. Supongamos, en otras palabras, que tuvieras que alcanzar la cima *exacta* de la colina de la felicidad sujeta a constricciones *cada vez* que alargas el brazo para coger la taza de café o *cada vez* que das un paso en la

calle. Por supuesto, fracasarías una y otra vez en el intento, paralizado por el miedo a la menor desviación de lo óptimo. A la manera irracional propia de las pesadillas, fue una visión escalofriante de lo que los economistas llaman racionalidad. El reconocimiento de la imposibilidad de la perfección exacta subyace en la obra de algunos economistas, como la satisfacción suficiente de Herbert Simon, los costes de transacción de Ronald Coase, la reafirmación de la vieja broma de Yogi Berra, de George Schackle e Israel Kirzner: es difícil hacer predicciones, sobre todo acerca del futuro.

Los jóvenes economistas e ingenieros sociales estadounidenses de la década de 1960, inocentes como criaturas, estábamos seguros de que lograríamos una perfección predecible y mecánica. «Afinar», lo llamábamos. Fracasó, como debe hacerlo la perfección en los planes humanos sobre los humanos. Boudreaux señala que «la ingeniería social es una clase de ingeniería que nadie —no importa su brillantez, educación, habilidades, conducta o intenciones— está ni remotamente cualificado para llevar a cabo. Uno de los mayores mitos es el que sostiene que la sociedad es como una máquina que se puede mejorar si la diseñan las personas adecuadas». ⁶ La economía, como la ciencia o el arte, es más como un organismo que crece de manera incierta hacia la luz que una máquina de acero que repite exactamente hoy y mañana lo que hizo ayer.

La izquierda cree apasionadamente que la economía es sencilla, conocida y rutinaria y, por lo tanto, susceptible de coacción mecánica. La derecha cree apasionadamente lo mismo de la coacción militar. Pero la operación militar más detallada de la historia, la invasión de Normandía, se torció. ⁷ Y planificar y equivocarse durante «el día más largo» y los meses que duraron sus consecuencias fue facilísimo en comparación con una economía. La perfección del tipo mecánica, repetible y rutinaria no puede de hecho definirse en una economía o en una batalla, porque si esos planes mecánicos se pudieran definir («compra acciones en enero»; «siempre por el flanco derecho») otros los imitarían o al menos los predecirían y los derrotarían. Si fuéramos tan listos, seríamos ricos. ⁸ Los economistas y la mayoría de los generales no lo son.

El politólogo John Mueller sostuvo en 1999 que deberíamos limitarnos a buscar lo «bastante bueno». ⁹ Mueller estima que la mejora comercialmente probada y la democracia liberal tal como son, real e imperfectamente, en lugares como Europa y sus ramificaciones son bastante buenas. Los «fallos» a la hora de alcanzar la perfección en, por ejemplo, el comportamiento del Congreso o la igualdad en la distribución de los ingresos en el Reino Unido, calcula Mueller, probablemente no son lo bastante grandes como para que sean importantes en el rendimiento del sistema de gobierno o la economía. Como señaló Raymond Aron, un pensador bien extraño en su época, un liberal francés moderno: «El liberal cree en la permanencia de las imperfecciones de la humanidad; se resigna a un régimen en el que la benevolencia será el resultado de

innumerables acciones y nunca el resultado de una elección consciente». ¹⁰ Podrías llamarlo la mano invisible y señalar que esto también sucede en otros sistemas, como el lenguaje.

Al menos Piketty es un científico cuantitativo serio, a diferencia de los otros niños que juegan con los cubos de arena de las estadísticas de «significación», los teoremas de «existencia», las imperfecciones no calculadas de la economía y el establecimiento de tareas imposibles para un gobierno imperfecto (por desgracia, en este último aspecto se suma a los niños de los cubos de arena). De hecho, Piketty declara en la página 27 de su libro (comparar con la página 573): «Es importante señalar que... la principal fuente de divergencia [de los ingresos de los ricos en comparación con los de los pobres] en mi teoría no tiene nada que ver con ninguna imperfección de mercado [nótese que a Piketty las posibles imperfecciones *gubernamentales* no le preocupan]. Al contrario: cuanto más perfecto es el mercado de capitales (en el sentido del economista) más probable es [la divergencia]». Es decir, como Ricardo, Marx y Keynes, cree que ha descubierto lo que los marxistas llaman una «contradicción» (página 571), una triste consecuencia de la misma perfección del «capitalismo».

Pero todas las preocupaciones de Malthus a Piketty, de 1798 al presente, comparten un pesimismo subyacente, sea por la imperfección del mercado de capitales, por las deficiencias del comportamiento del consumidor individual o por las leyes del movimiento de la economía capitalista. Lo comparten ante la evidencia del mayor enriquecimiento per cápita que los humanos han presenciado jamás. Durante ese periodo de la historia bastante bueno, de 1800 al presente, los pesimistas económicos de izquierdas, con todo, han sido víctimas de pesadillas en las que soñaban con terribles, terribles fracasos.

Reconozcámoslo, ese pesimismo vende. Por razones que nunca he entendido, a las personas les gusta oír que el mundo se va al infierno. Se mosquean y se vuelven desdeñosas cuando algún idiota optimista se entromete en su placer. Pero el pesimismo siempre ha sido una mala guía para el mundo económico moderno. Somos enormemente más ricos en cuerpo y espíritu de lo que éramos hace dos siglos. En el próximo medio siglo —si no nos cargamos la mejora implementando modelos izquierdistas de planificación y redistribución o modelos derechistas de imperialismo y guerra, como hicimos en todos los aspectos entre 1914 y 1989, siguiendo la creencia de la clerecía de que los mercados y la democracia tienen defectos terribles— podemos esperar que todo el mundo alcance a Suecia o Francia. Lagos y Río serán tan ricos como Nueva York y Londres.

Está bastante bien.

En una sociedad liberal los ricos no se hacen ricos a expensas de los demás

Otra parte de la reseña de Piketty

El tema central de Piketty es la fuerza de interés en la riqueza financiera heredada que produce, afirma él, una creciente desigualdad de los ingresos obtenidos de la riqueza. Declara que «el dinero tiende a reproducirse a sí mismo», una queja sobre el dinero y su tipo de interés formulada de manera repetida en Occidente desde Aristóteles. ¹ Como dijo el filósofo: «De ahí que algunos creen que ésa es la función de la economía doméstica, y acaban por pensar que hay que conservar o aumentar la riqueza monetaria indefinidamente... Y muy razonablemente es aborrecida la usura, porque, en ella, la ganancia procede del mismo dinero». ² La teoría de Piketty (y de Aristóteles) es que el maldito interés sobre el capital suele ser superior a la tasa de crecimiento de la economía, de modo que la proporción de los retornos del capital en el ingreso nacional crece de manera sostenida, simplemente porque el ingreso procedente de los intereses —lo que sólo obtienen presumiblemente los ricos capitalistas, a lo que supuestamente logran aferrarse y que supuestamente luego pueden reinvertir— crece más rápido que el ingreso de toda la sociedad. Aristóteles y sus seguidores, como Tomás de Aquino, Marx y Piketty, se oponen a esa ganancia «ilimitada».

El argumento, como se ve, es muy viejo y muy simple. Piketty lo ornamenta un poco con unas portentosas cuentas sobre las ratios capital-producción y cosas así, lo que produce su desigualdad central sobre la desigualdad: mientras $r > g$, donde r es el retorno del capital y g la tasa de crecimiento de la economía, estamos condenados a que los ricos capitalistas obtengan una recompensa siempre creciente mientras los demás, pobres capullos, nos quedamos atrás en términos relativos.

Esta simple expresión verbal del argumento de Piketty es conclusiva y no requiere elaboración, siempre que sus premisas factuales sean ciertas. Pero no son ciertas: por ejemplo, sólo la gente rica tiene capital; el capital humano o social no existe; los ricos reinvierten sus retornos; nunca los pierden debido a la pereza o la destrucción creativa de otros; la herencia es el mecanismo principal, no lo es una creatividad que eleva g para el resto de nosotros justo cuando da pie a un r , que con frecuencia compartimos

todos nosotros; y sólo nos preocupamos éticamente por el coeficiente de Gini, no por la condición de la clase trabajadora.

Observa un aspecto de esto último: en el relato de Piketty las clases medias sólo nos quedamos por detrás de los voraces capitalistas *en términos relativos*. El foco en la riqueza, el ingreso o el consumo *relativos* es un problema grave, de los muchos del libro. La visión de Piketty de un «apocalipsis ricardiano», como él lo denomina, deja espacio para que a los demás nos vaya ciertamente muy bien, de manera nada apocalíptica, como de hecho ha ocurrido desde 1800. Lo que preocupa a Piketty es que los ricos puedan tener la posibilidad de hacerse más ricos, aunque también los pobres se hagan más ricos. Su preocupación, en otras palabras, tiene que ver con la pura diferencia, con el coeficiente de Gini, con una vaga sensación de envidia elevada a una proposición teórica y ética.

Otro problema grave con el razonamiento mecánico de Piketty es que r casi *siempre* superará a g , como puede decirte cualquiera que sepa algo de los niveles aproximados de los tipos de interés sobre el capital invertido y sobre la tasa a la que han crecido la mayoría de las economías (con la excepción reciente de China, donde a diferencia de la predicción de Piketty, la desigualdad ha aumentado según sus definiciones contables). Si su simple lógica es verdad, entonces el apocalipsis ricardiano es inminente, *siempre*. Dejemos, pues, que el gobierno dulce, impecable y omnícompetente —o, aún menos verosímil, un gobierno mundial o el imperio galáctico—, implemente un «impuesto progresivo *global* sobre el capital» (página 27) para gravar a los ricos. Es nuestra única esperanza.

Pero de hecho su propio *capta*, las cosas captadas de manera ingeniosa, aunque no sin defectos, por su investigación, como él reconoce de manera ingenua sin dejar que el reconocimiento alivie su pesimismo, sugiere, como he señalado, que sólo en Canadá, Estados Unidos, el Reino Unido y tal vez en otras partes de la anglosfera, la desigualdad de ingresos ha aumentado mucho y sólo lo ha hecho recientemente. Extraño: ¿por qué el aumento de la desigualdad se produce únicamente donde la gente habla en inglés? «En la Europa continental y Japón, la desigualdad de ingresos hoy en día permanece mucho más baja de lo que era al principio del siglo xx y, de hecho, no ha cambiado mucho desde 1945» (página 321 y gráfico 9.6). Véase, por ejemplo, en la página 323, gráfico 9.7, el decil superior del porcentaje de ingresos en Estados Unidos, el Reino Unido, Alemania, Francia y Suecia, 1900-2010. Pero en *todos* los países $r > g$.

De hecho, ha sido así, con muy raras excepciones como la China reciente, desde el principio de los tiempos. Pero después de que se llevaran a cabo las redistribuciones del estado del bienestar, en 1970, la desigualdad de ingresos *no* creció mucho en Alemania,

Francia y Suecia. En otras palabras, los miedos de Piketty no se confirmaron en ningún lugar entre 1910 y 1980, ni en ninguna parte a largo plazo en ningún momento anterior a 1800, ni en ninguna parte de la Europa continental y Japón a partir de la Segunda Guerra Mundial y sólo recientemente un poco en la anglosfera, incluidos Estados Unidos, el Reino Unido y Canadá (Canadá, por cierto, no se vuelve a mencionar).

Es un gran enigma si el dinero tiende a reproducirse a sí mismo, siempre, eternamente, como una ley general regida por la desigualdad de Ricardo-más-Marx en las tasas de r y de g observadas en la historia mundial. Pero en realidad la desigualdad sube y baja en oleadas, con una amplitud no muy grande, de lo cual tenemos evidencias desde hace muchos siglos hasta el presente, lo que tampoco aparece en el relato (Piketty apenas menciona el trabajo de los historiadores económicos Peter Lindert y Jeffrey Williamson, que documentaron el hecho, tan inconveniente para su argumento). De acuerdo con su lógica, una vez empieza una oleada Piketty —como sucederá en cualquier momento en que te tomes la molestia de mencionar si una economía satisface la condición casi siempre satisfecha de que los tipos de interés superen la tasa de crecimiento de los ingresos—, ésta nunca pararía. Esa lógica inexorable significa que deberíamos haber estado abrumados por un tsunami de desigualdad en el año 1800 o en el 1000 o, ya puestos, en el 2000 a. C. En un momento dado, Piketty dice justo que « $r > g$ será de nuevo la norma en el siglo XXI, como lo fue durante toda la historia hasta justo antes de la Primera Guerra Mundial » (página 572, las cursivas son mías). Una se pregunta qué hace con los tipos de interés históricamente bajos de la actualidad o los tipos de interés negativos durante la inflación de las décadas de 1970 y 1980). ¿Por qué entonces el porcentaje de los ricos no ascendió en la antigüedad al ciento por ciento? En todo caso, ¿cómo podía el porcentaje permanecer estable, por ejemplo, en el 50 por ciento, que en la Europa medieval simbolizaba su economía improductiva, cuando quienes dominaban eran la tierra y los terratenientes?

A veces Piketty describe su maquinaria como un «proceso potencialmente explosivo» (página 444); en otras ocasiones admite que si la fortuna de una familia sufre *shocks* azarosos eso significa que «es improbable que la desigualdad de riqueza crezca de manera indefinida... más bien, la distribución de la riqueza convergerá hacia un determinado equilibrio» (página 451, no cuenta nada del equilibrio). A partir de la lista *Forbes* de los muy ricos, Piketty señala, por ejemplo, que «varios cientos de nuevas fortunas aparecen en el rango [entre los 1.000 millones y los 10.000 millones de dólares] en alguna parte del mundo casi cada año» (página 441). ¿En qué quedamos, profesor Piketty? ¿Apocalipsis ahora o (lo que en realidad se observa, más o menos con pequeñas subidas y bajadas) un porcentaje constante de gente rica que deja de pertenecer a los ricos o de gente que pasa a formar parte de ellos, de manera evolutiva?

No parece que su maquinaria explique nada alarmante y, al mismo tiempo, predice algo muy alarmante.

El periodista Matt Ridley ha dado un motivo convincente que explica el reciente (ligero) aumento de la desigualdad en Gran Bretaña. «¿Quién podría haberlo imaginado?», escribe Ridley.

¿Me estás diciendo que durante tres décadas en las que el gobierno fomentó burbujas de activos en los precios de las casas; concedió exenciones fiscales a las pensiones; gravó con impuestos bajos a los ricos no-dom [es decir, «no domiciliados», los ciudadanos ricos de otros países como Rusia y Arabia Saudí que viven en el Reino Unido]; despilfarró dinero para subvencionar granjas [cuyos propietarios en Estados Unidos, y sobre todo en el Reino Unido, son terratenientes en su mayoría ricos] y restringió severamente la oferta de suelo para vivienda, aumentando la prima ganada mediante el permiso de urbanización, los ricos propietarios de capital vieron cómo su riqueza relativa aumentaba? Bueno, será posible... [Ahora en serio] que una buena parte de ese aumento de la concentración de la riqueza a partir de 1980 haya estado motivada por políticas del gobierno, que ha redirigido sistemáticamente las oportunidades de enriquecerse hacia los ricos y no hacia los pobres. ¹

En Estados Unidos, con las prestaciones sociales y las exenciones fiscales generalizadas para nuestros buenos amigos los muy ricos, como el tratamiento de la «participación en beneficios» que hizo a Mitt Romney mucho más rico, uno puede sostener de manera similar que el gobierno, que Piketty espera que solvete el supuesto problema, es la causa. No fue el «capitalismo» lo que causó la reciente y restringida alteración en la anglosfera, y sin duda no lo fue la mejora comercialmente probada con las extraordinarias tasas de los dos últimos siglos. Fueron el Parlamento y el Congreso.

En realidad, cabía esperar la irrelevancia del argumento de Piketty en vista de las fragilidades de las fuentes que declara. Empieza adoptando la teoría de un gran economista, Ricardo, que fracasó por completo como predicción; los terratenientes no engulleron el producto nacional, a diferencia de lo que Ricardo predijo confiadamente. De hecho, el porcentaje de las rentas de la tierra en el ingreso nacional (y mundial) cayó drásticamente casi desde el momento en que Ricardo afirmó que crecería de manera sostenida. El resultado se parece al de Malthus, cuya predicción de que la población sobrecargaría el suministro de comida fue desmentido casi desde el momento en que afirmó que era inevitable.

De acuerdo. Después combina la de Ricardo con otra teoría de un *economista* menos grande, Marx (que sí es el gran *científico social* del siglo XIX, sin comparación, aunque equivocado en casi todos los aspectos importantes, y sobre todo en sus predicciones). Marx suponía que los salarios caerían, los beneficios también caerían y aun así también tendrían lugar las mejoras tecnológicas. Ese relato, como señalaba con frecuencia la economista marxiana Joan Robinson, no se sostiene. Al menos uno de los dos, los

sueldos o los beneficios, tienen que subir si están teniendo lugar mejoras tecnológicas, como era tan evidente. Si el pastel es más grande, alguien tiene que recibir más.

Con el tiempo, lo que subieron fueron los salarios de la mano de obra primaria y sobre todo la gran acumulación de capital *humano*, el capital propiedad de los trabajadores, no de los verdaderamente ricos. Los retornos del capital físico fueron más altos que los retornos sin riesgo de los bonos gubernamentales británicos o estadounidenses para compensar el riesgo del capital acumulado (como quedarse obsoleto por las mejoras — piensa en tu ordenador, obsoleto en cuatro años —). Pero los retornos del capital físico, y del capital humano, iban a quedar limitados de manera muy aproximada entre el 5 y el 10 por ciento, debido a la competencia entre los capitalistas que proliferaban.

Imagina nuestro empobrecimiento si los ingresos de los trabajadores, porque *no* acumularon capital humano y sus sociedades *no* adoptaron la acumulación de ingenios desde 1800, hubieran experimentado un estancamiento a partir de 1800 como lo hizo el retorno por unidad de capital. No es difícil de imaginar, porque ese ingreso miserable de los trabajadores existe incluso ahora en lugares como Somalia y Corea del Norte. En su lugar, desde 1800, en el país rico medio, los ingresos per cápita de los trabajadores se han multiplicado por un factor de alrededor de treinta (2.900 por ciento, si lo prefieres) e incluso en el conjunto del mundo, incluidos los países aún pobres, por un factor de diez (900 por ciento), mientras que la tasa de retorno del capital físico se estancó.

Piketty no reconoce que cada oleada de inventores, emprendedores e incluso de capitalistas rutinarios ve cómo las barreras de entrada, que es un concepto económico que no parece comprender, hace que pierdan sus recompensas. Los ingresos procedentes de los grandes almacenes de finales del siglo XIX, como Le Bon Marché, Marshall Field's y Selfridge's, fueron fruto del emprendimiento. El modelo se copió después en todo el mundo rico, y fue la base de pequeñas fortunas en Cedar Rapids, Iowa, y Benton Harbor, Michigan. Entonces, a finales del siglo XX, el modelo se vio amenazado por una oleada de tiendas de descuento, y éstas a su vez por internet. La acumulación original se disipa rápida o lentamente. En otras palabras, el beneficio que va a los beneficiados queda socavado con menor o mayor rapidez por una oferta que evoluciona de manera evidente, si los monopolios y los proteccionismos del gobierno que Ridley señala en la historia británica reciente no intervienen. Recuerda el cálculo de Nordhaus que he mencionado, según el cual los inventores y los emprendedores hoy en día se llevan un beneficio de sólo el 2 por ciento del valor social de sus invenciones.⁴ Si eres Sam Walton, el 2 por ciento supone que obtienes personalmente mucho dinero por introducir los códigos de barras en las existencias de las estanterías del supermercado. Pero el 98 por ciento al coste del 2 por ciento es un trato bastante bueno para el resto de nosotros. Las ganancias procedentes de las carreteras de macadán o el caucho

vulcanizado, de las universidades modernas, el hormigón estructural y el avión han enriquecido incluso a los más pobres.

Piketty, que no cree en las respuestas de oferta, se centra en su lugar en el gran mal que supone que la gente muy rica tenga siete relojes Rolex gracias a una herencia. Habla con frecuencia de Liliane Bettencourt, heredera de la fortuna L'Oréal, la tercera mujer más rica del mundo, que «no ha trabajado un solo día de su vida, pero vio cómo su fortuna crecía exactamente con la misma rapidez que la [reconozcamos que mejoradora] de Bill Gates». ⁵ Argh, dice Piketty, lo cual es toda su filosofía ética.

La desigualdad de salarios en los países ricos donde se experimenta una brecha creciente entre los ricos y los pobres, aunque esos países sean pocos (el hallazgo de Piketty, recuerda: Canadá, Estados Unidos, el Reino Unido), se debe sobre todo, reconoce, a «la aparición de remuneraciones extremadamente altas en la cima de la jerarquía de sueldos, en particular entre los altos ejecutivos de las grandes empresas». La emergencia, date cuenta, no tiene nada que ver con su $r > g$.

Los economistas Geoffrey Brennan, Gordon Menzies y Michael Munger sostienen un argumento similar en un artículo escrito antes de que apareciera el libro de Piketty, que la herencia *inter vivos* de capital humano está destinada a exacerbar la desigualdad del coeficiente de Gini porque «por primera vez en la historia humana los padres más ricos están teniendo menos hijos... Aunque la creciente opulencia se mantenga, estará concentrada cada vez en menos manos». ⁶ Los ricos mandarán a su único hijo, con una intensa educación personalizada en francés y matemáticas, a la Sydney Grammar School y después a Harvard. Los pobres harán desaparecer lo poco que tengan entre sus supuestamente numerosos hijos.

Adam Smith esperaba que «la opulencia universal que se extiende hacia los rangos inferiores del pueblo» diera a todo el mundo acceso a una excelente educación —lo cual es un objetivo éticamente juicioso de la política social y tiene el mérito adicional de que puede lograrse—. ⁷ Los intentos de reducir la desigualdad del coeficiente de Gini no lo son. Si los pobres son tan ricos (porque se ha desencadenado el gran enriquecimiento) que también ellos tienen menos hijos, lo cual es así en todo el mundo, de Italia a Bangladés, entonces la tendencia a la diferencia creciente se verá atenuada. El economista Tyler Cowen me recuerda, además, que las tasas de nacimiento «bajas» también incluyen cero hijos, lo que hace que algunos linajes mueran —como ocurría con frecuencia incluso en las familias reales bien alimentadas—. Los niños inexistentes, como los del gran duque de Florencia Gian Gastone de Médici en 1737, no pueden heredar, ni *inter vivos* ni de otra manera. En su lugar, lo hacen sus primos segundos y terceros, dispersando la riqueza.

Y en los niños el efecto de la riqueza heredada suele eliminar su ambición, como puede observarse a diario en Rodeo Drive o Upper Sloane Street. La pereza —o, ya puestos, la regresión a la habilidad media— es un igualador poderoso. «Siempre llega un momento —escribe Piketty contra su propio argumento— en el que el hijo derrochador despilfarra la fortuna familiar», lo cual fue durante siglos motivo de conflicto en el derecho inglés a favor y en contra de las propiedades inmobiliarias que podían ser heredadas pero no vendidas (página 451). Imagina que hubieras tenido acceso a diez millones de dólares a los dieciocho años, antes de que tu carácter estuviera formado del todo. Habría sido un desastre ético para ti, como suele serlo para los hijos de los muy ricos. Nosotros, los prósperos padres del gran enriquecimiento, lógicamente podemos preocuparnos por los incentivos de nuestros hijos y sobre todo de nuestros nietos, para acometer esfuerzos como un doctorado en economía, emprender de manera seria o, de hecho, hacer obras benéficas. Por muchas pulseras de diamantes que tengan, la mayoría de los niños ricos —y tal vez todos nuestros hijos, que viven en la riqueza que el gran enriquecimiento está extendiendo a los rangos inferiores de la sociedad— no padecerán un doctorado en economía. ¿Por qué molestarse? David Rockefeller lo hizo (Universidad de Chicago, 1940, en economía), pero su abuelo tuvo la suerte poco habitual de transmitir valores modestos a su hijo John Jr. y después a sus cinco nietos engendrados por John Jr. (aunque no a su nieta en esa línea, Abby, que no trabajó ni un solo día de su vida).

Como Piketty está obsesionado con la herencia, además, quiere minimizar el beneficio emprendedor, el innovismo que ha hecho ricos a los pobres. Es de nuevo la afirmación de Aristóteles de que el dinero es estéril y que el interés en el dinero es, por lo tanto, antinatural. Aristóteles estaba equivocado en esto, como lo han estado durante mil años los antisemitas. Es habitual, en contra de lo que afirma Piketty y dejando de lado el abaratamiento de los bienes producidos gracias a las inversiones de la riqueza de los ricos, que la gente con más dinero lo consiga siendo productiva de una manera más ingeniosa, en beneficio de todos nosotros; por ejemplo, consiguiendo ese doctorado, siendo excelentes fabricantes de coches, excelentes autores de novelas de terror, excelentes pasadores de *touchdowns* o excelentes proveedores de teléfonos móviles como Carlos Slim en México, en un momento dado el hombre más rico del mundo (con un pequeño impulso, puede ser, obtenido al corromper el Congreso General mexicano).

Que Frank Sinatra se hiciera más rico que la mayoría de sus fans no es un escándalo ético. El ejemplo de «Wilt Chamberlain» que formuló Robert Nozick (Piketty menciona a John Rawls, pero no a Nozick, la némesis de Rawls) dice que si pagamos voluntariamente para obtener el beneficio que supone un consejero delegado inteligente o un deportista con talento, no hay ninguna cuestión ética más allá. Las recompensas inusualmente elevadas de los Frank Sinatra, Jamie Dimon y Wilt Chamberlain proceden

de unos mercados que son mucho más amplios en la era de la globalización y de la reproducción mecánica, no del robo o la herencia.

No es una mera cuestión de incluir la depreciación en las cuentas. El economista Eamonn Butler observa que «la idea [fundamental en el argumento de Piketty] de que el capital es un activo permanente, que proporciona a sus afortunados propietarios un flujo constante de beneficios obtenidos sin esfuerzo —como manzanas que caen de un árbol— es también un error. De hecho, el capital requiere tiempo, dinero y esfuerzos para conservarse. Debe mantenerse y protegerse. Y para mantener su valor en un mundo cambiante y competitivo, debe emplearse con diligencia y concentración constantes». ⁸ Lo mismo sucede con las habilidades y la ubicación, e incluso, como sabe todo agricultor, con la tierra. Una economía cambiante requiere de los humanos diligencia y concentración constantes, lo cual es más probable que evoquen los humanos que poseen el capital, la mano de obra y la tierra que los lejanos planificadores centrales.

El libro de Piketty tiene errores técnicos graves

Más

El argumento de Piketty tiene numerosos defectos técnicos. Cuando cavas, los descubres. Enumeraré algunos más de los que yo misma he visto. Otros economistas, he oído, han visto muchos más. Busca en Google Piketty; yo no lo he hecho porque no quiero limitarme a acumularlos. Respeto lo que ha intentado lograr y por lo tanto merece por mi parte una evaluación independiente.

Por ejemplo —éste es grande, y es también cierto en el caso del cálculo de Oxfam de la parte de la riqueza mundial que está en manos de los mayores millonarios—, la definición de Piketty de riqueza no incluye el capital humano, propiedad de los trabajadores. En los países ricos, ha crecido hasta convertirse en la principal fuente de ingresos. Se suma a la inmensa acumulación desde 1800 de capital en conocimiento y hábitos sociales, propiedad de todo el mundo con acceso a ellos. Y Piketty ignora el capital gubernamental, también muy grande y que no es propiedad exclusiva de los vilmente ricos.

Por lo tanto, sus gráficos laboriosamente compuestos de la relación del capital (sobre todo físico y meramente privado) con la producción están equivocados. Excluyen las principales formas de capital en el mundo moderno. Más concretamente, al insistir en definir el capital como algo propiedad casi siempre de los ricos, Piketty yerra la fuente de ingresos, que está principalmente encarnada en el ingenio humano, no acumulado en máquinas o tierras incautadas.

Por ejemplo, Piketty afirma misteriosamente en la página 46 que no hay «muchas razones para excluir el capital humano de nuestra definición de capital»; aunque sólo ofrece una: «el capital humano no puede ser propiedad de ninguna otra persona». ¹ Pero el capital humano es propiedad precisamente del propio trabajador. Piketty no explica por qué la autopropiedad *à la Locke*, sin permitir la enajenación, no es propiedad. Si soy propietaria y trabajo mi tierra mejorada, pero la ley me impide que la enajene (como hacen algunas leyes tradicionalistas o colectivistas), ¿por qué no es capital? Sin duda, el capital humano es «capital». Se acumula por medio de la abstención de consumo, se deprecia, obtiene una tasa de retorno determinada por el mercado, puede verse convertido en obsoleto por la destrucción creativa. Capital.

Érase una vez el mundo de Piketty, sin mucho capital humano, capital social, capital intelectual o siquiera mucho capital gubernamental; aproximadamente nuestro mundo, el de Ricardo y Marx, con los trabajadores que no tenían más que sus manos y espaldas, y jefes y terratenientes que tenían todos los demás medios de producción. Pero desde 1848 el mundo ha sido transformado por lo que está entre las orejas de los trabajadores. La única razón en el libro para excluir el capital humano y social del «capital» parece ser asegurar la conclusión que Piketty quiere alcanzar: que la desigualdad ha aumentado, o lo hará, o podría hacerlo, o es de temer que lo haga. En lógica ese movimiento se llama evitar la pregunta. Uno de los títulos del séptimo capítulo afirma que el «capital siempre [está] distribuido de manera más desigual que el trabajo». No, no lo está. Si el capital humano está incluido —la alfabetización del trabajador común de fábrica, la habilidad formada del enfermero, el dominio de sistemas complejos del gestor profesional, la comprensión del economista de las respuestas de la oferta— con la contabilidad correcta los trabajadores poseen la mayoría del capital de la nación, y el drama de Piketty desde 1848 se viene abajo.

Ignorar el capital humano en el apartado de «problemas del mundo» es doblemente extraño, porque en el apartado de «soluciones» Piketty recomienda educación y otras inversiones... en capital humano. Al centrarse en aumentar por medio de la educación el producto marginal de los trabajadores desempleados a causa de programas gubernamentales —en lugar de ayudarlos mediante la corrección de los programas gubernamentales de interferencia en el intercambio voluntario que crearon previamente el desempleo—, se une a la mayor parte de la izquierda, especialmente quienes tienen trabajos universitarios que ofrecen educación. Así, en Sudáfrica, como he señalado, la izquierda propone un salario mínimo elevado y regulaciones opresoras para solventar el problema del desempleo generado por el gobierno, mejorando por medio del mismo gobierno dudosamente competente la educación y por lo tanto los productos marginales de los sudafricanos desempleados.

Nadie, de izquierdas, de derechas o liberal, se quejaría de que hubiera una mejor educación, especialmente si cayera del cielo sin costes de oportunidad. Ciertamente, nosotros los liberales sensibleros sugeriríamos obtenerla por otros medios que inyectando más dinero en una industria nacionalizada que ofrece educación elemental y funciona mal, o en un sistema de educación superior que favorece toscamente a los ricos por encima de los pobres —como sucede llamativamente en Francia, entre otros países, dando a los estudiantes ricos, mejor preparados, una vía de entrada, sin gastos de matriculación, hacia la clase dirigente—. En todo caso, la estratagema de «nos encanta la educación», que tan bien suena, exime a la izquierda de enfrentarse a la causa evidente del desempleo en, por ejemplo, Sudáfrica: un mercado de trabajo esclerótico y otras regulaciones en ayudas del Congreso de Sindicatos Sudafricanos, amañadas contra los

negros sudafricanos miserablemente pobres que están desempleados con un pequeño subsidio en una cabaña en zonas rurales de KwaZulu-Natal.

No quiero transmitir la impresión de que en el libro de Piketty no hay economía técnica buena e interesante. En el capítulo 14, por ejemplo, ofrece la interesante teoría de que los elevados salarios de los consejeros delegados que tenemos hoy en el Reino Unido y especialmente en Estados Unidos son resultado de la caída de las tasas impositivas marginales en sus niveles extraordinariamente altos entre 1930 y 1970. En esos días felices no era tan buena idea que los directivos se pagaran a sí mismos inmensos salarios, que a fin de cuentas se llevaba todos los años el gobierno. Una vez se eliminó este desincentivo, sostiene de manera verosímil Piketty, los directivos pudieron aprovecharse de la camaradería de los comités de retribuciones para ir a por todas. Y por lo tanto Piketty recomienda volver a las tasas marginales del impuesto sobre la renta del 80 por ciento (página 513). Pero espera. Hablando técnicamente, si en términos éticos no nos gustan los salarios elevados de los consejeros delegados, ¿por qué no legislar contra ellos directamente, utilizando una herramienta más afinada que una inmensa intrusión en la economía por medio de impuestos? ¿O por qué no avergonzar a los comités de retribuciones de los ejecutivos? Piketty no lo dice.

Un problema técnico más profundo del libro, con todo, es que Piketty, aunque es economista, no comprende las respuestas de la oferta. En consonancia con su posición como hombre de izquierdas, tiene una idea vaga y confusa sobre cómo funcionan los mercados, y especialmente sobre cómo responde la oferta a los precios más elevados. Hace conclusiones pesimistas acerca de «una economía de mercado basada en la propiedad privada, si se la deja a su aire» (página 571). Sería mejor, pues, que conociera lo que la economía elemental, algo en lo que están de acuerdo todos los que lo han estudiado lo suficiente como para entender lo que dice, afirma en realidad sobre cómo se comporta una economía de mercado basada en la propiedad privada cuando se la deja a su aire. Aproximadamente, bastante bien.

Una sorprendente prueba de la confusión de Piketty tiene lugar al principio de la traducción al inglés, ya en la página 6. Empieza, aparentemente, haciendo una concesión a sus oponentes neoclásicos (aquí, repito, hay un economista clásico orgulloso, Ricardo más Marx, no mucho Mill). «Sin duda, existe en principio un mecanismo económico bastante simple que debería restaurar el equilibrio del proceso [en este caso el proceso de aumentar los precios del petróleo o el suelo urbano que llevaría a un apocalipsis ricardiano de terratenientes engulléndolo todo]; el mecanismo de oferta y de demanda. Si la oferta de cualquier bien es insuficiente y su precio es demasiado alto, *entonces la demanda de ese bien debería descender, lo que llevaría a un descenso de su precio.* »

Las palabras (en inglés) que he puesto en cursiva mezclan claramente el movimiento a lo largo de una curva de demanda con el movimiento de toda la curva, un error de primer trimestre de universidad. El análisis correcto (contamos en el primer trimestre del primer año de universidad, más o menos en la tercera semana) es que si el precio es «demasiado alto», no es toda la curva de demanda la que «restaura el equilibrio» (aunque el precio elevado a corto plazo da a la gente una razón para conservar el petróleo o el suelo urbano con coches más pequeños o pisos más pequeños, moviéndose de hecho hacia arriba en la por lo demás estática curva de demanda), sino una eventual *curva de oferta que se mueve hacia fuera*. La curva de oferta se mueve hacia fuera porque la entrada en el medio y largo plazo es inducida por el olor a beneficios extraordinarios. Se descubren nuevos depósitos de petróleo, se construyen nuevas refinerías, se establecen nuevos barrios en las afueras, se construyen nuevos rascacielos que ahorran suelo urbano, como de hecho ha sucedido a gran escala desde, por ejemplo, 1973, a menos que el gobierno haya restringido la explotación del petróleo (normalmente por motivos medioambientales) o la construcción de rascacielos (normalmente, por motivos corruptos).

Piketty sigue —recuerda: no se le ocurre que los precios altos causen con el tiempo que toda la curva de *oferta* se mueva hacia fuera, cree que el precio alto hará que la *curva* de demanda se mueva hacia *dentro*, llevando a un «descenso de los precios» (del activo escaso, el petróleo o el suelo urbano)—, «esos ajustes pueden ser desagradables o complicados». Para mostrar su desdén por el funcionamiento ordinario del sistema de precios, imagina cómicamente que «la gente debería... desplazarse en bicicleta». Las sustituciones a lo largo de una curva de demanda dada, o una que misteriosamente se mueva hacia dentro, sin ninguna respuesta de la oferta, «podrían requerir décadas, durante las cuales los terratenientes y los propietarios de pozos de petróleo podrían acumular créditos sobre el resto de la población» (ahora hace que la curva de demanda se mueva *hacia fuera*, por alguna razón de manera más rápida de lo que la curva de oferta se mueve hacia fuera) «tan grandes que podrían fácilmente [por motivos no explicados] llegar a poseer todo lo que puede poseerse, incluidas» en un uso más de la alternativa cómica, las «bicicletas, de una vez para siempre».

Tras haber hecho trizas el análisis elemental de entrada y de oferta sustitutiva, que a fin de cuentas es la historia económica del mundo, habla del «emir de Catar» como el futuro propietario incluso de esas bicicletas, de una vez para siempre. La frase debió de escribirla antes de la gigantesca expansión de la explotación del petróleo y el gas en Canadá y Estados Unidos, cuando los precios del petróleo se dispararon brevemente. Por hacerlo breve, llega a la conclusión triunfal (después de hacer caso omiso, bastante al estilo de un brillante estudiante de primer año en la tercera semana de economía elemental, de la obvia tontería que se encuentra entre esos economistas neoclásicos

amigos de los ricos), de que «la interacción entre la oferta y la demanda no descarta la posibilidad de una gran y duradera divergencia en la distribución de la riqueza vinculada a los cambios extremos en determinados precios relativos... el principio de escasez de Ricardo». Todo en la parte inferior de la página 6 y la superior de la 7, muchos errores económicos en un párrafo.

Me sorprendió tanto ese pasaje que fui al original francés y recurrí a mi francés vergonzosamente malo para asegurarme de que no era una mala traducción. Una lectura caritativa, muy caritativa, ciertamente, porque después de todo las absurdidades preparatorias siguen: «Entonces la demanda [¿toda la curva de demanda?] para ese bien debería descender» («*alors la demande pour ce bien doit baisser*»). El inglés de Piketty es mucho mejor que mi francés —dio clases un par de años en el MIT y habla un inglés culto cuando es entrevistado—. Si dejó esa absurdez en la traducción de Arthur Goldhammer (un doctor en matemáticas que desde 1979 ha traducido 75 libros del francés —aunque hay que reconocer que ésta es su primera traducción de economía técnica—), especialmente en ese importante pasaje, hay que asumir que pensó que era buena economía, una crítica penetrante, no, decisiva, de esos tontos e ingenuos economistas anglo y germano parlantes que creen que las curvas de oferta se mueven hacia fuera en respuesta al aumento de escasez. Pero invito a quien no haya dejado alguna absurdidad en sus textos, y especialmente en traducciones de su lengua nativa, a que tire la primera piedra.

En la versión francesa se descubre, en lugar del error en inglés, «que debería llevar a un descenso en el precio», típico del estudiante de primer trimestre confundido, la cláusula «*qui permettra de calmer le jeu*», es decir «que debería permitir que las cosas se calmen» o más literalmente «que debería permitir que el juego [en este caso, de oferta y demanda] se calme un tanto». La expresión *calmer le jeu*, sin embargo, se utiliza en ocasiones en contextos económicos en francés para frenar una burbuja de precios. Y es difícil ver lo que «calmar» pueda significar en el pasaje aparte de *caída de los precios* sin que tenga lugar una respuesta de la oferta, lo que niega la economía y el sentido común.

El resto del pasaje no apoya la lectura caritativa. El resto está traducido de una manera no controvertida y surge de la evidente convicción de Piketty de que las respuestas de la oferta no figuran en la historia de la oferta y la demanda, lo que de todos modos es desagradable y complicado; mucho menos que, por ejemplo, el gobierno asuma una porción radicalmente más grande de los ingresos globales en impuestos, con sus ineficiencias relacionadas, o que el gobierno aliente el rechazo de la propiedad capitalista en favor de «nuevas formas de gobernanza y propiedad compartida intermedia entre lo público y lo privado», con sus corrupciones relacionadas y falta de asunción de los riesgos (página 573).

Piketty, parece, no ha leído y entendido la teoría de la oferta y la demanda que denigra, como sí lo hizo Smith (una mención desdeñosa en la página 9), Say (lo mismo, mencionado en una nota al pie con Smith como optimista), Bastiat (no es mencionado), Walras (no es mencionado; estos tres últimos escribían en francés), Menger (no es mencionado), Marshall (no es mencionado), Mises (no es mencionado), Hayek (una cita en una nota al pie sobre otra cuestión) y Friedman (páginas 548-549, pero sólo sobre monetarismo, no sistema de precios). En resumen, no está cualificado para desdeñar los mercados autorregulados (por ejemplo en la página 572), porque no tiene ni idea de cómo funcionan. Sería como si alguien, sin entender la selección natural del proceso Galton-Watson o la genética moderna, atacara desdeñosamente la teoría de la evolución (que por cierto es idéntica a la teoría que los economistas usan para la entrada y la salida en mercados autorregulados, una versión temprana de la respuesta de la oferta fue lo que inspiró a Darwin).

En cierto sentido, no es culpa suya. Fue educado en Francia. La enseñanza de la economía al estilo francés, contra el que se dirigía el insensiblemente llamado movimiento de economía postautista de estudiantes de economía en Francia, es abstracto y cartesiano, y nunca enseña la teoría ordinaria de los precios que uno podría utilizar para entender el mercado del petróleo, desde 1973 hasta el presente. ² Debido a las respuestas de la oferta, nunca consideradas en libros de no economistas como *La bomba P* de Paul Ehrlich (1968) o por economistas que no entienden la economía elemental, el verdadero precio del petróleo, por ejemplo, ha *caído* desde 1980.

El gran economista liberal Peter Boettke habla del economista infectado a finales del siglo XIX por el empirismo sin objetivo de la escuela histórica alemana. Afirma que «la primera generación [después de 1848] rechazaba el método analítico de los economistas clásicos, pero fue formada de todos modos en él... La segunda generación, sin embargo, no formada en el método clásico, carecía de las herramientas mentales necesarias para interpretar los fenómenos económicos». ³ Pero también podría estar hablando de la primera generación de samuelsonianos, antes de 1948, en contraste con la segunda generación y Piketty, en la tercera. El propio Samuelson aprendió de verdad economía como estudiante de licenciatura en la Universidad de Chicago en la década de 1930. En particular, escribe Boettke, después de 1848 entre socialistas y después de 1948 entre ingenieros económicos, «los principios de autoorganización de la economía de mercado dejaron de ser comprendidos... La generación de economistas a quienes ahora se confía el diseño de la política económica han perdido la comprensión de las propiedades básicas de un sistema de mercado». ⁴ Es un error técnico importante de los muchos que comete Piketty.

Aun de manera más profunda, el pensamiento «estructural» de Piketty caracteriza a la izquierda, y caracteriza también el pensamiento de los científicos dedicados a la física y la biología cuando intentan adentrarse en cuestiones económicas. Ésa es la razón por la que la revista *Scientific American* hace medio siglo adoraba los análisis insumo-producción (que yo también adoraba en ese momento, de modo que lo entiendo) y aún publica argumentos de coeficiente fijo de físicos y biólogos sobre el medioambiente. Los científicos no economistas afirman: «Tenemos la estructura tal y tal en existencia, es decir, las magnitudes contables existentes actualmente, por ejemplo las reservas de petróleo actualmente conocidas». Después, ignorando que la búsqueda de nuevas reservas es de hecho una actividad económica, o ignorando incluso la definición de lo que podría ser un «recurso», calculan el resultado de una «demanda» creciente (es decir, la cantidad demandada, no distinguida de toda la curva de demanda), asumiendo que no hay sustituciones, no hay reacción al precio a lo largo de la curva de demanda, no hay reacción de la oferta al precio, no hay segundo o tercer acto, no hay visto ni no visto, como la respuesta emprendedora a una mayor escasez. A mediados del siglo XIX era también el procedimiento científico de Marx. Piketty aún lo sigue.

La contabilidad ética de la desigualdad está equivocada

Al pensar en las cuestiones que Piketty plantea de manera tan enérgica es importante tener claro qué es exactamente la desigualdad. El capital físico y los derechos sobre él (bonos, acciones, hechos) son poseídos de manera desigual, por supuesto, aunque los fondos de pensiones de los sindicatos y cosas por el estilo funcionan de otro modo. El interés de esas partes del stock de capital de la nación es ciertamente el ingreso de los ricos, especialmente de los ricos por herencia, los que más preocupan a Piketty. Pero, como he señalado, si el capital se contabiliza abarcando el cada vez más importante capital humano, como las licenciaturas en ingeniería, y el cada vez más importante capital común, como las autopistas, los parques públicos y el conocimiento moderno (internet), los ingresos en forma de intereses por el capital están poseídos de manera menos desigual que los derechos en formato papel sobre el capital físico.

Además, el consumo a su vez se disfruta de manera mucho menos desigual que los ingresos. Se puede pensar que una persona rica que tiene siete casas es siete veces más rica que una persona pobre con apenas una. Pero por supuesto que no lo es, porque sólo puede consumir una casa en un mismo momento, y sólo puede consumir un par de zapatos en un mismo momento, etcétera. La pulsera de diamantes que no lleva y está en el fondo de su gran joyero es un escándalo, porque con lo estúpidamente gastado en una fruslería que estaba de moda la temporada pasada en Cannes podría haber pagado los gastos escolares anuales de mil familias en Mozambique. Debería avergonzarse de haberse permitido ese gasto. Es una cuestión ética, si no una cuestión pública. Pero de todos modos el gasto no ha aumentado su consumo real, el sentido de su uso.

Además, y de manera crucial, hoy en día el consumo de bienes o necesidades básicas se disfruta de manera mucho más igualitaria que el resto del consumo, los ingresos, el capital o la riqueza financiera, y se ha vuelto cada vez más igualitario a medida que se extiende el gran enriquecimiento. Por lo tanto, el crecimiento económico, independientemente de lo desigualmente que se acumule como riqueza o se gane como ingreso, ya es más igualitario en su consumo. Como predijo el economista estadounidense John Bates Clark en 1901, «el trabajador común aumentará su sueldo de un dólar al día a dos, de dos a cuatro y de cuatro a ocho [lo cual fue preciso en términos reales de ingresos per cápita hasta el presente, aunque el cálculo no refleja la calidad radicalmente mejorada de bienes y servicios desde 1901]. Esas ganancias significarán

infinitamente más para él que cualquier posible aumento del capital pueda significar para los ricos... Este simple cambio traerá consigo un continuo acercamiento a la igualdad de confort genuino». ¹

En 2013 los economistas Donald Boudreaux y Mark Perry señalaron que «de acuerdo con la Oficina de Análisis Económico, el gasto por hogar en muchos de los “básicos” de la vida moderna —comida en casa, automóviles, ropa y calzado, mobiliario y equipamiento doméstico, vivienda y suministros— cayó del 53 por ciento de los ingresos disponibles en 1950 a un 44 por ciento en 1970 y a un 32 por ciento actual». ² Es un asunto que el historiador económico Robert Fogel señaló en 2004 para un periodo más amplio. ³ El economista Steven Horwitz resume los hechos sobre las horas de trabajo necesarias para comprar una tele en color o un automóvil, y señala que «esos datos no capturan el cambio en calidad; la televisión de 1973 era de casi 25 [pulgadas] con mala resolución, probablemente sin mando a distancia, con mal sonido y en general mucho peor que su descendiente de 2013... Conseguir que un coche recorriera 140.000 kilómetros en 1970 era causa de celebración. No sacarle 140.000 kilómetros a un coche hoy es causa para pensar que te compraste un limón». ⁴

Tampoco en Estados Unidos los pobres se están empobreciendo más. Horwitz señala que «mirando varios datos, de sondeos de la Oficina del Censo sobre lo que los pobres tienen en su casa con respecto al tiempo de trabajo requerido para comprar una variedad de bienes de consumo, queda claro que los estadounidenses pobres viven mejor que sus equivalentes de clase media en la década de 1970». ⁵ En el verano de 1976, un profesor asociado de economía en la Universidad de Chicago no tenía aire acondicionado en su piso. Hoy en día, muchos habitantes de Chicago bastante pobres lo tienen. ⁶ La terrible oleada de calor en Chicago en julio de 1995 mató a más de setecientas personas, sobre todo de ingresos bajos. ⁷ Pero olas de calor anteriores, en 1936 y 1948, antes de que el aire acondicionado fuera tan común, mataron a muchos más. ⁸

El politólogo e intelectual Robert Reich sostiene que, de todos modos, debemos estar alarmados por la desigualdad, del tipo del coeficiente de Gini, en lugar de dedicar todas nuestras energías a aumentar la condición absoluta de los pobres. «La creciente desigualdad —afirma—, pone en riesgo el ideal central de la nación de igual oportunidad.» «La creciente desigualdad aún obstruye la movilidad social ascendente. Eso es simplemente porque ahora la escalera es mucho más larga. La distancia entre su parte inferior y los escalones superiores, y entre cada escalón entre medias, es mucho mayor. Cualquiera que la ascienda a la misma velocidad que antes, necesariamente hará menos progresos en su ascenso.» ⁹

Reich está equivocado. Horwitz resume los resultados de un estudio de Julia Isaacs sobre la movilidad individual entre 1969 y 2005. «El 82 por ciento de los hijos del 20 por ciento de población pobre en 1969 tenían ingresos [reales] en 2000 que eran más altos que los que sus padres tenían en 1969. El ingreso mediano [real] de esos descendientes era el doble que el de sus padres.» ¹⁰ No hay duda de que los hijos y nietos de los mineros del carbón ingleses de 1937, a los que Orwell describe «viajando» bajo tierra, doblados por la mitad, un kilómetro y medio o más para llegar a la veta de carbón al descubierto, en cuyo punto empezaban a cobrar, están mucho mejor que sus padres y sus abuelos. ¹¹ No hay duda de que los hijos y los nietos de los refugiados del Dust Bowl en California lo están. Steinbeck narró en *Las uvas de la ira* sus peores y terribles tiempos. Unos cuantos años más tarde, muchos de los llegados de Oklahoma tenían trabajos en las industrias de guerra, y muchos de sus hijos más tarde fueron a la universidad. Algunos se convirtieron en profesores en Berkeley.

La manera usual de hablar de la pobreza, especialmente en la izquierda, se basa en el porcentaje de distribución de los ingresos, mirando fijamente por ejemplo una «línea de la pobreza» relativa. Sin embargo, como señala el economista progresista australiano Peter Saunders, esa definición de pobreza «asciende automáticamente siempre que los ingresos reales (y por lo tanto la línea de pobreza) aumentan». ¹² Los pobres siempre están con nosotros, pero solamente por definición. Es lo contrario del efecto del Lake Wobegon: no es que todos los niños estén por encima de la media, sino que siempre hay una quinta parte o una décima parte inferior en cualquier distribución, la que sea. Naturalmente.

El filósofo Harry Frankfurt señaló hace mucho tiempo que «calcular el tamaño de una porción igual [de ingresos a la manera de las líneas de pobreza o coeficientes de Gini] es simplemente mucho más fácil que determinar cuánto necesita una persona para tener lo suficiente»; «mucho más fácil» es dividir el PIB entre la población y señalar con irritación que algunas personas ganan, o al menos obtienen, más. ¹³ Es la ética simplificada del patio de la escuela, o de dividir la pizza: «Esto es injusto». Pero ya he citado la sabia frase de Frankfurt sobre la irrelevancia de la desigualdad en la ética: «La igualdad económica no es, como tal, de una particular importancia». No importa éticamente si los pobres tienen el mismo número de pulseras de diamantes, coches Porsche y equipos deportivos profesionales que los propietarios de exitosos *hedge funds*. Importa, como también he dicho, si tienen las mismas oportunidades de votar, de aprender a leer o de tener un techo sobre las cabezas.

Haríamos mejor en centrarnos directamente en lo que queremos lograr, que es el sostén y la dignidad iguales, eliminar la pobreza o lo que el economista Amartya Sen y la filósofa Martha Nussbaum llaman asegurar las capacidades adecuadas. El tamaño del

coeficiente de Gini o el porcentaje del 10 por ciento inferior es irrelevante para el objetivo noble y éticamente relevante de que los pobres obtengan una condición de dignidad, el «suficiente» de Frankfurt.

Mucha de la investigación en la economía de la igualdad tropieza con este simple asunto ético y se centra en medidas de la desigualdad relativa como el coeficiente de Gini o el porcentaje del 1 por ciento superior, en lugar de las medidas de bienestar absoluto de los pobres. Hablando del igualitarismo del filósofo legal Ronald Dworkin, Frankfurt señaló que Dworkin, de hecho, y éticamente, «se preocupa principalmente por el valor [absoluto] de las vidas de las personas, pero se presenta a sí mismo erróneamente como si se preocupara principalmente por las magnitudes relativas de sus activos económicos». ¹⁴ El propio Piketty está indignado sobre todo por los ricos. Se acaba preocupando de verdad por los pobres al fin en el último sintagma de la última frase del libro. En raras ocasiones menciona la cuestión en el cuerpo del libro. ¹⁵ La mayor parte de la indignación es para Liliane Bettencourt.

Dworkin, Piketty y la mayor parte de la izquierda, en otras palabras, ignoran la cuestión ética, que es la liberal, de ayudar a los pobres. ¿Mediante la redistribución? ¿Mediante la igualdad de pulseras de diamantes? No: mediante un aumento radical en el tamaño del pastel, que históricamente ha traído a los pobres entre un 90 y un 95 por ciento del «suficiente», frente a las pequeñas cantidades obtenibles mediante la redistribución sin engrandecer el pastel. Pero la izquierda hace horas extra, por los mejores motivos y Piketty ha trabajado mucho, para justificar el hecho de que se centren de manera irrelevante en los coeficientes de Gini y especialmente en el vergonzoso de los muy ricos.

El historiador económico Robert Margo señaló en 1993 que antes de la Ley de Derechos Civiles de 1964, «los negros no podían aspirar a trabajos administrativos bien pagados» a causa de la discriminación. Pero desde la esclavitud, los afroamericanos se habían preparado, por medio de su propio esfuerzo, para llevar a cabo esos trabajos si se les daba una oportunidad. «Los negros de clase media deben su éxito en gran medida a sí mismos» y a la sociedad cada vez más educada y productiva en que vivían. «¿Y si la mano de obra negra, justo en vísperas del Movimiento por los Derechos Civiles, hubiera sido igual de analfabeta, pobre, rural y sureña que cuando Lincoln liberó a los esclavos?... ¿Tendríamos una clase media negra tan grande como la que tenemos ahora? Simplemente no.» ¹⁶

En los países que han permitido que tenga lugar el cambio ético del liberalismo moderno se ha producido en gran medida el «suficiente» de Frankfurt. «En gran medida», digo, y mucho más de lo que lo han permitido sistemas alternativos. No digo

«completamente» o «tanto como podría desear toda persona honesta». Pero el contraste entre la condición de la clase trabajadora en el orgullosamente «capitalista» Estados Unidos y los países abiertamente socialdemócratas como los Países Bajos o Suecia no es de hecho muy grande, a pesar de lo que hayas oído decir a periodistas y políticos que no han mirado bien las estadísticas, o no han vivido en más de un país, y creen que la mitad de la población estadounidense está formada por afroestadounidenses negros pobres. Las redes de seguridad social son en la práctica bastante similares en los países ricos.

Pero las redes de seguridad social, con o sin agujeros, no han sido el principal ascensor para los pobres en Estados Unidos, los Países Bajos, Japón, Suecia o los demás. El principal ascensor ha sido el gran enriquecimiento. Boudreaux señaló que la ropa de un multimillonario de verdad que participó en un seminario de economía sobre los coeficientes de Gini no parecía muy distinta de la de un estudiante de posgrado «empobrecido» que presentaba el artículo. «En muchos de los elementos básicos de la vida, casi todos los estadounidenses son tan prósperos como Mr. Bucks [el seudónimo que le da al multimillonario]. Si las diferencias de riqueza entre multimillonarios y estadounidenses comunes apenas es visible en los aspectos más rutinarios de la vida cotidiana, entonces angustiarse por el coeficiente de Gini es poner imprudentemente la abstracción etérea por encima de la realidad palpable.» ¹⁷ Mr. Bucks sin duda tenía más casas y más Rolls-Royces que el estudiante de posgrado. Una puede hacer, sin embargo, la pregunta insolente pero siempre relevante: ¿y qué?

La desigualdad no es poco ética si tiene lugar en una sociedad libre

Así que, más allá de cuestiones técnicas de economía, el problema *ético* fundamental del libro de Piketty es que no ha reflexionado sobre por qué la desigualdad es mala en sí misma. La condición absoluta de los pobres ha mejorado abrumadoramente más gracias al gran enriquecimiento que mediante la redistribución. Los historiadores económicos Ian Gazeley y Andrew Newell documentaron en 2010 «la reducción, hasta casi la eliminación, de la pobreza absoluta en los hogares de trabajadores británicos entre 1904 y 1937». «La eliminación de la pobreza extrema entre las familias trabajadoras —muestran— era casi completa a finales de los años 30, mucho antes del estado del bienestar.» Su gráfico 2 presenta las distribuciones de ingresos en precios de 1886 en 1886, 1906, 1938 y 1960, mostrando la desaparición de la clásica expresión de pobreza entre los trabajadores británicos, «alrededor de una libra a la semana». ¹

Sin duda, es irritante que una mujer superrica se compre un reloj de 40.000 dólares. La compra es objetable éticamente. Debería darle vergüenza. Debería donar a organizaciones caritativas efectivas los ingresos que excedieran un nivel de confort amplio —dos coches, por ejemplo, no 20, dos casas, no siete, un yate, no cinco—. Andrew Carnegie expuso en 1889 el principio de que «el hombre que muere tan rico muere en la deshonra». ² Carnegie dio toda su fortuna (bueno, la dio al morir, después de disfrutar de un castillo en su Escocia natal y otras fruslerías). Pero que mucha gente rica actúe de manera deshonrosa no implica de manera automática que el gobierno deba intervenir para impedirlo. La gente actúa de muchas maneras deshonoras distintas. Si encargáramos a nuestros gobernantes la tarea de hacer que todos fuéramos plenamente éticos en un mundo pecador, el gobierno pondría nuestras vidas bajo una tutela paternalista, una pesadilla más o menos hecha realidad antes de 1989 en Alemania del Este y ahora en Corea del Norte, o en China, con el rostro moderno y tecnológico que le da Xi Jinping.

Piketty sostiene que el crecimiento depende de la acumulación de capital; no, como en realidad sucede, de una nueva ideología y de las ideas mejoradoras que fomenta esa ideología del innovismo, y de una ética que respalda dicha ideología. Piketty, como muchos altos liberales estadounidenses, marxistas europeos y conservadores de todas partes, está irritado precisamente por la pretensión ética de los consejeros delegados

modernos. Los jefes, escribe en la página 318, justifican su éxito económico poniendo «el énfasis principal en su mérito y sus cualidades morales personales, que describen [en encuestas] utilizando términos como rigor, paciencia, trabajo, esfuerzo, etcétera (pero también tolerancia, amabilidad, etcétera)». ³ Como dice Boudreaux: «Piketty prefiere lo que interpreta como justificaciones más honestas de la superriqueza de las élites en las novelas de [los conservadores] Austen y Balzac, es decir, que esa riqueza es necesaria para llevar una vida confortable, punto. ¡Esos caballeros de principios del siglo XIX y sus damas no se elogian a sí mismos ni dan explicaciones que resulten psicológicamente reconfortantes!». ⁴ Piketty, por lo tanto, se mofa en la página 529, desde las alturas conservadoras-progresistas, de que «en las novelas de Austen y Balzac los héroes y las heroínas nunca habrían sentido la necesidad de comparar sus cualidades personales con las de su sirviente», a lo cual Boudreaux responde: «Bueno, sí, las virtudes burguesas, a principios del siglo XIX, no eran tan ampliamente celebradas y admiradas como se celebrarían y admirarían más tarde. Debería alegrarnos que los trabajadores con salarios [muy] altos de hoy en día fanfarroneen de sus hábitos y virtudes burgueses, y que los trabajadores —¡finalmente!— comprendan que tener esas virtudes y actuar de acuerdo con ellas es honorable».

La teoría de la gran riqueza apoyada por los campesinos, el proletariado y sus *soi-disant* defensores entre la clerecía de izquierdas no es merecida por suerte o robo. La teoría de la gran riqueza apoyada por la aristocracia y sus defensores entre la clerecía derechista es merecida por herencia, y debe ser justificada por suerte o robo antiguos, una herencia que los *aristoi* sin duda deberían asumir sin explicaciones psicológicamente reconfortantes. La teoría de la gran riqueza apoyada por la burguesía y por sus amigos los economistas liberales, por el contrario, es merecida en virtud de qué ofrece éticamente, sin coerción, lo que la gente está dispuesta a comprar.

Las virtudes burguesas sin duda se exageran, en especial por parte de los burgueses, y a veces incluso de sus amigos. Pero el resultado de fanfarronear sobre la virtud no ha sido malo para los demás. Pensemos en las últimas obras de teatro de Ibsen, el retratista pionero de la vida burguesa. En *Casa de muñecas* (1878), el banquero Helmer dice de un empleado sorprendido falsificando que está «arruinado moralmente», que tiene una «tara moral». ⁵ El discurso de Helmer en toda la obra está saturado de retórica ética que estamos acostumbrados a llamar «victoriana». Pero la mujer de Helmer, Nora, cuya retórica también está saturada éticamente, ha cometido literalmente el mismo delito que el empleado. Llevó a cabo su falsificación, sin embargo, para salvar la vida de su marido, no como el empleado, que lo hizo por un beneficio inmoral. Al final de la obra ella deja a Helmer, una decisión chocante entre la burguesía noruega de 1878, porque de repente se da cuenta de que si él hubiera sabido de su delito no habría ejercido la ética del amor de protegerla de las consecuencias de una falsificación cometida por amor.

Una burguesía ética —que es lo que exploran las obras de Ibsen posteriores a 1876, como más tarde hicieron las de Arthur Miller— tiene deberes complicados. La burguesía sigue hablando y hablando de virtud, y a veces la alcanza. Poner un énfasis primario en la virtud burguesa, en todo caso, no es por sí mismo un pecado.

Las causas originales y sostenidas del mundo moderno, sostendría yo en contra del altivo desdén de Piketty por las virtudes burguesas, fueron sin duda éticas, no materiales, y se encontraban sobre todo en una ideología liberal, de burgueses y no burgueses por igual, que apoyaban esas virtudes. La causa fue la creciente adopción de dos ideas simples, la nueva y liberal idea económica de libertad para la gente común y la nueva y democrática idea social de dignidad para esa gente. La palabra única para ellas es «igualdad» de respeto y ante la ley. Las dos ideas, vinculadas éticamente, consideradas ridículas antes del siglo XVIII, condujeron a partir de 1800 a una mejora extrema.

La palabra *igualdad* no debe ser entendida como lo hicieron algunos en la Ilustración francesa, como igualdad de resultado material. La definición francesa es la que hoy en día asumen de manera poco reflexiva tanto la izquierda como la derecha en sus disputas: «No construiste eso sin ayuda social, de modo que no hay justificación para la desigualdad de ingresos». «Tú, pobre tipo, no eres todo lo virtuoso que debieras, así que no hay justificación para los subsidios igualadores.» La definición más fundamental de igualdad, la escocesa, es la opinión igualitaria que la gente tiene de los demás, sean un portero o un filósofo moral. ⁶ El profesor de filosofía moral de Glasgow, Adam Smith, un pionero igualitario en este sentido, defendió la idea escocesa. ⁷

Forzar de manera iliberal el estilo francés de igualdad de resultados, recortar como he dicho las cabezas que sobresalen, envidiar las tontas fruslerías de los ricos, imaginando que compartir los ingresos es igual de eficaz para el bien de los pobres que las porciones iguales de la proverbial pizza, tratar a los pobres como niños que deben ser empujados o juzgados por expertos de la clerecía, hemos descubierto, a menudo ha tenido un elevado coste en forma de daños a la libertad y de una ralentización de la mejora. No siempre, pero con frecuencia.

Sería bueno, por supuesto, que una sociedad libre y rica que adoptara el liberalismo smithiano produjera una igualdad francesa y pikettyana. Pero espera. En realidad —viejas noticias, aunque sorprendentes para algunos, y para Piketty—, en gran medida ya lo ha hecho, mediante el único estándar relevante éticamente, el de los derechos humanos básicos y los comforts básicos en antibióticos, vivienda y educación, lisonjas del plan liberal y escocés. Introducir el plan escocés, como en Hong Kong, Noruega y la propia Francia, ha llevado de manera regular a una asombrosa mejora y una igualdad

real de resultados —con los que los pobres adquieren coches y tienen agua caliente, cosas que se les han negado en tiempos anteriores incluso a los ricos, y adquieren derechos políticos y dignidad social, lo cual se le ha negado en tiempos anteriores a todo el mundo excepto a los viejos ricos.

Incluso en los países ya avanzados, en las últimas décadas no se ha producido un estancamiento completo de los ingresos reales de la gente común. Habrás oído que «los sueldos están por los suelos» o que «la clase media se está encogiéndose». Pero también sabes que no deberías creerte todo lo que lees en los periódicos. La mejora de la calidad, como me reconoció personalmente en dos ocasiones el director del índice de precios de consumo, hace que el índice de precios que utilizamos para calcular los ingresos reales difiera, hasta en dos puntos porcentuales, de la mejora real por año. Los beneficios médicos, las pensiones y las transferencias gubernamentales como Medicare y la seguridad social también han aumentado. Y la clase media se ha movido hacia arriba, no hacia abajo.

Esto no significa que no haya nadie, ni siquiera en países ricos como Estados Unidos, que no esté cualificado, sea un adicto, haya tenido unos malos padres, haya sufrido discriminación o simplemente haya tenido una horrible mala suerte. El reciente *El desmoronamiento. Una crónica íntima de la nueva América* (2013), de George Packer, y el anterior *Por cuatro duros. Cómo (no) apañárselas en Estados Unidos* (2001), de Barbara Ehrenreich, forman parte de una larga y distinguida tradición que explica la situación de los pobres a los burgueses, y que se remonta a *Elogiemos ahora a hombres famosos* (1941) de James Agee y Walker Evans, *El camino de Wigan Pier* (1937) de George Orwell, *El pueblo del abismo* (1903) de Jack London, *Cómo vive la otra mitad: estudios entre las casas de vecindad de Nueva York* (1890) de Jacob Riis, y la fuente: *La condición de la clase trabajadora en Inglaterra* (1845) de Friedrich Engels.

No se lo están inventando. Cualquiera que lea esos libros se ve arrancado violentamente de una confortable ignorancia sobre la otra mitad. En forma de ficción, uno siente una sacudida semejante con *Las uvas de la ira* (1939) de Steinbeck, *Studs Lonigan* (1932-1935) de Farrell o *Hijo nativo* (1940) de Wright, o en Europa, entre muchos observadores de las Dos Naciones, *Germinal* (1885) de Zola. Esos libros nos convirtieron a muchos en socialistas. El desgarrar es saludable. Se dice que Winston Churchill, el retoño de la aristocracia, creía que la mayoría de los pobres ingleses vivía en casas de campo cubiertas de rosas. No podía imaginar las hileras de casas pegadas de Salford, con una letrina al final de la fila. Despierta, Winston. Pero despertar no implica desesperar o introducir políticas que en realidad no ayudan a los pobres; o proponer el derrocamiento del sistema, si el sistema en realidad está enriqueciendo a los pobres a

largo plazo, o en todo caso está enriqueciendo a los pobres, mejor que esos otros sistemas que se han intentado en otras ocasiones.

El economista Eamonn Butler señala que el sistema

es también un sistema muy moral. En el capitalismo, las relaciones humanas no son obligatorias sino voluntarias. La gente invierte, crea, ofrece, compra y vende cosas según su elección. Ningún gobierno ordena sus acciones: las decisiones son suyas. De hecho, el único papel para el poder que ostenta el Estado es asegurarse de que los individuos no son obligados, robados, defraudados o violentados de cualquier forma. [He señalado que hay también muchas maneras no gubernamentales de alcanzar ese objetivo.] El capitalismo no se basa en órdenes, sino en el Estado de derecho en el que las reglas generales (como la negociación honesta, el cumplimiento de los contratos y la renuencia a la violencia) se aplican a todo el mundo, incluidas las autoridades del gobierno. ⁸

En contraste, las políticas de la izquierda, y muchas de la derecha, son, como se solía decir en el partido, «objetivamente» antipobres. Consideremos los paralelismos con el racismo. Cuando un trumpista es acusado de racismo, responde, de acuerdo con una teoría psicológica, que no tiene prejuicios personales contra los negros o los judíos. Puede ser. A fin de cuentas, la hija de Trump, a la que éste claramente quiere, se convirtió al judaísmo, y Trump ha puesto a su yerno judío a cargo de la política de Oriente Medio. Pero la apelación de Trump a su base era «objetivamente» racista y antisemita, porque alentaba la perpetuación de lo que la izquierda llama racismo «estructural», es decir, instituciones como las cláusulas restrictivas, las prácticas discriminatorias, las bandas de motoristas racistas y las viejas teorías de la conspiración antisemitas. El resultado ha sido un asombroso aumento de los delitos antisemitas en Estados Unidos durante la presidencia de Trump. Independientemente del estado psicológico de Trump, el resultado de sus políticas ha sido la perpetuación del racismo. No consigues la tarjeta de «queda-libre-del-racismo» mirando en tu corazón y viendo que eres inocente de odio racial. Y lo mismo es cierto para las políticas que supuestamente quieren aliviar la pobreza pero que en realidad la perpetúan. Nuestros amigos de izquierdas, y algunos de derechas, miran sus corazones y ven que quieren que los pobres prosperen. Pero después votan a favor de sostener las estructuras de la pobreza, como el salario mínimo, las licencias para determinadas ocupaciones o el proteccionismo comercial.

La indignación justa, aunque mal informada y barata, inspirada por la culpa de los supervivientes ante las supuestas víctimas de algo llamado «capitalismo» y la ira envidiosa ante el estúpido consumo de los ricos no producen una mejora para los pobres. Comentarios como «aún hay gente pobre» o «alguna gente tiene más poder que otra», aunque reivindiquen la superioridad moral de quien los dice, no son profundos ni inteligentes. Repetirlos, asentir juiciosamente cuando se repiten o comprarse el libro

de Piketty para mostrarlo sobre la mesilla de centro no te convierte en una persona objetivamente buena. Como dijo James Baldwin de *La cabaña del tío Tom* («una novela muy mala», señaló): «Obtenemos una emoción virtuosa muy definida por el hecho de estar leyendo un libro así», lo que alienta el fatuo sentimiento que le expresó en una ocasión un «liberal estadounidense»: «Mientras se publiquen libros así, todo estará bien». ⁹ No, no lo estará.

Te conviertes en una buena persona, y haces las cosas bien, no por leer o escribir porno sobre la pobreza, sino ayudando de verdad a los pobres. Abre un negocio rentable. Crea hipotecas que los pobres puedan pagar. Inventa una nueva batería. Vota por mejores escuelas. Adopta a un huérfano paquistaní. Hazte voluntario para dar de comer a la gente en la Iglesia de la Gracia los sábados por la mañana. Defiende un ingreso mínimo y ataca un salario mínimo. Promover medidas políticas que en sus efectos estructurales reducen las oportunidades de empleo, o hacer declaraciones indignadas a tu marido después de acabar de leer *The New York Times Magazine* de esta semana no te hace virtuoso, porque esa acción no ayuda a los pobres.

En realidad, la economía y la sociedad de Estados Unidos no se están desmoronando, y la gente, de hecho, está prosperando un poco más que antes, y acumulativamente mucho más. A los hijos de las familias de aparceros del condado de Hale, Alabama, a los que Agee y Evans cosificaron, para resentimiento duradero de los miembros más viejos de las familias, les va bastante bien, tienen trabajos decentes y muchos de sus hijos van a la universidad. ¹⁰ Que incluso a largo plazo haya alguna gente pobre no significa que el sistema no esté funcionando para los pobres, siempre que su condición siga mejorando (como lo hace, en contra de las noticias de los periódicos y los libros pesimistas) y siempre que el porcentaje de los desesperadamente pobres se encamine hacia cero, como lo está haciendo. ¹¹ Que aún muera gente en los hospitales no significa que haya que sustituir la medicina por curanderos, siempre que las tasas de mortalidad estén cayendo. En términos económicos, en la China de Mao o en la Venezuela de Chávez se puso al mando a los curanderos. No dejemos que Bernie y Alexandria hagan sus trucos de magia y sus comidas gratis.

Y la pobreza, de hecho, está cayendo, incluso recientemente, incluso en los países ya ricos. Si los ingresos se contabilizan correctamente, para que incluyan mejores condiciones de trabajo, más años de educación, mejor atención sanitaria, más años de jubilación, mayores programas de subsidio a la pobreza y, por encima de todo, la creciente calidad del creciente número de bienes y servicios (smartphones, sustituciones de cadera, aire acondicionado), veremos que los ingresos reales de los pobres han crecido, aunque a un ritmo más lento que en la década de 1950, que siguió, he señalado, a las calamitosas pausas de la Gran Depresión y la guerra. ¹² El economista Angus

Deaton señala que «una vez terminada la reconstrucción [lo que sucedió, más o menos, en 1970], el nuevo crecimiento depende de inventar nuevas formas de hacer cosas y ponerlas en práctica, y este regreso a un terreno virgen es más difícil que poner nuevas cañerías en viejos surcos». ¹³ Tampoco los pobres del mundo están pagando el crecimiento. Los economistas Xavier Sala i Martín y Maxim Pinkovs-kiy relatan —a partir de un detallado estudio de la distribución individual de los ingresos, frente al más torpe procedimiento de comparar las distribuciones nación por nación (aunque de hecho esto da resultados similares)— que «la pobreza mundial está cayendo. Entre 1970 y 2006, la tasa de pobreza global [definida en términos absolutos, no relativos] se ha recortado casi tres cuartas partes. El porcentaje de la población mundial que vive con menos de un dólar al día (en dólares del año 2000 ajustados por paridad del poder adquisitivo) pasó del 26,8 por ciento en 1970 al 5,4 por ciento en 2006». ¹⁴

La redistribución no funciona

El problema ético y económico más fundamental en el libro de Piketty, pues, es que el principal acontecimiento de los dos últimos siglos no fue el «segundo momento», en jerga estadística, la extensión en la distribución de la riqueza, en la que él se centra. El principal acontecimiento fue su «primer momento», el gran enriquecimiento del individuo medio del planeta por un factor de diez y, en los países ahora ricos, en el pasado muy pobres, por un factor de treinta o más.

El enriquecimiento no puede explicarse por la acumulación de capital —en contra de lo que han sostenido los economistas desde Adam Smith, pasando por Karl Marx hasta Thomas Piketty, y como implica el propio nombre «capitalismo»—. Los ladrillos, las licenciaturas y los balances bancarios —las acumulaciones de capital— eran por supuesto necesarios, pero también lo eran la mano de obra y la existencia de agua líquida. El oxígeno es necesario para encender un fuego. Pero sería poco ilustrado explicar el incendio de Chicago del 8-10 de octubre de 1871 por la mera presencia de oxígeno en la atmósfera de la Tierra. Mejor: una larga sequía, los edificios de madera de la ciudad, un fuerte viento procedente del sudoeste (ahí estaba el oxígeno) y, si estás empeñado en mantener tus prejuicios contra los inmigrantes irlandeses, la vaca de la señora O’Leary. El mundo moderno no puede explicarse mediante la rutinaria acumulación de ladrillos, como el comercio en el océano Índico, la banca inglesa, la tasa de ahorro británica, el comercio de esclavos a través del Atlántico, el movimiento en favor de los cercamientos, la explotación de trabajadores en fábricas de algodón o la acumulación de capital original en ciudades europeas, fuera capital físico o humano. ¹ Esas rutinas son demasiado comunes en la historia del mundo y demasiado débiles en términos cuantitativos para explicar la multiplicación única de la riqueza per cápita por diez, treinta o cien de los dos últimos siglos.

Fueron las ideas, no los ladrillos. Las ideas fueron los muelles, liberados por primera vez gracias a una nueva libertad y dignidad, la ideología, como a estas alturas he señalado repetidamente, conocida por los europeos como «liberalismo», que causó el «innovismo». El mundo moderno *no* fue creado por el «capitalismo», que es antiguo y ubicuo, a diferencia del liberalismo, que en 1776 era revolucionario. El gran enriquecimiento, desde 1800 hasta el presente, el acontecimiento secular más sorprendente de la historia, se explica, en realidad, por las ideas mejoradoras, surgidas

del liberalismo, que permitieron a la gente común tener por primera vez una oportunidad.

Consideremos a la luz del gran enriquecimiento una de las sugerencias políticas preferidas de Piketty y la izquierda: poner impuestos a los ricos para ayudar a los pobres. En principio parece una buena idea. Rehagamos la sociedad, propone el adolescente generoso, como una gran familia de 330 millones de personas. Sin duda, la reconfiguración solucionará el problema de la pobreza, mejorando la situación de los pobres mediante grandes cantidades, como el 20 o el 30 por ciento de los ingresos que en el presente roban los jefes. En una sociedad antigua de esclavos, el hijo del propietario de esclavos no tenía esa culpa, porque los pobres eran muy distintos de ti y de mí. Pero una vez cuestionado el carácter natural de la jerarquía, como hizo el liberalismo a finales del siglo XVIII en el noroeste de Europa, y en el siglo XIX de manera más general, al adolescente generoso le parece obvio adoptar el socialismo. El lema político sueco de la década de 1920, *folkhemmet*, era «el hogar nacional». Procedía de la nostalgia del hogar.

Pero una nación no es un hogar. En la «gran sociedad» —en el sentido avanzado por Smith y Hayek, en referencia a una gran sociedad, a diferencia de un pequeño grupo o una familia— la fuente de ingresos no es la presa del cazador o la paga del padre, sino la miríada de intercambios especializados con desconocidos, con frecuencia ocultos, que hacemos todos los días. La igualdad de «distribución» a la manera de las pizzas no es natural en esa sociedad, de nueve millones de personas en Suecia y, sin duda, no lo es en una de 330 millones como la estadounidense. A menos que la gente cobre por los resultados, la «gran sociedad» rendirá mal, como sucedía en la República Democrática de Alemania. Eso ocurrió así incluso en una pequeña secta cristiana temprana en Tesalónica, en el norte de Grecia, a finales del siglo I. San Pablo dijo de ella: «Que quien no quiera trabajar, tampoco coma» (2 Tesalonicenses, 3:10). Esas reglas son la única manera de hacer un pastel grande en todas partes, con la salvedad del pequeño grupo que se ama.

Y, en aspectos importantes, incluso la igualdad al estilo francés mejora con una ética de la mejora comercialmente probada. Lo más importante es que consigue hacer el pastel mucho más grande, lo cual enriquece a los pobres. Pero aún más allá: la libre entrada debilita los monopolios y otras instituciones gubernamentales como los gremios, que en las sociedades tradicionales mantenían a una tribu rica y a la otra pobre.² Y el mercado laboral erosiona las brechas injustas en los salarios entre trabajadores igualmente productivos en, por ejemplo, los textiles de algodón, independientemente del género o la raza, pagados a tanto la pieza. De manera crucial, erosiona la brecha entre, por un lado, un profesor que enseña con el mismo equipamiento escaso que utilizaba Sócrates

—un sitio en el que dibujar diagramas (una superficie de arena en Atenas, Grecia, o una pizarra en Athens, Georgia) y unos cuantos estudiantes— y, por otra, el piloto de aerolínea que trabaja con los frutos más refinados de una civilización tecnológica. El piloto produce decenas de miles de veces más valor en servicios de desplazamiento por hora que un timonero griego en el 400 a. C. El profesor produce, si tiene una suerte o un talento excepcionales, la mitad de las ideas por hora de estudiante que Sócrates. Pero la igualdad de productividad física no importa en una sociedad si es libre, comerciante y móvil. La entrada y la salida en las ocupaciones son lo que importa. Algún profesor podría a largo plazo haberse convertido en piloto de aerolínea y algún piloto en profesor, lo que es suficiente para dar una proporción igual de los frutos más refinados incluso a trabajadores como el profesor, que no han aumentado su productividad en los últimos 2.500 años. Eso es igualdad de justicia, incluso al estilo francés.

Lo que la gente obtiene no es solamente un impuesto arbitrario aplicado al resto. Ese impuesto arbitrario es lo que sería una desigualdad dentro del pequeño socialismo de un hogar, Cenicienta recibiendo menos de comer que sus horribles hermanas por puro rencor. Las ganancias, sin embargo, sostienen una división del trabajo asombrosamente complicada, aunque en gran medida no planificada y espontánea, cuyo siguiente movimiento es determinado por los diferenciales, el beneficio en el comercio o en la ocupación. Si los médicos ganan diez veces más que los limpiadores, como ya he dicho, el resto de la sociedad, que paga voluntariamente a los médicos y a los limpiadores, está diciendo: «Si a largo plazo los limpiadores pudieran convertirse en médicos, dirijamos a más hacia la medicina». La hija del limpiador paquistaní acaba convirtiéndose en médico en St. Bartholomew's. Si reducimos la gran sociedad a una familia poniendo impuestos a los ricos hasta el límite, destruimos la señalización. Sin esas señales sobre el valor que la gente pone a una hora de servicios, la gente divaga entre limpiar y ser médico. No se practican bien ni la medicina ni la limpieza. La gran sociedad se convierte en la sociedad no especializada de un hogar inmenso, la fábrica única dirigida que imaginaba Lenin. Los 330 millones de personas se vuelven miserablemente iguales y pierden la gigantesca ganancia de la especialización. De vuelta a los dos dólares al día.

La redistribución, aunque mitiga la culpa de los burgueses, y si es voluntaria puede ayudarlos a ir al cielo, nunca ha sido el principal sustento de los pobres. La aritmética social muestra por qué. Si todos los beneficios de la economía estadounidense fueran inmediatamente entregados a los trabajadores, los trabajadores (incluidos algunos «trabajadores» con sueldos increíblemente altos, como las estrellas del deporte y de la música y los consejeros delegados de grandes empresas) obtendrían alrededor del 20 por ciento más del ingreso nacional, ahora mismo. Es decir, 20/80, o un aumento del 25 por ciento. Pero sólo una vez. La expropiación no es una ganancia del 25 por ciento todos los años para siempre. Es solamente esta única vez, porque no puedes expropiar a

la misma gente un año tras otro y esperar que vuelvan con las mismas sumas para que se las expropien una y otra vez. Los terratenientes, sí (que es la razón por la que los economistas consideran una buena idea los impuestos sobre la tierra). Los trabajadores libres o los emprendedores libres que pueden huir del alcance de los impuestos, no.

La mayor parte de la redistribución, en la práctica, va a la clase media, porque la clase media vota. De ahí los subsidios agrícolas. Si el 20 por ciento tomado de los ricos se dirigiera al 20 por ciento inferior, que gana tal vez un 5 por ciento del PIB, su ganancia acumularía un muy significativo 300 por ciento, un factor de cuatro. Pero luego sus ingresos revierten al nivel anterior —o en el mejor de los casos (si el gobierno puede simplemente coger los beneficios sin, milagrosamente, dañar su nivel, y después distribuirlos al resto mediante burócratas santos sin los dedos pegajosos ni amigos preferidos) continúan de acuerdo a la tasa de crecimiento que estaba experimentando la economía—. Todo esto supone, de manera antinatural y en contra de la evidencia de los experimentos comunistas, desde New Harmony, Indiana, a la Rusia estalinista, que la expropiación de los ingresos del capital no reducirá la tasa de crecimiento del pastel.

O, por hablar de la expropiación por medio de la regulación, como he dicho antes, la imposición por parte del Congreso de una paga de diez horas por ocho horas de trabajo, de nuevo, aumentaría de una vez el 25 por ciento la proporción del ingreso nacional de la porción de la clase trabajadora que lo recibiera. Lo haría en el primer acto, bajo la misma suposición antinatural de que el pastel no se vería reducido con eso —cuando los directivos y emprendedores abandonen su actividad, ya menos rentable, de decidir qué hacer—. La redistribución parece una buena idea, a menos que pienses que con esas tasas los jefes estarían menos dispuestos a emplear a gente. Y quienes no la recibieran (los trabajadores agrícolas, por ejemplo) verían reducidos, no aumentados, sus ingresos reales. Los salarios no son una costumbre social que se puede aumentar por contagio de un sector a otro. Los salarios responden sólo a dos cosas, la productividad de los trabajadores y su movilidad.

He aquí otra idea para las transferencias de ingresos: si quitamos la alarmanamente alta proporción del ingreso estadounidense ganada por el 1 por ciento superior, en 2010 alrededor del 22 por ciento del ingreso nacional, y se lo damos al resto de nosotros, nosotros como el resto seríamos 22/78, porque 78 es el porcentaje de ingresos del 99 por ciento inferior, o un poco más del 28 por ciento más ricos. ³ Una vez. Después, de vuelta a la normalidad. Ninguna gran transformación y poca cosa comparado con el gran enriquecimiento que se produce si se permite que el mercado funcione. (Repito que los muy pobres estarían proporcionalmente mucho mejor si por un milagro político los ingresos expropiados fueran a parar a ellos y no a la clase media o a los dedos pegajosos de los jefes políticos y sus amigos.)

O digámoslo de otra manera. Supongamos que se permitiera que la gente que dirige la economía obtuviera los beneficios, tanto el propietario de la pequeña tienda de comestibles de tu barrio como los malhechores de gran riqueza. Pero supongamos que quienes obtienen los beneficios, por un evangelio de la riqueza y siguiendo la enseñanza social católica, decidieran que deben vivir modestamente y después dar su superávit a los pobres. El economista David Colander declara que «un mundo en el que todos los individuos ricos [creyeran] que es el deber de todos donar la mayoría de su riqueza antes de morir sería bastante distinto de nuestro mundo». ⁴ Pero un momento. Todo ese 22 por ciento aumentaría los ingresos de los demás —muchos de ellos profesores universitarios que reciben becas Guggenheim o los amables tipos de izquierdas que reciben los premios «genio» MacArthur—, pero por una magnitud ni mucho menos semejante al tamaño de los frutos del crecimiento económico moderno.

La cuestión es que 20, 22 y 25 por ciento no son del mismo orden de magnitud que el gran enriquecimiento del 3.000 por ciento, que a su vez no se debió históricamente a la redistribución o a las donaciones caritativas. Ciertamente, como me señala el historiador alemán Jürgen Kocka, la lucha de los trabajadores, que aumentó la dignidad de los individuos, puede haber contribuido a la generalizada dignidad que hay detrás del ingenio moderno. Sí, aunque también se podría decir al revés, que socava su dignidad al definirlos como víctimas. Pero la aritmética sigue apuntando que las redistribuciones únicas son dos órdenes de magnitud más pequeñas a la hora de ayudar a los pobres que el enriquecimiento producido por una mayor productividad desde 1800. Si queremos hacer a los no jefes o los pobres más ricos por una cantidad significativa, entonces 3.000 por ciento supera el abanico del 20 al 25 por ciento cada vez. El énfasis del camarada Mao en la guerra de clases arruinó las ganancias que su revolución china hubiera obtenido. Cuando sus herederos viraron en 1978 a una «modernización socialista» adoptaron (semiconscientemente) la mejora comercialmente probada, el innovismo, y consiguieron en treinta años un aumento del ingreso real per cápita de un factor de 20; no un mero 20 por ciento sino un 2.000 por ciento. ⁵ El lema antiigualador de Deng Xiaoping era: «Dejemos que algunos se enriquezcan antes». Ése es el Pacto Burgués.

A diferencia de China, que creció (durante mucho tiempo) al 10 por ciento anual, y de India (ahora) al 7 por ciento, los demás BRIICS, Brasil, Rusia, Indonesia y Sudáfrica, han persistido con ideas anti-«neo»-liberales como la autosuficiencia argentina, el sindicalismo británico de la década de 1960, las leyes laborales alemanas de la década de 1990 y una comprensión equivocada del crecimiento «liderado por la exportación» de Corea del Sur. De hecho, la literatura de «la trampa de los ingresos medios», que habla en particular de Brasil y Sudáfrica, se debe a la idea mercantilista de que el crecimiento depende de las exportaciones, que se supone que cuesta más que crezcan cuando aumentan los sueldos ⁶ (por un milagro, lugares como Francia, Dinamarca y los

Países Bajos de alguna manera escaparon a la trampa). Los países con leyes que deniegan el mercado, como la ralentización de la entrada de nuevas empresas y la onerosa regulación de las viejas empresas, se arrastran con menos de un 2 por ciento de crecimiento por año per cápita; una simple duplicación requiere el tercio de un siglo y una cuadruplicación requiere el doble de ese tiempo. El crecimiento lento produce envidia, como ha sostenido el economista Benjamin Friedman y la envidia produce populismo, que a su vez produce un crecimiento lento. ⁷ Ésa es la verdadera «trampa de los ingresos medios», una trampa ideológica, no económica. Salir de ella requiere aceptar, como hizo Holanda en el siglo XVI y Gran Bretaña en el XVIII, y como China e India hicieron en el siglo XX, el Pacto Burgués.

Nuestro objetivo común en la izquierda y la derecha, y en la posición liberal que está por encima del eje izquierda-derecha, es ayudar a los pobres. La defensa por parte de los cuadros educados de la izquierda de restricciones, redistribuciones y regulaciones igualadoras que se puede demostrar que dañan a los más pobres, pues, puede considerarse en el mejor de los casos irreflexiva. Quizá, teniendo en cuenta lo que los historiadores económicos saben ahora sobre el gran enriquecimiento —pero que la clerecía de izquierdas, y parte de la derecha, se niega tenazmente a aprender— puede incluso considerarse poco ético. La clerecía de izquierdas, como Tony Judt, Paul Krugman o Thomas Piketty, que están bastante seguros de que ellos son quienes están adoptando la superioridad moral contra la malvada avaricia de los *tories* o los republicanos, dudosamente podría considerarse ética a partir de esa evidencia. Están obsesionados con cambios que no pueden ayudar mucho a los pobres, y con frecuencia se puede demostrar que los dañan seriamente. Y están obsesionados, con una airada envidia, por el consumo de los insensibles ricos, de los que ellos con frecuencia son personalmente ejemplos. Uno podría preguntar: ¿qué hacen ustedes con los derechos de autor para ayudar a los pobres, profesor Piketty, profesor Krugman?

La izquierda explica la incapacidad de los trabajadores para comprender por sí mismos el dogma de la izquierda dura de que todo empleo es explotación diciendo que los trabajadores son víctimas de la falsa conciencia. ⁸ Si el Pacto Burgués es sólido, sin embargo, la falsedad de la conciencia es atribuible no a los trabajadores tristemente engañados, sino más bien a la propia clerecía de izquierdas. La política se revierte. Trabajadores del mundo, uníos: exigid mejoras comercialmente probadas bajo un régimen de propiedad privada y generación de beneficios. Aún mejor, convertíos en burgueses, como ya se han convertido grandes grupos de trabajadores en países ricos, acercándose al ciento por ciento en Estados Unidos, contabilizado por la autoidentificación como «clase media».

Parecería al menos raro llamar «falsa» a una conciencia que ha multiplicado el ingreso de los trabajadores pobres en términos reales por un factor de treinta. Si los trabajadores han sido engañados para que acepten el pacto, entonces demos a esa forma de ser engañado dos hurras y medio —la deducción de medio hurra es porque no es honroso ser «engañado» por ninguna causa—. Demos dos hurras y medio por la nueva dominación desde 1800 de una ideología liberal y burguesa y la creciente aceptación del Pacto Burgués. El innovismo manda.

Casi en la última página de su libro, Piketty escribe: «Es posible, e incluso indispensable, tener un acercamiento que sea al mismo tiempo económico y político, social y cultural, y que implique los salarios y la riqueza». ⁹ No se puede no estar de acuerdo. Pero no lo ha logrado. Sus gestos hacia cuestiones culturales consisten en unas cuantas referencias a novelas que ha leído superficialmente utilizadas de manera ingenua. ¹⁰ Su ética es una ética limitada de la envidia. Sus ideas políticas asumen que los gobiernos pueden conseguir cualquier cosa que se propongan. Y sus ideas económicas tienen defectos de principio a fin.

El capital en el siglo XXI es un libro valiente. Pero está gravemente equivocado. También lo está la palabrería sobre la desigualdad derivada de ese libro. El enriquecimiento, no la igualdad, debería ser nuestro objetivo ético.

Cuarta parte

Y las demás ideas iliberales también están equivocadas 34

La clerecía tuvo tres grandes ideas entre 1755 y 1848, una buena y dos terribles

Basado en una columna publicada en Reason, 2017

Entre el gran terremoto de Lisboa y el revolucionario año de 1848, la clerecía europea tuvo tres grandes ideas políticas. Una fue muy, muy buena. Las otras dos fueron muy, muy malas. Todavía seguimos pagando por ellas, y rezando.

La buena, salida de la pluma de gente como Voltaire, Tom Paine, Mary Wollstonecraft y, sobre todo, el bendito Adam Smith, es lo que Smith describió en 1776 como la impactante idea de «permitir que cada hombre [o mujer, querido] persiguiera su propio interés a su manera, según la norma liberal de igualdad, libertad [*liberty*] y justicia».

Ciertamente, el liberalismo verdadero tardó mucho en aproximarse a su ideal de una manera aceptable. El hombre que escribió «todos los hombres son creados iguales» mantuvo durante mucho tiempo en la esclavitud a los cinco hijos que tuvo con Sally Hemings y que sobrevivieron, y la propia Sally, lo cual es aún más sorprendente, parece que fue medio hermana de la esposa de Jefferson, por parte del padre de su esposa. Incluso uno de los coautores de la *Declaración*, Ben Franklin, había tenido esclavos. En 1774 Nathaniel Niles declaró: «Por vergüenza, dejemos de esclavizar a nuestros semejantes o dejemos de quejarnos de quienes nos esclavizan». ¹ El año siguiente, Samuel Johnson tuvo buenas razones para, desde Londres, decir con desprecio: «¿Cómo es que oímos los gritos de libertad [*liberty*] más fuertes entre los explotadores de los negros?». ²

Pero los gritos liberales reverberaron, y adquirieron fuerza, aunque sólo fuera por la vergüenza repetida durante dos siglos de no permitir a esclavos, aprendices, mujeres, inmigrantes, anarquistas, socialistas, comunistas, okies, nisei, negros, judíos, chicanos, gays, manifestantes contra la guerra de Vietnam, sospechosos de haber cometido un delito, personas con discapacidades, cruzadores de género, expresidarios, drogadictos, refugiados y ciudadanos de Puerto Rico y del Distrito de Columbia disponer de su propia igualdad, libertad y justicia. En 1776, a John Adams, que no era un demócrata, le preocupaba abrir la caja de Pandora de, como expresó el historiador Alan Taylor,

«prometer derechos iguales en una sociedad desigual»: «No acabará nunca. Aparecerán nuevas reivindicaciones. Las mujeres exigirán votar. Los chicos entre doce y veintiún años pensarán que sus derechos no se atienden lo suficiente y cualquier hombre que no tenga un penique exigirá tener una voz igual». ³ Tenía razón. La caja no podía cerrarse.

Los frutos del nuevo liberalismo, cuando éste pudo abrirse paso entre las dos nuevas malas ideas, o la antigua de la jerarquía tradicional, fueron impresionantes. El liberalismo, de manera excepcional en la historia, convirtió a las masas de gente corriente en valientes —valientes para intentar mejoras en una prueba comercial—. La audacia de los plebeyos persiguiendo profusamente sus intereses y pasiones dio como resultado el gran enriquecimiento. Y ahora, a pesar de los notables esfuerzos del gobierno y las agencias internacionales para echar a perder ese trabajo, se extiende por el mundo, de Hong Kong a Botsuana, de China a India.

Las dos *malas* ideas del periodo 1755-1848 fueron el nacionalismo y el socialismo. En Europa, un mejunje con ambos ingredientes se introdujo en 1922; todavía está disponible, y ahora también se encuentra entre una parte sustancial de los partidarios de Trump, quien aprueba, al menos, la inquietante parte «nacionalista» y, en cualquier caso, cree en el autoritarismo en la economía.

El nacionalismo, cuando se teorizó por primera vez a principios del siglo XIX, se entrelazaba con el movimiento romántico, aunque, por supuesto, en Inglaterra ya tenía cientos de años de antigüedad, como en España, e inspiró nacionalismos reactivos en Francia, Escocia, Portugal y el Nuevo Mundo y, con el tiempo, en Irlanda. En Italia, en forma de *campanilismo* y orgullo de las ciudades, era aún más antiguo. Cuando a los italianos se les pregunta de dónde son, incluso cuando hablan con extranjeros, responden de «Florencia» o «Roma», o como mucho de «Sicilia». No de «Italia».

Un mal importante del nacionalismo —aparte de su intrínseca coerción colectiva, coherente únicamente con una libertad «ancestral», y su tendencia a definir a minorías como los judíos, los musulmanes o los mexicanos como «no de los nuestros»— es que inspira la guerra. Las ochocientas bases militares estadounidenses que hay en el mundo mantienen la paz librando guerras interminables con otros, bombardeando a civiles para proteger a los estadounidenses de amenazas inexistentes. En julio de 2016 nosotros, los de la anglosfera, «celebramos», si es que ésa es la palabra, el centenario del comienzo de la batalla del Somme, un fruto del nacionalismo que en el momento de su conclusión, cuatro meses y medio después, había costado al conjunto de los Aliados y a las potencias centrales más de un millón de víctimas, la mayoría desmembradas por la artillería. Gracias por vuestro servicio. El campo de batalla tiene monumentos dedicados a los muertos británicos (no a los alemanes, porque al final los británicos

«ganaron» la guerra; aunque ningún bando ganó la batalla), con un número terrible de nombres inscritos.

La otra mala idea de la época fue el socialismo, que también se puede vincular al Romanticismo y a un cristianismo secularizado, cuya caridad se define según el sermón de la montaña y su apocalíptica visión de la historia. El socialismo se parece al nacionalismo, pero sustituye la coerción por el consentimiento, que va de la planificación central en la Unión Soviética a los permisos de obra en Chicago. El chiste dice que un comunista es un socialista con prisas, un socialista es un regulador con prisas y un regulador es un político corrupto con prisas.

Lo malo del socialismo, aparte de la misma coerción colectiva, es que conduce a la pobreza. Incluso en su forma más pura, en una familia, puede desincentivar la mejora al alentar que unos se aprovechen de otros. Las no tan cordiales formas de socialismo a gran escala, acompañadas de nacionalismo, son, por supuesto, mucho peores. Por ejemplo, Corea del Norte, Cuba y otros paraísos de los trabajadores. Otro chiste dice que bajo el capitalismo el hombre explota al hombre. Bajo el socialismo sucede al revés.

¿Qué hacer? Revivir el liberalismo. En Estados Unidos, recuperar la palabra que ahora usan nuestros amigos de la izquierda. Pueden quedarse «progresista», en todo caso si no les importa que se los asocie con el progresismo de alrededor de 1910 y su racismo y su entusiasmo por la esterilización forzada y su plan, todavía en vigor, de utilizar el salario mínimo para expulsar a los inmigrantes, los negros y las mujeres de la población activa. Y debemos convencer a nuestros amigos de la derecha estadounidense de que dejen de utilizar la palabra de marras para atacar a la gente que no pertenece al club de campo (en Sudamérica, por el contrario, los llamados liberales son conservadores, y dirigen el club de campo).

Leamos a Adam Smith, ambos libros, con detenimiento e intentemos que nuestros espíritus regresen a ese comienzo de 1776 en el que la idea radical no era el nacionalismo, el socialismo o el nacionalsocialismo, sino «el sistema obvio y simple de la libertad [*liberty*] natural» que permite a todos los hombres y las mujeres perseguir sus intereses a su manera. ⁴

Era una idea extraña pero muy muy buena.

El cielo económico no se nos cae encima

Escrito en 2016 para la revista británica de opinión Prospect ¹

Por razones que todavía no comprendo, a la gente le *encanta* que le digan que el cielo se desploma. Sin embargo, rara vez ocurre (de hecho, nunca). Por ejemplo, una pandilla de economistas *tories* y liberales, entre ellos Lawrence Summers, Andrew McFee, Edmund Phelps, Jeffrey Sachs, Laurence Kotlikoff, Tyler Cowen, Edward E. Gordon y Robert J. Gordon ha sostenido recientemente que Europa y Estados Unidos, en la vanguardia de la mejora, se enfrentan a una ralentización de nuevas ideas y a una escasez de habilidades. El desempleo tecnológico, la «falta de competitividad» y un crecimiento desgraciadamente lento, se dice, serán el resultado.

Tal vez. Pero en los últimos dos siglos un número importante de otros distinguidos economistas ha predicho ralentizaciones similares, ninguna de las cuales ha tenido lugar. A finales de la década de 1930 y durante la de 1940, los economistas keynesianos confiaban en su predicción de un estado de «estancamiento», en la misma línea que los pesimistas actuales. La predicción fue inmediatamente desmentida por el continuo gran enriquecimiento y las tasas de crecimiento económico mundial más rápidas de la historia.

De igual manera, durante las primeras tres cuartas partes del siglo XIX los economistas clásicos, Marx entre ellos, esperaban que los terratenientes, o en el caso de Marx los capitalistas, engulleran el producto nacional. Basándose en la teoría maltusiana, esperaban que los ingresos per cápita se mantuvieran en los dos o tres dólares diarios, en precios actuales, típicos de la vida humana desde las cavernas. No ocurrió así.

Y contradiciendo algunas alarmas recientes, incluso en los países que ya son ricos los ingresos reales de la gente pobre continúan creciendo. Hace treinta años, la sustitución de la articulación de la cadera era experimental; ahora es rutina. Los neumáticos y los coches no eran fiables; ahora no se desgastan nunca. Hubo un tiempo en que no se podía hacer nada por la depresión clínica; ahora es posible hacer algo. Es más, en lo referente a la comodidad real —un techo, calefacción, ropa de sobra, comida decente,

una educación adecuada, una medicina efectiva, una vida larga— los ingresos se distribuyen de manera cada vez más *igualitaria* . *A pesar de Piketty*.

Y en todo el mundo, los más pobres se hacen más ricos con rapidez. Ya no estamos en la década de 1960, queridos, cuando parecía que los países pobres carecían de esperanza, atrapados en un «dilema asiático».

Los economistas italianos Patrizio Pagano y Massimo Sbracia sostienen que el hecho de que los estancamientos no surjan de verdad —a pesar, señalan, de que se plantean después de cada recesión importante— no se ha debido tanto a la mala predicción (por lo demás inevitable) de una tecnología completamente nueva como a la falta de comprensión de las recompensas adicionales de las tecnologías ya existentes, como los ordenadores en la actualidad. ² El historiador económico Joel Mokyr, un estudioso serio de la historia de la tecnología, hizo recientemente algunas aserciones persuasivas sobre el asunto de la ralentización, dirigidas en concreto a las convicciones tremendistas de su colega en la Universidad Northwestern, el agorero Robert Gordon. ³ Mokyr sostiene que hasta ahora las ciencias y las tecnologías existentes relacionadas con la biología, los ordenadores y el estudio de materiales prometen un enorme enriquecimiento. ⁴

Thomas Babbington Macaulay se preguntaba en 1830: «¿En qué principio nos basamos para que, cuando tras nosotros únicamente observamos mejoras, no esperemos ante nosotros nada más que empeoramiento?». Continuaba: «Si vaticináramos que en el año 1930 una población de cincuenta millones de personas, mejor alimentada, vestida y alojada que el inglés de nuestro tiempo, ocupará estas islas, que Sussex y Huntingdonshire serán más ricas de lo que son ahora las partes más ricas del West Riding de Yorkshire, que máquinas construidas según principios que aún son desconocidos estarán en todas las casas, mucha gente pensará que estamos locos». ⁵

Aunque Macaulay era *whig* , burgués, tenía una mentalidad orientada al progreso y estaba obscenamente a favor de la mejora. Su predicción fue exacta, incluso en lo referente a la población de Gran Bretaña en 1930: si se incluye en 1930 la República de Irlanda, entonces recientemente separada, se desvió menos de un 2 por ciento.

E incluso los economistas pesimistas y antiwhigistas como Robert Gordon — «agoreros», como los llaman quienes escriben titulares— no niegan que tenemos ante nosotros cincuenta o cien años en los que los países medios y pobres como Sudáfrica, Brasil, Haití y Bangladés alcanzarán lo que en los países ricos ya es un nivel de ingreso real medio increíblemente próspero.

El premio Nobel Edmund Phelps, uno de los pesimistas, cree que a muchos países ricos les falta dinamismo. ⁶ Algunos de los «vientos de proa» que propone Robert Gordon son de esa naturaleza. Tales temores no se han cumplido, lo que sugiere que las propuestas estatistas de Gordon para protegernos de los vientos de proa no son una buena idea. Pero supongamos que Europa y sus miembros se estancan. Aun así, China e India, que suponen cuatro de cada diez personas de la población mundial, se han vuelto a partir de 1980 mucho más abiertas al mercado de lo que fueron antes y, por lo tanto, se están poniendo al día con rapidez. A pesar de que en China (no en India) se ha producido una reciente ralentización, continuarán creciendo, si continúan liberalizándose.

Para entender lo que ocurrirá en los próximos cincuenta o cien años si ese crecimiento continúa, y hay razones para pensar que será así, es una buena idea aprenderse la «regla del 72». La regla dice que algo (como los ingresos) que crece un 1 por ciento anual tarda 62 años en duplicarse. (Ten por seguro que no es un dato obvio si no se hacen cálculos. Resulta que es verdad. Puedes confirmarlo sacando tu calculadora y multiplicando 1,01 por sí mismo 62 veces. O puedes fiarte de mí.) Se deduce que si algo crece el doble de rápido, al 2 por ciento en lugar de al 1 por ciento, ese algo se duplicará, por supuesto, en la *mitad* de tiempo, 36 años. Un corredor que va el doble de rápido recorrerá una milla en la mitad de tiempo. De igual manera, algo que crece al 3 por ciento anual se duplicará en un tercio del tiempo que tarda algo que crece al 1 por ciento, o en 72 dividido entre tres, 24 años.

Aplica ahora tu recién adquirida brillantez en aritmética a nuestras perspectivas económicas. Incluso al modesto 4 por ciento per cápita anual que inverosímilmente el Banco Mundial calcula que China experimentará en 2030; para entonces el resultado será una población casi el doble de rica. Dwight Perkins y Thomas Rawski, expertos en economía china, calcularon en 2008 un crecimiento anual del 6 al 8 por ciento hasta 2025, momento en el cual la persona media china tendrá el nivel de vida estadounidense de la década de 1960. ⁷ Durante sus experimentos socialistas de las décadas de 1950 a 1970, China e India estuvieron tan mal gestionadas que había mucho terreno que recuperar simplemente dejando que la gente abriera tiendas y fábricas donde y cuando quisiera, sin necesidad de la aprobación de las autoridades. Como señaló Perkins en 1995: «Cuando China dejó de reprimir esas actividades, tiendas, restaurantes y muchos otros servicios surgieron de repente por todas partes [porque] los chinos no habían olvidado cómo comerciar o gestionar un negocio pequeño». ⁸ O grandes negocios. No se pueden alegar razones genéticas que impliquen que los chinos, indios, africanos o latinoamericanos vayan a hacerlo peor que los europeos para siempre.

De hecho, entre 1990 y 2016 hemos visto, incluso con la Gran Recesión, una tasa de crecimiento real (en dólares constantes de 2011 a paridad de poder adquisitivo) en todo el mundo del 2 por ciento per cápita anual, que es, por ejemplo, la tasa media durante dos siglos en Estados Unidos.⁹ El resultado será la duplicación del bienestar material de la persona media del mundo en una generación larga ($72/2 = 36$ años) o en dos cortas, con economías de escala en la invención mundial que aumentarán la tasa. En dos generaciones igual de largas, 72 años, significaría una cuadruplicación, lo que aumentaría el ingreso real medio en el mundo a finales de este siglo hasta los niveles alcanzados en 2016 en Estados Unidos, un país que durante más de un siglo ha mantenido el ingreso per cápita más alto del mundo de cualquier lugar más grande que Noruega. No está nada mal. Y no estará nada mal para resolver muchos, si no todos, los problemas del alma, la sociedad y el medioambiente. Una determinada corriente espartana/puritana del pensamiento occidental supone que el enriquecimiento siempre corrompe. No es así.

Todos los economistas que han analizado las evidencias están de acuerdo en que el ingreso medio per cápita real en el mundo está aumentando con rapidez y la perspectiva es que continúe haciéndolo mañana y durante, como mínimo, el siglo que viene. El resultado será un enorme incremento del número de científicos, diseñadores, escritores, músicos, ingenieros, emprendedores y gente de negocios normal ideando mejoras que afectarán a los ahora países ricos supuestamente carentes de dinamismo o que se enfrentan a los vientos de proa. A menos que se crea a la manera mercantilista/de escuela de negocios que un país debe «competir» para enriquecerse con la mejora mundial, incluso los barcos con fugas que son los «países no dinámicos» de Phelps y Gordon crecerán.

En resumen, no existe ningún límite económico inminente al rápido crecimiento per cápita mundial, estadounidense o europeo, ninguna amenaza a los «empleos», ningún motivo para el pesimismo —no durante tu vida, o la de tus bisnietos—. En el año 2100, cuando en el planeta todo el mundo sea enormemente rico según los estándares históricos y se hayan multiplicado por cien los científicos y los empresarios que trabajan día y noche en mejorar la energía solar y la quema de metano, podremos reconsiderar los límites del crecimiento, y el cielo que se cae.

Occidente no está en decadencia

Este artículo, escrito en 1990 y actualizado parcialmente aquí, sigue el mismo tema que el anterior, escrito 26 años después, lo que demuestra bien que nunca evoluciono o que no lo hace la retórica del fracaso y el declive de suma cero . ¹

Empecemos con un acertijo, adivinando el tiempo y el lugar. Obtendrás una calificación por tu respuesta.

Una nación que habla la lengua de Shakespeare gana una guerra mundial y asume el control del equilibrio de poder. Construye la mayor maquinaria económica de la historia y en todas partes se la aclama por tener los empresarios más activos, los ingenieros más geniales, los científicos más inteligentes y los políticos más sabios. Luego todo se va al infierno. Un advenedizo reta a su economía, derrotándola con sus mismos métodos. El modelo antiguo, una década o dos después de los aleluyas, se desprecia, al menos en casa, por tener los empresarios más vagos, los ingenieros más estúpidos, los científicos más torpes y los políticos más tontos. Para la opinión del mundo (o, en cualquier caso, la opinión de los periodistas, políticos y la mayoría de los profesores locales), se convierte en una Nueva España o una Nueva Holanda, un sinónimo de imperio fracasado.

Se acabó el tiempo.

Si pensaste «Estados Unidos, 1917-actualidad», concédete medio acierto, 50 puntos. Lo siento, no es un aprobado. Ciertamente, el relato encaja con la historia de Estados Unidos, tal como se cuenta, desde la entrada en la «guerra para terminar con todas las guerras» hasta Trump, pero también sirve para otros lugares. Si pensaste «Gran Bretaña, 1815-1956», consigues de nuevo 50 puntos, y 10 puntos extra por darte cuenta de que existe un mundo fuera de Estados Unidos. El relato encaja con la historia británica que se cuenta habitualmente, desde Waterloo hasta la crisis de Suez. Pero esa respuesta sólo garantiza un aprobado justo.

La mejor respuesta es «ambos, si observamos con detalle las palabras que la gente utilizó en la época para describir lo que ocurría». Los líderes de opinión británicos de las décadas de 1890 y 1900 leían libros con títulos como *Made in Germany* (Fabricado en Alemania) (1896) o *The American Invasion* (La invasión americana) (1902). ² ¿Dónde los

has visto? A partir de la década de 1980 los has visto en librerías de aeropuerto, del Kennedy a Honolulu, con Estados Unidos en lugar de Gran Bretaña como pringado. En 2019 se hizo evidente que la Administración Trump había asumido esas ideas con entusiasmo. El libro de 1896 bien habría podido publicarse de nuevo en 1989 con «Japón», o en 2019 con «China», en lugar de «Alemania». «Observa, querido lector, en tu entorno», escribió un británico aterrorizado por las importaciones alemanas. «Te darás cuenta de que la tela de algunas de tus prendas de ropa probablemente se tejió en Alemania... Los juguetes, las muñecas y los cuentos que tus hijos maltratan en la guardería están hechos en Alemania... Recorre tu casa y encontrarás la fatídica marca a cada paso.»³ Hoy en día, observa en tu garaje, tu salón, tu estudio. Verás Toyota, Sony y Yamaha, y en 2019 martillos y ordenadores de China, por todas partes.

Esa respuesta, sin embargo, es de listillo. Ponte un bien bajo e intenta ser un poco más espabilado la próxima vez. Sin duda, alertar de que «El fin está cerca» da la reputación de tener una inteligencia rigurosa, y vende periódicos. Una viñeta de *The New Yorker* mostraba a una pareja que pasa al lado de un profeta barbudo que sostiene un cartel que declara «El fin está cerca», y el hombre le dice a la mujer: «¿Ése no era Paul Krugman?». La versión estadounidense del relato se mejora con un ejemplo supuestamente horrible, el de Gran Bretaña, el único país europeo que muchos estadounidenses creen conocer y, por lo tanto, piensan que saben cómo mejorar. La analogía británica obsesiona a la clerecía estadounidense. La parte positiva es que sucesivamente ambos países se convirtieron en el banquero del mundo. La negativa, que los dos lucharon una desagradable guerra colonial, contra los bóeres y los vietnamitas. Al final, ambos se convirtieron en naciones deudoras, con déficits comerciales duraderos. (El terrible déficit es lo mismo que tienes con tu tienda de alimentación, una pesadilla que estoy segura que os mantiene a ti y a Peter Navarro en vela por la noche.)

Sin embargo, las dos historias están equivocadas, que es la respuesta correcta para lograr un sobresaliente y una invitación para ir a la universidad. Por mucho que a la clerecía estadounidense le encante contar esos relatos en bares pijos, instándonos a que nos coloquemos las hombreras de fútbol americano para *The Zero-Sum Solution: Building a World-Class American Economy* (La solución de suma cero: crear una economía estadounidense de orden mundial) (Lester Thurow, 1985) o para finalmente ponernos con *El trabajo de las naciones: hacia el capitalismo del siglo XXI* (Robert Reich, 1991) —y, recientemente, la locura menos sofisticada de Donald Trump y Peter Navarro, la pesadilla de la tienda de alimentación—, el relato del fracaso está equivocado cuando se refiere a Estados Unidos. Tanto como lo estaba con Gran Bretaña hace un siglo. La historia de *Auge y caída de las grandes potencias* (Paul Kennedy, 1987) es un cuento de hadas sin moraleja.

El relato correcto es que ambos países eran, y son, un caso de éxito económico increíble. Angus Maddison (1926-2010) fue un escocés que vivió en Francia y trabajó en Holanda. Un hombretón desgarbado y hosco que hablaba con fluidez siete idiomas y sabía de pensamiento estadístico; fue la principal autoridad en historia del comercio y de los ingresos mundiales. En 1989 publicó un panfleto al que se le prestó poca atención titulado *The World Economy in the Twentieth Century* (La economía mundial en el siglo xx), bajo los auspicios de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, la organización de investigación de los países ricos y democráticos con sede en París. Utilizando las mejores estadísticas sobre ingresos disponibles en aquel momento (en su honor hay que decir que se han mejorado desde entonces, con más o menos los mismos resultados), Maddison averiguó que los estadounidenses siguen siendo más ricos que nadie, tras una década de «fracaso». En 1987 los estadounidenses ganaban 13.550 dólares per cápita (en precios de 1990), alrededor de un 40 por ciento más que los ingresos de, por ejemplo, los japoneses o los alemanes (del oeste). Ahora, en precios actualizados, ganan más de 45.000 dólares y, como siempre, sigue siendo mayor que los ingresos de los japoneses y de los alemanes tras la unificación.

Gran Bretaña también era rica en 1987 —y aún lo es— según los estándares internacionales. Después de un siglo de «fracasos», el británico medio ganaba un poco menos que el sueco medio y un poco más que el belga medio. La media británica era tres veces superior a la de México y catorce veces superior a la de India. Si no te lo crees, sal de tu hotel en Bombay, aunque en un par de generaciones los indios habrán recuperado terreno.

Estados Unidos, por lo tanto, no ha «fracasado». Como tampoco lo ha hecho Gran Bretaña. La historia estadounidense tal como se cuenta en las salas de conferencias, emocionante y trágicamente, repite la historia británica de una manera inquietante. Pero desde el inicio se trata de un caso de falsa retórica. A principios del siglo XIX, los observadores británicos, como los estadounidenses de la Era del Jazz, se sorprendieron por la facilidad con la que el país había asumido el liderazgo industrial. Gran Bretaña fue el primero, pero desde el inicio de su «dominio» una parte de su clerecía receló con nerviosismo ante la extrañeza del hecho de que una pequeña isla dominara el mundo. En 1839, al principio del éxito británico, un tal James Deacon Hume advirtió a un comité del Parlamento que los existentes aranceles proteccionistas sobre las importaciones de trigo animarían a otros países a abandonar también la agricultura por la industria, acabando con la «dominación» británica del mundo de la manufactura: «Corremos el riesgo de que las manufacturas de otros países nos superen... Apenas puedo dudar de que [cuando llegue ese día] la prosperidad de este país retrocederá con mucha mayor rapidez de lo que ha avanzado». ⁴

Tonterías. Ésa es la retórica de la «competitividad» y siempre ha sido una tontería. En la década de 1840, la de 1990 o en la actualidad, Gran Bretaña está mejor, no peor, gracias a la industrialización del resto del mundo, de la misma manera que tú estarías mejor si te mudaras a un vecindario de gente más cualificada y sana. El crecimiento británico ha sido continuo desde 1840 hasta el presente, haciendo que los británicos sean cada vez más ricos.

Asimismo, la situación de los estadounidenses es mejor cuando Japón o China «nos ganan» en la fabricación de coches o en el montaje de televisores, porque luego «nosotros» (en realidad, individuos que toman decisiones autónomas y no el «nosotros» colectivista de las fantasías nacionalistas) hacemos algo en lo que somos comparativamente buenos —por ejemplo, la banca o el cultivo de soja— y dejamos a los japoneses, después a los coreanos y después a los chinos fabricar la electrónica de consumo.

Cada vez más ricos. Sin que el cielo se nos caiga encima. Sin tragedias. Según Maddison, en 1989 Gran Bretaña era tres veces y medio más rica por persona de lo que era hacía un siglo; Estados Unidos unas cinco veces más rico. Ahora más. Es cierto que durante ese periodo Gran Bretaña y Estados Unidos han crecido con mayor lentitud que otros países, como Suecia y Japón, porque en un principio Gran Bretaña y Estados Unidos eran países más ricos, aunque entonces, según los estándares actuales, todavía eran pobres. La historia del crecimiento durante el último siglo ha sido un relato de convergencia con los estándares de excelencia británicos y estadounidenses. En 1900 los alemanes ganaban alrededor de la mitad que los británicos; ahora ganan más o menos lo mismo.

Ésta no es una «carrera» que Gran Bretaña haya «perdido». El descenso de la participación británica en los mercados globales no fue un índice de «fracaso», de igual manera que un padre no consideraría un «fracaso» su decreciente participación en la contribución doméstica relacionada con unos hijos que se hacen mayores. Fue un índice de madurez. Lo mismo es cierto para Estados Unidos. Es bueno, no malo, que otras naciones estén consiguiendo los estándares de competencia estadounidenses a la hora de gestionar supermercados y fabricar equipos para el procesamiento de alimentos.

Tres hurras por la «competencia» extranjera.

La retórica del fracaso es peligrosa

Una continuación ¹

El relato del «fracaso» tiene consecuencias, razón por la que debe cuestionarse. Confunde el prestigio de naturaleza deportiva, ser los mejores en lo que los británicos, que inventaron el fútbol, llaman la «tabla de clasificación del crecimiento económico», incluso si el número absoluto sólo registra pequeñas diferencias en la riqueza. Más preocupante que las metáforas deportivas es que habla del libre intercambio con metáforas bélicas. En 1902, en el apogeo de la histeria xenófoba en Gran Bretaña contra Alemania y Estados Unidos por la «competitividad», el economista británico Edwin Cannan declaró: «La primera tarea del profesor de teoría económica es hacer pedazos y pisotear [resiste ahí, Edwin] las engañosas metáforas militares que se han aplicado al pacífico intercambio de mercancías. Oímos hablar mucho en estos días de la “supremacía comercial de Inglaterra” y de cómo otras naciones la “desafían”, y de cómo es nuestro deber “rechazar el ataque” y demás. Los economistas preguntan “¿qué es la supremacía comercial?” y no hay respuesta». ²

A estas alturas hemos oído hablar mucho de la supremacía comercial de Estados Unidos y de cómo nuestro deber es rechazar el ataque. Es un discurso idiota desde el punto de vista económico y políticamente peligroso; en 1884-1914 provocó una guerra mundial y después los horrores que tuvieron lugar a mediados del siglo xx en Europa. Deberíamos enfriarlo, por ejemplo, reconociendo que la mayoría de los empleos se pierden debido a una tecnología superior y beneficiosa, y que la culpa de que se pierdan los de Massachusetts e Illinois es de Texas y California, no de China y Corea; o que unos vecinos más ricos nos pagarán más en bienes y servicios por nuestros bienes y servicios. David Landes (1924-2013), que fue profesor de historia en Harvard y, más tarde, por virtud de su amistad con Robert Fogel también de economía (David nunca abrió un libro de economía elemental), dio respetabilidad académica al relato equivocado sobre el declive británico. En un libro elocuente, erudito y profundamente erróneo, *The Unbound Prometheus: Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present* (Prometeo liberado: cambio tecnológico y desarrollo industrial en Europa occidental desde 1750 hasta el presente), Landes resume un siglo de lamentos periodísticos e históricos por la supremacía perdida y el imperio perdido. Usó la metáfora del liderazgo en una «carrera» y habló en los títulos de los

capítulos de «cerrar la brecha» y de «pérdida de aliento y recuperación de la fuerza», con una versión militar en «algunas razones del porqué» tomada de un poema sobre una carga de caballería. ³

De acuerdo con Landes, la cuestión principal es «¿por qué en las últimas décadas del siglo XIX el liderazgo industrial pasa de Gran Bretaña a Alemania?». ⁴ En resumen, la respuesta es: «La Gran Bretaña de finales del siglo XIX disfrutó complacientemente del atardecer de la hegemonía económica... Ahora era el turno de la tercera generación, los hijos de la abundancia, cansados del tedio del comercio y excitados por las aspiraciones bucólicas de los señores del campo... Trabajaban en el juego y jugaban en el trabajo». ⁵

Una escritura cuidada, pero que simplemente vuelve a re-petir el disparate sobre la competitividad —disparate en ambos sentidos, político y económico—. Habitualmente, los diplomáticos y los historiadores europeos cuentan de esta manera la historia de Europa, utilizando términos relacionados con carreras y cargas de caballería entre herreros y corredores de bolsa. Se supone que, desde Pedro el Grande, el equilibrio del poder político en Europa ha dependido del liderazgo industrial. Se supone que Waterloo y el Somme se decidieron en la cadena de montaje y el parque de la bolsa. Antes de la Primera Guerra Mundial, el supuesto vínculo entre una ventaja en la guerra y una ventaja en la economía se convirtió en un lugar común de la conversación política y desde entonces nunca ha abandonado la literatura histórica. Pensar de otra manera, dijo Landes, sin aportar argumentos reales, es ingenuo.

La versión de principios del siglo XXI del disparate mundano de Landes aparece en los elogios a líderes iliberales como Putin en Rusia, Xi en China, Erdogan en Turquía u Orbán en Hungría, con imitadores en Europa del Este o, en clave menos violenta (aunque también encarcela a sus oponentes políticos y censura la prensa), Lee Hsien Loong en Singapur y, sobre todo, su padre Lee Kuan Yew. Después de todo, escriben los analfabetos económicos, los tiranos «ganan». «Tal vez la tiranía combinada con la libertad [*liberty*] económica —continúan— sea el nuevo modelo.» Los analfabetos siempre buscan un nuevo modelo porque no necesitan entender los antiguos. Eso los libera de tener que abrir un libro de economía.

Pero no. Por un lado, la tiranía ha destruido las economías en vez de mejorarlas y desde 1776 la democracia normalmente ha liberalizado las economías y enriquecido a la gente corriente. Dé un paso al frente para someterse a examen Robert Mugabe, de Zimbabue, cuyo lamentable ejemplo detuvo la importante rama comunista del Congreso Nacional Africano de Sudáfrica. Se ha demostrado una y otra vez que las historias sobre los éxitos económicos de Mussolini, Hitler o Stalin son falsas. Apostar a que un hombre montado

en un caballo blanco logra que su pueblo se enriquezca económicamente sólo enriquece a los corredores que aceptan la apuesta, con probabilidades favorables.

A menudo la gente confunde el «éxito» de unas elecciones amañadas o de una política exterior agresiva con el enriquecimiento de la gente corriente en su actividad económica ordinaria. Por ejemplo, el sueño de Hitler del *Lebensraum*, colonizando el este y asesinando a judíos y eslavos. ¿Cómo salió eso? La confusión mantiene al hombre del caballo blanco en su montura, porque es agradable pensar en la gloria de la madre Rusia incluso si vives con tu nieta en una ciudad minera deprimida, en una habitación sin baño ni cocina o en una pensión de cuatrocientos dólares al mes. Siempre puedes recurrir a la lógica del buen zar, es decir, que Putin no puede conocer la terrible corrupción de los administradores locales. Si lo hiciera, seguro que acudiría al rescate. Siempre ha sido ésa la relación del zar y los campesinos con los jefes de los boyardos, así como la del buen rey Ricardo con los malvados *sheriffs* y barones que apoyaban al mal rey Juan, o la del soberano inglés enfrentado a los terratenientes que, con los cercamientos, supuestamente hicieron que las aldeas se quedaran desiertas.

La izquierda enturbia con regularidad y con efectos secundarios indeseados la situación al atacar la idea de un ingreso nacional calculado, que resume el bienestar económico de la gente corriente según su propio juicio, es decir, según cuánto está dispuesta a pagar por bienes y servicios. Es el criterio liberal. La izquierda, en cambio, ansía un criterio colectivista. La derecha anhela, de manera similar, la gloria colectiva de la nación, que se alcanza igualmente mediante la coerción y su amenaza.

Mejor ignorar esas fantasías de colectivismo clasista y escuchar, escuchar de verdad, lo que la gente dice en los mercados. Oh, sí, ya sé: se dice que los mercados tienen «imperfecciones» terribles, más de cien, expuestas con esmero en los libros de economía desde 1848, aunque ninguna parece ser lo bastante importante para justificar la introducción de la sabiduría perfecta de la coacción gubernamental. ⁶ Aun así, durante el reinado de las numerosas imperfecciones (monopolios, mala información, errores de conducta) los más pobres entre los pobres vieron cómo su riqueza material aumentaba de una manera extraordinaria. Dejemos, pues, que de acuerdo con el plan liberal, obvio y simple, el mercado se exprese en PIB per cápita y miles de millones de personas consigan ser modernas, educadas y enriquecidas.

Y, en cualquier caso, el PIB sólo aumenta cuando los tiranos transigen en aquella parte de la economía que *no* se atreven a imponer por decreto. El nacimiento del liberalismo enriqueció lugares como Estados Unidos antes de la guerra de Secesión o, de hecho, el Imperio ruso en las décadas de 1890 y 1900, dejando que la gente ganara dinero, por ejemplo, suministrando vías férreas a los ferrocarriles. Pero Japón se estancó con su

tiranía Tokugawa, que duró hasta 1868, y China lo hizo con su tiranía manchú y luego con la maoísta hasta 1978. Los tiranos rechazan la prueba del mercado y por eso se embarcan en proyectos que suelen reducir el PIB per cápita ruso, chino o argentino. Los grupos privados también cometen errores, por supuesto. Pero no pueden recurrir al monopolio de la coerción. Quiebran, pero no tienen la capacidad de obligar a las granjas colectivas a comprar tractores desastrosos hasta que las vacas vuelvan a casa, o no lo hagan. Los políticos no mejoran la situación económica de la gente. Lo hace la economía estricta.

El supuesto vínculo entre la economía y la política es, en cualquier caso, una tontería. Después de todo, en 1914 una alianza lo bastante amplia de seguidores rezagados y jadeantes, por utilizar la metáfora de la carrera que utiliza Landes, podía haber desplegado más divisiones. El Imperio ruso lo hizo. Los casos de la Unión Soviética en 1941 o de Vietnam del Norte en 1968 sugieren que el poder militar no se deriva necesariamente del poder económico. En 1861-1865 la Unión sacrificó más hombres que los que todo Estados Unidos ha sacrificado en cualquier otra guerra, para reprimir la rebelión de una parte menor de la población, casi el 40 por ciento de su población esclavizada, a la que al principio el norte superaba en armas de fuego en una proporción de 30 a 1, de 24 a 1 en locomotoras y de 13 a 1 en arrabio. En la Primera Guerra Mundial, la pala y el alambre de espino, difícilmente los frutos más avanzados de la industria, cerraron el frente occidental. Los bombardeos estratégicos, que usaron las técnicas más avanzadas y las fábricas más sofisticadas, fracasaron en gran medida en la Segunda Guerra Mundial, fracasaron del todo en Corea y luego se intentaron de nuevo con gran fanfarria, para fracasar estrepitosamente una vez más, en Vietnam. Al final, funcionaron contra los triviales poderes económico y militar de Irak y Serbia. ¿Lo hicieron? ¿Cómo acabó eso? Los serbios aún odian al resto de los europeos, a los que responsabilizan del bombardeo de la OTAN, y Siria... en fin.

La equiparación del poder militar con el poder económico es buen material para un artículo de periódico, pero malo para la historia y peor para la economía. El disparate económico de la metáfora del liderazgo y la competitividad es que asume calladamente que ocupar el primer lugar entre muchas naciones es generalmente preferible al segundo o el duodécimo puesto. En las conversaciones sobre deporte, el liderazgo es cuestión de ser el número uno. El lema del entrenador de la UCLA Henry Russell «Rojo» Sanders (no es, como piensa la gente, una invención de Vince Lombardi, de los Green Bay) decía: «Ganar no lo es todo... es lo único». No sucede así en la economía. Las metáforas de enfermedades, derrotas y decadencia se fijan demasiado en el número uno como para adecuarse a un relato económico. El lema de Russell «Rojo» Sanders rige los deportes. Sólo un equipo gana el campeonato de Pac-12. La fijación con el número uno, sin embargo, olvida que en los asuntos económicos ser el número dos, o incluso el

número 12, puede estar, de hecho, muy bien. En la carrera del crecimiento económico, el premio para el segundo no fue la pobreza. El premio fue un gran enriquecimiento. En otras palabras, desde 1750, Gran Bretaña ha crecido, de hecho, muy bien, muchas gracias, con pausas durante la guerra total o debido a experimentos del socialismo de la cláusula iv. Durante dos siglos, Estados Unidos ha duplicado los ingresos reales per cápita más o menos cada treinta y seis años. Por el contrario, las enfermedades de las que los pesimistas hablan de manera tan vívida son románticamente fatales; las derrotas en el deporte o en la guerra son horriblemente completas; las caídas tras una grandeza previa, irrevocablemente enormes.

Desde un punto de vista más amplio y sostenido en el tiempo, sorprendentemente el relato del fracaso en una carrera es incluso más inútil. Antes de los británicos, los neerlandeses fueron el «fracaso». La República de los Siete Países Bajos Unidos entró en «decadencia» casi desde su nacimiento. ¿Con qué resultado? ¿Un desastre? ¿Pobreza? ¿El «colapso» de la economía? No. Los Países Bajos han acabado siendo pequeños y débiles, una pequeña isla lingüística en una esquina de Europa, despojada de su imperio, nunca más un poder sólido en la política mundial y aun así son fabulosamente ricos, con uno de los ingresos per cápita más altos del mundo (tanto ahora como en el siglo XVIII), un producto interior per cápita que se ha cuaduplicado desde 1900, un éxito asombroso se mida con el estándar que se mida. El barrio de Jordaan («jardín») en Ámsterdam era a mediados del siglo XIX un vecindario de clase obrera con casas y apartamentos miserablemente pequeños; una familia numerosa se apiñaba en una habitación de quince metros cuadrados, al igual que en el Lower East Side de Nueva York. Ahora, las casas y apartamentos del viejo y el nuevo Ámsterdam se juntan para hacer viviendas más grandes que ocupan una pareja de *yuppies*.⁷ A veces, un soltero.

La mejor historia es la de un crecimiento normal, aunque desde una perspectiva mayor los dos siglos del gran enriquecimiento han sido sorprendentemente no «normales» para los humanos. La madurez se alcanzó antes en Gran Bretaña, Estados Unidos y los Países Bajos que en Japón, Alemania y Suecia. Todo el mundo admite que Gran Bretaña lo hizo muy bien de 1870 a 1914 en la construcción naval, los seguros, las bicicletas y la venta al por menor. Pero incluso los «fracasos» británicos de finales del siglo XIX fueron pequeños según los estándares internacionales, incluso en industrias como la del acero y los químicos, en las que se supone que Gran Bretaña ha sido especialmente mala.⁸

Sin embargo, tanto si lo hizo bien como si no, el crecimiento de Gran Bretaña no dependió mayormente de que pudiera mantenerse en el número uno. En 1890 se podría haber esperado que Gran Bretaña hubiera crecido más despacio que las nuevas naciones industriales. La parte del mundo que estuvo bajo dominio británico llegó primero y luego, durante un tiempo, otros superaron su tasa de crecimiento. Si vamos a seguir con

la cansina metáfora de la carrera, alguien que ya ha pasado la meta se moverá más despacio que alguien que aún está corriendo. Bélgica fue otro de los primeros países industriales y tuvo una experiencia similar de «decadencia» relativa que rara vez se menciona. Lo mismo le ha ocurrido a Estados Unidos más recientemente. ¿Y qué?

En general, con variaciones menores que se explican por pequeñas diferencias nacionales en la consideración de detalles, las naciones ricas convergen. Los recursos naturales son un elemento trivial en las economías modernas. La tecnología, por otro lado, se ha vuelto cada vez más internacional. Es como si la tecnología fuera la nueva tierra, salvo que no se encuentra en un país sino en todos los países —en la situación actual—. Si se dejara a las personas adoptar la tecnología más rentable, acabarían todas con ingresos muy parecidos, independientemente de que vivan en Hong Kong o en Dresde. Hay un buen número de trabajos econométricos ridículos que contemplan la posibilidad de que las naciones puedan *no* converger. Lo ridículo es que no hay razones genéticas, biológicas o geográficas para que exista una gran divergencia permanente. Sí, con certeza, a corto plazo. No en cincuenta años.

La historia británica principal desde finales del siglo XIX es lo que los estadounidenses pueden esperar para el siglo que viene. Los ingresos británicos se triplicaron mientras los demás conseguían el nivel de vida británico. Un incremento del 228 por ciento de la producción entre 1900 y 1987, a un ritmo que continúa hasta el presente, es más importante que un 10 por ciento de «fracaso», en ciertas ocasiones y a determinados tipos de cambio, para imitar, por ejemplo, los hábitos obsesivos de Alemania en lo que respecta a la atención al deber. Visto desde Etiopía o incluso desde Argentina, Gran Bretaña es, por supuesto, una de las naciones ricas.

La tragedia del siglo pasado no es la disputa relativamente menor entre los líderes del grupo de cabeza de las naciones industriales. Es la tremenda distancia entre los líderes de la delantera y quienes los siguen a la cola. Y si se debe usar la imagen de una pista de carreras, entonces todos los participantes, tanto los rezagados como los líderes, avanzaron de manera notable —normalmente multiplicando, a partir de 1900, la producción real per cápita por tres o un factor superior—. El relato principal es el avance general. Multiplicar por tres, e incluso más, el ingreso per cápita redujo mucho la miseria y ha dado a miles de millones de personas, que de otra manera estarían hundidas, una vida con oportunidades. Piensa en tus bisabuelos. Piensa en los padres de los chinos de hoy en día.

En otras palabras, en la literatura de los «fracasos» británico y estadounidense el problema de la opción pesimista del relato es que describe ese resultado positivo del crecimiento como una tragedia. En el mejor de los casos, ese discurso es de mal gusto,

en un mundo de tragedias reales — Argentina, por ejemplo, que en su momento fue rica pero que durante décadas subvencionó mucho y produjo poco bajo la persistente ideología del peronismo; o India antes de 1991, atrapada en la pobreza tras muchos expertos consejos socialistas (aunque ahora, tras haber aceptado el consejo «capitalista», es una maravilla del mundo)—. En el peor, el pesimismo es inmoral, una autoimplicación desagradable, una sucesión de chorradas nacionalistas acompañada de una mano militar que toca *Land of Hope and Glory* o *The Marine Hymn*. Parece que los economistas y los historiadores han confundido la cuestión de por qué los ingresos per cápita británicos eran en la década de 1990 seis veces los de Filipinas y trece veces los de India —muchos cientos de puntos porcentuales de diferencia que las poderosas fuerzas de la sociología, la política y la cultura deben, por supuesto, contribuir a explicar, en todo caso a corto plazo, antes de la inevitable convergencia que supone conseguir el billete de cien dólares de la tecnología internacional— con la cuestión, más delicada y mucho menos importante, de por qué en 1987 los ingresos británicos fueron un 3 por ciento inferiores a los de los franceses o un 5 por ciento superiores a los belgas.

Contar un relato en el que Estados Unidos sigue a Gran Bretaña en su «decadencia» es un disparate peligroso. Se trata, simplemente, de una decadencia relativa, causada por el enriquecimiento totalmente deseable del resto del mundo. Es peligroso porque nos lleva a culpar a los extranjeros de nuestros verdaderos fracasos, para lo cual véase la Administración Trump, por ejemplo, en la educación secundaria o el mantenimiento de los puentes.

De modo que ánimo. Nosotros, los yanquis, no vamos a seguir el camino de Gran Bretaña, si eso significa lo que quieren decir los pesimistas. En el relato más preciso y optimista significa continuar teniendo éxito económico, como ha ocurrido en Gran Bretaña. Si tal éxito significa jugar al críquet los sábados y que la cerveza, aunque bebible, esté tibia, entonces ¡hip hip hurra!

La palabra *capitalismo* es un error científico

Otra columna de Reason

Mi madre, que tiene noventa y cinco años, acaba de leer el libro de su hija, *Bourgeois Equality: How Ideas, Not Capital or Institutions, Enriched the World* (La igualdad burguesa: cómo las ideas, no el capital o las instituciones, enriquecieron el mundo) (2016). Con mayor exactitud, mamá escuchó el audiolibro, leído con brillantez por Marguerite Gavin, en apenas treinta horas. Muy recomendable.

A mamá le encantó. Una mujer con gusto, ya ves. Seguro que su deleite no tiene nada que ver con que yo sea la autora. Después de todo, las madres son bien conocidas por ser totalmente objetivas cuando juzgan los logros de sus hijos. En cualquier caso, era esperable que, teniendo en cuenta sus hábitos intelectuales, a mamá le gustara el libro, que es liberal. Ve un montón de noticias económicas y es una entusiasta de la economía libre, en especial de Apple, Walmart y T. J. Max, aunque, de nuevo al igual que su hija, está dispuesta a inclinarse un poco hacia la versión sensiblera de la economía liberal.

Tal vez un poco más que su hija. Hace algunos años fuimos juntas a un homenaje al segundo Roosevelt en el Auditorium Theatre de Chicago y luego nos retiramos a mi cercano apartamento para sostener una acalorada discusión sobre la naturaleza de la política económica de Franklin D. Roosevelt. Yo dije que su política era pésima, como durante mucho tiempo han demostrado economistas como Robert Higgs y John Wallis e historiadores como Ellis Hawley. Ella se indignó. Para mamá, nacida en 1922, ese hombre de la Casa Blanca era la voz reconfortante de las charlas en torno a la chimenea, el hombre que salvó a Estados Unidos del fascismo. «Haciendo pruebas», repliqué, y nuestra acalorada discusión continuó (puedes ver de dónde saco mi interés por las ideas y mi tendencia a caldear lo que al final es una cortés discusión sobre ideas). Justo ahora mi madre está escuchando *The Forgotten Man* (El hombre olvidado) (2007), de Amity Shlaes. Espero que Amity pueda alejarla de la visión izquierdista y amable del *New Deal*. Cuando mamá tiene información nueva, cambia de opinión. (¿Qué haces tú?)

En un punto de la terminología, sin embargo, es difícil cambiar de opinión. Como tantas personas, economistas y no economistas por igual, mamá quería oír que la igualdad

burguesa implicaba que el capital, como en la propia palabra *capitalismo*, es la clave de nuestra riqueza. Sin embargo, repetidas veces en el libro, y en su título, lo niego.

¿Qué sucede? El «capitalismo» es lo que los neerlandeses llaman un *geuzennaam*, literalmente un «nombre inverosímil», asignado por un enemigo desdeñoso, como «cuáquero», «tory» o «whig», que luego las propias víctimas adoptan con orgullo. *Forbes: la herramienta capitalista*, por ejemplo. La palabra *capitalismo* es, por supuesto, un palabro de Marx. Marx no la utilizó, pero no nos pongamos quisquillosos: seguidores suyos, como Sombart, ciertamente la usaron y el mismo Maestro utilizó el término «capitalista» para designar a los jefes que invertían la plusvalía además de su acumulación de capital original.

Como la mayoría de los economistas y otras personas antes y después, Marx afirmó que la acumulación de capital era el impulso primario de la modernidad. El sociólogo marxiano Immanuel Wallerstein, por ejemplo, escribió en 1983 que «la palabra capitalismo se deriva de capital. Por lo tanto, sería legítimo presumir que el capital es un elemento clave del capitalismo». ¹ No, no lo es. Que insistamos en reflexionar sobre algo llamado «capital» no implica que su acumulación fuera en realidad algo exclusivo de la modernidad, o causal.

Y no lo fue. Los romanos, los chinos y todos los humanos hasta remontarnos a las cavernas, siempre han acumulado capital, absteniéndose de consumir para hacerlo. Piensa en el granjero que devuelve la semilla a la tierra, que crea arrozales o, para el caso, fabrica herramientas de piedra laboriosamente talladas y luego las pule para que queden bonitas. Lo que impulsó nuestro enriquecimiento fueron ideas nuevas para invertir esa abstención, no las inversiones reales posteriores en las ideas, aun siendo las inversiones necesarias. Las cosas necesarias, como el engranaje de un reloj, no son siempre la fuerza motriz, que en el caso de un reloj es el muelle. En el béisbol, es necesario tocar la base después de un *home run* para que se contabilice, pero la causa de la anotación es el *home run*. Obviamente, sería bastante inútil llamar «la causa» al hecho de tocar la segunda base en el camino de vuelta. En el gran enriquecimiento la causa fueron las ideas. Los muelles de los relojes.

Estoy de acuerdo con Hernando de Soto, que propone que las personas pobres de las favelas de América Latina consigan el título de propiedad de la tierra que ocupan ilegalmente, que luego pueden vender para educar a sus hijos o para hacer una inversión con derecho a un porcentaje y entrar así a formar parte de la economía como empresarios o, al menos, como trabajadores con movilidad geográfica o educativa. ² De Soto se centra en cómo permitir que la gente muy pobre entre en la economía y se beneficie del crecimiento económico. Como yo, piensa que las personas pobres tienen

un montón de buenas ideas aplicables a la actividad económica legal que las sacarían de la pobreza, a ellas y a sus hijos, de la misma manera que la gente ha salido de la pobreza a partir de 1800. Un puesto de frutas. Un taller de zapatería. Luego sus nietos pueden convertirse en abogados o programadores de ordenadores de una economía futura, en Perú o Brasil.

Los pobres sólo necesitan, señala De Soto, un poco de capital. Seguro. Pero él estaría de acuerdo conmigo en que acumular capital por sí solo, sin ideas que sean rentables — como el gobierno, por ejemplo, gravando con impuestos a los agricultores y luego adoptando un plan a cinco años, o implicándose en la planificación industrial para gastarse el dinero en proyectos improductivos—, no es lo que necesitan los pobres. El capital es necesario (como lo son el aire, la mano de obra, la tierra, la luz del sol y la paz). Pero las ideas que generan enriquecimiento, como el puesto de fruta o el transporte de contenedores, son más que necesarias. En la mayoría de los casos son suficientes, porque cuando las ideas son muy, muy buenas el capital se consigue fácilmente. El capital no es la constricción. Lo son las ideas y el permiso legal para aplicarlas. La arrogancia de los gobiernos latinoamericanos ha sido suponer que la gente pobre carece de ideas y que sólo los graduados universitarios o los políticos populistas las tienen. En América Latina hay quien ha entendido que esa arrogancia aliada con el populismo no es la solución, aunque los votantes continúan cayendo en los viejos hábitos. También en Estados Unidos.

Desde Smith, en la economía es tan poderosa la convicción de que la acumulación de capital es causal que en 1956 incluso Ludwig von Mises, el gran economista austriaco, se equivocó. ³ Escribió: «Ahorrar, la acumulación de capital, es la agencia que ha transformado, paso a paso, la peligrosa búsqueda de comida de los habitantes salvajes de las cavernas en las formas modernas de industria». Pero no era la «agencia», si eso significa «el muelle del reloj». Sólo estaba en lo cierto en el sentido de que la acumulación era necesaria. «Los mediadores de esta evolución fueron las ideas que crearon el marco institucional dentro del cual la acumulación de capital se volvió segura por el principio de la propiedad privada y los medios de producción.» Ciertamente, era necesario que existiera la idea mínimamente liberal de la protección de la propiedad. Pero ésta ha sido muy habitual en las sociedades humanas, a partir de las cavernas. «Cada paso adelante en el camino hacia la prosperidad es efecto del ahorro.» Tonterías. Ahorrar es necesario, sí, pero también lo son una infinidad de otras cosas. Luego parece que se da cuenta de cuál es en realidad el muelle, porque lo menciona, pero al final lo descarta: «Las invenciones tecnológicas más ingeniosas serían prácticamente inútiles si los bienes del capital requeridos para su utilización no se hubieran acumulado mediante el ahorro». Es una iteración más de la necesidad como suficiencia. Intenta sustituir «agua líquida» por «acumulación de capital» y «bienes del capital», y

«conseguir agua líquida» por «ahorrar». Luego continúa con una teoría del agua líquida del crecimiento económico.

Recientemente, mantuve un pequeño debate por correo electrónico sobre el asunto con mi amigo el economista Mark Skousen, después de hacer en 2017 un viaje de soltera a su Freedom Fest, que tiene lugar cada agosto en Las Vegas. El año siguiente él y yo mantuvimos un debate sobre el asunto en el propio congreso. (Deberías ir al festival el año próximo, sobre todo si, como yo, nunca has visto la deslumbrante vulgaridad de Las Vegas [«las vegas», incluso su nombre es falso] y si, como yo y mi madre, te encanta meterte en discusiones serias sobre liberalismo. El Freedom Fest es la bomba.)

Mark no está de acuerdo con mi «anticapitalismo». «Debes tener capital para promover la economía —me escribió—. Los emprendedores tienen un montón de buenas ideas y tecnología en ciernes para cambiar el mundo [no, querido Mark: antes de 1800 no lograron demasiado], pero a menos que consigan financiación [lo que hicieron cuando las ideas fueron realmente buenas: ferrocarriles, Edison, internet] se quedarán sin realizar.»

Eso es cierto, pero como admitió Mark la financiación es simplemente una condición necesaria, no suficiente. Comete el error de Mises al confundirlas. El estallido de ingenio humano posterior a 1800, por el contrario, *fue* suficiente. Las ideas eran tan buenas que rara vez (¿qué tal te parece «nunca»?) la financiación fue un problema serio. Piensa en la máquina de vapor, aunque su aplicación se retrasó por la patente de Watt. Piensa en el hormigón armado, que no es patentable. En cualquier caso, las condiciones necesarias son infinitas, la mayoría no pertinentes, como «tener agua líquida a la temperatura habitual», «la existencia de mano de obra» o «la ausencia de una guerra civil activa». Y el hallazgo de la historia de la economía es que un gran número de sociedades compartieron las condiciones necesarias y pertinentes durante milenios. Pero esas sociedades no experimentaron nada parecido al gran enriquecimiento que se produjo en el noroeste de Europa después de 1800.

Piensa en China en 1492, que disfrutaba de una paz duradera, tenía excelentes derechos de propiedad, una ley que se imponía, carecía de aranceles aplastantes dentro de China (otro contraste con Europa) y tenía mucho capital, de modo que construía proyectos descomunales con facilidad, haciendo sombra incluso a los proyectos de la capital romana. Pero China no tuvo el enorme estallido de ingenio probado comercialmente que, finalmente, en especial después de 1800, enriqueció el noroeste de Europa, que en 1492 era un páramo terrible y belicoso.

¿Por qué? Respuesta: no gracias al capital, las instituciones, la ciencia o el carbón, sino al «plan liberal de igualdad, libertad y justicia» de Adam Smith, un liberalismo 1.0 y luego 2.0 que apareció por primera vez en el noroeste de Europa. Resultó que la liberación de la gente corriente inspiró ideas extraordinarias, que redirigieron el capital, el agua líquida y la mano de obra. Skousen afirmó que «la escasez de capital de inversión nos ha impedido avanzar lo más rápido posible». No, no es así. Las evidencias históricas y económicas contradicen esa noción, que fue popular en el Banco Mundial durante el largo reinado del fundamentalismo del capital. Metes capital en Ghana, y aun así fracasa. No le das un céntimo a la China roja, y aun así tiene éxito. Lo importante fue el ingenio liberador de las mentes humanas, como en la economía china después de 1978 y en la india después 1991. Dale a la gente libertad y les darás vida.

Si el fundamentalismo del capital de los teóricos de Wall Street fuera acertado, entonces sus enemigos los socialistas también tendrían razón. Los socialistas asumen que la clave del capitalismo es el capital y, por lo tanto, que el gran problema es su asignación. Lo mismo piensan los teóricos de Wall Street. Ambos creen que las ideas, emprender o gestionar son algo *fácil*. Ideas, dicen, hay a montones. Por eso los teóricos de Wall Street adoran el programa de televisión «Shark Tank», en el que unos inversores echan por tierra con facilidad las ideas, y por eso los socialistas piensan que el gobierno puede organizar, desde Washington, la asignación de la inversión con facilidad. Ambos están seguros de que es fácil establecer el futuro. Los liberales no lo están.

Así que no. Mamá y Mark, Smith y Marx, e incluso Mises están equivocados. El «capitalismo» es un error científico condensado en una sola palabra, un palabro enormemente engañoso que le debemos a nuestros enemigos y que nuestros amigos, aquellos que lamentablemente están confundidos, todavía utilizan.

Son amigos que no han leído con detenimiento *Bourgeois Equality* o, para el caso, *Las virtudes burguesas* (2006) o *Bourgeois Dignity* (La dignidad burguesa) (2010). Ni han escuchado este último en treinta horas. A por él, chicos.

El marxismo no es el camino a seguir

Escribí un artículo para el «conservador» (la manera en que maltratamos esos términos, ¡mejor dejar de escuchar!) American Enterprise Institute. Otras personas que lo hicieron para el mismo volumen (Strain y Veuger, eds., 2016) escribieron sobre figuras de la filosofía política con las que, en general, estaban de acuerdo. Aunque hace tiempo yo fui, brevemente, algo parecido a un marxiano y considero que Marx es extraordinario, no estoy de acuerdo con su economía, su historia y su política y, sobre todo, con las de sus seguidores. ¹

A partir de 1848 Karl Marx ha sido quien, de todos los hombres que abordamos aquí, ha controlado con mayor firmeza el imaginario social de la clerecía. ² Es sabido que declaró que no era marxista. Pero Marx todavía influye en sus seguidores, en los departamentos de historia y de inglés, en estudios culturales y de desarrollo económico. Los seguidores, muchos de los cuales se encuentran entre mis amigos más queridos, no siempre se declaran marxistas o, incluso, por asignar un nombre a una postura menos rigurosa, «marxianos» —gente entusiastamente influida por Marx, pero cuya opinión sobre Stalin o Mao no es tan entusiasta—. Y más allá de los diferentes rangos de creyentes oficiales están los seguidores implícitos durante la era del materialismo, de 1890 a 1980, los «marxoides», se podría decir, sin pretender ser demasiado desdeñosa, e incluyendo a la mayor parte de los pensadores sociales, no todos de izquierdas.

Por ejemplo, a principios y mediados del siglo xx, en los escritos sobre historia progresistas y en buena parte de los conservadores la retórica predominante *siempre* ansiaba ver razones de clase y económicas ocultas detrás de *cualquier* sentimiento declarado. Puede observarse esto en *An Economic Interpretation of the Constitution of the United States* (Una interpretación económica de la Constitución de Estados Unidos) (1913), de Charles Beard, en *Quatre-vingt-neuf* (Ochenta y nueve; traducido como 1789: *Revolución francesa*) (1939), de Georges Lefebvre, o en *La revolución inglesa: 1640* (1940), de Christopher Hill. Fue una reacción a la tradición nacionalista de la escritura de la historia romántica. «Ajá, tú supuesto “patriota”, tú “liberal”», declaraban los duros antirrománticos bajo el hechizo de Marx, el romántico invertido. «No puedes engañarnos. Vemos tu desagradable interés económico detrás de tus presuntas “ideas”.» Incluso un antimarxiano como el historiador británico Hugh Trevor-Roper, a quien Margaret Thatcher hizo noble y fue famoso por su oposición a las explicaciones materialistas de la guerra civil inglesa (lo que Hill había llamado una revolución), quiso

incluir al comienzo de su primer libro, de 1940, acerca del arzobispo Laud de Carlos I, una estimación cuantitativa de, por ejemplo, un 90 por ciento de prudencia profana — en oposición a la fe o la valentía que celebraban los románticos como Thomas Carlyle, John Lothrop Motley o Thomas Babington Macaulay—. Trevor-Roper reconocía en la página 3 que «la ambición política es sólo uno entre» los instintos sublimados en la religión bajo el reinado de Carlos I. Pero, continuaba, «en política es naturalmente con diferencia el más potente». ³ Bueno, a veces. En la página 3 aún no lo sabes.

Learned Hand, juez estadounidense del tribunal de apelaciones, dijo en 1944: «El espíritu de la libertad es el espíritu que no está demasiado seguro de estar en lo cierto; el espíritu de la libertad es el espíritu que trata de entender las mentes de los demás hombres y mujeres». ⁴ Admitiendo que se puede reprochar bastante a la falta de entendimiento voluntario de las mentes de los demás hombres y mujeres para llenar el espectro político habitual, e incluso a algunos de los liberales que se encuentran por encima del espectro, desde 1848 los seguidores de Marx rara vez se han adherido a principios liberales como el de Hand. Ahora lo hacen incluso menos, aunque estoy devotamente al tanto de excepciones (escuchen a George, Jack, Steve y David). ⁵

Hace algunos años comenté amablemente en una reunión de mis queridos departamentos de historia e inglés de la Universidad de Illinois en Chicago que el ponente que acababa de concluir su presentación, un elegante marxiano importado de Nueva York, tal vez no había entendido bien la historia de la economía. El ponente respondió con una frase, «Ah, veo que es usted neoliberal», y luego se sentó. Eso fue todo, y ninguno de mis colegas, en su mayoría marxianos, marxoides o simpatizantes cautos, alzó la voz para exigirle que respondiera más a fondo a su colega, que a fin de cuentas tenía la ligera pretensión de saber un poco sobre economía e historia. Su exhibición de ignorancia orgullosa me sorprendió y me entristeció el consentimiento implícito en la habitación de que las preguntas y objeciones de los amigos *no* se escuchan, y ciertamente tampoco las de los enemigos del propio bando. ⁶

Tras un siglo de considerar que los nombres son argumentos, de «revisionismo bernsteiniano» y «economismo» a «burgués» y «neoliberal», y de no escuchar, no escuchar de verdad, el resultado científico obtenido es el que cabría esperar. En la ilustración de portada de la *National Review* de mayo de 2014, cuyo autor es Thomas Reis, un Karl Marx pequeño y superguay, con un café de Starbucks en una mano, un reproductor de MP3 en la oreja y un pequeño sombrero informal en la cabeza, lleva una camiseta en la que se lee «Aún equivocado». ⁷ Correcto.

Sin embargo, enfado a mis amigos de derechas cuando afirmo lo obvio, que Marx fue el científico social más importante del siglo XIX, sin comparación. Pero luego enfado a mis

amigos de izquierdas cuando añado que, y ése es mi argumento aquí, no obstante Marx se equivocó en casi todas las cuestiones de economía e historia. Lo cual es la razón por la que no tengo amigos.

En su persistencia en el error científico, los seguidores de Marx son más interesantes que el propio hombre que, al fin y al cabo, se esforzó en usar su asombrosa inteligencia para comprender a fondo lo que en aquel momento se sabía de economía e historia. *El capital* se tituló *Crítica de la economía política* y, a diferencia de sus seguidores posteriores, Marx hizo un gran esfuerzo para entender la economía científica de su época. En 1867 era de esperar que entendiera mal algunas cuestiones, considerando el estado de la economía y de la historia entonces. De hecho, la mayoría de las cuestiones.

Por ejemplo, su teoría fundacional del valor-trabajo estaba equivocada, como cualquier estudioso serio de la materia ha reconocido durante el último siglo y medio. El propio Smith había introducido la idea, y todavía la creían figuras tan espléndidas como David Ricardo y John Stuart Mill, siendo Mill contemporáneo de Marx. Ni Mill ni Marx se beneficiaron de la revolución neoclásica de la historia del pensamiento económico, que tuvo lugar durante la década de 1870. La revolución trajo consigo, con los trabajos de Walras, Jevons y Menger, el punto de vista correcto, confirmado después en diez mil estudios científicos, de que el valor se determina en función de cuánto quiere la gente las cosas, considerando los ingresos disponibles. El valor no depende de la cantidad de esfuerzo que los vendedores dedican a las cosas. Puedes tener un sobresaliente en esfuerzo pero suspender el examen final. El salario, pronto fue evidente, no se determina en función de la fuerza de negociación sino del valor de mercado de lo que produce el último trabajador, considerando que la mano de obra puede moverse, o ser movida. El rendimiento es importante.

¿Por qué, entonces, es tan persistente el marxismo o, en cualquier caso, su interpretación materialista de la historia y una economía que ignora cualquier análisis más allá de *El capital* de 1867? ¿Por qué los marxistas, los marxianos y los marxoides no han escuchado las preguntas y las objeciones de sus amigos? La lista de honorables excepciones izquierdistas que se ha dedicado a la economía después de 1867 de manera seria y académica, incluye muy pocos nombres —Michel Foucault (2008) y Ted A. Burczak (2006, 2018), por nombrar a dos— y, por desgracia, no a figuras destacadas como David Harvey, Immanuel Wallerstein y Frederic Jameson.

¿Por qué? Por un lado, los elementos del marxismo son bastante fáciles de dominar, pero lo suficientemente misteriosos —alguien diría confusos y contradictorios— para atraer a la gente joven, sobre todo a los hombres jóvenes. San Agustín, que fue profesor de retórica, escribió sobre las dificultades de la Biblia: «No dudo de que todo esto ha

sido dispuesto por la Providencia divina... para apartar el desdén del entendimiento, el cual no pocas veces estima en muy poco las cosas que entiende con facilidad». ⁸ *El capital* y, en especial, los volúmenes póstumos ii (1885) y iii (1894) sólo los leen con seriedad los jóvenes y los devotos.

Por otro lado, la identidad izquierdista se adquiere temprano y parece que luego es difícil de cambiar —aunque, por supuesto, es una verdad notable en la biografía del siglo xx que mucha gente reflexiva ha abandonado la izquierda, pasando del socialismo o la regulación al conservadurismo o el liberalismo, y ninguno al revés—. Ni siquiera uno. Leszek Kołakowski, por ejemplo, fue un ardiente comunista cuando era joven en Polonia, como Robert Nozick fue socialista. Yo misma soy un buen ejemplo del caso habitual de cambio del socialismo al liberalismo.

El mecanismo para adquirir una identidad de izquierdas empieza cuando un adolescente sensible en una sociedad no esclavista se da cuenta por primera vez de que alguna gente es mucho más pobre que su familia. Es probable que llegue a la conclusión, cuando a esa edad él o ella aún no trabaja, de que la mejor solución es abrir la cartera del papá trabajador. No es un plan muy efectivo, algunos tipos de coerción a menudo corrompen a sus receptores o alguien lo roba antes de que llegue a los pobres. Pero es la razón por la que el ala izquierda de los partidos demócrata y laborista juega perennemente con un socialismo en bancarrota. Mira las primarias demócratas de 2019-2020.

El historiador Eric Hobsbawm (1917-2012), por ejemplo, describe en su interesante autobiografía, publicada en 2002, cómo a la edad de catorce años quería convertirse en comunista y cómo se convirtió en uno con dieciséis —aunque, piénsalo, ¿quién *no* querría en la Alemania de 1931 convertirse en algo parecido a un comunista? ⁹ Nadie con corazón. (En 2002, es cierto, podría preguntarse sobre el cerebro.)—. De vez en cuando, en su libro, Hobsbawm se detiene para explicar por qué ante los crímenes de Stalin, la represión del levantamiento húngaro y demás, sólo dejó de ser afiliado al día con sus cuotas del Partido Comunista británico, si bien uno poco ortodoxo, pocos meses antes de que se disolviera en 1991. Su explicación, extraña tratándose de un hombre tan inteligente, fue que no quería darle esa satisfacción a los macartistas (cuya versión británica, sin duda, le había cerrado el acceso a merecidos puestos académicos). Fue leal hasta el final, como a menudo lo es la gente una vez su identidad ya está formada que pierde el interés por la realidad contraria que puede conocerse en la edad adulta. Es como el ateísmo que chicos inteligentes y algunas chicas inteligentes abrazan a los catorce años, para no reconsiderarlo nunca más, y que luego sale de la boca de personas de cincuenta años que, en ese tiempo, no han abierto un libro serio de teología. De la

misma manera, he observado que la mayoría de los marxistas y muchos marxianos y marxoides no han abierto un libro serio de economía publicado después de 1867.

El marxismo también se parece al ateísmo en otro aspecto (por supuesto, *es* ateísmo, como puede apreciarse en la reacción del Partido Comunista chino ante Falun Gong). Apela a un positivismo masculino, antiético. El positivismo fue una postura minoritaria hasta la década de 1890, incluso entre la clerecía, pero se ganó un amplio favor entre una generación aturdida por la Primera Guerra Mundial que negaba la ética. Pero como dijo el filósofo ético Bernard Williams sobre las tentaciones que encaran los amoralistas: «Debe resistir, si es coherente [al afirmar que la ética es una tontería],... [la] tendencia a pensar en sí mismo como alguien con una naturaleza realmente espléndida, en particular, en comparación con la multitud derrotada, notablemente valiente», resistiendo sólo frente a las convenciones débiles y burguesas de la ética. ¹⁰ O como dice el filósofo político conservador J. Budziszewski al describir a su yo joven y nihilista antes de convertirse en episcopaliano conservador: «Como Nietz-sche, me imaginaba a mí mismo como uno de los pocos que podía creer esas cosas —que podía caminar por las alturas rocosas donde el aire es escaso y frío—». ¹¹ Valientemente duro.

En un programa de televisión británico de 1994, el liberal Michael Ignatieff le preguntó a Hobsbawm si «el asesinato de quince o veinte millones de personas [una estimación baja para la Unión Soviética bajo el mandato de Stalin] podía haber estado justificado» teniendo en cuenta su contribución a la fundación de una sociedad comunista. ¹² Hobsbawm, *sin dudar*lo, respondió: «Sí». Inflexible. O fiel a la línea del partido. O un desalmado. Oh, Eric.

A todo esto, un marxiano objetará que no abraza el materialismo histórico porque su identidad se formara como izquierdista a los catorce años («un *buen* socialdemócrata», diría en una frase reveladora, por supuesto, siendo los conservadores o los liberales *mala* gente y antipobres), sino porque Marx estaba sustancial y científicamente en lo correcto, y el análisis que hizo del pasado, el presente y el futuro era correcto.

Sin embargo, el marxiano está equivocado, científicamente. Hace mucho tiempo, el cómico estadounidense Josh Billings dijo que es mejor saber menos que saber tanto que deja de ser así. Por tomar un ejemplo reciente de la persistencia de ese relato impecable tan marxoide, *Por qué fracasan los países* (2012), de Daron Acemoglu y James Robinson, contiene mucho con lo que estar de acuerdo: el avance de Europa fue muy contingente; las libertades (*liberties*) política y económica están vinculadas; el crecimiento económico no puede comenzar en medio de una guerra civil. Pero Acemoglu y Robinson se basan, expresamente e incluso con algo de orgullo, en un relato de la Revolución industrial marxoide y asombrosamente anticuado. «Nuestro argumento sobre las causas —

afirman— está muy influenciado por» una lista de «académicos inspirados a su vez por las primeras interpretaciones marxistas» desde la década de 1920 hasta la de 1960, como R. H. Tawney, Maurice Dobb y Christopher Hill. ¹³ El *locus classicus* de esas interpretaciones, y la introducción en la lengua inglesa de la propia expresión «la Revolución industrial», fueron las *Lectures on the Industrial Revolution of the Eighteenth Century in England* (Conferencias sobre la Revolución industrial del siglo XVIII en Inglaterra) (1884), que pronunció en 1882 un profesor universitario y ardiente reformista social, Arnold Toynbee (1852-1883), el año antes de su muerte, con treinta y uno años. Toynbee, a su vez, se basó en el relato de triunfo y tragedia que propone *El manifiesto comunista*.

Por ejemplo, Toynbee (y luego Tawney, Hobsbawm, Acemoglu y Robinson) afirmó que «de hecho, en los primeros días de la competencia los capitalistas utilizaron todo su poder para oprimir a los trabajadores e hicieron bajar los salarios hasta provocar el hambre. Esta clase de competencia debe controlarse... En Inglaterra ambas soluciones [asociación y legislación] están en funcionamiento, la primera mediante los sindicatos, la segunda mediante la legislación fabril». ¹⁴ Nada de esto es correcto si tenemos en cuenta los hechos, aunque este relato se ha apoderado de la opinión general sobre la industrialización. No existieron «los primeros días de la competencia» —la competencia era habitual en cualquier sociedad comercial, como enseguida se dieron cuenta sus enemigos, por ejemplo, los miembros de los gremios medievales—. La competencia existe desde el principio, es antigua, aunque por supuesto resulta irritante para quienes ya son ricos por haber concebido nuevas herramientas de piedra o nuevos ordenadores electrónicos. La competencia, que enfrenta a un capitalista con otro en nuestro beneficio, como Uber y Lyft, que compiten contra el monopolio del taxi, debe fomentarse, no ser controlada. La oferta y la demanda, no el «poder», son las que determinan los salarios, como se puede observar, por ejemplo, en los altibajos de los salarios reales en respuesta a los altibajos de la población en la época de Malthus, antes de 1798. Los trabajadores de la Revolución industrial no vieron cómo se reducían sus salarios y no se murieron de hambre. En Inglaterra, la última hambruna tuvo lugar en la década de 1590. Los trabajadores de la Revolución industrial se trasladaron a las ciudades con ilusión, no obligados por los cercamientos, aunque Manchester, Lille y Boston todavía eran, incluso en la época de Toynbee, trampas mortales de enfermedades transmitidas por el agua. En 1882, el año de las conferencias de Toynbee, los salarios reales estaban, de hecho, aumentando considerablemente y durante la industrialización nunca disminuyeron —esto, mucho antes de la completa legalización de los sindicatos—. Se sacó a los niños de las fábricas inglesas mucho antes de que la legislación fabril se empezara a aplicar en serio y, en cualquier caso, en las sociedades agrícolas los niños siempre habían trabajado. La acumulación de capital no fue el centro del gran enriquecimiento.

Este relato impecable se equivoca en cada detalle, como han establecido científicamente los historiadores económicos más o menos en el último siglo. En otras palabras, Acemoglu y Robinson están aceptando un cuento izquierdista erróneo de la historia de la economía que en 1848, 1867 o 1882 propusieron aficionados brillantes, antes de la profesionalización de la historia, un relato que luego ensayaron los fabianos durante el esperanzador apogeo de la idea socialista tras 1917, y luego elaboró una generación de historiadores marxistas (ciertamente excelentes), antes de que un exhaustivo socialismo se hubiera probado y hubiera fracasado, y antes de que se hubiera realizado gran parte del trabajo científico sobre la historia real, antes de que se comprendiera que otras revoluciones industriales ocurrieron, por ejemplo, en al-Ándalus o en la China de la dinastía Song, como observó en 2002 el sociólogo histórico Jack Goldstone: «Examinadas con detalle, muchas economías premodernas y no occidentales muestran etapas o periodos de florecimiento de crecimiento económico, que incluyen un aumento sostenido tanto en la población como en el nivel de vida, en la urbanización y en el cambio tecnológico subyacente». ¹⁵

Es hora, en resumen, de superar *El manifiesto comunista* como obra de historia o economía.

En la izquierda, algunos escuchan

Una entrevista de dos profesores de literatura inglesa, Will Stockton (Clemson) y D. Gilson (Texas Tech), a quienes llamaré, sin prejuicios, los izquierdistas. Yo me llamaré a mí misma la liberal. Se suponía que el texto iba a publicarse en algún lugar, pero no fue así.

LA LIBERAL : Siempre estoy encantada de responder a las preguntas de mis amigos de la izquierda. Hace tiempo, yo misma fui una socialista estilo Joan Baez, de modo que sé cómo es, y respeto el impulso generoso.

Nosotros, los liberales, tendemos a pensar en la gente de izquierdas como personas simplemente confundidas y, por lo tanto, mejorables a través de la instrucción —si escucharan—. Las personas de izquierdas, por otro lado, piensan en la gente que cree que es de derechas, en la que también meten a los liberales de verdad, como no personas, como *malvada*, como «pronegocio» y contraria a los pobres. Un caso extremo es el ataque, indigno de una académica, de la historiadora de la Universidad Duke Nancy MacLean a James Buchanan, un importante economista liberal. Por lo tanto, la izquierda *no* está preparada para escuchar la instrucción que tan provechosamente profieren los liberales.

Casi ninguno de los estudiantes de literatura que se consideran muy interesados en la economía, y son de izquierdas desde los dieciséis años, se molestan en leer con la atención seria y desprejuiciada que le prestan a un Harvey, un Wallerstein o un Jameson algo de un Buchanan, un Friedman, un Mill o un Smith. (Me he dado cuenta de que Foucault fue una excepción interesante.) Por favor, queridos.

También me he dado cuenta de que la izquierda asume que es *facilísimo* refutar a quienes llama neoliberales. Pero la izquierda no entiende la mayoría de los argumentos que hacen los liberales, *neo* - o *arqueo* -. No quiero decir que la izquierda no esté de acuerdo con los argumentos y aporte objeciones razonadas. Quiero decir que no las entiende. En absoluto.

Eso es fácil de demostrar. Por ejemplo, vete al final de la página 6 de la traducción inglesa de *El capital en el siglo XXI*, de Thomas Piketty, para ser testigo de una carnicería del análisis elemental de la entrada debida al olor de los beneficios. Eso lo dice un

economista de izquierdas. Los escritos de Robert Reich, Tony Judt y Naomi Klein pueden proporcionar otros ejemplos, cada vez más ofensivos.

Por ejemplo, la izquierda supone que los liberales/libertarios/«conservadores» confían en lo que ella llama economía del efecto derrame, aunque desde 1800 el enriquecimiento de los pobres procedente de la mejora probada comercialmente se ha parecido más a una manguera de incendios que a un derrame, y no ha tenido nada que ver con el derrame procedente de la fabricación de Rolex o de la construcción de mansiones. La izquierda también supone que la «mano invisible» es un dogma, aunque la mejora probada comercialmente sea el resultado de la cooperación y la competencia en los mercados, algo observable cada vez que encuentras una hogaza de pan milagrosamente disponible en la tienda de comestibles. Comparada con las alternativas, como Alemania del Este, la mano invisible ha demostrado repetidamente que genera mejoras más radicales. Y en cualquier caso, esas manos son cotidianas en la sociedad humana, como en el lenguaje o los modales, cuando no están gobernadas por una Academia Francesa, que da leyes o consejos, o por Judith Martin.

Me he enfrentado a la asunción de la fácil refutabilidad desde que dejé de ser una marxoide y empecé a entender los argumentos y las evidencias que propone gente como Robert Nozick, Milton Friedman o Israel Kirzner. Cuando utilizo argumentos liberales muy comunes en el siglo XIX, a menudo mis interlocutores izquierdistas se *sorprenden*. Normalmente, nunca los han oído expresados con claridad. Se quedan alucinados de que alguien afirme en serio, por ejemplo, que en las economías reales, de Venezuela a Virginia, las curvas de la oferta y la demanda rigen en gran medida el precio de la leche, los automóviles y las viviendas.

EL IZQUIERDISTA : Me gustaría empezar preguntándole por el término «neoliberalismo», al menos en el sentido que se refiere a un conjunto general de ideas políticas y económicas y de medidas políticas. En palabras de David Harvey, el «neoliberalismo», como lo pusieron en práctica de diferente manera líderes estatales como Ronald Reagan en Estados Unidos, Margaret Thatcher en Gran Bretaña, así como Deng Xiaoping en China, «propone que la mejor manera de promover el bienestar humano es mediante la liberación de las libertades y las capacidades emprendedoras individuales dentro de un marco institucional caracterizado por unos sólidos derechos de la propiedad privada, mercados libres y libre comercio». ¹ Los políticos y los economistas neoliberales promueven la desregulación de la industria, la mano de obra y los mercados financieros. Promueven la privatización de lo que fueron prestaciones estatales como la educación y las prisiones.

LA LIBERAL : Conozco a David Harvey un poco —fue mi anfitrión en una conferencia que di a principios de la década de 1990 (¡como Donald!) en la Johns Hopkins y hace un par de años volvimos a estar en contacto cuando dio un discurso en Chicago—. (Entonces pareció un poco incómodo con mi cambio de género, lo cual es comprensible.) Aunque nunca ha entendido la economía elemental o ha hecho los deberes necesarios para comprenderla, admiro su vigor e inteligencia en el debate y, en particular, la valiente batalla que libró hace tiempo contra el Servicio de Impuestos Internos (IRS). Esa institución bondadosamente estatista le hizo numerosas auditorías durante la época de Nixon, como castigo por su elocuente oposición a la guerra de Vietnam. Bien por David.

Estoy totalmente de acuerdo con su definición de (neo)liberalismo. Entendido así, es el mismo que el liberalismo antiguo y clásico de Adam Smith y J. S. Mill. Por el contrario, la peculiar definición de «liberal» en la anglosfera —como socialismo lento—, que dura un siglo, procede del Reino Unido a finales del siglo XIX y de Estados Unidos a principios del siglo XX. «Neoliberalismo», definido adecuadamente hoy en día, nos retrotrae a la definición de 1776 del bendito Adam Smith, como «permitir que cada hombre [o mujer, querido] persiguiera su propio interés a su manera, según la norma liberal de igualdad, libertad y justicia».

Entiendo que todos aprobamos ese plan. Supongo que aquí nadie está en *contra* de la igualdad, la libertad y la justicia. De modo que, a partir de ahora, voy a llamar a lo que ustedes llaman neoliberalismo simplemente «liberalismo». En mi libro *Bourgeois Dignity* (La dignidad burguesa, 2010) afirmé que el liberalismo causó el mundo moderno, un argumento que amplié mucho y justifiqué en *Bourgeois Equality* (La igualdad burguesa, 2016), el tercer volumen de la trilogía. Ojalá hubiera tenido el buen juicio de añadir la palabra *liberal* al subtítulo del libro de 2016, *How [Liberal] Ideas, Not Capital or Institutions, Enriched the World* (Cómo las ideas [liberales], no el capital o las instituciones, enriquecieron el mundo). Ahora es demasiado tarde, pero si algún día se hace una nueva edición añadiré «liberal».

Dicho de otra manera: como liberal, quiero que se te permita hacer cosas, como establecerte como abogado libre de regulaciones, comprar un coche japonés o coreano libre de aranceles o enviar a tus hijos a cualquier escuela de primaria y secundaria que tú o un vecino pobre, queráis (con los impuestos obligatorios del IRS que gravan a personas con ingresos relativamente altos como tú, yo y David Harvey y que, con todo, para este fin, *financiar* la elección de la persona pobre, apoyo con entusiasmo, por ejemplo, con cupones, como introdujo la Suecia «socialista» a partir de la década de 1990).

Por el contrario, en su oposición al neoliberalismo, David, como socialista, lento o rápido, quiere que cuando intentes hacer esas cosas te veas, de hecho, violentamente coaccionado, limitado, restringido, amarrado por una ley que respalda la policía. Quiere que sólo tengas acceso a un abogado caro, que pagues más por un coche para promover el empleo estadounidense o que tengas educación gratuita únicamente a través de un Estado ideológicamente interesado, una burocracia que captura al Estado y sus sindicatos, todos ellos respaldados por la amenaza o la realidad de la coerción gubernamental —como la del IRS—. Si en Illinois ejerces como abogado sin licencia (que se adquiere únicamente mediante cuatro años más tres de educación y el aprobado de un examen del Estado; a diferencia de abogados tan terribles como Abraham Lincoln, sin ni siquiera un título de educación elemental, que leía la ley en la oficina de Steven Logan) te multan y luego te encarcelan. Si tratas de organizar un intercambio entre el señor Ishishi en Japón, que fabrica y vende coches, y el señor Smith en Nueva York, que está dispuesto a pagar por uno, y te niegas a pagar el arancel del gobierno estadounidense, que luego se gastará en guerras como la de Vietnam o Irak II, te someten a una auditoría, te multan y encarcelan. Y así sucesivamente. Muchos sistemas educativos o de salud estatistas de todo el mundo *prohíben* los acuerdos privados para una educación o sanidad adicionales. Me perdonaréis, espero, si digo que todo esto me recuerda a la prohibición de los *queers* 1880-1990; también eso fue respaldado por la coerción gubernamental, contra la que, como la guerra contra los negros durante la década de 1990 en la que se usó cocaína barata, en general la izquierda no protestó.

La *definición* de neo y-desde-el-sigloXIX y hasta-el-presente- «liberalismo» europeo es *laissez-faire* , *laissez-passer* . Por supuesto, tengamos tribunales que adjudiquen algunos derechos de propiedad, tengamos policía para perseguir algunos aspectos de la fuerza y el fraude, tengamos guardia costera para impedir que algunos países malvados como Canadá invadan Maine y tengamos fuerzas nucleares disuasorias para evitar que matones como Putin siempre se salgan con la suya. Usemos tribunales independientes y procedimientos contenciosos para que se hagan cargo de acuerdos no pactados, como el fraude bancario, la intoxicación alimentaria y la negligencia grave. No utilicemos prerregulaciones estatales, que suelen estar controladas por intereses especiales que se encuentran «regulados», como los médicos con capacidad de prescripción y las grandes compañías farmacéuticas. Apliquemos la Primera Enmienda y la Ley de Derecho al Voto.

Saquemos de nuestras vidas el resto de la coerción gubernamental y, en cambio, dependamos sobre todo de acuerdos voluntarios. Mantengamos la coerción gubernamental sólo en las pocas buenas funciones del gobierno que he mencionado —pero no, sin ir más lejos, en el ejemplo más común que se le ocurre a la gente de la oposición: las carreteras—. Éstas deberían privatizarse, como lo estuvieron cientos de

carreteras de peaje del Reino Unido y Norteamérica en los siglos XVIII y XIX y aún lo están las carreteras rurales de Suecia. Deberíamos eliminar de nuestras vidas y enviarlas a trabajar en una fabricación y venta conveniente para todos, a todas las personas con poder de coerción como Big Bill Thompson, los moradores de Tammany Hall, los inquisidores de la Administración para la Recuperación de la Industria Nacional o los contables del moderno IRS, que recaudan sumas enormes para gastar en conflictos armados, corrupción, la regulación de los abogados y las ayudas a los agricultores de algodón con «programas» que favorecen a los más ricos.

A partir del siglo XVIII el *laissez-faire* se ha puesto a prueba de manera generalizada. Nadie defiende que haya sido puro; pero su impureza no es decisiva, considerando el rendimiento real del mercantilismo estatal al que sustituyó o el socialismo estatal que los reaccionarios de derecha e izquierda quieren que sustituya. El *laissez-faire* siempre está sujeto a ataques. A los autoritarios les resulta tentador interferir en los asuntos de los demás. (Ahora, preguntaos: ¿Soy uno de ellos? Si es así, ¿por qué?) Después de 1947, Hong Kong ha estado cerca del *laissez-faire* puro. Dejar a los adultos a su aire, supongo que estarás de acuerdo, tiene un mérito intrínseco. Y una consecuencia ha sido que en Hong Kong el ingreso medio —que en 1947 era igual al nivel patético de la China continental— ahora se aproxima al de Estados Unidos. Actualmente, en Hong Kong la gente más pobre, según los estándares internacionales, es rica. Si observas los programas de manera seria y cuantitativa, Estados Unidos se encuentra entre los países socialdemócratas. A ninguna persona pobre se le niega la entrada en urgencias en Estados Unidos, pero en países con un único pagador a menudo es difícil acceder a las urgencias. Se afirma que la socialdemocracia ayuda a los pobres, a pesar de la pequeña proporción de gasto gubernamental y de regulación que realmente se les dedica. La afirmación convence a los socialistas lentos modernos de que apoyen la coerción sobre los acuerdos, de manera integral.

En economías presumiblemente «neoliberales» como las de Estados Unidos y el Reino Unido, el tamaño de la red de seguridad es más o menos el mismo que en países presumiblemente socialdemócratas como Francia o Suecia. Ahora todos somos socialdemócratas. En Gran Bretaña los *tories* apoyan el Servicio Nacional de Salud (NHS). El gran cambio en todos los países que ahora son ricos se produjo entre 1910 y 1970. Hoy en día, las diferencias entre ellos, comparadas con la enorme magnitud del cambio histórico atribuible a la mejora probada comercialmente, no son demasiadas. Y el enriquecimiento comercial paga el Servicio Nacional de Salud.

Sí, sé que crees que Reagan y Thatcher fueron monstruos que odiaban a los pobres y los empobrecieron. Pero mira los números. Entre nosotros, los ingresos reales per cápita de los más pobres han aumentado considerablemente desde, por ejemplo, la muy

admirada década de 1950. En 1956, comprar un refrigerador costaba 116 horas de trabajo. Por eso en la década de 1950 muchos hogares estadounidenses pobres no tenían uno y en el Reino Unido ninguno. Ahora un refrigerador cuesta 15 horas de trabajo y usa menos electricidad.

Los grandes ejemplos modernos de mejoras conseguidas gracias al liberalismo económico son China e India. Pero el mayor ejemplo del bien económico que ha hecho el liberalismo es histórico, la revaluación burguesa, como yo la llamo, apoyada por una ideología liberal nacida en el siglo XVIII que, a pesar de los ataques de los estatistas, sobre todo en el siglo XX con el socialismo y el fascismo, condujo al mundo moderno.

El liberalismo no necesitó ser un *laissez-faire* perfecto para hacer su trabajo. Avanzar en una dirección liberal, como hizo India después de 1991, bastó para aumentar la tasa de crecimiento per cápita del 1 al 7 por ciento anual. Con un 7 por ciento anual, el ingreso real de India se ha duplicado cada diez años. En un par de generaciones los indios, si continúan siendo algo liberales, tendrán el mismo ingreso que los estadounidenses.

EL IZQUIERDISTA : ¿Cree que esta descripción política-económica del neoliberalismo es justa o precisa? ¿Describiría las medidas económicas y políticas de los últimos cincuenta años como neoliberales, o hay algún término que se ajuste mejor?

LA LIBERAL : Creo que la definición de David está bien, siempre que no se deslicen afirmaciones factuales sobre las consecuencias. Sólo conocemos las consecuencias factuales investigando los hechos, no por la definición misma de las palabras. Pero el término que mejor se ajusta, afirmo, es simplemente «liberal», es decir, alguien que cree en el plan obvio y simple de igualdad, libertad y justicia, en contraposición al orgullo conservador del rango y la tradición o, a partir de 1948, los diversos planes de socialistas y fascistas para glorificar el Estado, reprimir severamente al individuo y sustituir la coerción gubernamental colectiva por el acuerdo mutuo individual, para gloria de la nación o la revolución.

EL IZQUIERDISTA : Yendo un poco más allá en la postura de Harvey sobre el neoliberalismo, se puede entender el prefijo «neo» como una referencia al resurgimiento del liberalismo clásico junto a líneas más cómodamente estatistas.

LA LIBERAL : Sí. Es una distinción útil. Entendido. Pero no hay demasiado de «neo» en eso. A David no le gustó el retroceso del socialismo, tal como ha ocurrido en Suecia y en su Gran Bretaña natal. Pero, sí, los llamados liberales adoptaron «líneas más cómodamente estatistas». Qué vergüenza, Hillary.

EL IZQUIERDISTA : Los neoliberales también reducen la red de seguridad social, recortando el bienestar, la ayuda al desempleo y otros programas que ayudan a los pobres.

LA LIBERAL : No, no lo hacen, por varias razones. Por un lado, los «programas [que se “diseñan”] para ayudar a los pobres» no son lo mismo que los «programas [que realmente sirven] para ayudar a los pobres». Espero que los progresistas consideren la diferencia, en todo caso, como una posibilidad que investigar. Yo soy liberal cristiana y reconozco la responsabilidad de ayudar a los desdichados del mundo. «Porque no siempre serán olvidados los pobres» (Salmos 9:18). Doy el diezmo a mi iglesia episcopal, que organiza obras benéficas que funcionan. Albergué en mi casa a dos personas sin hogar durante cuatro años y medio. Pero yo quiero ayudar *realmente* a los pobres, no *sentirme* simplemente caritativa y progresista mientras me tomo el segundo capuchino y leo detenidamente las páginas de opinión de *The New York Times* . Es tentador utilizar la coerción gubernamental para obligar a otras personas a ayudar a los pobres; si no piensas demasiado en la coerción gubernamental nunca has sido víctima de ella, nunca has considerado con detenimiento lo torpe que es la ayuda gubernamental o nunca has ayudado personalmente a ningún pobre.

Por ejemplo, hoy en día se dice que el salario mínimo se «diseña» para ayudar a los pobres. En realidad, impide que los más pobres consigan cualquier trabajo, como los exconvictos, los hombres negros jóvenes o los chicanos que dejan el instituto. Hace cien años, cuando los progresistas literales diseñaron e impusieron el salario mínimo, primero en Australia y luego en Estados Unidos, estado por estado, éste se diseñó de manera explícita y confesa, sin vergüenza, con unos fundamentos claramente eugenésicos para expulsar completamente a los inmigrantes, los negros, los chicanos, la gente con discapacidades y las mujeres con empleo remunerado, dejando a los hombres nacidos en Estados Unidos, blancos, de mediana edad, cualificados y sin discapacidades en posesión de todos los trabajos. Búscalos. Hubo nacionalismo blanco antes de que Trump lo reviviera.

Los progresistas modernos no conocen la historia y piensan, mientras leen, beben a sorbos y pasan la página, que aumentar el salario mínimo ayuda a los pobres. No lo hace. Perjudica a los más pobres en beneficio de, por ejemplo, los miembros de los sindicatos. Hasta hace poco, yo pertenecí gustosamente a un sindicato, el de la facultad de la Universidad de Illinois en Chicago, formado recientemente. Participé en piquetes, cantando las canciones obreras de mi juventud. Y, de niño, pertenecí brevemente al National Maritime Union. Pero los sindicatos, que son buenos para la dignidad y una mejor gestión, y las regulaciones como el salario mínimo y la licencia ocupacional, no son la razón por la que somos ricos. Comparados con nuestros antepasados, somos ricos

debido a las mejoras probadas comercialmente como la luz eléctrica, la penicilina, las universidades y los coches.

EL IZQUIERDISTA : Déjeme pasar a otra descripción más de neoliberalismo: como discurso económico que se inmiscuye en aspectos de la vida que antes no eran económicos. Por ejemplo, Wendy Brown sostiene que bajo el neoliberalismo «toda conducta es una conducta económica; todas las esferas de la vida se enmarcan y se miden en métricas y términos económicos, incluso cuando esas esferas no se monetizan directamente. En la razón neoliberal y en los dominios que gobierna, somos únicamente y en cualquier lugar un *Homo economicus* ». ²

LA LIBERAL : Abordo esa afirmación en una crítica del libro de Michael Sandel *Lo que el dinero no puede comprar* . ³ En pocas palabras, no. La afirmación de Brown sería como afirmar que el cristianismo es estúpido debido a la estupidez de Jerry Falwell. Vuestro «únicamente y en cualquier lugar *Homo economicus* » es, reconozco fácilmente, característico de mis compañeros más pueriles en la economía (fíjate en el género). Eso no describiría, por ejemplo, a Albert Hirschman, Robert Fogel, Nancy Folbre o incluso a mi antiguo colega Milton Friedman. Os sugiero que realmente hagáis la lectura, como hizo Foucault. No es prudente debilitar un argumento eligiendo hombres de paja a los que atacar. En términos teológicos, id a por Dietrich Bonhoeffer o Sarah Coakley, no a por Jerry Falwell.

EL IZQUIERDISTA : Ha defendido en profundidad las virtudes de la burguesía. Pero ¿qué piensa de la afirmación de que hay esferas de la vida humana que necesitan ser vividas al margen del cálculo económico? O, por hacer la pregunta de manera más directa, ¿qué les diría a los muchos académicos de humanidades que, como Brown, se preocupan del empobrecimiento de la política y la ética causado por la reducción de los humanos a un *Homo economicus* ?

LA LIBERAL : Les diría que sí, que, por supuesto, muchas, muchas esferas de la vida humana deben vivirse al margen del cálculo económico. Lo he defendido extensamente en tres gruesos tomos, en especial ese asunto particular en el primero, *Las virtudes burguesas* . Me preocupa que los economistas y muchos otros, enamorados de lo que ahí llamo la «prudencia sola», como los «realistas» en las relaciones internacionales, empobrezcan nuestro pensamiento, por ejemplo, sobre el amor.

Pero no se han fijado en los verdaderos resultados del liberalismo

Continúa el diálogo con la izquierda. Que, esperamos, no esté sorda.

EL IZQUIERDISTA : El resultado general (del neoliberalismo) ha sido un aumento de la desigualdad en la riqueza; una clase media estancada, si no en retroceso; una arraigada ruta de la escuela a la cárcel.

LA LIBERAL : Ahora hemos pasado a hablar de las supuestas consecuencias y hemos dejado atrás la definición. Es importante, como estarás de acuerdo, mantener la definición de las palabras separada de los supuestos efectos sobre el mundo. De lo contrario estamos evitando la cuestión, es decir, insertando conclusiones factuales y teoremas prácticos en las mismas definiciones y axiomas con los que empezamos. X implica X .

Todas las consecuencias que alegáis están equivocadas, no X , si se supone que están vinculadas al liberalismo. Algunas sí lo están, por desgracia, a la ruta de la escuela a la cárcel para los negros y los chicanos pobres. Es indignante. Pero la ruta no apareció como consecuencia de las nuevas libertades de empresa, sino debido a políticas antiliberales como, por escoger un ejemplo destacado entre muchos, la guerra contra la droga. Pero también ha desempeñado un papel la sobrerregulación impuesta por los gobiernos locales. Ha convertido algunos barrios pobres de zonas marginales en lugares donde son las bandas las que compiten con balas, no las tiendas de comestibles con liderazgo de precios. Chicago, de enero a septiembre de 2016, superó el número total de asesinatos de los doce meses de 2015, sobre todo en media docena de sus cincuenta barrios. Por lo tanto, en esos lugares ningún empresario quiere abrir un negocio para vender verduras frescas en las tiendas de comestibles o para emplear a personas en la manufactura. Y, de todos modos, las regulaciones urbanas sobre zonificación lo impiden.

Naturalmente, los republicanos, los peores de los cuales son en buena medida proteccionistas estatistas o fascistas sociales, no liberales cristianos, dieron su aprobación a la guerra contra la droga y las excesivas penas de prisión introducidas en la década de 1990. Pero considera que también casi todos los políticos *demócratas* apoyaron la guerra contra la droga.

Una vergüenza. Por el contrario, verdaderos liberales como Milton Friedman, Nick Gillespie y yo nos hemos opuesto durante cincuenta años, con todas nuestras energías, a la guerra contra la droga, el servicio militar obligatorio, la licencia para desempeñar determinadas ocupaciones, las penas de prisión más largas y otras interferencias en la igualdad, la libertad y la justicia. Nosotros creemos en el plan liberal. Tú también, ¿verdad?

Tengo amigos izquierdistas que me cuentan, por poner otro ejemplo, que están en contra de Uber y Lyft. Vaya. No parecen darse cuenta de que al hacer eso se ponen al servicio de los multimillonarios que poseen los «medallones» de taxi, las licencias transferibles de los taxis. No se dan cuenta de que el monopolio del taxi beneficia, en la medida exacta de los cientos de miles de dólares necesarios para comprar una licencia de segunda mano, sólo a los propietarios de la licencia de entrada restringida por el Estado, y que ese monopolio no puede dar beneficios a un mero conductor *en cuanto* conductor, cuyas habilidades son comunes y *no* se convierten artificialmente en escasas por la imposición coercitiva de la ley (o mediante una coerción no legal, como la de los conductores de los taxis negros de Londres, que protegen su obsoleto monopolio conocido como el conocimiento). Tampoco se dan cuenta de que los nuevos competidores de los viejos taxis buscarán conductores en barrios de minorías (como, notoriamente, no harán los viejos taxis). La búsqueda supone una buena suma de dinero y muchos de los conductores de Uber y Lyft proceden de esos barrios. Un hombre pobre que al menos tenga un coche —como muchos pobres en Estados Unidos— puede ganarse la vida.

Mis amigos izquierdistas creen en serio que están a favor de los pobres. Pero, sin pretenderlo, a menudo los perjudican de manera grave. Objetivamente, son antipobres. Qué vergüenza, qué vergüenza. Ahora que habéis escuchado la enseñanza que os he brindado amablemente, ¿podéis dejar de ser antipobres, por favor? Galileo, en la obra de Bertolt Brecht, lo expresa de esta manera: «Yo os digo: aquel que desconoce la verdad es simplemente un idiota. Pero aquel que la conoce y la llama mentira, es un criminal. ¡Fuera de mi casa!». ¹

La clase media no se ha «estancado». En el mundo, por ejemplo, ha crecido enormemente. Pregúntale a los chinos o a los indios. (Con frecuencia pregunto a mis amigos progresistas acerca de por qué sólo parecen importarles *los estadounidenses*. No lo entiendo. ¿Acaso no somos liberales posteriores al siglo XVIII, no se supone que también nos preocupamos por las almas extranjeras?) Hasta en viejos países ricos como Francia y Estados Unidos, la situación de la gente de clase media ha mejorado, incluso en los últimos treinta años. En agosto de 2016, escuché a Joe Stiglitz en la radio pública estadounidense, la NPR, diciendo que en Estados Unidos el salario real no había

aumentado en los últimos cuarenta años. Vamos, Joe: mira los datos reales sobre beneficios no salariales y los precios correctamente deflactados de los teléfonos móviles y el aire acondicionado. En 2006 alabó las políticas económicas de Hugo Chávez, en el sentido de que pretendían «dar educación y prestaciones sanitarias a los pobres y se esfuerzan por llevar a cabo políticas económicas que no sólo generen un crecimiento mayor, sino que aseguren que los frutos del crecimiento se reparten de manera más amplia». ² Otra vez equivocado, querido. En mi experiencia, Joe es un tipo cordial. Pero es un teórico y cree que puedes demostrar grandes verdades sociales ante una pizarra. Está dispuesto a aferrarse a los llamados hechos de una manera que un mero científico de laboratorio como yo encuentra alarmante. Joe, sal de mi casa.

En Estados Unidos y en la Unión Europea, gente de todos los niveles de renta necesita mucho menos trabajo del que necesitaba hace cuarenta años para conseguir un frigorífico o una conexión de internet, lo cual ha sido posible gracias a la cooperación privada y la competencia. Podrían conseguir más alimentos y fibra de Chile o Chad a un precio igualmente bajo si el gobierno dejara de proteger a los californianos ricos o a los granjeros alemanes. Hagámoslo.

Las estadísticas que escuchas sobre los salarios estancados y el aumento de la desigualdad no siguen la evolución de la suerte de individuos o familias de «clase media». En cambio, reflejan quién se encuentra en el medio en determinado momento, independientemente de su trayectoria vital. Si sigues su evolución, descubres que el por desgracia famoso «vaciamiento» de la clase media se debe sobre todo a que muchas personas del medio ascienden y se convierten en verdaderos ricos.

El impedimento de la gente pobre para ascender a la clase media, a su vez, no lo causa una economía *laissez-faire* vibrante, sino esos elementos aceptados por los progresistas, como el sindicalismo que obliga a los trabajadores de una empresa a sindicarse para trabajar. En mis conferencias me gusta señalar que normalmente soy la única persona de la habitación que podría convertirse en electricista en Michigan, porque mi abuelo Fritz, mi tío Joe y mi primo Phil ya pertenecen al sindicato. Es la única manera de convertirse en aprendiz. Adivina qué piensan los electricistas de Michigan de los candidatos a aprendiz que proceden de los lugares desdichados del mundo.

La desigualdad tampoco ha aumentado. Sí, lo entiendo. Te *indigna* que diga algo tan estúpido y disparatado, considerando la frecuencia con la que oyes que *ha* crecido. Pero sabes que no puedes creer cada afirmación que leas en el periódico, aunque la afirmación sea popular. Limpia tu mente de palabrería. Observa la práctica de repetir errores hasta que suenan a verdad de, por ejemplo, los trumpistas, con la intención de

engañar, o si vamos al caso, del benévolo *The New York Times* , sin la intención de engañar.

Si coges tu libro de Piketty de la mesa de centro y lo lees, verás que sus datos muestran que sólo en tres de los muchos países que ha estudiado la desigualdad ésta aumentó sustancialmente en las últimas décadas, a saber, Estados Unidos, el Reino Unido y Canadá. Ajá, excluirás, ¡justo en la tierra de Reagan y Thatcher! (Deja de lado a Canadá; «como siempre», observaría un canadiense con tristeza.) No, te equivocas. La *causa* de la desigualdad en Estados Unidos y el Reino Unido (que, por cierto, ha disminuido recientemente) ha sido la propia prosperidad de los dos países en comparación con la vieja Europa. Y Estados Unidos y, sobre todo, el Reino Unido han implementado subsidios no igualitarios para la propiedad de vivienda, que tanto republicanos como progresistas alentaron, reforzando unas restricciones iliberales vigentes desde hace mucho que afectan a los edificios urbanos, a los códigos edifi-catorios y de urbanismo en Estados Unidos y a los permisos de obra en el Reino Unido.

¿Quién se ha beneficiado, como resultado, de la mayoría de las restricciones a la construcción, por ejemplo, en Londres? Los beneficiarios han sido los duques de Norfolk y Westminster, que poseen terrenos que, en un Londres en expansión, se han vuelto más escasos. Cuando dije esto ante una gran audiencia de laboristas en un programa de la BBC emitido desde el Teatro Nacional de Londres, me divertí que el público abucheara. Es inteligente. Detén la construcción de vivienda privada mediante una drástica limitación de la construcción, luego quéjate de que en Londres la vivienda es cara y exige más vivienda pública.

EL IZQUIERDISTA : El neoliberal, a diferencia del liberal clásico, cree que con frecuencia el gobierno puede ayudar a solucionar problemas como la pobreza, la atención sanitaria y la vivienda inadecuadas y unas oportunidades de educación limitadas.

LA LIBERAL : Mi consejo es examinar con escepticismo lo que llamas «problema». El gobierno no los puede solucionar todos. A veces llueve. La suposición de lo contrario es la fe de la Ilustración en que la gente puede hacer cualquier cosa que se proponga hacer racionalmente. Tom Payne (que, por cierto, fue un ferviente partidario del libre comercio) dijo en 1776: «Está en nuestro poder empezar el mundo de nuevo». ³ Bueno, a veces. (Y aun así, con su comentario quiso decir, a la manera liberal, que a cualquiera de nosotros se le debería permitir poner en marcha una fundición o una destilería libres de supervisión gubernamental.)

El liberal de tipo smithiano, milliano e isaiahberliniano advierte que muchos problemas son causados por la acción estatal llevada a cabo... para solventar problemas. No quiero caer en una versión de la falacia de la cadena de suministro. Mariana Mazzucato la expuso notoriamente en un libro de 2013, *El Estado emprendedor: mitos del sector público frente al privado*, en el que afirmaba que si *cualquier* acción gubernamental ayudaba al nacimiento de una tecnología en *cualquier* grado en *cualquier* momento, en su *mayor* parte esa tecnología debe atribuirse a la inteligencia del gobierno. Así que permitidme limitar mis contraejemplos a *grandes* causas, no simplemente a alguna causa menor en la cadena de suministro.

La pobreza se provocó masivamente, por ejemplo, con las intervenciones «protectoras» del Estado en los mercados de trabajo, porque el principal efecto de la protección es evitar que los pobres compitan con las clases trabajadoras media y alta. En el progresismo, ése era el propósito original, he señalado, y se logró admirablemente bien. Por ejemplo, en la década de 1920 la legislación de algunos estados que «protegía» a las mujeres de trabajar horas extras, las excluyó automáticamente de los empleos de supervisión, porque los jefes intermedios tienen que llegar pronto e irse tarde. Supongo que no tengo que mencionar a Jim Crow y (inspirado por Jim Crow) a la cuestión de la segregación racial, entre los numerosos ejemplos de pobreza impuesta por el Estado. Así una y otra vez.

La atención sanitaria inadecuada la provocó masivamente una intervención estatal en el mercado de médicos, medicamentos, enfermeras y hospitales. Es una historia larga y complicada, pero observa que hasta principios del siglo XIX un farmacéutico podía tratarte una enfermedad (ciertamente, hasta que hubo antibióticos, su tratamiento no era muy efectivo, pero pasaba igual con los médicos, cuyo precio era mayor). El acceso a la práctica de la medicina era relativamente libre; por lo tanto, hasta la década de 1930, los médicos ganaban más o menos lo mismo que abogados y profesores. Pero a partir de la década de 1950 pasaron a ganar el *triple*. Hace tiempo en Estados Unidos las matronas podían traer niños al mundo —los obstetras empezaron a monopolizar los partos a principios del siglo XIX, con sus «instrumentos»—. Hasta finales del siglo XIX y la llegada de la higiene hospitalaria, las maternidades donde los médicos solían trabajar eran trampas mortales. El seguro médico basado en el empleo surgió para evadir los controles salariales en la Segunda Guerra Mundial, y es característico de Estados Unidos y Alemania. El gobierno nos prohíbe importar medicamentos de Canadá muchísimo más baratos. Y así una y otra vez. Por lo tanto, en la atención médica estadounidense, las protecciones locales y federales de los monopolios han duplicado su coste.

La vivienda inadecuada fue uno de los primeros «problemas» que abordó el gobierno, eliminando los barrios marginales. La teoría era que la vivienda de mala calidad *causaba* enfermedades, pobreza y, sobre todo, abusos sexuales. (A los victorianos les interesaba mucho el sexo.) Y así el gobierno introdujo la zonificación, los códigos edificatorios y las licencias urbanísticas, y derribó barrios marginales para construir bonitas viviendas para los ricos, como Sandberg Village en Chicago, y campos de concentración en altura para los pobres, como Robert Taylor Homes en Chicago. La gente sin hogar es un problema moderno, porque las regulaciones han vuelto cara la vivienda barata.

Desearía que mis amigos progresistas se tomaran en serio el viejo chiste de las tres frases más increíbles del inglés: «El cheque está en el correo»; «Por supuesto, te respetaré por la mañana»; y «Soy del gobierno y estoy aquí para ayudarte». Cuando en Chicago la policía se acerca a un joven negro, él no supone que le vaya a ayudar. La experiencia de la gente blanca y de clase media con la policía, no necesito mencionarlo, es diferente.

EL IZQUIERDISTA : La ayuda se lleva a cabo básicamente en forma de colaboraciones público-privadas, como la Ley del Cuidado de la Salud Asequible (a diferencia de un sistema de un solo pagador, más progresivo).

LA LIBERAL : Me perdonarás si, como economista cínica que soy, pienso que las numerosas «colaboraciones público-privadas», entre ellas Obamacare, dan como resultado que la parte privada se haga rica, los burócratas se vuelvan poderosos y los pobres de la sociedad sean tratados de manera injusta. En Benton Harbor, Michigan, que cuando yo era niño en la década de 1940 era blanco como un lirio y luego pasó a ser mayoritariamente negro, solía haber un parque público en la orilla urbana del lago Michigan que usaban los negros. El parque se expropió en 2013 para que una asociación público-privada construyera un campo de golf y un centro vacacional —puedes dar por seguro que no era para los negros locales—. De igual manera, en *Kelo contra la ciudad de New London* (2005), el Tribunal Supremo decidió a favor de una asociación público-privada en la que los hogares de la gente pobre y de clase media se demolieron para un «plan de reurbanización integral». ⁴ El plan nunca se llevó a cabo. Ahora, más de una década después, en New London esas hectáreas siguen vacías.

Mejor el plan liberal, creo, en el que los promotores inmobiliarios deberían acercarse a los asiduos al parque y a los propietarios de los hogares llevando montones de efectivo. Cuando vosotros, los progresistas, decís «asociación público-privada», los liberales escuchamos «conspiración público-privada».

Y no están dispuestos a imaginar alternativas liberales

Una conclusión a la entrevista

EL IZQUIERDISTA : Me parece que tanto los neoliberales (piensa en Barack Obama e Hillary Clinton) como los críticos del neoliberalismo sostendrían que la pegatina de tu coche que dice «Separar Estado y economía» es engañosa.

LA LIBERAL : Sí, si con eso quieres decir (aunque la próxima frase demuestra que no) que en la economía algunas personas despreciables y egoístas llegan al Estado e influyen en él en su propio beneficio. (Por cierto, al igual que tú, no me propongo «engañar». Digo la verdad como la veo, como haces tú. Sin trucos. Escucha, escucha de verdad.)

Recomiendo encarecidamente Adam Smith a tus lectores. Sólo escribió dos libros (lo cual significa que no habría tenido éxito en la vida académica moderna). Si los lectores se toman en serio el cuestionamiento de sus ideas, deberían sacar ambos libros y leerlos con detenimiento. Smith expresó de esta manera tu argumento: «Fundar un vasto imperio con el único objetivo de crear un pueblo de clientes puede parecer a primera vista un proyecto acertado sólo para una nación de tenderos. En realidad, es un proyecto totalmente incorrecto para una nación de tenderos, aunque extremadamente conveniente para una nación cuyo gobierno está influido por tenderos». ¹ En el clavo, estarás de acuerdo. Nosotros, los liberales, nos unimos a ti y a Charles Koch en la oposición al capitalismo de amiguetes.

EL IZQUIERDISTA : Incluso un mercado «*laissez-faire* » necesita el apoyo del Estado. El Estado define, y luego protege, los derechos de propiedad a través de la policía y el sistema judicial.

LA LIBERAL : Confieso que el tropo de este argumento me cansa. Se lo escucho continuamente a los progresistas tipo Sanders y a los «liberales» estadounidenses tipo Clinton. Parecen creer que cualquier argumento liberal serio se puede refutar con treinta segundos de reflexión. No, ocho segundos. Observa que aquí un argumento cierto, que necesitamos *en cierta medida* al gobierno (lo cual ningún liberal verdadero niega —no somos anarquistas radicales, aunque, ciertamente, los contemplamos con sororidad—), se utiliza para plantear un argumento mucho más cuestionable, a saber, que necesitamos un gobierno que se quede por la fuerza el 35 por ciento o más del PIB

para sus proyectos, un gobierno que, además, regula injustamente una buena parte del resto del PIB.

El cómico *cowboy* Will Rogers solía criticar al gobierno, allá en la década de 1920, cuando su recaudación combinada a nivel local, estatal y federal era del 10 o el 15 por ciento. Ahora es el 35 por ciento, y en la mayoría de los demás países ricos es mucho mayor. Hay una estatua de Will Rogers en el Capitolio y es habitual que sirva de fondo para las entrevistas de televisión que se hacen a los congresistas. Me gustaría que los congresistas se dieran la vuelta y empezaran a escuchar al viejo Will.

En los países ricos, una pequeña parte del 35 al 55 por ciento incautado por los gobiernos se destina a los pobres. La definición y la protección de la propiedad a todos los niveles cuesta tal vez el 5 por ciento del PIB, incluso si se añade la protección contra los «extranjeros peligrosos», la imagen que tiene Trump de los refugiados hondureños por ejemplo. Las regulaciones enriquecen mayormente a los ricos, por ejemplo a la compañía inmobiliaria de Trump, mediante la expropiación —que es una inaceptable violación de los derechos de propiedad patrocinada por el Estado—. Cierta protección. Como dijo en 1971 un historiador económico, en respuesta a la afirmación de un teórico económico de que los señores feudales habían ofrecido «protección» a los campesinos: «No se menciona la posibilidad de que el principal, si no el único, peligro del que con mucha frecuencia el campesino necesitaba protegerse era el propio señor». ² O el propio gobierno, si se sirve a un señor moderno.

Y, por cierto, la definición y la protección de los derechos de propiedad en realidad se llevan a cabo principalmente mediante acuerdos privados. Sí, el Estado es el definidor y protector «de último recurso», como se suele decir. Pero si no saltamos de cabeza a la falacia de la cadena de suministro, tenemos que preguntarnos *cuánto* importa el último recurso. Los contratos empresariales, por ejemplo, son «forzosos» (advierde que el sentido de «forzar», que aquí es una metáfora, cuando se refiere al gobierno es literal), pero *no* debido a la coerción gubernamental, sino a la preocupación de que si violo un contrato, la gente del mundo de los negocios se enterará y me rehuirá. ¿Cómo crees que se hacen cumplir los contratos, que se cierran con un apretón de manos, entre los comerciantes de diamantes jasídicos que deambulan por la calle cuarenta y siete con medio millón de dólares en el bolsillo de su abrigo? ¿Yendo a la policía? ¿Apelando a un juez gentil?

EL IZQUIERDISTA : ¿Qué responde a la afirmación de que la separación entre economía y Estado que reclamas es imposible?

LA LIBERAL : Respondo señalando que, de la forma en que los liberales siempre la han tenido en mente, la separación, por supuesto, es «posible». Ha tenido lugar. Mi respuesta es como el chiste: «¿Crees en el bautismo infantil?» «¿Creer en él? ¡Lo he visto!»

Por ejemplo, la he visto en Estados Unidos en el siglo XIX —aunque admito que el periodo, atrapado entre un feudalismo esclerótico y una regulación esclerótica, fue breve—. El *laissez-faire* del periodo produjo una mejora probada comercialmente, que no dejó tiempo a los ideólogos y a los intereses creados a recuperar terreno mediante la imposición de leyes de arriba abajo. Conocí a un joven emprendedor de gran éxito, un recién graduado de la Universidad Estatal de St. Cloud, en Minnesota, que utilizaba la tecnología más avanzada en venta al por menor. Me contó que podía engañar a los reguladores porque continuaba innovando y se adelantaba a sus regulaciones. Como dice el proverbio, es más fácil pedir perdón al gobierno por haber hecho X que conseguir por adelantado permiso del gobierno para hacer X. Después, los líderes de una nueva empresa de pagos de Brasil me contaron lo mismo. Así, los consumidores estadounidenses y brasileños se enriquecen.

Desde la izquierda, una línea contraria de pensamiento responde indignada que las mejoras internas posibilitadas por el gobierno, como canales y puertos, resultaron fundamentales para el éxito de la economía. Es el tema del antiguo libro de Arthur Schlesinger Jr., *The Age of Jackson* (La época de Jackson) (1945), o, de hecho, de varios libros posteriores a la guerra en los que académicos partidarios del *New Deal* defendieron una versión moderada de socialismo lento, tales como Richard Hofstadter en sus primeros trabajos y (como he mencionado) un libro temprano y brillante de mi padre, Robert G. McCloskey.³ La línea del *New Deal* tiene el problema de la falacia de la cadena de suministro. Ciertamente, en Estados Unidos, por ejemplo, los canales de Indiana de la década de 1830 fueron respaldados por bonos del gobierno, que se vendieron sobre todo a los británicos. Pero en la propia Gran Bretaña había canales anteriores que fueron enteramente privados, por ejemplo los de la década de 1790. Y la «mejora» interna de los canales de Indiana resultó ser una inversión desastrosa —porque los ferrocarriles llegaron en aquel momento—. El Estado no pudo pagar y durante mucho tiempo a los estadounidenses que visitaban Londres se los trató sin demasiada hospitalidad.

EL IZQUIERDISTA : Usted misma admite que el Estado también puede proporcionar educación primaria y secundaria, presumiblemente porque entiende que la educación y el crecimiento económico van de la mano.

LA LIBERAL : E igual hizo Adam Smith, que dedica muchos capítulos de *La riqueza de las naciones* a ese tema. Escocia tenía la ventaja sobre Inglaterra de que el férreo calvinismo

exigía que todos los niños e incluso las niñas fueran capaces de leer. Desde luego recomendando (como hizo Smith) que, como he dicho, a ti y a mí se nos grave con impuestos para *financiar* la educación de los pobres. Principalmente, soy partidaria de eso no por el crecimiento económico (¿qué clase de ordinaria supones que soy?!), sino por la oportunidad que supone saber leer y escribir.

Pero la *financiación* mediante cupones no es lo mismo que la *provisión* gubernamental, escuelas cuyo personal son empleados públicos a las órdenes del gobierno. Por lo tanto, no hay razones de peso para que el servicio de la educación deba socializarse o, en cualquier caso, no más razones que para que lo hagan los medios de producir leche o de hacer un viaje en taxi. Las universidades escocesas de la época de Smith eran muy superiores a Oxford y Cambridge, tanto en educación como en investigación. Los estudiantes escoceses pagaban a los profesores directamente. (Se sabía que Smith era un buen profesor y le fue bien financieramente.) En Inglaterra, por el contrario, las antiguas donaciones financiaban a los miembros para que se repantingaran y bebieran oporto añejo. ¿Os recuerda algo a la vida académica estadounidense?

EL IZQUIERDISTA : (El neoliberalismo ha provocado) la transformación de la educación pública superior en centros de entrenamiento obsesionados con los «resultados».

LA LIBERAL : Sobre la educación superior estamos de acuerdo en que el triunfo de la universidad administrativa ha sido deplorable. Pero afirmo, de nuevo, que eso no es debido al *laissez-faire* sino a lo opuesto: el impulso hacia la planificación centralizada, la parte racionalista de la Ilustración francesa —la opinión de que podemos determinar fácilmente el futuro con las interminables reglas administrativas del Registro Federal, que cada año tiene ochenta mil páginas nuevas, o de los voluminosos manuales de las facultades universitarias—. Una vez más, el dirigismo. En las universidades, el giro dado para imponer «practicidades» a los estudiantes (como si la enseñanza de la contabilidad siempre fuera más práctica que la de la lectura de la buena literatura inglesa o la de hacer buenas demostraciones matemáticas) es global, como lo es la proliferación de administradores universitarios que fomentan las practicidades, todos ellos dotados de un salario alto, una secretaria y varios asistentes. Al ser global, difícilmente se les puede echar la culpa a Reagan y a Thatcher (aunque, por cierto, Thatcher no era liberal en políticas educativas; por ejemplo, centralizó la educación primaria y secundaria y se entrometió en las universidades; por otro lado, democratizó la propia definición de «universidad» en el Reino Unido).

EL IZQUIERDISTA : Ha atribuido el auge de la universidad administrativa al «impulso hacia la planificación centralizada». ¿Puede explicar algo más sobre este vínculo? Me atrevo a afirmar que la mayoría de los académicos sostendría exactamente lo contrario,

aludiendo a la reducción del apoyo público a la educación superior junto con el aumento del precio de las matrículas y la proliferación de decanos asociados.

LA LIBERAL : Con «impulso hacia la planificación centralizada» quiero decir la convicción que tiene la gente, tanto en la izquierda como en la derecha, de que las cosas se pueden planear con facilidad, y que es necesario que se haga así. Un argumento común es que en los tiempos antiguos la economía era simple y se podía regular por sí sola, pero una economía moderna y compleja necesita planearse. La verdad es lo opuesto. Cuanto más compleja y especializada sea una economía, y más capacidad tenga de mejorar espontáneamente, *menos* puede planearse, menos podrá conocer un planificador central, por muy inteligente y bueno que sea, los billones de preferencias y planes de consumo, producción y mejora. Es posible planificar un hogar o la vida personal, aunque cualquiera que confíe mucho en eso es que no ha vivido demasiado tiempo. Pero una economía grande y moderna tiene demasiadas cosas que planear.

En una universidad grande y moderna sería mucho mejor que los jefes colgaran sus trajes y volvieran a la enseñanza, o se fueran a casa a ver la televisión y nos dejaran tranquilos para hacer nuestro trabajo. Confía en la profesionalidad de los profesores. Despide a los decanos asociados, a todos, y gasta el dinero en más profesores y estudiantes de posgrado, no en documentos y planificación. Fomenta que el profesorado existente contrate a nuevas personas, que sean mejores que ellos. Insiste en que el profesorado lea el trabajo de la gente que se propone contratar, despedir o promover. Deja de pedir cartas de recomendación. ⁴ Y así sucesivamente.

Entre 1980 y 1999 intenté mejorar modestamente la Universidad de Iowa, que en las décadas de 1930 y 1940 estuvo entre las universidades más innovadoras del mundo (véase, por ejemplo, el programa Taller de Escritores); imposible. Los administradores querían mediocridad y, con alguna dificultad, en esencia aplastando las iniciativas de la facultad, lo consiguieron. En Notre Dame, un caso deprimente es el Departamento de Economía, que hubo un tiempo en que fue interesante y original, hasta el punto de ser uno de los pocos departamentos de economía de Estados Unidos donde había marxistas. Pero luego la administración se lo cargó. ⁵ En mi propia universidad, la Universidad de Illinois en Chicago, mi decano, Stanley Fish, un intelectual público y estudioso de Milton, trató de convertir el lugar en una versión de la Universidad de California en Los Ángeles, el City College de Nueva York o la Universidad de Nueva York. Sus jefes le detestaron a él y a su ambición, y se lo cargaron. Y así sucesivamente.

Es un proceso global y no tiene nada que ver con la reducción de la financiación del gobierno para las universidades. En sistemas como el de los Países Bajos, con una enorme financiación para la facultad y para la mayoría de los estudiantes, de clase

media-alta, la tendencia es la misma: contratar más decanos y decanos asociados, añadir más mediocres para que dirijan el lugar, exigir más planificación, escribir más informes, como el vergonzoso informe sobre la formación de posgrado en Estados Unidos, de William Bowen y Neil Rudenstine. ⁶

EL IZQUIERDISTA : En una ocasión Robert Nozick atribuyó la oposición generalizada al capitalismo entre los intelectuales —en particular, los «juntaletras» intelectuales— a un sistema educativo que recompensa a los estudiantes por sus logros académicos. Los juntaletras jóvenes aprenden a asociar la recompensa con la propia educación y, al mismo tiempo, a considerarse a sí mismos entre los miembros más valiosos de la sociedad. Pero los mercados no funcionan así. ¿Está de acuerdo con el diagnóstico de Nozick?

LA LIBERAL : Quizá, pero creo que hay una explicación más plausible, como he dicho antes: nacemos en una familia, cuya experiencia es la de una pequeña comunidad socialista, sobre todo si nuestra familia no dirige una granja o un pequeño negocio. Después de nuestras familias socializadas, si vivimos en un mundo enriquecido gracias a la mejora comercialmente probada, muchos vamos a la universidad y si procedemos de familias ricas la experiencia la paga otra persona. Luego, si somos listos y algo insensatos, vamos a una escuela de posgrado de economía o lengua inglesa. Sería como empezar en un monasterio al nacer y no salir de él hasta más o menos los treinta años. Llegas a pensar que los ingresos caen como el maná y que es mamá quien los «distribuye», o el decano de la escuela de posgrado o el abad. Llegas a pensar que, por supuesto, la asignación de recursos debe estar centralizada. Consideras el mercado algo externo y ajeno.

Esperaría que la gente de letras que entra en el mercado de inmediato, como era habitual antes de la Segunda Guerra Mundial (y antes del auge de los poetas y novelistas *académicos*), o en realidad cualquiera que tenga que trabajar en serio durante la universidad, sea automáticamente menos socialista que sus colegas. Piensa en Samuel Johnson: «Ningún hombre que no sea un zopenco —declaró— ha escrito alguna vez si no es por dinero». ⁷ «Hay pocas cosas —dijo en otra ocasión— en las que un hombre se emplee más inocentemente que en la consecución de dinero.» Su interlocutor en aquel momento, el impresor escocés Strahan, que también vivía del comercio, comentó: «Cuanto más se piense en esto, más justo parecerá». ⁸

EL IZQUIERDISTA : Por último, ¿le parece que el predominio de las ideologías de izquierda entre el profesorado de humanidades es un problema educativo, una falta de diversidad intelectual, por así decirlo? Si es así, ¿cómo lo corregiría?

LA LIBERAL : Oh, sí, es un problema. Yo fui una de los tres «conservadores» de mi querido Departamento de Historia de la UIC y la única de mi igualmente querido Departamento de Inglés. Adoro a ambos. Pero eran sorprendentemente poco diversos desde el punto de vista intelectual y, sobre todo, político. Pero se volverá a la situación previa, como ha sucedido en el pasado, y vivo con la esperanza de que mis colegas se den cuenta de que el liberalismo real conduce a la riqueza y la libertad de la clase obrera. Mientras tanto, estoy segura de que estás de acuerdo conmigo en lo que solía decir Stanley Fish, mi decano: hagan su trabajo, aprendan con ganas y enseñen con ganas.

Un feminismo liberal posmoderno es posible y deseable

Mi contribución a un panel sobre el mercado y el feminismo, que a principios de 1999 organizó la economista S. «Charu» Charusheela en la reunión de Nueva York de la American Economic Association, se centró en un artículo de la crítica literaria Gayatri Chakravorty Spivak. Después, fuimos a cenar con el economista, ganador del premio Nobel, Amartya Sen, con Gayatri, Charu y esta humilde servidora ataviadas con unos saris espectaculares . ¹

A lo largo de mi vida he sido muchas cosas: ingeniero social positivista, socialista fabiano y hombre. Ahora soy una feminista defensora del libre mercado, posmoderna cuantitativa y una mujer. Esos cambios de parecer no me avergüenzan. Se afirma que cuando Keynes se enfrentó a la queja de que había cambiado de opinión sobre alguna cuestión económica, respondió: «Cuando los hechos cambian, yo cambio de opinión. Y usted, ¿qué hace?». ²

Aquí, mi argumento principal es que es posible ser posmoderna, promercado y feminista al mismo tiempo. No sólo es posible; es deseable y natural. Las tres ideas, afirmo, son coherentes. Juntas, son beneficiosas para el mundo. Gayatri Spivak y yo estamos bastante de acuerdo en lo que respecta a los fines posmodernos y feministas. Es acerca de la parte del medio, la economía y la historia de la economía, sobre lo que no estamos de acuerdo. Yo digo que el innovismo moderno y liberal se adapta al posmodernismo y el feminismo mejor que el marxismo. Ella dice lo contrario.

Mi posmodernismo es el de una antigua modernista. Surge de la inquietud que empezaron a provocarme alrededor de 1975 el método económico moderno, la arquitectura moderna, la pintura moderna, la música académica moderna, la ingeniería social moderna. El posmodernismo aborda la manera en que conocemos la realidad; implica que no la conocemos de una forma modernista, una versión simplona de la ciencia aplicada a una versión dogmática de la realidad, el método en el que solían creer mis antiguos colegas de economía en la Universidad de Chicago, entre 1968 y 1980. El economista ganador de un premio Nobel George Stigler, de Chicago, fue un ejemplar particularmente simple y dogmático. Pero también lo fueron mis profesores de Harvard, contrarios a la Escuela de Chicago. Alrededor de 1960 todos éramos positivistas, conductistas y modernistas. Mira el mobiliario danés de entonces, o la arquitectura de la década de 1960, el racionalismo.

Mi forma particular de posmodernismo es la más antigua, como saben todos los humanistas, la «retórica». Data del 467 a. C., cuando la nueva democracia de Siracusa (de hombres libres) necesitó una teoría disciplinada sobre la persuasión para reflexionar sobre su política después de que los tiranos hubieran sido derrocados. Es muy parecida a las formas *pos-mo* recientes, como la deconstrucción. De hecho, los maestros de la deconstrucción, como Paul de Man y Jacques Derrida antes fueron retóricos, aunque sólo fuera por el *lycée* griego. Yo misma combino la retórica con el pragmatismo estadounidense de James, Dewey y últimamente de Richard Rorty, lo que me proporciona una base filosófica no fundamentada para hacer retórica, en cierto modo de la misma manera que Hegel le da a Gayatri una base para hacer deconstrucción. ³

No creo que los fundamentos meramente filosóficos importen demasiado para lo que hacemos. Gayatri y yo estamos de acuerdo en que los textos, como en teoría los hechos positivistas, se hacen, no nacen. Estamos de acuerdo en que es necesario prestar mucha atención al trabajo que hacen las «simples» palabras. Por eso el posmodernismo.

Pero la mayoría de los posmodernos son socialistas. Están atentos a los fallos de los mercados y no tan atentos a los fallos de los gobiernos que pierden el tiempo en los mercados. Mi argumento es que este desgraciado hecho político es un accidente de la historia, no es inevitable. No hay nada en el posmodernismo que implique socialismo. Más bien lo contrario, algo que desearía que reconocieran los oponentes conservadores, de lo poco que entienden del posmodernismo, la deconstrucción y otras ideas francesas espeluznantes. El marxismo clásico es un proyecto notablemente positivista y, sin embargo, las versiones recientes de socialismo *light*, desde Suecia en la década de 1960 hasta el ecologismo actual, todavía creen al viejo Comte, *savoir pour pouvoir*, saber para poder. Marx y Engels llamaron a su proyecto socialismo *científico* (aunque en inglés «científico» no se usaba en el sentido moderno).

No estoy diciendo que sólo la izquierda participe de un positivismo antiguo. Nuestro amigo Max U (Mr. Maximum Utility), un moderado económico, el hombre buscador samuelsiano (*Homo petens*), también marcha en ese viejo desfile. Es todo lo mismo, el cientifismo de alrededor de 1960, de izquierda, derecha o del centro, y no es precisamente el proyecto del posmodernismo.

Lo que también quiero decir con «más bien lo contrario» es que una sociedad de mercado es despierta, flexible, innovadora, efervescente, democrática, espontánea, creativa. Es lo opuesto a lo planificado de manera centralizada y, de hecho, consiste en la intersección de los pequeños y cambiantes planes de los individuos. El enfoque del sociólogo Howard S. Becker debe contrastarse con el de Pierre Bourdieu o con el de cualquier otra teoría social que se centre en los esfuerzos desagradables, como el

pensamiento marxiano anterior a Gramsci o la iliberal teoría de juegos de los economistas. Becker escribe (de manera bastante parecida a otro Becker, el economista Gary, a quien Foucault, repito, estudió en profundidad):

La metáfora de «mundo» —que no parece ser del todo coherente con la metáfora [bourdiana] de «campo» — contiene personas, todo tipo de gente, que se encuentran haciendo algo que requiere prestarse atención unos a otros, tener en cuenta conscientemente la existencia de los demás y conformar lo que hacen en vista a lo que hacen los demás. En ese mundo, la gente... desarrolla sus líneas de actividad de manera gradual, viendo cómo responden los demás a lo que ellos hacen y adaptando lo que hacen a continuación, de manera que encaje con lo que han hecho los demás y lo que es probable que hagan después... La actividad colectiva resultante es algo que tal vez nadie quería, pero es lo mejor que pueden conseguir todos de esa situación y, por lo tanto, en lo que todos, de hecho, están de acuerdo. ⁴

Ésa es la postura de la economía liberal desde Adam Smith. Becker y Smith sugieren que a pesar de los intentos de los expertos modernistas de determinar el futuro, en una sociedad libre no se puede decir lo que ocurrirá a continuación.

Soy consciente de que la izquierda se opondrá a mi alegre descripción de «capitalismo tardío». Los marxianos creen que la última etapa del capitalismo es un socialismo sin la revolución y cualquier lector de *The New York Times* cree que las multinacionales gigantescas dirigen el mundo. Creo que ambos puntos de vista están equivocados.

Como escribe Virginia Postrel, feminista liberal y crítica cultural, en su importante libro *The Future and Its Enemies* (El futuro y sus enemigos) (1998), el proyecto modernista de predicción y control es «estasisista». ⁵ («Estasisista» de *stasis*, equilibrio en griego, no «estatista», aunque también lo es.) Las sociedades libres y enriquecedoras son, por el contrario, «dinamistas». Un edificio de la década de 1960 con forma de caja de vidrio pega con la estasis, el arte del ciberespacio con el dinamismo, no al revés. La mayoría de los académicos marxianos viven en una caja de cristal. Mi amigo posmoderno Jack Amariglio y la gente de *Rethinking Marxism* (Repensar el marxismo) han intentado encontrar la salida, y a veces recogen piedras para construir una. ⁶

Emparejar el posmodernismo con el marxismo siempre me ha parecido extraño. Yo sugiero que es el mercado, y no el socialismo en cualquiera de sus formas (todas implican que la sociedad se hace cargo de los detalles de la economía, siendo ése el sentido de la palabra *socialismo*), el emparejamiento más natural del posmodernismo. Entiéndase que aquí hablo de tono y espíritu. Estamos de acuerdo en que la vinculación, la conexión lógica, no se cuestiona. No afirmo que una economía liberal y burguesa sea lógicamente necesaria o suficiente para el posmodernismo. *Estoy* preparada para afirmar, con *In Praise of Commercial Culture* (Elogio de la cultura comercial) (1998), de Tyler Cowen, que la economía de mercado burguesa ha sido, de

hecho, un buen foro para el desarrollo del arte y el pensamiento, como el posmodernismo. Foro, de *forum*, que, como sabes, en latín significa «mercado».

Y quiero sugerir, además, que el feminismo es un tercer término natural: feminismo de mercado posmoderno. Sí, lo sé. Muchos de vosotros creéis que el mercado ha sido el gran esclavizador de las mujeres. Entiéndelo: no estoy de acuerdo contigo por razones económicas e históricas y sugiero que nos sentemos juntos tranquilamente y discutamos las evidencias a favor o en contra. El mercado que reivindico ha sido el gran liberador de las mujeres (y de los esclavos, la gente pobre, las minorías religiosas y las minorías sexuales).

La lógica económica es que los mercados proporcionan a las mujeres una opción de salida que, de otra manera, se le negaría a una hermana, una esposa o una madre viuda. Estamos de acuerdo en que el poder dentro del hogar es el centro de la cuestión. Y estoy muy de acuerdo con el argumento de Gayatri de que el poder de género interactúa con el poder de clase, el poder económico y el poder racial (y el poder religioso, el poder ideológico, el poder intelectual y las intromisiones de cualquier poder aliado con el Estado), lo cual hace que sea poco científico considerarlos de manera aislada. ^z Ése también es mi argumento. En las sociedades en que a las mujeres se les prohíbe por ley (como en Afganistán) o por tradición (como en India, en algunas castas) trabajar fuera de casa, una mujer tiene menos capacidad de elección.

¿Menos que qué? Aquí los críticos del innovismo liberal desdeñan indignados los empleos disponibles, uniendo su menosprecio al de los maridos agraviados. Libre para dormir bajo el puente. Libre para aceptar un trabajo en Nike. Después de todo, dicen, un trabajo espantosamente mal pagado haciendo zapatillas de deporte para el mercado estadounidense difícilmente puede considerarse un trabajo no alienado. Contrátame y explótame, añaden.

Pero pregúntale a la mujer, sugiere el economista liberal demócrata, si preferiría que la empresa de zapatillas no le hiciera la oferta. Pregúntale si Nike no paga más que dedicarse a lavar. Mira la longitud de la cola que se forma cuando Nike abre una nueva planta en Indonesia. Y pregúntale si preferiría no tener ninguna oportunidad de mercado, y en su lugar quedarse en casa totalmente a merced de su padre, su marido o su suegra.

Estos argumentos lógicos, por sí mismos, no me impresionan mucho. Forma parte del proyecto modernista de la economía afirmar que las grandes verdades sociales se pueden probar ante una pizarra. Así lo afirmaron Ricardo, Pigou, Samuelson y Stiglitz. Yo soy historiadora económica, lo cual en economía es una ocupación vulgar, de casta

inferior. Creo que tienes que ver cómo en la práctica los mercados, la mejora comercialmente probada y los valores burgueses han interactuado con otros sistemas como la política o la cultura popular para ver si en conjunto han resultado emancipadores para las mujeres.

Las noticias podrían haber sido malas. En algunas partes del mundo lo son. Es posible que sostengas —como yo no haría, considerando que la prostitución es una profesión antigua y la lascivia masculina una vieja costumbre— que, en conjunto, el mercado de los humanos ha comercializado la sexualidad femenina, con efectos desastrosos para la autoestima de las mujeres jóvenes de los países ricos, lo cual se muestra, por ejemplo, en la inanición voluntaria. Incluso la mejora probada comercialmente ha supuesto, en parte, malas noticias. En 1848 a mucha gente le parecía buena idea apostar a que iba a ser así. El medio siglo posterior a 1848 demostró que estaba equivocada. En Gran Bretaña, entre 1855 y 1913, los salarios reales se duplicaron, también los de las mujeres.⁸ Las mujeres eran subordinadas en el doble de los casos, pero sus salarios aumentaron al mismo ritmo, aunque siempre fueron inferiores. Y el siglo xx, a pesar del terrible periodo entre 1914 y 1945, mejoró radicalmente la duplicación, en contra de las expectativas de John Stuart Mill y otros economistas ortodoxos, como Marx, muy influenciados por Malthus.

A nadie le sorprenderá que en los países de la OCDE (es decir, los actualmente ricos) para los que Angus Maddison fue capaz de reunir datos, la media no ponderada (es decir, un país = una observación) del PIB real per cápita expresado en dólares de 1980 aumentó desde 1.800 dólares en 1900 hasta 10.000 dólares en 1987.⁹ Eso supone multiplicar por un factor de 5,6 los zapatos, la educación, el pan, los libros (y, sí, las minas terrestres y los aviones de combate, aunque las cosas malas en relación con las buenas son una pequeña parte del todo, y sus clientes son gobiernos, no individuos). Mil ochocientos dólares frente a diez mil es la diferencia entre apenas sobrevivir y que te vaya bastante bien. Eso ha liberado a las mujeres de la esclavitud de la cocina y el patio. En la OCDE, hoy la mayoría de los estudiantes universitarios son mujeres.

El suceso más importante en la historia de las *mujeres* es, por lo tanto, la prosperidad moderna. Los relatos detallados de la vida de las mujeres muestran esa liberación. Las mujeres jóvenes de Massachusetts que constituyeron la mano de obra de la primera industria del algodón estadounidense que competía con las metrópolis británicas no consideraron que la oferta las perjudicara. A partir de 1800, y especialmente desde 1900, la revolución tuvo lugar sobre todo en la producción de bienes. Los profesores enseñan de manera bastante parecida a como se hacía en la Academia de Platón, pero las tazas, los zapatos, el arroz y los materiales de construcción cuestan, en fuerza de trabajo, una parte muy pequeña de lo que costaban en 1848. El trabajo doméstico, una parte del

ingreso nacional que no se incluye en las estadísticas más convencionales, se ha transformado. El hecho de que la preparación de la comida se haya desplazado al mercado ha liberado muchas horas de trabajo femenino. En 1900, en un típico hogar estadounidense de clase media se dedicaban 44 horas semanales a preparar alimentos. ¹⁰ Cuarenta y cuatro horas: hornear pan, hacer conservas y pasteles desde cero. Ahora, el cuidado infantil se está desplazando más al mercado pero, a diferencia de la comida elaborada en fábricas, el método no se ha transformado. Aún son necesarios un par de ojos adultos y un par de manos para cuidar a un niño pequeño, o dos o tres, que es la explicación de Elizabeth Wayland Barber de por qué las mujeres inventaron los tejidos, un negocio que podía compaginarse fácilmente con el cuidado de los niños. ¹¹

Ahora, una mujer puede elegir no trabajar fuera de casa (tal vez en un trabajo pésimo, y luego empezar un segundo turno cuando llega a su chabola; o la manera tan diferente en que Gayatri y yo «trabajamos»). Pero, en cualquier caso, el hecho de que sus hermanas eligieran trabajar en el mercado ha cambiado de manera radical el equilibrio de poder dentro de la familia. Ése es el principio de la pionera economista feminista Barbara Bergmann —conviértete en la imitación de un hombre tan rápido como puedas, dice; sal al mercado y vende, vende, vende—. Ella considera que el mercado es el camino hacia la liberación de la mujer.

Para hablar de manera positiva, para plantear proposiciones tan valientemente como lo ha hecho Gayatri, dejad que aporte una visión de la economía feminista, de mercado y posmoderna. ¿Cómo se puede ser feminista y partidario del libre mercado? ¿Acaso esos tipos no se oponen a la liberación de las mujeres?

Sí, pero. La economía de Wall Street, ciertamente, no resulta acogedora para las mujeres. Lo cual se debe a que la economía de Wall Street malinterpreta, como un hombre, cómo funciona la economía. Considero el punto de vista de la «prudencia sola» equivocado y peligroso. No servirá de nada despreciar desde la sala de juntas (o, con mayor exactitud, desde el club exclusivo para hombres) que domina la «prudencia».

Pero para una audiencia de feministas socialistas, quiero hacer hincapié en que la gente de los piquetes habla con el mismo desprecio. La «prudencia» domina las teorías del marxismo de interés y el capitalismo de interés. De nuevo, mi antiguo colega Stigler fue un buen ejemplo. La izquierda y la derecha están de acuerdo: Gabriel Kolko fue un historiador marxiano que demostró con brillantez que los intereses prudentes de los ferrocarriles se hicieron con la Comisión de Comercio Interestatal; quienes durante la década de 1970 estábamos en la Escuela de Chicago pensábamos que su trabajo era bastante bueno. ¹² Pero no hay que confundir cómo funciona la economía sólo porque

algunos imbéciles republicanos estén confundidos. Que algunas teorías sobre la economía estén equivocadas no debería imposibilitarnos ver las evidencias.

El amor ha desaparecido. Ha desaparecido de toda teorización social a partir de Bentham. Esa teorización es ridícula, como muchas mujeres entenderán enseguida. No es difícil y realista excluir las consideraciones del amor (y la valentía, la templanza y la justicia) de nuestra teorización social en favor de modelos de «prudencia sola». Una teoría feminista de la economía es la que tiene en cuenta lo que motiva a la gente, la que tiende a lo que yo y algunos economistas más hemos llamado «humanomía». Significa que habrá todo tipo de personas diferentes, de monjas de clausura a vendedores de bonos, y variaciones dentro de ellas, con todo tipo de razones diferentes para entrar en el mercado.

Sé que eso no resulta provocador y excitante. No estoy aquí, ante vosotros, con un corsé, blandiendo un látigo y diciéndoos que los mercados son sexis. No puedo aportar una visión inmodesta de la sociedad de mercado. Pero creo que la contribución singular del feminismo al pensamiento social es el reconocimiento y la celebración de la diferencia. Las «teorías del hombre» son para hombres. Por motivos que estoy empezando a olvidar, a los hombres les gustan sus teorías sociales simples. Simplemente les *encanta* decir que el hombre es tal y tal, y la mujer tal y tal. Y por eso proponen un «agente» de mentalidad simple, sin amor.

Hay muchas maneras de ser mujer. En una entrevista, Gayatri dijo que no le gusta el alto feminismo, en el que «mujeres muy privilegiadas ven su cara en un espejo y definen “Mujer” —con mayúscula— en función del reflejo que ven ahí; a veces miran su rostro, a veces sus genitales, y en función de eso deciden sobre las mujeres como tales. Tengo muy poca paciencia con eso». ¹³ Ante esto, me levanté y aplaudí.

Una teoría feminista del deseo y la economía señala que los humanos son diferentes y sugiere que escuchemos sus historias. Supone un claro contraste con los juguetes que en los últimos tiempos pasan por teorización social: que los humanos son *completamente* prudentes; o *todo* amor; o *puro* coraje (éstas, en orden, serían las teorías economicistas [bien sea marxiana o neoclásica], religiosa y conservadora). Podemos hacerlo mejor, tanto los marxianos como los no marxianos, a la hora de ser posmodernos y feministas y, sí, juntos, admiradores de los mercados.

No fue a través del imperialismo como se enriqueció Occidente

Una conclusión al coloquio de Spivak ¹

Gayatri Spivak y yo estamos muy de acuerdo en que la historia es un cuento que narramos. Eso no significa que no creamos en la utilidad de estudiar los archivos o de entender bien los datos relevantes. No estoy segura de que nuestra postura sea posmoderna, más bien simplemente razonable. Cualquier historiador serio sabe que está *contando* un relato, *seleccionando* y estudiando, como dijo lord Acton, «problemas», no «periodos». ² Entiende que no se limita a copiar del archivo «lo que ocurrió», porque no se encuentra en el archivo. Lo que hay en él es un montón de papeles con marcas en las hojas. Los relatos no se quedan en el margen del camino esperando a ser contados. Los relatos no se encuentran en el mundo como si fueran piedras. Se elaboran en la cabeza de las personas y son sus labios los que los cuentan, y las evidencias que pueden aportar los papeles y las piedras son las que los limitan a la hora de resolver problemas explicativos.

Pero Gayatri y yo no estamos de acuerdo acerca del relato que se debería contar de los tres últimos siglos y del siglo venidero. Creo que ella ignora el enorme enriquecimiento resultante de haber permitido que el innovismo liberal funcione. Como lo ignora, puede contar un relato de empobrecimiento, contrario a los hechos. Lo mismo puede decirse del estudioso de la historia china Kenneth Pomeranz y de su excelente libro, escrito con Steven Topik, *The World That Trade Created* (El mundo que creó el comercio). Pomeranz y Topik cuentan muchas historias interesantes y precisas sobre los efectos negativos de la destrucción creativa. Pero nunca reconocen las enormes mejoras que ésta ha supuesto para la gente corriente. Ni una sola vez. Es una mala costumbre de la izquierda. La izquierda culpa al «capitalismo» de las pérdidas que el progreso ha supuesto para algunas personas, un progreso que tendría lugar con cualquier sistema político si el sistema permite en alguna medida la mejora. Y la mejora es lo que nos ha salvado.

Los posmodernos cuantitativos somos muy pacientes con los errores provocados por el hecho de no realizar un análisis cuantitativo. Las cifras justifican una narrativa de progreso. Creo que en el próximo siglo el mundo entero llegará a ser tan rico como las actuales zonas residenciales de Estados Unidos, si dejamos funcionar al innovismo

liberal. (Eso *no* significa «deja que el club de campo de los republicanos consiga todo lo que quiera». Significa hacer cumplir los derechos humanos, en particular el derecho humano a disponer del propio trabajo, incluso si se es mujer.) Por lo tanto no creo, por ejemplo, en la trama del relato maltusiano de los ambientalistas. El maltusianismo, como he sugerido, ha sido una referencia mediocre para la historia moderna de la economía. (Fue una referencia excelente para la historia de la economía antigua y medieval. El asunto es que el carácter de la historia cambió bruscamente alrededor de 1800, justo en el momento en que Malthus formuló su teoría.)

Mi enfoque es la mejora comercialmente probada, el innovismo liberal. No veo razón alguna por la que los bengalíes o los ecuatorianos deberían tener algún problema fundamental para hacer las cosas bien. A largo plazo, no puede haber razón cultural, racial o de género por la que la mujer media de un país que ahora es pobre no pueda ser capaz de formar parte de, por ejemplo, una industria óptica al nivel de los estándares alemanes, una industria de la programación informática al nivel de los estándares indios o una industria del comercio minorista al nivel de los estándares estadounidenses. Un país que lo hace todo bien (por ejemplo, alcanzando los estándares bengalíes de poesía) alcanza el nivel de vida de los que lo hacen bien.

¿Cómo sucede eso? Beneficios. Si hay una manera estadounidense de organizar las tiendas de alimentación o los centros comerciales que es mejor, los comerciantes minoristas de Gran Bretaña y de Dinamarca se verán tentados a adoptarla —como hicieron de manera bastante provechosa hasta que la entrada de imitadores, como es habitual, hizo caer unos retornos superiores a lo habitual—. El crecimiento no es misterioso. En eso estoy en profundo desacuerdo con mis colegas economistas de la teoría del nuevo crecimiento o la dependencia del camino. El crecimiento es simple, aunque sólo en el nivel microeconómico del descubrimiento, no en el nivel de los agregados mágicos sobre los que a mis colegas les gusta pensar. ¿Cómo de simple? Haz las cosas de la manera en que los mejores hacedores las hacen actualmente. Cuantas más cosas hagas bien, más rico serás. Forma a la gente joven para que las hagan de esa manera. Y descubre nuevas buenas maneras de hacer las cosas. Es simple en general, pero impredecible en el detalle. Es enriquecedor y creativo. Es la humanomía feminista.

No hay nada excepto la guerra, la «protección» y el robo organizado —todo lo cual son especialidades de los gobiernos arrogantes, advierte la liberal— que pueda impedir que suceda. Japón protege su agricultura y su comercio minorista y mantiene a las mujeres en puestos subordinados, y por eso no ha alcanzado el nivel de riqueza estadounidense. Cabría esperar que los consumidores japoneses y las mujeres japonesas no toleraran ese disparate «proteccionista» para siempre.

Tengo menos paciencia con la otra parte del relato de Gayatri, la parte colonial. Creo que Samir Amin la ha confundido. Parece extraño culpar al imperialismo de los males de un tercer mundo cuya tasa de crecimiento se ha acelerado incesantemente en los últimos cincuenta años. India, la antigua colonia más firmemente antiimperialista y anticapitalista, tuvo hace tiempo la tasa de crecimiento más baja de Asia. El crecimiento lento no se debió a que en su momento hubiera sido la joya victoriana sino a que después de la independencia siguió durante décadas las políticas del teórico político Harold Laski, de la London School of Economics, que mantuvieron al país fuera del mercado.

Piensa en ello, el socialismo de Laski-Nehru-Gandhi *fue* el resultado de una clase de imperialismo: el intelectual. En India, hasta hace poco no era posible comprar cereales de desayuno estadounidenses. A las antiguas colonias que abrazaron el innovismo — Hong Kong es, por supuesto, la principal, aunque sin duda se trata de un ejemplo extraño — les ha ido extremadamente bien. En Hong Kong puedes comprar cualquier cosa. Y ahora, mucho más que antes, también puedes hacerlo en India. Incluso hay partes de África que parecen estar recuperándose de sus autoinfligidas heridas del socialismo y la violencia posteriores a la independencia.

En paralelo a esto, la frase «la división internacional del trabajo» desempeña en la escritura de Gayatri un papel espeluznante. Ella cree que los países pobres están permanentemente obligados a trabajar para los ricos. Yo creo, por el contrario, que su preocupación muestra una falta de perspectiva histórica. En el pasado, el sur de Estados Unidos fue un productor primario para los molinos de Lancashire. Es más, en el pasado Lancashire fue un productor primario para los mercados de queso del Londres medieval. La noción de que tales relaciones son «estructurales» (una palabra mágica de los marxianos que permite ignorar la historia) es falsa. Un indicador: la media de las exportaciones de manufacturas de toda Asia (de nuevo como productos básicos) como porcentaje de las exportaciones totales pasó de un mero 8 por ciento en 1953 al 64 por ciento en 1986. ³ Para América Latina la misma estadística pasó del 4 al 24 por ciento. No es la «estructura». Es el crecimiento.

Al contrario de lo que sostienen Amin, Gayatri y algunos otros, el impacto del imperialismo en las *potencias imperiales* fue trivial. Admito que la afirmación contraria de los críticos posimperialistas me deja perpleja. Gayatri y otros críticos poscolonialistas parecen adoptar un argumento muy apropiado de la escuela subalterna de historiadores, según el cual la experiencia colonial supuso la creación de una identidad para los colonizados, sobre todo para los más educados, pero luego se convierte en una influencia universal *para los colonizadores*, educados o no. Lo sé, lo sé: el otro, el Oriente, y así sucesivamente. ¿Pero, acaso en la imaginación de los alemanes y los

estadounidenses la mayoría de los otros no está *dentro* de Alemania y de Estados Unidos? ¿No proporcionan las mujeres, los judíos, los inmigrantes y los afroamericanos una paleta lo bastante rica de No Nosotros con la que se pueden colorear, por sí sola, la mayoría de las identidades? ¿No es posible que, aun cuando un cuarto de la población mundial perteneció al imperio, la identidad de la mayoría de los británicos procede de su vida británica, no de su participación básicamente tangencial en el imperio? El caso opuesto, que la colonización supuso una experiencia central para los europeos, creo que da lugar a una historia inverosímil.

Creo que es inverosímil, por ejemplo —por torturar a Gayatri con un ejemplo pequeño y poco importante—, que «la constitución del objeto sexuado en relación con el discurso de la castración fue, de hecho, algo que surgió a través de la imposición del imperialismo». ⁴ Algo está mal. Después de todo, de lo que hablamos aquí es de la Viena de Freud, alrededor de 1900, la capital (e incluso eso es dudoso) de una de las potencias europeas que *no* tenía ambiciones imperialistas expansivas fuera de Europa. El tipo de imperialismo que ejerció el Imperio austrohúngaro parece bastante bueno desde el punto de vista del problema de los Balcanes 1914-1999. Ese peculiar «imperio» era un (torpe) mercado común, que impidió que alguna gente muy dispuesta a degollar a sus vecinos no cristianos o no serbios llevara a cabo sus deseos. Es extraño señalar a Freud como parte del Raj, pero es típico considerar el imperialismo de ultramar el hecho central de la historia europea. No fue así.

El ejemplo más importante es lo que, como economista e historiadora económica, creo que es un énfasis excesivo y extraño en la experiencia del imperialismo que tuvo lugar durante los siglos XVII y XVIII. La importancia cultural del imperialismo *per se*, en oposición a la de la exploración *per se*, es fácil de exagerar, pero no critico esos asuntos y permaneceré en silencio, mencionando simplemente que *La tempestad* no es la única obra que escribió Shakespeare. Sobre la economía y la historia de la economía sí puedo hablar. Se puede afirmar de forma plausible que una parte de la riqueza de la provincia de Holanda fue el resultado de robar a los javaneses. Pero su auge moderno posterior a 1848 procedió en gran medida de fuentes internas: una buena educación, leyes bien aplicadas, vocación comercial, una buena ubicación. El asunto es que la riqueza de los países se debe principalmente a cuestiones internas, no a que roben a sus colonias. El hecho de que España y Portugal sean excepciones más bien confirma la regla. Desperdiciaron la plata que obtuvieron de los nativos americanos en las guerras europeas. Una vez las minas del Nuevo Mundo se agotaron, se convirtieron en los países más pobres de Europa occidental. Eso sucedió porque no desarrollaron, como hicieron en los mismos siglos los europeos del noroeste, una nueva admiración por la burguesía.

En otras palabras, hay una razón por la que a la periferia se la llama así. Es periférica respecto a las economías situadas en el centro. La afirmación de que Polonia fue crucial para la prosperidad de Holanda alrededor de 1650, que Estados Unidos e Irlanda fueron cruciales para la prosperidad de Reino Unido alrededor de 1800 o que el Sudeste Asiático y América Latina fueron cruciales para la prosperidad de Europa alrededor de 1950 está equivocada. El razonamiento tampoco funciona en el presente. Es un cliché de la historia de la economía que, principalmente, los países ricos comercian entre ellos e invierten unos en otros. Por muy intrusiva que fuera la actividad económica europea desde el punto de vista de la periferia, desde el punto de vista de los europeos la periferia era insignificante económicamente. Vuelvo a mis números. Usando de nuevo a Maddison como guía, en quince países en desarrollo, durante el periodo 1950-1986, la financiación externa como parte del PIB fue de alrededor del 2 por ciento. ¿Cuál fue el esfuerzo total de inversión de estos países? Alrededor del 16 por ciento. ⁵ En los países pobres, siete octavas partes de la inversión real fue asumida por los propios países.

La culpa, querido Bruto, no está en nuestras estrellas, sino en nosotros mismos, que consentimos ser inferiores, o superiores.

El liberalismo es bueno para los *queer*

El difunto, y brillante, Kevin Barnhurst me pidió que escribiera una introducción a la colección de estudios de comunicación queer que editó Media/Queered: Visibility and Its Discontents, que he actualizado aquí. ¹

Los tres largos ensayos de este libro, de Katherine Sender, Vincent Doyle y Amit Kama, ilustran lo que considero la excitante posibilidad de un nuevo giro en los estudios *queer*. Uno que, sin embargo, no gustará a todo el mundo, y menos a estos autores. La mayoría de los académicos *queer* piensan en sí mismos como progresistas o socialistas, cualquier cosa que no sea defender el libre mercado. Habiéndome encontrado yo misma en esa situación —hace mucho tiempo y con otro género fui una versión de trotskista no muy erudito propia de una canción folk—, puedo entender el punto de vista progresista. Puedo recordar su atractivo. Cuando se leen con detenimiento las páginas de *The Nation* o lo último de Noam Chomsky, uno *siente* que hace el bien. Imagina: puedes hacer el bien con sólo leer y asentir con la cabeza.

Y conozco el encanto que tienen las opiniones políticas, de izquierda o de derecha, como identidad. Adquirimos nuestras identidades políticas en la romántica época en que somos jóvenes adultos. Al igual que el género, que se establece en el conocimiento personal alrededor de los dos años, la mayoría de las personas no se molesta en repensar después las opiniones políticas adquiridas en la veintena. Saul Bellow dijo de su temprano trotskismo: «Como cualquier persona que apuesta por una doctrina cuando es joven, no pude dejarla». ² Cuando es joven, la gente llega a *odiar* a la burguesía, o a *amar* el capitalismo, o a *detestar* el libre mercado o a *creer apasionadamente* en la asistencia social y en un gobierno regulador. Se convierte en parte de una identidad apreciada, una fe. Te pido que reconsideres tu fe.

Entonces, una advertencia justa: quiero plantear el argumento *liberal humano*, *moderno* y *verdadero* en los estudios de comunicación *queer*. Considera las evidencias que se reúnen aquí. En los tres ensayos, afirmo, Sender, Doyle y Kama muestran —a menudo de manera renuente o involuntaria— el poder del mercado para hacer el bien. Es decir, muestran el poder que tiene el mercado a la hora de promover el proyecto de la libertad humana y, en particular, la libertad *queer*.

La atención se centra en los medios y lo primero que debe señalarse que los medios estudiados no dependen de apoyo financiero del gobierno, o siquiera de una cooperativa de periodistas bondadosa y falsamente socialista. Son medios *comerciales*, con fines de lucro, como es evidente sobre todo en los ensayos de Sender y Doyle. Y son medios de masas, con un oyente soberano provisto de un mando de televisor o, al menos, de un interruptor de encendido y apagado. Desde su posición en Israel, Kama observa que un discurso mediado que abarca varios tipos de programación permite, en la práctica, una dignidad y un contacto humano genuino mayores que gran parte de la comunicación de persona a persona. El estatus, la identidad de género, una jerarquía de diferencias sin deconstruir se agachan como sapos al oído ³ en muchas conversaciones de persona a persona. Imagina que de pronto te encuentras en una conversación sobre el «estilo de vida gay» en el despacho oval con Trump. Añade algunas cámaras de televisión. Por mucho que en privado puedas despreciar sus opiniones con elocuencia, en un cara a cara público te quedarás sin palabras y él comenzará con el acoso escolar que le caracteriza. El *ethos* del presidente, la seguridad ignorante, la habilidad para el griterío partidista, todas las demás desigualdades del *tête à tête*, del mano a mano, ganan. Deberíamos abandonar los sentimentalismos respecto a las interacciones persona a persona y dejar de degradar a los medios. Escucha, Sócrates.

Con frecuencia, los académicos piensan en una conversación personal entre dos individuos honestamente comprometidos como el ideal: una comunicación humana sin coerción, sin comercialización. A mí también me encanta esta situación del discurso ideal de Habermas, y la he practicado con torpeza a lo largo de mi vida con algunas personas a las que amo. Lloyd, Derek, Joanne, Arjo, Steve, John, Ralph, dad un paso al frente. Pero date cuenta de que sin amor una conversación considerada personal nunca se deshace de la carga del *ethos*, el quién-eres que controla cualquier conversación que tengas con tu jefe o cualquier charla sobre deportes competitivos que tengas con tus amigos masculinos. En una sociedad rica y *comercial*, hay más espacio para la conversación *queer*, el comportamiento *queer* y la teorización *queer* en los medios de comunicación que en una conversación entre dos personas.

Hay a quien le preocupa que el comercio de los imperios de medios reprima la libertad de expresión. Pero siempre que se nos permita crear nuevos medios, como nuevas imprentas en el siglo XVI o nuevos servicios de correo en el siglo XVII —mira internet, la explosión de blogs y de conversaciones con desconocidos mantenidas en condiciones de igualdad por correo electrónico—, dudo que eso ocurra. Ahora que abordamos el tema, por cierto, no hay nada de malo en *pagar* a otra persona para que defienda tus argumentos, como hizo «Coronel» McCormick, que dirigió el *Chicago Tribune* como portavoz de la resistencia durante las décadas de 1930 y 1940. Que no dejara que los partidarios del *New Deal* escribieran en su periódico no fue «censura», como a veces se

afirma a la ligera. Discutir con otras personas no va contra la Constitución, como tampoco lo hace pagar por la discusión, siempre que no dependas del gobierno —es decir, siempre y cuando no llames a la policía—. Lo que dice la primera enmienda es que el *gobierno* no hará ninguna *ley* que limite la libertad de expresión. No se refiere a que no puedas conseguir una audiencia de medio millón de lectores para tu bando de la discusión si no posees un gran periódico urbano. Puedes decirte, o decirle a tu marido: «Oh, qué cantidad de tonterías. El *Tribune* está equivocado de nuevo y si continúa diciendo eso voy a dejar de comprar el maldito periódico». Es un argumento en una sociedad de libre mercado. De hecho, es más o menos lo que le pasó al *Chicago Tribune*, que hoy en día es un moderado periódico republicano de izquierdas.

Tener un problema con los medios, en otras palabras, no es lo mismo que ser privado del derecho al voto o ser censurado, a menos que el gobierno esté implicado. No hay una comunidad de hablantes ideal de fácil acceso que sirva de utopía con la que comparar el complicado mercado actual de Google, los periódicos o lo que sea. La comunidad transgénero, por ejemplo, se enfrentó a un problema con los medios en nuestra batalla contra Michael Bailey, que fue obligado a dejar su cátedra de psicología en la Universidad Northwestern después de publicar *The Man Who Would Be Queen* (El hombre que sería reina) (2003). «La mayoría de los hombres gais son femeninos — escribe Bailey— o, al menos, son femeninos en ciertas maneras.» ⁴ El radar del profesor para detectar gais puede percibir esas «ciertas maneras» desde el otro lado de la calle — basándose, por ejemplo, en si un hombre pronuncia el sonido «s» de manera ceceante, al contrario que Rock Hudson—. Y a una manzana de distancia, Bailey puede detectar a los *verdaderos* cruzadores de sexo —ésos son los guapos, los que el profesor encuentra lo bastante «atractivos» sexualmente como para dormir con ellos—. De acuerdo con su primitiva teoría, sólo son una forma extrema de hombre gay. Los puede distinguir de quienes fueron hombres, que *no* le resultan atractivos, tipos que, al contrario de lo que ellos dirán (porque son todos unos mentirosos), experimentan «excitación sexual con la idea de» verse como mujeres. ⁵

Bailey ataca la perspectiva científica, ahora aceptada, de que a quién amas y con quién te identificas no son el mismo asunto. *Au contraire*, dice el profesor. No es cierto que quienes eran hombres y se cruzan de sexo tengan una identidad propia de la cualidad de mujer, sentida o deseada, de la manera en que sientes o deseas que quieres ser abogado, por ejemplo, o residente en Florida. Tampoco los que parecen más femeninos (porque cambiaron antes), los guapos, tienen esa identidad. No hay «identidad» en eso. A ambos los impulsa el sexo, porque eso es lo que interesa a los *hombres*. Sexo, sexo, sexo, dice Bailey.

A nadie debería sorprenderle que la derecha religiosa haya sacado partido de las ideas de Bailey. John Derbyshire, un homófobo que a menudo colabora con *National Review*, en las versiones impresa y online, escribió un bonito artículo sobre el libro, formulando la moraleja de que «la homosexualidad masculina, en particular, parece poseer cierta cualidad de subversión intrínseca cuando se deja libre en instituciones arraigadas, sobre todo en las que dominan hombres». ⁶ Por el amor de Dios, no dejemos a los *queer* sueltos .

También es un problema gay. La prensa gay no lo entendió. Mi pastor episcopal en aquel momento, que es gay, accedió a ser entrevistado para la «investigación» de Bailey porque la prensa gay no había expuesto al profesor. El análisis estructural de Kama sobre el arribismo de la prensa gay es relevante en esta particular controversia. Los miembros de la prensa gay piensan: «Oh, bueno, Bailey se ocupa de esos trans que, de todos modos, siempre resultan embarazosos en el desfile del Orgullo Gay. No les hagamos demasiado caso».

Pero sobre esto no tengo queja de los medios capitalistas. La revista *Reason*, una institución con ánimo de lucro y la voz del liberalismo moderno en Estados Unidos, me permitió despotricar contra Bailey a lo largo de siete páginas. La campaña contra Bailey en internet —dirigida por Lynn Conway, profesora emérita de ingeniería eléctrica de la Universidad de Michigan y miembro de la Academia Nacional de Ingeniería (IBM la despidió en 1967 por cambiarse de género y luego siguió inventando piezas fundamentales para la informática moderna)— ha sido efectiva, aunque la página de ciencia de *The New York Times* demostró sus habituales estándares periodísticos al publicar una calumnia contra mí y contra Conway sin hablar con nosotros. ⁷ (La información procedente de *queers* no debe resultar apta para su publicación.) Mi única queja —y debería ser la tuya— es que a Bailey le apoyó la Academia Nacional de Ciencias, una agencia gubernamental, mediante su prensa, la Joseph Henry Press, que durante la Administración Bush pasó a utilizarse con fines homófobos. *Eso es censura, incitación al odio y, además, un acto de odio llevado a cabo por entidades financiadas por el gobierno.*

Lo que estoy diciendo es que el mercado no es enemigo de los *queers*. Los restaurantes y los bares desde los que, en la década de 1960, las *drag queens* pasaron a la acción política en San Francisco, y luego en Nueva York, eran al fin y al cabo entidades con ánimo de lucro. Los enemigos eran los policías del gobierno, no los propietarios «capitalistas» de las cafeterías. Los gobiernos utilizan instituciones conservadoras, instituciones contrarias a los *queer*, instituciones contrarias a la libertad, instituciones que colocan a los ciudadanos allí donde pueden ser gravados con impuestos y no causan problemas. El gobierno, queridos, no es vuestro amigo.

En la izquierda se habla mucho de la coerción del mercado. Pero estos tres ensayos muestran cómo las instituciones de mercado trabajan por los derechos de los *queers* . Imagina que el gobierno dirigiera todos los periódicos, todas las cadenas de televisión, internet y todos los foros públicos. No es demasiado difícil: China, Irán, la Rusia de Putin o la Turquía de Erdogan son algunos ejemplos. Se ha intentado. No es bueno para los *queers* .

Tengo una amiga polaca muy sofisticada que es hetero, pero en otros aspectos es de las personas más estupendas y mejor informadas que conozco. Ha trabajado, desde antes de la caída del comunismo, como profesora distinguida de dirección de empresas en Suecia. En Polonia surgió el asunto de la homosexualidad. Ella dijo: «Oh, no creo que en Polonia tengamos muchos homosexuales». «Querida —dije—, ¿de qué estás hablando? En Polonia, como en todas partes, hay alrededor de un 5 por ciento de población gay y un cuarto del 1 por ciento de personas que nacen hombre o mujer y son transgénero.» La información la dejó atónita. Había crecido en un entorno ajeno al mercado, donde todas las noticias, todas las publicaciones, cualquier información procedía directamente del Partido Comunista polaco o de la Iglesia católica polaca.

Quiero tambalear un poco las convicciones políticas de cuando tenías veinte años. Si piensas que ser progresista en asuntos de identidad de género y de preferencia sexual encaja a la perfección con estar en contra del mercado, te lo ruego, considera en tu corazón que puedes estar equivocado. El Partido Comunista polaco, la Iglesia católica, la Cámara de Representantes, la Administración Trump o cualquier institución ajena al mercado y con respaldo gubernamental que tengas en mente no son buenos lugares para los *queers* . El camino a seguir no es un gobierno mayor. El camino a seguir es una sociedad liberal, que se logra cambiando la mentalidad de la gente. Con los medios de comunicación.

El salario mínimo se diseñó para perjudicar a la gente pobre y a las mujeres

La historia secreta de la regulación económica favorita de los progresistas se presenta aquí en un artículo revisado de la revista Reason.

¿Qué hacer con George, tu querido amigo progresista que defiende firmemente el salario mínimo? Una idea es mostrarle cómo el salario mínimo excluye del empleo a los trabajadores de baja productividad. (Ante la suposición de los economistas pedantes de que el «monopsonio» está generalizado, de manera que el salario mínimo *aumenta* el empleo, Boudreaux, de *Café Hayek*, ha desafiado a George y a sus amigos economistas progresistas a que encuentren los beneficios ilimitados que implica esa suposición. Nadie ha aceptado el reto todavía.)

Como dice el economista Thomas Sowell, y tú podrías decirle a George: «Reducir el número de empleos disponibles mediante la fijación del precio de los trabajadores jóvenes e inexpertos que están fuera del mercado no resuelve ningún problema para estos trabajadores. Los únicos beneficiarios evidentes serán aquellos que adquieren esos poderes arbitrarios sobre sus semejantes y, por lo tanto, pueden sentirse importantes y nobles mientras, de hecho, causan estragos a su paso». ¹ La mayoría de las personas, e incluso muchos economistas, rechazan esta afirmación de sentido común: los economistas haciendo ejercicios estadísticos erróneos, los no economistas confundiendo «el salario básico que se ofrece voluntariamente» con «el salario mínimo *legal* impuesto por el gobierno».

Otra idea es tratar de explicar la diferencia entre un *salario* mínimo, que interfiere en los acuerdos voluntarios, y un *ingreso* mínimo, tal como han propuesto Milton Friedman, James Tobin, Paul Samuelson, Philippe Van Parijs, Deirdre McCloskey y otros economistas con diferentes orientaciones políticas. Si no te gustan los ingresos que obtiene la gente pobre, entonces cóbrate un impuesto para darle dinero. No hagas que les resulte absolutamente imposible conseguir un empleo, al hacer ilegal que se les ofrezca la cantidad de dinero que su trabajo vale en realidad para una empresa. En mi experiencia, este argumento, aunque irrefutable, es muy difícil de hacer entender a personas que, como la mayoría de los economistas, no están acostumbradas a

considerar la distinción entre un salario procedente del trabajo y un ingreso de cualquier procedencia, incluida una no vinculada al trabajo.

La tercera, y tal vez más efectiva, idea es contarle a George de dónde viene históricamente el salario mínimo. Después de todo, George utiliza sin reservas el falso argumento histórico de que la causa de la Revolución industrial fue la explotación de los trabajadores y piensa que después nos hicimos ricos luchando contra la explotación. Como decía la vieja parodia de la historia de Inglaterra, *1066 and All That* (1066 y todo eso) (1931): «Se hicieron muchos y muy notables descubrimientos e inventos [a principios del siglo XIX]. El más notable fue el descubrimiento (que hicieron al mismo tiempo todos los hombres ricos de Inglaterra) de que las mujeres y los niños podían trabajar 25 horas al día... sin que demasiados murieran o se volvieran excesivamente deformes. Esto se conoció como la “revelación industrial”». ² Es evidente que George cree que la historia es relevante para la valoración de un resultado actual. Si es historiador, defenderá su entusiasmo actual por un gobierno más grande, como he observado, afirmando que las mejoras internas llevadas a cabo a partir de la época de Jackson fueron cruciales para el crecimiento económico estadounidense. Eso también es erróneo.

Muy bien. El salario mínimo surgió a principios del siglo XX en Estados Unidos como una política progresista *diseñada para perjudicar a los trabajadores con salarios bajos*. Diseñada. Y a diferencia de otras muchas leyes «diseñadas» para lograr un resultado, el salario mínimo consiguió lo que trataba de lograr, perjudicar a los trabajadores con salarios bajos hasta el punto de la inempleabilidad. Espléndido.

El primer salario mínimo se instituyó en Victoria, Australia, en 1894, pero se propagó rápidamente a otros lugares. El salario mínimo, escribe Thomas Leonard, economista de Princetown, en *Illiberal Reformers* (Reformistas iliberales), un libro sobre la historia estadounidense que cuenta todo esto, era «el santo grial de la reforma laboral progresista estadounidense, y los economistas progresistas más relevantes y sus aliados en la reforma lo apoyaron». ³ La incapacidad para imponer un salario un 50 por ciento superior al precio establecido para los no cualificados mantendría alejada a la chusma. «Apartar a los inferiores del trabajo benefició a la sociedad, al proteger los salarios estadounidenses y la pureza racial anglosajona.» ⁴ «De todas las maneras de tratar con estos lamentables parásitos —escribió en 1912 el socialista británico Sidney Webb en el *Journal of Political Economy* de la Universidad de Chicago— la más ruinosa para la comunidad es permitirles competir sin restricciones como asalariados.» ⁵

¿Qué sería de ellos cuando el salario mínimo los excluyera del empleo? Henry Rogers Seager, un economista progresista de la Universidad de Columbia, dio en 1913 la

respuesta habitual: «Si vamos a mantener una raza que se componga de individuos y grupos familiares capaces, eficientes e independientes, debemos cortar con valentía las líneas de parentesco que se ha demostrado que son indeseables mediante el aislamiento o la esterilización». ⁶ «Cortar.» No se puede dejar de admirar la gran valentía del profesor Seager para perjudicar a la gente pobre. En 1919, quince estados estadounidenses habían decretado salarios mínimos, centrados sobre todo en las mujeres. En el Reino Unido se instituyó un salario mínimo en 1907, apoyado por Sidney y Beatrice Webb. Los economistas estadounidenses iban a la cabeza —influidos, como muestra Leonard en su libro, por la escuela historicista alemana en oposición a la economía *laissez-faire* «inglesa»—. Un porcentaje lamentablemente alto de los restricciónistas elegidos para la presidencia de la Asociación Estadounidense de Economía procedía de las principales universidades.

E. L. Godkin, fundador de *The Nation*, articuló la verdadera protesta liberal, que el salario mínimo es una interferencia perjudicial en el valor de los trabajadores y que si el ingreso anual resultante (recuerda la diferencia) se juzga que es indigno, entonces, nosotros, los contribuyentes con dinero, debemos completarlo hasta un *ingreso* mínimo. ⁷ Los lectores actuales de *The Nation*, entre ellos George, no estarán de acuerdo. En 1923, la decisión del Tribunal Supremo en el caso *Adkins* contra el *Children's Hospital* desafió brevemente la doctrina que considera un propósito bueno y apropiado de las políticas públicas impedir que los en teoría inferiores (mujeres, negros, inmigrantes del este y el sur de Europa, la tercera «generación de imbéciles») accedan a cualquier tipo de trabajo. Pero en 1938 un Tribunal incompleto revocó su decisión y aceptó el salario mínimo federal para hombres y mujeres.

La teoría del «suicidio racial» que, con raras excepciones, adoptó la mayoría de los científicos sociales antes de que el nacionalsocialismo la desprestigiara, sostenía que las razas inferiores con «niveles» salariales bajos harían disminuir los salarios de los «sajones», reduciendo así su fertilidad —a diferencia de los despreciables negros e inmigrantes, que siempre tendrían grandes familias—. Leonard advierte que la gente con un salario bajo, incluidas las mujeres, eran al mismo tiempo objeto de pena y objeto de temor, una «combinación extraña e inestable de compasión y desprecio». Resume el argumento de la «carrera hacia el abismo», en la que «el capitalista decente... que quería que sus trabajadores tuvieran un salario digno... no podía competir con rivales sin escrúpulos, que contrataban a mujeres, niños, inmigrantes, negros y deficientes mentales con un nivel bajo». ⁸

El argumento de la carrera hacia el abismo todavía se le puede escuchar a gente de izquierdas cordial y bienintencionada, como Robert Reich, antiguo secretario de Trabajo, y Michael Sandel, profesor de Harvard. Pero no sólo en la izquierda. El hecho

de que el crecimiento económico empezara en el noroeste de Europa, a menudo ha dado lugar a la invención de una teoría sobre la superioridad racial de los sajones, a pesar de la demoledora evidencia de que si gente claramente no sajona, como los chinos o los indios, adopta políticas de libre mercado, también puede conseguirlo. La teoría eurocéntrica se escucha en los círculos conservadores, la noción de que la superioridad europea tiene una larga historia, que se remonta al bosque germánico.

El salario mínimo fue la más simple de las numerosas leyes de pureza racial que se opusieron al resultado de los mercados. El progresismo estadounidense formó parte del rechazo global a un *laissez-faire* que reinó brevemente entre la clerecía de artistas, intelectuales, periodistas, profesionales y burócratas a mediados del siglo XIX. «A finales del siglo XIX —observa el historiador Jürgen Kocka— ya no se pensaba que el capitalismo fuera un portador de riqueza.»⁹ El argumento ético contra el «capitalismo» lo resumió en 1910 el reverendo H. H. Williams, de Oxford, al escribir sobre la «ética» en la undécima edición de la *Encyclopædia Britannica*: «El fracaso del individualismo “*laissez-faire*” en la política a la hora de producir esa prosperidad y felicidad cotidiana que esperaban sus defensores hizo que los hombres cuestionaran la base egoísta sobre la que se construyó su contrapartida ética».¹⁰

Incluso en 1910 el error del reverendo William ya era factual. Entonces, la mejora comercialmente probada había empezado a proporcionar prosperidad y felicidad cotidianas. Pero la clerecía, como Williams, hacía tiempo que se había vuelto en contra de la burguesía y su doctrina del orden espontáneo. De acuerdo con los progresistas, los efectos evolutivos del *laissez-faire* eran demasiado lentos —y amoralmente, recompensaban el innovismo, que los progresistas como Thorstein Veblen consideraban una guía del todo irrelevante para la eficiencia social—. Los progresistas querían acelerar la evolución social, moralizarla y organizarla. En resumen, querían «interferir en nombre de los realmente competentes» (como argumentó el escritor progresista Herbert Croly —quien después se volvió contra la ingeniería social, demasiado tarde—). Uno de los numerosos problemas de esa ingeniería reside en la expresión «realmente más competentes»: ¿cómo sabes eso? Lo que ahora parece un defecto puede convertirse más tarde en una ventaja. En la ciencia darwiniana, sólo sabes lo que funciona después de que suceda.

En Estados Unidos, los progresistas favorecieron las desigualdades y las jerarquías en todos los sentidos: raza, clase, género, cociente intelectual, experiencia, salarios. Nadie que lea a los progresistas puede dudar de su iliberalidad. Si lee una docena de páginas del libro de Leonard al azar un verdadero liberal se pondrá a llorar. «Es bien sabido —señala Leonard— que el liberalismo moderno [nota del editor: el llamado liberalismo] degradó permanentemente las libertades económicas.» Luego, para compensar, para

contribuir al programa eugenésico, los progresistas «agredieron también las libertades políticas y civiles». ¹¹ El derecho a abrir una tienda se vio limitado por la zonificación y los códigos edificatorios porque, al fin y al cabo, todos los derechos económicos son triviales. Y luego, el derecho a llegar a un acuerdo salarial, a mantener los ingresos o a conservar una propiedad se restringió de igual manera para promover la voluntad general. Ningún problema. Derecho de expropiación y confiscación civil, hurra.

Las consecuencias del salario mínimo fueron terribles, sobre todo para los negros. Como dice Sowell:

En 1948, cuando la inflación hizo que careciera de sentido el salario mínimo establecido una década antes, la tasa de desempleo entre los hombres negros de dieciséis-diecisiete años estaba por debajo del 10 por ciento. Pero después de que se subiera repetidamente el salario mínimo para ajustarlo a la inflación, la tasa de desempleo entre los hombres negros de esa edad no descendió del 30 por ciento durante más de veinte años consecutivos, desde 1971 hasta 1994. En muchos de esos años, la tasa de desempleo entre los jóvenes negros de esa edad superó el 40 por ciento y durante un par de años superó el 50 por ciento. El daño es incluso mayor de lo que sugieren las estadísticas. La mayoría de los empleos con un salario bajo son empleos básicos que los jóvenes abandonan para progresar, después de adquirir experiencia laboral y una trayectoria que los hace aptos para empleos mejores. Pero no puedes ascender por la escalera si no te subes a ella. ¹²

Ten cuidado. George, despierta.

El desempleo tecnológico no es aterrador

Publicado en Reason, en agosto de 2017. Fue agradable verlo traducido al francés en el blog de Jasmin Guénette en el Huffington Post, en octubre de 2017, porque a los franceses les espanta aún más el desempleo tecnológico. Siempre ha sido así .

Eres una persona sofisticada y sabes que el cambio tecnológico es lo que hace esencialmente que los empleos de la manufactura se alejen de Youngstown, Ohio. Sabes que en su mayoría se desplazan a otras ciudades estadounidenses, como Houston o Chattanooga. Sabes que los trabajos en las minas de carbón de los Apalaches no van a volver, porque las nuevas técnicas para la extracción de gas y los nuevos yacimientos han abaratado para siempre el gas natural. Sabes que la competencia extranjera, a la que la Administración Trump culpa, no es el principal problema. E incluso sabes que ésta no es perjudicial para la mayoría de los estadounidenses. Las cosas, no los empleos, son para lo que tenemos economías. Si podemos obtener más cosas gracias al cambio tecnológico o al comercio con China y México, eso es bueno.

Pero aún así mucha gente sofisticada se preocupa. La preocupación más ingenua es la del trumpismo respecto al comercio exterior. Trump repitió la idea antigua de que el libre intercambio entre tú, en Chicago y Tatsuro, en la ciudad de Toyota, es de alguna manera una agresión bélica de Tatsuro, de la que tú, o en todo caso los trabajadores de Youngstown, necesitáis «protección». Estados Unidos, declaró Trump, necesita «competir», como si el comercio fuera una guerra. No lo es. El comercio, bien sea exterior o interno, es un trato mutuamente ventajoso entre dos personas.

De hecho, el patrón del comercio no viene determinado por lo que los economistas llaman ventaja «absoluta», como tener un montón de armas nucleares para competir en la guerra, un montón de bateadores con una tasa de bateo de 0,300 para competir en el béisbol o un montón de máquinas para competir en guerras de exportación. Se determina en función de lo que se dice que es una de las verdades no evidentes de la economía, la ventaja «comparativa». Bueno, no *demasiado* no evidente. Ésta dice, simplemente, que en una familia, una empresa o en el mundo conseguimos más si cooperamos. Eso, sorprendentemente, es todo lo que hay. ¹ No es tan difícil. Nosotros exportamos aviones y los bangladesíes exportan prendas de punto porque lo que los

estadounidenses sacrificamos para adquirir las prendas de punto de Bangladés es menor si suministramos aviones, en comparación (he ahí la ventaja «comparativa») con lo que sacrificarían los bangladesíes para fabricar los aviones. Ambos cooperamos y las cosas salen bien. Bastante obvio, ¿no?

Cuando te preocupes sobre por qué un tipo de la escuela de negocios se lamenta de que necesitamos armarnos para competir en la guerra letal por las exportaciones, aparta tu viejo y maltrecho libro de introducción a la economía y vuelve a leer con detenimiento el capítulo sobre el comercio exterior. Nunca más volverás a creer a los de las escuelas de negocios, o a sus hermanos entre los historiadores, periodistas y asesores de Trump que no se molestaron en leer primero el capítulo.

Pero vosotros, los sofisticados, seguís diciendo, ¿no es el «desempleo tecnológico» el gran problema? La inteligencia artificial avanza. Los no economistas de tendencia cuantitativa, los físicos famosos y similares se preguntan qué vamos a hacer cuando desaparezcan *todos* los trabajos. Masas de personas merodearán por las esquinas de las calles, imaginan, mientras camiones sin conductor se quedan con el trabajo de los 3,5 millones de conductores de camión de Estados Unidos.

Incluso algunos economistas respetables, aunque agoreros, lo creen. Como hace, por ejemplo, Robert Gordon, de Northwestern, en los capítulos sobre medidas políticas de su reciente libro *The Rise and Fall of American Growth* (Auge y caída del crecimiento estadounidense) (2016). El brillante Tyler Cowen también lo hace con un aterrador discurso en su reciente libro *Se acabó la clase media* (2013). Tyler aporta un gráfico del ingreso debido al trabajo como parte del ingreso total, que muestra una alarmante caída desde 1990, y declara que «si hay una imagen que resume el dilema de nuestra economía contemporánea, es ésta». ¿El tamaño de la aterradora caída? Del 63 al 58 por ciento. ² Cinco puntos porcentuales. El genial, aunque confundido, John Maynard Keynes (1883-1946) creía que perderíamos el trabajo debido a la tecnología. Lo creía incluso el aún más genial David Ricardo (1772-1823), que nos aclaró a los economistas la ventaja comparativa. Todos ellos brillantes, incluso geniales. Y equivocados.

El temor que la gente, por otro lado sensata, tiene sobre el desempleo tecnológico se puede expresar en una palabra: robots. En checo quiere decir «trabajo requerido», pero su significado se ha vuelto cada año más aterrador, asociándose a HAL, el ordenador rebelde de *2001: Una odisea del espacio* y al miedo metafísicamente improbable a lo singular y a otras pesadillas de la revista *Astounding Science Fiction*.

Pero los robots son *buenos*. Los trabajadores pasan de empleos precarios en líneas de montaje en Ford, cerca de Detroit, o en Volvo, cerca de Gotemburgo, a empleos mejores,

en los que monitorizan a los robots con una bata blanca, con sueldos más altos que son posibles gracias a una tecnología más avanzada. O, sobre todo, se van a trabajos fuera de la industria del automóvil, cuya recompensa real es ahora mayor porque la gente puede comprar cosas muchísimo más baratas hechas por robots.

Y si sus nuevos trabajos *no* están mejor pagados, puede deberse a que la United Auto Workers de Estados Unidos o el sindicato IF Metall de Suecia fueron capaces de extraer beneficios monopolísticos de las empresas y, por lo tanto, de los consumidores. Malo. Robert Reich, una fuente fiable de errores factuales y éticos amablemente izquierdistas, declara que «el declive de la sindicalización [de las empresas privadas] está correlacionado de manera directa con el declive de la parte del ingreso destinado a la clase media». ³ Por un lado, no está correlacionado. El legendario «vaciamiento de la clase media» ocurrió principalmente no porque la gente cayera, si no porque ascendió. Pero, en cualquier caso, pagar a determinados trabajadores de la línea de montaje de automóviles más de lo que pueden ganar en otro lugar a expensas de otros trabajadores, a veces más pobres, que compran coches de primera o segunda mano, difícilmente puede considerarse una fórmula ética para levantar a la clase obrera o, para el caso, a la clase media.

Walter Reuther, que hace mucho tiempo fue presidente de United Auto Workers, respondió a un joven jefe de Ford, entusiasmado con los robots de la línea de montaje: «¿Cómo vais a hacer para que os compren [los robots] los Ford?». ⁴ El argumento de Reuther, y de Reich, aunque bienintencionado es falaz, en cuanto que favorece la protección de los empleos en lugar del aumento de la producción. Los empleados de las empresas automovilísticas constituyen una parte insignificante de la gente que compra coches. No puedes crear prosperidad comprando sólo a tu propio empleador, sin participación externa. Una ciudad china famosa por su licor destilado intentó aumentar sus beneficios requiriendo a sus trabajadores que bebieran grandes cantidades de su propio producto. Podía intuirse que no iba a funcionar, y con el tiempo el funcionario del Partido Comunista que dio la orden también se dio cuenta del problema. El efecto derrame hacia arriba de la izquierda es tan ilógico como el efecto derrame de la derecha. Tampoco se centra en lo que aumenta el ingreso real, que es una producción mejorada, no un número mayor de empleos. No es el derrame procedente del gasto keynesiano lo que nos enriquece, hacia arriba o hacia abajo, sino la manguera de incendios de la mejora comercialmente probada en la tecnología.

Observa la historia. Comparados con los caballos, nuestros coches y camiones son «robots». Pero la aparición de los coches y los camiones no produjo un desempleo masivo debido a la insuficiente demanda de los servicios de los comerciantes de caballos o de los trabajadores de los establos. En 1800 alrededor de cuatro de cada cinco

estadounidenses vivía de las granjas. Ahora lo hace uno de cada cincuenta o cien. Pero la mejora que supusieron la cosecha mecánica y el maíz híbrido no dejó sin empleo al 78 por ciento de quienes trabajaban en las granjas. Fundamentalmente, todas las herramientas —un alto horno y una hiladora Jenny o, para el caso, un bifaz achelense o una rueda de carro micénica— son «robots», es decir, artefactos que hacen que el trabajo sea más productivo.

Hace poco Reich enumeró el habitual elenco tecnológico de villanos que en teoría están haciendo caer los salarios estadounidenses: «La automatización, seguida de los ordenadores, el software, la robótica, las máquinas de mecanizado controladas por ordenador y la digitalización generalizada minan aún más los empleos y los salarios». ⁵ No, no lo hacen. Aumentan los salarios reales, medidos correctamente, según la idea razonable de que un humano provisto de una herramienta mejor puede producir más. Si Rosie la Remachadora consigue una remachadora mejor para insertar los remaches, consigue un salario más alto, porque los empleadores tienen que competir por el trabajador que ahora es más productivo, y ella puede conseguir más alimentos para sus hijos. Si todo el mundo consigue herramientas mejores, deja el antiguo empleo y en el nuevo empleo, con herramientas nuevas, produce más para todo el mundo. Es el momento de conseguir maquinaria para mover tierras, no más palas.

Después de todo, el sentido de una economía es la producción para el consumo, no la protección de los trabajos existentes en los que se utilizan herramientas antiguas —caballos, palas, velas, taladros de columna manual—. Cualquier artefacto sustituye la mano de obra bruta, como las espinas de los cactus que usan los pinzones de las Galápagos para sacar larvas de la corteza de los árboles. Los pinzones usan «robots». En una de las lenguas sudafricanas, el afrikáans, la palabra *robot* significa lo que significa en todas partes. Pero también es la palabra habitual del afrikáans para designar un «semáforo». El robot sustituye la labor de un policía con guantes blancos en un pedestal. Y en el tercer acto las sustituciones son buenas para el conjunto de los trabajadores, no malas.

Si la pesadilla del desempleo tecnológico fuera cierta ya habría tenido lugar, de manera repetida y masiva. El desempleo no sería del 5 por ciento, o en un mal año del 10 por ciento. Sería mucho mayor, de dos dígitos —del 50 por ciento, por ejemplo, si los herreros a los que los coches dejaron sin trabajo o los reparadores de televisores a los que los circuitos impresos dejaron sin trabajo nunca hubieran conseguido otro empleo—. En 1910 uno de cada veinte trabajadores estadounidenses en activo estaba empleado en los ferrocarriles. Lo estuvieron el padre de mi padre y un bisabuelo por parte de mi madre. Luego llegaron los camiones. A finales de la década de 1940, había 350.000 operadores telefónicos manuales que sólo trabajaban para AT&T. En la década

de 1950, cientos de miles de ascensoristas perdieron su empleo por culpa de pasajeros que apretaban botones mientras escuchaban mensajes dulcemente grabados que anunciaban las plantas. Los mecanógrafos han desaparecido de las oficinas —los abogados o sus asistentes escriben los informes directamente—. Y así una y otra vez, si prestas atención a la historia.

«Ya basta de historia», responden los agoreros, irritados. «La amenaza futura procedente del desempleo tecnológico es excepcional. La historia no tiene importancia.» Muy bien, consideremos el futuro. He aquí un hecho actual, estable y muy relevante para el futuro que apuesto a que no sabes. (Yo no lo supe hasta 2015.) *Cada mes*, en Estados Unidos, que es un lugar con alrededor de 160 millones de empleos civiles, *1,7 millones* de ellos desaparecen. Cada mes, a través de una destrucción creativa perfectamente normal, necesaria para el progreso económico de cualquier sociedad, más del 1 por ciento de los empleos siguen el camino de los herreros y las criadas de 1910. No es gente que lo deje. Ésa es otra estadística diferente. Son trabajos que dejan de existir. Los empleadores que «ofrecen» o «crean» puestos de trabajo (la primera es la expresión demócrata, la otra la republicana, pero económicamente ninguna tiene sentido) cambian de negocio o lo dejan. O se fusionan o reducen su tamaño, o los empleadores deciden que, de todos modos, ese vendedor de planta adicional en una gran superficie en realidad no es necesario en vista de los costes del empleo, como el salario mínimo o las vacaciones obligatorias pagadas.

Lo que escuchas en las noticias de la noche es el aumento o el descenso *neto* mensual de los puestos de trabajo, 200.000 en un buen mes. Son las contrataciones *netas* tras despedir a personas y abandonar trabajos. Pero es la cifra bruta de más del 1 por ciento mensual la que resulta relevante para las preocupaciones acerca del desempleo digital. Es un 14 por ciento anual en total. Si esas tasas se mantienen algunos años, y si el desempleo significa desempleo permanente, un tercio o la mitad de la población activa estará en la calle por las esquinas, dirigiéndose hacia el ciento por ciento. Puedes confirmarlo mirando a tu alrededor: en el 2000, por ejemplo, había bastante más de cien mil personas contratadas en videoclubes. Piensa en Blockbuster. O en otro sector, Tower Records. ¿Qué hacen ahora sus empleados? ¿Andan por las esquinas?

Por supuesto que la gente sufre. El cambio puede ser doloroso. Pero ¿qué hacer?

Podemos «salvar sus puestos de trabajo» eliminando cualquier cambio. Entonces el próximo año harías exactamente lo mismo que haces éste. Tanto el capital como la mano de obra se emplearían perpetuamente de la misma manera. Luego, tras haber detenido la destrucción creativa, obtendríamos perpetuamente el mismo ingreso. Lo

cual es estupendo si ahora te va bien. No es tan estupendo si estás entre los desfavorecidos, o los jóvenes.

Soy una cristiana moderna, o humana, liberal, y deseo con fervor ayudar a los pobres. Si los beneficios que genera la destrucción creativa, y que los ayuda, fueran pequeños, entonces la ayuda procedente de impuestos o de la beneficencia sería suficiente. Pagaría con gusto, incluso mediante impuestos obligatorios, para compensar a los trabajadores de Youngstown por la pérdida de valor de su vivienda si, por ejemplo, en cualquier caso se comprometieran a mudarse a Houston o Chattanooga. Pero acabo de mostraros que la generación de beneficios *no* es pequeña. No podemos ayudar con subsidios cada mes a 1,7 millones de personas que cambian constantemente de identidad hasta sumar un 14 por ciento anual de la población activa. Es decir, no podemos si no recurrimos a las fantasías de la Gran Montaña de Caramelo, con «árboles de cigarrillos y manantiales de limonada» y abundancia para todos, instantánea, gratis, sin alterar el patrón del empleo, el capital o el trabajo de alguien.

Tampoco el reciclaje laboral es una buena idea si quien lo dirige no es el propio trabajador sino las sabias cabezas de Washington o Columbus. Las sabias cabezas no conocen el futuro y acaban formando operarios para trabajos que no existirán. Los trabajadores saben mejor cómo reciclarse, dentro de los límites de una incertidumbre inevitable que nadie puede eliminar, y saben cuándo irse, como los cientos de miles que se desplazaron a Dakota del Norte durante el breve auge del petróleo que tuvo lugar allí. Los trabajadores, por decirlo suavemente, se la juegan. Necesitamos hacer que la mano de obra sea tan flexible como el capital. Para lo cual necesitamos libertad, no programas gubernamentales.

Los subsidios masivos, como los que el Estado francés dio a los antiguos trabajadores de los astilleros de Le Havre, que les permiten quedarse allí, jugar a la petanca y tomar el aperitivo con un nivel bajo de ingresos, son muy injustos para las demás personas que aceptan el Pacto Burgués de la economía liberal: «Prueba suerte, déjame sacar beneficios y *te* haré rico». Es la fórmula para una economía que mejora, en la que todos tenemos petanca y aperitivos.

El caso es similar al de los argumentos filosóficos, y prácticos, en defensa del libre comercio de bienes y servicios. (De hecho, durante mucho tiempo los economistas han señalado que la libertad de movimiento de la mano de obra tiene los mismos efectos económicos que la libertad de movimiento de los bienes. Es un argumento, entre muchos, a favor de regresar a la libertad liberal de movimiento que nos enriqueció a todos en el siglo XIX. Si te gusta el libre comercio, te encantará la migración libre.) Durante mucho tiempo, los utilitaristas han sostenido, mediante el llamado «criterio de

compensación Hicks-Kaldor», que articularon por primera vez estos economistas utilitaristas a principios de la década de 1940, que quienes ganan con el libre comercio *teóricamente* siempre podrían compensar a los perdedores. Se puede mostrar en un diagrama, si se asume que el resto de la economía funciona bien. ⁶ De modo que el libre comercio es una ganancia neta.

La respuesta de la izquierda siempre ha sido que, por lo tanto, la compensación debería llevarse a cabo de verdad. Compensar a los perdedores, los trabajadores de Harley-Davidson en Milwaukee, por ejemplo, a quienes los echó de su trabajo la cambiante ventaja comparativa del ensamblaje en la ciudad, o los aranceles sobre el acero sugeridos por un secretario de comercio a quien en el pasado la industria acerera contrató como portavoz. Si no, si sólo nos quedamos en la compensación teórica y no la pagamos, nos enfrentamos a la necesidad de hacer comparaciones éticas entre los que ganan y los que pierden, una comparación que en el mejor de los casos resulta discutible. Hagamos que los ganadores compensen a los perdedores con dinero. Problema ético resuelto.

Boudreaux, uno de los defensores más profundos y elocuentes del liberalismo en nuestro comercio exterior, y en el de cualquier otro lugar, muestra por qué no sería de justicia compensar a los trabajadores (o terratenientes, capitalistas, o la empresa de motos Harley-Davidson). Boudreaux responde a los utilitaristas con una *reductio* :

Si fuera verdad que el comercio sólo es inequívocamente beneficioso si los «ganadores» compensan [de verdad] a los «perdedores», entonces también sería verdad que, por ejemplo, la entrada de las mujeres en la población activa sólo es inequívocamente beneficiosa si los «ganadores» compensan a los «perdedores», y que la apertura de un nuevo restaurante en la ciudad sólo es inequívocamente beneficiosa si los «ganadores» compensaran a los «perdedores»... Una función esencial de la competencia, incluido el comercio, es *imponer* pérdidas a los productores menos eficientes para incitarlos bien a volverse más eficientes o a cambiar a otras líneas de producción. Y así, si los «ganadores» del comercio *tuvieran* que compensar de verdad a los «perdedores», uno de los indicadores más necesarios del mercado (a saber, las pérdidas) y uno de sus incentivos más necesarios (a saber, el deseo de evitar las pérdidas) se volverían tan tenues y débiles que resultarían completamente ineficaces. ⁷

Otro liberal actual, el economista y matemático Stephen Landsburg, expone el mismo argumento ético: «Supón que, después de años comprando champú en tu farmacia local, descubres que puedes pedir por la web el mismo champú más barato. ¿Tienes la obligación de compensar a tu farmacéutico? Si te mudas a un piso más barato, ¿deberías compensar a tu casero? Cuando comes en McDonald's, ¿deberías compensar a los propietarios de la cafetería de al lado? Las políticas públicas no deberían diseñarse para fomentar instintos morales que todos nosotros descartamos cualquier día de nuestra vida». ⁸

O como puntualizó Mill en *Sobre la libertad* : «La sociedad no concede ningún derecho, legal o moral, a los competidores decepcionados que los inmunice contra este tipo de sufrimiento; y sólo se siente llamada a intervenir cuando se hayan empleado medios para alcanzar el éxito que resulten inadmisibles desde el punto de vista del interés general, como pueden serlo el fraude, la deslealtad o la fuerza». ⁹ Boudreaux expuso un argumento similar: «Lo que ninguna persona es libre de hacer es obligar a los *demás* a subsidiar sus elecciones. Yo, por ejemplo, debería ser libre de ejercer como poeta, pero no estar autorizado a obligarte a comprar directamente mi poesía o a obstaculizar la libertad de gastar tu dinero en novelas de misterio, películas y otros artículos que compiten con mi poesía.» ¹⁰

En el mundo real, tristemente, si hay que sacar a los pobres de la pobreza, no hay una alternativa mágica a esa competencia. Una tienda de mascotas mal aconsejada y descapitalizada, en la que el dueño pone toda su alma, se va a pique. En el mismo vecindario, abre un pequeño consultorio independiente de atención médica urgente, a media manzana de una sucursal de la mayor cadena de hospitales de Chicago, y también parece condenada a no superar la prueba del comercio voluntario. La prueba de las ideas de negocio en el comercio voluntario es obviamente necesaria para la mejora de los pobres (como también lo es, a menudo, a través de pruebas no monetarias, para la mejora del arte, el deporte, la ciencia y la erudición). Pero esos fracasos son muy tristes si se tiene la mínima simpatía por los proyectos humanos, o por los humanos. Sin embargo, al menos la tienda de mascotas, la clínica, el Edsel, Woolworth's, Polaroid y las aerolíneas Pan American se enfrentan a la misma democrática prueba del comercio: ¿los clientes siguen acercándose de forma voluntaria? Como consecuencia, ¿aumenta el ingreso real de los más pobres?

Todos podríamos, fruto de la imposición del Estado respaldada por el monopolio de la coerción, permanecer en el mismo trabajo que nuestros antepasados, «protegidos» a perpetuidad, aunque a tres dólares fijos la hora de manera permanente. O, con impuestos conseguidos mediante una imposición adicional del Estado, podríamos subvencionar nuevas actividades sin importar la prueba del comercio voluntario, «creando puestos de trabajo» como dice la retórica antieconómica. Aparte del efecto inmediato de hacer, para siempre, que el ingreso nacional sea menor de lo que podría haber sido, esos planes siempre populares —no importa el carácter objetable de la coerción requerida para conseguir los recursos necesarios para hacer cumplir la protección o pagar el subsidio— casi nunca funcionan a largo plazo a la hora de proporcionar bienestar a los pobres, o al resto. En vista de la forma en que un gobierno de personas imperfectas se comporta en la práctica, la «protección» laboral y la «creación» de puestos de trabajo casi siempre fracasan en la consecución de sus propósitos nobles y generosos. La protección y la creación se desvían hacia los favoritos.

Las leyes que exigen a las empresas la contratación de minorías o mujeres para poder abastecer al gobierno, por ejemplo, suelen generar plantillas falsas dirigidas en realidad por hombres blancos. En una sociedad de lores, miembros de clanes, funcionarios del Partido Comunista, o incluso del dominio de los votantes blancos adinerados no limitado por tiempos de votación poco convenientes y la foto del documento identificativo, son los privilegiados quienes aprovechan las recompensas desiguales e involuntarias generadas al dejar de lado la prueba comercial. A los privilegiados eso se les da bien.

Y el Pacto Burgués sin compensación por los trastornos del progreso tiene una justificación filosófica aún más profunda. Como sostuvieron los economistas John Harsanyi, James Buchanan y Gordon Tullock, y el filósofo John Rawls, la cuestión relevante políticamente es en qué sociedad preferirías nacer, sin saber en qué lugar de ella acabarías. ¹¹ Elige: ¿una en la que los puestos de trabajo están protegidos, los burócratas deciden quién accede a una cantidad limitada de subsidios especiales, los periodistas dirigen la atención hacia los perdedores en lugar de hacia los ganadores y la economía se dirige al estancamiento y el desempleo juvenil? ¿O una en la que las leyes laborales son flexibles, los trabajadores deciden su futuro, los periodistas saben algo de economía y la economía mejora la posición de los más pobres? Es la elección entre una economía pobre pero estable y una rica pero arriesgada. En cierta solución intermedia —la que parece existir en el mundo actual— la mayoría de la gente elegiría la riqueza. Y, en realidad, una cuota estable de tres dólares diarios es más arriesgada que una cuota arriesgada de 100 dólares diarios.

El desempleo tecnológico no es un problema serio. La pobreza sí.

El desempleo juvenil *es* aterrador, y procede de la regulación

El deber central de un economista académico es informar de que tal o cual medida política que los políticos y los periodistas adoran es perjudicial, cuando lo es.

Así ocurre con el trumpismo y el comercio exterior. Tienes un déficit en la balanza de pagos con tu cafetería local. La cafetería te sirve un capuchino. Tú le das dinero. Un déficit en la balanza de pagos. ¿Te espanta? Pensaba que no, puesto que los economistas lo hemos estado diciendo todos estos años, desde 1776. Date cuenta de que si los estadísticos del gobierno no recopilaran las cifras de la balanza de pagos, no te fijarías en ella. Eso no es cierto en el caso de una inflación alta, un desempleo masivo o un aumento del ingreso real. De hecho, muchos economistas consideran que la recopilación de la balanza nacional de pagos es un fastidio absurdo, que sólo sirve para fomentar malas prácticas económicas como el proteccionismo —mejor llamado favoritismo combinado con una contabilidad deficiente—. Al gran economista Arnold Harberger (1924-) le gusta señalar que los salarios de todos los economistas académicos del mundo podrían cubrirse muchas veces con el beneficio económico procedente de sus repetidas demostraciones de que el proteccionismo es malo. Nos dicen que los embargos a Irán y Corea del Norte perjudicarán a esa gente malvada. Los aranceles son embargos autoimpuestos que perjudican... eh... a los estadounidenses. Ups.

De modo que mi deber es contarte, te guste o no, que proteger los puestos de trabajo con regulaciones, mínimos y otras condiciones impuestas es malo, especialmente malo para nuestros hijos y nietos cuando entren, o intenten entrar, en la población activa. Hoy en día, se ha convertido en una crisis de la democracia.

Conoces la expresión proverbial «el canario en la mina». Un pequeño pájaro enjaulado se introducía en las minas para detectar las primeras señales de aire enrarecido, como una acumulación de monóxido de carbono. Si el pájaro moría, los mineros huían.

También sabes que es crucial que los hombres jóvenes se adapten al rito social adolescente del trabajo responsable. Los elefantes y los leones esquivan esa tarea de manera violenta, expulsando a los machos jóvenes por alborotadores crónicos de la paz o revolucionarios. Nosotros también lo hacemos de manera violenta, ocupando con la

policía el West Side de Chicago. Los hombres jóvenes son los únicos delincuentes o revolucionarios del lugar, aunque, por supuesto, sus líderes son mayores. Pero como sostuvo el estibador y sabio Eric Hoffer en su libro de 1951 *El verdadero creyente: sobre el fanatismo y los movimientos sociales*, los jóvenes son los activistas, los seguidores, las tropas de asalto. ¹ Sin activistas no hay revoluciones. Para bien o para mal.

Ésa es la amenaza del desempleo juvenil. Pero la principal razón ética que debería preocuparnos es que una vida sin la dignidad y el beneficio social que aporta el empleo es una vida triste, tanto si el joven es un obrero o un profesor universitario. Todos son hijos y nietos nuestros, y sería terrible no hacer caso de la advertencia. Hoy en día, la alta tasa de desempleo juvenil en tantos lugares, y su aumento en las décadas recientes, son señales de un aire económico enrarecido. Huyamos de la mina.

Una cuarta parte de los jóvenes franceses entre los dieciséis y los veinticinco años, hombres o mujeres, que no siguen un programa educativo están desempleados. En 2016, la Organización Internacional del Trabajo (OIT) de Naciones Unidas señaló que «el desempleo juvenil global ha vuelto a aumentar». El informe de la OIT dice que en 2016 había «medio millón más de jóvenes en situación de desempleo en todo el mundo, es decir, un total de 71 millones». ² Se trata de 71 millones de cuadros revolucionarios y vidas dañadas, un mero 1 por ciento de la población mundial, cierto, pero una parte muy inestable y, en cualquier caso, 71 millones de vidas arruinadas. El informe dice que el estatus de los jóvenes que «se encuentran en una situación en la que ni trabajan ni cursan estudios o capacitaciones (ninis)... puede acarrear un deterioro de las competencias, subempleo y disuasión. Los datos de una encuesta aplicada en 28 países de todo el mundo muestran que casi el 25 por ciento de los jóvenes de entre quince y veintinueve años de edad entra en la categoría de los ninis». ³ «En Sudáfrica, se estimaba que en 2016 más de la mitad de los jóvenes activos permanecían desempleados, lo que representa la tasa más alta de desempleo juvenil de la región [subsahariana].» «Los países del sur de Europa son los que tienen unas tasas de ninis mayores [para edades entre 25 y 29 años], siendo la mayor la de Grecia, con un 41 por ciento. Sin embargo, también se encuentran tasas relativamente altas de ninis en jóvenes entre veinticinco y veintinueve años en el Reino Unido (17 por ciento), Estados Unidos (19,8 por ciento), Polonia (21,6 por ciento) y Francia (22,5 por ciento).» De los 25 países de la OCDE, los cinco con un mayor desempleo juvenil entre los veinte y los veinticinco años, del 25 al 35 por ciento aproximadamente, son, en orden descendente, Grecia, Turquía, Italia, España y México. Los cinco con el menor, del 10 al 15 por ciento aproximadamente, son, en orden descendente, Dinamarca, Austria, Alemania, los Países Bajos y Suecia. En 2016, en un grupo algo mayor de 37 países, en su mayoría pertenecientes a la OCDE (es decir, países ricos según los estándares internacionales), la tasa de jóvenes entre quince y veinticuatro años que buscaba trabajo y no lo encontraba

variaba entre el 5,2 por ciento de Japón y el 6,5 por ciento de Islandia, y el 53,3 por ciento de Sudáfrica y el 47,4 por ciento de Grecia. La de España era del 44,5 por ciento, la de Italia del 37,8 por ciento, la de Portugal del 27,9 por ciento y la de Francia del 24,6 por ciento. ⁴

Es innegable que en esos países las empresas actuales y las potenciales no quieren contratar hombres jóvenes. Una explicación que la derecha suele dar a menudo es que las escuelas no han logrado formar a hombres jóvenes que valga la pena contratar. Es extraño: ¿su preparación mejora cuando se hacen mayores? Una versión de la explicación de la educación, a la que da crédito, por ejemplo, la actual baja tasa de desempleo juvenil en Alemania, es la ausencia de un sistema de formación y aprendizaje y de otras formaciones para oficios. Sin embargo, sistemas previos, que no educaban ni formaban a los hombres jóvenes, no dieron lugar a un desempleo desproporcionado. También es extraño.

La OIT atribuye el problema a una demanda agregada insuficiente. Ciertamente, el problema es algún tipo de demanda, pero las enormes variaciones entre países sugieren que el problema es microeconómico, no macroeconómico, un problema de cómo se permite que los mercados funcionen concretamente, no de cuánta demanda agregada es suficiente. La Gran Recesión de 2008, por ejemplo, no puede seguir explicando por qué en Grecia los jóvenes están en las esquinas de las calles con una frecuencia siete veces superior a la de Islandia.

Hace algunos años, en un hotel de Tesalónica, en el norte de Grecia, yo y otros liberales modernos pasamos el día dando conferencias públicas a favor de los mercados libres de gravámenes. Esperábamos que aparecieran unas trescientas personas, pero lo hicieron mil, abrumadoramente jóvenes. Tuvimos que dividir las sesiones entre el salón del piso de arriba y una habitación del sótano, y que los equipos de ponentes pasaran por ambos espacios. Los jóvenes buscaban respuestas a su difícil situación. Era desolador. En cualquier caso, al estar desempleados, los hombres y las mujeres jóvenes de Tesalónica podían asistir de igual manera a las reuniones de presentación del Partido Comunista o del neofascista Amanecer Dorado de la siguiente semana, y sin duda lo hicieron. En mayo de 2018, en un encuentro público, una banda de nacionalistas golpeó al alcalde de Tesalónica, de 75 años, un crítico de Amanecer Dorado. Los cuadros se estaban formando.

¿Por qué, entonces, los empresarios no quieren contratar gente joven? Si se tiene una teoría del empleo basada en vacantes, la respuesta puede ser una incompatibilidad con las habilidades. Ahora se oye hablar mucho acerca de cómo la automatización o la inteligencia artificial causarán un desempleo masivo. Pero cabría suponer que los

trabajadores jóvenes y flexibles que, a diferencia de sus mayores, ya saben algo de ordenadores y que, al menos los mil de Tesalónica, entienden inglés, serían candidatos adecuados. Pero no lo son, al menos no en Francia, Grecia y Sudáfrica.

Y, en cualquier caso, la teoría basada en vacantes está equivocada. La economía se adapta, si el sistema de gobierno lo permite, a la combinación de habilidades disponible. En una economía de mercado los empleos no son vacantes determinadas y fijas. Si fuera así, todos seríamos campesinos del siglo XIII. Los trabajos que merece la pena hacer con el salario actual se adaptan a las demandas de los clientes, las habilidades de los trabajadores disponibles, las mejoras tecnológicas a disposición y los precios relativos de las diversas técnicas. Si los vehículos autónomos nos sorprenden en la próxima década, las proyecciones de vacantes para conductores de autobuses y camiones serán, por supuesto, erróneas.

Otra teoría del empleo es la teoría del fondo salarial. De acuerdo con ella, los jefes tienen un montón de capital para gastar en sueldos. El poder de negociación determina cuánto obtienen los trabajadores. La teoría es de suma cero. Únete al partido o únete a la lucha de los piquetes para extraer más de los frutos del trabajo para los trabajadores. Algo parecido a la teoría del fondo salarial subyace en la noción de que se puede exprimir una y otra vez a los jefes con más y más intervenciones en la negociación colectiva, más tiempo de vacaciones pagadas, mejores condiciones de trabajo, mayor seguridad laboral, sin consecuencias que generen un empleo menor o un PIB menor. Es la teoría existente detrás de la afirmación de algunos economistas, y de muchos más políticos, de que, por ejemplo, un salario mínimo más alto *no* supone un empleo menor. El experimento se llevó a cabo en 2018 en muchas ciudades y estados estadounidenses. Mira Seattle.

La teoría del empleo correcta es la que concibieron los economistas neoclásicos de finales del siglo XIX, como el austriaco Carl Menger, el inglés Alfred Marshall, el sueco Knut Wicksell y el estadounidense John B. Clark. John R. Hicks, en *La teoría de los salarios* (1932), estableció su formulación moderna. La teoría dice que un acuerdo voluntario para contratar a alguien depende de que ese alguien haga lo suficiente (para el empleador) de modo que merezca la pena la contratación adicional con el salario que el trabajador, a su vez, está dispuesto a aceptar en esas circunstancias. Es lo que haces cuando decides si contratar a alguien, por ejemplo, una niñera o un fontanero para tu casa. ¿Vale la pena contratar a ese trabajador? Y el trabajador decide si el salario es competitivo con otros salarios. Obvio. El salario actual de las niñeras o los fontaneros se determina en función de la oferta y la demanda de esa labor en toda la economía, a menos que intervengan el sistema de gobierno o un monopolio apoyado por el gobierno. La teoría es de simple sentido común, aunque se niegue enérgicamente en

favor de la teoría de las vacantes o la del fondo salarial, incluso por parte de algunos economistas confundidos. En realidad, sólo unos pocos.

¿Qué pasa con eso? Si la ley, los sindicatos o quienquiera que sea interviene en la negociación salarial, la cantidad de trabajo ofertada puede exceder la cantidad demandada. El exceso se llama desempleo. El caso es el mismo que, por ejemplo, el control de los alquileres, con la oferta y la demanda al revés. Y el mismo que el control salarial en Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, que en Estados Unidos (también en Alemania) dio lugar al extraño sistema de vincular el seguro sanitario al empleo actual.

¿Por qué se produce, entonces, el desempleo juvenil? En resumen, seguridad laboral para los viejos. Observa, por ejemplo, el caso de la ley laboral alemana en vigor durante la década de 1990, que desde entonces en Alemania se ha relajado, y que Sudáfrica adoptó con la llegada (gracias a Dios) de la democracia. En Sudáfrica es casi imposible despedir a un trabajador una vez está contratado. El primer día que visité Sudáfrica, en 2004, en el restaurante donde acabábamos de comer me dejé una cartera no muy valiosa. A tres minutos de distancia después de coger el coche, le dije a mi anfitrión: «Oh, me he dejado una cartera en el sitio. No hay nada valioso en ella, y es barata, pero ¿podríamos volver?». Para mi sorpresa, respondió: «Es inútil. Ya la habrán robado». Me explicó que debido a la ley laboral, a menudo los trabajadores de los restaurantes cogen impunemente cualquier cosa que se dejan los clientes, y se quedan con ella. De igual manera, si los trabajadores roban dinero de la caja o no se presentan a trabajar, en Sudáfrica no pueden ser despedidos a menos que sean condenados en un tribunal de justicia. ¿Contratarías a alguien, mucho menos una persona joven, sin experiencia, con esas condiciones? El sentido común de la teoría hicksiana de los salarios dice que no. El resultado es un 53 por ciento de desempleo juvenil y un alto desempleo entre los sudafricanos negros de cualquier edad.

En Sudáfrica, además, el salario mínimo es alto. El Congreso de Sindicatos Sudafricanos (COSATU) insiste en que sea así. El COSATU, en su mayor parte comunista, tuvo un honroso papel en la lucha contra el *apartheid* y los políticos lo tratan con indulgencia. La consecuencia del alto salario mínimo es que los trabajadores con salarios bajos no pueden competir con los sindicalistas. Los pobres se quedan en casa, pacificados por los ingresos del pequeño subsidio que recibe alguien de la familia. Las personas poco cualificadas, como la gente joven, no tiene ninguna oportunidad.

En Francia, las extravagantes protecciones laborales para las personas que ya tienen un trabajo significan que los viejos se aferran desesperadamente al trabajo equivocado y los jóvenes no tienen ninguna oportunidad de conseguir un empleo estable. En el West

Side de Chicago, la guerra contra la droga combinada con el salario mínimo, combinada con regulaciones que protegen a las empresas, combinada con exigencias de licencia ocupacional, combinada con la zonificación que impide la apertura de negocios tanto grandes como pequeños, combinada con códigos edificatorios que favorecen al sindicato de fontaneros y de electricistas y combinada con impuestos a las empresas hace que no haya trabajo para los jóvenes y que los de los viejos estén congelados.

En otras palabras, el alto desempleo juvenil es una señal, una importante, un canario en la mina. Indica que el sistema de gobierno ha intervenido con demasiado vigor en la negociación salarial y las condiciones asociadas al empleo.

El West Side de Chicago debería ser un hervidero de actividad comercial. Hace un siglo, antes de que se establecieran las intervenciones lo fue. Es el momento de airear la mina.

Preocúpate por el medioambiente, pero con prudencia

En noviembre de 2001 me invitaron a hablar sobre la Carta de la Tierra en una pequeña conferencia en Chicago. A los participantes les sorprendió que alguien estuviera en desacuerdo con la carta.

La Carta de la Tierra, que sigue el modelo de la Carta de Derechos Humanos de Naciones Unidas, está circulando por los círculos verdes. Puedes encontrarla con una búsqueda de Google. Una parte de lo que hay en la Carta es bueno y cierto. Pero el resto, siento decirlo, es malo y falso:

«La brecha entre ricos y pobres se está ensanchando.»

Cierto sólo si esas naciones han seguido siendo pobres al rechazar la mejora comercialmente probada, como Corea del Norte ahora e India durante las décadas en que gobernaron los socialistas de la London School of Economics. Es falso, por ejemplo, para Corea del Sur, Tailandia, la República Checa e India en los años de la liberalización después de 1991.

«Un incremento sin precedentes de la población humana ha sobrecargado los sistemas ecológico y social.»

El miedo maltusiano, expresado por primera vez hace dos siglos, ha demostrado ser falso. Entre 1800 y 2001, la población mundial se ha multiplicado por un factor de seis (y hasta 2009 por un factor superior a siete: realmente «sin precedentes»). Pero todos los demógrafos serios —consulta Hans Rosling, por ejemplo— han señalado que, de hecho, el crecimiento económico ha *ralentizado* el crecimiento de la población, principalmente porque la vacunación infantil y la planificación familiar se vuelven asequibles. Todos los demógrafos esperan que en las próximas décadas la población mundial se estabilice y empiece a caer. Familias pequeñas y aire limpio son, como dicen los economistas, bienes «normales», que aumentan a medida que lo hacen los ingresos.

En lugar de generar empobrecimiento, el incremento de la población se ha visto acompañado de un enriquecimiento, la multiplicación del ingreso mundial per cápita por un factor de diez, y mucho mayor en muchos países. El resultado es que la gente exige un aire más limpio, como un bien normal. Por ejemplo, en enero de 2002,

empezaron a aparecer informes de que los chinos habían decidido controlar la emisión de humos en las ciudades más afectadas. Lo hicieron, algunas. Y en muchos sentidos ahora, los occidentales, al ser ricos, contamos con un medioambiente mejor que el de 1800. En las ciudades, durante la década de 1940, las partículas en suspensión procedentes del humo de la combustión del carbón eran tan perjudiciales en Chicago y Londres como lo son ahora en Pekín y Shanghái. Y las peores agresiones biológicas al medioambiente han sucedido bajo regímenes ajenos al mercado, como la antigua Unión Soviética.

«Debemos darnos cuenta de que cuando se satisfacen las necesidades básicas, el desarrollo humano tiene que ver fundamentalmente con ser más, no con tener más.»

Concedido, y en esencia cierto para los numerosos ricos de lugares como Estados Unidos. Pero díselo a los pobres de Estados Unidos, que todavía necesitan tener más. Y hasta ahora, las necesidades básicas no se han satisfecho para los mil millones de personas más pobres del mundo. Nunca se cumplirán si se implementan las ideas verdes. Las necesidades básicas sólo pueden alcanzarse a través del crecimiento económico, como, por ejemplo, se han percatado China e India.

«Necesitamos con urgencia una visión compartida de los valores básicos para proporcionar una base ética a la incipiente comunidad mundial emergente.»

Sí, necesitamos los valores básicos del amor, la valentía, la templanza, la justicia, la prudencia, la fe y la esperanza. Éstos florecen en las sociedades de mercado. Fueron los empresarios cuáqueros, muchos de ellos antiguos comerciantes de esclavos, quienes cuestionaron la esclavitud y luego la abolieron. El propio ecologismo es un resultado de la prosperidad derivada del innovismo.

«[Necesitamos] garantizar que las comunidades, a todos los niveles... proporcionen a todo el mundo una oportunidad de desarrollar su pleno potencial.»

Lo que implica la mejora comercialmente probada, es decir, el liberalismo, una comunidad de leyes, la búsqueda libre del pleno potencial.

«Reconoce que la libertad de acción de cada generación está condicionada por las necesidades de las generaciones futuras.»

La consecución de un interés serio por el futuro se mejora con un buen mercado de capital para el comercio de la propiedad privada. Ningún propietario de un bosque productivo quiere verlo destruido en el futuro, porque entonces el valor *presente* en

efectivo de su propiedad se destruye. La destrucción sucede cuando, como en el caso de la selva amazónica, no es de propiedad privada.

«Transmite a las futuras generaciones valores, tradiciones e instituciones que promuevan el largo plazo.»

La mejor manera de conseguirlo es enseñar a los niños el valor del libre intercambio, la propiedad privada y el respeto por las nuevas almas. El liberalismo.

«Integra el conocimiento, los valores y las habilidades necesarias para una forma de vida sostenible en la educación formal y la formación continua.»

Es decir, continúa la propagación de una religión ambientalista en la escuela pública, en primaria y secundaria, y amplíala a las universidades. Tal vez deberíamos poner altavoces en cada esquina para difundir la carta. (←Sarcasmo.)

«Adopta a todos los niveles planes y regulaciones para el desarrollo sostenible que hagan que la conservación y la rehabilitación medioambiental se incorporen a todas las iniciativas de desarrollo.»

Se nos invita a repetir los errores del socialismo —que, en conjunto, la «planificación» ha sido una buena idea y ha ayudado a los pobres y al medioambiente—. Nada de eso es verdad. La planificación supone, a la manera racionalista, que *ahora mismo* sabemos lo suficiente como para establecer el futuro. No lo sabemos.

«Haz que la carga de las pruebas recaiga sobre aquellos que sostienen que una actividad propuesta no causará un daño significativo y haz que las partes causantes se hagan responsables del daño medioambiental.»

En nuestro estado de ignorancia, tal carga detendría cualquier progreso económico, frustrando la esperanza de los pobres del mundo de disfrutar de un nivel de vida más alto. Pero un nivel de vida más alto hace que las mejoras medioambientales sean atractivas y alcanzables.

«Prevén la contaminación de cualquier parte del medioambiente y no permitas la acumulación de sustancias radioactivas, tóxicas o peligrosas.»

¿Ninguna acumulación? ¿Incluso si se almacena de manera segura? En este caso, como sucede a menudo en el documento, el estándar es imprudente en sus extremos no economizadores.

«Actúa con moderación y eficiencia a la hora de usar la energía y depende cada vez más de fuentes de energía renovables como la solar y la eólica.»

La «eficiencia» es un concepto económico, que aquí se utiliza mal. La búsqueda de la menor eficiencia *energética* por sí misma reducirá otras eficiencias. Sería como, por ejemplo, perseguir antes que cualquier otra eficiencia la eficiencia en el uso de los edificios escolares, metiendo miles de niños y profesores, tres turnos diarios, siete días a la semana, durante todo el año, para conseguir un uso más «eficiente» de los edificios. Deseamos, con razón, hacer un uso general eficiente de todos los insumos que, tomados en conjunto, tienen un coste de oportunidad. Es absurdo centrarse en uno. De todos modos, bastante a menudo los recursos renovables generan más contaminación, y no menos. Ha sucedido, por ejemplo, con el uso como combustible del maíz para etanol para «ahorrar energía». Y la fabricación y el uso de los paneles solares y los molinos de viento no están exentos de contaminación. La contaminación cero es imposible.

«Incorpora todos los costes medioambientales y sociales de los bienes y servicios en el precio de venta y posibilita que los consumidores identifiquen los productos que cumplen los estándares sociales y medioambientales más altos.»

Otro concepto económico mal entendido. La mejor manera de incorporarlo es haciendo que la propiedad sea privada, de modo que la gente tenga interés en (por ejemplo) detener la sobreexplotación de la Amazonia.

«Promueve la distribución equitativa de la riqueza dentro de las naciones y entre naciones.»

Si la idea es (y lo es) redistribuir la riqueza actual, no funcionará, porque la redistribución no es sostenible, ni práctica ni políticamente. La distribución más equitativa se realiza a través del crecimiento económico, que enriquece mucho a los pobres.

«Garantiza que todo el comercio fomente... unos estándares laborales progresivos.»

Es decir, impide que los trabajadores pobres de Bangladés tengan un trabajo en el que hagan prendas de punto para el comercio. Con esas prendas de punto que hacen para los pobres de Estados Unidos, de manera más barata de lo que pueden hacer los estadounidenses, ganan lo bastante para enviar a sus hijos a la escuela. Si en Daca se imponen los «estándares» del mercado laboral de Chicago, en Daca nadie tendrá un trabajo. Se trata de la antigua tensión de la izquierda entre proteccionismo e internacionalismo. Los «estándares laborales progresivos» son, de hecho, un arancel

sobre los bienes no estadounidenses. Serían un embargo total, como el que imponemos a los regímenes fascistas, pero en este caso impuesto a nosotros mismos.

«Promueve la participación activa de las mujeres en todos los aspectos de la vida económica, política, civil, social y cultural como miembros plenos e iguales, decisoras, líderes y beneficiarias.»

La gran fuerza liberadora de las mujeres ha sido el mercado, en el que la mujer no es la esclava de su padre, su esposo o su hermano, pasando de uno a otro, sino una de las trabajadoras de los molinos textiles o una vendedora en el mercado, con sus propios ingresos y dignidad. Las culturas que, como la antigua Grecia, la China tradicional o el Islam tradicional, han impedido que las mujeres participen en la vida económica fuera de casa, no han beneficiado a las mujeres. En el noroeste de Europa, las mujeres podían trabajar fuera de casa. ¿Qué libera más a las mujeres?

Como ves, espero que la mayoría de las propuestas de la carta fracasen. Pero no soy optimista. Por supuesto, un documento escrito por biólogos y otros entusiastas ambientalistas que no saben nada de economía va a contener muchas barbaridades económicas. Un documento que no es capaz de reconocer lo malo que ha sido el proyecto de la ingeniería social para la libertad humana va a contener, por supuesto, muchas barbaridades políticas. Un documento que no se preocupa de las personas pobres va a perjudicar a la gente pobre.

Pero ¿desde cuándo las barbaridades, o el daño involuntario a los pobres, han sido un obstáculo para el éxito de un manifiesto propuesto con pasión, aunque mal planteado, bien sea de la izquierda, la derecha, el centro, los republicanos, los demócratas o los verdes? Por ejemplo, en la campaña presidencial de 2018, el Nuevo Pacto Verde (*Green New Deal*). ¿Estás seguro de que todas las medidas políticas del viejo *New Deal* eran buenas? Si es así, piénsalo de nuevo.

El iliberalismo, en resumen, es ajeno a los hechos y carece mayormente de ética

Una respuesta a la discusión sobre el libro de John Tomasi, Free-Market Fairness (La imparcialidad del mercado libre) (2012), publicada en el blog Bleeding Heart Libertarians, la semana del 11 de junio de 2012. Menciono a algunos de los demás participantes. Mi respuesta en el blog recibió un número asombroso de comentarios, a los que contesté debidamente. A algunos les gustó («la mejor entrada del blog de la historia», dijo un hombre, una persona con evidente buen gusto). Otros la detestaron, como un alto liberal, un profesor de derecho de la Universidad de Chicago.

En una discusión de filósofos políticos, una simple mujer de hechos como yo, historiadora económica formada en la década de 1960 como economista del transporte, sólo puede aportar una cosa: modificar la imprecación de Cromwell a los presbíteros escoceses: «Piensen que es posible que puedan estar [factualmente] equivocados».

Soy consciente de que Kant estableció que lo que los humanos parecen factualmente, o cuál fue factualmente su historia, tiene prohibido desempeñar un papel en la reflexión ética. Se supone que buscamos principios a los que se podría adherir cualquier criatura racional, bien fuera un ser de seis cabezas del espacio exterior o el hombre del ómnibus de Clapham. Como economista puedo entender el atractivo de asumir el personaje «Max U», o Robert el racional, y luego proceder. Y sé que la mayoría de los psicólogos encuentra atractivo creer que el pensamiento ético empieza con sus experimentos recientes. Los experimentos son mucho más simples que reflexionar, además, sobre el arte, la literatura y la filosofía desde el *Rigveda* y *La epopeya de Gilgamesh*. (En psicología, algunas excepciones a ese desprecio por la sabiduría humana son: Jonathan Haidt, en una generación más joven, Mike Csikszentmihalyi, en mi generación, y Jerome Bruner en la generación anterior.)

Pero la inteligencia moderna, después de Hobbes y luego de Kant y Bentham, y ahora con los modernistas extremos de la frikonomía, la economía conductual y la medida hedonista de la felicidad, parece menos relevante para la experiencia humana —que, después de todo, es por lo que en principio queríamos una teoría ética— que los escritos sobre la virtud desde el principio de la escritura. No podemos, y no deberíamos, dejar de ser humanos, que una vez fueron niños y que morirán, y que

razonan, aman y tienen esperanza de forma humana. Como dijo el filósofo Will Wilkinson en nuestra discusión: «Si se nos inculca un equilibrio reflexivo con la ayuda de inteligentes experimentos mentales e hipótesis de modelos» de los filósofos políticos desde Hobbes, aun así, *e incluso* (observa Will) *en las mismas normas de nuestras reflexiones*, «también vamos a ser, en gran medida, criaturas [es decir, humanos actuales] de nuestro entorno». ¹ La decisión de Kant de ignorar la antropología (que, de hecho, enseñaba todos los sábados del curso) fue una elección humana y retórica, no escrita en el alto cielo estrellado.

Pues bien: yo vengo de la economía y de la historia y estoy aquí para ayudarte. En el contexto factual, asumido en las elegantes contribuciones que hacen aquí Elizabeth Anderson y Samuel Freeman, hay una historia muy particular (no tanto en la contribución de Richard Arneson y en absoluto en la de Wilkinson). ² Desde finales del siglo XIX se ha plasmado en lo que John Tomasi, Jason Brennan y sus amigos, he observado, llaman alto liberalismo. Los filósofos políticos del alto liberalismo, como Anderson, Freeman, Dworkin y Nussbaum se basan, al contrario que Kant, en un relato factual que consideran tan obvio que no requiere defensa. Puedes escuchar versiones de él cada noche en el canal de noticias MSNBC (puedes escuchar otras narrativas maestras engañosas en Fox News, así que entiende que no *las* estoy recomendando). Afirmo que la narrativa maestra del alto liberal está bastante equivocada, como la antropología, la economía o la historia.

El relato del alto liberal es, en unos pocos lemas breves que representan una rica tradición intelectual existente desde la década de 1880, el siguiente: la vida moderna es complicada y, por lo tanto, necesitamos un gobierno que regule. Puesto que los mercados fracasan muy a menudo, el gobierno debe intervenir para corregirlos. El gobierno puede regular bien y normalmente no será incompetente o corrupto. Sin un gobierno grande no podemos hacer ciertas cosas nobles (las autopistas interestatales, la NASA, la ayuda a los pobres). Los antimonopolios funcionan. El peligro importante no es un gobierno grande equipado con armas sino las grandes empresas armadas con planes de negocio. Las empresas tienen malas intenciones y envenenarán a los clientes y explotarán a los trabajadores si no intervienen la regulación gubernamental y los convenios colectivos. Los sindicatos consiguieron que tuviéramos una semana laboral de 40 horas. La situación de la gente pobre es mejor debido principalmente a la existencia de un gobierno grande y de los sindicatos. Que seamos sociales implica que debemos ser socialistas. Que seamos cristianos implica que debemos ser socialistas. Que seamos cualquier cosa implica que debemos ser socialistas. El liberalismo ha fracasado. Estados Unidos nunca fue *laissez-faire*. Las mejoras internas fueron una buena idea, y desde el principio fueron gubernamentales. El beneficio no es una buena guía. Los

consumidores a menudo se confunden. La publicidad es mala. La globalización ha perjudicado a la gente pobre. La Gran Recesión fue la última crisis del capitalismo.

Así, según Anderson: «Las externalidades, la información asimétrica y otros problemas de acción colectiva están... generalizados en la vida económica. Hay innumerables maneras de dirigir una empresa que cosechan ganancias para algunos mientras imponen costes injustos a otros. Crear un cártel. Rellenar salchichas con heces de ratas». No dice por qué un restaurante querría rellenar salchichas con heces de ratas y envenenar a sus clientes. Y también, según Freeman: «Es una obviedad decir que para conseguir los beneficios de una economía de mercado eficiente (un incremento de la productividad, una producción económica mayor, un aumento del capital productivo, etc.), las reglas básicas de la propiedad, el contrato y el intercambio deben ser estructuradas [por el gobierno] para desarrollar relaciones de mercado eficientes». No dice cómo con un papel tan mínimo el gobierno acaba gastando de un tercio a la mitad del PIB.

A todo esto, en palabras del niño pequeño de la viñeta clásica de *The New Yorker* que protesta en su trona, digo que son espinacas, y digo que al diablo con ellas. La narrativa maestra del alto liberalismo está factualmente equivocada. Las externalidades no implican que un gobierno pueda hacerlo mejor. La publicidad, de hecho, funciona mejor que los inspectores a la hora de contener el supuesto deseo de los empresarios de envenenar a sus clientes con heces de rata. La eficiencia no es el principal mérito de una economía de mercado —lo es la mejora, una cuestión de innovación a lo largo del tiempo—. Las reglas surgieron en los tribunales mercantiles y en los precios fijos de los cuáqueros mucho antes de que los gobiernos empezaran a imponer su cumplimiento. La propiedad enajenable es una costumbre humana (y, en realidad, de los animales y las plantas, hasta de las mariposas allí donde da la luz del sol) y es tan antigua como puede distinguir la arqueología, no necesaria e inevitablemente gubernamental. El intercambio, también.

Sé que esas respuestas se recibirán con indignación. Pero piensa que es posible que estés equivocado y que porque una premisa histórica o económica se incluya en las noticias de primera página de *The New York Times* eso no la convierte en ciencia social. Me parece que una filosofía política basada en cuentos de hadas sobre cómo son los humanos, o sobre lo que ha ocurrido en la historia, va a resultar peor que inútil. Va a ser dañina.

¿Cómo sé que mi narrativa es mejor que la tuya? Me lo dicen los experimentos del siglo xx. Habría sido difícil conocer el buen juicio de Friedrich Hayek, Milton Friedman, Matt Ridley, Deirdre McCloskey o John Tomasi en agosto de 1914, antes de que

hubieran empezado los experimentos del gran gobierno. Pero cualquiera que después del siglo XX todavía piense que el socialismo, el nacionalismo, el imperialismo, la movilización, la planificación central, la racionalización, la regulación, los pasaportes, las restricciones a la inmigración, las licencias para determinadas ocupaciones, la zonificación, los códigos edificatorios, los salarios mínimos, la eugenesia, la prohibición, el control de precios, el proteccionismo, los subsidios, el gasto en infraestructuras, el gasto deficitario, las políticas industriales, la política fiscal, los aranceles, los sindicatos, los cárteles empresariales oficiales, las órdenes de comercialización, los bancos de importación y exportación, el gasto gubernamental, la vigilancia policial intrusiva, la temeridad en la política exterior, la fe en enredar religión y política o la mayoría de las demás propuestas exhaustivas del siglo XIX para la acción gubernamental siguen siendo ideas buenas e inofensivas para mejorar nuestras vidas no está prestando atención.

Déjame enumerar algunos hallazgos de la investigación histórico-económica actual durante las últimas décadas. No sólo se trata de mis opiniones (aunque, además, han acabado siéndolas), sino hallazgos de cientos de investigaciones científicas serias sobre el pasado llevadas a cabo por economistas e historiadores de la economía. No tengo problema en admitir que hay otros, tal vez más, que en muchos casos sostienen lo contrario. Yo creo que están equivocados, pero eso aquí no importa. Lo importante de enumerar los hallazgos es que la gente considere que *puede* estar equivocada, no que sin duda lo *esté*, aunque sólo sea para mejorar la calidad científica de su propio trabajo al cuestionar su facticidad no investigada. Una simple afirmación indignada, o la afirmación contraria, no van a ayudarnos a corregir ese asunto. Como dijo Wittgenstein: «La certeza *es como si fuera* un tono de voz en el que uno declara cómo son las cosas, pero uno no deduce del tono de voz que uno esté fundamentado». ³ Debemos investigar los hechos con seriedad.

En los siglos XIX y XX, los imperios coloniales, en lugar de ayudar al europeo corriente, lo perjudicaron. En Rusia, el crecimiento económico se ralentizó, en lugar de acelerarse, debido a la planificación central soviética. La regulación progresista estadounidense y sus anticipaciones europeas protegieron monopolios del transporte como los ferrocarriles, monopolios de la venta minorista como las tiendas de High Street y monopolios de servicios profesionales como la medicina, no a los consumidores. La legislación «proteccionista» en Estados Unidos y la legislación de «ingresos por hogar» en Europa subordinaron a la mujer. Los psiquiatras autorizados por el gobierno en el norte de Europa y sus descendientes encarcelaron a homosexuales, y en Rusia encarcelaron a los demócratas. Una buena parte del *New Deal*, en vez de ayudar, impidió la recuperación de Estados Unidos tras la Gran Depresión.

Los sindicatos subieron los salarios de los fontaneros y los trabajadores de la industria automovilística, pero redujeron los salarios reales de los no sindicados. El salario mínimo protegió el trabajo de los sindicatos pero provocó que los pobres fueran inempleables. En ocasiones, los códigos edificatorios impidieron que los edificios se cayeran o incendiaran, pero siempre proporcionaron trabajo estable a carpinteros y electricistas bien conectados e hicieron que la vivienda fuera más cara para los pobres. La zonificación y las licencias urbanísticas han protegido a los terratenientes ricos en lugar de ayudar a los pobres. El control de los alquileres hace que para los pobres y los enfermos mentales sea imposible conseguir una casa, porque nadie construirá viviendas baratas cuando la ley obliga a que sean caras. La gente sana y quienes ya son ricos consiguen los apartamentos de alquiler controlado y las elegantes viviendas adosadas en barrios que antes eran pobres.

La regulación de la electricidad perjudica a los inquilinos, al aumentar el coste de la electricidad, como lo hicieron las restricciones a la energía nuclear, que es mucho menos peligrosa que la energía procedente del carbón. El enriquecimiento mejoró el medioambiente. La Comisión de Bolsa y Valores no ayudó a los pequeños inversores. El seguro de depósito federal hizo que los bancos fueran imprudentes con el dinero de los depositantes. El control federal de la oferta de dinero derivó en la gran inflación de las décadas de 1970 y 1980. En el oeste de Estados Unidos, el movimiento conservacionista enriqueció a los rancheros, que utilizaron las tierras federales como pastos, y a las empresas madereras, que utilizaron las tierras federales para talar árboles. Los intentos estadounidenses, y de otros países, de prohibir el comercio de drogas recreativas supuso un cambio tecnológico en la elaboración de las drogas, un mayor consumo de drogas, la destrucción de los centros deprimidos de las ciudades y la encarcelación de millones de hombres jóvenes, sobre todo negros. A menudo, los gobiernos han ilegalizado el intercambio de agujas y la publicidad de preservativos, y han negado la existencia del sida.

Al final, el *Lebensraum* económico de Alemania se obtuvo gracias a las artes privadas de la paz, no a las artes públicas de la guerra. La duradera Esfera de Coprosperidad de Asia Oriental la crearon hombres japoneses con traje, no con bombarderos en picado. El proteccionismo en el comercio exterior a menudo ha dañado a mucha gente pobre y ha ayudado a algunas personas ricas. El proteccionismo en el comercio interior, como el programa agrícola de Estados Unidos y las políticas agrícolas de la Unión Europea, han hecho lo mismo. En el siglo XX, después de dos guerras civiles, Europa se recuperó principalmente gracias a sus esfuerzos de trabajo e inversión, no principalmente gracias a la caridad de gobierno a gobierno como la Comisión Herbert Hoover y el Plan Marshall. La ayuda exterior de gobierno a gobierno al tercer mundo ha enriquecido a los tiranos, no ha ayudado a los pobres.

En el tercer mundo, la importación del socialismo, incluso la versión relativamente no violenta del Congreso Nacional Indio fabiano-gandhinista, ahogó el crecimiento, enriqueció a los grandes industriales y mantuvo a la gente en la pobreza. India, y sobre todo China, pusieron en práctica las teorías maltusianas ideadas en Occidente, lo que dio como resultado niñas desaparecidas y mujeres esterilizadas. En los países pobres la tasa de natalidad ha caído, o está cayendo, hasta la tasa de reemplazo, no debido a la coerción del gobierno sino a la autonomía femenina, el control de natalidad, la vacunación infantil y el enriquecimiento. La revolución verde de los híbridos enanos, patrocinada por el capitalismo, generó el rechazo de los políticos verdes de todo el mundo, pero ha conseguido que lugares como India sean autosuficientes en cereales. En muchas partes del África subsahariana, el poder del gobierno se ha utilizado para gravar con impuestos a la mayoría de los agricultores en beneficio de los primos de los presidentes y una minoría de burócratas urbanos. En muchas partes de América Latina, el poder del gobierno ha impedido la reforma agraria y apoyado las desapariciones. Luego, empobreció a los países desviando las inversiones hacia proyectos gubernamentales estúpidos. La propiedad gubernamental del petróleo en Nigeria, México, Irak y Venezuela se usó para apoyar al partido en el poder, sin que el pueblo obtuviera ningún beneficio. Se ha mantenido a los árabes en la pobreza, sin mejoras, al utilizar el poder del gobierno para negar la educación y el carné de conducir a las mujeres árabes, y para matar periodistas. El hecho de que la clerecía haya capturado los gobiernos ha corrompido la religión y arruinado la economía. El hecho de que los militares hayan capturado los gobiernos ha corrompido los ejércitos y arruinado la economía.

Las políticas industriales han respaldado a industrias fallidas de Japón a Francia, tales como la venta minorista a pequeña escala, en lugar de escoger campeones que de verdad ganaran. La regulación del despido ha llevado a un desempleo elevado, en el pasado en Alemania y Dinamarca, y ahora especialmente en España y Sudáfrica. En la década de 1960, en Occidente las torres de vivienda pública inspiradas por Le Corbusier condenaron a los pobres de Roma y París a establos. En la década de 1970, en el este el socialismo a gran escala arruinó el medioambiente. En la década de 2000, los «colectivistas mileniales», rojos, verdes o comunitaristas, se opusieron a una globalización que ayuda a los pobres pero que amenaza a los responsables sindicales, a quienes participan en el capitalismo de amiguetes y a la carrera de la gente de organizaciones no gubernamentales occidentales.

Sí, lo sé, te inclinarás por rechazar todos estos hallazgos factuales porque son «de derecha» o «libertarios». Te pido simplemente que dejes de imaginar hechos alternativos que encajen con tus ideas políticas. Te pido que escuches, que escuches de verdad, y que lo consideres.

Bibliografía

Acemoglu, Daron, y James A. Robinson, 2012, *Why Nations Fail: The Origins of Power, Prosperity, and Poverty* , Nueva York, Crown Business. Versión castellana de Marta García Madera, *Por qué fracasan los países: los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza* , Barcelona, Deusto, 2012.

Acton, John Edward Emerich, primer barón, 1906, *Lectures on Modern History* , ed. de John Neville Figgis y Reginald Vere Laurence, Londres, Macmillan.

Agee, James, y Walker Evans, 1941, *Let Us Now Praise Famous Men* , Boston, Houghton Mifflin. Versión castellana de Pilar Giralt, *Elogiemos ahora a hombres famosos* , Barcelona, Ariel, 2017.

Amariglio, Jack, y Deirdre N. McCloskey, 2008, «Fleeing Capitalism: A Slightly Disputatious Conversation/Interview Among Friends», en *Sublime Economy: On the Intersection of Art and Economics* , ed. de Jack Amariglio, Joseph Childers y Steven Cullenberg, Londres, Routledge, pp. 276-319.

Anderson, Elizabeth, 2012, «Recharting the Map of Social and Political Theory: Where Is Government? Where Is Conservatism?», *Bleeding Heart Libertarians* (blog), 12 de junio, <<http://bleedingheartlibertarians.com/2012/06/recharting-the-map-of-social-and-political-theory-where-is-government-where-is-conservatism/>>.

Aristóteles, 1934, *Nicomachean Ethics* , trad. de H. Rackham, Cambridge, Harvard University Press. Versión castellana de Julio Pallí, *Ética a Nicómaco* , Madrid, Gredos, 2014.

—, 1991, *Rhetoric* , trad. de George A. Kennedy, Nueva York, Oxford University Press. Versión castellana de Alberto Bernabé, *Retórica* , Madrid, Alianza Editorial, 2014.

—, 2015, *Politics* , trad. de Benjamin Jowett, Universidad de Adelaida: eBooks@Adelaide, <<https://ebooks.adelaide.edu.au/a/aristotle/a8po/book1.html>>. Versión castellana de Manuela García Valdés, *Política* , Madrid, Gredos, 1988.

Arneson, Richard, 2012, «Free Market Fairness: John Rawls or J. S. Mill?», *Bleeding Heart Libertarians* (blog), 14 de junio, <<http://bleedingheartlibertarians.com/2012/06/free-market-fairness-john-rawls-or-j-s-mill/>>.

Aron, Raymond, 1955, *L'Opium des intellectuels*, París, Calmann-Lévy. Versión castellana de Luis González Castro, *El opio de los intelectuales*, Barcelona, Página Indómita, 2018.

Bacon, Francis, 1625, «Of Studies», página web de Steve Draper, Departamento de Psicología, Universidad de Glasgow. Consultado el 17 de febrero de 2019, <www.psy.gla.ac.uk/~steve/best/BaconJohnson.pdf>.

Bailey, J. Michael, 2003, *The Man Who Would Be Queen: The Science of Gender-Bending and Transsexualism*, Washington D. C., Joseph Henry Press.

Bailey, Steve, 1999, «Of Gomi and Gaijin », en *Japan: True Stories of Life on the Road*, ed. de D. W. George y Amy G. Carlson, San Francisco, Travelers' Tales, pp. 147-149.

Bain, Ben, 2018, «Jim Beam Faces SEC Hangover After Bribery Allegations in India», *BloombergQuint*, 2 de julio, <<https://www.bloombergquint.com/business/2018/07/02/jim-beam-faces-sec-hangover-after-bribery-allegations-in-india>>.

Balcerowicz, Leszek, 2017, «Recent Attacks Against Freedom», Instituto Cato, foro online sobre el futuro de la sociedad libre con motivo del 40.º aniversario de su fundación, Washington D. C., 25 de abril, <<https://www.cato.org/publications/cato-online-forum/recent-attacks-against-freedom>>.

Baldwin, James, 1949, «Everybody's Protest Novel», *Partisan Review*, 16 de junio. Reeditado en *Notes of a Native Son*, Boston, Beacon Press, 1955. Reeditado en *Collected Essays*, Nueva York, Library of America, 1998.

Banco Mundial, 2013, «Remarkable Decline in Global Poverty, but Major Challenges Remain», comunicado de prensa, 17 de abril, <www.worldbank.org/en/news/press-release/2013/04/17/remarkable-declines-in-global-poverty-but-major-challenges-remain>.

—, s. f., «PIB per cápita, PPA (\$ a precios internacionales constantes de 2011)». Consultado el 19 de febrero de 2019, <<https://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.PCAP.PP.KD>>.

Baran, Paul A., y Paul M. Sweezy, 1966, *Monopoly Capital: An Essay on the American Economic and Social Order*, Nueva York, Monthly Review Press. Versión castellana de Ricard Torrents, *El capitalismo monopolista*, Barcelona, Anagrama, 1969.

Barber, Elizabeth Wayland, 1994, *Women's Work, the First 20,000 Years: Women, Cloth, and Society in Early Times*, Nueva York y Londres, W. W. Norton.

Barnhurst, Kevin G., ed., 2007, *Media/Queered: Visibility and Its Discontents*, Nueva York, Peter Lang.

Barreca, Alan; Karen Clay; Olivier Deschenes; Michael Greenstone, y Joseph S. Shapiro, 2013, «Adapting to Climate Change: The Remarkable Decline in the U.S. Temperature-Mortality Relationship over the 20th Century», documento de trabajo de la NBER n.º 18692, Oficina Nacional de Investigación Económica, Cambridge, enero, <<https://www.nber.org/papers/w18692>>.

Barry, Brian, 1965, *Political Argument*, Londres, Routledge & Kegan Paul.

Barzel, Yoram, 2002, *A Theory of the State: Economic Rights, Legal Rights, and the Scope of the State*, Cambridge, Cambridge University Press.

Bastiat, Frédéric, 1848, «L'État», *Journal des Débats*, 25 de septiembre, p. 1, col. 5, <<https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k448145j.item>>.

—, 1964, *Economic Sophisms*, ed. y trad. de Arthur Goddard, Princeton, Van Nostrand. Reedición, Irvington-on-Hudson, Fundación para la Educación Económica, 1996.

Bauer, Peter T., 1957, *Economic Analysis and Policy in Underdeveloped Countries*, Durham, Centro de Estudios de la Commonwealth de la Universidad de Duke. Versión castellana de Joaquín Muns, *Análisis y política económica de los países subdesarrollados*, Madrid, Tecnos, 1965.

Beard, Charles, 1913, *An Economic Interpretation of the Constitution of the United States*, Nueva York, Macmillan.

Beard, Mary, 2015, *SPQR: A History of Ancient Rome* , Nueva York, W. W. Norton. Versión castellana de Silvia Furió, *SPQR: una historia de la antigua Roma* , Barcelona, Crítica, 2016.

Becker, Howard S., 2008, *Art Worlds* , edición 25.º aniversario, Berkeley, University of California Press.

Beckert, Sven, 2014, *Empire of Cotton: A Global History* , Nueva York, Alfred A. Knopf. Versión castellana de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, *El imperio del algodón: una historia global* , Barcelona, Crítica, 2016.

Beer, Francis A., y Robert Hariman, eds., 1996, *Post-Realism: The Rhetorical Turn in International Relations* , East Lansing, Michigan State University Press.

Bell, Tom W., 2018, *Your Next Government? From the Nation State to the Stateless Nation* , Nueva York, Cambridge University Press.

Bellah, Robert, 2003, *Imagining Japan: The Japanese Tradition and Its Modern Interpretation* , Berkeley y Los Ángeles, University of California Press.

Bellow, Saul, 1994, *It All Adds Up: From the Dim Past to an Uncertain Future* , Nueva York y Londres, Penguin. Versión castellana de Benito Gómez Ibáñez, *Todo cuenta: del pasado remoto al futuro incierto* , Barcelona, Debolsillo, 2007.

Benedict, Ruth, 1946, *The Chrysanthemum and the Sword: Patterns of Japanese Culture* . Reedición, Boston, Houghton Mifflin, 1989. Versión castellana de Javier Alfaya, *El crisantemo y la espada: patrones de la cultura japonesa* , Madrid, Alianza Editorial, 2011.

Berlin, Isaiah, 1958, «Two Concepts of Liberty», de su conferencia inaugural, en *Four Essays on Liberty* , Nueva York, Oxford University Press, 1969, pp. 118-172. Versión castellana de Ángel Rivero, *Dos conceptos de libertad. El fin justifica los medios. Mi trayectoria intelectual* , Madrid, Alianza Editorial, 2014.

—, 2003, *Freedom and Betrayal: Six Enemies of Human Liberty* , Princeton, Princeton University Press. Versión castellana de María Antonia Neira, *La traición de la libertad. Seis enemigos de la libertad humana* , Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Berndt, Ronald M., y Catherine H. Berndt, 1964, *The World of the First Australians* , Sydney, Ure Smith.

Bernstein, Maxine, 2017, «Red Light Camera Critic Says State Board Quashing His Free Speech», *Oregonian* , 25 de abril, <https://www.oregonlive.com/portland/index.ssf/2017/04/beaverton_man_claims_oregon_st.html>.

Bhidé, Amar, 2017, «Constraining Knowledge: Traditions and Rules That Limit Medical Innovation», *Critical Review* , vol. 29, n.º 1, pp. 1-33.

Blewhitt, George, 1725, *An Enquiry Whether a General Practice of Virtue Tends to the Wealth or Poverty, Benefit or Disadvantage of a People* , Londres, R. Wilkin.

Blyth, Mark, 2004, «The Great Transformation in Understanding Polanyi: Reply to Hejeebu and McCloskey», *Critical Review* , vol. 16, n.º 1, pp. 117-133.

Boaz, David, 1997, *Libertarianism: A Primer* , Nueva York, Free Press. Versión castellana de Ana María Lladó, *Liberalismo: una aproximación* , Madrid, Gota a Gota, 2007.

—, 2015, *The Libertarian Mind* , Nueva York, Simon & Schuster.

Boettke, Peter, 1997, «Where Did Economics Go Wrong? Modern Economics as a Flight from Reality», *Critical Review* , vol. 11, n.º 1, pp. 11-64.

—, 2000, *Socialism and the Market: The Socialist Calculation Debate Revisited* , Londres, Routledge.

Booth, Wayne C., 1974, *Modern Dogma and the Rhetoric of Assent* , Chicago, University of Chicago Press.

Boswell, James, 1791, *The Life of Samuel Johnson, LL.D.* , 2 vols. Reedición, Nueva York, George Dearborn, 1833. Versión castellana de Miguel Martínez-Lage, *Vida de Samuel Johnson* , Barcelona, Acantilado, 2007.

Boudreaux, Donald J., 2004, «Can You Spot the Billionaire?», *The Freeman* , vol. 54, n.º 1 (enero/febrero), pp. 13-14, <https://fee.org/media/3086/2004_01.pdf>.

—, 2014, correspondencia personal con el autor, 4 de junio.

—, 2016, «Most Ordinary Americans in 2016 Are Richer than Was John D. Rockefeller in 1916», *Café Hayek* (blog), 20 de febrero, <<https://cafehayeck.com/2016/02/40405.html>>.

—, 2017a, «Bonus Quotation of the Day...», *Café Hayek* (blog), 25 de noviembre, <<https://cafehayek.com/2017/11/bonus-quotation-day-86.html>>.

—, 2017b, «Quotation of the Day...», *Café Hayek* (blog), 5 de marzo, <<https://cafehayek.com/2017/03/quotation-of-the-day-2005.html>>.

—, 2017c, «Quotation of the Day...», *Café Hayek* (blog), 10 de abril, <<https://cafehayek.com/2017/04/42587.html>>.

—, 2018^a, «A Losing Perspective», *Café Hayek* (blog), 20 de junio, <<https://cafehayek.com/2018/06/a-losing-perspective.html>>.

—, 2018b, «Quotation of the Day...», *Café Hayek* (blog), 3 de julio, <<https://cafehayek.com/2018/07/quotation-of-the-day-2483.html>>.

—, 2018c, «And What About Those of Us Who Embrace Freedom?», *Café Hayek* (blog), 23 de agosto, <<https://cafehayek.com/2018/08/us-embrace-freedom.html>>.

—, 2018d, «Quotation of the Day...», *Café Hayek* (blog), 13 de octubre, <<https://cafehayek.com/2018/10/quotation-of-the-day-2582.html>>.

—, 2019, «Bonus Quotation of the Day...», *Café Hayek* (blog), 28 de febrero, <<https://cafehayek.com/2019/02/bonus-quotation-of-the-day-269.html>>.

Boudreaux, Donald J., y Mark J. Perry, 2013, «The Myth of a Stagnant Middle Class», *The Wall Street Journal*, 23 de enero.

Bourdieu, Pierre, 1984, *Distinction: A Social Critique of the Judgment of Taste*, trad. de Richard Nice, Londres, Routledge & Kegan Paul. Versión castellana de María Carmen Ruiz de Elvira, *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*, Barcelona, Taurus, 2012.

Bower, Gordon H., 1992, «How Emotions Affect Learning», en *The Handbook of Emotion and Memory: Research and Theory*, ed. de Sven-Ake Christianson, Hillsdale, Erlbaum, pp. 3-31.

Brecht, Bertolt, 1960, *The Life of Galileo*, trad. de D. I. Vesey, en *Plays*, vol. 1, Londres, Methuen. Versión castellana de Miguel Sáenz, *Vida de Galileo*, Madrid, Alianza Editorial, 2012.

Brennan, Geoffrey, y James M. Buchanan, 1980, *The Power to Tax* , Cambridge, Cambridge University Press. Reeditado como vol. 9 de *The Collected Works of James M. Buchanan* , Indianápolis, Liberty Fund, 2000. Versión castellana de Antonio Mendiuña y Juan Francisco Corona, *El poder fiscal* , Barcelona, Folio, 1997.

Brennan, Geoffrey; Gordon Menzies, y Michael Munger, 2013, «A Brief History of Inequality», artículo no publicado, Universidad Nacional Australiana de Canberra y Universidad de Tecnología de Sydney.

Brennan, Jason, 2016, *Against Democracy* , Princeton, Princeton University Press. Versión castellana de Ramón González Ferriz, *Contra la democracia* , Barcelona, Deusto, 2018.

Brennan, Jason, y John Tomasi, 2012, «Classical Liberalism», en *The Oxford Handbook of Political Philosophy* , ed. de David Estlund, Oxford, Oxford University Press, pp. 115-132.

Briggeman, Jason, 2015, «Searching for Justification of the Policy of Pre-Market Approval of Pharmaceuticals», tesis doctoral, Universidad George Mason, <<http://mars.gmu.edu/handle/1920/9656>>.

Brooks, David, 2018, «The Rise of the Amnesty Thugs», *The New York Times* , 18 de junio.

Brown, Gordon S., 2005, *Toussaint's Clause: The Founding Fathers and the Haitian Revolution* , Jackson, University Press of Mississippi.

Brown, Wendy, 2015, *Undoing the Demos: Neoliberalism's Stealth Revolution* , Brooklyn, Zone Books. Versión castellana de Víctor Altamirano, *El pueblo sin atributos: la secreta revolución del neoliberalismo* , Barcelona, Malpaso, 2016.

Buchanan, James M., 1990, «The Potential for Politics after Socialism», en *Geschichte und Gesetz, Europäisches Forum Alpbach, 1989* , ed. de Otto Molden, Viena, Österreichisches College, pp. 240-256. Reeditado en *Ideas, Persons, and Events* , vol. 19 de *The Collected Works of James M. Buchanan* , Indianápolis, Liberty Fund, 2001.

—, 1991, «The Minimal Politics of Market Order», *Cato Journal* , vol. 11, n.º 2 (otoño), pp. 215-232. Reeditado en *Choice, Contract, and Constitutions* , vol. 16 de *The Collected Works of James M. Buchanan* , Indianápolis, Liberty Fund, 2001.

Buchanan, James M., y Gordon Tullock, 1962, *The Calculus of Consent: Logical Foundations of Constitutional Democracy* , Ann Arbor, University of Michigan Press. Versión castellana de Editorial Aranzadi, *El cálculo del consenso* , Madrid, Fundación ICO, 2014.

Budish, Eric; Benjamin N. Roin, y Heidi Williams, 2015, «Do Firms Underinvest in Long-Term Research? Evidence from Cancer Clinical Trials», *American Economic Review* , vol. 105, n.º 7, pp. 2044-2085.

Budziszewski, J., 2010, *The Revenge of Conscience: Politics and the Fall of Man* , Eugene, Wipf and Stock.

Burczak, Theodore A., 2006, *Socialism After Hayek* , Ann Arbor, University of Michigan Press.

—, 2018, «Catallactic Marxism: Hayek, Marx, and the Market», en *Knowledge, Class, and Economics: Marxism Without Guarantees* , ed. de Theodore A. Burczak, Robert F. Garnett y Richard P. McIntyre, Londres, Routledge.

Butler, Eamonn, 2015, *Classical Liberalism: A Primer* , Londres, Institute of Economic Affairs. Versión castellana de Fundación para el Progreso, *Liberalismo clásico: un manual básico* , Madrid, Unión Editorial, 2019.

—, 2018, *An Introduction to Capitalism* , Londres, Institute of Economic Affairs.

Butler, Joseph, 1736, *Fifteen Sermons* . Reeditado en *The Analogy of Religion and Fifteen Sermons* , Londres, The Religious Tract Society, s. f., pp. 335-528.

Caliendo, Lorenzo; Maximiliano Dvorkin, y Fernando Parro, 2015, «Trade and Labor Market Dynamics», documento de trabajo 2015-009C, Banco de la Reserva Federal de San Luis, agosto.

Cannan, Edwin, 1902, «The Practical Utility of Economic Science», *Economic Journal* , vol. 12, n.º 48, pp. 459-471.

Caplan, Bryan, 2007, *The Myth of the Rational Voter: Why Democracies Choose Bad Policies* , Princeton, Princeton University Press.

Carey, Benedict, 2007, «Criticism of a Gender Theory, and a Scientist Under Siege», *The New York Times* , 21 de agosto.

Carnegie, Andrew, 1889, «The Gospel of Wealth», en *The Gospel of Wealth and Other Timely Essays* , Nueva York, Century, 1901, pp. 1-46.

Castillo, Michelle, 2013, «Bloomberg: Medical Marijuana One of ‘Great Hoaxes of All Time’», *CBS News* , 3 de junio, <<https://www.cbsnews.com/news/bloomberg-medical->

[marijuana-one-of-great-hoaxes-of-all-time/](#) >.

Catanese, David, 2013, «Graham's Hawkish Posture Confronts War-Weary Voters in South Carolina», *U.S. News and World Report* , 5 de septiembre, <<https://www.usnews.com/news/articles/2013/09/05/grahams-hawkish-posture-confronts-war-weary-voters-in-south-carolina> >.

Cather, Willa, 1913, *O Pioneers!* , Boston, Houghton Mifflin. Versión castellana de Gema Moral, *Pioneros* , Barcelona, Alba, 2015.

—, 1918, *My Ántonia* , Boston, Houghton Mifflin. Versión castellana de Gema Moral, *Mi Ántonia* , Barcelona, Alba, 2012.

Chalfen, Richard, 1987, *Snapshot: Versions of a Life* , Bowling Green, Bowling Green University Press.

Chamlee-Wright, Emily, y Virgil Storr, 2010, «The Role of Social Entrepreneurship in Post-Katrina Recovery», *International Journal of Innovation and Regional Development* , vol. 2, n.º ½.

Chapman, Steve, 2019, «Paul's Weak Case Against Mandatory Vaccines Hurts Measles Outbreak Effort», *Chicago Tribune* , 7 de marzo.

Charry, Ellen T., 2004, «On Happiness», *Anglican Theological Review* , vol. 86, n.º 1 (invierno), pp. 19-33.

Chaudhuri, Nirad C., 1959, *A Passage to England* , Londres, Macmillan.

Cicerón, Marco Tulio, 1938, *De Amicitia* , trad. de W. A. Falconer, Loeb Classical Library, Cambridge, Harvard University Press. Versión castellana de María Esperanza Torrego, *Sobre la vejez. Sobre la amistad* , Madrid, Alianza Editorial, 2013.

Clapham, J. H., 1922, «Of Empty Economic Boxes», *Economic Journal* , vol. 32, n.º 127, pp. 305-314.

Clark, John Bates, 1901, «The Society of the Future», *The Independent* , 53, n.º 2746 (18 de julio), pp. 1649-1651.

Clark, Lindley H., Jr., 1978, «U.S. Monetary Troubles», *The Wall Street Journal* , 13 de octubre.

Cline, William R., 2004, *Trade Policy and Global Poverty* , Washington D. C., Instituto Peterson de Economía Internacional.

Coase, Ronald, y Ning Wang, 2013, *How China Became Capitalist* , Basingstoke, Palgrave Macmillan.

Cohen, Edward, 1992, *Athenian Economy and Society: A Banking Perspective* , Princeton, Princeton University Press.

Colander, David, 2013, Introducción de *Decline and Economic Ideals in Italy in the Early Modern Era* , de Gino Barbieri, Florencia, Leo R. Olschki Editore.

Collier, Paul, 2007, *The Bottom Billion: Why the Poorest Countries Are Failing and What Can Be Done About It* , Oxford, Oxford University Press. Versión castellana de Víctor Vicente Úbeda, *El club de la miseria: qué falla en los países más pobres del mundo* , Madrid, Turner, 2011.

Constant, Benjamin, 1819, «De la liberté des Anciens comparée à celle des Modernes», en vol. 2 de *Cours de politique constitutionnelle* , 2.ª ed., París, Guillaumin, 1872, pp. 539-560. Versión castellana de Ángel Rivero, *La libertad de los modernos* , Madrid, Alianza, 2019.

Cosgel, Metin M., 1993, «Religious Culture and Economic Performance: Agricultural Productivity of the Amish, 1850-80», *Journal of Economic History* , vol. 53, n.º 2 (junio), pp. 319-331.

Cowen, Tyler, 1998, *In Praise of Commercial Culture* , Cambridge y Londres, Harvard University Press.

—, 2013, *Average Is Over* , Nueva York, Dutton. Versión castellana de Félix Alba, *Se acabó la clase media* , Barcelona, Antoni Bosch, 2014.

—, 2018, *Stubborn Attachments: A Vision for a Society of Free, Prosperous, and Responsible Individuals* , San Francisco, Stripe Press.

Cox, Harvey, 2016, *The Market as God* , Cambridge, Harvard University Press.

Crandall, Robert W., 1984, «Import Quotas and the Automobile Industry: The Costs of Protectionism», *Brookings Review* , vol. 2, n.º 4, pp. 8-16.

Cullenberg, Stephen; Jack Amariglio, y David F. Ruccio, eds., 2001, *Postmodernism, Economics and Knowledge* , Nueva York y Londres, Routledge.

Damasio, Antonio, 1994, *Descartes' Error: Emotion, Reason and the Human Brain* , Nueva York, Grosset/Putnam. Versión castellana de Joandomènec Ros, *El error de Descartes: la emoción, la razón y el cerebro humano* , Barcelona, Destino, 2018.

Das, Gurcharan, 2001, *India Unbound: The Social and Economic Revolution from Independence to the Global Information Age* , Nueva York, Random House.

Davies, Stephen, 2018, «You Don't Really Want Smart People Running the World», American Institute for Economic Research, Great Barrington, 23 de octubre, <<https://www.aier.org/article/you-dont-really-want-smart-people-running-world/>>.

Deaton, Angus, 2013, *The Great Escape: Health, Wealth, and the Origins of Inequality* , Princeton, Princeton University Press. Versión castellana de Ignacio Perrotini, *El gran escape: salud, riqueza y los orígenes de la desigualdad* , Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 2015.

DeMartino, George, 2011, *The Economist's Oath: On the Need for and Content of Professional Economic Ethics* , Nueva York, Oxford University Press.

Deneen, Patrick J., 2018, *Why Liberalism Failed* , New Haven, Yale University Press. Versión castellana de David Cerdá, *¿Por qué ha fracasado el liberalismo?* , Madrid, Rialp, 2018.

Derbyshire, John, 2003, «Lost in the Male», *National Review* , 30 de junio, pp. 51-52.

De Rugy, Veronique, 2018, «The Tyranny of the Administrative State», *Reason* , 10 de mayo, <<https://reason.com/2018/05/10/the-tyranny-of-the-administrative-state/>>.

De Soto, Hernando, 1989, *The Other Path: The Invisible Revolution in the Third World* , Nueva York, HarperCollins.

—, 2000, *The Mystery of Capital: Why Capitalism Triumphs in the West and Fails Everywhere Else* , Nueva York, Basic Books. Versión castellana de Mirko Lauer y Jessica McLauchlan, *El misterio del capital: por qué el capitalismo triunfa en Occidente y fracasa en el resto del mundo* , Barcelona, Península, 2001.

Diamond, Arthur M., Jr., 2019, *Openness to Creative Destruction: Sustaining Innovative Dynamism* , Nueva York, Oxford University Press.

Dicey, A. V., 1919, *Lectures on the Relation Between Law and Public Opinion During the 19th Century* , 2.^a ed., Londres, Macmillan, <<https://oll.libertyfund.org/titles/1683#lf1315> >. Versión castellana de Manuel Salguero e Isabel Molina, *Lecciones sobre la relación entre derecho y opinión pública en Inglaterra durante el siglo XIX* , Albolote, Comares, 2007.

Douglas, Mary, 1975, «Deciphering a Mea», en *Implicit Meanings* , Londres, Routledge & Kegan Paul, pp. 249-275.

Douglas, Mary, y Baron Isherwood, 1979, *The World of Goods* , Nueva York, Basic Books.

Doyle, Vincent, 2007, «Insiders-Outsiders: Dr. Laura and the Contest for Cultural Authority in LGBT Media Activism», en *Media/Queered: Visibility and Its Discontents* , ed. de Kevin G. Barnhurst, Nueva York, Peter Lang, pp. 107-124.

Dumcius, Gintautas, 2017, «Sen. Elizabeth Warren Backs High-Speed Rail Connecting Springfield, Worcester and Boston», *MassLive* , 16 de marzo, <https://www.masslive.com/news/index.ssf/2017/03/sen_elizabeth_warren_backs_hig.html >.

Dvorkin, Maximiliano, 2017, «What Is the Impact of Chinese Imports on U.S. Jobs?», *The Regional Economist* , Banco de la Reserva Federal de San Luis, 15 de mayo.

Dworkin, Ronald, 1980, «Is Wealth a Value?», *Journal of Legal Issues* , vol. 9, n.º 2, pp. 191-226.

Easterlin, Richard A., 1995, «Industrial Revolution and Mortality Revolution: Two of a Kind?», *Journal of Evolutionary Economics* , vol. 5, n.º 4, pp. 393-408. Reeditado en Easterlin, *The Reluctant Economist* , pp. 84-100.

—, ed., 2002, *Happiness in Economics* , Cheltenham y Northampton, Edward Elgar.

—, 2003, «Living Standards», en vol. 3 de *The Oxford Encyclopedia of Economic History* , ed. de Joel Mokyr, Nueva York, Oxford University Press.

—, 2004, *The Reluctant Economist: Perspectives on Economics, Economic History, and Demography* , Cambridge, Cambridge University Press.

Easterly, William, 2001, *The Elusive Quest for Growth: Economists' Adventures and Misadventures in the Tropics*, Cambridge, MIT Press. Versión castellana de Bernardo Kugler, *En busca del crecimiento: andanzas y tribulaciones de los economistas del desarrollo*, Barcelona, Antoni Bosch, 2003.

Economist, 1992, «High-Speed Spending», 25 de abril.

Economist, 2013, «Towards the End of Poverty», 1 de junio, <<https://www.economist.com/leaders/2013/06/01/towards-the-end-of-poverty>>.

Ehrenreich, Barbara, 2001, *Nickel and Dimed: On (Not) Getting By in America*, Nueva York, Henry Holt. Versión castellana de Carmen Aguilar, *Por cuatro duros: cómo (no) apañárselas en Estados Unidos*, Madrid, Capitán Swing, 2014.

Ehrlich, Paul R., 1968, *The Population Bomb*, Nueva York, Ballantine Books. Reedición, Jackson Heights, Rivercity Press, 1975.

Ekstrom, Karin, y Kay Glans, eds., 2010, *Changing Consumer Roles*, Londres, Routledge.

Ellenberg, Jordan, 2014, «And the Summer's Most Unread Book is...», *The Wall Street Journal*, 3 de julio.

Ellsberg, Robert, 1983, Introducción de *Selected Writings*, de Dorothy Day, ed. de Robert Ellsberg, Maryknoll, Orbis.

Emerson, Ralph Waldo, 1850, «Napoleon; Or, the Man of the World», en *Selected Essays*, ed. de L. Ziff, Nueva York, Viking Penguin, 1982, pp. 337-359. Versión castellana de Javier Alcoriza y Antonio Lastra, *Hombres representativos*, Madrid, Cátedra, 2008.

Engels, Friedrich, 1845, *Die Lage der arbeitenden Klasse in England*, Leipzig, O. Wigand. Versión castellana de Fina Warshaver y Laura V. de Molina y Vedia, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Júcar, 1980.

Epstein, Richard A., 2009, Prólogo de *Law, Liberty and the Competitive Market*, de Bruno Leoni, ed. de Carlo Lottieri, New Brunswick, Transaction.

Erasmus de Róterdam, 2001, *The Adages of Erasmus*, selección de William Barker, Toronto, University of Toronto Press.

Estado de Illinois, 1970, Constitución del estado de Illinois. Consultado el 17 de febrero de 2019, <www.ilga.gov/commission/lrb/committees/nent.htm>.

Farrell, James T., 1932-1935, *Studs Lonigan* . Reedición, Nueva York, Library of America, 2004. Versión castellana de Federico López Cruz, *Studs Lonigan* , Barcelona, Caralt Editores, 1963.

Feinstein, C. H., 1972, *National Income, Expenditure and Output of the United Kingdom, 1855-1965* , Cambridge, Cambridge University Press.

Field, Alexander J., 2011, *A Great Leap Forward: 1930s Depression and U.S. Economic Growth* , New Haven, Yale University Press.

Fish, Stanley, 1994, *There's No Such Thing as Free Speech... and It's a Good Thing, Too* , Nueva York, Oxford University Press.

Flaubert, Gustave, 1867, *Œuvres complètes et Annexes: Correspondance* . Reedición, Saint Julien-en-Genevois, Arvensa Éditions, 2014.

—, 1993, *Gustave Flaubert-Guy de Maupassant Correspondance* , París, Flammarion.

Fleischacker, Samuel, 2004, *A Short History of Distributive Justice* , Cambridge, Harvard University Press.

Fodor, Jerry, 1998, «The Trouble with Psychological Darwinism», crítica de *Cómo funciona la mente* , de Steven Pinker, y de *Evolution in Mind* , de Henry Plotkin, *London Review of Books* , vol. 20, n.º 2 (22 de enero), pp. 11-13.

Fogel, Robert William, 1960, *The Union Pacific Railroad: A Case in Premature Enterprise* , Baltimore, Johns Hopkins Press.

—, 1999, *The Fourth Great Awakening and the Future of Egalitarianism* , Chicago, University of Chicago Press.

—, 2004, *The Escape from Hunger and Premature Death 1700-2100* , Cambridge, Cambridge University Press. Versión castellana de Sandra Chaparro, *Escapar del hambre y la muerte prematura, 1700-2100* , Madrid, Alianza Editorial, 2009.

—, 2005, «Reconsidering Expectations of Economic Growth After World War II from the Perspective of 2004», documento de trabajo de la NBER n.º 11125, Oficina Nacional de Investigación Económica, Cambridge, febrero, <<https://www.nber.org/papers/w11125>>.

Follett, Mary Parker, 1920, *The New State: Popular Organization the Solution of Popular Government*, Londres, Longmans, Green.

—, 1942, *Dynamic Administration: The Collected Papers of Mary Parker Follett*, ed. de Henry C. Metcalf y L. Urwick, Nueva York, Harper and Brothers. Versión castellana de Sergio Pitol, *Administración dinámica: colección de papeles de Mary Parker Follett*, México, Herrero Hnos., 1960.

Foster, Mary, 2006, «New Orleans Police Honor Those Who Stayed», Associated Press, 22 de febrero.

Foucault, Michel, 2008, *The Birth of Biopolitics: Lectures at the Collège de France, 1978-1979*, ed. de Michel Senellart, trad. de Graham Burchell, Nueva York, Palgrave Macmillan. Versión castellana de Horacio Pons, *Nacimiento de la biopolítica: curso del Collège de France (1978-1979)*, Madrid, Akal, 2008.

Frank, Robert H., 1985, *Choosing the Right Pond: Human Behavior and the Quest for Status*, Nueva York, Oxford University Press.

—, 1988, *Passions Within Reason: The Strategic Role of the Emotions*, Nueva York, W. W. Norton.

—, 1999, *Luxury Fever*, Nueva York, Free Press.

—, 2004, *What Price the Moral High Ground? Ethical Dilemmas in Competitive Environments*, Princeton, Princeton University Press.

—, 2005, «Motives and Self-Interest», en *Business Ethics*, ed. de Patricia Werhane y R. E. Freeman, vol. 2 de *The Blackwell Encyclopedia of Management*, Oxford y Malden, Blackwell, p. 369 y ss.

Frank, Robert H. y Philip J. Cook, 1995, *The Winner-Take-All Society: Why the Few at the Top Get So Much More than the Rest of Us*, Nueva York, Penguin Books.

Frankfurt, Harry, 1987, «Equality as a Moral Ideal», *Ethics*, vol. 98, n.º 1, pp. 21-43.

—, 2004, *The Reasons of Love* , Princeton, Princeton University Press. Versión castellana de Carme Castells, *Las razones del amor* , Barcelona, Paidós, 2016.

Freeman, Samuel, 2012, «Can Economic Liberties Be Basic Liberties?», *Bleeding Heart Libertarians* (blog), 13 de junio, <<http://bleedingheartlibertarians.com/2012/06/can-economic-liberties-be-basic-liberties/>>.

Friedman, Benjamin M., 2005, *The Moral Consequences of Economic Growth* , Nueva York, Knopf.

Friedman, Milton, 1956, «The Relation Between Economic Freedom and Political Freedom», en *Capitalism and Freedom* , Chicago, University of Chicago Press, 1962, pp. 7-21. Versión castellana de Alfredo Lueje et al ., *Capitalismo y libertad* , Madrid, Fundación ICO, 2012.

Frijda, Nico H., 1994, «Emotions Require Cognitions, Even If Simple Ones», en *The Nature of Emotion: Fundamental Questions* , ed. de Paul Ekman y Richard J. Davidson, Nueva York, Oxford University Press.

Fussell, Paul, 1989, *Wartime: Understanding and Behavior in the Second World War* , Nueva York, Oxford University Press. Versión castellana de Gerardo Gambolini, *Tiempo de guerra: conciencia y engaño en la Segunda Guerra Mundial* , Madrid, Turner, 2003.

Gazeley, Ian, y Andrew Newell, 2010, «The End of Destitution: Evidence from British Working Households 1904-1937», serie de documentos de trabajo del Departamento de Economía n.º 2-2010, Universidad de Sussex, <www.sussex.ac.uk/economics/documents/wps-2-2010.pdf>.

Gerschenkron, Alexander, 1970, *Europe in the Russian Mirror: Four Lectures in Economic History* , Cambridge, Cambridge University Press.

—, 1971, «Mercator Gloriosus», *Economic History Review* , vol. 24, n.º 4, pp. 653-666.

Glare, P. G. W., ed., 1982, *Oxford Latin Dictionary* , Oxford, Oxford University Press.

Goldberg, Jonah, 2018, *Suicide of the West: How the Rebirth of Nationalism, Populism, and Identity Politics Is Destroying American Democracy* , Nueva York, Crown.

Goldstone, Jack A., 2002, «Efflorescences and Economic Growth in World History: Rethinking the 'Rise of the West' and the Industrial Revolution», *Journal of World History* , vol. 13, n.º 2, pp. 323-389.

Gordon, Edward E., y David Ramsay, 2017, *Divided on D-Day: How Conflicts and Rivalries Jeopardized the Allied Victory at Normandy* , Amherst, Prometheus Books.

Gordon, Robert J., 2012, «Is U.S. Economic Growth Over? Faltering Innovation Confronts the Six Headwinds», documento de trabajo de la NBER n.º 18315, Oficina Nacional de Investigación Económica, Cambridge, agosto, <<https://www.nber.org/papers/w18315>>.

—, 2016, *The Rise and Fall of American Growth: The U.S. Standard of Living Since the Civil War* , Princeton, Princeton University Press.

Gotakanal.se, s. f., «Göta Canal: A Beautiful History». Consultado el 13 de febrero de 2019, <<https://www.gotakanal.se/en/the-gota-canal-history/>>.

Grace, Francie, 2003, «Salvation Army Shoots Down Donation», *CBS News* , 2 de enero, <<https://www.cbsnews.com/news/salvation-army-shoots-down-donation/>>.

Gray, John, 1996, *Isaiah Berlin* , Princeton, Princeton University Press. Versión castellana de Gustau Muñoz Veiga, *Isaiah Berlin* , Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1996.

Greenblatt, Stephen J., 2004, *Will in the World: How Shakespeare Became Shakespeare* , Nueva York, W. W. Norton.

Guthrie, W. K. C., 1971, *The Sophists* , Cambridge, Cambridge University Press. Versión castellana de Joaquín Rodríguez Feo et al ., *Historia de la filosofía griega* , vol. 2, Madrid, Gredos, 2012.

Hale, Charles A., 1990, *The Transformation of Liberalism in Late 19th-Century Mexico* , Princeton, Princeton University Press.

Hamburg, Margaret, 2015, «Margaret Hamburg Ends Six-Year Run as FDA Commissioner», entrevista de Robert Siegel, *All Things Considered* , National Public Radio, 1 de abril, <www.npr.org/>

[2015/04/01/396871346/margaret-hamburg-ends-six-year-run-as-fda-commissioner](https://www.fda.gov/oc/2015/04/01/396871346/margaret-hamburg-ends-six-year-run-as-fda-commissioner) >.

Hammett, Dashiell, 1929, *The Maltese Falcon* , edición clásica, Nueva York, Knopf, 1984. Versión castellana de Fernando Calleja, *El halcón maltés* , Madrid, Alianza Editorial, 2014.

Hand, Learned, 1944, «The Spirit of Liberty», en *The Spirit of Liberty: Papers and Addresses of Learned Hand* , Nueva York, Alfred A. Knopf, 1952.

Hansen, Alvin H., 1939, «Economic Progress and Declining Population Growth», *American Economic Review* , vol. 29, n.º 1 (marzo), pp. 1-7.

—, 1941, *Fiscal Policy and Business Cycles* , Nueva York, W. W. Norton. Versión castellana de Rafael Fernández Maza y Cristóbal Lara, *Política fiscal y ciclo económico* , Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1973.

Harberger, Arnold C., 1954, «Monopoly and Resource Allocation», *American Economic Review* , vol. 44, n.º 2, pp. 77-87.

Harsanyi, John C., 1955, «Cardinal Welfare, Individualistic Ethics, and Interpersonal Comparisons of Utility», *Journal of Political Economy* , vol. 63, n.º 4, pp. 309-321.

Hart, David Bentley, 2009, *Atheist Delusions: The Christian Revolution and Its Fashionable Enemies* , New Haven, Yale University Press.

Harvey, David, 2005, *A Brief History of Neoliberalism* , Oxford, Oxford University Press. Versión castellana de Ana Varela, *Breve historia del neoliberalismo* , Madrid, Akal, 2007.

—, 2014, *Seventeen Contradictions and the End of Capitalism* , Londres, Profile Books. Versión castellana de María Madariaga, *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo* , Madrid, Traficantes de Sueños, 2014.

Hawking, Stephen, 1988, *A Brief History of Time* , Nueva York, Bantam Books. Versión castellana de David Jou, *Brevísima historia del tiempo* , Barcelona, Booket, 2018.

Hawley, Ellis W., 2015, *The New Deal and the Problem of Monopoly* , Princeton, Princeton University Press.

Hayden, Robert, 2013, «Runagate Runagate», en *Collected Poems* , ed. de Frederick Glaysher, Nueva York, W. W. Norton, pp. 59-61.

Hayek, Friedrich A., 1960, *The Constitution of Liberty* , edición definitiva, vol. 17 de *The Collected Works of F. A. Hayek* , ed. de Ronald Hamowy, Chicago, University of Chicago Press, 2011. Versión castellana de José Vicente Torrente, *Los fundamentos de la libertad* , Madrid, Unidad Editorial, 2006.

—, 1973, *Law, Legislation, and Liberty* , vol. 1, *Rules and Order* , Chicago, University of Chicago Press. Versión castellana de Luis Reig Albiol, *Derecho, legislación y libertad* , Madrid, Unidad Editorial, 2018.

—, 1979, *Law, Legislation, and Liberty* , vol. 3, *The Political Order of a Free People* , Chicago, University of Chicago Press. Versión castellana de Luis Reig Albiol, *Derecho, legislación y libertad* , Madrid, Unidad Editorial, 2018.

Hazlett, Thomas Winslow, 2017, *The Political Spectrum: The Tumultuous Liberation of Wireless Technology, from Herbert Hoover to the Smartphone* , New Haven, Yale University Press.

Heilbroner, Robert, 1953, *The Worldly Philosophers: The Lives, Times, and Ideas of the Great Economic Thinkers* , 7.^a ed., Nueva York, Simon & Schuster, 1999. Versión castellana de Marco Aurelio Galmarini, *Los filósofos terrenales: vida, tiempo e ideas de los grandes pensadores de la economía* , Madrid, Alianza Editorial, 2015.

Hicks, John R., 1932, *The Theory of Wages* , Londres, Macmillan. Versión castellana de Alejandro Pedrós, *La teoría de los salarios* , Barcelona, Editorial Labor, 1973.

Higgs, Robert, 1987, *Crisis and Leviathan: Critical Episodes in the Growth of American Government* , Nueva York, Oxford University Press.

—, 2001, «Unmitigated Mercantilism», *Independent Review* , vol. 5, n.º 3, pp. 469-472.

—, 2008, «Government Growth», Enciclopedia concisa de economía, Liberty Fund, <www.econlib.org/library/Enc/GovernmentGrowth.html>.

—, 2012, «Freedom: Because It Works or Because It Is Right?», *The Beacon* (blog), Independent Institute, 27 de diciembre, <<http://blog.independent.org/2012/12/27/freedom-because-it-works-or-because-its-right/>>. Reeditado en *Taking a Stand* , Oakland, Independent Institute, 2015.

—, 2018, entrada de Facebook, 28 de octubre, <www.facebook.com/robert.higgs.568/posts/10156800522539400>. En «Bonus Quotation of the Day...», de Donald J. Boudreaux, *Café Hayek* (blog), 31 de octubre de 2018,

<<https://cafehayek.com/2018/10/bonus-quotation-day-200.html>>.

Hill, Christopher, 1940, *The English Revolution 1640: Three Essays*, Londres, Lawrence & Wishart. Versión castellana de Eulalia Bosch, *La revolución inglesa: 1640*, Barcelona, Anagrama, 1977.

Hinze, Christine Firer, 2004, «What Is Enough? Catholic Social Thought, Consumption, and Material Sufficiency», en *Having: Property and Possession in Religious and Social Life*, ed. de William Schweiker y Charles Mathewes, Grand Rapids, Eerdmans, pp. 162-188.

Hirsch, Fred, 1976, *Social Limits to Growth*, Cambridge, Harvard University Press.

Hirschman, Albert O., 1970, *Exit, Voice and Loyalty: Responses to Decline in Firms, Organizations, and States*, Cambridge, Harvard University Press. Versión castellana de Eduardo L. Suárez, *Salida, voz y lealtad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977.

—, 1977, *The Passions and the Interests: Political Arguments for Capitalism Before Its Triumph*, Princeton, Princeton University Press. Versión castellana de Joan Solé, *Las pasiones y los intereses: argumentos políticos en favor del capitalismo previos a su triunfo*, Madrid, Capitán Swing, 2014.

Hobsbawm, Eric, 1994, entrevista de Michael Ignatieff, *The Late Show*, BBC, 24 de octubre.

—, 2002, *Interesting Times: A Twentieth-Century Life*, Londres, Allen Lane. Versión castellana de Joan Rabasseda, *Años interesantes: una vida en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2013.

—, 2011, *How to Change the World: Tales of Marx and Marxism*, New Haven, Yale University Press. Versión castellana de Silvia Furió, *Cómo cambiar el mundo: Marx y el marxismo 1840-2011*, Barcelona, Crítica, 2011.

Hobson, John A., 1902, *Imperialism: A Study*, Nueva York, James Pott & Co. Versión castellana de Jesús Fomperosa, *Estudio del imperialismo*, en *Imperialismo*, Madrid, Capitán Swing, 2009.

Hoffer, Eric, 1951, *The True Believer: Thoughts on the Nature of Mass Movements*, Nueva York, Harper & Brothers. Versión castellana de Adela Garzón, *El verdadero creyente: sobre el fanatismo y los movimientos sociales*, Madrid, Tecnos, 2009.

Hoffman, Elizabeth, y Matthew Spitzer, 1985, «Entitlements, Rights and Fairness: An Experimental Examination of Subjects' Concepts of Distributive Justice», *Journal of Legal Studies* , vol. 14, n.º 2, pp. 259-298.

Hofstadter, Douglas, 1979, *Gödel, Escher, Bach: An Eternal Golden Braid* , Nueva York, Basic Books. Versión castellana de Mario Arnaldo Usabiaga y Alejandro López Rousseau, *Gödel, Escher, Bach: un eterno y grácil bucle* , Barcelona, Booket, 2015.

Hofstadter, Richard, 1948, *The American Political Tradition and the Men Who Made It* , Nueva York, Knopf. Versión castellana de Rafael Albisu, *La tradición política americana y los hombres que la forjaron* , Barcelona, Seix Barral, 1969.

Hornby, Nick, 2001, *How to Be Good* , Nueva York, Penguin Putnam. Versión castellana de Jesús Zulaika, *Cómo ser buenos* , Barcelona, Anagrama, 2004.

Horowitz, Daniel, 1985, *The Morality of Spending: Attitudes Toward the Consumer Society in America, 1875-1940* , Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Horwitz, Steven, 2015, «Inequality, Mobility, and Being Poor in America», *Social Philosophy and Policy* , vol. 31, n.º 2 (primavera), pp. 70-91.

Hughes, Langston, 1994, «Let America Be America Again», en *The Collected Poems of Langston Hughes* , ed. de Arnold Rampersad, Nueva York, Alfred A. Knopf, pp. 189-191.

Huizinga, Johan H., 1935, «The Spirit of the Netherlands», en *Dutch Civilization in the Seventeenth Century and Other Essays* , ed. de Pieter Geyl y F. W. N. Hugenholtz, trad. de A. J. Pomerans, Londres, Collins, 1968, pp. 105-137.

Hume, David, 1741-1742, *Essays, Moral, Political and Literary* , ed. de Eugene F. Miller, Indianápolis, Liberty Fund, 1987. Versión castellana de Carlos Martín Ramírez, *Ensayos morales, políticos y literarios* , Madrid, Trotta, 2011.

—, 1751, *An Enquiry Concerning the Principles of Morals* , Londres, A. Millar. Versión castellana de Carlos Mellizo, *Investigación sobre los principios de la moral* , Madrid, Alianza Editorial, 2014.

Hunnicut, Benjamin Kline, 1996, *Kellogg's Six-Hour Day* , Filadelfia, Temple University Press.

Iannaccone, Laurence, 2018, correspondencia con el autor, septiembre.

Ibsen, Henrik, 1878, *A Doll House* , en *Ibsen: The Complete Major Prose and Plays* , ed. y trad. de R. Fjelde, Nueva York, Penguin, 1965, pp. 123-196. Versión castellana de Alberto Adell, *Casa de muñecas. Hedda Gabler* , Madrid, Alianza Editorial, 2013.

Ingersoll, Robert G., 1897, *Great Speeches of Col. R. G. Ingersoll: Complete* , Chicago, Rhodes & McClure.

International Labor Organization (ILO), *World Employment Social Outlook: Trends for Youth 2016* , <www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---dgreports/---dcomm/---publ/documents/publication/wcms_513739.pdf>, Ginebra, International Labour Office, 2016.

Irwin, Douglas, 2017, *Clashing over Commerce: A History of U.S. Trade Policy* , Chicago, University of Chicago Press.

Isaacs, Julia B., 2007, «Economic Mobility of Families Across Generations», Institución Brookings, Washington D. C., 13 de noviembre, <<https://www.brookings.edu/research/economic-mobility-of-families-across-generations/>>.

Jacobs, Jane, 1984, *Cities and the Wealth of Nations: Principles of Economic Life* , Nueva York, Random House. Versión castellana de Ignacio Hierro, *Las ciudades y la riqueza de las naciones: principios de la vida económica* , Barcelona, Ariel, 1986.

Jaeger, Werner, 1939, *Paideia: The Ideals of Greek Culture* , vol. 1, *Archaic Greece, the Mind of Athens* , trad. de Gilbert Highet. Reedición, Nueva York, Oxford University Press, 1965. Versión castellana de Joaquín Xirau, *Paideia: Los ideales de la cultura griega* , libro I, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 1990.

James, Clive, 2007, *Cultural Amnesia: Necessary Memories from History and the Arts* , Nueva York, W. W. Norton.

Jameson, Frederic, 2011, *Representing «Capital»: A Reading of Volume One* , Londres y Nueva York, Verso.

Johnson, Paul, 2002, *Napoleon* , Nueva York y Londres, Lipper/Viking/Penguin.

Johnson, Samuel, 1775, *Taxation No Tyranny: An Answer to the Resolutions and Address of the American Congress* , 4.^a ed., Londres, T. Cadell. Versión castellana de Stella

Mastrangelo, *Los impuestos no son tiranía* , en *Escritos políticos* , Madrid, Katz/Liberty Fund, 2009.

Jones, G. T., 1933, *Increasing Returns* , Cambridge, Cambridge University Press.

Judt, Tony, 2010, *Ill Fares the Land* , Londres, Penguin. Versión castellana de Belén Urrutia, *Algo va mal* , Barcelona, Taurus, 2010.

Kama, Amit, 2007, «Israeli Gay Men's Consumption of Lesbige Media: 'I'm Not Alone... in This Business'», en *Media/Queered: Visibility and Its Discontents* , ed. de Kevin G. Barnhurst, Nueva York, Peter Lang, pp. 125-142.

Kant, Immanuel, 1781, *Kritik der reinen Vernunft* , 2.^a ed., Riga, Hartknoch. Versión castellana de Pedro Ribas, *Crítica de la razón pura* , Barcelona, Taurus, 2013.

Kantor, Arlene Finger, 1976, «Upton Sinclair and the Pure Food and Drugs Act of 1906», *American Journal of Public Health* , vol. 66, n.º 12, pp. 1202-1205.

Kaplan, Justin, 1974, *Lincoln Steffens: A Biography* , Nueva York, Simon & Schuster.

Kashdan, Andrew, y Daniel B. Klein, 2006, «Assume the Positional: Comment on Robert Frank», *Econ Journal Watch* , vol. 3, n.º 3 (septiembre), pp. 412-434.

Kelo contra la ciudad de New London , 2005, 545 U.S. 469.

Kennedy, George, 1963, *The Art of Persuasion in Greece* , Princeton, Princeton University Press.

Kennedy, James C., 2017, *A Concise History of the Netherlands* , Cambridge, Cambridge University Press.

Kennedy, Paul, 1987, *The Rise and Fall of the Great Powers* , Nueva York, Random House. Versión castellana de J. Ferrer Aleu, *Auge y caída de las grandes potencias* , Barcelona, Debolsillo, 2003.

Kerferd, G. B., 1981, *The Sophistic Movement* , Cambridge, Cambridge University Press.

Keynes, John Maynard, 1937, «Some Economic Consequences of a Declining Population», *Eugenics Review* , vol. 29, n.º 1 (abril), pp. 13-17.

Kibbe, Matt, 2014, *Don't Hurt People and Don't Take Their Stuff: A Libertarian Manifesto* , Nueva York, William Murrow (HarperCollins).

King, Martin Luther, Jr., 1959, «The Dimensions of a Complete Life», en *The Measure of a Man* , Filadelfia, Christian Education Press.

Kirkland, Richard I., Jr., 1986, «Should You Leave It All to the Children?», *Fortune* , 29 de septiembre.

Kirzner, Israel, 1979, *Perception, Opportunity and Profit* , Chicago, University of Chicago Press.

Klein, Daniel B., 2017^a, «Liberalism 1.0: The Genealogy of Adam Smith's Liberalism», conferencia en la Universidad Francisco Marroquín, 25 de octubre, <<https://newmedia.ufm.edu/video/liberalism-1-0-the-genealogy-of-adam-smiths-liberalism/>>.

—, 2017b, «Sentiment, Passive and Active, and Liberalism», Fundación para la Educación Económica, Atlanta, 25 de octubre, <<https://fee.org/articles/sentiment-passive-and-active-and-liberalism/>>.

—, 2017c, «Beyond Commutative but Not 'Social' Justice», Fundación para la Educación Económica, Atlanta, 19 de junio, <<https://fee.org/articles/my-reservations-about-the-concept-of-social-justice/>>.

Klemm, David, 2004, «Material Grace: The Paradox of Property and Possession», en *Having: Property and Possession in Religious and Social Life* , ed. de William Schweiker y Charles Mathewes, Grand Rapids, Eerdmans, pp. 222-245.

Klinenberg, Eric, 2002, *Heat Wave: A Social Autopsy of Disaster in Chicago* , Chicago, University of Chicago Press.

Kling, Arnold, 2018, «The Confusion of the Libertarians», 15 de octubre, <<https://medium.com/@arnoldkling/the-confusion-of-the-libertarians-7f060d4ba844>>.

Knight, Frank H., 1923, «The Ethics of Competition», *Quarterly Journal of Economics* , vol. 37, n.º 4 (agosto), pp. 579-624. Reeditado en *The Ethics of Competition* , Nueva York, Harper & Brothers, 1935, pp. 33-67. Versión castellana de César Armando Gómez, *La ética de la sociedad competitiva* , Madrid, Unión Editorial, 1976.

—, 1929, «Freedom as Fact and Criterion», en *Freedom and Reform: Essays in Economics and Social Philosophy*, Nueva York, Harper & Row, 1947, pp. 1-18. Reedición, Port Washington, Kennikat Press, 1969.

—, 1934, «Economic Theory and Nationalism», en *The Ethics of Competition*, Nueva York, Harper & Brothers, 1935, pp. 268-351. Reedición, New Brunswick, Transaction Publishers, 1997. Versión castellana de César Armando Gómez, *La ética de la sociedad competitiva*, Madrid, Unión Editorial, 1976.

—, 1936, «Pragmatism and Social Action», en *Freedom and Reform: Essays in Economics and Social Philosophy*, Nueva York, Harper & Row, 1947, pp. 35-44.

—, 1944, «The Rights of Man and Natural Law», en *Freedom and Reform: Essays in Economics and Social Philosophy*, Nueva York, Harper & Row, 1947, pp. 262-300.

Knight, Frank H., y T. W. Merriam, 1945, *The Economic Order and Religion*, Nueva York, Harper & Brothers.

Knott, Kim, 1998, *Hinduism*, Oxford, Oxford University Press. Versión castellana de Jaime Suñén y Begoña Mateos, *Introducción al hinduismo*, Madrid, Acento, 1999.

Kocka, Jürgen, 2014, correspondencia personal con el autor, noviembre.

Kołakowski, Leszek, 2004, *My Correct Views on Everything*, ed. de Z. Janowski, South Bend, St. Augustine's Press. Versión castellana de Anna Rubió y Jerzy Slawomirski, *Por qué tengo razón en todo*, Santa Cruz de Tenerife, Melusina, 2007.

Kolko, Gabriel, 1965, *Railroads and Regulation, 1877-1916*, Princeton, Princeton University Press.

Kropotkin, príncipe Pyotr A., 1902, *Mutual Aid: A Factor of Evolution*, Londres, Heinemann. Versión castellana de Luis Orsetti, *El apoyo mutuo: un factor de evolución*, Logroño, Pepitas de calabaza, 2016.

Krugman, Paul R., 2002, «Ricardo's Difficult Idea: Why Intellectuals Don't Understand Comparative Advantage», en *The Economics and Politics of International Trade*, vol. 2, *Freedom and Trade*, ed. de Gary Cook, Londres, Routledge, pp. 22-36.

Landes, David S., 1965, «Technological Change and Development in Western Europe, 1750-1914», en vol. 6 de *The Cambridge Economic History of Europe*, ed. de H. J. Habakkuk y M. Postan, cap. 5, Cambridge, Cambridge University Press.

—, 1969, *The Unbound Prometheus: Technological Change and Industrial Development in Western Europe, 1750 to the Present*, Cambridge, Cambridge University Press.

Landsburg, Steven E., 2008, «What to Expect When You're Free Trading», *The New York Times*, 16 de enero.

Lange, Oskar, y Fred M. Taylor, 1938, *On the Economic Theory of Socialism*, Mineápolis, University of Minnesota Press. Versión castellana de Antonio Bosch y Alfredo Pastor, *Sobre la teoría económica del socialismo*, Barcelona, Ariel, 1981.

Langland, Connie, 2001, «Merit Pay Plan Irked Teachers», *Philadelphia Inquirer*, 6 de septiembre.

Lapore, Jill, 2008, «The Creed: What Poor Richard Cost Benjamin Franklin», *The New Yorker*, 28 de enero, pp. 78-82.

Larson, John Lauritz, 2001, *Internal Improvement: National Public Works and the Promise of Popular Government in the Early United States*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Lavoie, Donald Charles, 1985, *Rivalry and Central Planning: A Re-examination of the Debate over Economic Calculation Under Socialism*, Cambridge, Cambridge University Press.

Lawrence, D. H., 1923, *Studies in Classic American Literature*, Nueva York, Thomas Seltzer. Versión castellana de Ana Antón-Pacheco, *Estudios sobre literatura clásica norteamericana*, San Lorenzo de El Escorial, Cuadernos de Langre, 2008.

Lebergott, Stanley, 1966, «Labor Force and Employment, 1800-1960», en *Output, Employment, and Productivity in the United States After 1800*, ed. de Dorothy S. Brady, Nueva York, Oficina Nacional de Investigación Económica, pp. 117-204.

—, 1993, *Pursuing Happiness: American Consumers in the Twentieth Century*, Princeton, Princeton University Press.

Lefebvre, Georges, 1939, *Quatre-vingt-neuf*, París, Maison du Livre Français. Versión castellana de Rosa Bueno, 1789: *Revolución francesa*, Barcelona, Laia, 1982.

Leighton, Wayne A., y Edward J. López, 2011, *Madmen, Intellectuals, and Academic Scribblers: The Economic Engine of Political Change*, Stanford, Stanford University Press.

Lemert, Charles, 2012, *Social Things: An Introduction to the Sociological Life* , 5.^a ed., Lanham, Rowman & Littlefield.

Lenin, Vladimir, 1917a, *Imperialism: The Highest Stage of Capitalism* [en ruso], Petrogrado. Versión castellana de la Fundación Federico Engels, *El imperialismo, fase superior del capitalismo* , Madrid, Fundación Federico Engels, 2016.

—, 1917b, «The Higher Phase of Communist Society», en *The State and Revolution* , cap. 5, sec. 4. Reeditado en *Collected Works* , vol. 25, ed. de Stepan Apresyan y Jim Riordan, Moscú, Progress Publishers, 1964, pp. 473-479, <www.marxists.org/archive/lenin/works/1917/staterev/ch05.htm#s4>. Versión castellana de la Fundación Federico Engels, *El Estado y la revolución* , Madrid, Fundación Federico Engels, 2012.

Leonard, Thomas C., 2016, *Illiberal Reformers: Race, Eugenics and American Economics in the Progressive Era* , Princeton, Princeton University Press.

Leoni, Bruno, 2008, *Law, Liberty and the Competitive Market* , ed. de Carlo Lottieri, New Brunswick, Transaction.

Le Roy Ladurie, Emmanuel, 1978, *Montaillou: Cathars and Catholics in a French Village, 1294-1324* , trad. de Barbara Bray, Londres, Scolar. Reedición, Londres, Penguin, 1980. Versión castellana de Mauro Armiño, *Montaillou, aldea occitana: de 1294 a 1324* , 2.^a ed. ampliada, Barcelona, Taurus, 2019.

Lev, Michael A., 2004, «The Great Migration of China», *Chicago Tribune* , 27, 28 y 29 de diciembre.

Lewis, C. S., 1952, *Mere Christianity* , Nueva York, Macmillan. Versión castellana de Verónica Fernández-Muro, *Mero cristianismo* , Madrid, Rialp, 1995.

Lintott, Andrew, 1999, *The Constitution of the Roman Republic* , Oxford, Oxford University Press.

Lippmann, Walter, 1914, *Drift and Mastery: An Attempt to Diagnose the Current Unrest* , Nueva York, M. Kennerley. Reedición, Madison, University of Wisconsin Press, 2015.

Lipset, Seymour Martin, 1961, «The Conservatism of Vance Packard», *Commentary Magazine* , enero, pp. 80-83.

Little, Lester K., 1978, *Religious Poverty and the Profit Economy in Medieval Europe* , Ithaca, Cornell University Press. Versión castellana de Mercedes Barat, *Pobreza voluntaria y economía de beneficio en la Europa medieval* , Madrid, Taurus, 1983.

Locke, John, 1689, *A Letter Concerning Toleration* , ed. de James H. Tully, Indianápolis, Hackett, 1983. Versión castellana de Carlos Mellizo, *Ensayo y Carta sobre la tolerancia* , Madrid, Alianza Editorial, 1999.

Lodge, David, 1999, *Home Truths: A Novella* , Londres, Secker & Warburg. Reedición, Londres, Penguin, 2000. Versión castellana de Jaime Zulaika, *Trapos sucios* , Barcelona, Anagrama, 2006.

London, Jack, 1903, *The People of the Abyss* , Londres, Macmillan. Versión castellana de Javier Calvo, *La gente del Abismo* , Barcelona, Gatopardo Ediciones, 2016.

Long, Huey, 1934, «Share Our Wealth Speech», 23 de febrero, <<https://www.hueylong.com/programs/share-our-wealth-speech.php>>.

Lyons, Leonard, 1937, «The Post's New Yorker», *The Washington Post* , 12 de mayo.

Macaulay, Thomas B., 1830, «Southey's Colloquies», *Edinburgh Review* , vol. 50, n.º 100 (enero), pp. 528-565. Reeditado en *Critical, Historical, and Miscellaneous Essays* , vol. 2., Boston, Houghton, Mifflin & Co., 1881, pp. 132-187.

Macfarlane, Alan, 1987, *The Culture of Capitalism* , Oxford, Basil Blackwell.

MacIntyre, Alasdair, 1981, *After Virtue: A Study in Moral Theory* , Notre Dame, University of Notre Dame Press. Versión castellana de Amelia Valcárcel, *Tras la virtud* , Barcelona, Crítica, 2004.

—, 1999, *Dependent Rational Animals: Why Human Beings Need the Virtues* , Londres, Duckworth & Co. Versión castellana de Beatriz Martínez, *Animales racionales y dependientes* , Barcelona, Paidós Ibérica, 2001.

Maddison, Angus, 1989, *The World Economy in the Twentieth Century* , París, Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos.

—, 2006, *The World Economy* , 2 vols., París, Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos.

—, 2010, «Historical Statistics of the World Economy: 1-2008 AD», página web del Centro de Crecimiento y Desarrollo de Groninga, Universidad de Groninga. Consultado el 25 de febrero de 2019, <[www.ggdgc.net/MADDISON/Historical Statistics/horizontal-file_02-2010.xls](http://www.ggdgc.net/MADDISON/Historical%20Statistics/horizontal-file_02-2010.xls)>.

Madison, James, 1788, «The Structure of the Government Must Furnish the Proper Checks and Balances Between the Different Departments», *Federalista* n.º 51, *The New York Packet*, 8 de febrero, <www.congress.gov/resources/display/content/The+Federalist+Papers#TheFederalistPapers-51>.

Malkin, Elisabeth, 2017, «Mexico Agrees to Sugar Trade Deal, but U.S. Refiners Remain Unhappy», *The New York Times*, 6 de junio.

Mandeville, Bernard, 1705-1729, *The Fable of the Bees: or, Private Vices, Publick Benefits*, 2 vols., ed. de F. B. Kaye, Oxford, Clarendon Press, 1924. Reedición, Indianápolis, Liberty Fund, 1988. Versión castellana de José Ferrater Mora, *La fábula de las abejas: o los vicios privados hacen la prosperidad pública*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 2004.

Manzoni, Alessandro, 1827, *I promessi sposi*, Livorno, Pozzolini. Versión castellana de Esther Benítez, *Los novios*, Madrid, Alfaguara, 2004.

Margo, Robert A., 1993, «What Is the Key to Black Progress?», en *Second Thoughts: Myths and Morals of U.S. Economic History*, ed. de Deirdre N. McCloskey, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, pp. 65-69.

Marx, Karl, 1867, *Capital: A Critique of Political Economy*, ed. de Friedrich Engels, trad. de la 4.ª ed. alemana de Ernest Untermann, Nueva York, Modern Library (Random House), 1906. Versión castellana de Vicente Romano, *El capital. Crítica de la economía política*, obra completa, Madrid, Akal, 2000.

—, 1885, *Capital: A Critique of Political Economy*, vol. 2, *The Process of Circulation of Capital*, ed. de Friedrich Engels, trad. de la 2.ª ed. alemana de Ernest Untermann, Chicago, Kerr, 1907. Reedición, Moscú, Progress Publishers, 1956, <<https://www.marxists.org/archive/marx/works/download/pdf/Capital-Volume-II.pdf>>.

—, 1894, *Capital: A Critique of Political Economy*, vol. 3, *The Process of Capitalist Production as a Whole*, ed. de Friedrich Engels, trad. de Ernest Untermann, Chicago, Kerr, 1909.

Reedición, Moscú, Instituto de Marxismo-Leninismo, 1959, <www.marxists.org/archive/marx/works/download/pdf/Capital-Volume-III.pdf>.

Mauss, Marcel, 1925, *The Gift*, trad. de W. D. Halls, Londres, Routledge, 1990. Reedición, Londres, Routledge Classics, 2002. Versión castellana de Julia Bucci, *Ensayo sobre el don*, Buenos Aires y Madrid, Katz, 2010.

Mazzucato, Mariana, 2013, *The Entrepreneurial State: Debunking Public vs. Private Sector Myths*. Reedición, Londres, Anthem Press, 2014. Versión castellana de Javier San Julián y Anna Solé, *El Estado emprendedor*, Barcelona, RBA, 2014.

McClay, Wilfred, 1993, «The Strange Career of ‘The Lonely Crowd’; or, The Antinomies of Autonomy», en *The Culture of the Market: Historical Essays*, ed. de T. L. Haskell y R. F. Teichgraeber iii, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 397-440.

McCloskey, Deirdre N., 1970, «Did Victorian Britain Fail?», *Economic History Review*, vol. 23, n.º 3 (diciembre), pp. 446-459. Reeditado en *Twentieth-Century Economic History: Critical Concepts in Economics*, ed. de Lars Magnusson, Londres, Routledge, 2010.

—, ed., 1972, *Essays on a Mature Economy: Britain After 1840*, Princeton, Princeton University Press.

—, 1973, «New Perspectives on the Old Poor Law», *Explorations in Economic History*, vol. 10, n.º 4 (verano), pp. 419-436.

—, 1980, «Magnanimous Albion: Free Trade and British National Income, 1841-1881», *Explorations in Economic History*, vol. 17, n.º 3, pp. 303-320.

—, 1985, *The Applied Theory of Price*, Nueva York, Macmillan.

—, 1990, *If You're So Smart: The Narrative of Economic Expertise*, Chicago, University of Chicago Press.

—, 1991, «Voodoo Economics», *Poetics Today*, vol. 12, n.º 2 (verano), pp. 287-300.

—, 1993, crítica de *In Pursuit of the Ph.D.*, de William Bowen y Neil Rudenstine, *Economics of Education Review*, vol. 4, pp. 359-365.

—, 1994, *Knowledge and Persuasion in Economics*, Cambridge, Cambridge University Press.

- , 1998, «Bourgeois Virtue and the History of P and S », *Journal of Economic History* , vol. 58, n.º 2 (junio), pp. 297-317.
- , 2000, «Post-Modern Free-Market Feminism: A Conversation with Gayatri Chakravorty Spivak», *Rethinking Marxism* , vol. 12, n.º 4 (invierno), pp. 23-37.
- , 2001, «Getting It Right, and Left: Marxism and Competition», *Eastern Economic Journal* , vol. 27, n.º 4, pp. 515-520.
- , 2002, «The Insanity of Letters of Recommendation», *Eastern Economic Journal* , vol. 28, n.º 1, pp. 137-140.
- , 2003, «Notre Dame Loses», *Eastern Economic Journal* , vol. 29, n.º 2, pp. 309-315.
- , 2006a, *The Bourgeois Virtues: Ethics for an Age of Commerce* , Chicago, University of Chicago Press. Versión castellana de Óscar Figueroa, *Las virtudes burguesas. Ética para la era del comercio* , Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2015.
- , 2006b, «A Solution to the Alleged Inconsistency in the Neoclassical Theory of Markets: Reply to Guerrien's Reply», *Post-Autistic Economics Review* , n.º 39 (octubre), <www.paecon.net/PAERreview/issue39/McCloskey39.htm>.
- , 2006c, «Keukentafel Economics and the History of British Imperialism», *South African Economic History Review* , vol. 21, pp. 171-176.
- , 2008, «Adam Smith, the Last of the Former Virtue Ethicists», *History of Political Economy* , vol. 40, n.º 1, pp. 43-71.
- , 2010, *Bourgeois Dignity: Why Economics Can't Explain the Modern World* , Chicago, University of Chicago Press.
- , 2012a, «What Michael Sandel Can't Buy: Review of Sandel's 'What Money Can't Buy'», *Claremont Review of Books* , vol. 12 (otoño), pp. 57-59. Revisado y reeditado como «The Moral Limits of Communitarianism: What Michael Sandel Can't Buy», *ORDO* , vol. 64 (primavera del 2013), pp. 538-543.
- , 2012b, «Sliding Into PoMo-ism from Samuelsonianism: Comment on Ruccio and Amariglio, *Postmodern Moments in Modern Economics* », *Rethinking Marxism* , vol. 24, n.º 3, pp. 355-359.

—, 2016a, *Bourgeois Equality: How Ideas, Not Capital or Institutions, Enriched the World* , Chicago, University of Chicago Press.

—, 2016b, «Christian Libertarianism Is What Our Politics Needs», en «Libertarianism, Yes! But What Kind of Libertarianism? Virtue vs. Libertinism or, a *Reason* Debate on Liberty, License, Coercion, and Responsibility», ed. de Nick Gillespie, *Reason* , 9 de junio, <<https://reason.com/2016/06/09/libertarianism-yes-but-what-kind-of-libe/>>.

—, 2018^a, «Why Liberalism's Critics Fail», crítica de *¿Por qué ha fracasado el liberalismo?* , de Patrick Deneen, *Modern Age* , vol. 60, n.º 3 (verano), <<https://home.isi.org/why-liberalism%E2%80%99s-critics-fail>>.

—, 2018b, «The Applied Theory of Bossing People Around: Thaler's Nobel», *Reason* , marzo, pp. 8-9.

—, 2018c, «A True but Nonobvious Proposition?», *Reason* , mayo, <<https://reason.com/archives/2018/04/03/a-true-but-nonobvious-proposit>>.

—, 2018d, «The Two Movements in Economic Thought, 1700-2000: Empty Economic Boxes Revisited», *History of Economic Ideas* , vol. 26, n.º 1, pp. 63-95.

—, 2019, «Manifesto for a New American Liberalism, or How to Be a Humane Libertarian», en *Economic Freedom and Prosperity: The Origins and Maintenance of Liberalization* , ed. de Benjamin Powell, Nueva York, Routledge.

McCloskey, Deirdre N., y Art Carden, s. f., «Leave Me Alone and I'll Make You Rich and Wise: How the Bourgeois Deal Enriched the World», manuscrito no publicado.

McCloskey, Deirdre N., y Santhi Hejeebu, 1999, «The Reproving of Karl Polanyi», *Critical Review* , vol. 13 (verano/otoño), pp. 285-314.

—, 2004, «Polanyi and the History of Capitalism: Rejoinder to Blyth», *Critical Review* , vol. 16, n.º 1, pp. 135-142.

McCloskey, Deirdre N., y Arjo Klamer, 1989, «The Rhetoric of Disagreement», *Rethinking Marxism* , vol. 2, n.º 3 (otoño), pp. 140-161. Reeditado en *Why Economists Disagree* , ed. de D. H. Prychitko, Albany, SUNY Press, 1998.

—, 1995, «One Quarter of GDP is Persuasion», *American Economic Review Papers and Proceedings* , vol. 85, n.º 2, pp. 191-195.

McCloskey, Robert Green, 1951, *American Conservatism in the Age of Enterprise: A Study of William Graham Sumner, Stephen J. Field, and Andrew Carnegie*, Cambridge, Harvard University Press.

McNeill, William H., 1974, *Venice, the Hinge of Europe 1081-1797*, Chicago, University of Chicago Press.

Megill, Allan, 2002, *Karl Marx: The Burden of Reason*, Lanham, Rowman & Littlefield.

Meisner, Jason, y Annie Sweeney, 2017, «Landmark Investigation Says Chicago Police Conduct Harms Residents, Endangers Officers», *Chicago Tribune*, 14 de enero.

Melville, Herman, 1856, «Bartleby», en *The Piazza Tales*, Nueva York, Dix & Edwards, pp. 31-108. Versión castellana de María José Chuliá, *Bartleby, el escribiente*, Barcelona, Penguin Clásicos, 2019.

Mencken, H. L., 1916, *A Little Book in C Major*, Nueva York, John Lane.

—, 1922, *Prejudices: Third Series*, Nueva York, A. A. Knopf.

—, 1926, *Notes on Democracy*, Nueva York: A. A. Knopf. Reedición, Nueva York, Dissident Books, 2009.

Mendelson, Cheryl, 1999, *Home Comforts: The Art and Science of Keeping House*, Nueva York, Scribner.

Midgley, Mary, 1984, *Wickedness: A Philosophical Essay*, Londres, Routledge & Kegan Paul.

Mielants, Eric H., 2008, *The Origins of Capitalism and the «Rise of the West»*, Filadelfia, Temple University Press.

Milanovic, Branko, Peter H. Lindert y Jeffrey G. Williamson, 2011, «Pre-Industrial Inequality», *Economic Journal*, vol. 121, pp. 255-272.

Mill, John Stuart, 1836, «On the Definition of Political Economy; and on the Method of Philosophical Investigation in That Science», *London and Westminster Review*, octubre, pp. 1-16.

—, 1859, *On Liberty* , 2.^a ed., Londres, John W. Parker and Son. Reedición, Kitchener, Ontario, Batoche Books, 2001. Versión castellana de Eduardo Gil, *De la libertad* , Barcelona, Acantilado, 2012.

—, 1871, *Principles of Political Economy, with Some of Their Applications to Social Philosophy* . Reedición, Londres, Longmans, Green, 1909. Versión castellana de Teodoro Ortiz, *Principios de economía política* , Madrid, Síntesis/Fundación ICO, 2008.

Mingardi, Alberto, 2017, «Classical Liberalism in Italian Economic Thought from the Time of Unification», *Econ Journal Watch* , vol. 14, n.º 1 (enero), pp. 22-54.

Mises, Ludwig von, 1949, *Human Action: A Treatise on Economics* , New Haven, Yale University Press. Versión castellana de Joaquín Roig, *La acción humana: tratado de economía* , Madrid, Unión Editorial, 2019.

—, 1951, *Socialism: An Economic and Sociological Analysis* , New Haven, Yale University Press. Versión castellana de Luis Montes de Oca, *El socialismo: análisis económico y sociológico* , Madrid, Unión Editorial, 2009.

—, 1956, *The Anti-Capitalistic Mentality* , Princeton, Van Nostrand. Reedición, Indianápolis, Liberty Fund, 2006. Versión castellana de Joaquín Roig, *La mentalidad anticapitalista* , Madrid, Unión Editorial, 2010.

Mokyr, Joel, 2010, *The Enlightened Economy: An Economic History of Britain 1700-1850* , New Haven, Yale University Press.

—, 2014, «What Today's Economic Gloomers Are Missing», *The Wall Street Journal* , 8 de agosto.

Mueller, John, 1999, *Capitalism, Democracy, and Ralph's Pretty Good Grocery* , Princeton, Princeton University Press.

—, 2006, *Overblown: How Politicians and the Terrorism Industry Inflate National Security Threats, and Why We Believe Them* , Nueva York, Free Press.

Murray, John E., y Metin M. Cosgel, 1999, «Between God and Market: Influences of Economy and Spirit on Shaker Communal Dairying, 1830-1875», *Social Science History* , vol. 23, n.º 1 (primavera), pp. 41-65.

Nelson, Robert H., 1991, *Reaching for Heaven on Earth: The Theological Meaning of Economics* , Lanham, Rowman & Littlefield.

New Orleans Times-Picayune , 2006, «Commend Center», 23 de febrero.

Nordhaus, William D., 2004, «Schumpeterian in the American Economy: Theory and Measurement», documento de trabajo de la NBER n.º 10433, Oficina Nacional de Investigación Económica, Cambridge, abril, <www.nber.org/papers/w10433>.

North, Douglass C.; John Joseph Wallis, y Barry R. Weingast, 2009, *Violence and Social Orders: A Conceptual Framework for Interpreting Recorded Human History* , Cambridge, Cambridge University Press.

Nozick, Robert, 1974, *Anarchy, State, and Utopia* , Nueva York, Basic Books. Versión castellana de Rolando Tamayo, *Anarquía, Estado y utopía* , Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

—, 1981, *Philosophical Explanations* , Cambridge, Harvard University Press. Versión castellana de Jonathan Marqués, *Explicaciones filosóficas* , Londres, Ininsfree, 2018.

—, 1989, *The Examined Life: Philosophical Meditations* , Nueva York, Simon & Schuster. Versión castellana de Carlos Gardini, *Meditaciones sobre la vida* , Barcelona, Gedisa, 2018.

—, 2001, *Invariances: The Structure of the Objective World* , Cambridge, Harvard University Press.

Nussbaum, Martha C., y Amartya Sen, eds., 1993, *The Quality of Life* , Oxford, Clarendon Press. Versión castellana de Roberto Ramón Reyes, *La calidad de la vida* , Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

Nye, John V. C., 1997, «Thinking About the State: Property Rights, Trade, and Changing Contractual Arrangements in a World with Coercion», en *The Frontiers of the New Institutional Economics* , ed. de John Drobak y John V. C. Nye, Nueva York y Londres, Academic Press, pp. 121-142.

Oficina de Responsabilidad del Gobierno de Estados Unidos, 2005, *Understanding the Tax Reform Debate: Background Criteria and Questions* , GAO-05-1009SP, Washington D. C., Oficina de Responsabilidad del Gobierno, <www.gao.gov/products/GAO-05-1009SP>.

Ogilvie, Sheilagh, 2019, *The European Guilds: An Economic Analysis* , Princeton, Princeton University Press.

Organización Internacional del Trabajo (OIT), 2016, *Perspectivas Laborales y Sociales en el Mundo 2016: Tendencias entre los jóvenes*, Ginebra, Oficina Internacional del Trabajo, <https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---dgreports/---inst/documents/publication/wcms_538064.pdf>.

Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), 2018, «Youth Unemployment Rate (Indicator)». Consultado el 3 de enero de 2018, <<https://data.oecd.org/unemp/youth-unemployment-rate.htm>>.

O'Rourke, P. J., 1988, «What Do They Do for Fun in Warsaw?», en *Holidays in Hell*, Nueva York, Vintage Books. Versión castellana de Javier Franco, *Vacaciones en la guerra y otras historias*, Madrid, Temas de Hoy, 1990.

Orwell, George, 1937, *The Road to Wigan Pier*, Londres, Gollancz. Versión castellana de Ester Donato, *El camino de Wigan Pier*, Barcelona, Destino, 2012.

O'Siadhail, Michael, 2018, *The Five Quintets*, Waco, Baylor University Press.

Packer, George, 2013, *The Unwinding: An Inner History of the New America*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux. Versión castellana de Miguel Marqués, *El desmoronamiento: una crónica íntima de la nueva América*, Barcelona, Debate, 2015.

Pagano, Patrizio, y Massimo Sbracia, 2014, «The Secular Stagnation Hypothesis: A Review of the Debate and Some Insights», *Questioni di Economia e Finanza*, documento ocasional n.º 231, Banca D'Italia.

Paine, Thomas, 1776, *Common Sense*. Reedición, Nueva York, Peter Eckler, 1922. Versión castellana de Miguel Ángel Ruz y Max Lacruz, *El sentido común*, Madrid, Funambulista, 2015.

—, 1794, 1795, 1807, *The Age of Reason*. Reedición, Indianápolis, Bobbs-Merrill, 1975. Versión castellana de Bertha Ruiz, *La edad de la razón*, México, Conaculta, 2003.

Palmer, Tom G., 2009, *Realizing Freedom: Libertarian Theory, History, and Practice*, ed. ampliada, Washington D. C., Instituto Cato.

—, ed., 2011, *The Morality of Capitalism*, Ottawa, Jameson Books.

—, 2013, «Why Be Libertarian?», en *Why Liberty: Your Life, Your Choices, Your Future*, ed. de Tom G. Palmer, cap. 1, Ottawa, Jameson Books.

Partridge, H., 1967, «Freedom», en *The Encyclopedia of Philosophy* , ed. de Paul Edwards, Nueva York, Macmillan.

Peacock, Alan, 1987, «Economic Freedom», en vol. 2 de *The New Palgrave: A Dictionary of Economics* , ed. de John Eatwell, Murray Milgate y Peter Newman, Londres, Macmillan, pp. 88-93.

Pearson, James, 2015, «North Korea's Black Market Becoming the New Normal», Reuters, 28 de octubre, <www.reuters.com/article/us-northkorea-change-insight/north-koreas-black-market-becoming-the-new-normal-idUSKCN0SN00320151029>.

Peart, Sandra J., y David M. Levy, eds., 2008a, *The Street Porter and the Philosopher: Conversations in Analytical Egalitarianism* , Ann Arbor, University of Michigan Press.

—, 2008b, «Denying Human Homogeneity: Eugenics and the Making of Postclassical Economics», en *The Street Porter and the Philosopher* , ed. de Peart y Levy, pp. 338-357.

Perkins, Dwight H., 1995, «The Transition from Central Planning: East Asia's Experience», en *Social Capability and Long-Term Economic Growth* , ed. de Bon Ho Koo y Dwight H. Perkins, Basingstoke, Macmillan, pp. 221-241.

Perkins, Dwight H., y Thomas G. Rawski, 2008, «Forecasting China's Economic Growth to 2025», en *China's Great Economic Transformation* , ed. de Loren Brandt y Thomas G. Rawski, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 829-886.

Perry, Mark J., 2018, «Census Data Released Today Show Continued Gains for Middle-Class Americans and Little Evidence of Rising Income Inequality», *AEIdeas* (blog), 12 de septiembre, <www.aei.org/publication/some-charts-from-the-census-data-released-this-week-on-us-incomes-in-2017-showing-impressive-gains-for-americans/>.

Persky, Joseph, 1990, «A Dismal Romantic», *Journal of Economic Perspectives* , vol. 4, n.º 4, pp. 165-172.

Peterson, Christopher, y Martin E. P. Seligman, 2004, *Character Strengths and Virtues: A Handbook and Classification* , Oxford, Oxford University Press.

Pettegree, Andrew, 2014, *The Invention of News: How the World Came to Know About Itself* , New Haven, Yale University Press.

Phelps, Edmund S., 2013, *Mass Flourishing: How Grassroots Innovation Created Jobs, Challenge, and Change*, Princeton, Princeton University Press. Versión castellana de Albino Santos, *Una prosperidad inaudita*, Barcelona, RBA, 2017.

Piketty, Thomas, 2014, *Capital in the Twenty-First Century*, trad. de Arthur Goldhammer, Cambridge, Harvard University Press. Publicado originalmente como *Le capital au XXI^e siècle*, París, Éditions du Seuil, 2013. Versión castellana de Eliane Cazenave-Tapie, *El capital en el siglo XXI*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 2014.

Piller, Charles, y Jia You, 2018, «Hidden Conflicts? An Investigation Finds a Pattern of After-the-Fact Compensation by Pharma to Those Advising the U.S. Government on Drug Approvals», *Science*, vol. 361 (6 de julio), pp. 17-23.

Platón, 1914, *Phaedrus*, en *Plato I: Euthyphro, Apology, Crito, Phaedo, Phaedrus*, trad. de H. N. Fowler, Cambridge, Harvard University Press. Versión castellana de María Araujo y Luis Gil, *Diálogos: El banquete, Fedro, Fedón*, Barcelona, Penguin Clásicos, 2019.

—, 1921, *Sophist*, en *Plato VII: Theaetetus, Sophist*, trad. de H. N. Fowler, Cambridge, Harvard University Press. Versión castellana de Francesc Casadesús, *El sofista*, Madrid, Alianza Editorial, 2010.

—, 1925, *Gorgias*, en *Plato III: Lysis, Symposium, Gorgias*, trad. de W. R. M. Lamb, Cambridge, Harvard University Press. Versión castellana de J. Calonge Ruiz *et al.*, *Gorgias*, en *Diálogos II*, Madrid, Gredos, 1983.

Polanyi, Michael, 1951, *The Logic of Liberty*, Chicago, University of Chicago Press. Versión castellana de Nora Ferrer, *La lógica de la libertad*, Madrid y Buenos Aires, Katz, 2009.

Pomeranz, Kenneth, y Steven Topik, 2012, *The World That Trade Created*, 3.^a ed., Armonk, M. E. Sharpe.

Pope, Alexander, 1731, «Epistle IV to Richard Boyle, Earl of Burlington», en *Pope: Poetical Works*, ed. de H. Davis, Oxford, Oxford University Press, 1966, pp. 314-321.

Posner, Eric A., 2018, «The Far-Reaching Threats of a Conservative Court», *The New York Times*, 23 de octubre.

Posner, Eric A., y E. Glen Weyl, 2018, *Radical Markets: Uprooting Capitalism and Democracy for a Just Society*, Princeton, Princeton University Press. Versión castellana de

Griselda Cuervo, *Mercados radicales: cómo subvertir el capitalismo y la democracia para lograr una sociedad justa*, Barcelona, Antoni Bosch, 2019.

Posner, Richard A., 1979, «Utilitarianism, Economics, and Legal Theory», *Journal of Legal Studies*, vol. 8, pp. 103-140.

—, 1985, «Wealth Maximization Revisited», *Notre Dame Journal of Law, Ethics, and Public Policy*, vol. 2, pp. 85-105.

Postrel, Virginia, 1998, *The Future and Its Enemies: The Growing Conflict over Creativity, Enterprise, and Progress*, Nueva York, Free Press.

Powers, Kirsten, 2015, *The Silencing: How the Left Is Killing Free Speech*, Washington D. C., Regnery.

Prestona, Stephanie D., y Frans B. M. de Waal, 2002, «Empathy: Its Ultimate and Proximate Bases», *Behavioral and Brain Sciences*, vol. 25, pp. 1-72.

Quintiliano, 1929, *Institutio Oratoria*, trad. de H. E. Butler, Loeb Classical Library, Cambridge, Harvard University Press. Versión castellana de Alfonso Ortega, *Quintiliano de Calahorra. Sobre la formación del orador*, obra completa, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 1996-2002.

Radford, R. A., 1945, «The Economics of a POW Camp», *Economica* (nueva época), vol. 12, pp. 189-201.

Rahn, Richard W., 2018a, «The Unthinking and the Unobservant», *The Washington Times*, 2 de julio, <www.washingtontimes.com/news/2018/jul/2/history-shows-that-socialism-brings-misery-to-nati/>.

—, 2018b, «Why Some Problems Seem Never to Be Solved», *The Washington Times*, 9 de julio, <www.washingtontimes.com/news/2018/jul/9/why-some-problems-seem-never-to-be-solved/>.

Rawls, John, 1958, «Justice as Fairness», *Philosophical Review*, vol. 67, n.º 2, pp. 164-194.

—, 1971, *A Theory of Justice*, Cambridge, Harvard University Press. Versión castellana de María Dolores González, *Teoría de la justicia*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 1997.

—, 1985, «Justice as Fairness: Political Not Metaphysical», *Philosophy and Public Affairs* , vol. 14, n.º 3 (verano), pp. 223-251.

Reddy, William M., 2001, *The Navigation of Feeling: A Framework for the History of Emotions* , Cambridge, Cambridge University Press.

Reich, Robert B., 1991, *The Work of Nations: Preparing Ourselves for 21st-Century Capitalism* , Londres, Simon & Schuster. Versión castellana de Federico Villegas, *El trabajo de las naciones* , Madrid, Javier Vergara, 1993.

—, 2014, «How to Shrink Inequality», *The Nation* , 6 de mayo.

Reid, Michael, 2017, *Forgotten Continent: The Battle for Latin America's Soul* , ed. revisada, New Haven, Yale University Press. Versión castellana de Michael Reid, *El continente olvidado: la lucha por el alma de América Latina* , Barcelona, Belacqva, 2009.

Reinhart, Carmen M., y Kenneth S. Rogoff, 2011, «Growth in a Time of Debt», documento de trabajo de la NBER n.º 15639, Oficina Nacional de Investigación Económica, Cambridge, diciembre, <www.nber.org/papers/w15639>.

Resources , vol. 3, n.º 4, pp. 409-421.

Ridley, Matt, 2014, «Start Spreading the Good News on Inequality», *The Times* , 2 de junio, <www.thetimes.co.uk/article/start-spreading-the-good-news-on-inequality-nx03pwjtv6d>.

Riis, Jacob, 1890, *How the Other Half Lives: Studies Among the Tenements of New York* , Nueva York, Charles Scribner's Sons. Versión castellana de Isabel Núñez, *Cómo vive la otra mitad: estudios entre las casas de vecindad de Nueva York* , Barcelona, Alba, 2004.

Rimlinger, Gaston V., 1968, «Social Change and Social Security in Germany», *Journal of Human*

Robertson, D. H., 1923, *The Control of Industry* , Londres, Nisbet and Co.

Robine, Jean-Marie; Siu Lan K. Cheung; Sophie Le Roy; Herman Van Oyen; Clare Griffiths; Jean-Pierre Michel, y François Richard Herrmann, 2008, «Plus de 70.000 décès en Europe au cours de l'été 2003», *Comptes Rendus Biologies* , vol. 331, n.º 2, pp. 171-178.

Rogge, Benjamin A., 1962, «The Case for Economic Freedom», en *A Maverick's Defense of Freedom: Selected Writings and Speeches of Benjamin A. Rogge*, ed. de Dwight Lee, Indianápolis, Liberty Fund, 2010, pp. 3-9.

Rönnbäck, Klas, 2009, «Integration of Global Commodity Markets in the Early Modern Era», *European Review of Economic History*, vol. 13, pp. 95-129.

Roosevelt, Franklin Delano, 1941, discurso ante el Congreso sobre el estado de la Unión, 6 de enero.

Rorty, Amélie Oksenberg, 1983, «Experiments in Philosophical Genre: Descartes' Meditations», *Critical Inquiry*, vol. 9, n.º 3 (marzo), pp. 545-565.

Rosling, Hans; Ola Rosling, y Anna Rosling Rönnlund, 2018, *Factfulness: Ten Reasons We're Wrong About the World — and Why Things Are Better than You Think*, Londres, Hodder & Stoughton. Versión castellana de Jorge Paredes, *Factfulness: Diez razones por las que estamos equivocados sobre el mundo. Y por qué las cosas están mejor de lo que piensas*, Barcelona, Deusto, 2018.

Rothbard, Murray N., 1982, *The Ethics of Liberty*, Atlantic Highlands, Humanities Press. Reedición, Nueva York, New York University Press, 1998. Versión castellana de J. Marciano Villanueva, *La ética de la libertad*, Madrid, Unión Editorial, 2011.

Rousseau, Jean-Jacques, 1755, *Discourse on the Origin of Inequality*, en *Rousseau: The Basic Political Writings*, ed. de Donald A. Cress, Indianápolis, Hackett, 2011, pp. 25-109. Versión castellana de Mauro Armijo, *Del contrato social. Discurso sobre las ciencias y las artes. Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, Madrid, Alianza Editorial, 2003.

—, 1762, *Du contrat social*, Ámsterdam, Marc-Michel Rey. Versión castellana de Mauro Armijo, *Del contrato social. Discurso sobre las ciencias y las artes. Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, Madrid, Alianza Editorial, 2003.

Rowley, Charles, y Alan Peacock, 1975, *Welfare Economics: A Liberal ReInterpretation*, Londres, Martin Robertson.

Ruger, William, y Jason Sorens, 2016, «The Case for 'Virtue Libertarianism' Over Libertinism», en «Libertarianism, Yes! But What Kind of Libertarianism? Virtue vs. Libertinism or, a Reason Debate on Liberty, License, Coercion, and Responsibility», ed. de Nick Gillespie, *Reason*, 9 de junio, <<http://reason.com/archives/2016/06/09/libertarianism-yes-but-what-kind-of-libe/>>.

Rumbold, Richard, 1685, «Speech from the Scaffold», en *The Levellers and the English Revolution* , de Henry Noel Brailsford, Stanford, Stanford University Press, 1961.

Ryan, Alan, 1987, «Liberty», en *The New Palgrave: A Dictionary of Economics* , ed. de John Eatwell, Murray Milgate y Peter Newman, Londres, Macmillan.

Safi, Michael, 2017, «India Weighs Up the Return on Cash Handouts for the Poorest», *The Guardian* , 6 de febrero, <www.theguardian.com/global-development/2017/feb/06/india-weighs-return-cash-handouts-poorest-universal-basic-income-arvind-subramanian>.

Sahlins, Marshall, 1976, *Culture and Practical Reason* , Chicago, University of Chicago Press. Versión castellana de Gregorio Valdivia, *Cultura y razón práctica* , Barcelona, Gedisa, 2017.

—, 2003, «Preface to New Edition», en *Stone Age Economics* , 2.^a ed., Londres, Routledge. Versión castellana de Emilio Muñoz y Ema Rosa, *Economía de la Edad de Piedra* , Madrid, Akal, 1983.

Sala i Martín, Xavier, 2006, «The World's Distribution of Income: Falling Poverty and Convergence», *Quarterly Journal of Economics* , vol. 121, n.º 2, pp. 351-397.

Sala i Martín, Xavier, y Maxim Pinkovskiy, 2010, «Parametric Estimations of the World Distribution of Income», VoxEU.org, Centro de Investigación de Política Económica, Londres, 22 de enero, <www.voxeu.org/article/parametric-estimations-world-distribution-income>.

Sandel, Michael, 2012, *What Money Can't Buy: The Moral Limits of Markets* , Nueva York, Farrar, Straus and Giroux. Versión castellana de Joaquín Chamorro, *Lo que el dinero no puede comprar: los límites morales del mercado* , Barcelona, Debate, 2013.

Saunders, Peter, 2013, «Researching Poverty: Methods, Results, and Impact», *Economic and Labour Relations Review* , vol. 24, n.º 2, pp. 205-218.

Sayers, Dorothy L., 2004, «Why Work?», en *Letters to a Diminished Church* , Nashville, Thomas Nelson, pp. 118-139.

Schjeldahl, Peter, 2004, «Dealership: How Marian Goodman Quietly Changed the Contemporary-Art Market», *The New Yorker* , 2 de febrero, pp. 36-41.

Schlesinger, Arthur M., Jr., 1945, *The Age of Jackson* , Boston, Little, Brown and Company.

—, 1962, *The Politics of Hope* , Boston, Riverside Press.

Schmidtz, David, 1993, «Reasons for Altruism», en *Altruism* , ed. de Ellen Frankel Paul, Fred D. Miller y Jeffrey Paul, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 52-68. Reeditado en *The Gift: An Interdisciplinary Perspective* , ed. de Aafke E. Komter, Ámsterdam, University of Amsterdam Press, 1996, pp. 164-175.

—, 2011, «Nonideal Theory: What It Is and What It Needs to Be», *Ethics* , vol. 121, n.º 4, pp. 772-796.

Schor, Juliet B., 1993, *The Overworked American: The Unexpected Decline of Leisure* , Nueva York, Basic Books. Versión castellana de Elvira Cortés, *La excesiva jornada laboral en Estados Unidos: la inesperada disminución del tiempo de ocio* , Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1994.

—, 1998, *The Overspent American: Upscaling, Downshifting, and the New Consumer* , Nueva York, Basic Books.

—, 2004, *Born to Buy: The Commercialized Child and the New Consumer Culture* , Nueva York, Scribner. Versión castellana de Juanjo Estrella, *Nacidos para comprar: los nuevos consumidores infantiles* , Barcelona, Paidós Ibérica, 2006.

Schultz, Kevin M., 2015, *Buckley and Mailer: The Difficult Friendship That Shaped the Sixties* , Nueva York, W. W. Norton.

Schultze, Charles L., 1983, «Industrial Policy: A Dissent», *Brookings Review* , vol. 2 (otoño), pp. 3-12.

Schumpeter, Joseph A., 1942, *Capitalism, Socialism, and Democracy* , 3.ª ed., Nueva York, Harper & Row, 1950. Versión castellana de José Díaz García et al ., *Capitalismo, socialismo y democracia* , 2 vols., Barcelona, Página Indómita, 2015.

—, 1954, *History of Economic Analysis* , ed. de Elizabeth Boody Schumpeter, Londres, Routledge. Versión castellana de Manuel Sacristán, *Historia del análisis económico* , Barcelona, Ariel, 2015.

Schuttner, Scott, 1998, *Basic Stairbuilding* , Newtown, Taunton Press.

Scitovsky, Tibor, 1976, *The Joyless Economy: An Inquiry into Human Satisfaction and Consumer Dissatisfaction* , Nueva York, Oxford University Press.

Scruton, Roger, 2014, *How to Be a Conservative* , Londres y Nueva York, Bloomsbury. Versión castellana de Carlos Esteban, *Cómo ser conservador* , Madrid, Ivat, 2018.

Seabrook, John, 1993, «The Flash of Genius», *The New Yorker* , 11 de enero.

Seager, Henry R., 1913, «The Minimum Wage as Part of a Program for Social Reform», *Annals of the American Academy of Political and Social Science* , vol. 48 (julio), pp. 3-12.

Seaton, James, 1996, *Cultural Conservatism, Political Liberalism: From Criticism to Cultural Studies* , Ann Arbor, University of Michigan Press.

Sellar, Walter Carruthers, y Robert Julian Yeatman, 1931, *1066 and All That: A Memorable History of England* , Nueva York, Dutton.

Sen, Amartya, 1985, *Commodities and Capabilities* , Ámsterdam, Elsevier Science.

—, 1987, *On Ethics and Economics* , Oxford, Blackwell. Versión castellana de Ángeles Conde, *Sobre ética y economía* , Madrid, Alianza Editorial, 1999.

—, 1999, *Development as Freedom* , Oxford, Oxford University Press. Versión castellana de Esther Rabasco y Luis Toharia, *Desarrollo y libertad* , Barcelona, Planeta, 2000.

Sender, Katherine, 2007, «Professional Homosexuals: The Politics of Sexual Identification in Gay and Lesbian Media and Marketing», en *Media/Queered: Visibility and Its Discontents* , ed. de Kevin G. Barnhurst, Nueva York, Peter Lang, pp. 89-106.

Shilts, Wade, 2007, «Making McCloskey's Rhetoric Empirical: Company Law and Tragedies of the Commons in Victorian Britain», en *Transdisciplinary Readings: Essays in Rhetoric and Economics* , ed. de Edward Clift, Lewiston, Mellen Press.

Shlaes, Amity, 2007, *The Forgotten Man: A New History of the Great Depression* , Nueva York, HarperCollins.

Silver, Allan, 1989, «Friendship and Trust as Moral Ideals: An Historical Approach», *European Journal of Sociology* , vol. 30, n.º 2, pp. 274-297.

Skidelsky, Robert, 2018, *Money and Government: The Past and Future of Economics* , New Haven, Yale University Press.

Skinner, Quentin, 1969, «Meaning and Understanding in the History of Ideas», *History and Theory* , vol. 8, pp. 3-53.

Skwire, Sarah, y Steven Horwitz, 2014, «Thomas Piketty's Literary Offenses», *The Freeman* , vol. 64 (octubre), p. 25.

Smith, Adam, 1762-1766, *Lectures on Jurisprudence* , ed. de R. L. Meek, D. D. Raphael y P. G. Stein, Oxford, Oxford University Press, 1978. Versión castellana de Alfonso Ruiz, *Lecciones de jurisprudencia* , Madrid, Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado, 1996.

—, 1776, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* , 2 vols., ed. de R. H. Campbell y A. S. Skinner, Oxford, Oxford University Press, 1976. Versión castellana de Carlos Rodríguez Braun, *La riqueza de las naciones* , Madrid, Alianza Editorial, 1996.

—, 1790, *The Theory of Moral Sentiments* , 6.^a ed. (1.^a ed. de 1759), ed. de D. D. Raphael y A. L. Macfie, Oxford, Oxford University Press, 1976. Versión castellana de Carlos Rodríguez Braun, *La teoría de los sentimientos morales* , Madrid, Alianza Editorial, 2004.

Smith, Vernon L., 2002, «Constructivist and Ecological Rationality in Economics», discurso de aceptación del premio Nobel, 8 de diciembre, en *Les Prix Nobel: The Nobel Prizes 2002* , ed. de Tore Frängsmyr, Estocolmo, Fundación Nobel, 2003, <www.nobelprize.org/uploads/2018/06/smith-lecture-2.pdf>.

Smith, Vernon L., y Bart J. Wilson, 2017, «'Sentiments', Conduct, and Trust in the Laboratory», *Social Philosophy and Policy* , vol. 34, n.º 1, pp. 25-55.

—, 2018, *Humanomics: Moral Sentiments and the Wealth of Nations for the Twenty-First Century* , Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press.

Snyder, Don J., 1997, «Winter Work», en *Survival Stories: Memoirs of Crisis* , ed. de Kathryn Rhett, Nueva York, Anchor, pp. 67-89.

Sombart, Werner, 1906, *Why Is There No Socialism in the United States?* , ed. de C. T. Husbands, trad. de Patricia M. Hocking y C. T. Husbands, White Plains, Sharpe, 1976. Publicado originalmente como *Warum gibt es in den Vereinigten Staaten keinen Sozialismus?* , Tübingen, J. C. B. Mohr. Versión castellana de Javier Noya y Christine Löffler, *¿Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos?* , Madrid, Capitán Swing, 2009.

Sowell, Thomas, 2009, *Applied Economics: Thinking Beyond Stage One* , ed. revisada, Nueva York, Basic Books.

—, 2015, *Basic Economics* , 5.^a ed., Nueva York, Basic Books. Versión castellana de Javier El-Hage, *Economía básica* , Barcelona, Deusto, 2013.

—, 2016, «Socialism for the Uninformed», *Creators*, 31 de mayo, <www.creators.com/read/thomas-sowell/05/16/socialism-for-the-uninformed>.

Spencer, Herbert, 1853, «Over-Legislation», *Westminster Review* , julio. Reeditado en *The Man Versus the State, with Six Essays on Government, Society, and Freedom* , ed. de Eric Mack, Indianápolis, Liberty Fund, 1981. Versión castellana de Miguel de Unamuno, *Exceso de legislación* , Madrid, La España Moderna, 1895.

—, 1891, Introducción de *A Plea for Liberty* , 2.^a ed., ed. de Thomas Mackay, Londres, Murray. Reedición, Indianápolis, Liberty Fund, 1981.

Spivak, Gayatri Chakravorty, 1990, *The Post-Colonial Critic: Interviews, Strategies, Dialogues* , ed. de Sarah Harasym, Nueva York, Routledge.

Stark, Rodney, 2001, *One True God: Historical Consequences of Monotheism* , Princeton, Princeton University Press.

Staveren, Irene van, 1999, «Caring for Economics: An Aristotelian Perspective», tesis doctoral, Universidad Erasmo de Róterdam, Delft, Eburon. Publicada de nuevo como *The Values of Economics: An Aristotelian Perspective* , Londres, Routledge, 2001.

Steinbeck, John, 1939, *The Grapes of Wrath* , Nueva York, Viking Press. Versión castellana de María Coy, *Las uvas de la ira* , Madrid, Alianza Editorial, 2019.

Steinfeld, Robert J., y Stanley L. Engerman, 1997, «Labor — Free or Coerced? An Historical Reassessment of Differences and Similarities», en *Free and Unfree Labour: The Debate Continues* , ed. de T. Brass y M. van der Linden, Nueva York, Peter Lang.

Stewart, Dugald, 1795, *Account of the Life and Writings of Adam Smith, LL.D.* , en *Essays on Philosophical Subjects* , de Adam Smith, ed. de Ian Simpson Ross, Nueva York, Oxford University Press, 1980, pp. 269-351.

Stiglitz, Joseph E., 2006, *Making Globalization Work* , Nueva York, W. W. Norton. Versión castellana de Amado Diéguez y Paloma Gómez Crespo, *Cómo hacer que funcione la globalización* , Madrid, Taurus, 2006.

—, 2016, «Is the Euro to Blame for Europe's Problems?», entrevista de David Brancaccio, *Marketplace* , National Public Radio, 18 de agosto, <www.marketplace.org/2016/08/17/economy/stiglitz-euro-globalization-trade>.

Storr, Virgil; Stefanie Haefele-Balch, y Laura E. Grube, 2015, *Community Revival in the Wake of Disaster: Lessons in Local Entrepreneurship* , Nueva York y Londres, Palgrave Macmillan.

Stossel, John, 2015, «Moving Companies: Who Chooses Who Moves Our Stuff?», *Stossel in the Classroom* , ed. libre DVD, Filadelfia, Center for Independent Thought, <http://stosselintheclassroom.org/videos/moving_companies/>.

Stossel, John, y Maxim Lott, 2018, «Seattle's 'Amazon Tax'», *Reason.com* , 15 de mayo.

Strain, Michael R., y Stan A. Veuger, eds., 2016, *Economic Freedom and Human Flourishing: Perspectives from Political Philosophy* , Washington D. C., Rowman & Littlefield.

Sumner, William Graham, 1881, «The Argument Against Protective Taxes», *Princeton Review* , marzo, pp. 241-259.

Swanson, Ana, y Brad Plumer, 2018, «Trump Slaps Steep Tariffs on Foreign Washing Machines and Solar Products», *The New York Times* , 22 de enero.

Tácito, 1914. *Dialogus* , en vol. 1 de *Tacitus in Five Volumes* , trad. de William Peterson y Michael Winterbottom, Cambridge, Harvard University Press. Versión castellana de José María Requejo, *Agrícola. Germania. Diálogo sobre los oradores* , Madrid, Gredos, 2001.

Tanzi, Vito, y Ludger Schuknecht, 2000, *Public Spending in the 20th Century: A Global Perspective* , Nueva York, Cambridge University Press.

Taylor, Alan, 2016, *American Revolutions: A Continental History, 1750-1804* , Nueva York, W. W. Norton.

Taylor, Charles, 1979, «What's Wrong with Negative Liberty», en *The Idea of Freedom: Essays in Honor of Isaiah Berlin* , ed. de Alan Ryan, Oxford, Oxford University Press, pp. 175-193.

Taylor, Michael, 1982, *Community, Anarchy and Liberty* , Cambridge, Cambridge University Press.

Thiel, Julia, 2017, «Why Chicago's Once-Promising Food Truck Scene Stalled Out», *Chicago Reader* , 29 de marzo.

Thoreau, Henry David, 1849, «Resistance to Civil Government», en *Political Writings* , ed. de Nancy L. Rosenblum, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 1-21. Versión castellana de Laura Naranjo *et al.* , *Desobediencia. Antología de ensayos políticos* , Madrid, Errata Naturae, 2015.

Thurow, Lester, 1985, *The Zero-Sum Solution: Building a World-Class American Economy* , Nueva York, Simon & Schuster.

Thwaite, B. H., 1902, *The American Invasion* , Londres, Swan Sonnenschein.

Tillich, Paul, y Carl Richard Wegener, 1919, «Answer to an Inquiry of the Protestant Consistory of Brandenburg», trad. de Sra. Douglas Stange, *Metanoia* , vol. 3, n.º 3 (septiembre de 1971).

Tirole, Jean, 2017, *Economics for the Common Good* , trad. de Steven Rendall, Princeton, Princeton University Press. Versión castellana de María Cordon, *La economía del bien común* , Barcelona, Taurus, 2017.

Tocqueville, Alexis de, 1840, *Democracy in America* , trad. de Phillips Bradley, Nueva York, Vintage Books, 1954. Versión castellana de Dolores Sánchez de Aleu, *La democracia en América* , 2 vols., Madrid, Alianza Editorial, 2017.

Todorov, Tzvetan, 2000, *Hope and Memory: Lessons from the Twentieth Century* , trad. de David Bellos, Princeton, Princeton University Press, 2003. Versión castellana de Manuel Serrat, *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo xx* , Barcelona, Península, 2002.

Tomasi, John, 2012, *Free Market Fairness* , Princeton, Princeton University Press.

Toynbee, Arnold, 1884, *Lectures on the Industrial Revolution in England* , 2.ª ed., Londres, Rivington's, 1887.

Transparencia Internacional, 2017, *Corruption Perceptions Index 2016* , Berlín, Transparencia Internacional, <www.transparency.org/whatwedo/publication/corruption_perceptions_index_2016>.

Trevor-Roper, Hugh, 1940, *Archbishop Laud: 1573-1645* , 2.ª ed., Londres, Macmillan, 1962.

Trilling, Lionel, 1948a, «The Princess Casamassima», Introducción de *The Princess Casamassima* , de Henry James, Nueva York, Macmillan.

—, 1948b, «Manners, Morals, and the Novel», *Kenyon Review* , vol. 10, n.º 1, pp. 11-27.

Trollope, Anthony, 1867-1868, *Phineas Finn: The Irish Member* , en *The Palliser Novels* , 6 vols., ed. de Jacques Bertoud, Oxford, Oxford University Press, 1982.

Tronto, Joan, 1993, *Moral Boundaries: A Political Argument for an Ethic of Care* , Nueva York y Londres, Routledge.

Tucker, Jeffrey A., 2017, *Right-Wing Collectivism: The Other Threat to Liberty* , Atlanta, Fundación para la Educación Económica.

Tullock, Gordon, 1967, «The Welfare Costs of Tariffs, Monopolies, and Theft», *Western Economic Journal* , vol. 5, pp. 224-232.

—, 1975, «The Transitional Gains Trap», *Bell Journal of Economics* , vol. 6, n.º 2 (otoño), pp. 671-678.

Twain, Mark, 1897, *Following the Equator* , vol. 1, en vol. 5 de *The Writings of Mark Twain* . Reedición, 1968. Versión castellana de Marta Pérez, *Viaje alrededor del mundo, siguiendo el Ecuador* , vol. 1, Barcelona, Laertes, 1992.

—, 1995, *Selected Writings of an American Skeptic* , ed. de Victor Doyno, Amherst, Prometheus Books.

Tyldum, Morten, dir., 2014, *Descifrando Enigma (The Imitation Game)* , película, Nueva York, Weinstein Company.

UAW-CIO, 1955, *Automation: A Report to the UAW-CIO Economic and Collective Bargaining Conference Held in Detroit, Michigan, the 12th and 13th of November 1954* , Detroit, Departamento de Educación de la UAW-CIO.

Ulrich, Laurel Thatcher, 1990, *A Midwife's Tale: The Life of Martha Ballard, Based on Her Diary, 1785-1812* , Nueva York, Vintage/Random House.

Van Doren, Carl, 1938, *Benjamin Franklin* , Nueva York, Viking Press. Reedición, Nueva York, Crown Publishers, 1987.

Veblen, Thorstein, 1899, *The Theory of the Leisure Class* , Nueva York, Macmillan. Versión castellana de Carlos Mellizo, *Teoría de la clase ociosa* , Madrid, Alianza Editorial, 2004.

Velthuis, Olav, 2007, *Talking Prices: Symbolic Meanings of Prices on the Market for Contemporary Art* , ed. en tapa blanda, Princeton, Princeton University Press.

Venezuelanalysis.com, 2007, «Joseph Stiglitz, in Caracas, Praises Venezuela's Economic Policies», 11 de octubre, <<https://venezuelanalysis.com/news/2719> >.

Vickers, Brian, 1970, *Classical Rhetoric in English Poetry* , Londres, Macmillan. Reedición, Carbondale, Southern Illinois University Press, 1989.

Walker, Sheri, y Clark Nardinelli, 2016, «Consumer Expenditure on FDA Regulated Products: 20 Cents of Every Dollar», *FDA Voices* (blog), Administración de Alimentos y Medicamentos (FDA), Silver Spring, 1 de noviembre.

Wallerstein, Immanuel, 1974, *The Modern World-System* , vol. 1, *Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century* , Nueva York y Londres, Academic Press. Versión castellana de Antonio Resines, *El moderno sistema mundial i: la agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI* , Madrid, Siglo XXI de España, 2016.

—, 1983, *Historical Capitalism; with, Capitalist Civilization* , Londres, Verso. Reedición, Londres, Verso, 1995. Versión castellana de Pilar López Mánez, *El capitalismo histórico* , Madrid, Siglo XXI de España, 1988.

Walzer, Michael, 2008, «Does the Free Market Corrode Moral Character? Of Course It Does», Templeton.org, Fundación John Templeton. Consultado el 25 de febrero de 2019, <<https://web.archive.org/web/20091211111449/http://www.templeton.org:80/market/PDF/Walzer.pdf> >.

Warden, Rob, 2007, «Ignoring an Injustice», *Chicago Tribune* , 29 de abril.

Warren, Kenneth, 2001, *Big Steel: The First Century of the United States Steel Corporation 1901-2001* , Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.

Wasserstein, Ronald L., y Nicole A. Lazar, 2016, «The ASA's Statement on *p* -Values: Context, Process, and Purpose», *American Statistician* , vol. 70, n.º 2, pp. 129-133.

Waterman, Anthony M. C., 1991, *Revolution, Economics and Religion: Christian Political Economy, 1798-1833* , Cambridge, Cambridge University Press.

—, 2012, «Adam Smith and Malthus on High Wages», *European Journal of the History of Economic Thought* , vol. 19, pp. 409-429.

Wearden, Graeme, 2014, «Oxfam: 85 Richest People as Wealthy as Poorest Half of the World», *The Guardian* , 20 de enero, <www.theguardian.com/business/2014/jan/20/oxfam-85-richest-people-half-of-the-world>.

Webb, Sidney, 1912, «The Economic Theory of a Legal Minimum Wage», *Journal of Political Economy* , vol. 20, n.º 10, pp. 973-998.

Weber, Max, 1922, *Wirtschaft und Gesellschaft* , Tubinga, Mohr. Versión castellana de José Medina, *Economía y sociedad* , 2.ª ed., Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 2002.

—, 1927, *General Economic History* , trad. de Frank H. Knight, Nueva York, Greenberg. Reedición, New Brunswick, New Jersey, Transaction Books, 1981. Publicado originalmente como *Wirtschaftsgeschichte* , Múnich y Leipzig, Duncker & Humblot, 1923. Versión castellana de Manuel Sánchez Sarto, *Historia económica general* , 3.ª ed., Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2011.

—, 1930, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism* , trad. de Talcott Parsons, de la edición alemana de 1920, Londres, Allen & Unwin. Reedición, Nueva York, Scribner's, 1958. Publicado originalmente como *Die protestantische Ethik und der Geist des Kapitalismus* , Tubinga, Mohr, 1904. Versión castellana de Luis Legaz, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* , Barcelona, Península, 2008.

White, James Boyd, 1984, *When Words Lose Their Meaning* , Chicago, University of Chicago Press.

—, 1990, *Justice as Translation: An Essay in Cultural and Legal Criticism* , Chicago, University of Chicago Press.

White, Mark D., ed., 2010, *Accepting the Invisible Hand* , Nueva York y Londres, Palgrave Macmillan.

Whitford, David, 2005, «The Most Famous Story We Never Told», *Fortune* , 19 de septiembre.

Whitman, Walt, 1855, «Song of Myself», en vol. 1 de *Leaves of Grass: A Textual Variorum of the Printed Poems, 1855-1856* , ed. de Sculley Bradley, Harold W. Blodgett, Arthur

Golden y William White, Nueva York, New York University Press, 1980. Versión castellana de Mauro Armiño, *Canto de mí mismo* , Madrid, Edaf, 2019.

Wilkinson, Will, 2012, «Market Democracy and Dirty Ideal Theory», *Bleeding Heart Libertarians* (blog), 15 de junio, <<http://bleedingheartlibertarians.com/2012/06/market-democracy-and-dirty-ideal-theory/>>.

Will, George F., 2018, «The Sprawling, Intrusive Administrative State Is Keeping You Unwell», *The Washington Post* , 15 de agosto.

Williams, Bernard, 1972, *Morality: An Introduction to Ethics* , Canto Classics, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

Williams, Ernest Edwin, 1896, *Made in Germany* , Londres, William Heinemann.

Williams, Henry Herbert, 1910, «Ethics», en vol. 9 de *The Encyclopædia Britannica* , 11.ª ed., Nueva York, Encyclopædia Britannica, pp. 808-845.

Williamson, Jeffrey G., y Peter H. Lindert, 1980, *American Inequality: A Macroeconomic History* , Nueva York, Academic Press.

Williamson, Oliver E., 2017, *Contract, Governance and Transaction Cost Economics* , ed. de Gengxuan Chen, Singapur, World Scientific.

Wilson, A. N., 1988, *Tolstoy* , Nueva York y Londres, W. W. Norton.

Wilson, Edmund, 1940, *To the Finland Station: A Study in the Writing and Acting of History* , Nueva York, Farrar, Straus and Giroux. Versión castellana de R. Romero *et al.* , *Hacia la estación de Finlandia: ensayo sobre la forma de escribir y hacer historia* , Barcelona, RBA, 2011.

Wilson, James, 1791, «Of the Law of Nations», en *The Works of James Wilson* , ed. de Robert Green McCloskey, Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press, 1967, <http://press-pubs.uchicago.edu/founders/print_documents/a1_8_10s5.html>.

Winston, Clifford M., 1993, «Economic Deregulation: Days of Reckoning for Microeconomics», *Journal of Economic Literature* , vol. 31, n.º 2, pp. 1263-1289.

Winston, Kenneth I., ed., 2001, *The Principles of Social Order: Selected Essays of Lon L. Fuller* , ed. revisada, Oxford y Portland, Hart Publishing.

Wittgenstein, Ludwig, 1969, *On Certainty* , ed. de G. E. M. Anscombe y G. H. von Wright, trad. de Denis Paul y G. E. M. Anscombe, Oxford, Basil Blackwell. Versión castellana de Isidoro Reguera, *Tractatus logico-philosophicus. Investigaciones filosóficas. Sobre la certeza* , Madrid, Gredos, 2009.

Wogaman, J. Philip, 1977, *The Great Economic Debate: An Ethical Analysis* , Filadelfia, Westminster Press.

Wood, Gordon S., 2009, *Empire of Liberty: A History of the Early Republic, 1789-1815* , Nueva York y Londres, Oxford University Press.

Woolf, Virginia, 1931, *The Waves* , Ware, Wordsworth Editions, 2000. Versión castellana de Andrés Bosch, *Las olas* , Barcelona, Lumen, 2010.

Wright, Richard, 1940, *Native Son* , Nueva York, Harper. Versión castellana de Pedro Lecuona y Andrés Bosch, *Hijo nativo* , Barcelona, Círculo de Lectores, 2001.

Yeager, Leland B., 1976, «Economics and Principles», *Southern Economic Journal* , vol. 42, pp. 559-571.

—, 2011, «Reclaiming the Word ‘Liberal’», *Liberty*, 9 de marzo, <<http://www.libertyunbound.com/node/496>>.

Yeats, W. B., 1928, «Among School Children», en *The Tower* , Londres, Macmillan, pp. 55-60. Versión castellana de Carlos Jiménez Arribas, *La torre* , Barcelona, DVD, 2004.

Ziliak, Stephen, y Deirdre N. McCloskey, 2008, *The Cult of Statistical Significance: How the Standard Error Costs Us Jobs, Justice and Lives* , Ann Arbor, University of Michigan Press.

Zola, Émile, 1885, *Germinal* , París, G. Charpentier. Versión castellana de Mauro Armiño, *Germinal* , Madrid, Austral, 2010.

Agradecimientos

Estoy agradecida con las publicaciones en las que aparecieron por primera vez los siguientes ensayos:

Capítulo 17: «Christian Libertarianism Is What Our Politics Needs», *Reason* , junio de 2016. Reproducido con permiso.

Capítulo 18: «Liberty and Dignity Explain the Modern World», en *The Morality of Capitalism* , ed. de Tom G. Palmer, Jameson Books, 2011. Reproducido con permiso de Atlas Network.

Capítulo 19: «An Economist Goes to Shanghai», *Reason* , junio de 2017. Reproducido con permiso.

Capítulo 20: «The Great Enrichment Continues», *Current History* , vol. 112 (noviembre del 2013). Reproducido con permiso de *Current History* . © 2019, Current History, Inc.

Capítulos 21 y 22: Reproducidos con permiso de Deirdre Nansen McCloskey, *The Bourgeois Virtues: Ethics for an Age of Commerce* , Chicago, University of Chicago Press, 2006, capítulo 43. © 2006, The University of Chicago.

Capítulo 23: «Freedom and the Great Enrichment», *Global Perspectives* , vol. 1, «The Indigo Era» (septiembre de 2016). Reproducido con permiso.

Capítulo 25: «Interview on Piketty», *EA* , primavera de 2016. Publicado por primera vez por el Institute of Economic Affairs, Londres, 2016.

Capítulo 26: «Interview on Piketty», *Wprost* [en polaco], agosto de 2015.

Capítulos 27 hasta 33: *Erasmus Journal for Philosophy and Economics* . Reproducido con permiso.

Capítulo 34: «Nationalism and Socialism Are Very Bad Ideas», *Reason* , febrero de 2017. Reproducido con permiso.

Capítulo 35: Publicado por primera vez en la revista *Prospect* , marzo de 2016. Reproducido con permiso.

Capítulo 36: Publicado por primera vez como Deirdre Nansen McCloskey, «Competitiveness and the Antieconomics of Decline», en *Second Thoughts: Myths and Morals of U.S. Economic History* , ed. de Deirdre Nansen McCloskey, 1993, pp. 167-173. Reproducido con permiso de Oxford University Press y con permiso del cedente a través de PLSclear. © 1993, Oxford University Press, Inc.

Capítulo 37: Publicado por primera vez como Deirdre Nansen McCloskey, «Competitiveness and the Antieconomics of Decline», en *Second Thoughts: Myths and Morals of U.S. Economic History* , ed. De Deirdre Nansen McCloskey, 1993, pp. 167-173. Reproducido con permiso de Oxford University Press y con permiso del cedente a través de PLSclear. © 1993, Oxford University Press, Inc.

Capítulo 38: «Against Capitalism», *Reason* , enero del 2017. Reproducido con permiso.

Capítulo 39: «Economic Liberty as Anti-Flourishing: Marx and Especially His Followers», en *Economic Freedom and Human Flourishing: Perspectives from Political Philosophy* , ed. de Michael R. Strain y Stan A. Veuger, Washington D. C., AEI Press, 2016, <https://www.aei.org/publication/economic-freedom-and-human-flourishing-perspectives-from-political-philosophy/> >. Reproducido con permiso de AEI Press. © 2016, AEI Press.

Capítulo 43: «Postmodern Market Feminism: A Conversation with Gayatri Chakravorty Spivak», *Rethinking Marxism* , vol. 12, n.º 4 (invierno de 2000). Disponible online en: <https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/08935690009359022> >. Reproducido con permiso. © 2016. Todos los derechos reservados.

Capítulo 44: «Postmodern Market Feminism: A Conversation with Gayatri Chakravorty Spivak», *Rethinking Marxism* , vol. 12, n.º 4 (invierno de 2000). Disponible online en: <https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/08935690009359022> >. Reproducido con permiso. © 2016. Todos los derechos reservados.

Capítulo 45: Reproducido con permiso de Peter Lang Inc., de Deirdre McCloskey, «Introduction: Queer Markets», en *Media/Queered: Visibility and Its Discontents* , ed. de Kevin G. Barnhurst, Nueva York, Peter Lang, 2007. © 2007, Peter Lang Inc. Permiso cedido a través de Copyright Clearance Center, Inc.

Capítulo 46: «The Secret History of the Minimum Wage», *Reason* , julio de 2016. Reproducido con permiso.

Capítulo 47: «The Myth of Technological Unemployment», *Reason* , agosto/septiembre de 2017. Reproducido con permiso.

Notas

[1](#) . Smith, 1776 (1976), IV.ix.3, p. 664.

[2](#) . La idea de «liberalismo moderno» la he tomado del joven y brillante intelectual chileno Axel Kaiser. Leland Yeager (2011) habla acertadamente de cómo los estadistas estadounidenses han capturado la palabra liberal .

[3](#) . Véase, por ejemplo, McCloskey 2012a (la crítica de un libro de Michael Sandel) y McCloskey 2018a (sobre Patrick Deneen).

[4](#) . Lo que resulta crucial, escribió Rorty, es «nuestra capacidad para mantener una conversación continua, poniéndonos a prueba unos a otros, descubriendo nuestras presuposiciones ocultas, cambiando de opinión porque hemos escuchado la voz de nuestros semejantes. Los lunáticos también cambian de opinión, pero lo hacen con las fases de la luna y no porque hayan escuchado, realmente escuchado, las preguntas y objeciones de sus amigos» (Rorty 1983, p. 562). Llevo este lema en el bolso. Me disculpo por no estar siempre a su altura.

[5](#) . El fallecido gran Hans Rosling registra el error en las respuestas a su cuestionario, incluso entre supuestos expertos (Rosling, Rosling y Rönnlund, 2018).

[6](#) . Caplan, 2007, p. 133. Éste es el primer caso de un tema en el que he saqueado las noticias liberales del blog de mi amigo Donald Boudreaux, Café Hayek , transmitiendo así a mi libro una falsa impresión de amplitud de referencias.

[1](#) . El análisis de las virtudes que hago aquí está muy desarrollado en McCloskey, 2006a, y rebate la pronunciada tendencia que, a partir del siglo XVII , tiene el pensamiento europeo a tratar exclusivamente la ética (del griego ethos , carácter) como el nivel del medio, el que afecta a los demás.

[2](#) . Kibbe, 2014.

[3](#) . Sobre la definición en Estados Unidos y Reino Unido en oposición a la definición en la Europa continental, véase Schlesinger, 1962.

[4](#) . Palmer, 2009, p, 13.

[5](#) . Klein, 2017a.

[6](#) . Kling, 2018.

[7](#) . Smith, 1776 (1976), IV.ix.3, p. 664.

[8](#) . La frase, por supuesto, es del labrador y poeta Robert Burns poco después de la muerte de Smith. Pero Smith había demostrado décadas antes en todos sus escritos que también era un igualitario.

[9](#) . Bernstein, 2017.

[10](#) . Klein, 2017c. David Boaz usa una expresión parecida en Boaz, 2015, p. 145.

[11](#) . Peart y Levy, 2008a.

[12](#) . Hayek, 1960 (2011), por ejemplo, pp. 84-85.

[1](#) . Rumbold, 1685 (1961). Es irritante que Jefferson, unos días antes de su muerte, momento en el que, a diferencia de Washington, no liberó a sus esclavos, usara sin reconocerlo la metáfora de Rumbold sobre la silla de montar.

[2](#) . Wilson, 1791 (1967), vol. 1, p. 161, a saber, art. 1, sec. 8, cláusula 10. Le agradezco la cita a Steven J. Schwartzberg.

[3](#) . Alusión a la canción de Billie Holiday, «Strange Fruit». (N. de los t.)

[4](#) . Hughes, 1994, p. 191.

[5](#) . Glare, ed., 1982, pp. 1023, 1025.

[6](#) . Weber, 1922, p. 29.

[7](#) . Flaubert, 1867 (2014), p. 5883.

[8](#) . Hale, 1990.

[9](#) . Citado en Kaplan, 1974, p. 250.

[10](#) . Dicey, 1919, «Introduction to the Second ed.», parte C, p. liii.

[1](#) . Hayek, 1960 (2011), p. 523.

[2](#) . Leoni, 2008.

[3](#) . Boudreaux, 2017a.

[4](#) . Hayek, 1960 (2011), p. 522.

[5](#) . Smith, 2002.

[6](#) . Boudreaux, 2018d.

[7](#) . Schmitz, 2011, pp. 784-785.

[8](#) . Melville, 1856.

[9](#) . Spencer, 1891 (1981), p. 14. El blog de Donald Boudreaux, Café Hayek (14 de noviembre de 2017), me dirigió a este pasaje, como durante años me ha orientado a mí y a otros en todo tipo de ideas liberales.

[10](#) . Mencken, 1922, p. 292. De nuevo procedente de Boudreaux. Dejaré ahora de admitir mis deudas.

[11](#) . Epstein, 2009, pp. xii-xiii.

[12](#) . Boaz, 2015, p. 1.

[13](#) . Boudreaux, 2017a.

[14](#) . Brennan, 2016; Caplan 2007.

[15](#) . Klein, 2017b.

[16](#) . Prestona y De Waal, 2002.

[17](#) . Smith, 1790 (1976), III.3.4, p. 137.

[18](#) . Brennan y Tomasi, 2012. Por «neoclásico» no se refieren a la economía Samuelsoniana de tipo ortodoxo, sino al liberal clásico, es decir, Millian.

- [1](#) . Follett, 1920; véase también 1942, esp. cap. 1.
- [2](#) . Davies, 2018.
- [3](#) . Lange y Taylor, 1938, pp. 57-58.
- [4](#) . Mises, 1951; Boettke, 2000.
- [5](#) . Smith, 1762-1766 (1978), p. 352.
- [6](#) . Tomasi, 2012.
- [7](#) . Whitman, 1855 (1980), líneas 346-349 y 1327.
- [8](#) . Como hizo Jack D. Sparks, un amigo de la infancia de mi madre en St. Joseph, Michigan.
- [9](#) . Bob Kearns inventó un sistema de limpiaparabrisas intermitente para coches y Ford enseguida le robó la idea, aunque Kearns le demandó con éxito; véase Seabrook, 1993.
- [10](#) . Los camiones de comida han florecido en todo Estados Unidos en los últimos años, aunque en mi ciudad, Chicago, están sometidos a onerosas restricciones gubernamentales; véase Thiel, 2017.
- [11](#) . McCloskey, 2018d.

- [1](#) . Higgs, 2012 (2015), p. 285.
- [2](#) . Barzel, 2002, pp. 3, 268, y en todo.
- [3](#) . Entrada de «policía» del Oxford English Dictionary .
- [4](#) . McCloskey y Klammer, 1995.
- [5](#) . El Number 16 de Pollock se vendió por esa cantidad en una subasta de Christie's el 12 de noviembre de 2013.
- [6](#) . Bauer, 1957, pp. 113-114.
- [7](#) . De Rugy, 2018.
- [8](#) . Hayek, 1960 (2011), p. 531.
- [9](#) . Quintiliano, 1929, 95 e. c., 12.1.1 («Vir bonus dicendi peritus »).
- [10](#) . Aristóteles, Rhetoric , 1355b8, trad. de Kennedy, en Kennedy 1963, p. 19.
- [11](#) . Véase Booth, 1974.
- [12](#) . Smith, 1762-1766 (1978), A.vi.56, p. 352.
- [13](#) . Taylor, 2016, pp. 1-2, 324.
- [14](#) . Wood, 2009.
- [15](#) . Steinfeld y Engerman, 1997.

1 . Tucker, 2017. Véase también la brillante entrevista de Dave Rubin a Tucker: www.youtube.com/watch?v=WZISn5GSV2U >.

2 . Para las pruebas factuales de estas afirmaciones, y para mucho más, consúltese McCloskey, 2006a, 2010, 2016a.

3 . Goldstone, 2002.

4 . The Economist , 2013. Y en especial Rosling, Rosling y Rönnlund, 2018, y en todo.

5 . Reinhart y Rogoff, 2011; sobre la recuperación mundial de la Gran Recesión de 2008, véase McCloskey, 2016a, pp. 53-54.

6 . Maddison, 2010.

7 . Boudreaux, 2016.

7 . De nuevo, para una argumentación detallada y pruebas sobre esas cifras, véase McCloskey, 2006a, 2010, 2016a.

8 . Schumpeter, 1942 (1950), p. 68.

[1](#) . Así, Skidelsky, 2018, p. 16, entre innumerables afirmaciones equivalentes en la anglosfera.

[2](#) . Hayden, 2013, p. 60.

[3](#) . Mill, 1859, p. 1.

[4](#) . Dicey, 1919, «Introduction to the Second ed.», parte C, p. liii.

[5](#) . Constant, 1819 (1872).

[6](#) . Leonard, 2016, pp. 11 y ss.

[7](#) . Nelson, 1991.

[8](#) . Spencer, 1853 (1981), pp. 267-268.

[9](#) . Roosevelt, 1941.

[10](#) . Long, 1934.

[11](#) . Boaz, 2015, p. 34; Schumpeter, 1954, p. 394.

[12](#) . Véase Castillo, 2013.

[13](#) . Véase Catanese, 2013.

[1](#) . Mazzucato, 2013; la idea es antigua, incluso en Estados Unidos. «Tienes que ir y unirte al sindicato», como cantaba yo en mi juventud socialista.

[2](#) . O'Siadhail, 2018, p. 129.

[3](#) . Schlesinger, 1945; Robert G. McCloskey, 1951.

[4](#) . Field, 2011.

[5](#) . Sen, 1985; Sen, 1999; Nussbaum y Sen, 1993.

[6](#) . Smith, 1776, I.viii.36, p. 96.

[7](#) . En 2018 descubrí que antes de 2009 Tom Palmer había razonado de la misma manera que yo y llegado a la misma conclusión (Palmer, 2009, pp. 32, 35-36).

[8](#) . Citado en Lyons, 1937.

[9](#) . Rousseau, 1762.

[10](#) . Palmer, 2009, pp. 30-31.

[11](#) . Citado en Palmer, 2009, p. 31.

[12](#) . El automovilista ganó la apelación en el tribunal federal de distrito por motivos constitucionales. El estado de New Hampshire, en su afán de «Vivir libre o morir», apeló entonces al Tribunal Supremo de Estados Unidos, que aceptó el caso y votó 6 a 3 a favor del motorista (Wooley contra Maynard, 430 U.S. 705 [1977]).

[13](#) . Yeager, 1976, p. 560.

[14](#) . Kant, 1781.

[15](#) . Para «algo aburrido» véase la descripción que hace P. J. O'Rourke de un club de striptease en la Polonia comunista, dirigido, según escribe, como si lo hiciera el Servicio Postal de Estados Unidos (O'Rourke, 1988).

[16](#) . Por ejemplo, de nuevo, Deneen (McCloskey, 2018a).

- [1](#) . Higgs, 2008; Tanzi y Schuknecht, 2000, p. 6.
- [2](#) . McCloskey, 2018d.
- [3](#) . Tirole, 2017, pp. 155-156.
- [4](#) . Brennan y Buchanan, 1980 (2000), p. 11.
- [5](#) . La carta de Tolstói a un amigo, justo después de presenciar en París una ejecución en la guillotina. Citado en Wilson, 1988, p. 146. Wilson observa que esos sentimientos «fueron elementos cruciales del mobiliario mental [de Tolstói]». Tolstói se convirtió, poco a poco, en anarquista cristiano.
- [6](#) . Rothbard, 1982 (1998), p. 174.
- [7](#) . Spencer, 1853 (1981), pp. 294-295.
- [8](#) . Posner y Weyl, 2018.
- [9](#) . Mill, 1859, pp. 10-11.

- [1](#) . Locke, 1689 (1983), p. 47.
- [2](#) . Transparencia Internacional, 2017.
- [3](#) . The Economist , 1992.
- [4](#) . Warden, 2007; Meisner y Sweeney, 2017.
- [5](#) . Brooks, 2018.
- [6](#) . La ocasión fue el Fórum da Liberdade anual organizado por el Instituto de Estudos Empresariais en el que habló el juez Antonio Di Pietro. El profesor mencionado a continuación era Adriano Gianturco.
- [7](#) . Sobre la radiodifusión véase, por ejemplo, Hazlett, 2017.
- [8](#) . Madison, 1788.
- [9](#) . Pearson, 2015.
- [10](#) . Hirschman, 1970.
- [11](#) . Buchanan, 1991 (2001), p. 254.
- [12](#) . Bain, 2018.
- [13](#) . Das, 2001.
- [14](#) . Macaulay, 1830 (1881), p. 183. En aquella época la palabra capitalista significaba inversor.
- [15](#) . Lenin, 1917 (1964).
- [16](#) . Véase Shilts, 2007.
- [17](#) . Ingersoll, 1897, p. 112.
- [18](#) . Trilling, 1948b, p. 27.

[1](#) . Un ejemplo de la adopción acrítica de la teoría es Tirole, 2017.

[2](#) . Smith, 1790 (1976), VI.ii.2.17, pp. 233-234.

[3](#) . McCloskey, 2018d, de nuevo.

[4](#) . Safi, 2017.

[5](#) . Reid, 2017.

[1](#) . Hamburg, 2015.

[2](#) . Walker y Nardinelli, 2016.

[3](#) . Sobre la FDA véase Briggeman, 2015, y Bhidé, 2017, p. 28; y sobre el desarrollo de medicamentos para las primeras fases del cáncer, véase Budish, Roin y Williams, 2015. Sobre las pruebas de significación estadística carentes de sentido, véase Ziliak y McCloskey, 2008, y la declaración de la American Statistical Association en Wasserstein y Lazar, 2016, pp. 131-133. Sobre la corrupción de los procedimientos de la FDA, véase Piller y You, 2018.

[4](#) . Locke, 1689 (1983), p. 37.

[5](#) . Trilling, 1948a, p. xlii. El difunto James Seaton (1996, p. 35) me alertó de la preocupación de Trilling.

[6](#) . Boaz, 2015, pp. 258 y ss.

[7](#) . Paine, 1776 (1922), p. 1.

[8](#) . Thoreau, 1849 (1996), p. 1.

[9](#) . Citado en Mingardi, 2017, p. 29.

[10](#) . Pettegree, 2014, pp. 11, 368.

[11](#) . Boudreaux, 2017b.

[12](#) . Chapman, 2019.

[13](#) . Peart y Levy, 2008b; Persky, 1990.

[14](#) . Deneen, 2018, pp. 30-32.

- [1](#) . Posner, 2018.
- [2](#) . Boudreaux, 2017c.
- [3](#) . Smith, 1790 (1976), VI.ii.2.17, p. 234.
- [4](#) . Leighton y López, 2011.
- [5](#) . Tullock, 1975; sigo aquí la explicación de Leighton y López, 2011, pp. 104-106.
- [6](#) . Oficina de Responsabilidad del Gobierno de Estados Unidos, 2005; citado en Leighton y López, 2011.
- [7](#) . North, Wallis y Weingast, 2009.
- [8](#) . Dilbert, Chicago Tribune , 9 de agosto de 2018.
- [9](#) . Leighton y López, 2011, p. 106, refiriéndose a Winston, 1993.
- [10](#) . North, Wallis y Weingast, 2009, pp. 192-193.
- [11](#) . Buchanan, 1990 (2001), p. 307.
- [12](#) . North, Wallis y Weingast, 2009, pp. 190-194.
- [13](#) . Higgs, 2001, p. 469.
- [14](#) . Citado en Schultz, 2015, p. 77.
- [15](#) . Radford, 1945; Berndt y Berndt, 1964, pp. 302-305.
- [16](#) . Higgs, 1987.
- [17](#) . Bell, 2018.

[1](#) . La única, y rara, excepción se produce cuando un país tiene poder para fijar los precios en sus mercados extranjeros, como hizo Gran Bretaña en la década de 1840; véase McCloskey, 1980.

[2](#) . Dvorkin, 2017; véase también Caliendo, Dvorkin y Parro, 2015.

[3](#) . Citado en Mingardi, 2017, p. 25.

[4](#) . Stossel, 2015.

[5](#) . Will, 2018.

[6](#) . Rahn, 2018a.

[7](#) . Diamond, 2019, de la Oficina de Estadísticas Laborales de las tasas anuales de despidos y bajas, que oscilaron entre el 14,0 y el 14,8 por ciento durante los años 2013-2017.

[8](#) . Lebergott, 1966, tabla 2.

[9](#) . Malkin, 2017.

[10](#) . De acuerdo con Crandall, 1984, p. 16, en 1983 «el coste de cada puesto de trabajo salvado... fue de cerca de 160.000 dólares anuales», en dólares de 1983.

[11](#) . Irwin, 2017, p. 591.

[12](#) . Véase el capítulo 48 de este libro.

[13](#) . Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), 2018.

[1](#) . Rogge, 1962 (2010), p. 9.

[2](#) . Boudreaux, 2019.

[3](#) . McCloskey, 2018d.

[4](#) . Versos del «Soneto 29» de Shakespeare, trad. de Andrés Ehrenhaus, Debolsillo. (N. de los t.)

[5](#) . Schultze, 1983, p. 3.

[6](#) . Lavoie, 1985, p. 4.

[7](#) . Gotakanal.se, s. f.

[8](#) . Larson, 2001.

[9](#) . Fogel, 1960.

[10](#) . Irwin, 2017, p. 158.

[11](#) . Swanson y Plumer, 2018.

- [1](#) . Perry, 2018.
- [2](#) . Sowell, 2015, p. 114.
- [3](#) . Nordhaus, 2004.
- [4](#) . Warren, 2001, pp. 129, 351.
- [5](#) . Lintott, 1999; Beard, 2015.
- [6](#) . Twain, 1897 (1968), p. 98.
- [7](#) . Skinner, 1969, espec. p. 37, de Wittgenstein.
- [8](#) . De nuevo McCloskey, 2018d.
- [9](#) . Mueller, 2006.
- [10](#) . Referencia a un sketch de los Monty Python. (N. de los t.)
- [11](#) . Lavoie, 1985, p. 8.

- [1](#) . Chamlee-Wright y Storr, 2010; Storr, Haeffele-Balch, y Grube, 2015.
- [2](#) . New Orleans Times-Picayune , 2006; Foster, 2006.
- [3](#) . Stossel y Lott, 2018.
- [4](#) . Scruton, 2014, p. 21; comparar pp. 79, 109-111.
- [5](#) . Tyldum, 2014.
- [6](#) . Mencken, 1926, p. 153.
- [7](#) . Citado en Rimlinger, 1968, p. 414.
- [8](#) . Lippmann, 1914 (2015), p. 141; comparar p. 138.
- [9](#) . Mencken, 1916, p. 19.
- [10](#) . Bastiat, 1848 («L'État, c'est la grande fiction à travers laquelle tout le monde s'efforce de vivre aux dépens de tout le monde »).
- [11](#) . Kantor, 1976.
- [12](#) . McCloskey, 2018b.
- [13](#) . Balcerowicz, 2017.
- [14](#) . Smith y Wilson, 2018.

[1](#). Citado en Le Roy Ladurie, 1978 (1980), p. 332.

[2](#). Mokyr, 2010, p. 1.

1. Beckert, 2014; Mazzucato, 2013 (2014).

2. Dumcius, 2017.

[1](#) . Reproducido con permiso de Current History , vol. 112 (noviembre de 2013). © 2019, Current History, Inc.

[2](#) . Flaubert, 1993, p. 318 («J'appelle bourgeois quiconque pense bassement »).

[3](#) . Huizinga, 1935 (1968), p. 112.

[4](#) . Sombart, 1906 (1976), sec. 2.

[5](#) . Cowen, 2018, pp. 33-34.

[6](#) . Hirschman, 1977, pp. 56-63.

[7](#) . Walzer, 2008.

- [1](#) . Horowitz, 1985, p. 166.
- [2](#) . Horowitz, 1985, p. 168.
- [3](#) . Mingardi, 2017, p. 42.
- [4](#) . Lipset, 1961.
- [5](#) . Douglas e Isherwood, 1979, citado en Staveren, 1999, p. 92.
- [6](#) . Douglas, 1975.
- [7](#) . Chalfen, 1987.
- [8](#) . Sahlins, 2003, p. ix.
- [9](#) . Klemm, 2004, p. 232.
- [10](#) . Bailey, 1999, p. 147.

- [1](#) . Charry, 2004, p. 30.
- [2](#) . Sayers, 2004, p. 119.
- [3](#) . Pope, 1731 (1966), líneas 169-172.
- [4](#) . Robert Fogel aporta algunas pruebas sobre el auge y la caída del estancamiento en Fogel, 2005.
- [5](#) . Smith, 1790 (1976), IV.1.6, p. 180.
- [6](#) . Smith, 1790 (1976), IV.1.10, p. 183. MacIntyre, 1999, p. 2, critica a Smith con fundamentos parecidos.
- [7](#) . Rousseau, 1755 (2011), parte 2, p. 65.
- [8](#) . Mandeville, 1705, 1714 (1988).
- [9](#) . Blewhitt, 1725, pp. 6-7.
- [10](#) . Smith, 1790 (1976), VII.ii.4.13, p. 313.
- [11](#) . Smith, 1776 (1976), IV.ii.12, vol. 1, p. 457.

[1](#) . Publicado por primera vez como «Freedom and the Great Enrichment», Global Perspectives , vol. 1, «The Indigo Era» (septiembre de 2016).

[2](#) . Citado en Stewart, 1795 (1980), p. 322.

[3](#) . Rosling, Rosling y Rönnlund, 2018.

[4](#) . Collier, 2007; o Rosling, Rosling y Rönnlund, 2018 en la parte inferior de sus cuatro niveles.

[5](#) . Easterly, 2001.

[6](#) . Jacobs, 1984, p. 230.

[7](#) . Williamson, 2017, p. 181.

[8](#) . Bacon, 1625.

[9](#) . Macaulay, 1830 (1881), pp. 186-187.

- [1](#) . Trollope, 1867-1868 (1982), vol. 1, pp. 126, 128.
- [2](#) . Citado en Kirkland, 1986.
- [3](#) . Wearden, 2014, proporciona los datos para el cálculo.
- [4](#) . Cline, 2004, p. 255.
- [5](#) . Estado de Illinois, 1970.
- [6](#) . Frankfurt, 1987, p. 21.
- [7](#) . Rawls, 1985.
- [8](#) . Iannaccone, 2018, correspondencia personal con el autor.
- [9](#) . Smith, 1776 (1976), libro 1, cap. 2.

[1](#). Publicado por primera vez por el Institute of Economic Affairs, Londres, 2016.

[1](#). Smith, 1776 (1976), IV.vii.c.63, vol. 2, p. 613, las cursivas son mías.

[2](#). Sumner, 1881, p. 256.

1 . Clapham, 1922, p. 313.

2 . Es evidente que hay algo extraño en el cálculo, porque 26 es el 3,8 por ciento de las páginas, incluso incluyendo el índice, no el 2,4 por ciento. Ellenberg debe de estar usando un número menor que 26, tal vez una medida de tendencia central.

- [1](#) . Waterman, 2012, p. 425. He modificado ligeramente la puntuación.
- [2](#) . Clapham, 1922, pp. 305, 311, 312.
- [3](#) . Baran y Sweezy, 1966.
- [4](#) . Harberger, 1954; Tullock, 1967.
- [5](#) . Hobsbawm, 2011, p. 416.
- [6](#) . Boudreaux, 2018b.
- [7](#) . Gordon y Ramsay, 2017. El almirante Ramsay, encargado de planificar y completar la flota de 7.000 barcos, fue el padre del coautor. Conocería las líneas de Burns: «Los mejores planes de los ratones y los hombres, a menudo se tuercen».
- [8](#) . McCloskey, 1990.
- [9](#) . Mueller, 1999.
- [10](#) . De L'Opium des intellectuels (1955), de Aron, traducido y citado en James, 2007, p. 32.

[1](#) . Piketty, 2014, p. 558.

[2](#) . Aristóteles, 2015, libro I.

[3](#) . Ridley, 2014.

[4](#) . Nordhaus, 2004.

[5](#) . Piketty, 2014, p. 440.

[6](#) . Brennan, Menzies y Munger, 2013.

[7](#) . Smith, 1776 (1976), I.i.10, p. 22; sobre la sorprendente reducción del tamaño de las familias, Rosling, Rosling y Rönnlund, 2018, en todo.

[8](#) . Butler, 2018, p. 29.

[1](#) . Piketty, 2014.

[2](#) . Por otro lado, el economista francés Bernard Guerrien, inspirador del movimiento, tiene sus propios problemas con la economía elemental. Véase McCloskey, 2006b.

[3](#) . Boettke, 1997, p. 12.

[4](#) . Boettke, 1997, p. 13.

[1](#) . Clark, 1901, p. 1651.

[2](#) . Boudreaux y Perry, 2013.

[3](#) . Fogel, 2004.

[4](#) . Horwitz, 2015, pp. 82-83.

[5](#) . Horwitz, 2015, p. 71.

[6](#) . Horwitz, 2015, p. 84. En la tabla 5 se indica el porcentaje de hogares pobres con diversos aparatos: en 1971, el 32 por ciento de esos hogares tenía aire acondicionado; en 2005, lo tenía el 86 por ciento.

[7](#) . Klinenberg, 2002. En Europa una ola de calor mató en 2003 a 14.800 personas en una Francia sin aire acondicionado y a 70.000 en toda Europa; véase Robine y colaboradores, 2008.

[8](#) . Barreca y colaboradores, 2013, muestran el efecto tan importante que tiene el aire acondicionado en Estados Unidos a la hora de reducir el exceso de mortalidad durante las olas de calor.

[9](#) . Reich, 2014.

[10](#) . Isaacs, 2007, citado en Horwitz, 2015, p. 77.

[11](#) . Orwell, 1937.

[12](#) . Saunders, 2013, p. 214.

[13](#) . Frankfurt, 1987, pp. 23-24.

[14](#) . Frankfurt, 1987, p. 34.

[15](#) . Piketty, 2014, pp. 480, 577.

[16](#) . Margo, 1993, pp. 65, 68, 69.

[17](#) . Boudreaux, 2004.

[1](#) . Gazeley y Newell, 2010, resumen, p. 19, y gráfico 2 en p. 17.

[2](#) . Carnegie, 1889 (1901), pp. 19, 21.

[3](#) . Piketty, 2014.

[4](#) . Boudreaux, 2014.

[5](#) . Ibsen, 1878 (1965), p. 132.

[6](#) . Peart y Levy, 2008a. Kim Priemel, de la Universidad Humboldt de Berlín, me sugiere que el término «equidad» se adapta mejor al concepto escocés. Pero no quiero renunciar con tanta facilidad a un concepto esencialmente controvertido como el francés «égalité » que, de hecho, en su significado revolucionario original era más escocés que lo que estoy llamando «francés».

[7](#) . Smith, 1776 (1976), IV.ix.3, pp. 663-664.

[8](#) . Butler, 2018, p. 15.

[9](#) . Baldwin, 1949 (1998), pp. 15-16.

[10](#) . Whitford, 2005.

[11](#) . De nuevo, véase Rosling, Rosling y Rönnlund, 2018.

[12](#) . Boudreaux y Perry, 2013.

[13](#) . Deaton, 2013.

[14](#) . Sala i Martín y Pinkovskiy, 2010; Sala i Martín, 2006. «Ajustado por PPA» significa que permite la comparación del poder adquisitivo real de los precios locales con, por ejemplo, los precios de Estados Unidos. Se ha convertido en el estándar, una mejora con respecto a la utilización de los tipos de cambio (que están muy influidos por los mercados financieros).

[1](#) . McCloskey, 2010.

[2](#) . Ogilvie, 2019.

[3](#) . Le agradezco a Greg Mankiw que detectara una estupidez aritmética en un primer borrador y a David Wiekliem que detectara otra en una versión publicada del cálculo. A menudo digo que el paso primero y crucial en un análisis económico es hacer correctamente las cuentas. Contable, cúrate a ti mismo.

[4](#) . Colander, 2013, p. xi.

[5](#) . En 1978, Coase y Wang, 2013, p. 37.

[6](#) . McCloskey, 2006c.

[7](#) . Friedman, 2005.

[8](#) . Lemert, 2012, p. 21.

[9](#) . Piketty, 2014, p. 752.

[10](#) . Skwire y Horwitz, 2014.

[1](#) . Citado en Taylor, 2016, p. 91.

[2](#) . Johnson, 1775, p. 89.

[3](#) . Citado en Taylor, 2016, pp. 437-438.

[4](#) . Smith, 1776 (1976), IV.ix.51, p. 687.

- [1](#) . Publicado por primera vez por Prospect Magazine , marzo 2016.
- [2](#) . Pagano y Sbracia, 2014.
- [3](#) . Gordon, 2012, 2016.
- [4](#) . Mokyr, 2014.
- [5](#) . Macaulay, 1830 (1881), pp. 186-187.
- [6](#) . Phelps, 2013.
- [7](#) . Perkins y Rawski, 2008.
- [8](#) . Perkins, 1995, p. 231.
- [9](#) . Banco Mundial, s. f.

[1](#) . Publicado por primera vez como Deirdre Nansen McCloskey, «Competitiveness and the Antieconomics of Decline», en *Second Thoughts: Myths and Morals of U.S. Economic History* , ed. de Deirdre Nansen McCloskey, 1993, pp. 167-173. Reproducido con permiso de Oxford University Press y con permiso del cedente a través de PLSclear. ©1993, Oxford University Press, Inc.

[2](#) . Williams, 1896; Thwaite, 1902.

[3](#) . Williams, 1896, pp. 10-11.

[4](#) . Citado en McCloskey, 1980.

[1](#) . Publicado por primera vez como Deirdre Nansen McCloskey, «Competitiveness and the Antieconomics of Decline», en *Second Thoughts: Myths and Morals of U. S. Economic History* , ed. de Deirdre Nansen McCloskey, 1993, pp. 167-173. Reproducido con permiso de Oxford University Press y con permiso del cedente a través de PLSclear. © 1993, Oxford University Press, Inc.

[2](#) . Cannan, 1902, p. 470.

[3](#) . Landes, 1969, caps. 4 y 5; Landes, 1965, pp. 553-584.

[4](#) . Landes, 1965, p. 553.

[5](#) . Landes, 1965, p. 563.

[6](#) . McCloskey, 2018d.

[7](#) . Kennedy, 2017, p. 299.

[8](#) . McCloskey, ed., 1972; McCloskey, 1973.

[1](#) . Wallerstein, 1983 (1995), p. 13.

[2](#) . De Soto, 1989, 2000.

[3](#) . Mises, 1956 (2006), p. 24.

1 . Publicado por primera vez como «Economic Liberty as Anti-Flourishing: Marx and Especially His Followers», en *Economic Freedom and Human Flourishing: Perspectives from Political Philosophy* , ed. de Michael R. Strain y Stan A. Veuger, Washington D. C., AEI Press, 2016, <<https://www.aei.org/publication/economic-freedom-and-human-flourishing-perspectives-from-political-philosophy/>>. Reproducido con permiso de AEI Press. © 2016, AEI Press.

2 . Pero ninguna mujer, queridos —ni Mary, ni Simone ni Hannah o sus seguidores se analizan en nuestro libro (Strain y Veuger, eds., 2016)—. Una vergüenza.

3 . Trevor-Roper, 1940 (1962), p. 3.

4 . Hand, 1944 (1952), p. 190.

5 . Recomendando, por ejemplo, DeMartino, 2011; Amariglio y McCloskey, 2008, y Cullenberg, Amariglio y Ruccio, eds., 2001.

6 . Rorty, 1983.

7 . National Review , 19 de mayo de 2014, de la cual hace tiempo mi brillante estudiante Graham Peterson me regaló una reproducción por Navidad.

8 . Agustín, *De doctrina christiana* , libro 2, cap. 6.

9 . Hobsbawm, 2002. Conocí algo a Hobsbawm cuando fui profesor visitante en su Departamento de Historia del Birkbeck College, en Londres, en 1975-1976.

10 . Williams, 1972 (1993), p. 6.

11 . Budziszewski, 2010, p. xiv.

12 . Hobsbawm, 1994.

13 . Acemoglu y Robinson, 2012, p. 471.

14 . Toynbee, 1884 (1887), p. 87.

15 . Goldstone, 2002, resumen.

[1](#) . Harvey, 2005, p. 2.

[2](#) . Brown, 2015, p. 10.

[3](#) . McCloskey, 2012a.

[1](#) . Brecht, 1960, p. 293.

[2](#) . Venezuelanalysis.com, 2007.

[3](#) . Paine, 1776 (1922), p. 57.

[4](#) . Kelo contra la ciudad de New London , 2005.

- [1](#) . Smith, 1776 (1976), IV.vii.c.63, vol. 2, p. 613.
- [2](#) . Gerschenkron, 1971, p. 655.
- [3](#) . Schlesinger, 1945; Hofstadter, 1948, y R. McCloskey, 1951.
- [4](#) . McCloskey, 2002.
- [5](#) . McCloskey, 2003.
- [6](#) . McCloskey, 1993.
- [7](#) . Citado en Boswell, 1791 (1833), vol. 2, p. 55.
- [8](#) . Citado en Boswell, 1791 (1833), vol. 1, p. 509.

1 . Este trabajo se publicó por primera vez en Rethinking Marxism , invierno de 2000, disponible online en:
<<https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/08935690009359022> >.

2 . Citado en Clark, 1978.

3 . McCloskey, 1994.

4 . Becker, 2008, p. 375.

5 . Postrel, 1998.

6 . McCloskey, 2012b.

7 . Spivak, 1990, pp. 118-119.

8 . Feinstein, 1972, las series 21.1 y 21.2 divididas por 25.3.

9 . Maddison, 1989, p. 19; las cifras ponderadas por población dan aproximadamente el mismo resultado.

10 . Lebergott, 1993, p. 51, de una pequeña encuesta de Charlotte Perkins Gilman.

11 . Barber, 1994, p. 29, citando a la antropóloga Judith Brown.

12 . Kolko, 1965.

13 . Spivak, 1990, p. 119.

1 . Este trabajo se publicó por primera vez en Rethinking Marxism , invierno de 2000, disponible online en:
<<https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/08935690009359022> >.

2 . Acton, 1906, p. 24.

3 . Maddison, 1989, p. 96.

4 . Spivak, 1990, p. 9.

5 . Maddison, 1989, pp. 75-76.

[1](#) . Reproducido con permiso de Peter Lang Inc., de Deirdre McCloskey, «Introduction: Queer Markets», en *Media/Queered: Visibility and Its Discontents* , ed. de Kevin G. Barnhurst, Nueva York, Peter Lang, 2007. © 2007, Peter Lang Inc. Permiso cedido a través de Copyright Clearance Center, Inc.

[2](#) . Bellow, 1994, p. 308.

[3](#) . Alusión a *El paraíso perdido*, de John Milton. (N. de los t.)

[4](#) . Bailey, 2003, p. xi.

[5](#) . Bailey, 2003, p. 164.

[6](#) . Derbyshire, 2003, p. 52.

[7](#) . Carey, 2007.

- [1](#) . Sowell, 2009, pp. 26-27.
- [2](#) . Sellar y Yeatman, 1931, pp. 92-93.
- [3](#) . Leonard, 2016, p. 159.
- [4](#) . Leonard, 2016, p. 161.
- [5](#) . Webb, 1912, p. 992.
- [6](#) . Seager, 1913, p. 10.
- [7](#) . Leonard, 2016, p. 85.
- [8](#) . Leonard, 2016, pp. 88, 189.
- [9](#) . Kocka, 2014, correspondencia personal con el autor.
- [10](#) . Williams, 1910, p. 840.
- [11](#) . Leonard, 2016, p. 191.
- [12](#) . Sowell, 2016.

[1](#) . McCloskey, 2018c; a diferencia de Krugman, 2002, que lo hace más complicado.

[2](#) . Cowen, 2013, p. 39.

[3](#) . Reich, 2014.

[4](#) . UAW-CIO, 1955, p. 6.

[5](#) . Reich, 2014.

[6](#) . Como, por ejemplo, en McCloskey, 1985, p. 213, fig. 10.33.

[7](#) . Boudreaux, 2018a.

[8](#) . Landsburg, 2008.

[9](#) . Mill, 1859 (2001), pp. 86-87.

[10](#) . Boudreaux, 2018c.

[11](#) . Harsanyi, 1955; Buchanan y Tullock, 1962, y Rawls, 1958, 1971.

- [1](#). Hoffer, 1951.
- [2](#). Organización Internacional del Trabajo (OIT), 2016, pp. 5, vii.
- [3](#). Organización Internacional del Trabajo (OIT), 2016, pp. viii, 5, 18.
- [4](#). Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), 2018.

[1](#). Wilkinson, 2012.

[2](#). Anderson, 2012; Freeman, 2012, y Arneson, 2012.

[3](#). Wittgenstein, 1969, p. 6.